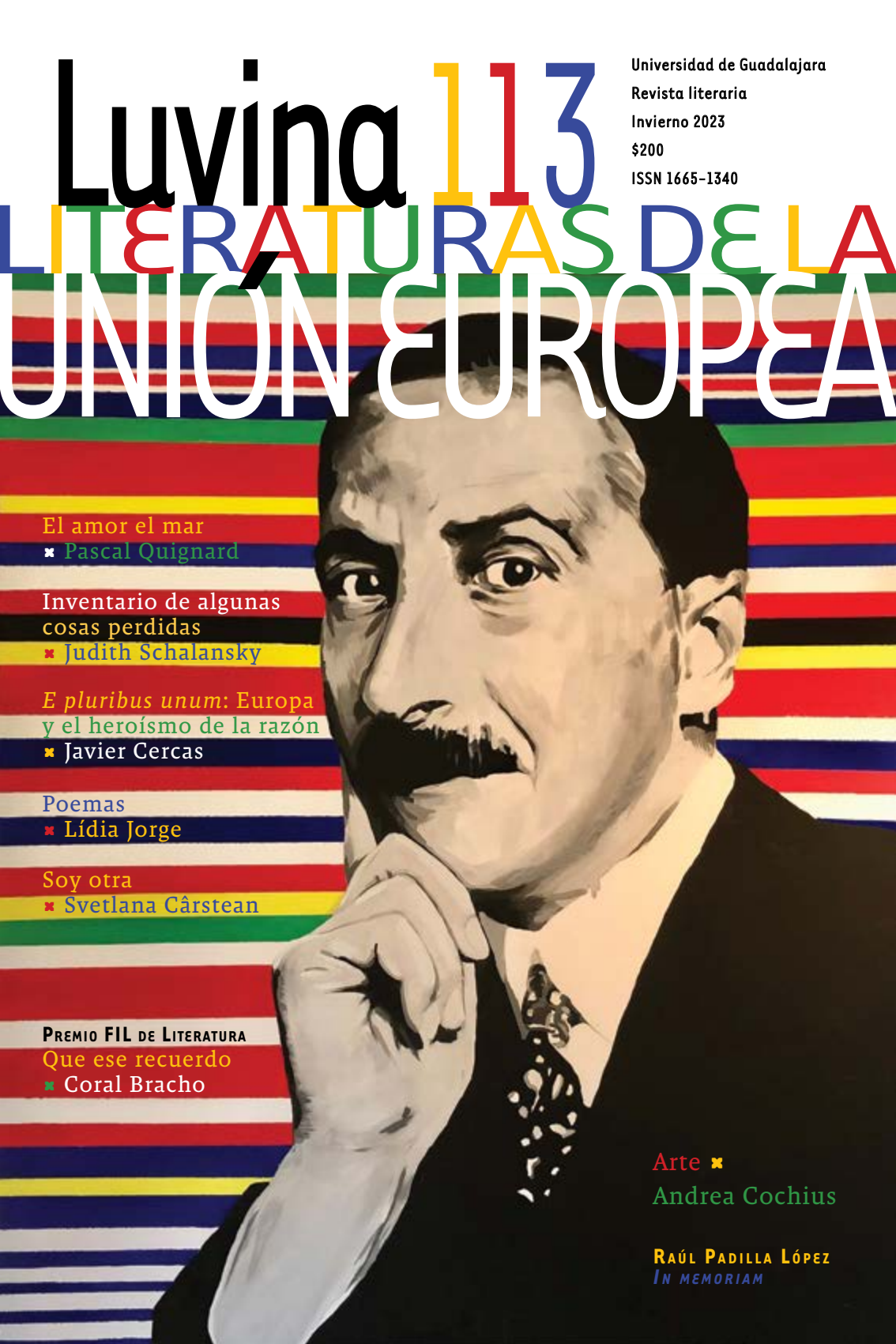
Luvina 113

Universidad de Guadalajara
Revista literaria
Invierno 2023
$200
ISSN 1665-1340

LITERATURAS DE LA UNIÓN EUROPEA



El amor el mar
✖ Pascal Quignard

Inventario de algunas cosas perdidas
✖ Judith Schalansky

E pluribus unum: Europa y el heroísmo de la razón
✖ Javier Cercas

Poemas
✖ Lídia Jorge

Soy otra
✖ Svetlana Cârstean

Premio FIL de Literatura
Que ese recuerdo
✖ Coral Bracho

Arte ✖
Andrea Cochius

Raúl Padilla López
In memoriam

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Rector General: Ricardo Villanueva Lomelí
Vicerrector Ejecutivo: Héctor Raúl Solís Gadea
Secretario General: Guillermo Arturo Gómez Mata
Coordinador General de Extensión y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo
Coordinadora de Artes Escénicas y Literatura: Daniela Yoffe Zonana

Luvina

Directora: Silvia Eugenia Castillero < scastillero@luvina.com.mx >
Editor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >
Coeditor: Iván Soto Camba < isoto@luvina.com.mx >
Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >
Administración: Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >
Diseño y dirección de arte: Peggy Espinosa
Producción y viñetas: Diana Mata
Edición del sitio web: Paola Llamas Dinero

Consejo editorial: Luis Armenta Malpica, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbreras, Ángel Ortuño†, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Sergio Téllez-Pon.

Consejo consultivo: José Balza, Adolfo Castañón, François-Michel Durazzo, José María Espinasa, Francisco Payó González, José Homero, Christina Lembrecht, Jaime Moreno Villarreal, Luis Panini, Vicente Quirarte, Patricia Torres San Martín, Carmen Villoro.

PROGRAMA LUVINA JOVEN (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljoven@luvina.com.mx >

Luvina, año 27, núm. 113, invierno de 2023, es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara, a través de la Coordinación General de Extensión y Difusión Cultural, Biblioteca Pública del Estado de Jalisco «Juan José Arreola». Periférico Norte Manuel Gómez Morín núm. 1695, colonia Belenes, CP 45100, piso 6, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3044-4050. *www.luvina.com.mx*, *scastillero@luvina.com.mx*. Editor responsable: Silvia Eugenia Castillero. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2009-061912350800-203 e ISSN 2007-543X, proporcionados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título 10984 y Licitud de contenido 7630, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Teléfono: 3044 4050, Paola Llamas Dinero. Fecha de la última modificación: 24 de noviembre de 2023, con un tiraje de un ejemplar.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Diagramación y producción electrónica: Petra Ediciones

Distribuida por: Comercializadora GBN, S.A. de C.V. Tel.: 55 5618-8551
comecializadoragbn@yahoo.com.mx, comecializadoragbn@gmail.com

Imagen de portada: Andrea Cochius, *Stefan Zweig*, 2021.

www.luvina.com.mx

Unión Europea
Gautier Mignot
Embajador de la Unión Europea

En 1519 Hernán Cortés y su gente contemplaron por primera vez el corazón del México Antiguo: el valle y sus lagos y la gran ciudad de Tenochtitlan. A estas primeras visiones impresionantes del México prehispánico siguieron pronto otra gran variedad de imágenes. Unas se debieron a los misioneros, otras a oficiales de la Corona o viajeros ilustres, consignadas en las obras de conquistadores y frailes, humanistas, historiadores, filólogos y arqueólogos para transmitir el gran desarrollo del mundo nuevo colonizado por el continente europeo. La explotación colonial permitió el nacimiento de la gran industria, creándose el mercado mundial que dividió el planeta en países productores y países proveedores de materias primas.

Hablamos del triunfo de la industria capitalista y la emergencia de una clase media burguesa y liberal; del surgimiento de economías y Estados en una región geográfica del planeta. El tradicionalismo medieval, la superstición de las Iglesias, la irracionalidad que dividía a los seres humanos en clases altas y bajas según su nacimiento, se modificó en un individualismo secular y racionalista —dominado por el pensamiento ilustrado y la explotación en los continentes de ultramar— direccionado hacia la búsqueda del progreso, el aumento en conocimientos y tecnologías, y su propagación hacia el mundo entero.

La constitución de una hipercultura, con sus yuxtaposiciones, simultaneidades y disyunciones se fue formando de lo nuevo, adquirido de un mundo que agrandaba sus límites y se volvía un mercado con grandes vías de intercambio comercial, un espacio de posibilidades que se transformaba en un territorio de gran riqueza, hoy denominado Europa.

La Unión Europea, cuyo universo cultural contiene este número de **Luvina**, permite mostrar un sistema de ideas entretejido con diversas estéticas. Un grupo de nudos significantes que provienen de las literaturas nacionales de los veintisiete países que la integran, además de Ucrania, a través de auténticos y originales textos literarios. Y los enlaces y conexiones de las distintas literaturas, compuestos por referencias históricas, filosóficas y literarias compartidas, además de sus ecos preexistentes.

Luvina ofrece un terreno semántico donde se encuentran autores y lectores, en esa capacidad del lenguaje de ficción de transgredir fronteras y dar forma a una larga e intrincada historia. Por ello, el lector encontrará géneros literarios heterogéneos que superponen y atraviesan distintos periodos de tiempo para conquistar la espacialidad de la cultura europea actual ✖

Contenido

Inventario de algunas cosas perdidas [*fragmento*] 12
Judith Schalansky

El amor el mar [*fragmento*] 22
Pascal Quignard

Poemas 33
Lídia Jorge

Donde 39
José Luís Peixoto

La tercera [*fragmento*] 45
Ivna Žic

Poder y resistencia [*fragmento*] 52
Ilija Trojanow

Soy otra [*selección*] 56
Svetlana Cârstean

Cómo el Principito cayó del cielo otra vez — en Róterdam 63
Frank Westerman

- *E pluribus unum*: Europa y el heroísmo de la razón — 69
  Javier Cercas

- Los bares subterráneos de Kiev: un semillero de la sociedad civil — 81
  Andrey Kurkov

- Poemas — 86
  Sylva Fischerová

- Los bordes [*fragmento*] — 94
  Angelo Tijssens

- Nocturno esplendor [*fragmento*] — 103
  María Cecilia Barbetta

- La verdad en el interior — 111
  Nikos Chryssos

- Seis poemas de *Direct Orient* — 116
  Eleni Kefala

- *Cómo alimentar a un dictador.* Sadam Husein, Idi Amin, Enver Hoxha, Fidel Castro y Pol Pot a través de los ojos de sus cocineros [*fragmento*] — 128
  Witold Szabłowski

- El tango de Drancy — 138
  Alfonso Zapico

- Puntos de fuga [*selección*] — 145
  Lucija Stupica

- El expediente de mi madre [*fragmento*] — 152
  András Forgách

- Dos relatos — 159
  Joana Estrela

Haikú Siberiano [*fragmento*] 162
Jurga Vilė

Poemas 188
Zeki Ali

Ciudades quemadas [*fragmento*] 194
Kai Aareleid

Historia en tres escalas 203
Stavros Christodoulou

Los veranos con María [*fragmento*] 206
Olja Savičević Ivančević

Archivadores 217
Krisztina Tóth

Manual de despedidas [*fragmento*] 218
Jana Beňová

Sentirse azul, vestirse de rojo y La muerte en traje verde [*fragmentos*] 226
Ersi Sotiropoulos

Nadia Comăneci y la policía secreta. Historias de la Guerra Fría [*fragmento*] 231
Stejărel Olaru

Poemas 254
Jean Portante

Historias mínimas 260
Idoia Iribertegui

Esa chica buena onda 264
Yara Nakahanda Monteiro

Polvo de estrellas [*fragmento*] 274
Hannah Arnesen

Sira [*fragmento*] 282
María Dueñas

Tierra negra [*selección*] 289
Mária Ferenčuhová

Doble nacionalidad [*fragmento*] 295
Nina Yargekov

Nina, Roma [*fragmento*] 304
Cristina Sandu

Poemas 310
Jitka Bret Srbová

Poni flotante [*fragmento*] 315
Isabelle Wéry

El aduanero y el Señor 323
Attila Bartis

El inédito comentado 327
Valerio Magrelli

Escribir en el exilio 330
Walid Nabhan

Dos 336
Elena Alexieva

Una taza de té verde 343
Kallia Papadaki

Poemas 347
Nathalie Ronvaux

Celia [*fragmento*] 355
Berta Dávila

Llanto por Michal Velisek [*fragmento*] 360
Elena Buixaderas

El grito 362
Karmele Jaio

Las siete canciones de mí mismo 368
Maurice Riordan

Destellos sobre el agua. La luz es diferente vista desde la profundidad [*fragmento*] 374
Nora Ikstena

Vaciar la casa 388
Care Santos

Poemas de *Vinegar Hill* [*selección*] 392
Colm Tóibín

Madame Lazare [*fragmento*] 400
Tadhg Mac Dhonnagáin

El refugiado [*fragmento*] 404
Arnon Grunberg

Tres poemas 423
Franc Ducros

Postales [*selección*] 429
Adda Djørup

Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2023

Que ese recuerdo 431
Coral Bracho

***In memoriam:* Raúl Padilla López** (1954-2023)

Raúl Padilla, un hombre preclaro 432
Marisol Schulz Manaut

- La biblioteca de tu padre 435
  Luis Jorge Aguilera

- Lo cultural es político: una semblanza de Raúl Padilla 438
  Nubia Macías Navarro

- Raúl Padilla, el librero 441
  Verónica Mendoza

- A la memoria de Raúl Padilla, universitario ejemplar 444
  José Manuel Jurado Parres

- Mi amigo Raúl 446
  Eduardo Santana Castellón

- «¡Yasmin! ¿Y tu tesis?» 449
  Cecilia Fernández

- Instantáneas con Raúl 452
  Maj Lindström

- Raúl Padilla: visionario promotor cultural, empresario y amigo 454
  Dulce María Zúñiga

- Carta a Raúl 456
  Gabriela Botti

- Testimonio y piezas de recuerdos para armar 458
  Julieta Marón

- Marzo, 1989 460
  Maribel Arteaga Garibay

- Memoria de mi padre 462
  Jessica Padilla

ARTE

EL NACIMIENTO DE EUROPA
Andrea Cochius

PÁRAMO

❍ **ENTREVISTA A GERARDO DENIZ (1934-2014)** 465
Myriam Moscona
❍ **APUNTES SOBRE ALGUNAS COSAS QUE, COMO BAILAR, NO SIRVEN PARA NADA** 467
Ronit Guttman
❍ **TODOS TUS MUERTOS** 474
María Negroni
❍ **LAPA SINTÁCTICA** 475
Gabriel Wolfson
❍ ***LA SÉPTIMA CRUZ* DE ANNA SEGHERS: LA GUERRA EN TIEMPO REAL, 80 AÑOS ATRÁS** 476
Carlos Rodríguez
❍ **ALEXANDER PUSHKIN Y MIKHAIL LERMONTOV: UN MÁGICO PASADIZO ENTRE PAISAJES** 479
Verónica Grossi
❍ **UNIVERSOS PARALELOS** 481
Vonne Lara
❍ **UN ÁRBOL PODEROSO** 482
José Acévez
❍ **LÍNEAS IMAGINARIAS** 484
Abril Posas
❍ **FRONTERA INTERIOR** 486
Mariana Riestra
❍ **¿BUENO?, ¿QUIÉN HABLA?** 488
Alfredo Sánchez Gutiérrez
❍ **PREMIO DE ARQUITECTURA CONTEMPORÁNEA DE LA UNIÓN EUROPEA / PREMIOS MIES VAN DER ROHE 2022** 493

Las imágenes del Premio de Arquitectura Contemporánea de la Unión Europea / Premios Mies Van Der Rohe 2022 aparecen en las páginas 11, 32, 102, 110, 115, 126-127, 273, 322, 335 y 346

Inventario de algunas cosas perdidas

[fragmento]

Judith Schalansky

Una memoria que lo conservara todo, en el fondo, no conservaría nada. Esa mujer californiana que, sin utilizar ningún recurso mnemotécnico, puede recordar todos y cada uno de sus días a partir del 5 de febrero de 1980 está prisionera en una cámara de eco donde los recuerdos giran a su alrededor sin cesar; es la reencarnación de aquel general ateniense, Temístocles, que era capaz de llamar por su nombre a cada uno de los ciudadanos de su ciudad natal y mandó ejecutar al mnemotécnico Simónides porque ansiaba aprender el arte del olvido, no el de la memoria: «Recuerdo incluso lo que no quiero recordar, y no puedo olvidar lo que quiero olvidar». Por desgracia, el arte del olvido es una utopía inalcanzable, porque todos los signos, incluso aquellos que nos remiten a lo ausente, suponen una forma de presencia. Las enciclopedias aseguran conocer los nombres de prácticamente la totalidad de los condenados a la *damnatio memoriae* durante el Imperio romano.

Olvidar todo es malo, de eso no cabe duda; pero es aun peor no olvidar nada, porque todo saber nace del olvido. Si almacenáramos todo indiscriminadamente, como ocurre en esos servidores donde se malgasta tanta energía eléctrica, la información perdería su sentido y se convertiría en una recopilación desordenada de datos inservibles.

La creación de cualquier archivo responde a la voluntad de conservarlo todo, como pretendía el arca de Noé. Ahora bien, una idea sin

(Greifswald, antigua República Democrática Alemana, 1980). Este fragmento es parte del prólogo de su libro más reciente publicado en español, *Inventario de algunas cosas perdidas* (Acantilado, 2021).

En el fondo, cualquier objeto está llamado a convertirse en basura, cualquier edificio encierra en sí mismo el germen de una ruina y cualquier creación comporta destrucción.

duda fascinante como, por ejemplo, transformar el continente de la Antártida o incluso la Luna en un museo de la Tierra, centralizado y democrático, que custodie todas las creaciones culturales, con un criterio imparcial, revela una mentalidad totalitaria y constituye un proyecto condenado de antemano al fracaso, como si alguien se propusiera reconstruir el Paraíso, cuya atractiva imagen, arquetípica y nostálgica, se ha mantenido viva en el imaginario de todas las culturas de la humanidad.

En el fondo, cualquier objeto está llamado a convertirse en basura, cualquier edificio encierra en sí mismo el germen de una ruina y cualquier creación comporta destrucción. Lo mismo ocurre con todas aquellas disciplinas e instituciones que se jactan de preservar la herencia de la humanidad. Incluso la arqueología, por rigurosa y concienzuda que sea su labor, es consciente de que remover los sedimentos de épocas pasadas acarrea desastrosas consecuencias. Los archivos, museos y bibliotecas, los parques zoológicos y los espacios naturales protegidos no son más que cementerios mejor o peor administrados, donde se almacenan materiales que, en no pocas ocasiones, se han arrancado al ciclo vital del presente para dejarlos a un lado, acaso para olvidarlos, como los personajes y los hechos heroicos cuyos monumentos pueblan el paisaje urbano.

Probablemente haya que considerar una suerte que la humanidad no guarde memoria de las geniales ideas, de las conmovedoras obras de arte y de las revolucionarias conquistas que ha ido dejando atrás, bien sea porque se han destruido de manera deliberada o simplemente porque se han perdido en el curso del tiempo. Se podría decir que a nadie le pesa aquello que ignora. Con todo, no deja de ser sorprendente que un buen número de pensadores europeos de la Edad Moderna consideraran razonable e incluso saludable que las culturas decayeran periódicamente, como si la memoria cultural fuera un organismo más, cuyas funciones vitales dependen de que se desarrolle un proceso metabólico en el que cualquier asimilación de nutrientes comporta una digestión y una excreción.

Esta visión del mundo, tan limitada como despótica, explica la ocupación y explotación sin escrúpulos de territorios extranjeros, el sometimiento, esclavización y exterminio de pueblos no europeos, y la desaparición de su cultura, despreciada, como parte de un proceso natural, justificando los crímenes cometidos sobre la base de una teoría de la evolución mal entendida, según la cual sólo el más fuerte sobrevive.

Es obvio que sólo podemos lamentar lo que ha desaparecido, lo que se ha perdido, aquello de lo que sólo quedan reliquias, vagas noticias, apenas un rumor, una huella a punto de borrarse, un eco amortiguado. ¡Cuánto me gustaría saber lo que significan las figuras de Nazca en la pampa peruana, cómo acaba el fragmento 31 de Safo y qué amenaza suponía Hipatia para que no sólo hicieran pedazos su obra sino también su cadáver!

A veces parece como si los mismos restos glosaran su propio destino. Así sucede con el único fragmento que hemos conservado de la ópera de Monteverdi *L'Arianna*, el *Lamento*, en el que la heroína que da título a la obra expresa su desesperación cantando: «Dejadme morir, dejadme morir, ¿qué queréis que me conforte ante tan duro destino, ante tan gran martirio? Dejadme morir». El cuadro de Lucian Freud robado de un museo de Róterdam, del que sólo queda una reproducción, después de que la madre de uno de los ladrones lo quemara en la estufa de un baño de Rumanía, muestra a una mujer con los ojos cerrados, no se sabe muy bien si porque está durmiendo o porque está muerta. Y de la obra del poeta trágico Agatón sólo han llegado hasta nosotros dos agudos comentarios, gracias a que Aristóteles los cita: «El arte ama el azar y el azar ama el arte» y «Ni siquiera los dioses pueden cambiar el pasado».

Lo que se ha negado a los dioses parecen codiciarlo los tiranos de todas las épocas: no les basta con utilizar su creatividad para destruir el presente. Quien quiere controlar el futuro debe desmontar el pasado. Quien se nombra a sí mismo patriarca de una nueva dinastía, fuente de toda verdad, debe borrar el recuerdo de sus predecesores y prohibir todo pensamiento crítico. Es lo que hizo Qin Shi Huang, quien se concedió a sí mismo el título de «Augusto emperador fundador de los Qin», cuando en el año 213 antes de Cristo ordenó una de las primeras quemas de libros de las que tenemos noticia y acabó con sus opositores ejecutándolos o condenándolos a trabajos forzados en la red de calzadas imperiales, en la

Gran Muralla china o en el gigantesco mausoleo en el que incluyó, como megalómana comparsa, un ejército de soldados de terracota de tamaño natural con sus carros de guerra, caballos y armas, cuyas reproducciones circulan hoy por todo el mundo, símbolos de una profanación sin igual, consolidando y socavando a un tiempo la memoria de quien los encargó.

En no pocas ocasiones, los discutibles planes para hacer *tabula rasa* del pasado nacen del razonable deseo de comenzar de cero. Parece que, a mediados del siglo XVII, el Parlamento inglés se planteó seriamente si había que quemar los archivos de la Torre de Londres para «que se borrara toda memoria de las cosas pretéritas y que todo el régimen de la vida recomenzara», como refiere Jorge Luis Borges recogiendo una cita de Samuel Johnson que no he conseguido localizar.

Como sabemos, la propia Tierra no es más que un montón de escombros de un porvenir ya pasado, y la humanidad, el abigarrado mosaico de herederos de un pasado que deben asumir y transformar continuamente, repudiándolo y destruyéndolo, ignorándolo y relegándolo, ya que, pese a la creencia popular, no es en el futuro sino en el pasado donde se abre un espacio distinto, lleno de posibilidades. Precisamente por ello, los primeros actos oficiales de cualquier nuevo régimen tienen como objetivo reinterpretar el pasado. Quien, como yo, ha sido testigo de una quiebra en la historia, del furor iconoclasta de los vencedores, del desmantelamiento de los monumentos, reconoce sin dificultad en cualquier visión del futuro un pasado que aún está por venir, en el que, por ejemplo, las ruinas del Palacio Real de Berlín, ahora en reconstrucción, deberán ceder su puesto a una réplica del Palacio de la República.

En el Salón de París de 1796, en el quinto año de la República, Hubert Robert, introductor del género de la pintura de ruinas en Francia, que había pintado tanto la toma de la Bastilla como la demolición del castillo de Meudon o la profanación de las tumbas reales en la basílica de Saint-Denis, expuso dos cuadros en el Palacio del Louvre. Uno reflejaba su propuesta para transformar el Palacio Real en la Gran Galería del Louvre —una sala llena de pinturas y esculturas, bien iluminada gracias a sus techos de cristal y llena de visitantes—; el otro cuadro mostraba el mismo espacio en ruinas, tal y como sería algún día. En la primera visión del futuro se aprecia la luz cenital que penetra a través del lucernario, en la segunda se ve directamente un cielo nublado: la

cúpula se ha venido abajo, las paredes están desnudas, despojadas de todo adorno, las esculturas yacen en el suelo hechas pedazos. La única pieza que se alza intacta entre los escombros, aunque cubierta de hollín, es el *Apolo de Belvedere*, un trofeo procedente de las campañas napoleónicas. Los amantes de las catástrofes vagan por el paraje en ruinas, desentierran algunos torsos de estatuas que han quedado sepultados, se calientan en una hoguera. En las grietas de la bóveda se aprecian brotes verdes. La ruina es un lugar utópico en el que pasado y futuro convergen. El arquitecto Albert Speer fue aun más lejos desarrollando una teoría en la que especulaba sobre el «valor de la ruina». Décadas después del final del nacionalsocialismo afirmó que sus proyectos para el Reich de los mil años, que no hay que entender únicamente en un sentido metafórico, no sólo preveían el uso de materiales particularmente duraderos, sino que consideraban incluso el aspecto que ofrecerían las futuras ruinas de cada edificio para que, a pesar de su decadencia, pudieran competir con la grandeza de los restos romanos. Auschwitz, en cambio, se ha definido, no sin razón, como devastación sin ruinas. Era una arquitectura completamente deshumanizada, una maquinaria industrial concebida para el exterminio, en la que todas las piezas, hasta la más pequeña, estaban perfectamente sincronizadas y trabajaban, sin producir residuos, en la aniquilación de millones de personas, un crimen que dejó tras de sí el mayor vacío de la Europa del siglo XX, un trauma que se aloja en la memoria de los supervivientes y de sus descendientes, tanto en el lado de las víctimas como en el de los verdugos, como un cuerpo extraño difícil de absorber, que tardará aún mucho tiempo en ser eliminado por completo. La barbarie del genocidio exige que nos planteemos de modo urgente en qué medida experimentamos tal pérdida, pues las nuevas generaciones constatan con impotencia, pero también con una lógica implacable, que lo sucedido se sustrae a cualquier representación.

«¿Qué se conserva en las fuentes históricas? No es ni el destino de las violetas pisoteadas durante la conquista de Lieja, ni el sufrimiento de las vacas en el incendio de Lovaina, ni las formaciones de nubes delante de Belgrado», escribe Theodor Lessing en su libro *Geschichte als Sinngebung des Sinnlosen* [La historia como el sentido de la sinrazón], redactado durante la Primera Guerra Mundial, en el que desenmascara esa concepción de la historia que habla de un progreso cimentado en la razón, tratando de dar forma *a posteriori* a aquello

que no la tiene, mediante un relato con un principio y un final, con ascensos y declives, con épocas de esplendor y decadencia, que obedece fundamentalmente a las reglas de la narrativa.

Que la fe ilustrada en el progreso mantenga su influencia prácticamente intacta —a pesar de que las leyes de la evolución han demostrado que lo que existe, al menos por un tiempo, se debe más bien a una conjunción, tan compleja como perturbadora, de casualidad y adaptación a las circunstancias— se debe posiblemente a la sencillez y al atractivo que posee una historia lineal, una idea sugestiva y muy arraigada, en consonancia con el curso de la escritura, también lineal, propio de las culturas occidentales, a la vista de lo cual es sumamente fácil llegar a la conclusión natural, pero errónea, de que todo lo que existe es fruto de una voluntad y posee una lógica, aunque apelar a una instancia divina carezca ya de sentido. En este drama, simple pero poderoso, que postula un progreso continuo, la única función del pasado consiste en someterse al futuro, presentando la historia —ya sea la de nuestra propia vida, la de una nación o la del género humano— como algo necesario, en absoluto casual. Sin embargo, como sabe cualquier archivera, la cronología, el uso de números correlativos para marcar una serie de hitos, representa, como método, un sistema de organización convencional e insuficiente, ya que se limita a simular un orden.

Ahora, en cierto modo, el mundo se ha convertido en un inmenso archivo de sí mismo; la materia, viva o inerte, de la Tierra puede verse como un documento que ofrece un registro gigantesco, casi infinito, en el que se recopilan todos los esfuerzos realizados para sacar una enseñanza, para extraer conclusiones a partir de la experiencia del pasado, y la taxonomía no es más que un proyecto para dar con las palabras clave que pongan orden en el confuso archivo de la biodiversidad, dotando de una estructura aparentemente objetiva al formidable caos que ha traído consigo la evolución. En el fondo, en este archivo no se pierde nada, porque su cantidad de energía es constante, todo parece dejar huella en alguna parte. Si fuese cierta la desconcertante afirmación de Sigmund Freud, que tanto recuerda a la ley de la conservación de la energía, de que, en realidad, ningún sueño, ningún pensamiento se olvida jamás, no sólo podríamos desenterrar del sustrato de la memoria humana las experiencias del pasado —un trauma heredado, dos versos de un poema sin relación entre sí, la pesadilla espectral de una noche de tormenta en los primeros años de la infancia,

una imagen pornográfica espantosa—, como hacen los arqueólogos cuando excavan en busca de huesos, fósiles o fragmentos de cerámica, sino que tal vez podríamos aventurarnos a bajar a los infiernos para recuperar la obra de las infinitas generaciones que nos han precedido, aprovechando el rastro que han dejado para sacar a luz la verdad, incluso aquella que se ha reprimido o se ha borrado, la que se esconde tras un acto fallido o la que acabó relegada al olvido, todo aquello que yace oculto, pero que no es posible negar, porque, de una u otra manera, siempre ha estado presente.

Sin embargo, el consuelo que nos puedan procurar las leyes de la física va a ser más bien limitado, ya que el principio de conservación de la energía, en el que la transformación triunfa sobre la finitud, no aclara que, en la mayoría de los procesos, el cambio es irreversible. ¿De qué le sirve a uno el calor de una obra de arte que se quema? Entre sus cenizas no vamos a encontrar nada digno de admiración. Las bolas de billar fabricadas con el material con el que estaban hechas las antiguas películas de cine mudo, después de extraer la plata que contenían, ruedan impasibles sobre la mesa tapizada con fieltro verde. La carne de la última vaca marina de Steller fue digerida en poco tiempo. Hay que asumir que la decadencia de todos los seres vivientes y de todas las cosas creadas es la condición de su existencia. Según las leyes de la naturaleza es sólo cuestión de tiempo que todo desaparezca, se desintegre y se corrompa, se desmorone y se arruine. Así ha ocurrido con algunas de las reliquias más singulares de nuestro pasado, en cuyo origen se traslucen circunstancias catastróficas: los únicos documentos escritos en lineal b, la escritura silábica que utilizaba el griego arcaico, cuyos signos, semejantes a pictogramas, tardaron tanto tiempo en descifrarse, sólo se han conservado porque el calor generado por el enorme incendio que destruyó el Palacio de Cnosos alrededor del año 1380 antes de Cristo endureció miles de tablillas de arcilla en las que se habían consignado los ingresos y los gastos de la corte, permitiendo así que perduraran en el tiempo; los vaciados en escayola de las personas y animales enterrados vivos en Pompeya tras la erupción del Vesubio surgen del hueco que dejan los cadáveres en la piedra endurecida tras el correspondiente proceso de descomposición; las sombras fantasmales que quedaron impresas en las paredes de las casas y sobre el pavimento de las calles de Hiroshima son las de las personas que se volatilizaron con la explosión de la bomba atómica.

La conciencia de nuestra naturaleza mortal resulta perturbadora y, por ello, hay que comprender ese vano deseo que nos impulsa a rebelarnos ante la fugacidad de la vida procurando dejar huella para la posteridad, confiando en que nuestro recuerdo se perpetúe en las generaciones venideras, a las que ni siquiera conocemos, como proclaman incansablemente los epitafios que mandamos cincelar en las lápidas de granito de nuestras tumbas, y que en muchos casos son una auténtica declaración de intenciones.

Incluso los mensajes de las dos cápsulas del tiempo que continúan vagando por el espacio interestelar a bordo de las sondas espaciales *Voyager I* y *Voyager II* son un testimonio del conmovedor deseo de llamar la atención sobre la existencia de una especie dotada de razón. Dos discos idénticos de cobre cubiertos de oro contienen imágenes y dibujos, música y sonidos, así como registros de audio con saludos en cincuenta y cinco idiomas distintos, cuya osada torpeza —«*Hello from the children of the planet Earth*»— dice mucho sobre la humanidad. No deja de tener su encanto imaginar que, algún día, lo único que quedará de nosotros será el *Aria de la Reina de la Noche* de Mozart, *Melancholy Blues* de Louis Armstrong y el estrépito de unas gaitas azerbaiyanas; eso confiando en que los extraterrestres que lo encuentren consigan descifrar las instrucciones grabadas sobre el disco, en forma de jeroglífico, para la reproducción del contenido fonográfico que almacena en formato analógico, y que además las pongan en práctica. La probabilidad de que esto ocurra, como admiten quienes lanzaron al espacio cósmico este mensaje en una botella, es tan escasa que la empresa puede considerarse una muestra del pensamiento mágico que pervive aún en la ciencia, un ritual cuyo propósito es la autoafirmación de una especie que no está dispuesta a aceptar su absoluta insignificancia. Pero ¿qué es un archivo sin destinatario, una cápsula del tiempo sin alguien que la encuentre, una herencia sin herederos? La experiencia nos enseña que la basura que dejaron nuestros antepasados es una de las principales fuentes de información para los arqueólogos. Un estrato geológico formado por chatarra electrónica, plásticos y residuos atómicos sobrevivirá, sin nuestra intervención, al paso del tiempo, ofreciendo un testimonio fidedigno de nuestras costumbres, contaminando la Tierra mucho después de que hayamos desaparecido.

Es posible que, para entonces, nuestros descendientes hayan partido hace tiempo en busca de esa segunda Tierra que anhelamos

desde que el hombre guarda memoria de sí para volver atrás en el tiempo, rectificar los errores cometidos y, si es necesario, reconstruir con un titánico esfuerzo lo que hemos ido destruyendo sin darnos cuenta. Puede que entonces la herencia cultural de la humanidad se encuentre almacenada en forma de ADN artificial en los genes de una cepa de bacterias especialmente resistentes.

Hasta nosotros ha llegado un rollo de papiro de mediados de la primera dinastía egipcia, alrededor del 2900 antes de Cristo, que debido a su precario estado de conservación no se ha abierto aún, por lo que no podemos conocer el mensaje que contiene. A veces es así como me imagino el futuro: las generaciones venideras se encuentran ante las memorias de datos que usamos hoy en día sin saber qué hacer con ellas, curiosas cajas de aluminio cuyo contenido se ha convertido en un código indescifrable por el vertiginoso cambio de plataformas y lenguajes de programación, de formatos de almacenamiento y de aparatos de reproducción, objetos que ni siquiera tienen el aura que envuelve los nudos de los quipus de los incas, esas cuerdas de lana y de algodón tan famosas como enigmáticas, o los misteriosos obeliscos del antiguo Egipto, de los que no sabemos con certeza si son monumentos fúnebres o conmemoran algún triunfo.

Aunque nada dure eternamente, hay cosas que se conservan más tiempo que otras: las iglesias y los templos aventajan a los palacios; la cultura escrita sobrevive a aquella que no se ha fijado mediante sistemas de signos complejos. La escritura, que el erudito persa Al-Biruni definió en su momento como un ser que se reproduce en el espacio y en el tiempo, fue desde el principio un sistema para transmitir información a la par de la herencia con independencia del parentesco.

Quien sabe escribir y leer puede elegir a sus antepasados, contraponiendo a la tradicional transmisión biológica una segunda línea hereditaria de naturaleza espiritual.

Si, como se oye de vez en cuando, el género humano es un instrumento divino cuya función consiste en custodiar el mundo y preservar la conciencia del universo, entonces los millones y millones de libros escritos e impresos —salvando, por supuesto, aquellos que son obra del mismo Dios o de sus innumerables emanaciones— han de ser considerados como vanas tentativas de cumplir con este deber, encerrando en un objeto finito la totalidad de la creación infinita.

Tal vez sea mi falta de imaginación la que me hace pensar que el libro es el medio idóneo para comunicar nuestro pensamiento, aunque el papel que empleamos desde hace siglos no dure tanto como el papiro, el pergamino, la piedra, la cerámica o el cuarzo, y ni siquiera el corpus de los textos bíblicos, la obra con más ediciones y traducciones de la historia, haya llegado a nosotros completo. Un libro multiplica las posibilidades de transmitir una idea durante varias generaciones, es una cápsula del tiempo que conserva la memoria de los años que han transcurrido desde su redacción y su impresión, de modo que, con cada nueva edición, se abre un espacio utópico, semejante a un campo de ruinas, en el que los muertos toman la palabra, el pasado revive, la escritura se hace verdad y el tiempo se detiene. Puede que el libro no esté a la altura de los nuevos dispositivos digitales, que se postulan como sus herederos, soportes que parecen carecer de dimensión física y, sin embargo, ponen a disposición del usuario una extraordinaria cantidad de información, medios conservadores, en el sentido más original y propio de la palabra, un sistema integral que combina perfectamente texto, imagen y diseño, que promete alumbrar un nuevo orden en el mundo y, a veces, incluso reemplazarlo. Las religiones tienden a desdoblar a la persona en dos partes, una mortal, el cuerpo, y otra inmortal, el alma. No es más que otra estrategia, una de las más reconfortantes, para sobreponerse al dolor que causa la muerte. Yo, en cambio, creo que forma y contenido son inseparables y, por tal motivo, no sólo escribo libros, sino que también los diseño.

Como cualquier otro libro, el que presento ahora también está movido por el deseo de conseguir que algo perviva, de recuperar el pasado, de evocar lo olvidado, de dar la palabra a lo que está sumido en el silencio y de llorar por lo perdido. La escritura no tiene el poder de devolvernos lo que ya no existe, pero sí nos permite experimentarlo. Por eso, esta obra habla por igual de búsquedas y de hallazgos, de pérdidas y de conquistas, guiada por la intuición de que la diferencia entre presencia y ausencia es puramente marginal, siempre que exista la memoria.

Durante los largos años de trabajo que han precedido a la publicación de este libro hubo unos pocos momentos preciosos en los que la idea de que todo es pasajero me pareció tan consoladora como la imagen de sus ejemplares acumulando polvo en las estanterías ✖

Traducción del alemán de Roberto Bravo de la Varga.

El amor el mar

[fragmento]

Pascal Quignard

1. Los jugadores de cartas

Tres hombres, tres pelucas, tres narices, seis labios, treinta pequeños dedos rojizos o blanquecinos iluminados por las largas llamas de las antorchas. No parece que esos jugadores estén jugando. Tenemos la impresión de que meditan. Al menos, observan atentamente sus cartas en las puntas de sus dedos en silencio. El resto de sus cuerpos está sumergido en la noche. Incluso es extraño. No vemos sus vientres. No vemos nada de sus piernas. Sólo percibimos una vez la hebilla de un zapato en la oscuridad. Un poco más lejos, aparte, una mujer está sentada con la espalada sobre la chimenea. Su silueta es más pequeña que la de los personajes que están al frente en la tela. Es muy bella. Sostiene un bastidor sobre la tela de su vestido, pero no lo mira. Tiene la mirada perdida. Cerca de ella, sobre una mesa baja, un libro abierto donde hay una imagen. Al inclinarse sobre el libro, involuntariamente tiende su tejido sobre el suelo. En el bastidor entrevemos la silueta de un hombre desnudo que hila la lana sobre una rodilla que la aguja de la tejedora penetra.

En la noche, cuatro hombres, cuatro pelucas, cuatro narices, ocho labios, cuarenta dedos, las uñas cortadas, iluminados por las minúsculas llamas de las velas de cera colocadas sobre el atril de las partituras. No parece que los músicos toquen esos largos rollos blancos que son como olas que se desenvuelven en la noche bajo sus ojos. Más bien tenemos el sentimiento de que leen, o incluso de que se han ido a otra parte, muy lejos a otra parte. O que miden el tiempo. O

(Verneuil-sur-Avre, Francia, 1948). Éste es un fragmento de su novela más reciente, *El amor el mar* (Galaxia Gutenberg, 2023).

simplemente que tararean interiormente su parte antes de tocarla. Están inclinados y son impresionantes. Sus dedos forman un gran ramo vacío. Sus ojos brillan. No vemos instrumentos de música. Sin duda se aprestan a repetir sus cantos sin ser acompañados por una tiorba, o por un laúd, o por un clavecín, o por una viola. Un poco más lejos, atrás, aparte, hay un gran sillón vacío.

Es muy tarde. Thullyn sostiene una lámpara. Cierra la puerta de la habitación. La mano izquierda sujeta todavía el picaporte de porcelana húmeda. Luego lo suelta y va directamente a la ventana. Se voltea ansiosa para asegurarse de que la puerta por la que entró está bien cerrada al tiempo que separa las cortinas con la mano izquierda. Un hombre está oculto en la sombra de las cortinas, ella le sonríe. Pero coloca la lámpara más lejos, en la habitación, sobre el tocador. Toma la jarra. Vierte el agua. Se lava la nariz, la frente, el rostro. Se frota los párpados. Sus mejillas están heladas. Vuelve hacia la cortina. El cuerpo de quien mira la noche no se acerca a ella cuando mueve la tela. No se mueve en absoluto. La luna está sobre él, por encima de los árboles. Llora. Entonces ella deja caer la cortina sobre ellos. Estira la mano para desatar el nudo de su camisa. Desliza sus dedos sobre su torso desnudo. Siente los sollozos que contraen su vientre bajo su mano. Revientan en la superficie de la piel del hombre como pompas invisibles que su palma siente.

De Ostende a Margate, durante el año 1650, Thullyn y Hatten se amaron.

Caminaban a lo largo del malecón para ir al mar. Admiraban las embarcaciones ancladas una junto a la otra a lo largo del muelle de madera.

La chalana valona, la falúa árabe, el junco chino.

Un bajel y su extraño timón. Las góndolas como en Venecia con su proa de drakkar. La pesada chalupa de Ostende.

—Estoy triste. Amo a una mujer —dijo un día Hanovre.

—¿Qué le hizo, para que esté triste? —preguntó Abraham.

—Nada.

—¿Le dijo lo que a usted le atormenta?

—No.

—¿Por qué?

—No me gustan las mujeres —dijo Hanovre—. Entonces, ¿cómo voy a borrar de mí ese rostro que me atrae? ¿Cómo hacer para rechazar esos senos que se acercan a mí y cuya sustancia me parece,

cada vez que los descubro, tan inesperada? ¿Cómo hacer para arrancar los rasgos de esta mujer del fondo de mi alma?

—¿Por qué siente esa antipatía hacia las mujeres?

—Me parece que recuerdo algo cuando las veo. Algo antiguo. Tengo miedo cuando estoy cerca de ellas. Me provocan angustia. Su cuerpo débil, adhesivo, extraño, me desagrada. Es por eso que me ve desdichado.

—Pero ¿de qué tiene miedo?

—De que se vayan. Tengo miedo de que se vayan porque se van sin cesar. Tengo miedo de morir por causa de su amor. No entiendo en lo absoluto aquello que ellas llaman amor.

Ahora la barca penetra en la sombra. Se desliza en la oscuridad. Acosta bajo los nogales y los alisos. El casco se inclina bajo su pie cuando Hatten se levanta para coger la rama que está sobre él. Al mover la rama descubre la luna pálida en el cielo. Es el primer creciente, muy delgado, tan vacío, tan estrecho, tan blanco. El músico salta sobre el talud. Sube los escalones invadidos por un liquen esponjoso. Todo es tan resbaladizo. Aun el camino de sirga se desliza bajo los pies. No ha dejado de llover todo el día. Atraviesa el campo empapado. Sigue el sendero enlodado, luego atraviesa la calle cubierta de lluvia que brilla. Atraviesa la plaza. Levanta la aldaba gris. Llama a la puerta. Nada. Dos veces. En vano. Una tercera vez. Pero de nuevo resuena el silencio. Entonces gira la manija de bronce de la puerta. No está puesto el cerrojo. Penetra en el inmenso corredor.

Una mujer desciende la escalera lentamente, la mano blanca se desliza por la madera pulida del pasamanos.

De pronto se detiene en un escalón, un pie delante.

Lo escruta.

Una sonrisa nace en sus labios pequeños e ilumina sus ojos.

Entonces él se acerca. Porque basta una sonrisa para acercarse. Sube, asciende, corre por los escalones. Cuando se tocan las manos, al mismo tiempo, las lágrimas humedecen el borde de sus ojos. Cuatro abuelos, dos jugadores, una sola partida, mil lágrimas, es el abrazo en cada abrazo. Ahora sus lágrimas caen por sus mejillas sin que las enjuguen. Caen, caen. Brillan. Una sola y única partida perdida, perdida, perdida, siempre perdida. Siempre *tan perdida* porque sólo tiene una puerta que se abre hacia la muerte. Sólo hay un escalón que los separa, porque así es el deseo. Es un escalón, un simple escalón, tan difícil de subir. Tomó sus manos. Inclina su cabeza hacia él. Acerca sus labios. Él dice:

—La estaba buscando.

Ella dice:

—Yo lo esperaba. No era muy difícil de encontrar. Siempre he estado aquí.

La toma en sus brazos dulcemente. La estrecha contra sí. Se abrazan muy fuerte el uno al otro. Siente sus senos que se hinchan poco a poco contra su torso. Siente su vientre que respira contra su vientre. Ya no sollozan. Sus corazones laten más lentamente y sus ritmos, que diferían, se conciertan, se acuerdan, se equilibran, se desposan. Ambos cierran completamente los párpados. Son tan felices.

2. El tapiz azul

El tapiz de mesa es azul. Sobre la tela azul dedos cubiertos de anillos tiran las cartas. Todas brillan.

Otros dedos, con largas uñas curvas, limadas, pintadas, cuidadosamente alisadas y cortadas sobre el fondo azul de una especie de mar, las voltean.

Sólo Thullyn tiene las manos completamente desnudas. Tiene en la punta de las falanges las uñas cortas y redondas de los músicos de arco. Los dedos de la mano izquierda deben correr con potencia y rapidez sobre el diapasón de madera negra. Lleva un vestido de satín azul grisáceo. Es un azul muy diferente al de la tela afelpada que cubre la mesa. El vestido sube hasta su cuello, se cierra gracias a un camafeo dorado tallado con una figura pálida. Sus cabellos castaños están recogidos en moño. Su mirada es grave. Sus ojos cafés, casi negros, están llenos de ansiedad.

Thullyn está inmóvil sobre las cartas. Interroga su vida en los bustos de color que observa frente a ella. Se informa de los instantes cruciales que sus días esperan. Bruscamente alza los párpados y mira lejos hacia el fondo de la pieza. De inmediato llama a una forma oscura que está junto a la puerta. Se inclina hacia su vecina. Entonces, la jugadora central, la que guarda las apuestas, recoge una pila de piezas de oro. Las introduce en una pequeña bolsa de piel satinada cubierta de perlas. Se levanta. Se dirige al salón.

Las otras mujeres alrededor de la mesa están desamparadas.

Thullyn, a su vez, abandona el sillón donde estaba sentada, pero no se dirige hacia el salón. Corre hacia el fondo de la pieza. Abre la puerta. Sale a la calle. Llueve. Ahora espera afuera, bajo las gotas

que se posan sobre su moño, que caen una después de otra sobre su gran frente blanca. Hatten el músico llega por fin apresurando el paso. Toma sus manos. Coloca su rostro en esas manos desnudas, tan desnudas, tan mojadas, con uñas cortas y dulces de músico. Bebe el agua que corre sobre los largos dedos de esas manos virtuosas. La luna llena está sobre ellos. Es blanca como el marfil. Ahora corren bajo la lluvia ligera. Se vuelve una bruma blanca que los envuelve y los hace casi invisibles. Entran en esa nube. Abren una puerta. El cadáver está tranquilo, osudo, tan viejo, tan antiguo, tan delgado, tan blanco, recostado sobre la cama. La sábana está limpia, nueva, blanca. La espalda está apoyada contra dos almohadas. Los huesos de las manos completamente rígidas fueron puestos alrededor de una pequeña cruz de corladura. Los dedos fueron unidos. Rezan tal vez. A decir verdad, aun si Thullyn y Hatten no dicen nada, parecen felices contemplando la muerte. Ella, ella sostiene el brazo del hombre que ama. Pero él, en ese instante, se separa de ella, se arrodilla, sumerge la cabeza en la sábana, reza. Él, reza. No cree en nada, pero hoy reza.

Una mañana, sentado en el borde de la cama, limpiándose el vientre cubierto de savia con su camisa del día anterior, Monsieur Froberger dijo a Monsieur Hanovre:

—Después de manar en la mano de uno y otro, pienso que podemos confiarnos nuestros pensamientos más íntimos.

Monsieur Hanovre tomó tiempo para reflexionar.

—No sé si debemos llegar hasta ese punto —murmuró—. Podemos compartir un poco de nuestra simiente, sin duda. Pero no nuestra alma.

—Yo pienso exactamente lo contrario de lo que usted piensa —dijo el de Wurtemberg—. Al menos podemos confesarnos ensoñaciones de gloria o de honor. Después de haber sido felices, es agradable abrir el corazón. También podemos confesarnos los desafíos que nos gustaría afrontar. Podemos incluso imaginar futuros y provechosos éxitos sociales si queremos orientar el trabajo del día y ser capaces de proyectar los encuentros que debemos tener.

—Déjeme el tiempo de buscar en el fondo de mí cuáles pueden ser mis ensoñaciones sociales.

—Las mías son hacerme rico y ser capaz a todo instante de aislarme de todo el mundo cuando lo quiera.

—Las mías, por supuesto, no son ésas —dijo Hanovre.

—¿Qué hay más bello que ocuparse de aquello que amamos en lo profundo de nuestra habitación sin preocuparnos de nadie?

—Yo fui rico. El juego retomó todo lo que me había dado tan generosamente, pero no me gustaría volver a serlo. No quiero volver a obsesionarme con esa preocupación, ni con su planificación, ni con su fragilidad. Sobre todo, no quiero exponerme de nuevo a la envidia que suscita la fortuna en los amigos que han fracasado, en los hermanos rivales desde siempre, en las hermanas celosas, pícaras, quisquillosas, eternamente inquisidoras, en los músicos competidores, malintencionados, en las mujeres santas, pero completamente mentirosas, o en las mujeres viles, sublimes, salvajes como bestias y sinceras como ellas —dijo Hanovre.

—Tiene miedo.

—Sí, tengo miedo. Temo al mismo tiempo esa atención y esa amenaza. Sí, tengo miedo de toda esa multitud de voces agudas que gritan y que se empecinan en reproducir la especie. Sin embargo, no quiero estar solo por la tarde, por la noche, en el alba. Creo que me mataría si sólo estuviese conmigo.

—A mí me gustaría estarlo. Solo conmigo. Solo en la tribuna del órgano como lo estuve antes, cuando tenía doce, trece, catorce años, cuando mi madre y mi hermana y mi padre vivían todavía. Solo, por encima de todos. Solo, por encima de la nave de la gran capilla de Stuttgart. Solo, con el Señor del Cielo. Solo, y sobre todo invisible para el público. Porque el organista es el único músico invisible. Sí, si fuese rico, creo que dejaría el clavecín. Volvería al órgano de mis inicios. Iría de ciudad en ciudad porque no dejaré nunca de amar el errar por las ciudades de este mundo. Pero no iría de salón en salón. Iría de órgano en órgano. Solo en mi nido de madera, de hierro, de flauta, de acero, en lo alto de la pared de piedra, por encima de la nave central, unido al gran pórtico monumental. Solo en el mundo y frente al mundo. Me gustaría pertenecerme exactamente como los gatos se pertenecen a sí mismos, en lo alto de su techo, adosados contra la chimenea, o acurrucados en la pequeña cuna de zinc del canalón. Me rodearía de un cuidado infinito. Lamería uno a uno mis dedos, roería pacientemente las uñas en la punta de mis dedos, daría lengüetadas concienzudamente en el agujero de mi trasero. Buscaría en el espacio los ladrillos más calientes, las tejas redondas mejor expuestas al sol, las pizarras más grises, más afelpadas, más dulces. Elegiría las vistas más lejanas, inimaginables, deliciosas. Me deslizaría en los rayos del sol y en la seguridad de la soledad. Me consentiría. Me gustaría no temer más a los guardias, a los sargentos, a la tropa de soldados, a los desertores, a los bandidos. Sería tan rico que ni siquiera tendría miedo de que me robaran. Estaría

tan contento de no reclamar aquí un poco de loas, allá un poco de consideración, un poco de honor abominable en el juicio de los peores, en otra parte un poco de dinero para vestirme, o para beber, o para jugar a los dados, o para jugar a la berlanga, o incluso al faraón. Me gustaría tener una ermita exactamente como la concibió mi hermano en Constantinopla, en las Islas Príncipe. Pero no me gustaría estar bajo la obligación de la policía de mi reino. En cuanto a mí, supongo que estaría en la orilla de la laguna, en una de las ciento dieciocho pequeñas islas, en una isla pequeñísima, en el archipiélago de Venecia. Un gran jardín para perezosos junto al agua. Veo las regaderas verdes cerca de la cisterna de agua de lluvia; veo sus bocas de cobre que brillan; una pala para mover las flores; una barca negra en la orilla o más bien una góndola para ir de un lado a otro. Ni siquiera un hermoso marinero de hombros rosados y morenos y espléndidos. No, simplemente un remo, una caña de pescar, una red, y por única compañía las nubes, porque se van.

—Mejor morir.

—¿Por qué dice eso? ¿Qué le han hecho las nubes?

—Toqué toda una temporada en los palacios de Venecia. Toda una temporada interminable. Qué aburrimiento sin fin en el agua maloliente y fatigada, en el polvo perpetuo de la arena que el viento levanta en las riberas y en las playas, que salta hasta la nariz, que pica los ojos, que deja pegajosos los rizos de los cabellos. El cielo estaba siempre sumido en la bruma marítima. Las cuerdas de los instrumentos no mantenían el acorde ni siquiera un cuarto de hora.

—Yo agregaría los animales. Lleno de animales. Gatos. Perros. Una cabra para la leche y gallinas para los huevos. También aprecio la compañía de los animales salvajes que tanto teme usted, y aun de los rapaces. La princesa Sibyla venera tanto todo lo que pertenece al bosque, que vuela o que corra.

—Y yo de nuevo tendría miedo.

—Pero no lo perseguirían. No son hombres. No piensan en lo absoluto hacerle daño. No le roban. Le huyen.

—Sólo aprecio los pequeños pájaros de los arbustos, porque tienen más miedo que yo cuando avanzo hacia ellos. Incluso los pichones de Venecia me temían cuando iba con mi lira a una asamblea de música sobre los adoquines de la plaza dedicada a San Marcos.

—¿Qué músico no ama los pájaros, al menos cuando inician sus cantos al final de la noche?

—Es verdad, ahora que me hace pensar en ello, me gustan los tordos de las viñas cuando alzan el vuelo en el momento en que acer-

camos la mano a sus plumas polvosas y blancas como la arena, entre las cepas. Volvíamos sobre la carreta, por entre las barricas alineadas, ya ebrios. Estábamos casi tan ebrios como ellos buscan estarlo cuando picotean las uvas.

—Cuando era niño, mi inclinación no era hacia los pájaros. Era hacia los peces. Las redes, las velas, las chalupas, las chalanas valonas, las barcazas de mar. Cuando era niño, ahí donde la Mosa y el Rin confluyen, iba a pescar en el estuario donde vivía mi abuelo. Siempre iba ahí con mi padre Basilius y con mi hermano mayor. Se llamaba Isak. Es aquel hermano mayor que se retiró en medio del mar de Mármara. Isak abandonó nuestro patronímico. Retomó el nombre de nuestro padre muerto, Basilius. Lo hizo para confundir a aquellos que lo perseguían. Toca todavía un poco el violín, pero sobre todo obtiene la mayor parte de sus ganancias de sus olivas, que tritura, y de sus viñas, cuyos frutos pisotea, me escribe, cuando termina el verano. A mí, ahora que lo pienso, desnudo junto a usted, hoy, esta mañana, me gustaría salir al mar. Sí, exactamente eso. He ahí mi sueño si me jugase todas mis fichas, si ganara la apuesta, si me lo llevara todo, si cogiese de la mesa un montón de escudos, de luises, de oro, de florines. Evadirme en la inmensidad sin forma, sin ninguna forma, infinita, del mar. Mojar mis piernas, empujar la embarcación en el agua siempre que quisiera. Siempre que alimentase el deseo de perderme en la belleza del mundo. Pescar de nuevo junto a los marineros de todas las razas y de todos los colores del mundo. Afrontar las olas, luego dejarme llevar por ellas, dejarme levantar por sus corrientes salvajes. Encontrar a Dios que camina por la tempestad con tal calma, con tal gracia, con los pies tocando apenas las crestas de las olas que se alzan hasta el cielo, y luego volver al puerto. Volver con todas las velas extendidas al puerto. Volver para beber botellas de vino blanco helado con todos los marineros, con los que pescan con redes, con ganchos, con los pescadores de algas, los taberneros, los vendedores de pescado, al saltar sobre el pontón, al poner pie sobre la tierra firme. Comer las frituras, los moluscos, las jaibas, los centollos, las sepias aturdidas y asadas a la parrilla y saladas, las grandes lonjas espesas de atún crudo. ¡Qué delicia!

Inclinaba la cabeza al hablar. Se lamía los labios al hablar.

—De repente me atrae su sueño —dijo Hanovre el sobrino.

Se levantó, desplegó su gran cuerpo delgado y desnudo, miró a su compañero de placer. Observó la masa enorme del coloso que ahora tenía hambre. No tenía ningún vello en el torso. Tenía senos o, al me-

nos, dos grandes bolsas estériles, un poco carnosas y pálidas, que caían sobre sus costillas. Sólo el vello púbico, bajo su vientre enorme, era rizado, negro como pueden serlo las plumas de las cornejas, rodeando el sexo rosáceo.

3. El clavecín

Inventario de I. I. Froberger, en el año 1667, Hofkapell al servicio de Madame la duquesa Sibyla von Württemberg, castillo de Héricourt.

Una mantilla de tafetán negro; una tabaquera de cartón; un cubilete de cuero con tres dados; una llave de afinar; una bolsa con seis alicates; pequeños pedazos de partituras de música unidos entre sí con un hilo amarillo.

Un pañuelo de cuadros azules.

Un sacacorchos.

Un juego de cartas amarillo y verde con letras góticas alemanas.

Un cascabel de cobre para marcar el ut que los parisinos llaman do.

Cuando el clavecín está solo —cuando dejan su sonoridad punteada, incisiva, vibrante, con agudos breves y delicados— no llena por completo el volumen de aire de la sala. Parece demasiado débil para comenzar una reunión de música. Y, de la misma forma, es demasiado tenue para cerrar de manera triunfal. Las preminencias al interior de los duelos de músicos eran fuente de conflictos. El arte del clavecinista de Héricourt, que venía de Stuttgart, a la orilla del Neckar, que se llamaba Iohann Iakob Froberger, era tan frágil, tan desintegrado, tan alaudado, tan aperlado, que era menos sonoro que la mayoría de los otros instrumentos.

Incluso que la tiorba alambicada de Monsieur Hatten, que venía de Mulhouse. Que había vivido en Mulhouse, de niño, a orillas del Ill. Que había vivido también en Estrasburgo, algunos años más tarde, siempre a orillas del Ill.

Incluso que la viola de siete cuerdas de Monsieur de Sainte Colombe, músico que vivía en los suburbios de París, en una casa precedida de sauces, que daba frente a la orilla del Bièvre.

Dicho eso, Messieurs Blancheroche, Gaultier, Couperin padre, Mesdemoiselles Thullyn, de Saint Thomas y de La Barre anotaban en su cuaderno todas las veces que Monsieur Froberger tocaba solo.

Monsieur Hatten, con un rostro tan desigual, tan alterado, casi

siempre de pie junto a él, giraba o sostenía con la mano los pequeños pedazos de papel manuscritos donde Froberger acostumbraba anotar sus temas antes de improvisar. A veces se sentaba en el taburete cerca de él, cuando sentía que a su amigo le faltaba la imaginación, y concertaban, y luego, tomando apoyo en la armonía a la que Monsieur Hatten lo había conducido, Monsieur Froberger retomaba su impulso y llegaba solo al firmamento de la música. Se ha dicho que Monsieur Hatten no volvió nunca a tocar en público las obras que compuso después de pasar la edad de treinta años. Es verdad que era arisco. Ya no sufría por ser herido, y no quería volver a correr el riesgo de serlo. Hacía parte de esos niños cuya palabra no logra salir y penetrar en el aire. Se apartan, desconfían de todos, no se exponen a ninguna herida. La palabra se ha extinto dentro de ellos. Esos niños están entre los más bellos: tienen una mirada inmensa, como los animales, una mirada que invade toda la naturaleza, pero no el mundo. Una mirada donde ya no aflora el lenguaje articulado por los grupos y por el que los sexos o los géneros o las clases o las naciones o los reinos se afrontan entre sí en el instante en que la boca se abre.

Thullyn va a desvanecerse. Está completamente pálida bajo la lluvia. Sin duda, tiene mucho calor a causa del gran abrigo de piel que la envuelve bajo el chubasco. Va a caerse. Se apoya contra el muro.

—Espere —murmura.

Hatten le toma de la mano. Debe sostenerla. Empuja la puerta del departamento. La libera del peso que lleva. La conduce hasta el sillón cerca de la ventana.

Una vez que se ha sentado frente al mar, calla. Qué hermosa es esta mujer sentada. Retoma el aliento. Descansa. Qué pálida y luminosa es esta muchacha.

Ahora Hatten extiende el abrigo sobre la cama, les sirve de manta cuando el frío de la noche penetra en la habitación.

Le habla.

Le pregunta qué está mal.

—Nada. Nada. Soy feliz.

Luego ella se calla.

Más tarde se voltea hacia él. Lo mira. Le dice:

—Cuánto lo necesito, no tiene idea. Todo mi cuerpo detesta cuando usted va a partir ✖

Traducción del francés de Ernesto Kavi.

Lídia Jorge

Cuento tuareg

Una mujer dibujó una nube en la arena
esperó sentada y llovió durante tres días.
Después dibujó un dátil, esperó sentada
y aparecieron dromedarios con grandes alforjas rojas
llenas de las provisiones que no tenía.

Dibujó una hoja de té y apareció una tetera.
Las tazas se colocaron sobre un paño extendido en la arena.

En la soledad del desierto una mujer dibujó un turbante.
Vino un hombre con su sombra, envuelto entre muchos paños
[blancos.

El hombre se acostó con ella, los dos sacudieron la arena
y la mujer dibujó los primeros hijos.

Llegaron los hijos de los hijos y escribieron números sobre
la arena. Eran cuentas para repartir las mantas y los dromedarios
en el futuro. Entonces, sin que nadie lo llamase, apareció el tiempo.
No fue necesario dibujar huesos en la arena, el correr del tiempo
sabía lo que hacía — Tomó a la mujer de la mano
le cerró los ojos y la llevó hacia las nubes.

Sobre la arena del desierto corrió el agua durante tres días.

Conto tuaregue

Uma mulher azul desenhou uma nuvem na areia / esperou sentada e choveu durante três dias. / Depois desenhou uma tâmara, esperou sentada / e surgiram dromedários de grandes alforges vermelhos / contendo os mantimentos que não tinha. // Desenhou uma folha de chá e veio uma chaleira. / As taças dispuseram-se sobre o pano estendido na areia. // Na solidão do deserto a mulher desenhou um turbante. / Veio um homem e a sua sombra, trazido por muitos panos brancos. / O homem deitou-se com ela, os dois agitaram a areia / e a mulher desenhou os primeiros filhos. // Vieram os filhos dos filhos e escreveram números sobre / a areia. Eram contas para dividir as mantas e

(Boliqueime, Portugal, 1946). Uno de sus libros más recientes es el poemario *Misericórdia* (Dom Quixote, 2022). Recibió el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances en 2020.

Acontecimiento

Antes, yo era una piedra de las montañas
y todo en todo estaba reunido —
El silencio y la sombra, la voz y la luz.

Antes, yo era una piedra.
Después el animal salió de esa esfera de polvo
prensado por los milenios y se desperezó en la hierba.

Vino una luz brillante y dijo —
Ésta es tu vida, tiene un límite.

Y yo quería que la alegría batiera palmas
y dijera —Esto es mi vida.
Me senté en la hierba y comí tres veces al día.
Es inmenso este mar de flores, el mundo.

Pueden decir lo que quieran sobre la muerte
pase lo que pase más allá de esa puerta —
Conocí el sabor de las hierbas verdes, les puse nombres
no volveré nunca a ser piedra de las montañas.

La luz brillante puede proclamar —De nada vale tu vida.
Eso y mucho más. Pero no podrá decir —Tú no aconteciste.
Acontecí, y ése es mi honor sin medida.

os dromedários / no futuro. Então, sem que ninguém chamasse, apareceu o tempo. / Não foi preciso desenhar ossos na areia, o correr do / tempo sabia o que fazia — Tomou a mulher pela mão / fechou-lhe os olhos e encaminhou-a para as nuvens. // Sobre a areia do deserto correu água durante três dias.

Acontecimento

Antes, eu era uma pedra das montanhas / e tudo em tudo estava reunido — / O silêncio e a sombra, a voz e a luz. // Antes, eu era uma pedra. / Depois o animal saiu da esfera dessa poeira / prensada por milénios e espojou-se na relva. // Veio uma luz brilhante e disse — / Esta é a tua vida, tens um prazo. //

Edad del bronce

No tengo duda de que los textos primitivos
decían la verdad —Antiguamente, muy antiguamente
dios calzaba sus zuecos en medio de los campos
y hacía su justicia.
El mal, si acontecía, llegaba para bien.
El bien lo compensaba. El ahorcado había sucumbido al saludo
del demonio y la mujer parida, si moría entre dolores angustiosos
era por no haber rezado —En esa urdimbre de la justicia
la vida era perfecta.

Dios se descalzaba, se rodeaba de tormentas
y arremetía directamente contra los que se decían puros
pero no practicaban la misericordia debida.
Por un mal de ojo, merecía la pena arrancar los ojos y el hígado.
El cielo lo sabía todo.

Ahora estamos mal —según dicen algunos.
Hombres de todas las ciudades se levantan del suelo
se calzan y descalzan los zuecos, imitan al Dios antiguo
perfectamente, ríen a carcajadas. El cielo no sabe nada.

Estamos solos.

E eu quis que a alegria batesse palmas / e dissesse – Isto é a minha vida. / Sentei-me na relva e comia-a três vezes por dia. / Imenso é este mar de flores, o mundo. // Podem dizer o que disserem sobre a morte / haja o que houver para além desse portão — / Conheci o sabor das ervas verdes, dei-lhes nomes / não voltarei mais ser a pedra das montanhas. // A luz brilhante pode proclamar — Não valeu de nada a tua vida. / Isso e muito mais. Mas não poderá dizer — Tu não aconteceste. / Aconteci, e essa é a minha honra desmedida.

Idade do bronze

Não tenho dúvida de que os primitivos textos / falavam verdade — Antigamente, muito antigamente / deus calçava os tamancos no meio dos campos

Tomé una idea

Tomé una idea entre mis manos
como si fuera una niña.
La vestí, la cubrí, le di un paseo
por el campo y por el mar salino, le di todo
lo que tenía en la despensa
de mi vida —todo lo que podía dar.

Mañana, mañana será un nuevo día.
Cómo paseará sola la idea por la calle
cómo serán su voz, sus modales.
¿Cómo?, ¿cómo llegará la sorpresa
de lo que no conozco, la parte que yo no vestí
no acuné? ¿Cómo vendrá de vuelta
a encontrarse conmigo
habiendo crecido a mis espaldas?
¿Vendrá profunda? ¿Engalanada? ¿Bella?
El sobresalto de esa sorpresa llena por completo
mi vida. ¡Oh! Idea, mi pequeña idea, que nació niña.
¿Como será tu mancha en el papel, después de impresa la tinta?

/ e fazia a sua justiça. // O mal, se acontecia, vinha para bem fazer. / O bem, por recompensa. O enforcado tinha cedido ao aceno / do demónio e a mulher parida, se morria entre dores aflitivas / era por não ter rezado — Nessa malha de justiça / a vida era perfeita. // Deus retirava o seu calçado, munia-se de trovões / a arremetia directamente contra os que se diziam puros / mas não praticavam a misericórdia devida. / Por mau olhado, valia arrancar olhos e fígado. / O céu sabia de tudo. // Agora estamos mal — dizem alguns. / Homens de todas as cidades levantam-se do chão / calçam e descalçam os tamancos e imitam o antigo Deus / na perfeição, riem alto. O céu não sabe de nada. // Estamos sós.

Tomei a ideia

Tomei a ideia nas minhas mãos / como se fosse uma menina. / Vesti a ideia, embalei a ideia / dei-lhe o passeio do campo / e o salgado do mar, dei-lhe

El que esperas

La tristeza se sentó a mi puerta
pero no le di de comer.
Perro guardián por perro guardián
prefiero la alegría.

A ella entrego mis días
y el abrazo de aquel que viene de lejos
para decirme que el amor que fue ayer
aún es hoy todavía.

tudo / quando possuía na despensa da / minha vida – tudo o que tinha para lhe dar. // Amanhã, amanhã será um novo dia. / Como passeará sozinha a ideia pela rua como será a sua voz, o seu preceito. / Como, mas como, virá essa surpresa / que não conheço, a parte que não vesti, não / embalei. Como virá ter comigo, de volta / tendo crescido à minha revelia? / Virá profunda? Enfeitada? Bela? / O sobressalto dessa surpresa enche por inteiro / a minha vida. Ideia, pequena ideia, que nasceu menina. / Como será a tua mancha no papel, depois de impressa a tinta?

A que espera

A tristeza sentou-se à minha porta / mas eu não a alimentei. / Cão de guarda por cão de guarda / prefiro a alegria. // A ela entrego os meus dias / e o abraço daquele que vem de longe / para me dizer que o amor que foi ontem / ainda é hoje.

De la dulce guarda

Vamos a esa casa iluminada
sin candil. A veces, muchas veces
cantaremos.

Será una tierra cubierta de huesos
pero nunca serán nuestros.
En ese lugar alguien sembrará
hierbas dañinas, pero nunca
serán mías.

En último caso, siempre surgirá
un ángel que nos concederá una
dulce guarda, a un lado el corazón
y, al otro, la espada. A la hora justa
nos confiará un caballo y el secreto
de montarlo.

Vamos a esa casa iluminada, sin candil
rasgando lo oscuro. Qué noche prodigiosa
es el futuro.

Versiones del portugués de Enrique Andrés Ruiz y Antonio Sáez Delgado.

Da doce guarda

Vamos por essa casa iluminada / sem candeia. Às vezes, muitas vezes / cantaremos. // Será uma terra coberta de ossos / mas nunca serão nossos. / Nesse lugar alguém semeará / ervas daninhas, mas nunca serão minhas. // Em último caso, sempre surgirá / um anjo que nos concederá uma / doce guarda — de um lado o coração / do outro, a espada. Na hora certa / ele nos entregará um cavalo e o segredo / de montá-lo. // Vamos para essa casa iluminada, sem candeia / espadeirando o escuro. Que noite prodigiosa / é o futuro.

Donde
José Luís Peixoto

Réplica de la fuente nueva
(Constância)

Esta fuente es hija de otra fuente. A partir del recuerdo de aquélla, se construyó ésta. Es decir, este pedazo de realidad concreta fue construida a partir de un recuerdo que a su vez debe su existencia a una realidad que, en su tiempo específico, fue tan concreta como ésta.

Aquí sólo existe ahora. Esta fuente, sin embargo, es la demostración inequívoca de la presencia de otros momentos. Mientras duraron, también ellos fueron ahora. Personas como nosotros estuvieron en esos momentos de la manera en la que nosotros estamos en éste. No mentían, llamaban nueva a esa fuente vieja porque, entonces, era nueva. Un día, hasta esta réplica, mucho más nueva que la otra, será vieja también.

Tiempo y espacio no pueden estar separados, sólo logran existir en simultáneo, uno dentro del otro. Por eso, realmente, tiempo y espacio son lo mismo. Cuando la otra fuente desapareció, se construyó ésta en su lugar, dando cuerpo al recuerdo. Esta fuente es la materialización de una idea. Mira alrededor: con la excepción de la naturaleza visible e invisible, todo es materialización.

También nosotros somos fuentes, teníamos padres que mataban la sed, recuerdos ahora. Éramos fuentes jóvenes, nos transformamos en fuentes viejas. Un día será el turno de nuestras réplicas de hacer el mismo camino.

(Galveias, Portugal, 1974). Estos textos forman parte del libro *Onde* (Quetzal, 2022).

Mirador de Fuentes

(Abrantes)

Como un paisaje inmenso, la palma de las manos. Ése es el punto de partida. Inmediatamente, siguiendo un pequeño gesto de la mirada, todo esto. Algo de nosotros se separa del cuerpo que creíamos tener. Al final, la mirada es un vuelo que nos lleva. Al fijar el paisaje nos transformamos en estos montes, en esta albufera, en estos campos que como dioses existen allá lejos, o incluso aquí, dentro de nuestra voz.

La distancia es una pregunta. Cuando nos lanzamos hacia ella no logramos tener la seguridad de ser capaces de regresar. ¿Seguimos siendo nosotros después de la distancia? No hay respuesta definitiva, sólo hipótesis. Tal vez nuestro cuerpo no se acabe nunca, como un paisaje inmenso.

Alcornoque de Montalvo

(Constância)

Los árboles son una de las grandes metáforas. Nos ofrecen una estructura para entender la constitución del mundo: raíces, tronco y ramas. Tres elementos que cuando se repiten pueden sugerir una melodía: raíces, tronco, ramas. Ofrecen ritmo: raíces, tronco, ramas. Pero también son una medida para todo lo que sucede: raíces, tronco, ramas. Material o inmaterial: raíces, tronco, ramas.

Todos los gestos pueden ser comparados con árboles: las causas son las raíces, los actos son los troncos, las consecuencias son las ramas. Todos los caminos pueden ser comparados con árboles: partieron de las raíces, están en el tronco, se dirigen a las ramas. Las historias son árboles. La vida es un árbol.

La vida es este alcornoque. Las mejores metáforas son concretas y orgánicas, no son ejemplos o artificios, maquetas de retórica. Por eso, las raíces de la metáfora están envueltas en tierra, con humedad y olor a tierra. Para tocar las raíces, necesitamos estar dispuestos a ensuciarnos las uñas. El tronco de la metáfora es el tronco de este alcornoque, rugoso y real. Sin ayuda, no tenemos brazos suficientes para envolver el tronco. Las ramas de la metáfora son éstas, el cielo por encima de ellas, también una continuación de la metáfora, porque

el significado de los árboles, de este árbol no prescinde del significado del cielo, de la tierra y del resto. Este árbol, como todos, se agarra al mundo. El mundo es inseparable de los árboles.

Alcornoque de Doña María
(Sardoal)

Estas palabras pertenecen al árbol. Las frases son como ramas, las letras como hojas. En las frases, la puntuación que las moldea, comas y además pausas, pausas, sollozos, o momentos un poco más largos que se extienden, son comparables a la forma imprevista de las ramas. Cada frase corresponde a una rama y, así, lo intrincado de esta mancha escrita es semejante a su copa. Las letras, a pesar de las distinciones en la apariencia de cada una, tienen un tamaño más o menos uniforme, como las hojas. Podemos detenernos en cada letra y apreciarla, de la misma forma que podemos observar en cada hoja y fijar los detalles de su contorno.

Estas palabras son también una sombra del árbol. Quien está aquí, a poca distancia de su tronco, caminando en la tierra que acoge sus raíces subterráneas, tiene la posibilidad de entrar en la sombra y ahí sentir el cambio de la temperatura, la tregua en días de sol. Quien sólo tiene estas palabras, no se sabe a qué distancia está de aquí, imagina el alcornoque que les da origen y recibe, igualmente, su acción. Tal como la sombra, estas palabras nacen del alcornoque, se expanden desde él y así dependen de su edad y de este lugar preciso. Si este fuera otro árbol, éstas serían otras palabras, y a partir de ahí, también nosotros seríamos otros y el mundo sería otro mundo. Este árbol marca el centro del mundo, estas palabras son la prueba de ello.

Olivo de Mouchão, Mouriscas
(Abrantes)

Un árbol de siglos sabe mucho sobre el tiempo. Nosotros, enraizados en las humildes décadas que poseemos, apenas entendemos enseñanzas de tal tamaño. Los siglos del árbol son como un enorme edificio frente a nosotros. Tenemos que doblar el cuello por la nuca para mirar

hasta la cima. Ésa es la manera de intentar imaginar la perspectiva desde su cumbre.

Un árbol de siglos ya fue muchos árboles. Su corteza se renovó muchas veces. Fue atravesada por suficiente savia para llenar un río. Para nosotros, que somos breves, nos parece que esta savia se demora en correr. Para el árbol, las estaciones se suceden como días. El verano llega con la memoria viva del verano anterior. Necesitaríamos de mucha más edad para reconocer los ciclos del tiempo que el árbol considera como estaciones.

Existen las hojas que vemos, son nuestras contemporáneas. Destellan verde y plateado, simulan una lluvia de brillo. Como nosotros, también estas hojas están convencidas de que este momento es para siempre. Y no se engañan, este momento es para siempre. Sin embargo, después de éste, vendrá otro *para siempre*, y otro, y otro.

Un árbol de siglos nos mira al rostro de la misma forma en la que sostenemos una hoja entre los dedos. Siente nuestra mirada, sabe que estamos aquí, pero también sabe que la tierra a su alrededor engulló millones de hojas iguales a nosotros.

Biblioteca Municipal Antonio Botto

(Abrantes)

La biblioteca te observa. Desde las ventanas abiertas, esa mirada no se aparta, memoriza cada uno de tus movimientos, hasta los más ínfimos: el pecho lleno y luego vacío, el ligero temblor con que te afirmas en las piernas. Existes en la mirada de la biblioteca de la misma manera que estas palabras existen en tu mirada. Eres una lejana figura, y sin embargo, como en las plantas de este jardín, en las hojas de los árboles antiguos o en las hierbas fortuitas, hay venas y arterias que te atraviesan.

La biblioteca quiere aprender todo lo que sabes, escucha cada uno de tus pensamientos, hasta los más secretos. Ésa es la materia de los libros que la llenan, libros que te esperan en sus estantes, libros que están ahora siendo leídos por otros. En un poema, Antonio Botto escribió exactamente aquello en lo que estás pensando en este momento. Un día habrás de leerlo, entonces, sin que sepas explicar por qué, esos versos tendrán un sentido absoluto, como una verdad grabada en la piedra.

Pero ahora estás aquí, eres una lejana figura. Tu piel son tus paredes, como las paredes de la biblioteca son su piel. Los estantes llenos de libros son sus venas y arterias. A través de ellas, fluyen palabras como sangre o savia, son la transcripción literal de tus pensamientos. La biblioteca te lee. Eres la biblioteca de la biblioteca.

Biblioteca Alexandre O'Neill

(Constância)

El poeta posee varias bibliotecas a lo largo de la vida porque posee varias vidas. El nombre del poeta tiene significados diferentes en cada una de ellas: al firmar el poema, al firmar un recibo, en la portada de un libro, en la fachada de una biblioteca municipal. El nombre del poeta es único, y sin embargo, compuesto por esa amalgama, como ríos que se mezclan.

El universo entero está en los estantes de la biblioteca. El poeta tiene esa enorme consciencia aun cuando está en silencio absoluto, como ahora. Hay vida en los márgenes del poema, en el blanco de la página que lo circunda. Hasta estas pobres palabras, que no son comparables con otras, que sólo quieren dar esta humilde información y desaparecer, a pesar de la piedra en la que están inscritas: hasta estas palabras pobres permiten vida en el inmenso campo de visión que las rodea. Observa en las manchas de color que explotan en las fronteras de tu mirada.

La biblioteca es lo que el poeta sabe y también lo que imagina. En los libros que no ha leído existen los pensamientos que no ha tenido. Ahí, Constância, la biblioteca es la despedida de cada una de tus tardes, las noches estrelladas del verano, las noches cerradas del invierno, es el radiante nacer de cada uno de tus días, como el primer verso del primer poema del primer libro del poeta.

Convento de Santa María de la Caridad

(Sardoal)

La iglesia y el convento entero son como una montaña construida por el humano. Es una montaña dedicada a lo Divino. LO representa y,

a través de ese gesto creador, LO imita. Por eso, cuando estamos en su interior, humanos, escritos con letra humilde y minúscula, estamos en el interior de una montaña.

Allá adentro, la luz es escasa. Aun así, los rayos de luz entran por donde pueden, son reflejados por las paredes blancas y llegan a lo profundo de nosotros. Logramos verlos, aun cuando cerramos los ojos. Sin embargo, a pesar de todo este esfuerzo, allá adentro la luz no es tan abundante como aquí, debajo del mismo cielo. Me parece ahora que tal vez debería escribir la palabra *cielo* con mayúscula.

Molinos de «Entrevinhas»

(Sardoal)

La distancia entre nosotros y la tierra es el pan.

En un extremo de ese camino, están las raíces finas que alimentan el trigo, la savia que sube a lo largo del tallo, el dorado que cubre la espiga. Luego, está el trabajo del molino y del molinero, el trabajo del viento, una máquina formada por esos cuerpos, ligados unos a los otros como ruedas dentadas, todos ellos esenciales, visibles o invisibles. Luego, con agua, sal y fermento, se hallan los gestos que repiten los gestos que nuestras abuelas hicieron. El pan que ellas amasaron fue necesario para que se llegase a este que, después del horno, luego de alineado con la pala en la superficie del horno, partimos, la corteza que estalla y se pulveriza entre el pulgar y el indicador, pan portugués.

Éste es el camino más directo, incluye agua, sol, viento, fuerza e ingenio, incluye una historia antigua, sabiduría de generaciones y que llega hasta nosotros. Podemos sostener un pan en la palma de la mano y sopesarlo, podemos observarlo. Un pan no es simple y al mismo tiempo, siguiendo el mismo raciocinio, es simple. Como un trayecto en la naturaleza, atravesando sonidos como los que escuchamos ahora, sintiendo estaciones como esta que nos envuelve, el pan a la distancia entre nosotros y la tierra, entre el ser humano y la naturaleza ✖

Traducción del portugués de Diana Alcaraz.

La tercera
[fragmento]

Ivna Žic

Ronca. La mujer de abajo ronca, toda una noche estuvo roncando, de su cama se precipitan pantorrillas pálidas, piquetes de verano, suda, sudo, todos los piquetes rascados y abiertos, curitas y marcas de sandalia en las plantas de los pies desnudos, venas azules, vello emergente, mal aliento en el ambiente y, bajo las axilas, ranciedad.

La noche se ha ido.

Me siento, el techo es demasiado bajo, pero con el tiempo ya no importa cómo se tuerce el cuerpo, lleva doce horas de viaje, una vez más, apenas durmió, una vez más este trayecto que no termina ni despierta nada, salvo la repetición, salvo su duración, las doce horas conocidas, estas siempre nuevas casi doce horas de trayecto, ¿dónde se apilarán?, en algún lugar dentro de este cuerpo retorcido yacen y se apilan, piénsalo lejos, quítalo, y también estos viajes. Cien veces, o quinientas, o sólo muchísimas, tal vez demasiadas para un solo cuerpo, tres veces al año, luego cuatro, luego siguieron aquellos años en los que sólo íbamos en el verano, y en Navidad: inevitablemente eran estas horas y su cantidad casi exacta las que han definido nuestros movimientos, acercándonos, alejándonos, desde el día que tomaron sus maletas, cerraron con llave la puerta del departamento en el último piso de la torre en Novi Zagreb y los segundos se convirtieron en los primeros en irse, el día que mi madre me puso la falda de rayas amarillas, se colgó a mi hermano y nos subimos al avión. Bien empacados, bien preparados, nos esperaban un departamento, un trabajo y un jardín de niños: cambiamos la calle que conocía, el barrio de torres departamentales, los abuelos, la tía en la ciudad, la variedad de

(Zagreb, Croacia, 1986). Éste es un fragmento de su novela más reciente, *La tercera* (Ediciones del Lirio, 2023).

parques y destinos turísticos, la sarma y los pimientos rellenos, los chocolates con calcomanías de animales, la ciudad y el país, que en ese entonces aún era otro y que estaba a punto de cambiar, por una distancia nueva y por su valor, por la memoria que a partir de este momento iba a tomar otro curso, uno con sueños en dos idiomas y vacaciones veloces, en el que nunca había tiempo suficiente para el sinfín de parientes, y nunca suficiente para una conversación real, ¡corre, corre! Pascua, Navidad, otra vez Pascua, y Navidad de nuevo, entre y antes y a menudo también después de las visitas la mala consciencia, un split entre lenguas o piruetas a gritos, y entretanto, una infancia en las orillas de un lago muy lejos de ahí, donde la mantequilla se llama *anke*, y putar en casa, donde se dice *grüezi*, *ade*, *merci*, a la señora Rüedi, y a todas esas Nadines y Stefanies, esos Chrigis y Sämis en el kínder o en la escuela, entretanto, estudios universitarios, más lejos aún, y todo a partir de ese día que mi madre me puso la falda de rayas amarillas, se colgó a mi hermano y nos subimos al avión. Una breve tormenta, una Coca-Cola derramada y el aterrizaje en Zúrich, donde nos esperaba mi padre: una foto para el álbum. En el fondo, unas letras diagonales: KUNFT ZÜ. El final del nombre de la ciudad está tapado por una cabeza enorme y el comienzo de la llegada, nuestra Ankunft en Zürich, fue cortado por la cámara. Reacomodadas, las letras me hablan de ZUKUNFT, el futuro, nuestro punto cero, desde aquí todo crecería desde dos direcciones. Y de aquellas horas en medio y aquellas que siempre faltan, brotan pilas que nunca más podrán ser aplanadas.

Ahora la periferia, ya sin campo, un sol matutino resplandeciente, bloques de cemento gris, el suburbio, la ciudad estará desolada, el tren medio vacío. En un país con playas, nadie se queda en la ciudad cuando llega agosto. El suelo arde, polvo, casi todas las ventanas de las torres están abiertas, en las paredes cuelgan equipos de aire acondicionado, y una que otra antena parabólica.

Me volteo.

Hace tres días hubo otro tren.

Me volteo.

Todo comienza tres días antes, me pongo boca abajo, boca arriba, de lado, y ahí acaba, me volteo, en un tren hacia París, tres días atrás, me volteo, en un TGV rojo y morado, un cuerpo ardiente en un vagón helado, silencio a mi alrededor, me volteo, atravesé el silencio para meterme al baño y cambiarme, siempre esperando que nadie se diera cuenta, como si a alguien le interesara que me haya cambiado, que ahora me viera mejor, peor, o sólo diferente, una inseguridad general que en realidad no se debía a ninguna de las miradas en el tren, sino a él.

Estoy tendida de espaldas. Estoy quieta.

Y eso a pesar de que sus manos y ojos conocen de memoria cada parte de mi cuerpo, conocen los huecos bajo las axilas, en la parte interna del codo, en la clavícula, hasta en sus sueños pueden dibujar mis pechos, mis orejas, mi cuello, manos que han penetrado hasta lo más profundo, que han desarmado mi cuerpo, una y otra vez, para volverlo a ensamblar, me cambié como si esta pequeña decisión pudiera condicionar todas las demás, como si fuera un caparazón que me diera seguridad, o algo de seguridad, al momento de bajarme del tren. Si pudiera tomar una decisión definitiva en este TGV helado rumbo a París, entonces tendría que ser posible tomar otra a mi llegada. Pero al pensar en todas las veces que nos encontrábamos, nos sentíamos, sólo existía él, existía yo, no existía un caparazón para luchar por una cosa u otra, por lo que le suplicaba a este cambio de ropa, a esta ropa interior, a la blusa, al pantalón y a los calcetines que blindaran este encuentro, más no se podía hacer en un frío compartimiento de tren, tres días atrás, cuando iba rumbo a París a tomar, tal vez, una decisión. Y eso que ya la conocía. Desde hace mucho. Ya sabía que nunca nos despedíamos, en ningún encuentro, así que tampoco lo íbamos a hacer ahora, sabía que no íbamos a encontrar

un fin, pero que en cierto sentido, y desde hace tiempo, todo había terminado. Pese a eso fui hace tres días, y pese a eso sucedió, durante todo un año.

Cuando el tren llegó a París, dejé los conjuros en el vagón, entre nosotros no hay juramentos, ni citas tímidas.

Me volteo.

Grasa sobre la frente y mugre bajo las uñas. La sábana debajo de mí es rasposa, destendida, sudada, hay demasiada tela. Levanto la playera y coloco mi brazo sobre el barandal de hierro de la litera que protege al cuerpo de la caída, está fresco, estoy tumbada en este compartimiento y traigo poca ropa.

Todo comenzó una noche muy calurosa en verano, en medio de espaldas y nucas quemadas que habían pasado demasiado tiempo demasiado cerca en la playa y que ahora se paseaban por el malecón, rojos y tambaleando como borrachos, todo comenzó el verano pasado en la isla de la abuela que se encuentra rumbo a donde va este tren ahora, se encuentra frente a mí, mientras me alejo de él, todo comenzó en medio de sudor y perfume y bloqueador, comenzó con Hrvoje quien nos presentó y me invitó a cenar con ellos, sí, ahora mismo, dijo subiendo la voz, para ser más ruidoso que el ruido a nuestro alrededor, y fuimos, y éramos muchos, todo comenzó en la terraza de un restaurante muy lleno, con dos respaldos muy juntos, y en cuanto nos sentamos se levantó, tenía que fumar, tenía que hablar por teléfono, y dijo: Por favor, pídeme algo. ¿Qué es lo que se pide para un hombre así? Estaba sobre el malecón, seguía hablando por teléfono y observaba cómo iba ordenando, y sentí deseo, un deseo tremendo por las posibilidades que ofrecía esta isla, por pescado fresco, *škampi na buzaru* y *šurlice*, por acelgas y papas cambray, y pedí por dos, todo comenzó con un pedido, la primera noche, y él comió con un gesto como si desde siempre hubiéramos ordenado precisamente esto para comer juntos. Chopeó su pan en la salsa de mis camarones, sin preguntar agarró de mi plato y yo del suyo.

Y luego golpeó la puerta. Unas noches después golpeó la puerta de mi casa, sin avisar, y pasó. Yo estaba a punto de acostarme, estaba sentada en el balcón de la casa de la abuela, sin luz, como suelo hacer en el verano, y él se sentó a mi lado. Contemplé su calma y me volví impaciente, contemplé su cuerpo en la noche, una sombra gigante,

noté que no traía sostén, crucé los brazos frente a mis senos como si fuera una niña, aunque apenas podía vislumbrarme en la oscuridad, y hablé mucho. Fingía que siempre había pasado a verme, todas las noches, y no me movía. No le ofrecí nada de tomar, nada de luz, ningún límite de tiempo. Hablé mucho. En algún momento, alguien iba a regresar a casa. Me preguntaba cuándo, me preguntaba si él también lo sabía. No dejaba de hablar. Luego cambiamos. Entonces dominó él, se dominó a sí mismo y a las palabras y dijo que había venido para decirme algo que no le había dicho a nadie en años, ese sentir, dijo, ahí estaba. No dije nada. Acerqué mis brazos a mis pechos y no dije nada y él permaneció quieto, permaneció. Volvió a decir: sentir. Una mesa nos separaba, todas las noches nos separaban mesas y respaldos, y no logré pronunciar palabra.

Tal vez lo tenía que contar en casa, dijo después de un rato, aún no lo sabía. Algo en esto lastimaba. Y aún no comprendía qué era. ¿Casa? ¿O contar? ¿El contar lastima? ¿O lastima la casa? ¿Se lastiman el sentir y la casa? No se excluyen. Se lastiman. Lo sabía. Quería prohibírselo. El contar. La casa. Que no iba a entender, que tal vez iba a excluir donde algo apenas comenzaba. Hubo un primer sentir, pese a la mesa, pese a la noche, pese a que no sentíamos al otro. Tenía miedo por las escasas palabras que no le había pedido. Se quedaron grabadas, ahora estaban ahí, y permanecieron, las hizo mías.

¿Vamos por un café mañana temprano?, preguntó.

Y digo: Sí.

Ahora el verano pasado está lejos. Ahora ya hace demasiado calor, aún no llega el tren, ahora una anciana en su ventana, un laguito, bancas, ahora un hombre dormido en una de las bancas, ahora su sueño, ahora un grafiti sobre el muro, una bici en la esquina, un huevo, un café, ahora una mano en mi cintura, ahora un avión en el cielo sobre nosotros, ahora todo está aquí, me sigue o sigue estando: hace un año, en mi isla, hace tres días, anoche. Me volteo.

Hace tres días parece ser ahora un tiempo más largo que todas las pilas de horas viajeras juntas, hace tres días es un tiempo no encierra la repetición, ninguna obligación de regreso, ningún remordimiento, hace tres días ya no es, hace tres días era él, éramos él y yo, eran las posibilidades que teníamos, tal vez, hace tres días todo lo venidero aún no era contable y aún no era hace tres días.

Entretanto: un año. Un año de pasajes en tren, un año como muchos vivido en trenes, Colonia, Fráncfort, Wiesbaden, Hamburgo, Basilea, Innsbruck, conocidas: todas las posibilidades de transbordo, los retrasos habituales, el mejor café en cada estación, y el peor, se conoce sobre todo el peor, el cuerpo sobre un asiento de tren, el propio, que se mueve sentado para medir una y otra vez las distancias, sentado y luego sólo esperando a que se abra una puerta de tren, autobús o avión, conocidos: estos lugares que permanecen desconocidos y se vuelven similares, familiares. Cuán cansados nos hace la similitud, cuán similares nos hace el cansancio. Rostros pálidos bajo la luz blanca de los trenes, periódicos, cerveza, vino en manos desconocidas a las nueve de la mañana, en la mesa vecina del restaurante, ojos enrojecidos, pantallas cegadoras, todo esto se conoce. Debo irme y tendré que hacerlo de nuevo, la multiplicación de una vida infante entre dos lugares, una y otra vez debo irme y siempre regresar a donde está él, pero sobre todo a donde no está, a un departamento vacío, a una ciudad en la que vivo, en la que vive, de la cual casi no sale, un hecho que conocí después. Y ahora casi lo aprecio.

Ahora volvió el verano.

Ahora la familia está de vuelta en la isla de la abuela, cotidianidad veraniega, y mi madre dice: ¿Dónde andas?, siempre estamos juntos los veranos, no estás aquí, eso no está bien, ¿cuándo vienes? Primero fui a París, hace tres días fui a París, bajo la lluvia, y apenas anoche me subí al tren con dirección a Zagreb, ansiosa por ver una sola cosa: la luz cuando prenden el alumbrado por la noche, cuando todo se torna amarillo, amarillo anaranjado, cual aquellos faroles viejos de vapor de sodio, y quiero ver las fachadas, igualmente amarillas anaranjadas, la herencia austrohúngara, alta cultura. Pero entretanto, Fráncfort. Transbordo poco antes de la medianoche, espera en la alargada terminal, Asiafood, Ditsch, dos panaderías, todos en casitas iguales, Burger King, Presse, McDonald's, tres vueltas entre los puestos, anuncios ruidosos apenas entendibles, voces femeninas estridentes y metálicas, Múnich, Kiel, Berlín, retrasos, y al salir los rascacielos, y la zona roja, nada de lluvia, todo está simplemente gris, y para la medianoche aún faltaba casi una hora. No me atrevía a alejarme demasiado de la terminal, como siempre regresé demasiado temprano, media hora antes de la salida estaba parada en el andén, para estar segura, nunca se sabe, y

entonces llegó un tren que iba hacia Zúrich, cada hora sale un tren de Fráncfort hacia Zúrich, que no he pisado desde hace mucho, el tic-tac de la puntualidad suiza.

Y pronto la llegada a Zagreb.

El verano pasado, tras una última noche que pasamos él y yo uno al lado del otro en la playa, perdí mi vuelo de regreso. No pierdo mis vuelos o trenes reservados, hace años que no, y luego:

Dormí durante todo un día.

Dormí hasta perder mi vuelo y más allá.

Desperté cuando el avión ya había aterrizado. Sin mí.

Me senté en el balcón y no encendí la luz.

Quise marcarle, pero no lo hice.

Había tomado una decisión. No le iba a hablar.

Unos cuantos días de verano no iban a ser más que eso, unos cuantos días de verano.

Me habló.

Me dijo: Una noche sin dormir y ya pierdes tu vuelo. Se rio un poco. Y yo no dije nada. No le dije que hacía mucho que no me pasaba. No sabía qué decirle. No estaba acostumbrada a esa velocidad. Siempre estaba un paso por delante. No existía la espera. Eso me gustaba. Eso no me gustaba. Por lo mismo, seguía sin decir mucho.

Me habló una segunda vez, esa noche, y dijo: A partir de ahora, te voy a buscar.

No era una pregunta, eso se escuchaba. Era su decisión de que estos días de verano iban a ser más que unos cuantos días de verano.

Seguía usando mis palabras con precaución.

Dijo: Cuídate, ¿cómo llegarás a casa?

Dije: En tren. Bien, dijo, yo te busco.

Él había llegado ✖

Traducción del alemán de Johanna Malcher.

Poder y resistencia

[fragmento]

Ilija Trojanow

La primera vez que nos acercamos a ella,
la historia nos parece trágica;
la segunda vez, absurda; y la tercera,
trágica y absurda al mismo tiempo.
Milcho Minkov, filósofo aficionado
y verdugo de Panaguiúrishte en su tiempo libre

Relato de 1999

Antes, si uno tenía una aventura, se le consideraba una persona moralmente degenerada. Un mal hombre, un tipo infame. Si pertenecía al Partido, se decía que había cometido un error. Son cosas que pasan sin que uno las busque. Si un pez gordo seducía a la hija de un obrero, los compañeros le daban palmadas en el hombro. ¡Qué pillastre estás hecho! Y si uno de los de arriba se dedicaba a coleccionar amantes como si fueran medallas, todos admiraban sus artes de seducción. Eso era antes. Ahora la moral cotiza como el dólar.

Una época grandiosa avanza a toda máquina hacia su fin. A un lado de la calle hay sandías abiertas por la mitad. Tienen un aspecto espléndido, delicioso. El ingenio del vendedor es digno de elogio: echa dos gotas de urea en cada una y así consigue unas sandías fantásticas, apetitosas, rojas y maduras. Es una solución tan elegante como eficaz, acorde con los tiempos que corren, así no tenemos que andar haciendo injertos como antes, un trabajo laborioso que consumía una cantidad de tiempo formidable. Tendríamos que concentrar nuestros esfuerzos en cruzar cerdos con ciempiés; si tuviéramos éxito, revolucionaríamos la industria cárnica y el mercado del jamón.

(Sofía, Bulgaria, 1965). Éste es un fragmento de su novela *Poder y resistencia* (Acantilado, 2020).

El agricultor que utiliza urea como fertilizante acapara la atención de los demás, todos hablan de él, se convierte en un héroe. ¿De dónde has sacado ese tractor? Parece resistente al óxido. *Muy sencillo: cruzando variedades de patata. ¿A que no se os había ocurrido?*

Las trompetas y las fanfarrias están pasadas de moda. Ahora lo que se lleva es tocar el claxon y mandar a todos a hacer puñetas, conducir por el medio de la carretera y no mirar jamás por el retrovisor, todo da igual, un pañuelo manchado de aceite en la cuneta, unos cuantos trozos de pan horneado en casa, una ciruela picada y un Passat del 77 adquirido en una zona industrial de una pequeña ciudad de Alemania occidental por un estudiante de Economía que vive en el extranjero alimentándose de las latas de conserva que se ha traído, un Variant verde que hasta hoy mismo iba como la seda, convertido ahora en una reliquia que recuerda la miseria del pasado, las maletas permanecen junto al maletero abierto, la espera continúa. Es una verdadera lástima que este siglo toque a su fin. Siempre la misma canción. ¿No podríamos cambiarle la letra? ¿No podríamos parar un momento a sonarnos los mocos de la nariz?

No hay lugar para la nostalgia. ¡Por favor! Las perspectivas de cara al nuevo siglo son espléndidas, no hay motivo alguno para andar cabizbajo. Venimos con las pilas cargadas. Vamos a tope. En el municipio de Sevlievo, una anciana sale discretamente de su casa con un radiocasete. Todas las noches desde hace diez años se repite la misma escena. Sostiene el aparato junto a su pecho tembloroso, presiona la tecla de grabación y procura no hacer ningún ruido. No deja escapar ni un suspiro, ni un quejido, para no cubrir las voces. Se llevaron a su hermano una madrugada, cuando amanecía; jamás volvió. La mujer está segura de que él le habla. Su hermano mayor, ahora desaparecido, era una persona sociable, siempre estaba rodeado de gente, compañeros que no se han vuelto a preocupar de él, que no lo escuchan como hace ella, su hermana. Todas las noches sale al patio con el radiocasete en la mano y se queda allí, inmóvil, para no ahogar las voces que han permanecido en silencio durante tanto tiempo. Una vez al mes, su hijo se pasa a verla. Detiene el coche delante de la casa y sube las escaleras. La madera cruje. En la mano izquierda trae una bolsa de plástico llena de casetes vacíos. Viene con prisa, ni siquiera puede probar el hojaldre que su madre le ha preparado. Envuelve un buen pedazo en un paño de cocina. Se lo toma en el camino de vuelta, cuando para a repostar. Cuando se hace de día, la mujer, abrigada con unos calcetines gruesos de punto que ella misma se ha tejido, acude a la cocina, la única estancia de la casa que tiene calefacción, y reproduce las grabaciones de la noche anterior esperando

oír voces. No las oye. Antes guardaba los casetes en un armario con llave. Hace mucho que el armario está lleno. Cierra sus ojos cansados y espera a la noche siguiente.

Los coches pasan como un rayo. Algunos conductores se aferran al volante, otros lo controlan con los pulgares mientras intentan calmar su tos de fumador. Miran a través de los cristales tintados para sortear los obstáculos que encuentran en su camino. Es la única forma. Hay rostros congelados y otros que parecen haber encogido como si los hubieran lavado en agua caliente. El rostro del director de la prisión es un buen ejemplo. Atiende amablemente las preguntas de la prensa. Se aprecia un derrame por debajo de su ojo izquierdo. El derecho no deja de vibrarle. Uno de los periodistas le pregunta:

—¿Sirvió aquí en los viejos tiempos?

—No.

—¿Desde cuándo trabaja usted aquí?

—Desde 1980.

—¿Y eso no son los viejos tiempos?

—No, fueron antes.

—¿Antes?

—Sí, en los años cincuenta.

El ser humano es un animal fascinante, de eso no cabe duda. Se ofrece una copa a los presentes. No deja de ser un detalle. Las cartas ya están marcadas, ahora hay que barajar.

—Bueno, ahora que estamos en confianza, ¿qué ocurrió con los cuerpos?

—Estarán en alguna parte, pero aquí no. ¿Dónde pensáis que íbamos a tenerlos? Puede que estén detrás de la prisión. No existen documentos. Yo, desde luego, no era el responsable del establecimiento en aquel entonces. No sabemos más. Supongo que en algún momento, al cavar, aparecerán los restos.

Los periodistas continúan su viaje hacia Pravets, para cubrir la *Conferencia internacional sobre humor y dominio*. Es una estrategia para ahorrar costes. Así matan dos pájaros de un tiro. Reina el optimismo. El invierno ha quedado atrás, los charcos y el barro se han secado. Aún quedan muchos años por delante. En el reloj de la vida, la arena que ha caído es tanta como la que está por caer. Nunca habían llamado la atención, así que ahora pueden influir en los asuntos importantes. Con cuidado, se entiende. Dar un paso adelante está bien, pero siempre con prudencia. Los más chisposos no dejan de recordar lo que sucedió en la inauguración de la fábrica de semiconductores de Pravets, el pueblo al que se dirigen ahora y que los periódicos de la época elevaron a

la condición de pequeña ciudad. Entonces acaban de comenzar sus cenagosas carreras. El secretario general Zhívkov, enterrado hace poco con honores de Estado —los periodistas presentes en el sepelio redactaron una breve reseña en un tono muy moderado— honraba así a su pueblo natal:

—En el día de hoy tengo la extraordinaria satisfacción de inaugurar en este enclave una de nuestras fábricas más importantes. Sí, una factoría extremadamente importante, porque yo os prometo, compañeros y compañeras, que aunque hoy no sean más que semiconductores, muy pronto llegará el día en que produzcamos conductores completos.

Los periodistas se ríen con la broma. Llevan la ventanilla abierta. Algunos conductores los adelantan. Quienes no se ríen es porque conocen el chiste de sobra o porque no lo han entendido.

—Esperad, esperad. Tengo uno mejor. Zhívkov da un discurso de aniversario: «Hoy, una quinta parte del mundo es socialista, pero yo os juro por Marx, por Engels y por el Khan Krum, que no tardará en llegar el día en el que la décima parte del mundo sea nuestra».

El camión de delante va resoplando.

—¡Qué bueno! ¡Venga, lo dejamos en empate! Yo no sabría por cuál decidirme.

Sí, la decisión es un suplicio. Los dos son para morirse de risa.

Una vivienda en la planta catorce de un bloque de pisos de una ciudad satélite dentro de un Estado satélite. El precio: antes, diez años de espera; hoy, diez mil dólares. Un panorama de innumerables edificios prefabricados. Hacia el norte, las estribaciones del macizo de Plana; en el sur, el pico más importante; en su ladera, una villa bien protegida, seguridad digital en todo el perímetro. Los crisantemos se cuidan con un ingenioso sistema de riego. Parece que el jardinero se las sabe todas. Un pequeño piso y una gran villa. Dos hombres mayores con cuentas pendientes, cuentas que hay que ajustar después de toda una vida, cuentas que se guardan en la cabeza y cuentas que se reflejan en actas. Las estrellas del cielo no son más que una caricatura. En el espejo se refleja un rostro descompuesto.

El siglo va deshaciéndose, se pega a la lengua como una lámina de chocolate amargo. Nuestra querida patria es una escalera sin peldaños. Vivimos en un paraíso donde las alholvas cubren la tierra e impiden que se vean los cadáveres. Esplendor sin límites. Un montón de sandías con urea. Al borde del camino, los hombres sudan y se desesperan, pero nosotros pasamos ✖

Traducción del alemán de Roberto Bravo de la Varga.

Svetlana Cârstean

Soy otra

[selección]

1.

Una cosa es ver a los pescadores desde lejos
y otra es acercarse a ellos
y otra que te ahuyenten de su lado
y otra que empiece a llover
y otra es ver las redes llenas de agua
y no de peces.

Una cosa es ver a los pescadores en la orilla
y otra verlos alejarse
en sus barcos.
Una cosa es llamarlos por su nombre
y otra no saber cómo se llaman.
Una cosa es verlos por la mañana
cuando bajas al puerto
y otra salir al mar con ellos por la noche.
Una cosa es querer hacerles una foto con tu Iphone
y otra pasar por delante como si no los vieras
y otra saludarlos aunque haya niebla.

✖✖✖

Sînt alta

1. // Una e să vezi pescarii de la distanță / și alta e să te apropii de ei / și alta e să te alunge din preajma lor / și alta e să-nceapă ploaia / și alta e să vezi năvoadele pline de apă / și nu de pești. // Una e să vezi pescarii pe mal / și alta e să-i vezi îndepărtîndu-se / în bărcile lor / Una e să îi strigi pe nume / și alta e să nu știi cum îi cheamă. / Una e să-i vezi dimineața / cînd cobori în port / și alta e să ieși noaptea cu ei pe mare. / Una e să vrei să le faci o poză cu iphone-ul tău / și alta e să treci pe lîngă ei ca și cum nu i-ai vedea / și alta

(Botosani, Rumanía, 1969). Estos poemas pertenecen a su libro *Soy otra* (Visor, 2023). Su libro *Trado*, escrito con la poeta sueca Athena Farrokhzad, aparecerá pronto en español.

Cada mañana
bajas la montaña para llegar al mar.
Cada mañana
los pescadores son otros
y nunca sabes si son familia.

2.
no estoy preparada para separarme de nadie
tengo una noción inflexible sobre la cercanía
mi cuerpo se inclina en la dirección de donde tú vienes.

3.
esta sombra de amor
por la que aceptas atravesar la noche
este mar de sombras
por el que caminas descalza
con el cabello suelto
y la mochila a la espalda

tú sabes lo que es la belleza
pero eso no basta

e să-i saluți chiar dacă e ceață. // *** / În fiecare dimineață / cobori muntele ca să ajungi la mare / În fiecare dimineață / pescarii sînt mereu alții / și niciodată nu știi dacă sînt rude-ntre ei.// **2.** // nu sînt pregătită să mă despart de nimeni / am o noțiune inflexibilă despre apropiere / corpul meu stă înclinat în direcția din care vii tu. // **3.** // această umbră de dragoste / pentru care poți accepta să traversezi noaptea / această mare de umbre / prin care umbli desculță / cu părul neîmpletit / și rucsacul în spate // tu știi ce e frumuse-

y tampoco garantiza nada
dices
hay mucha belleza aquí
hay mucha belleza alrededor
no apartes la mirada
no mires atrás

me he entrenado para este momento
convencida de que quienes saben lo que es la belleza
pertenecen a la tribu de los vencedores desconocidos
de que quienes saben lo que es la belleza
no se hieren los unos a los otros.

4.
hay algunas cosas que no creo que se me den muy bien
el suicidio
el sexo por Skype
el *playback*
y aquí realmente no importa que no tenga buena voz

pero en los últimos años he aprendido a mirar el abismo
con los ojos casi del todo abiertos
en los últimos años he aprendido
a contar mi calderilla
como lingotes de oro

ția / dar asta nu e de ajuns / și nici nu garantează nimic / tu spui / e multă frumusețe aici / e multă frumusețe prin preajmă / nu întoarce privirea / nu privi în spate // m-am antrenat pentru clipa asta / convinsă că cei care știu ce e frumusețea / sînt în tribul învingătorilor necunoscuți / că cei care știu ce e frumusețea / nu se rănesc unii pe alții. // **4.** // sînt cîteva lucruri la care nu cred că m-aș pricepe prea bine / sinucidere / sex pe skype / *playback* / și-aici chiar nu are importanță că sînt afonă // am învățat însă în ultimii ani

hay algunas cosas que no creo que se me den muy bien
en cambio sabría dormir noche tras noche en un hotel
acurrucada sola entre las sábanas
dormiría sonriéndole a la ventana
apenas entreabierta

constatar la tristeza no es una valentía
decir *qué triste* no es ninguna contribución

asustarse por cualquier contacto roto
cualquier conexión interrumpida
no es ningún signo de madurez

pero dejar que te vean desnuda hasta el final
es puro instinto
como el agua que fluye río abajo

el instinto invisible del agua.

5.
soy hija del desfase
el resultado de la contorsión
el efecto de no colocarse
de cabeza el feto

să privesc în jos în prăpastie / cu ochii aproape larg deschiși / am învățat în ultimii ani / să-mi număr mărunțișul / ca pe lingouri de aur // sînt cîteva lucruri la care nu cred că m-aș pricepe prea bine / aș ști în schimb să dorm nopți întregi într-un hotel / singură ghemuită între cearceafuri / aș adormi zîmbind ferestrei / ușor întredeschise // să constați tristețea nu e o vitejie / să spui *ce trist* nu e o contribuție // să te sperie orice contact rupt / orice conexiune întreruptă / nu e semn de maturitate // dar să-i lași să te vadă

soy efecto de la belleza apresurada y fugaz
la consecuencia de la excitación y de la impaciencia
soy la tarde en que
os conocisteis
y la noche en que ella
se marchó
soy la niña adoptada
por un padre
y treinta y nueve madres
soy la victoria de la ley que constriñe
la gloria tardía del fracaso
soy treinta y nueve hijas no deseadas
soy el faro de Shabla
donde todo marinero
sabe que está a mitad de camino
(entre Sulina y Estambul)
entre el padre que empezó
y el padre que
acabó
entre lo que podría haber sido
y lo que está por venir
soy el placer de lijar las esquinas
y de redondear los ángulos
soy hija de las prohibiciones
y su superviviente

dezbrăcată pînă la capăt / e instinct pur / ca cel al apei care curge la vale // instinctul nevăzut al apei. // **5.** // sînt fata decalajului / rezultatul contorsiunii / efectul neîntoarcerii / fătului cu capul în jos / sînt efectul frumuseții grăbite și trecătoare / consecința excitației și a nerăbdării / sînt amiaza în care / v-ați cunoscut / și seara în care ea / a plecat / sînt copilul adoptat / de un tată / și 39 de mame / sînt victoria legii care constrînge / gloria tîrzie a eșecului / sînt 39 de fete nedorite / sînt farul din Shabla / unde fiecare marinar / știe că e la jumătatea distanței / (dintre Sulina și Istanbul) / din-

soy hija del decreto
de las antiguas industrias
de los antiguos métodos
de fabricación
y del derroche moderado
soy esa hija que llega a hurtadillas
y hace mucho
ruido

soy hija de quien me quiera
soy de todos

estos melocotones están fuera del patio
dice él
no pertenecen a nadie
a nadie en Shabla
podemos comerlos
adóptame como a una gata blanca
callejera
sin compasión
y sin remordimientos.

tre tatăl care a început / și tatăl care / a sfîrșit / dintre ceea ce ar fi putut fi / și ceea ce vine / sînt plăcerea de a pili colțurile / și de a rotunji unghiurile / sînt fiica interdicțiilor / și supraviețuitoarea lor // sînt fiica decretului / a industriilor vechi / a fostelor metode / de fabricare / și a risipei moderate / sînt fiica aceea care vine pe furiș / și face foarte mult / zgomot // sînt fata oricui vrea / aparțin tuturor // el spune / piersicile astea sînt în afara curții / ele nu aparțin nimănui / nimănui din Shabla / le putem mînca / adoptă-mă ca pe-o pisică albă / din mijlocul drumului / fără milă / și fără remușcări.

6.
al final del día
la locura es el único bien que tienes
la única propiedad que nadie puede quitarte
una roca afilada con la que rompes todas las ventanas
a ambos lados de la calle
mientras caminas hacia tu casa.

7.
No tengo mitad. No hay mitad que me complete.
No hay vacío donde la otra mitad se asiente.
No hay nada que completar.
Nadie araña la puerta por fuera para entrar.
Siempre me siento en una mitad de la silla pero no para
[hacer lugar
a otra persona en la otra mitad.
Me siento en una mitad de la silla para poder huir con
[facilidad.
Y a veces yo misma me siento en la otra mitad.
Me digo. Imagina que eres otra.

Versiones del rumano de Corina Oproae.

// **6.** // la sfîrșitul zilei / nebunia e singurul bun pe care îl ai / singura ta proprietate pe care nu ți-o poate lua nimeni / o piatră colțuroasă cu care spargi toate geamurile / de-o parte și de alta a drumului / în timp ce te îndrepți către casă. // **7.** // Nu am jumătate. Nu există jumătate pentru mine care să / completeze ceva. / Nu există gol aici în care să se așeze cealaltă jumătate. / Nu e nimic de completat. / Nu zgîrie nimeni ușa pe dinafară ca să intre. / Mă așez mereu pe o jumătate de scaun dar nu ca să fac loc / altcuiva în cealaltă jumătate. / Mă așez pe o jumătate de scaun ca uneori să pot fugi din / locul acela cu ușurință. / Iar alteori pe cealaltă jumătate mă așez tot eu. Îmi spun. / Imaginează-ți că ești alta.

Cómo el Principito cayó del cielo otra vez — en Róterdam

Frank Westerman

Tardé un tiempo en comprender de dónde venía el Principito. No paraba de hacerme preguntas, pero no parecía oír las que yo le hacía. Poco a poco, me fui enterando, aprehendiendo palabras articuladas al azar. Así, nada más apercibirse de mi avión (no lo dibujo aquí porque resulta muy complicado), me preguntó:

—¿Qué clase de objeto es ése?

—No es un objeto. Puede volar. Es un avión. Mi avión.

Me sentí orgulloso de poder comentarle que yo sabía volar.

A lo que él exclamó:

—¡No me digas! ¿O sea que te has caído del cielo?

—En efecto —contesté con humildad.

—Me hace gracia...

Y el Principito estalló en risas. Para mi desagrado. Pues aprecio que mis desventuras se tomen en serio.

—¡O sea que tú también vienes del cielo! —prosiguió—. ¿De qué planeta eres?

Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*

El Lunes de Pentecostés de 2012, el Cessna Skyhawk, de un solo motor y con distintivo de cola PH-SJK, inicia el descenso sobre el pueblo neerlandés de Ouddorp. Durante un minuto, el piloto se deja caer por debajo de las nubes en un intento por abarcar con la vista la línea de costa y la ruta que él mismo ha planificado.

En la lejanía se atisban unas brumas que emergen del mar. Se deslizan sobre la playa con un movimiento fluido —como en su día debieron de arrastrarse hasta la orilla las primeras criaturas marinas.

(Emmen, Países Bajos, 1964). Éste es un adelanto de su nuevo libro *Cómo el Principito cayó del cielo otra vez — en Róterdam* (Abada, 2023).

Al excavar el fondo del mar del Norte, los seres humanos cometemos sin querer un acto demencial: volvemos a sacar a la superficie la prehistoria.

Esa misma mañana, a las 10:22 horas, en el boletín destinado al sector de la aviación, el Real Instituto de Meteorología de los Países Bajos había advertido de la llegada de aire húmedo a través de la corriente del Noroeste, anunciando un día de sol, aunque con «posibilidad de neblina y en algunos puntos incluso niebla».

La clase de niebla que se va formando ante los ojos del piloto se produce por término medio una vez cada dos años y se conoce como «humo marino». El fenómeno debe su nombre a la ilusión óptica del oleaje humeante: las olas no sólo salpican, sino que humean cual hervidores de agua. A las 11:19 horas, la avioneta alcanza la cota más baja de su vuelo en picado, es decir, 450 pies. Un pie tiene el tamaño de un zapato grande, número 31. Basta caminar 450 pasos tocando talón con punta para hacerse una idea de la altitud de vuelo. Si después se coloca esa distancia en sentido vertical, a modo de escalera ficticia apoyada en el cielo, hasta es posible subir. No se tarda nada.

Una vez registrado el paisaje, el piloto vuelve a levantar el morro del Skyhawk. En medio de unos estruendosos ronquidos efectúa un giro hacia mar abierto, con el fin de sortear la niebla cada vez más densa. Son las 11:20 horas —ha transcurrido un minuto desde el vuelo en picado por debajo de las nubes— cuando la radio de a bordo del PH-SJK establece contacto con la torre de control del aeropuerto de Róterdam. El piloto solicita autorización para aterrizar por la ruta de acercamiento HOTEL. Es decir: trazando una curva sobre la desembocadura del Mosa y del Rin para luego seguir el canal Nieuwe Waterweg en dirección este —al igual que los petroleros y los portacontenedores, sólo que a mayor altura.

La torre de control se conoce por su nombre en clave, PAPA. Allí abajo la pista de aterrizaje se extiende como una alfombra que brilla al sol; no hay nubes en el horizonte, literalmente.

«This is Rotterdam information PAPA», contesta el controlador de turno. Ordena al piloto que suba a 1500 pies y que vuelva a establecer contacto en cuanto se sitúe sobre la localidad de Hoek van Holland. Teniendo en cuenta el rumbo, la velocidad de crucero y la posición en el radar, el PH-SJK

habría de alcanzar el lugar acordado en menos de cinco minutos. Sin embargo, el PH-SJK no volverá a establecer contacto. Nunca jamás, con nadie.

El último en avistar el Cessna rojiblanco es un vecino de Ouddorp: observa cómo la cola del cuatro plazas se disuelve en el aire justo encima del límite de las dunas.

Simultáneamente, a unos minutos de vuelo, al norte de Ouddorp, varias familias se reúnen para dar un paseo en el Futureland Express, un robusto tren compuesto por un tractor agrícola que tira de dos carros convertidos en vagones.

Entre los pasajeros reina una gran expectación: serán de los primeros en pisar tierra virgen. Maasvlakte II es un terreno portuario recién ganado al mar y, por tanto, apenas explorado. Aunque saltar del estribo a la nueva tierra-en-el-mar supone un paso pequeño desde un punto de vista físico, se percibe como un hecho importante que concierne a todos.

Está previsto que el Futureland Express parta a las 12:00 horas en punto de una plataforma de placas de hormigón en la antigua linde de las instalaciones portuarias. Por la mañana, el cielo está despejado, pero hacia el mediodía empieza a nublarse. Se levanta una brisa, la temperatura va bajando. Los aerogeneradores de tres aspas de GREENCHOICE se revuelven, ensimismados, en la niebla cada vez más espesa, mezclando el aire salado del mar con los efluvios de las fábricas del puerto.

Maasvlakte II había sido inaugurado unos días antes, con fuegos artificiales de humo azul. Y tras un brindis con champán —el martes 22 de mayo de 2012—, también se abrió al público la playa circundante. Esta nueva playa incluye una hilera de dunas de catorce metros de altura a cuyas espaldas se expanden los cuerpos de arena de los futuros muelles. A falta de hierba barrón, por ahora el área de Maasvlakte II se asemeja al Sáhara.

En este Lunes de Pentecostés, la fría niebla manda a los bañistas de vuelta a casa antes de tiempo. El paseo en el Futureland Express sigue adelante, a pesar de que, poco antes de la salida, la visibilidad queda reducida a cincuenta o como mucho cien metros. A posteriori, tanto el maquinista del tractor como los pasajeros declaran no haber oído el zumbido de un avión de hélice. Sólo los graznidos de las gaviotas.

Que desaparezca un avión en uno de los países más poblados del mundo es algo insólito. El hecho de volar, en cambio, ha dejado de serlo: navegar por el aire se ha convertido poco menos que en una segunda naturaleza.

Al año siguiente, el Consejo de Investigación en Seguridad de los Países Bajos publica un informe de 151 páginas sobre el avión desaparecido. A diferencia de lo que sucede con los barcos en el triángulo de las Bermudas, el Cessna Skyhawk no se esfumó para siempre. Fueron sólo 301 minutos. A las cinco horas del último contacto con Rotterdam PAPA, los restos del PH-SJK aparecen a ochocientos metros de la parada más lejana del Futureland Express, en el muelle en construcción entre los dos puertos con nombre de princesa —Amalia y Alexia—. La avioneta, resquebrajada y alicorta, yace atravesada junto a su propio cráter de impacto. Como un ave tras chocar contra el cristal de una ventana. La manecilla del taquímetro indica 118 nudos —219 kilómetros por hora.

En la cabina de mando, el cuerpo del piloto, de 50 años, ha salido catapultado hacia delante. El hombre caído del cielo no tiene ánimo para hablar, pero sí respira. No volverá a recobrar el conocimiento; al cabo de dos semanas fallece en el hospital. La pantalla de su teléfono muestra una lista de llamadas perdidas. En su bolsa de vuelo hay un *Visual Approach Chart* con instrucciones para la aproximación al aeropuerto de Róterdam. En este mapa de navegación aérea —de 2008—, la línea de costa se sitúa tierra adentro, a tres kilómetros y medio de la línea nueva.

El equipo de salvamento también trabaja con mapas superados por el avance de la realidad. De no haberse movido la línea de costa, el Cessna se habría estrellado en el agua. Pero el agua se ha secado. Sin embargo, una vez introducidas las últimas coordenadas del PH-SJK en los ordenadores del aeropuerto —treinta y seis segundos antes del impacto—, las pantallas devuelven una posición sobre el mar. Por mucho que esta posición se etiquete como BEING RECLAIMED en señal de que se halla en proceso de recuperación, aparece en azul celeste —el color del agua.

«*We have seen, what we believe* [ininteligible] *crash into the sea…*», informa un controlador aéreo a la guardia costera. Acto seguido, cinco barcos se hacen a la mar.

Maasvlakte II es un castillo de arena nacional, con los puertos principescos como fosos. La arena se extrajo de una cantera submarina ubicada a seis millas de la costa, con ayuda de los tubos de aspiración de un batallón de dragas. Durante las edades de hielo, el banco de arena no estaba cubierto de agua. En la ventosa llanura que separaba lo que hoy se conoce como Inglaterra y Países Bajos abundaban los hipopótamos y las hienas, los mamuts y los rinocerontes, los leones de las cavernas y los elefantes del bosque.

Al excavar el fondo del mar del Norte, los seres humanos cometemos sin querer un acto demencial: volvemos a sacar a la superficie la prehistoria. Aunque las dragas se conforman con la arena y la grava, relucientes arcoíris de barro transportados hacia las tierras en construcción, en no pocas ocasiones captan por accidente dientes de mamut, astas de alce o excrementos de hiena fosilizados —vestigios de la fauna prehistórica.

En principio, a los pasajeros del Futureland Express les basta con dos metros de visibilidad, los justos para poder ver la arena bajo sus pies. Son cazadores de tesoros, pero no les interesan las cajas de *whisky* de los buques naufragados, ni tampoco las conchas. Buscan fósiles.

El primer premio sería dar con el cráneo de un homínido. De hecho, más al sur, en la costa de la provincia de Zelanda, se había encontrado un fragmento de un humano prehistórico. Lo recogió un caminante de entre los restos arrojados en la orilla por una draga de succión. Resultó ser un fragmento de cráneo; llamaba la atención la protuberancia encima de la cuenca del ojo, ausente en el humano moderno. Los estudios demostraron que se trataba del primer neandertal de los Países Bajos. En 2009 fue presentado en sociedad bajo el nombre de Krijn. Durante su vida debió de ser uno de los cazadores que erraron por la estepa del mamut en el delta del Támesis, el Rin y el Mosa —entre 100 000 y 40 000 años atrás—.

Después, las capas de hielo se derritieron, el nivel del mar fue en aumento, los neandertales se extinguieron y el áptero *Homo sapiens* se enseñó a sí mismo a alzar el vuelo. Además, aprendió a separar la tierra del agua.

Con la nueva tierra todavía sin estrenar, se aproxima un Cessna Skyhawk. Aunque la torre de control da órdenes de subir, el piloto vuelve a asomarse por debajo de las nubes para comprobar posición y rumbo. Como un delfín, sólo que reflejado en el aire. Hay una diferencia importante con respecto a la vez anterior: abajo todo se halla envuelto en una densa niebla. El piloto sigue empujando la palanca de mando. Su avión se sumerge en un sombrío mundo de vapor de agua que llega hasta la nueva superficie terrestre infestada de fósiles.

En el año 2000, hacia el mediodía del 23 de mayo, un buzo francés con aspecto de hombre rana desciende despacio al fondo del Mediterráneo. Sabe cuál es su posición exacta en el reino de los peces en el que se sumerge. Se encuen-

tra a varias millas marítimas de la costa al sur de Marsella, a la altura de un conjunto de islas rocosas deshabitadas conocido como archipiélago de Riou.

En el punto en el que se sitúa el buzo, el mar Mediterráneo tiene 230 pies de profundidad. Así que la distancia entre la superficie del agua y el fondo arenoso equivale a 230 suelas de zapato, número 47. Convertida al sistema métrico: setenta metros.

El hombre no sólo sabe dónde está, sino que tiene muy claro cuál es el objetivo de su inmersión: busca los restos de un avión de hélice de la Segunda Guerra Mundial. Un Lockheed Lightning F5, un avión bimotor de reconocimiento, sin armas. El aparato despegó de la base de Bogo, en Córcega, el 31 de julio de 1944, y nunca regresó.

El buzo se guía por las indicaciones de un pescador que dos años antes, en ese mismo lugar, había encontrado en sus redes de arrastre una pulsera. La joya de plata llevaba grabado un nombre en mayúsculas:

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

El submarinista profesional peina el lecho marino, de un lado a otro, sin cesar. Después de una hora más o menos pasa junto a un trozo de metal que sobresale por entre las algas. A través de sus gafas de buceo reconoce en aquel artefacto herrumbroso el tren de aterrizaje del Lockheed Lightning F5.

Antoine de Saint-Exupéry tenía cuarenta y cuatro años cuando despegó y desapareció. El descubrimiento de su tumba submarina se produce un mes antes de que hubiera cumplido cien años.

Por encargo del Ministerio de Cultura francés, los restos del avión están siendo rescatados por un equipo de buzos. Con sus pulmones de hierro y sus aletas de goma se desbandan como animales de mar. Los restos que recogen se encuentran desperdigados a lo largo y ancho de una franja de 400 x 1000 metros.

Gracias a una tira de aluminio en la que aparece perforado el número de serie 2734 L, se confirma con total certeza que el avión corresponde al del piloto escritor más célebre del planeta. La reconstrucción de los hechos apunta a que aquel fatídico 31 de julio cayó del cielo «casi en picado» para ir a chocar contra la superficie del agua a una velocidad de unos 800 kilómetros por hora.

No se encuentran orificios de bala. Ni tampoco restos mortales. Es imposible averiguar si Antoine de Saint-Exupéry salió despedido de la cabina por el impacto o si el mar ablandó las correas de sujeción hasta el punto de que el cuerpo se soltó y acabó arrastrado por la corriente ✖

Traducción del neerlandés de Goedele De Sterck.

E pluribus unum: Europa y el heroísmo de la razón

Javier Cercas

No sé muy bien qué es Europa; de hecho, si me viera obligado a contestar con una sola frase a esa pregunta, probablemente lo más honesto sería rehacer lo que dice san Agustín en sus *Confesiones*, al principio de una deslumbrante reflexión sobre la naturaleza del tiempo: «Si nadie me pregunta qué es Europa, lo sé; pero, si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé». Aunque miento: algunas cosas sí sé de Europa. Por ejemplo, sé que para mucha gente, quizá sobre todo para muchos jóvenes, Europa se identifica hoy con la Unión Europea, y que hoy la Unión Europea se identifica, en el peor de los casos, con una reunión desganada e improbable de países con mucho pasado y escaso futuro, y, en el mejor, con un ente supranacional, frío, abstracto y distante cuya capital se halla en un lugar frío, abstracto y distante llamado Bruselas, que no se sabe a ciencia cierta para qué sirve salvo para dar trabajo a montones de grises burócratas y para que los políticos populistas del continente entero le echen la culpa de todo lo malo que ocurre en sus respectivos países.

No siempre la imagen de Europa fue tan negativa, sin embargo, o al menos no lo fue en todas partes. Al contrario. Durante siglos Europa constituyó, sin ir más lejos, la gran ilusión de muchos españoles; conscientes de vivir desde principios del siglo XVII en un país cada vez más aislado, cada vez más sumido en la pobreza, la

(Cáceres, España, 1962). Su libro más reciente es *No callar. Crónicas, ensayos y artículos. 2000-2022* (Tusquets Editores, 2023).

incultura, la falta de libertades, el dogmatismo oscurantista y la ficción de un imperio que se hundía, desde mediados del siglo XVIII los mejores de mis antepasados sintieron que Europa era una promesa realista de modernidad, de prosperidad y de libertad. Yo mismo crecí con esa idea en la España que trataba a duras penas de salir del franquismo. Pero no hace falta ir tan atrás, ni limitarse a mi estrecha experiencia, o a la de mis compatriotas. Hace poco más de una década, justo después del nacimiento del euro, mientras se preparaban la Constitución europea y las ampliaciones de la Unión y se celebraban las primeras reuniones para la puesta en marcha de una defensa común europea, una Europa unida se perfilaba como la gran potencia mundial del siglo XXI, la única capaz de amenazar el poderío norteamericano o chino; hasta el punto de que en 2004 un joven politólogo británico como Mark Leonard se atrevía a publicar un libro titulado *¿Por qué Europa liderará el siglo* XXI*?* y, en ese mismo año, Jeremy Rifkin, un veterano sociólogo estadounidense, podía escribir: «Mientras el sueño americano languidece, un nuevo sueño europeo ve la luz». Y concluía: «Los europeos han puesto ante nosotros la visión y el camino hacia una nueva tierra prometida para la humanidad». Parece mentira, pero eso era lo que hace muy poco tiempo decían pensadores de todo el mundo acerca de Europa. La pregunta, en este punto, se impone: ¿qué ha ocurrido para que todas esas ilusiones se derrumbaran casi de un día para otro y para que, ya en mayo 2010, un periodista tan relevante como Gideon Rachman pudiera escribir en el *Financial Times* un artículo titulado «El sueño europeo ha muerto»? La respuesta también se impone: lo que ha ocurrido es la crisis económica más profunda que ha padecido Europa desde 1929, una crisis que no ha desencadenado una guerra mundial, como hizo aquélla, pero sí un terremoto político de primera magnitud y la resurrección de los peores demonios europeos, empezando por el demonio del nacionalismo, que es el demonio de la discordia y la desunión. ¿Puede volver Europa a ser, ahora que aquella crisis parece quedar atrás, lo que fue para mis antepasados españoles, lo que fue para mí en mi juventud, lo que era para todos o casi todos a principio de este siglo?

No lo sé, por supuesto, así que volvamos a la pregunta del principio: ¿qué es Europa? ¿Posee Europa una identidad, como al parecer la poseen Francia o Alemania, Gran Bretaña o Italia o Noruega o España? Y, si la posee, ¿en qué consiste? ¿Tienen algo en común Dante y Shakes-

peare, Cervantes y Montaigne, Ibsen y Goethe? ¿Hay algo que comparten todos esos escritores que ni siquiera comparten una lengua? Y, por cierto, ¿basta compartir una lengua para tener una misma identidad? ¿Tienen una misma identidad Milton y Melville, Quevedo y Borges?

Hace unos años, George Steiner intentaba definir la identidad de Europa en una conferencia titulada «La idea de Europa». Allí argumentó que nuestro continente puede reducirse a cinco axiomas. El primero es que Europa es sus cafés, esos lugares de reunión donde la gente conspira y escribe y debate, y donde nacieron las grandes filosofías, los grandes movimientos artísticos, las grandes revoluciones ideológicas y estéticas. El segundo axioma es que Europa es una naturaleza domesticada y paseable, un paisaje de escala humana que contrasta con los paisajes salvajes, desmesurados e intransitables de Asia, América, África u Oceanía. El tercero es que Europa es un lugar preñado de historia, un vasto *lieu de mémoire* cuyas calles y plazas están plagadas de nombres que recuerdan un pasado siempre presente, a la vez luminoso y asfixiante. El cuarto es que Europa es el depósito de una herencia doble, contradictoria e inseparable: la herencia de Atenas y Jerusalén, de Sócrates y de Jesucristo, de la razón y la revelación. Y el quinto es que Europa es su propia conciencia escatológica, la conciencia de su propia caducidad, de la certeza sombría de que tuvo un principio e inevitablemente tendrá un final, más o menos trágico.

Esos son los cinco axiomas que, según Steiner, definen la naturaleza de Europa. Casi sobra decir que la idea es brillante y provocadora, pero insuficiente; no hay duda de que esos rasgos pertenecen a Europa, pero tampoco de que no bastan para definir su identidad. Es más: estoy seguro de que Steiner lo sabe; también estoy seguro de que sabe que el problema no es la respuesta que él da en su conferencia a la pregunta sobre la identidad de Europa, sino la pregunta misma. En la segunda mitad del siglo XVI, Montaigne escribió: «Hay tanta diferencia entre nosotros y nosotros mismos como entre nosotros y los demás». Esto significa que, mucho antes que Freud, el gran escritor francés entendió que la identidad individual es en cierto sentido una ficción, que en nuestro interior tiene lugar un «drama em gente», por usar las palabras con que explicaba Fernando Pessoa la heterogeneidad de su obra, o que dentro de nosotros habita una confederación de almas, como sostenía inspirándose en Pessoa un personaje de Antonio Tabucchi. Ahora bien, si las identidades individuales son ilusorias, ¿cómo no

Estoy cada vez más profundamente convencido —escribe Savinio— de que los pueblos de Europa no se curarán de sus gravísimas heridas si no forman una sola nación unida por profundos pensamientos, por intereses comunes, por un destino común...

han de serlo las identidades colectivas? En realidad, esas identidades colectivas, empezando por la de España, no son más que invenciones colectivas inducidas o directamente impuestas por poderes estatales que saben muy bien, como lo sabe cualquier poder, que lo primero que hay que hacer para gobernar el presente y el futuro es gobernar el pasado, es decir, construir un relato del pasado capaz de legitimar un presente común y preparar un futuro igualmente común. En realidad, la única identidad europea verosímil es precisamente su diversidad —una identidad contradictoria o imposible, un oxímoron—, y el único relato capaz de legitimarla sería el relato por lo demás veraz de un grupo de viejos países dotados de lenguas, culturas, tradiciones e historias disímiles que, llegado un determinado momento, tras siglos de combatirse despiadadamente, deciden unirse para construir un país nuevo y unido por los valores de la concordia, el bienestar y la libertad de sus ciudadanos. Desde este punto de vista, el lema de la Europa unida podría ser uno de los primeros lemas de los Estados Unidos, que fue la gran utopía política que alumbró la Ilustración, e históricamente la más exitosa; el lema era: «E pluribus unum»; es decir, de muchos países, lenguas, culturas, tradiciones e historias, un solo Estado.

En este punto tengo que hacer una confesión: Europa nunca ha dejado de ser para mí lo que fue en mi juventud de chaval recién salido de una dictadura inacabable, lo mismo que durante siglos fue para los mejores de mis antepasados españoles; en otras palabras: como mi amigo Erri De Luca, soy un europeísta extremista. Esto significa que, para mí, la Europa unida es la única utopía política razonable que a lo largo de la historia hemos acuñado los europeos. Utopías políticas atroces —paraísos teóricos convertidos en infiernos prácticos— las hemos inventado a mansalva; utopías políticas razonables, que yo sepa, sólo ésa: la utopía de una Europa unida.

Si no me engaño, hay infinidad de hechos evidentes que avalan esta idea; tan evidentes que mucho me temo que tendemos a olvidarlos, instalados como estamos todos en una dictadura del presente para la cual lo que ocurrió ayer ya es el pasado y lo que ocurrió hace una semana, prácticamente la prehistoria. Sólo mencionaré tres de esos hechos. El primero es que el deporte europeo por excelencia no es el fútbol, como cree tanta gente, sino la guerra. Durante el último milenio los europeos nos hemos matado entre nosotros sin darnos un solo mes de tregua y de todas las formas posibles: en guerras de cien años, en guerras de treinta años, en guerras civiles o de religión o étnicas o en guerras mundiales que eran en realidad, básicamente, guerras europeas. Estas últimas han sido terribles, delirantemente atroces: como recuerda el propio Steiner, entre agosto de 1914 y mayo de 1945, desde Madrid hasta el Volga, desde el Ártico hasta Sicilia, se calcula que un centenar de millones de hombres, mujeres y niños perecieron a causa de la violencia, la hambruna, la deportación y la limpieza étnica, y Europa Occidental y el occidente de Rusia se convirtieron en el hogar de la muerte, en el escenario de una brutalidad sin precedentes, ya sea la de Auschwitz o la del Gulag. El proyecto de la Unión Europea surgió evidentemente del horror de esa carnicería indescriptible y de la convicción, llena de sensatez, de hartazgo y de coraje, de que nada semejante debía repetirse en Europa; el resultado de esa convicción no es menos evidente, pero tampoco menos asombroso: mi padre conoció la guerra, mi abuelo conoció la guerra, mi bisabuelo y mi tatarabuelo y probablemente todos mis antepasados conocieron la guerra, pero yo no la conozco; es decir: el resultado es que pertenezco a la primera generación de europeos que no conoce una guerra, al menos —no olvido las luchas feroces que desmembraron Yugoslavia— una guerra entre las grandes potencias europeas. Desde luego, sé que hay quien piensa que resulta ya inconcebible otra guerra en Europa. Me parece una ingenuidad. En la historia de Europa lo raro no es la guerra, sino la paz; además, basta que vuelvan a brotar problemas serios, como hemos visto a raíz de la crisis de 2008, para que vuelva a surgir con toda su fuerza el nacionalismo, que ha sido la causa final, el ornamento y el carburante de todas las guerras europeas del último siglo. La unión de Europa nació para combatirlo, pero ésa es una tarea difícil. El nacionalismo no es una ideología política: es una fe; al fin y al cabo, la nación fue el sustituto de Dios como fun-

damento político del Estado, y acabar con ella en Europa va a ser casi tan difícil como lo fue acabar con Dios. Según observó George Orwell, el nacionalista es indiferente a la realidad, así que da lo mismo que se le demuestre con datos, por ejemplo, que salir de Europa es un mal negocio para Gran Bretaña o que toda la verborrea antiinmigración de Nigel Farage no es más que eso, verborrea —el delirio xenófobo de un bocazas—, porque él seguirá creyendo que los británicos deben salir de Europa y que los inmigrantes amenazan su empleo y su seguridad, y en consecuencia votará a favor del Brexit. Condorcet escribió que «el miedo es el origen de casi todas las estupideces humanas y, sobre todo, de las estupideces políticas», y Walter Benjamin sostenía que la felicidad consiste en vivir sin temor; los nacionalistas son infelices con mucho miedo: para ellos, para muchos de ellos, la Unión Europea sólo es un trasto distante, inservible y sin alma que los obliga a vivir a la intemperie, con gente rara que habla lenguas raras y tiene costumbres raras; ellos prefieren vivir con los suyos o más bien con los que imaginan o les han hecho creer que son los suyos, protegidos por las falsas seguridades de siempre, refugiados en ilusorias identidades colectivas, aspirando, como diría Nietzsche, el viejo olor del establo. La única forma de hacer algo útil con el futuro es tener el pasado siempre presente, y por eso es un error descomunal olvidar la negra historia de violencia que ha arrasado a Europa, hacer como si no hubiera existido; olvidar que la Unión Europea ha sido esencial para cancelar ese pasado siniestro es un error todavía peor.

Hay una segunda razón por la que la que la unión de Europa me parece el proyecto político más atractivo y ambicioso de nuestro tiempo. Sabemos que Europa fue durante siglos el centro del mundo, pero también sabemos que ya no lo es, y de un tiempo a esta parte no pasa día sin que oigamos o leamos que casi lo único que nos queda ya por hacer a los europeos, ante el empuje de las grandes potencias emergentes, es languidecer como nobles arruinados entre las ruinas de nuestro esplendor pretérito, por parafrasear a uno de los mayores poetas españoles de la posguerra: Jaime Gil de Biedma. No creo que ese pesimismo esté justificado. Es verdad que el peso de nuestros países en el mundo, tomados uno a uno, es cada vez menor, sobre todo si lo comparamos con el peso de China o la India o Brasil; pero también es verdad que, juntos, gozamos todavía de un poder enorme: sin ir más lejos, somos la mayor economía del mundo, con un PIB de 14.000 millones de euros.

También es verdad que el peso político de la Europa unida es escaso, incluso su peso cultural y científico; pero eso no se debe a que esté unida, sino a que no lo está lo suficiente, a que los viejos Estados se resisten con uñas y dientes a ceder soberanía y a disolverse políticamente en un único Estado federal. La utopía aún está muy lejos de realizarse, y por eso nadie puede estar satisfecho del funcionamiento actual de la Unión Europea: para empezar, el déficit democrático de sus instituciones es sangrante, lo que quizá es el principal problema de la Unión, porque impide que lo que inicialmente fue, por fuerza, un proyecto elitista, ideado y dirigido por una vanguardia ilustrada, se convierta en lo que debe ser: un proyecto popular, directamente respaldado y protagonizado por la ciudadanía. Pero los problemas sólo empiezan ahí: carecemos de una política económica y fiscal común (aunque no de una moneda y un banco comunes), no tenemos una política interior ni exterior común, ni una política común de defensa, ni por supuesto una política cultural común. Desde este último punto de vista, que es el de mi pequeño rincón de lector y escritor, la desunión es total, más allá de los contactos y fecundaciones que se han producido siempre y que, es cierto, en estos momentos quizá sean más fluidos que nunca; pero son del todo insuficientes: cada uno de nuestros países opera mediante sistemas literarios, educativos e intelectuales completamente distintos, no tenemos periódicos ni revistas ni radios ni televisiones comunes —con lo que carecemos de una opinión pública común—, no tenemos editoriales europeas, tampoco debates intelectuales de alcance europeo, ni siquiera estoy seguro de que tengamos muchos escritores europeos de verdad —escritores que importen de veras en toda la geografía europea— y sólo sé que existe un premio literario europeo, que concede anualmente el Parlamento Europeo, porque hace tres años se lo concedieron a una de mis novelas, lo que significa que la repercusión europea de ese premio es muy escasa.

Todo lo que acabo de decir puede parecer banal o secundario, sobre todo si se lo compara con las grandes cuestiones económicas y políticas, pero no creo que lo sea. Quizá el gran desafío de Europa, o de la Europa en la que a mí me gustaría vivir y por la que apuesto, consiste precisamente en conciliar dos cosas que en principio parecen inconciliables: la diversidad cultural y la unidad política. Sin la diversidad cultural, Europa se empobrecerá de manera irremisible, porque la variedad de lenguas, de culturas, de tradiciones locales y de

autonomías sociales es entre nosotros una fuente casi inagotable de riqueza, y por eso debe cuidarse y potenciarse; no hay contradicción entre esta urgencia y la de crear una cultura europea común, dotada de un sistema intelectual común y una comunidad de intereses, porque esa cultura europea de todos debe ser lo que en el fondo ha sido siempre, desde la desintegración del Imperio romano de Occidente: el resultado de la fecundación de lenguas y culturas diversas. Pero, al mismo tiempo, sin la unidad política, Europa parece condenada a la destrucción, porque aquella diversidad culturalmente tan fecunda ha sido políticamente el germen de los odios étnicos, las reivindicaciones regionalistas y los nacionalismos chovinistas que han enfrentado sin tregua el continente y amenazado con aniquilarlo. «E pluribus unum»; volvemos a la unidad en la diversidad, a la identidad múltiple de Europa, a su oxímoron originario: Europa debe ser políticamente una y culturalmente plural. Sólo así, creo yo, podrá dar lo mejor de sí misma y no resignarse a la irrelevancia.

La tercera y última razón por la que una Europa unida me parece el proyecto político más valioso de nuestro tiempo no es menos importante que las dos anteriores, pero se puede explicar con menos palabras. Los tratadistas políticos clásicos consideraban habitualmente que lo ideal para el desarrollo de la democracia era, por decirlo como Rousseau en el *Contrato social* (libro III, capítulo IV), «un Estado muy pequeño, en donde se pueda reunir el pueblo y en donde cada ciudadano pueda, sin dificultad, conocer a los demás». Salta a la vista que esta recomendación ya no es válida para nuestros días. El motivo estriba en que uno de nuestros principales problemas políticos es que, en las economías globalizadas de la actualidad, las grandes corporaciones transnacionales poseen un poder tan descomunal que acaban imponiendo sus normas a los gobiernos de los países, y sobre todo a los de los países pequeños, que carecen del poder suficiente para enfrentarse a ellas y por tanto deben someterse a sus dictados. Esto significa que una Europa de verdad unida, que reúna el poder de múltiples Estados, representa tal vez la única posibilidad de que, en nuestras sociedades, la política pueda poner coto al poder ciego y omnímodo de la economía y por tanto constituye tal vez el único instrumento que podría permitirnos preservar una democracia digna de tal nombre. Jürgen Habermas, entre otros, ha insistido con toda la razón sobre este asunto: «La democracia en un solo país», escribe el pensador alemán,

«no puede siquiera defenderse contra los ultimatos de un capitalismo furioso que traspasa las fronteras nacionales».

Concordia, prosperidad y democracia: ésos son los tres pilares que han contribuido a sustentar en Europa, durante este último medio siglo, la Unión Europea, y ésos son los valores que deberían guiar nuestra razonable utopía futura; al fin y al cabo, nada esencial los distingue de los valores fundacionales de la Revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Es cierto que, como decía antes, la utopía está aún muy lejos de hacerse realidad, según comprobamos cada vez que se produce una crisis importante en Europa, sea la crisis económica o la crisis de los refugiados, cuando la Unión Europea parece incapaz de actuar como un todo y cada país vuelve a replegarse en sí mismo, a velar por sus propios intereses y a despreocuparse de los intereses comunes, sin entender que, al menos en la Europa actual, no podemos velar por nuestros propios intereses sin velar por los intereses de los demás, porque los intereses de los demás también son nuestros propios intereses.

No: es imposible no estar de acuerdo en que la utopía europea aún no se ha realizado del todo; pero, si bien se mira, quizá es mejor así, porque las utopías son en cierto modo como las democracias. La democracia perfecta no existe: una democracia perfecta es una dictadura; es decir, es una democracia de mentira: lo que define a la democracia de verdad no es que sea perfecta, sino que es infinitamente perfectible, que siempre se puede mejorar. Con las utopías ocurre algo semejante. Una utopía llevada a la realidad es una utopía de mentira, porque todos los seres humanos somos distintos, albergamos necesidades, aspiraciones y deseos distintos, y lo que para unos es un paraíso para otros puede llegar a ser un infierno; una utopía de verdad, por tanto, no es la que proporciona una misma felicidad a quienes la habitan, sino la que a cada uno le permite buscar su propia felicidad a su manera. ¿Puede llegar a ser eso en el futuro la Europa unida? ¿Puede llegar a ser lo que hace sólo unos

años pensaban politólogos y sociólogos de todo el mundo que iba a ser, el líder del siglo XXI, como pronosticaba Mark Leonard, la nueva tierra prometida de la humanidad, como auguraba Jeremy Rifkin?

No lo sé: sigo sin tener respuesta a esa pregunta. Pero mentiría si no dijera que algunas cosas sí sé. Por ejemplo, sé que, según vienen notando con asombro algunos especialistas en política internacional, como Moisés Naím, asistimos desde hace tiempo a un fenómeno extraordinario, y es que la primera potencia mundial, Estados Unidos, está renunciando a su poder y a su influencia por propia decisión y sin que se los quiten sus rivales. Este fenómeno se ha agudizado con la llegada de Donald Trump al poder, hasta el punto de que John Kerry, exsecretario de Estado norteamericano, ha calificado esta retirada general de «grotesca abdicación de liderazgo», y ni siquiera falta quien, como el sociólogo noruego Johan Galtung, conocido por haber predicho la caída de la Unión Soviética, viene anunciando desde hace tiempo, con argumentos nada desdeñables, el próximo desmoronamiento del poder norteamericano. Ignoro si todo ocurrirá tan rápidamente como conjetura Galtung, pero es verdad que, después de casi un siglo de hegemonía mundial, Estados Unidos se está ensimismando a marchas forzadas, cosa que se advierte en muchos campos: no ha firmado el Acuerdo Transpacífico de Cooperación (el llamado TPP, por sus siglas en inglés), se desentiende de lo que ocurre en Europa y mengua a diario su influencia en asuntos clave, como la lucha contra el calentamiento global, la proliferación nuclear, la ayuda al desarrollo, el control de pandemias globales, la regulación de Internet o la intervención para contener crisis financieras. Sabemos que, igual que los imperios, las hegemonías mundiales no son eternas, y sólo espero que, cuando la de los Estados Unidos concluya, no llegue, como auguran tantos, el turno de la hegemonía China. Lo que espero es que para ese momento la unión de Europa sea un hecho mucho más sólido de lo que es ahora y que, gracias a él —gracias a la conversión de Europa en un Estado federal—, podamos, si no tomar el testigo de los Estados Unidos, sí ocupar un lugar relevante en el mundo poshegemónico que prevén algunos. Y es que mucho me temo que, de lo contrario, si nuestra posición en este nuevo mundo sin una hegemonía clara es una posición secundaria o subordinada, estaremos poniendo en serio peligro un modo de vida privilegiado que disfrutamos desde hace décadas y que muchos parecen dar temerariamente por descontado. Temerariamente porque ese

modo de vida no ha cuajado de manera espontánea; todo lo contrario: es el resultado del sudor y la sangre de generaciones de europeos y, de forma inmediata, de un experimento político inédito, de una audacia extraordinaria, que ha surgido del aprendizaje de los horrores que perpetramos en la Europa del siglo XX y de lo que sólo se me ocurre llamar el heroísmo de la razón, que ha erigido en este último medio siglo la sociedad más pacífica, más próspera y más libre de nuestra historia: un experimento que, según recordaba no hace mucho Michel Serres, ha permitido que los europeos hayamos vivido «la época de paz y prosperidad más larga desde la guerra de Troya». Esto no es triunfalismo: es reconocer una evidencia histórica; ignorarla es un error, porque quien no es capaz de identificar lo bueno que tiene, difícilmente identificará lo bueno que le falta y lo malo que debe corregir.

Acabo de usar la expresión «heroísmo de la razón» y debería aclarar que no es mía sino de Edmund Husserl. El filósofo alemán la usó en 1935, al final de unas célebres conferencias sobre la crisis de la humanidad europea que pronunció en Viena y Praga. Allí argumentó que lo que definía a Europa era la pasión por el conocimiento racional, y que a aquellas alturas cuando el continente se recuperaba de una carnicería indescriptible y se empezaba a respirar en el aire el inicio de otra, a Europa sólo le quedaban dos salidas: la decadencia, dice Husserl, «en un distanciamiento de su propio sentido racional de la vida, el hundimiento en la hostilidad del espíritu y la barbarie, o el renacimiento por el espíritu de la filosofía mediante el heroísmo de la razón». Yo siento que ese heroísmo de la razón constituye el impulso original de la unión de Europa y está en la base del relato veraz que, como decía antes, la legitima: la historia de unos viejos países provistos de lenguas, culturas, tradiciones e historias distintos que, tras siglos de combatirse sin piedad en guerras eternas, deciden unirse para construir un país nuevo y cohesionado por los valores de la concordia, el bienestar y la libertad.

Alguien estará pensando que soy un optimista, o quizá un iluso. Habrá incluso quien piense que, de 1935 para acá, nos hemos distanciado todavía más del sentido racional de la vida del que hablaba Husserl, que nos hemos hundido más a fondo aún en la hostilidad del espíritu y la barbarie. Yo no lo creo, y creo que tampoco lo creería un gran escritor italiano, Alberto Savinio, cuyas palabras quiero traer aquí a colación para terminar. Esas palabras se publicaron el 27 de diciembre de 1944, poco antes del fin de la guerra en Italia y en el resto de

Europa, y palpitan con el recuerdo del horror recién concluido y con la euforia de la liberación del fascismo. Son palabras transidas de una emoción genuina, que a su modo se halla en el origen inmediato de la utopía razonable de Europa; añadiré que en esa emoción resuena, para mí, el heroísmo de la razón del que hablaba Husserl:

> **Estoy cada vez más profundamente convencido —escribe Savinio— de que los pueblos de Europa no se curarán de sus gravísimas heridas si no forman una sola nación unida por profundos pensamientos, por intereses comunes, por un destino común [...]**
>
> **Europa, en el fondo y quizá a sus propias espaldas, quiere formarse y tarde o temprano se formará. ¿Quién sabe? Tal es la locura de sus hombres y tal su estupidez —tal es sobre todo su insistencia en no decidirse, si no es a la fuerza, a aquello que el destino prescribe [...]— que quizá hará falta una tercera guerra más desastrosa que las dos que la han precedido para iluminar en el cerebro de los europeos la necesidad de la unión; en cuyo caso ya no se unirán los europeos vivos, sino las sombras de los europeos, como Homero llama a los fantasmas de aquellos que han vivido. Pero quizá no [...]**
>
> **Ningún Hombre, ninguna Potencia, ninguna Fuerza podrán unir a los europeos y hacer Europa. Sólo una idea los podrá unir. Solo una idea podrá *hacer* Europa. Idea: esa cosa humana por excelencia.**
>
> **Y esa idea es la idea de comunidad social [...]**
>
> **Y esa unión «natural» de Europa se dará. Se dará antes o después. Se dará más pronto o más tarde. Se dará pese a todo. Se dará a despecho de todo.**
>
> **El llamamiento que cierra el manifiesto del comunismo se actualiza así: «Partisanos de toda Europa, uníos», entendiendo por partisanos y partisanismo el elemento genuino de Europa que opera por impulso propio, y no por orden o inspiración ajenos.**

Así sea ✖

«*E pluribus unum*: Europa y el heroísmo de la razón», conferencia inaugural del Salone del Libro de Torino, 10 de mayo de 2018.

© 2018, Javier Cercas

Los bares subterráneos de Kiev: un semillero de la sociedad civil

Andrey Kurkov

Desde la era soviética, en Ucrania, la etiqueta del consumo de alcohol ha dictado que se debe hacer un brindis antes de cada trago. Puede ser un discurso largo o una frase corta, pero no puedes poner tu vaso en tus labios hasta que alguien haya anunciado por qué estás bebiendo. Desde hace quince meses, los ucranianos beben «¡Por la victoria!» en casa, en restaurantes y bares. Mientras veíamos cómo el ejército privado de Prigozhin se enfrentaba a Moscú, se generó un nuevo brindis: «¡Por que todos se destruyan unos a otros!».

Durante esta guerra, mientras los restaurantes y cafés mantuvieron su papel como centros de cultura gastronómica, los bares tendieron a convertirse en plataformas de la sociedad civil donde personas con ideas afines se reúnen para compartir y desarrollar un sentido de unidad nacional. Los clientes habituales se sienten miembros de una familia en la que existe un gran sentimiento de preocupación mutua y un fuerte deseo de ayudar a garantizar el futuro del país.

Hace unos días, el conocido barman de Kiev, Bogdan «Bodya» Kuzminsky, se despidió de sus amigos. Iba a enlistarse en el ejército. Desde el comienzo de la agresión total de Rusia contra Ucrania, excepto por las primeras semanas, cuando su bar estuvo cerrado como los demás cafés-restaurante de Kiev, Bodya estuvo preparando cócteles «militares», tanto tradicionales como nuevos para clientes.

Bodya fue despedido por todos sus colegas y clientes habituales en el legendario bar Barman Diktat de Kiev, situado en el edificio sub-

(San Petersburgo, Rusia, 1961). Éste es un adelanto del segundo volumen de sus diarios de guerra, *Our daily war*, que será publicado por Open Borders.

terráneo 44 de Khreshchatyk. El acceso está en un patio estrecho y se siente como la entrada a un refugio antiaéreo. Posiblemente esa fuera una de las funciones de este espacioso local subterráneo. Con el tiempo, la bodega fue privatizada y revendida varias veces. Al final, se convirtió en lo que es hoy: un bar muy acogedor y muy querido por los habitantes de Kiev y los valientes expatriados que, a pesar de los ataques diarios con cohetes y drones, no han sido expulsados de la ciudad.

Hay varios bares clandestinos de este tipo en el centro de Kiev y suelen estar abiertos a las cuatro de la tarde. Por la noche se llenan mucho, pero nadie se queja. Los clientes tienen una doble motivación para elegir uno de estos «abrevaderos» bajo tierra: aliviar el estrés y pasar unas horas en la seguridad de un refugio subterráneo. Populares entre los jóvenes y las personas de mediana edad, los bares-sótanos liberan espacio en los refugios comunes y las estaciones de metro, que se llenan de jubilados y madres con niños pequeños durante los ataques aéreos. Además, los bares pueden continuar con sus programas de eventos culturales y entretenimiento sin ser interrumpidos por misiles.

Durante el mes de junio, los visitantes del Barman Diktat pudieron disfrutar de música de *jazz* y *blues* en directo. Muchas bandas tocan con un número reducido de músicos porque algunos de sus miembros ya han sido reclutados por el ejército y enviados al frente. Los conciertos suelen ir precedidos de reuniones del Club de Amantes de la Historia, en las que se organizan «Historias para adultos», debates sobre temas históricos relevantes. A veces están dirigidos por el escritor Oleg Kryshtopa, a veces por la crítica literaria Nastya Evdokimova y a veces por los dos junto con invitados expertos en uno u otro campo de la historia o la vida contemporánea.

Los debates se graban en video y se publican en un canal de YouTube llamado también «Historias para adultos». Poco a poco, el canal está ganando popularidad y el número de suscriptores ya ha superado el cuarto de millón.

El tema de una de las discusiones recientes fue la personalidad del escritor Mykola Gogol. La pregunta principal era: ¿se puede considerar a Gogol un escritor ucraniano? Con uno o dos vasos de *whisky*, la discusión duró hora y media —al fin y al cabo, ¡transcurrió en un bar!— y los participantes concluyeron que es posible, pero agregaron que el tema de la identidad de Gogol podría explorarse hasta la eternidad. En un hotel alemán se registró como ucraniano, pero se hacía llamar escritor ruso.

Cuando tuvo lugar esa discusión pública sobre Gogol, Bogdan «Bodya» Kuzminsky todavía estaba de pie con sus colegas en el bar, preparando cócteles y sirviendo *whisky* y ron. Ahora ya se encuentra en una unidad militar y hasta el momento no hay información exacta sobre su paradero. La guerra ama los secretos.

Entre los habituales del Barman Diktat se encuentran muchos veteranos que ya han regresado del frente, algunos de ellos por lesión. El bar es un laberinto de salas y ellos suelen reunirse en uno de sus rincones más alejados. Pero cuando salen, tienen que caminar por la zona principal, que siempre está llena y ruidosa, con el escenario en un extremo. Y cuando pasan por allí, un perceptible silencio se apodera de la habitación. Aquí la gente entiende rápidamente quién es quién y los veteranos, personas que regresaron vivas de la guerra, inspiran un poco de miedo y admiración en los demás clientes.

El animado ambiente del bar puede dar la impresión de que todo en Kiev está bien, pero los presentes son conscientes de la cantidad de dificultades que la guerra ha traído, tanto en la superficie como en la clandestinidad. La tarea de controlar el acceso a los refugios antiaéreos ha expuesto otro problema. Algunos de los funcionarios responsables de mantener abiertos los refugios se han defendido diciendo que permanecen cerrados para mantener fuera a las personas sin hogar. Con el estallido de la guerra, el término *personas sin hogar* adquirió un nuevo significado. Ahora, en Kiev y otras ciudades importantes, voluntarios y organizaciones benéficas están alimentando a decenas de miles de personas en las calles, incluido un gran número de quienes se han quedado sin techo debido a la agresión rusa. El número de personas sin hogar en Kiev se ha multiplicado considerablemente.

Los residentes de las ciudades y pueblos destruidos de las regiones de Donbas, Zaporizhzhia y Kherson también se han quedado en esa situación. Hoy en día, un porcentaje de las personas sin hogar de Kiev son antiguos residentes de esas regiones. No han podido encontrar trabajo ni conseguir una vivienda temporal. Muchos perdieron sus documentos y no pueden acceder fácilmente a los programas de asistencia del gobierno.

Kiev sufre desde hace mucho tiempo una escasez de refugios y de asistencia social organizada para esas personas. Una de las organizaciones benéficas más activas en tal problemática es la del grupo católico San Egidio, que ayuda a adultos y niños desplazados.

En la ciudad de Vynnyki, cerca de Lviv, otra organización ayuda a las personas sin hogar desde 2003. Oselya (Hogar) es un centro de ayuda mutua, socio de Emaús Internacional, creado después de la Segunda Guerra Mundial por el activista francés Abbé Pierre. Durante sus veinte años de actividad, ha resocializado y facilitado el regreso a la vida normal de varios cientos de personas que antes estaban sin hogar, muchas de las cuales padecían alcoholismo. Las principales reglas para quienes aceptan vivir en el centro son el rechazo total del alcohol y la voluntad de trabajar en la comuna. Allí la gente aprende nuevas habilidades, incluidas técnicas para reparar muebles viejos y antiguos, que permiten a los residentes ganar dinero y mejorar su entorno. Al comienzo de la invasión rusa, los doce exvagabundos que vivían en Oselya se ofrecieron como voluntarios para el ejército. Sus lugares fueron ocupados de inmediato por otras personas que venían del este y del sur de Ucrania. Desde el comienzo de la guerra, bajo el liderazgo de Natalia Sanotska, Oselya ha construido otro centro de dos pisos en Vynnyki para atender a los refugiados, a quienes ahora también se les puede llamar «sin hogar». El centro dispone de duchas, lavadoras y peluquería gratuita. En el segundo piso hay una sala de cine donde se proyectan películas de forma gratuita por las noches. Natalya Sanotska selecciona con mucho cuidado las cintas que van a proyectar. Deben ser películas que ayuden a aliviar el estrés y a mantener un cierto nivel de optimismo. Recientemente, Natalia tuvo que tomar una decisión difícil: convertir los talleres de reparación de muebles en un espacio habitable, que es lo suficientemente grande para veinte o treinta personas más.

La distinción entre personas desplazadas, refugiados y personas sin hogar «tradicionales» se está volviendo cada vez más borrosa. Ninguno de ellos tiene suficiente dinero para vivir. Muchos tienen problemas de vivienda y a todos les resulta muy difícil imaginar su futuro. Es cierto que hoy en día es difícil para todos los ucranianos tener una visión del porvenir, ya sea que vivan en sus propios apartamentos, deambulen por el mundo o vivan como desplazados internos.

Ahora los ucranianos que no han tenido que abandonar sus hogares son considerados automáticamente «prósperos». Algunos han podido conservar sus empleos, lo que significa que tienen dinero para vivir. Pero aun así pueden sufrir estrés, al igual que quienes se encuentran

en situaciones mucho peores. Existe una necesidad casi universal de alejarse de la realidad por un tiempo. Algunas personas van al teatro, otras practican yoga y otras visitan el bar. Sin embargo, la guerra ha entrado de manera firme y permanente en todas las esferas de la vida y en todas las formas de arte. Es difícil alejarse de ello. Los teatros del país han dejado de lado las representaciones de obras clásicas rusas y las han reemplazado con obras ucranianas sobre la guerra y los refugiados. En los bares son cada vez más visibles los veteranos. Algunos de ellos visten camuflaje por costumbre.

Espero que Bogdan «Bodya» Kuzminsky regrese sano y a salvo de la guerra. Él vendrá nuevamente, se parará detrás del mostrador y comenzará a preparar cócteles. Su colega Vadim Melnichenko, el camarero de un bar asociado en la orilla izquierda del río Dniéper, también llamado Barman Diktat, ha regresado del frente, pero le falta una mano. Mientras está desempleado, sueña con volver a su antiguo lugar de trabajo. Sus colegas ahora están organizando una campaña de recaudación de fondos para comprarle una prótesis de alta calidad. Pronto tendrá lugar la primera conferencia en Barman Diktat, cuyos ingresos se destinarán a apoyar esta causa. Esta vez, la conferencia no estará dedicada a la historia de Ucrania sino a la historia de la ginebra.

Esperemos que los camareros reúnan pronto suficiente dinero para la prótesis y que Vadim pueda volver a trabajar. Y esperemos también que esos doce voluntarios que fueron a la guerra desde el Centro de Ayuda Mutua para Personas sin Hogar de Oselya puedan volver a la vida normal después del conflicto bélico, sin ir a bares donde corren el riesgo de volver a caer en el camino de la falta de vivienda.

El estrés seguirá siendo un compañero permanente para todos los ucranianos durante mucho tiempo, y cada uno de nosotros será responsable de elegir un calmante para el estrés: un bar, un cine, yoga o cursos de inglés. Durante unas horas, la marcha del ejército privado de Wagner sobre Moscú nos proporcionó algo de entretenimiento, pero sería un error confiar en que los rusos proporcionarían a Ucrania herramientas para aliviar el estrés. Necesitamos descubrir nuestra propia manera de afrontar los combates, los ataques regulares con misiles y drones, las noches interrumpidas y los días impredecibles ✖

Traducción del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Sylva Fischerová

Praga del recién llegado

Nadie me dijo cómo hay que vivir y cuál es
el mejor momento
para beber cicuta
de la mano de quién y en qué santo

Nadie me dijo cómo andar por la ciudad de noche
para que no se oiga el llanto
ese llanto incesante de las farolas y de las puertas de
[los tranvías
que atraviesa las fisuras entre la gente
como la cuerda más aguda de un violín estirada
desde y hasta el infinito

Praga es un gran prisma frío cuando cae
la noche y esa noche está bajo el prisma
camino por su arista y arriba y abajo
la gente habla están tan seguros
como los cisnes en el Moldava
de desayunar temprano

PRAHA PŘÍCHOZÍHO

Nikdo mi neřek jak se má žít a kdy se / nejlíp / pije bolehlav / z čí rukou a na kterého svatého // Nikdo mi neřek jak se chodí nočním městem / aby nebyl slyšet pláč / ten neustálý pláč luceren a tramvajových dveří / co prochází škvírami mezi lidmi / jako od nekonečna po nekonečno natažená / nejvyšší struna houslí // *Praha je veliký studený kvádr když padne / noc a ta noc je pod tím kvádrem / chodím po jeho hraně a nahoře a dole / mluví lidé jsou si sebou tak jistí / jako labutě na Vltavě / ranní snídaní* // ale mně nikdo neřek

(Praga, República Checa, 1963). Estos poemas forman parte de la antología *De sombra y terciopelo. Diecisiete poetas checas, 1963-1988* (Vaso Roto, 2021).

pero nadie me dijo cómo caminar
por la arista del prisma
en qué lado caer
en cuál recoger esqueletos huecos de pájaro
De los huesos huecos hicimos
una siringa
y tocamos en la ribera
aunque nadie nos dijo
que la siringa existe y nosotros existimos y compartirlo es
hermoso
que Praga es un gran brebaje diluido por el Moldava
que se vierte en sí misma como una bandera presidencial
en el castillo
e igual que ella también Praga desaparece a veces

y ése es por fin el momento de descubrir quiénes somos
y cómo de lejos está el amor.

jak chodit / po hraně kvádru / na kterém rohu spadnout / a na kterém chytat duté ptačí kosti / Z dutých kostí jsme si udělali / syrinx / a hrajem na nábřeží / i když nám nikdo neřek / že syrinx je a my jsme a dát to dohromady je / krásný / že Praha je veliký dryák ředěný Vltavou / že se v sobě přelévá jako prezidentská vlajka / na Hradě / a jako ona i Praha někdy mizí // a to je konečně čas zjistit kdo jsme / a jak daleko je láska.

A veces se aparecen los muertos. Más afables
que los demonios,
repiten que nos aman
mezclan un guiso aguado
momentos que están y no están.
Dicen que no debo
caminar hasta el final, donde vive
el mundo sin acabar, apedreando
cada segundo...
Donde el camino es una estatua de un camino,
hecha de sueños y de mostaza y de lágrimas.
De donde se derraman
casitas categorizadas,
una breve conexión de metáfora, ojos como compases
en un túnel hacia el vacío
¡palabras!

Un niño se balancea en un columpio
en medio del caos.
El caos es blanco, dorado bermellón,

HOUPAČKA V HLUBINÁCH CHAOSU

Někdy přicházejí mrtví. Vlídnější / než démoni, / opakují, že nás milují / míchají vodový guláš / jsoucí i nejsoucí chvíle. / Říkají, že nemám / chodit tam za konec, kde bydlí / nehotový svět, kamenící / každou vteřinou... / Kde cesta je socha cesty, / ze snů a z hořčice a ze slz. / Odkud se sypou / domky z kategorií, / krátký spoj metafory, oči jak kružítka / v tunelu do prázdna, / slova! //
Dítě se houpe na houpačce / uprostřed chaosu. / Chaos je bílý, / umělkově zlatý,

azul como una habitación con una cuna en medio,
habitación de muerto.
Un niño se balancea en un columpio y mira
con atención. En seguida se levanta
y se va
a comer a la cocina.

En la cocina hay pan con mantequilla
y mostaza.
Ahí vive la infancia.
No soy yo. Otra persona
iba a la nevera
a comer el caviar. Infancia: oruga y mariposa,
unidas únicamente
por la información —
es sólo un detalle, rey del Imperio de la Memoria:
el detalle conlleva dolor.
Madre, somos nosotros
los que nos aparecemos a los muertos,
apedreamos cada segundo, somos
estatuas de mostaza, de otra manera
no podemos vivir.

/ modrý jak pokoj s kolíbkou uprostřed, / pokoj po mrtvém. / Dítě se houpe na houpačce a dobře / se dívá. Za chvíli se zvedne / a půjde se / do kuchyně najíst. // V kuchyni je chleba s máslem / a hořčicí. / Bydlí tam dětství. / To nejsem já. Někdo jiný / chodil do lednice / ujídat kaviár. Dětství: housenka a motýl, / spojené jen / informací – / a to je detail, král Říše Memorie: / detail působí bolest. / Matko, to my / přicházíme za mrtvými, / kameníme každou vteřinou, jsme / sochy z hořčice, jinak / nemůžeme žít.

El reloj mundial está atascado: Bruselas

El reloj mundial está atascado
un zorro muerto en el Boulevard du Triomphe
al borde del parque
cuelga de su engranaje
pisoteado en vano
por los funcionarios en sus eurotrajes
con sus euromaletines.
Miro a la pared
a esas tres chinchetas:
en la residencia Gandhi
no me esperaba ni una sábana.
(*Dormir à Bruxelles de manière originale.*)
Y esas tres chinchetas
me clavan de vuelta a Praga
a la residencia Větrník
a las baldosas amarillo-rojizas
a los esquizofrénicos años ochenta:

SVĚTOVÝ ORLOJ JE ZADŘENÝ: BRUSEL

Světový orloj je zadřený / mrtvá liška na Boulevard du Triomphe / na kraji parku / mu vězí v soukolí, / kterým prošlapávají naprázdno /úředníci v eurooblecích / se svými eurokufry. / Hledím do zdi / na tři připínáčky: / na koleji Gándhí / mě nečekalo / ani prostěradlo. / (*Dormir à Bruxelles de manière originale.*) / A ty tři připínáčky / mě připichují zpátky / na kolej Větrník, / k žlutočerveným kachličkám, / do schizofrenních osmdesátých: p/ *Hlavně*

Sobre todo sal,
ve a airearte
al mundo tras el cristal.
Si alguien me hubiera dicho entonces
que en un cuarto de siglo
volaría del aeropuerto Václav Havel
a la capital
de una Europa unida
lo habría mandado al manicomio.
Pero el reloj europeo está atascado,
aunque un zorrillo junto al lago
la otra tarde nos comiera de la mano
y a mí me dieran otra habitación
en la residencia Lafontaine
con vistas al parque.
La eurocerveza corría por un torrente
caro y perezoso
y lubricaba las cuentas bancarias,

vylez ven, / jdi se zvnějšnit / do světa za oknem. / Kdyby mi tehdy někdo řekl, / že za čtvrt století / poletím z letiště Václava Havla / do hlavního města / sjednocené Evropy, / poslala bych ho do Bohnic. / Evropský orloj je ale zadřený, / i když liščí mládě u jezera / nám další večer žralo z ruky / a já dostala nový pokoj / v koleji Lafontaine / s výhledem na park. / Europivo teklo líným drahým / proudem / a promazávalo bankovní konta; / koňaky a středníky lisovaly / kravaty, / vyráběly soutěž firemních tiskovin / ZLATÝ STŘEDNÍK;

los coñacs y los puntos y comas prensaban
las corbatas,
fabricaban un concurso de folletos de empresas:
EL PUNTO Y COMA DE ORO;
en el museo
con tranquila precisión quirúrgica
Apolo le sajaba la piel
a un aullante Marsias
con la cabeza abajo.
Este mundo cuelga
cabeza abajo,
está congestionado y le va a dar
una trombosis.
Próximamente: *coming soon*.
À bientôt.
Los flamencos con los valones
tampoco se hablan.

/ v muzeu Apollón klidně / s chirurgickou přesností / nařezával kůži / řvoucímu Marsyovi, / visícímu hlavou dolů. / Tenhle svět visí / hlavou dolů, / je překrvenej a dostane / trombózu. / Již brzy: *coming soon*. / À bientôt. / Vlámové s Valony / se taky nebaví. / A oči vlámských madon / sugerují koláče z bílé mouky / a pomalý ustavičný krvotok: / život to tělo / den co den zvolna

Y los ojos de las madonas flamencas
hacen pensar en pasteles de harina blanca
y en un lento y constante torrente de sangre:
la vida abandona este cuerpo
despacio día tras día.
Ícaro cae en silencio
y sin el interés de los que miran, cada uno
tiene algo que hacer, claro, algo
planeado sobre lo que
atraer la atención.
En una caja frigorífica
dentro de unos mejillones
—el plato regional—
vive el misterio de la fe del lugar:
carne y vacío
y valor agregado.
Recoge todo y vete a casa
volando.

Versiones del checo de Elena Buixaderas.

opouští. / Ikaros padá tiše / a bez zájmu přihlížejících, každý / tu přece má
něco na práci, něco / nalajnováno, nač tedy / tříštit pozornost. / V chladicím
boxu / uvnitř černých mušlí / — zdejší speciality — / bydlí tajemství zdejší
víry: / maso a prázdnota / a přidaná hodnota. / Seber se a odleť / domů.

Los bordes *[fragmento]*

Angelo Tijssens

para Twinkles

Oh, no no no, it was too cold always
(Still the dead one lay moaning)
I was much too far out all my life
And not waving but drowning.
— Stevie Smith, «Not Waving but Drowning»

It's the disease of the age,
It's the disease that we crave
— Placebo, «Protect Me From What I Want»

Notas sabor a sangre y hueles estuco mojado. Antes, hoy mismo, con un cubo medio lleno de agua tibia y una esponja vieja, has empapado los bordes del papel pintado, porque así es más fácil despegarlo de la pared con una espátula, teniendo cuidado de no arrancar trocitos de yeso sin querer. Olerás muchas veces más el estuco mojado, te notas el sabor en el fondo de la lengua. Todavía cambiarás de casa nueve veces más. Perderás todo lo que ahora posees. Todo lo que parece valioso desaparecerá. Algunas cosas las perderás de vista poco a poco; otras las empeñarás a consciencia para comprar comida o cigarrillos; otras las quemarás, las regalarás, las dejarás atrás. Quieres gritar pero no puedes porque una mano te rodea la garganta. La misma mano te aprieta la cabeza contra la pared. Caen azulejos de plástico negro, las viñetas más nocturnas

(Blankenberte, Bélgica, 1986). Éste es un adelanto de la traducción en proceso de la novela *Los bordes,* que será publicada por Editorial Dos Bigotes a finales de 2023.

de un cómic se desmoronan ante tus ojos. Ves los recuadros más oscuros, restos de pegamento en el dorso, restos de pegamento en la pared (y el tiempo que se escurre lentamente entre ellos, humedad y restos de jabón). A los anteriores habitantes de la casa, una pareja mayor que nunca tuvo hijos, les pareció buena idea quitar las baldosas anticuadas de su baño en tiempos de progreso y optar por el material del futuro: el plástico. Encima pusieron un papel pintado azul suave que tú acabas de arrancar de la pared, décadas después. Te corre sangre por el labio y la barbilla, y a ella, entre los dedos. Oyes el eco de su voz en el espacio en que las baldosas se caen. No tienes nada, no llevas nada puesto y no eres nada. Ella no para de repetirte esto último, en voz bien alta: no eres nada. El baño resuena, y ahora también se vierte agua por encima del borde de la bañera. No sabes qué has hecho mal, pero ya no tiene importancia. Le agarras la muñeca, apretando tanto como puedes, pero parece que te aprieta todavía más fuerte alrededor del cuello. Cada vez oyes menos, pero ves que abre y cierra la boca. Hueles cigarrillos, y también sientes el sabor cuando te escupe en la cara, soltando un poco el agarre, de modo que inhalas con fuerza y justo después te das en la nuca con el borde de la bañera. Intentas con todas tus fuerzas no llorar cuando tu madre sale furiosa por la puerta, atraviesa tu habitación, baja las escaleras, sale a la calle, se mete en el coche, se aleja hacia la calle, hasta que se hace el silencio. Hasta que empiezas a sollozar, jadeando, con la garganta llena de estuco, las baldosas traidoras flotando en el agua, que ya se ha enfriado, conchas vacías en agua estancada. Haces un cuenco con las manos y te lavas la cara. Con un dedo, te palpas el labio, el interior del labio. Constatas que no estás sangrando, de modo que lloras aun más fuerte. Calientas sopa sin encender la luz. Te duele la laringe al tragar, pero comes sin hacer ruido; nunca se sabe. Te tumbas, la bella y la bestia bailan encima de tus sábanas pero tú finges que duermes y esperas que todo acabe pronto.

II

Esta época del año los días se acortan y los estorninos se reúnen en los árboles que van quedando pelados y en los cables que cosen las torres de alta tensión como una cremallera gigante a través del

paisaje. El viento sopla la tierra hacia el mar y la arena hacia los pólderes, corren faisanes por los bordes de los campos, hay erizos chafados en la carretera.

Uno de los árboles no sobrevivió a una tormenta y yace caído en un campo. Se ven las raíces, como una copia de la copa; hiedra alrededor de la corteza, como si la tierra quisiera devorarlo de un bocado.

En el centro de jardinería que hay un poco más adelante, el invernadero está a oscuras y también lo cubre la hiedra; hace años que los cristales rotos dejan entrar la humedad y el frío y el calor, dando campo libre a las malas hierbas, sus trazos como braille contra las ventanas.

Casi es oscuro cuando paso con una bicicleta prestada por la carretera, el viento en contra. Ya se ha acabado el momento en que los pájaros cantan, justo antes de que el sol se ponga del todo. Los animales tienen miedo de que la luz no vuelva nunca, y ahuyentan el miedo con ruido, hablando, charlando sin parar entre ellos y los unos para los otros. Ahora están en algún lugar de las copas medio desnudas de los árboles, en silencio, al abrigo del viento. Se respira lluvia en el ambiente. Los pájaros lo saben.

Donde antes estaba el taller mecánico, ahora hay un parque infantil cubierto. La fachada del edificio blanco está pintada de un color tierra indeterminado. El supermercado está cerrado. En el aparcamiento, una bolsa vacía de patatas fritas baila al viento. La tienda de electrodomésticos está cerrada. El bufete libre de costillitas, también. Desde hace tiempo, ya, por lo que parece: las plantas de los alféizares están marrones, las ventanas sucias. «Se traspasa», pone. Entre la mesa y el cristal de la ventana hay restos de moscas de al menos cuatro estaciones. Veníamos de vez en cuando, a hartarnos a comer. Tablas de madera relucientes de grasa, olor a carne asada y carbón, patatas con piel envueltas una por una en papel de aluminio manchado de ceniza, cubos de acero inoxidable en los que desaparecían las costillas roídas, contenedores llenos de restos animales. Debe de hacer diez años que no he estado. Un cartel desconchado con forma de cerdito sonriente nos dice que la sugerencia (sangría) cuesta sólo cuatro euros.

Me pregunto si voy a sudar de mala manera, en este chubasquero, en esta bici, pedaleando contra el viento de este modo.

Hay charcos que reflejan las farolas, algún coche de vez en cuando que me recuerda que éste no es lugar para ciclistas. A la luz de sus faros se ve la llovizna; nada más. Me pregunto qué voy a decir. Me pregunto qué dirá y cómo irá la cosa, qué aspecto tendrá, a qué olerá. Me pregunto si falta mucho; en mi recuerdo no estaba tan lejos, y ya llevo al menos media hora avanzando a duras penas contra el viento. Quizá es por eso, por el viento. No es culpa mía, hago lo que puedo para avanzar, no quedarme quieto, pedalear pedalear pedalear, sudando como un cerdo.

Reconozco el cruce; la carretera que va al pueblo de al lado, donde el carnicero hacía las mejores salchichas y cada tres meses se organizaba una donación de sangre en el polideportivo. Entre las líneas brillantes del suelo azul, bajo las canastas de baloncesto, se instalaban camas de campaña. Aprendí que si estiras el brazo se ven mejor las venas, que algunas personas se desmayan cuando ven sangre (yo no) y que los gays no pueden donar porque existe la posibilidad de que estén enfermos y mueran otras personas que no son gays. Al lado del polideportivo había una panadería.

Pasado el cruce, pasada la última hilera de sauces desmochados, la carretera se ensancha, suficiente para que un autocar lleno de niños pueda dar la vuelta. Giro. Me detengo.

Le envío un mensaje para decirle que he llegado y lo espero en la puerta, que está cerrada con candado. Sujeto la bicicleta prestada. Un perro ladra. No veo nada. La luz naranja de la carretera no llega hasta aquí, hasta esta verja tras la cual empieza un camino oscuro, un gran agujero negro, listo para engullirme. Los cristales de mis gafas se llenan de vaho, me cuelgan gotas de las pestañas, de la nariz. Siento el sabor del ozono, los pinos. Me pregunto qué va a decir. Estás aquí, dice, y entonces lo veo, una sombra que hace sonar un manojo de llaves. Veo sus dedos delgados en el candado. Lleva un chubasquero que parece enorme, como un fantasma de color verde musgo. El perro salta hacia él con entusiasmo mientras abre. Tranquilo, le dice, tranquilo, y yo repito sus palabras en mi cabeza. Aquí estoy, digo en voz alta, y la puerta se abre con un chirrido. No le veo la cara, pero espero que esté sonriendo, así que yo también sonrío. Por un momento, me veo allí plantado, con mi sonrisa boba y los cabellos mojados. Aferro el manillar con los dedos fríos. Cierra la verja detrás de mí mientras el perro olisquea la bici, las

bolsas, mis piernas, mis manos. Ven, dice él al perro y yo asiento y lo sigo hacia la oscuridad, zigzagueando entre los charcos, y él repite: estás aquí. Sí, digo. No ha sido fácil. Con este viento, dice. Sí, digo, con este viento, y me callo que una hora atrás, después de ducharme y afeitarme, pensaba que no iba a ir. Que no podría.

Caminamos, ligeramente cuesta abajo, a través de la oscuridad. Ten cuidado, dice, y yo pienso, sí, como si eso sirviera de algo. Piso un charco y quedo empapado, ahora del todo. Mi abuelo decía a menudo que la lluvia no traspasaba la piel. Me lo repito interiormente ahora que tengo la cabeza dentro de la capucha del chubasquero, que parece crear un vacío, como un fino celofán sobre una pechuga de pollo cruda. Pienso: un chubasquero mojado por dentro es lo más triste del mundo. (O bueno: también una cuna vacía, una concha rota, un guante mojado en el alféizar de una ventana).

Oigo sus pasos a mi lado, el sonido de las ruedas girando, mis pasos, mi respiración, las gotas. Lo sigo y el perro, jadeando, va unos metros por delante, marcando el ritmo. Él también quiere resguardarse. Antes de que me dé cuenta del todo, nos detenemos. La luz se enciende con un parpadeo, una bombilla con sensor de movimiento que proyecta la sombra larga de un perro sobre un trozo de hierba empantanada. Aquí, dice, es aquí, y apoyo la bici contra un árbol o contra un poste, no me fijo. Quiero dejarla en algún sitio, tanto da; quiero calentarme y verle la cara. Genial, digo y pienso: qué dices, pero lo sigo hacia el interior de la casa. La puerta es de madera vieja y tiene una ventana formada por cuatro cuadrados, un dibujo infantil de una casa, tejado a dos aguas, chimenea, árbol, mamá, papá. El perro se escurre entre nosotros, quiere entrar. Yo también. Lo sigo. Cierro la puerta. Él no se ha quitado la capucha y todavía no le he visto la cara. La casa está a oscuras. Donde estoy yo, quitándome los zapatos mojados sobre la alfombra sucia de barro, hay luz. Viene de una lámpara de la época en que esta casa, como las docenas de casas idénticas que la rodean, estaba habitada por veraneantes que querían estar cerca del lago para hacer surf y navegar y nadar durante el día, tumbarse en la playa artificial entre baño y baño y asar carne para acompañar el vino. Ahora este sitio está abandonado. Ahora hay luz en el pasillo y cuelgo mi chaqueta, pesada por el agua, en el perchero, y sigo la sombra oscura hacia el interior de la casa. Me asaltan el olor de una estufa de leña y el

calor, que vuelve a empañarme las gafas de modo que todavía veo menos, excepto el fuego, a través de las ventanillas de la estufa. Naranja intenso, amarillo intenso y un azul intenso en el interior. Ven, dice, y yo me acerco a la estufa, estirando las manos hacia el fuego intenso. ¿Manos frías?, pregunta. Sí, digo y pienso agárramelas, agárramelas, agárrame las manos. Se quita la capucha, se quita la chaqueta. Lo veo, una silueta resplandeciente. Lo tengo cerca. Siento su olor. Me quito las gafas, intento limpiarme los cristales con la camiseta que llevo bajo el jersey de cuello alto, pero incluso eso está empapado. Lo tengo cerca. Lo veo, borroso. Se ha hecho mayor. Parece de mi edad, cómo es posible. En mi mente, hasta ahora, hasta el momento en que vuelvo a verlo por primera vez después de todo este tiempo, era el chico que yacía a mi lado, el chico a quien miré con la primera luz del día aquella mañana que creí que era la primera mañana de verdad. Quería despertarme siempre igual a partir de entonces, pero enseguida supe que no sería así, así que cerré los ojos y fingí que dormía. Ahora tiene el pelo distinto, más corto, menos abundante. Quiero acariciárselo, sujetarle la cabeza con las manos.

¿Qué quieres?, pregunta. ¿Un vino? Sí, gracias. ¿Blanco? ¿Tinto? Creo que sólo tengo tinto. O cerveza. ¿Quieres cerveza? Cerveza también va bien; lo mismo que tomes tú. Acabo de terminarme el último vino blanco, ¿quieres tinto o cerveza? Pues un tinto, digo. Vale, dice él, y desaparece y yo me vuelvo a poner las gafas. El frío me ha dejado las cejas agarrotadas, no sé si estoy frunciendo el ceño o no. Me pongo colorado. Debería haber traído algo. ¿Por qué no he traído nada?

Desde la cocina, me pide que me siente, así que me siento. El sofá, cubierto con una manta, está hundido. Da la sensación de que el viejo mueble me va a tragar pero cambia de opinión a medias. Intento mantener el equilibrio y entonces el perro salta a mi regazo. No hace nada, dice él mientras el perro hunde la cabeza en mi entrepierna. ¿No lo reconoces? Antes de que yo pueda responder (sólo pienso en la cabeza del perro en mi entrepierna y me pregunto si apesto), me explica que el perro que conocí en su día era la madre de éste. A lo mejor te reconoce, dice, y yo pienso: no, eso es imposible. Tal vez, digo, y él trae una copa de vino y se sienta en una silla al otro lado de la habitación.

Él: ¿Tienes frío?

Un poco, digo yo.

Un nuevo leño crepita en la estufa. Las llamas lamen la corteza. La primera resina genera chispas y humo. Con lo denso que estaba ya el aire.

Me pregunta qué he estado haciendo, y le contesto y le pregunto a qué se dedica actualmente: poca cosa, disfruta de la tranquilidad. Le digo que estuvimos aquí juntos una vez, cuando en el colegio se celebraba el día del deporte, y no se acuerda, así que sonrío. Yo recuerdo cada minuto, la balsa cuadrada que sirgamos a través del lago, la tensión en sus pantorrillas, el roce de la cuerda en la palma de mi mano, entre los dedos y la muñeca, cómo se me empapó la camisa de manga larga que no me quité (aunque aquel día hacía un calor abrasador) para que no se me vieran los moratones de los brazos, y la piel cada vez más roja que quedaba a la vista entre el borde de su camisa y el principio del pelo. Estamos en silencio y él abre una segunda botella de vino. Le veo sacar la lengua cuando se concentra y pienso: está igual. Tiene los labios morados por el vino, y yo las manos rojas por el frío primero y luego el calor. Las mejillas me arden. El perro duerme y la leña se va consumiendo en la estufa. Plof, dice el corcho, y él me llena el vaso. Le pregunto cómo están sus padres y cómo les va con el negocio, y cómo está su hermana, y me dice que es padrino de uno de sus hijos. Dice que se parece mucho a él: pelo oscuro y rizado. Que es un trasto, se rompió los dos brazos en un mismo año. Me río, bebo y guardo silencio.

¿A qué has venido?, me pregunta finalmente y yo tomo un sorbo para no tener que contestar enseguida. Estaba por la zona, digo, y no digo cuánto me costó reunir el valor para enviarle un mensaje. Me había enterado por un conocido común de que ahora vive aquí, casi como una especie de ermitaño, cuidando las casitas vacías, el lago vacío, el vacío a la espera de las excavadoras que arrasarían el parque de vacaciones en primavera para dejar paso a los bloques de pisos de nueva construcción que, según el folleto, iban a ser una óptima inversión. Habrá pisos adaptados y un parque infantil y alguien lee un libro y la gente sonríe y hay una cometa sin ningún niño colgado.

¿Por qué has venido?

He pensado, hace tanto tiempo, digo.

Sí, hace mucho tiempo.

Años.

Años, sí. Me sorprendió que me enviaras una solicitud de amistad.

¿Ah, sí?

Sí, no me lo esperaba, después de tanto tiempo.

¿Tanto tiempo ha pasado? Oigo la afectación en mi voz.

Un par de años.

Un par de años, sí.

Toma un sorbo y me mira. Estás igual.

Tú también.

Qué va.

Yo tampoco, eh, digo, y sonríe.

Ah, sí, bueno. ¿Se te ha pasado el frío?

Todavía estoy empapado.

¿Quieres un jersey?

No hace falta.

Espera, dice, y sale de la habitación. El perro abre un ojo, lo cierra y sigue durmiendo. Busco una postura cómoda en el sofá, me levanto un momento y vuelvo a sentarme y noto el vino, el calor, la neblina en mi cabeza. Toma, me dice, alargándome un jersey oscuro con capucha. A ver si te pondrás enfermo ✖

Traducción del neerlandés de Maria Rossich.

Nocturno esplendor

[fragmento]

María Cecilia Barbetta

El lunes primero de julio de 1974, Valentino Acuña estaba sentado dentro de su puestito de diarios, rodeado de noticias frescas que de pronto se marchitaron, como si la fina garúa que caía sobre la ciudad de los buenos aires, mezclándose con el aroma de los jazmines, las alverjillas y las santa ritas, arrastrara consigo una inaudita catástrofe natural que se propagaba hacia el resto del país, sin que uno de sus más informados habitantes tomara nota de su presencia. Ese día histórico, sumergido en la lectura de una tira cómica por entregas, Valentino Acuña se enteró, con asombroso retraso, del infarto mortal que había sufrido el presidente Juan Domingo Perón, gracias a un fragmento de charla que voló hasta él largo rato después del anuncio oficial de las dos y diez. La revelación, proveniente de un transeúnte alarmado que cruzó de prisa por delante de su puesto como una sombra fugitiva, se convirtió en un globo de diálogo expresionista, una nube dibujada que, al levantar Acuña asustado los ojos de la revista, hizo que se evaporara todo lo que él había expuesto en el panel delantero y a los costados, convencido de que por la candente actualidad o por la atemporalidad de su contenido hallaría comprador.

Extremadamente inquieto a causa del dato fúnebre, Acuña puso candado a su negocio, franqueó a grandes trancos el asfalto mojado, abrió de golpe la puerta del local de Celio y se encontró con el peluquero del barrio bañado en un mar de lágrimas.

También los hombres lloran. También los hombres pueden venir al mundo con una predisposición natural por lo líquido, como Celio Rachello, criado en el pintoresco barrio-puerto de La Boca, donde intrépidos marineros curtidos por el viento, el agua salada y el sol eran arrastrados

(Buenos Aires, 1972). Éste es un fragmento de la novela *Nocturno esplendor* (Emecé, 2023), que en 2018 fue finalista al Premio Nacional de Literatura Alemana en la Feria del Libro de Fráncfort.

asiduamente a tierra. Entre los húmedos paredones de un derruido conventillo, del que entraban y salían a intervalos regulares los bravíos jinetes de las olas y los océanos, mientras que otras personas, con las que estaban en contacto, ansiaban establecerse de una buena vez en la Argentina. La madre de Celio ocupaba por entonces una pieza, chica como un pañuelo, que compartía con una desconocida, porque la miseria era grande y ella no podría haber afrontado sola el alquiler. Así fue cómo aconteció lo que tenía que acontecer: con el tiempo, ese barrio de inmigrantes resultó incluso para la descendencia un terreno que requería piel gruesa. El joven soñador de rasgos suaves y pantalones cortos, al que tanto le gustaba jugar a la batalla naval al aire libre, andaba constantemente con las rodillas en carne viva y los ojos llorosos. Antes de acostarlo, su madre debía atender los pequeños rasguños en las sienes y las mejillas, que el roce al dormir le volvía a abrir. Cuando una noche su compañera de cuarto no retornó al hogar y la espera de un mensaje suyo empezó a hacer efecto en el monedero, Laura, la madre de Celio, tuvo que asumir las consecuencias y darle un vuelco completo a su vida. Dos meses más tarde, llegaba a Ballester con una valija liviana en la mano derecha y un tierno muchachito en la izquierda.

Este barrio había visto crecer a Celio y transformarse en el hombre que era hoy. Se había teñido las primeras canas con maestría y se resaltaba diestramente los ojos con un delineador verde liquen sobre la línea de agua. Cuando una clienta le preguntaba la edad, respondía:

—¿Cuánto me das, estimada?

El juego de adivinanzas tomaba el carril de costumbre: el peluquero descartaba halagado el número con la mano, le daba la espalda por un segundo a la curiosa y se dirigía a su madre:

—Vos la oíste, *mamma*. ¿Qué me contás?

Laura Rachello era incapaz de comunicarse. En algún momento había renunciado al habla. Celio, que de por sí consideraba el peliagudo dato etario como un secreto profesional, se había resignado a su mutismo y hacía de ello una virtud.

La vida de aquellos que no nacieron en cuna de oro y que por lo tanto tenían que inventarse a sí mismos fue y sigue siendo un desafío para equilibristas. «Hay que mirar para adelante», le había aconsejado Laura a su hijo antes de enmudecer, y él la obedecía al pie de la letra, clavando sus ojos en la pomposa pared-espejo que dividía, en el local, la zona profesional de la privada. Desde el principio había habido un Celio Rachello delante y

otro detrás del espejo. Pese a todos los trucos que sabía implementar este mago, pese a todo lo que se dejaba ocultar con unos pocos retoques, pese a todo el *glamour* que encarnaba Celio Rachello y a todos los brillos con que se engalanaba, el peluquero ya debía andar por los cuarenta. En esa década harto pasada del siglo XX solía incluso vivir, por amor a su madre Laura Rachello, la mujer a la que Celio le debía todo. Ella, por su parte, le debía todo a Eva Duarte, la esposa legendaria de Juan Domingo Perón que les había hecho tal sombra a su predecesora y a su sucesora que era como si ambas —un antes y un después en la vida del General y de su pueblo— jamás hubieran existido. Los años felices eran para Celio, siempre deseoso de complacer a su madre, los felices años del ascenso de Juan Perón, cuando dejando atrás una vertiginosa carrera de ministro dentro de una de las tantas dictaduras militares que desde los años treinta mantenían el tranco del país a fuerza de espuelazos, el general había tomado las riendas. Laura Rachello había tocado el cielo con las manos al recibir de las mismísimas de la caritativa *First Lady* su primera máquina de coser. Una fotografía en la pared-espejo mostraba a la destinataria del opulento regalo justo antes de entrar en escena. Con el peinado recién hecho, se erguía rígida como un soldado delante del edificio de la Fundación Eva Perón, y a sus espaldas se veía una cola que daba vuelta la esquina. La foto en blanco y negro marcaba otro punto de inflexión en su biografía. La generosa donación le había permitido a Laura Rachello adivinarle uno que otro deseo a su hijo. Pero al cabo de unas cuantas camisas de manga corta y unos pantalones azul marino de pretina alta había tenido que admitir que él en realidad anhelaba algo más extravagante. Pesarosa y sin consultarle el próximo paso, había vendido la máquina de coser de Evita y con lo obtenido más sus ahorros había adquirido una secadora de pelo Philips usada, un aparato que funcionaba perfecto, con regulador de temperatura de cuatro posiciones y soporte ajustable sobre un trípode, que había instalado en el vestíbulo de su casa, para luego comunicarle a su hijo que había abierto una peluquería en Ballester.

El único que entretanto tenía voz y voto en Eterna Belleza era Celio Rachello. Laura, atildada y vestida pipí cucú, se quedaba sentada inmóvil en un moderno sillón *cocktail* que la publicidad había ensalzado como el último grito y al que Celio le había dado el zarpazo para sorprenderla en uno de sus cumpleaños redondo. Un auténtico golpe de suerte. La cuerina se limpiaba rápido, rojo era el color preferido de Laura y gracias al asiento giratorio Celio podía manejar a su madre con facilidad. Antes de encerrarse

en sí misma, nada ni nadie la hubiera podido convencer de que descansara. El negocio marchaba regular, y sin embargo ella se había metido en la cabeza que una jefa, aunque estuviera en casa en la habitación contigua, no debía abandonar su puesto durante el horario de atención, pasara lo que pasase. Durante largo tiempo no pasaba ni el loro. En los desolados días sin clientela, salía a la puerta como un capitán a cubierta, que se protege los ojos del sol con la mano tratando de divisar la costa más cercana. «Persevera y triunfarás», le enseñaba a Celio, su primer y único oficial, que le devolvía un guiño para darle ánimo. «Sabés cómo pienso yo: sólo las ratas abandonan el barco que se hunde», le advertía ella, llena de desprecio por los roedores que en La Boca había visto en tropel.

Hoy en día, aunque abstraída mentalmente, se mantenía en guardia. A menudo, como hacen los gatos, fijaba la vista en un punto determinado del espacio en el que, para otros, no había nada. Por lo demás, como si fuera un maniquí de vidriera o una muñeca de tamaño real, se dejaba acicalar por su hijo con los vestidos de cóctel que había confeccionado a fines de los años cuarenta. Allende cualquier novedad en el rubro de la moda, se mantenía quieta incluso cuando Celio, con una miríada de horquillas doradas entre los labios, se disponía a practicar los peinados más sofisticados habidos y por haber. Retorcidos caracoles y trenzadas torres se erigían equilibradamente sobre el armónico cráneo de su madre. La mujer que en La Boca se había preparado a que le naciera una hija, una Celia, a quien poder legarle en el momento oportuno sus blusas orladas por coloridas lentejuelas, sus brazaletes y collares de baquelita, se había vuelto ella misma una nena. A bordo de su barca de los sueños, Laura Rachello se dejaba ataviar y perfumar detrás de las orejas y en las muñecas, se dejaba maquillar con discreción y esmaltarse las uñas a tono con el vestuario. Como una reliquia de una era irrecuperable, reinaba en Eterna Belleza, haciéndole frente día a día a lo verosímil. Para que esta prueba crucial no le hiciera perder ni un poquito de su color —a diferencia de lo que ocurría con las fotografías de Evita en su negocio, que documentaban el correr del tiempo y a través de él la evolución de la locutora y actriz de cine a la que Laura se había entregado de pies a cabeza, puesto que en suma se había transformado en la mujer más poderosa del país, la esposa del presidente con un teñido rubio de primera, en Paco Jamandreu y Christian Dior, una verdadera dama con sombreros extravagantes de Casa Giulia y Rosé Descart, con pieles y zapatos imponentes, con rubíes en las orejas y diamantes en el cuello, con unos seguidores que llevaba de las narices—, a fin de

sofocar en su origen el primer asomo de palidez, Celio agarraba el colorete y lo aplicaba con tal precisión sobre los pómulos de su madre que las clientas le aseguraban que doña Laura se volvía cada vez más joven, como Dorian Gray. No sólo Celio, también las muchas mujeres que se rendían a sus manos, confiándole además de su cabeza el alma, conversaban con ella y trataban de convencerla, como si realmente le estuviera dado participar de cuanto ocurría a su alrededor, como si Laura Rachello no se encontrara atrapada en una cápsula de tiempo que la mantenía confinada a un eterno pasado, a un limbo, un sitio intermedio que no era cielo ni tierra y en el que reinaba el azar benevolente, una instancia infantil que se interponía en el camino de la cruda realidad y se negaba a soltar a la progenitora de Celio en la libertad del aquí y ahora.

—¡MURIÓ!

Con estas palabras y una teatralidad copiada de la época dorada de las radionovelas, recibió Celio Rachello al hombre que desde hacía años les proveía a su santa madre, a las habitués de Eterna Belleza y a él, el artista del cabello, de revistas ilustradas y magazines de chimentos, pero que ahora estaba parado ahí de manos vacías. Consciente de que a la oportunidad la pintan calva, Celio aprovechó la suya para tirarse de cabeza en los brazos de Valentino, con el propósito de declararle la peor noticia posible desde la máxima proximidad. *In medias res*, como si no hiciera falta mencionar al muerto por su nombre, como si nadie supiera mejor que el peluquero de Ballester qué sentía el país en una circunstancia de semejante trascendencia histórica, como si de cara a sucesos tan dramáticos se hubiera quedado más o menos sin palabras no sólo el hijo de doña Laura sino la nación en su conjunto, Valentino Acuña vería reproducida la misma expresión que acababa de oír de boca de Celio a la mañana siguiente en la tapa de *Crónica*: en tipografía sobredimensionada, que para ilustrar el alcance de la catástrofe se expandía por toda la parte superior de la página, y con la misma concisión, que transmitía un atisbo de lo sencillamente inconcebible.

—Estoy desconsolado, Valentino —sollozó Celio, con tal de poner aun más de manifiesto su dolor.

Un día más tarde, la palabra DOLOR resplandecería en letra catástrofe en la tapa de *Noticias*.

—Me enteré recién. Un *shock* tremendo. —*Mamma* piensa igual.

—¡Ay, discúlpeme, doña Laura! No la saludé. Tengo la cabeza en cualquier lado. Se ve espléndida. Espero que ande bien. —Acorde a las circunstancias, *caro*. *Mamma* y yo habíamos despachado a la clientela y encendimos el

televisor cuando se metió esa mujer horrible para anunciarlo. Todavía no lo puedo creer. *Mamma* y yo no estuvimos esperando dieciocho años a que regresara para que al término de nueve meses nos abandone otra vez. —Y esta vuelta para siempre, Celio. Nadie podrá traerlo de donde está ahora. — Apenas un par de horas desde que nos dejó y acá ya nos sentimos desamparados. Disculpame.

Celio giró la cabeza y se sonó la nariz en un pañuelo perfumado que se había escondido en la manga. Luego echó una ojeada al espejo. Su nariz estaba enrojecida de tanto llorar, el delineador oscuro se le había corrido, enchastrándole los ojos.

—*¡Orribile! ¡Spaventoso!*

—No exageres.

—No me refiero a mí, sino a lo que nos espera. Como si estuviéramos en la película equivocada, a la cabeza del gobierno está una émula aspirante a Evita, un refrito cansado llamado María Estela Martínez. Únicamente tengo ganas de llorar.

—Hablando de películas, ¿podemos prender el televisor? Para ser sincero, fue por ese motivo que les caí de sopetón. Doña Laura, ¿nos permite?

—Claro, tesoro. También *mamma* quiere saber si va a ocurrir algo más. Pero te advierto: desde la aparición de la viuda sólo transmiten música de las esferas.

Celio puso el sillón *cocktail* en posición, acarició la mano de porcelana de su madre y se dirigió a la cómoda, en cuyos amplios cajones guardaba utensilios vitales como cepillos, ruleros, redes para pelo y hebillas. Arriba de la misma imperaba, sobre una carpetita bordada a mano, que al igual que la boa de plumas roja encima de la puerta del negocio servía secretamente de recolector de polvo, un pequeño Hitachi portátil. Tenía la antena floja y cada dos días había que acomodarla. Celio giró la perilla de encendido y comprobó decepcionado que en todos los canales seguían con la música clásica.

—Se pasan de rosca —dijo y optimizó el emplazamiento del sillón *cocktail*, para que doña Laura pudiera ver, sin dislocarse el cuello, la adormecedora señal de ajuste que hacía de fondo a los sonidos.

Inesperadamente sucedió algo. El sonido se fue diluyendo y quitaron la señal de ajuste, para suplantarla por el ministro de Bienestar Social. Tres segundos más tarde, su imagen era un confuso ruido lleno de rayas.

—*Porco cane* —se enfureció Celio y le dio al televisor un golpe fuerte, que restableció el semblante del ministro en blanco y negro.

Una estatuita de la virgen que se encontraba al lado del Hitachi cayó desde un metro y medio de altura al suelo. La figura de plástico era un prés-

tamo de Teresa Gianelli, la nieta de Berta Sanfratello, quien visitaba a doña Laura semanalmente para proveerla de huevos frescos.

—¡*Madonna santa*! ¡Lo que me faltaba! —chilló el peluquero histérico, acuclillándose para levantarla—. ¿Te fijaste, *mamma*? ¡Como si la *madonnina*, viendo lo crítico de la situación, hubiera cometido suicidio! Ahí tenemos la prueba, Valentino: los buenos se toman el buque.

—Con profundo pesar confirmo al pueblo argentino la infausta noticia del paso a la inmortalidad de nuestro líder nacional, el general Perón.

El ministro de Bienestar Social se había pronunciado y Celio resollaba de furia. Tras asegurarse de que la estatuilla hubiera salido ilesa, comenzó a gesticular exaltado.

—¡Qué cara más ladina! Ese hombre no me gusta nada, Valentino. ¿Por qué este Rasputín de las Pampas tiene que convalidarlo, después de que la viuda hizo pública la muerte de su marido? No hay tu tía: muerto es muerto. Como Pipino aquella vez Te acordás de Pipino *mamma* Pipino era nuestro pajarito en La BocaValentino un cantor de ensueño nuestro cabecita negra Tenía la testa la nuca y el cuello de un negro reluciente que contrastaba de manera encantadora con el amarillo del cuerpito Ni qué decir del tinte verde oliva y del peculiar dibujo de las alas *Mamma* compraba en el almacén una mezcla especial que guardábamos en una lata de polvo para hornear Una mañana...

Celio era de nuevo el de siempre. Sus lágrimas desgarradoras se habían secado y hablaba como lo había hecho toda su vida: hasta por los codos, sin punto ni coma. Ya se había olvidado del Brujo, el oscuro secretario privado de Perón en su exilio madrileño que ahora detrás de bambalinas y mediante un conjuro oculto («¡Faraón! ¡Faraón! ¡Fa-raón!») había intentado restituir al presidente muerto al reino de los vivos. Como la fórmula mágica no había surtido efecto, el nigromante había considerado necesario subrayar expresamente el fallecimiento del mandatario. Lejos de hacer público su fracaso como hechicero, López Rega le dio una vuelta de tuerca a su revés, rubricando la aparición de la recién enviudada en radio y televisión con la suya propia. Al dirigirse al pueblo como figura oficial de la esfera política, dejó en claro para aquellos que en este país sabían leer entre líneas: tras la defunción de Juan Domingo Perón, nadie que no fuera él le conferiría validez a las manifestaciones de su sucesora legal ✖

Traducción del alemán de Ariel Magnus.

La verdad en el interior

Nikos Chryssos

Todo empezó el día que vio el muñeco mecánico en la juguetería de la calle Reina Ulrike, o la vez que conoció al mimo del traje de papel de plata que paseaba por la plaza como una marioneta haciéndose pasar por un robot, o tal vez, de nuevo, la noche que escaló la ruina frente al cine de verano Ekran y vio las aventuras de Luke, de Han Solo y Citripio (éste fue el que más le impresionó), o tal vez cuando vio por primera vez desde el balcón de enfrente al soldado teledirigido en manos del chavalito gruñón, una pieza reluciente que avanzaba lentamente apuntando con su arma y disparando una luz roja que parpadeaba en el extremo del cañón. Sea como sea, uno de estos acontecimientos aparentemente trivial, o todos ellos juntos, o algún otro que se me escapa, fueron la causa o la razón (diferencia imperceptible en este caso) que llevó a Roby, que se llamaba Roberto y que se irritaba cuando le llamaban Robo (se preguntarán por qué) a actuar como actuó.

Por extraño que parezca, Robo o Robie o Roberto despreciaba a los robots. Detestaba por igual la baba del caracol, las judías crudas y el olor de las uvas agrias, pero, aunque no tenía explicación para las otras rarezas, desarrolló un sólido argumento para explicar su aversión, su furia, su odio hacia los tristes humanoides mecánicos, como él los llamaba.

Es cierto que varias personas en el pasado le habían asegurado que semejante obsesión no era para tanto, que habían visto algo parecido muchas veces antes, se lo habían asegurado con énfasis, pero luego, en su prisa por alejarse de él, dieron la impresión

(Atenas, Grecia, 1972). Éste es un relato breve incluido en su novela *Un nuevo día* (Ediciones Kastaniotis, 2018).

(con razón) de que corrían a esconderse, negando, de la forma más vulgar, cualquier esperanza de una vida normal. Desgraciada o afortunadamente, todos aquellos adelantados, babosos y donnadies (que no tenían ni idea de lo que estaba a punto de ocurrir) no pasaron por su vida sin pena ni gloria y, tal vez, un psiquiatra, un investigador privado o un sociólogo documentarían que así se originó su asco a la baba del caracol. Se trata de una suposición infundada y sin mucho peso, ya que sólo se derivó de lecturas fragmentarias de psicología, semiótica, fisonomía y, por supuesto, malacología, es decir, zoología de moluscos e incluso gasterópodos.

No me ocupo de estudiar una por una sus fobias al olor de las uvas agrias y a las judías crudas, aunque tema a estas últimas quien tiene un estómago frágil, o quien tiene una nariz sensible y se ve obligado a soportar sus tristes consecuencias en la misma habitación con el descerebrado que no las temió (un atrevimiento tan imprudente sólo puede conducir a consecuencias desastrosas).

Sin embargo, Robo nunca se sometió a un psicoanálisis, y ahora que lo pienso, si alguien le sugirió alguna vez la meditación como solución, quizás esa conversación fue el motivo de lo que vino después. Hay demonios dentro de nosotros. Mejor dejar el interior intacto (ese sería el mejor consejo).

Durante un tiempo trabajó como ayudante de relojero para un viejo delgado como un alambre. En el centro del taller había una gran caja rectangular con engranajes desordenados, manecillas, espirales, muelles y muchas otras piezas de relojes muertos. Poco a poco se acostumbró a la horripilante visión y aprendió a disfrutar del placer de volver a colocarlas en el cuerpo de una máquina del tiempo para repararla. El taller abría todos los días a las siete y cerraba a las tres; a las once, el artesano y su ayudante se tomaban el café durante diez minutos exactos y a las dos menos veinte se comían un bollo redondo (un cuarto de hora de descanso esta vez).

«Siempre he vivido así, bien sincronizado», le dijo el relojero a Roby una mañana, y sin duda esta conversación jugó su papel.

Relojero fue también Pierre Jacquet-Droz, que diseñó y construyó tres autómatas con forma humana en 1774. Se podría argumentar que estos elaborados muñecos mecánicos son los antepasados de los robots, pero Roby tenía otra opinión. No sé cómo

llegó esta información a sus oídos, pero durante algunos años estudió todos los autómatas conocidos de los siglos XVIII y XIX hasta que aprendió los mecanismos al dedillo. Aunque menos funcionales que los humanoides electrónicos modernos, estaban bien articulados, eran amables, encantadores e inaccesibles, en una palabra: dichosos.

Su carrera de relojero se vio bruscamente interrumpida; una mañana encontró al anciano tumbado boca abajo sobre la caja rectangular, desmadejado. Lejos de las horquillas y los engranajes no encontró forma de mantener sus manos ocupadas. Durante meses recogía relojes rotos de los contenedores y, a falta de las herramientas adecuadas para repararlos, se asentaron en silencio pesando sus bolsillos. Junto a un reloj de cuco muerto encontró un despertador roto, de esos que tienen campanas en la parte superior; agarró la aguja grande con dos dedos, la arrancó y se la clavó en la palma con un movimiento brusco. No sintió nada más que un ligero entumecimiento.

Entonces decidió averiguar si él mismo era un autómata elaborado o una lata industrial idéntica a otras miles, montada a toda prisa en una monótona cadena de producción. La verdad estaba en su interior.

No sé cómo ni por qué visitó aquel taller de hojalatero, ni cómo llegó al taller del cuchillero, pero se sentó en un rincón haciéndose el dormido, y el jefe de los taladros, no queriendo preocuparle, se colocó detrás del banco y acarició complacido las piedras de afilar (los artesanos suelen padecer obsesiones tan insignificantes). Cuando sus respiraciones se sincronizaron, Roby abrió los ojos, sacó una vieja navaja del bolsillo e imitó al desconocido que tenía enfrente. Habría sido una decepción acariciar aquella hoja desafilada que ni siquiera era capaz de rebañar un yogur. El experimentado ojo del jefe de los taladros diagnosticó inmediatamente el problema y se apresuró a afilar la inútil navaja. Luego arrastró la hoja recién afilada hasta la parte exterior de su dedo índice izquierdo y dejó una pequeña línea roja junto a una hilera de innumerables cicatrices similares. «No es nada, sólo un pequeño arañazo». Se rio y devolvió el cuchillo a su dueño. «Si es necesario me encontrarás en la unidad de desmontaje», añadió y salió de la habitación. Robert, sin poner la hoja en contacto con su piel, ensayó dos veces

un corte en su muñeca izquierda (esperaba encontrar diez pares de cuerdas metálicas debajo y no un montón de circuitos taiwaneses), pero inmediatamente cambió de opinión y consideró si un corte en el estómago o en el pecho tendría mejor resultado. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, pero se dio cuenta y lo neutralizó.

El aire desprendía un olor nauseabundo, algo entre un pedo de judías mal cocidas y un olor a uvas podridas, y un enjambre de caracoles (de la especie *Helix aspersa*, según me explicó un domador de caracoles poco después) que seguían órbitas circulares desordenadas cubrió la pantalla hasta que lo perdí de vista.

No vi si finalmente se abrió las venas o el torso, tal vez se arrepintió y salió de la cuchillería entero, pero sólo la sospecha de que tal pensamiento cruzó su mente es una triste historia ✖

Traducción del griego de Panagiota Papadopoulou.

Seis poemas de Direct Orient

Eleni Kefala

430 a. C.

Lo más hermoso que dejo es la luz del sol,
lo segundo las estrellas luminosas y el rostro de la luna,
y los melones maduros, las manzanas y las peras.
Práxila, *Himno a Adonis*

Forastero, si acaso vas a Sición,
diles que una niña
de once años meteca de su ciudad
que murió en la peste y fue enterrada
sin miramientos en el Cerámico
temía a Mormo y dormía
abrazada a su muñeca.
Se llamaba Mirtis diles
y que no alcanzó a comer de nuevo
el melón maduro de Sición
que tanto le gustaba.

430 π.X *// Κάλλιστον μὲν ἐγὼ λείπω φάος ἠελίοιο, / δεύτερον ἄστρα φαεινὰ σελη-ναίης τε πρόσωπον / ἠδὲ καὶ ὡραίους σικύους καὶ μῆλα καὶ ὄγχνας. // Το πιο όμορφο που αφήνω πίσω μου είναι το φως του ήλιου / το δεύτερο καλύτερο τα λαμπερά αστέρια και το πρόσωπο της σελήνης / κι επίσης τα ώριμα πεπόνια και τα μήλα και τα αχλάδια.* Πράξιλλα, «Ὕμνος εἰς Ἄδωνιν» / / Ξένε, αν τυχόν πας στη Σικυώνα / πες τους πως ένα κορίτσι / έντεκα χρονών μέτοικος από την πόλη τους / που πέθανε στον λοιμό και θάφτηκε / χωρίς φροντίδα στον Κεραμεικό

(Atenas, Grecia, 1975). Estos poemas son un adelanto del poemario *Direct One* (Perispomeni Publishing, 2023).

La casa

Cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla

Julio Cortázar, «Casa tomada»

Nos gustaba la casa
la vista del mar que se extendía ante nosotros
del castillo medio derruido en lo alto del peñasco
y de la catedral
al fondo del jardín.
También a los amigos que venían les gustaba la casa,
era pequeña pero cómoda.
Nadie sabía cuándo se construyó
el yeso de las paredes parecía haber absorbido
el sonar de los años transcurridos.
Por la mañana oíamos las barcas que pescaban langostas
con nasas.
Por la noche voces ebrias
traspasaban el yeso
a la vuelta de los bares. En primavera
la cocina brillaba con los fuegos artificiales
lanzados desde Castle Sands
a medianoche

/ φοβόταν τη Μορμώ κι είχε τα βράδια / αγκαλιά την κούκλα της. / Μύρτις ήταν το όνομά της να τους πεις / κι ότι δεν πρόλαβε να ξαναφάει / της Σικυώνας το ώριμο πεπόνι / που της άρεσε πολύ.

ΤΟ ΣΠΙΤΙ

Έκλεισα καλά την εξώπορτα κι έριξα το κλειδί στον υπόνομο. // Julio Cortázar, «Η κατάληψη του σπιτιού» // Μας άρεσε το σπίτι / η θέα της θάλασσας που απλώνονταν μπροστά μας / του μισογκρεμισμένου κάστρου πάνω στον βράχο / και του καθεδρικού / στο βάθος του κήπου. / Και στους φίλους που έρχονταν άρεσε το σπίτι / ήταν μικρό αλλά άνετο. / Κανείς δεν ήξερε πότε χτίστηκε / ο σοβάς στους τοίχους φαινόταν να είχε ρουφήξει / τον ήχο των χρόνων που πέρασαν. / Το πρωί ακούγαμε τις βάρκες που ψάρευαν με κιούρτους αστακούς. / Το βράδυ μεθυσμένες φωνές / διαπερνούσαν τον σοβά / καθώς γύριζαν απ' τα μπαρ. Την άνοιξη η κουζίνα έλαμπε με πυροτεχνήματα / που εκτοξεύονταν απ'

mientras que los veranos los ladrillos se llenaban
con murmullos de turistas y golfistas
posando ante las cámaras.
Todo el año
el rugido de los coches se fundía con el graznido de las gaviotas
y una vez a la semana con la alarma del camión de la basura
que se metía
marcha atrás en la calleja sin salida.
Los vecinos
estudiantes
casi todos
iban y venían.

Recuerdo el día en que ocurrió
oímos un zumbido sordo en uno de los cuartos.
Nos dijeron que evitáramos el contacto
en lo posible.
Primero se marcharon los vecinos
volaron precipitadamente a sus países.
Los amigos disminuyeron al principio
y luego desaparecieron.
Los días siguientes
el zumbido tomó el salón.
Nos molestaba. Teníamos que quedarnos encerrados en la casa.
Ni barcas
ni voces ebrias
ni fuegos artificiales, ni murmullos
el camión de la basura vino un par de veces

το Castle Sands / τα μεσάνυχτα / ενώ τα καλοκαίρια τα τούβλα γέμιζαν / με τα μουρμουρητά των τουριστών και των γκόλφερ / που πόζαραν στις κάμερες. / Όλο τον χρόνο / το μουγκρητό των αυτοκινήτων γινόταν ένα με το κρώξιμο των γλάρων / και μια φορά τη βδομάδα με το αλάρμ του σκουπιδιάρικου /που στριμωχνόταν / με την όπισθεν στο αδιέξοδο. / Οι γείτονες / φοιτητές / οι πιο πολλοί / πηγαινοέρχονταν. // Θυμάμαι τη μέρα που συνέβη / ακούσαμε ένα υπόκωφο βουητό στο ένα απ' τα δωμάτια. / Μας είπαν να αποφύγουμε την επαφή / όσο γίνεται. / Πρώτοι έφυγαν οι γείτονες / πέταξαν βιαστικά

después no volvió. Lo mismo que los coches.
Sólo las gaviotas hambrientas y el zumbido
rompían el silencio.
Empezamos a hablar y a cantar a voces
palmoteábamos para hacer ruido en la casa
pero día tras día el silencio aumentaba.
Ya no nos molestaba el zumbido.

Cada dos semanas veíamos al invasor
dejar cosas en el umbral
había que andar con cuidado —saludábamos desde la ventana—.
Al cabo del mes
las gaviotas
eran lo único que había entre nosotros

y el silencio.
Todos los días mirábamos el mundo exterior con esperanza
y desespero.
Incluso las gaviotas se habían marchado ya.
Los últimos días

για τις χώρες τους. / Οι φίλοι στην αρχή αραίωσαν / έπειτα χάθηκαν. Τις επόμενες μέρες / το βουητό κατέλαβε το σαλόνι. / Μας ενοχλούσε. Έπρεπε να μείνουμε έγκλειστοι στο σπίτι. / Ούτε βάρκες / ούτε μεθυσμένες φωνές / ούτε πυροτεχνήματα, ούτε μουρμουρητά / το σκουπιδιάρικο ήρθε μια δυο φορές // ύστερα σταμάτησε. Το ίδιο και τα αυτοκίνητα. / Μόνο οι πεινασμένοι γλάροι και το βουητό / έσπαγαν τη σιωπή. / Αρχίσαμε να μιλάμε και να τραγουδάμε δυνατά / χτυπούσαμε τα χέρια να κάνουμε θόρυβο στο σπίτι / μα μέρα με τη μέρα η σιωπή δυνάμωνε. / Το βουητό δεν μας ενοχλούσε πια. // Κάθε δυο βδομάδες βλέπαμε τον εισβολέα / να αφήνει πράγματα στο κατώφλι / έπρεπε να είμαστε προσεχτικοί – κουνούσαμε τα χέρια απ' το παράθυρο. / Στον μήνα / οι γλάροι / ήταν το μόνο που υπήρχε ανάμεσα σ' εμάς// και τη σιωπή. / Κάθε μέρα κοιτάζαμε τον έξω κόσμο με ελπίδα / και απόγνωση. / Ακόμα και οι γλάροι είχαν φύγει τώρα. / Τις τελευταίες μέρες // καθίσαμε μπροστά στην πόρτα / περιμένοντας με / αγωνία / τον εισβολέα. / Δεν ήρθε. Ήταν // η μόνη μας ελπίδα. / Η σιωπή / είχε καταλάβει το σπίτι. Κλειδώσαμε // καλά την πόρτα, αφήσαμε / το κλειδί να πέσει στον υπόνομο και φύγαμε // τρέχοντας.

nos sentamos delante de la puerta
esperando con angustia
al invasor.
No vino. Era

nuestra única esperanza.
El silencio
había tomado la casa. Cerramos

bien la puerta, tiramos
la llave a la alcantarilla y nos fuimos

corriendo.

Blemios

Los blemios habitan el desierto. Según tengan los ojos en el pecho o en la espalda ven el futuro o el pasado. Los que miran hacia delante vislumbran el desierto. Los que miran hacia atrás atisban un río en el desierto. Ninguno de ellos puede ver el presente sin cambiar de postura pues son acéfalos. Hay quien los llama bárbaros,

ΒΛΕΜΜΥΕΣ

Οι Βλέμμυες κατοικούν στην έρημο. Ανάλογα αν έχουν τα μάτια στο στέρνο ή στην πλάτη αντικρίζουν το μέλλον ή το παρελθόν. Όσοι κοιτάζουν μπροστά βλέπουν την έρημο. Όσοι βλέπουν πίσω αντικρίζουν ένα ποτάμι μέσα στην έρημο. Κανείς τους δεν μπορεί να δει το παρόν χωρίς να αλλάξει στάση γιατί είναι ακέφαλοι. Κάποιοι τους λένε βάρβαρους, άλλοι ανθρωποειδή, κάποιοι άλλοι τέρατα. Κι όμως μιλούν όπως εμείς, ζουν όπως εμείς, σκέφτονται όπως κι εμείς. Στο παρελθόν υπήρξαν νομάδες, πολεμιστές, γεωργοί και κτηνοτρόφοι στη Νουβία, την Ινδία, την Αμερική. Σήμερα ζουν ανάμεσά μας. Η έρημος μεγαλώνει γύρω τους μέρα με τη μέρα. Μέρα με τη μέρα νοσταλγούν το νερό όλο και πιο πολύ. Αυτοί που βλέπουν το μέλλον κάθε τόσο κλείνουν τα μάτια

antropoides también, o monstruos. Y sin embargo hablan como nosotros, viven como nosotros, piensan como nosotros. En el pasado fueron nómadas, guerreros, agricultores y ganaderos en Nubia, en la India, en América. Hoy viven entre nosotros. Día a día el desierto crece en torno a ellos. Día a día añoran el agua más y más. Los que ven el futuro cierran los ojos cada tanto y se imaginan un río de aguas cristalinas. Pero la imagen no dura mucho, porque lo único que oyen es el aire que ruge en el desierto como a través de ventanas rotas en una tormenta.

Las fronteras

En casa teníamos dos higueras
una daba higos verdosos la otra morados
árboles fronterizos
uno de sus lados no lo vimos
nunca. Enfrente
había un campo de espigas
entrado ya el otoño

και φαντάζονται ένα ποτάμι με γάργαρα νερά. Όμως η εικόνα δεν κρατά πολύ, γιατί το μόνο που ακούν είναι τον αέρα να βουίζει στην έρημο σαν μέσα από σπασμένα παράθυρα σε καταιγίδα.

ΤΑ ΣΥΝΟΡΑ

Στο σπίτι είχαμε δυο συκιές / μια λαϊτζειανή και μια βαζανάτη / ακριτικά δέντρα / τη μια μεριά τους δεν την είδαμε / ποτέ. Απέναντι / ήταν ένα χωράφι με σπαρτά / αργά το φθινόπωρο / έρχονταν με τρακτέρ / να το οργώσουν / ύστερα έβαζαν τη σπαρτική / τον Ιούνη έφερναν μια πράσινη αλωνιστική / και το θέριζαν. / Εξαιτίας τους / δεν μας άφηναν να πλησιάζουμε τις συκιές / παρά μόνο τον Αύγουστο. / Τότε πατούσαμε μες στα ξερόχορτα / ανεβαίναμε στον κορμό / να κόψουμε

venían con tractores
y lo labraban
después metían la sembradora
en junio traían una trilladora verde
y lo segaban. Por su culpa
no nos dejaban acercarnos a las higueras
hasta agosto.
Entonces pisábamos la hierba seca
nos subíamos al tronco
a arrancar higos
y luego nos rascábamos un buen rato
mejillas brazos y piernas
hasta que la piel enrojecía.

Por los campos aledaños correteábamos
en invierno y en verano.
En cuanto cumplí catorce
cargábamos el viejo Hillman
y nos íbamos Procopis
Sotirula y yo a la «cuesta»
en el erial
a pocos metros de la casa
de picnic a pleno sol
mientras nuestra madre dormía.
Más tarde
descubrimos un invernadero de claveles
a un kilómetro más o menos
íbamos en bicicleta
al caer la tarde
a robar flores desechadas
hasta que se enteraron en casa

σύκα / κι έπειτα ξύναμε για ώρα / μάγουλα χέρια πόδια / ώσπου να κοκκινίσει το δέρμα. // Στα γύρω χωράφια τρέχαμε / χειμώνα καλοκαίρι. / Μόλις πάτησα τα δεκατέσσερα / φορτώναμε διάφορα σε ένα παλιό Hillman / και πηγαίναμε με τον Προκόπη / και τη / Σωτηρούλα στην «ανηφόρα» / μέσα στ' ακάμωτα / λίγα μέτρα απ' το σπίτι / να κάνουμε πικ νικ μες στο λιοπύρι / όσο η μάνα μας κοιμόταν. / Αργότερα / ανακαλύψαμε ένα θερμοκήπιο με γαρύφαλλα / κάπου ένα χιλιόμετρο / πηγαίναμε με τα ποδήλατα / αργά το απόγευμα / να κλέψουμε σκάρτα λουλούδια / μέχρι που το μάθαν οι δικοί μας / και ξεκόψαμε. / Τα σύνορά μας κάθε μέρα / μεγάλωναν / μα πίσω απ' τις συκιές δεν πήγαμε ποτέ. / Κάποια χρόνια πριν / ο Προ-

y lo dejamos.
Nuestras fronteras cada día
se ensanchaban
pero detrás de las higueras nunca fuimos.
Unos años antes
Procopis
aún no estaba en primaria
se había hecho con una caja de cerillas
y prendió fuego a las hierbas secas
para limpiar el terreno.
Era verano
y llegaron los bomberos
y lo apagaron
y quedaron las higueras
custodiando las fronteras.

Nuestra madre murió
yo me fui a estudiar
Procopis y papá
a otro pueblo
la casa la alquilamos.
La veía alguna vez al pasar
por la carretera
dos o tres veces al curso.
No quise acercarme
hasta que pasaron muchos años
y entonces vi que habían quitado las higueras
habían levantado una tapia en su lugar. Detrás
brotaron villas
que compraron
ingleses jubilados.

κόπης / δημοτικό δεν ήταν ακόμη / είχε πάρει ένα κουτί σπίρτα κι έβαλε φωτιά στα ξερόχορτα / να καθαρίσει ο τόπος. / Ήταν καλοκαίρι / ήρθε η πυροσβεστική / την έσβησε κι έμειναν οι συκιές / να κρατούν τα σύνορα. // Η μάνα μας πέθανε / στον χρόνο έφυγα για σπουδές / ο Προκόπης με τον πατέρα / σ' άλλο χωριό / το σπίτι το νοικιάσαμε. / Το έβλεπα καμιά φορά καθώς περνούσα απ' τον δρόμο / δυο-τρεις φορές τον χρόνο. / Κοντά δεν θέλησα να πάω / μέχρι που πέρασαν χρόνια πολλά και τότε είδα που έβγαλαν τις συκιές / στη θέση τους είχαν υψώσει φράχτη. Πίσω του / φύτρωσαν επαύλεις που αγόρασαν / Άγγλοι συνταξιούχοι.

Las hijas de Pléyone

a Rosario Castellanos

Lo alimentaron palomas al abrigo de la gruta divina
llevándole ambrosía desde las corrientes del Océano.
Moiró, *Mnemósine* (trad. de Aurora Luque)

No es la solución, Moiró,
convertirnos en estrellas
ni criar alas y volar
como palomas asustadas
para huir
del Orión de turno
o alimentar en la gruta divina
a los pequeños Zeus con ambrosía.
Tenemos que encontrar
otro modo de ser
dentro
y fuera
del mito.

ΟΙ ΚΟΡΕΣ ΤΗΣ ΠΛΕΙΟΝΗΣ

στη Rosario Castellanos / Τὸν μὲν ἄρα τρήρωνες ὑπὸ ζαθέῳ τράφον ἄντρῳ / ἀμβροσίην φορέουσαι ἀπ᾽ Ὠκεανοῖο ῥοάων. // Μες στο ιερό το άντρο τον ταΐζανε τα περιστέρια / φέρνοντας απ᾽ του Ωκεανού τα ρεύματα αμβροσία. // Μοιρώ, «Μνημοσύνη» // Δεν είναι λύση, Μοιρώ, / να γινόμαστε αστέρια / ούτε να φυτρώνουμε φτερά και να πετάμε / φοβισμένα περιστέρια / για να ξεφύγουμε / απ᾽ τον κάθε Ωρίωνα / ή να ταΐσουμε μες στο θεϊκό άντρο / τους μικρούς Δίες αμβροσία. / Πρέπει να βρούμε / άλλο τρόπο να υπάρχουμε / μέσα / και έξω / απ᾽ τον μύθο.

Luz

a Adam Zagajewski

Ni la muerte
ni las sombras
ni la desesperación
ni el dolor
ni la violencia
ni el tiempo
ese implacable compañero
pueden mermar
la paciencia infinita
de la luz.

Versiones del griego de Ioanna Nicolaidou
y Vicente Fernández González.

ΦΩΣ

στον Adam Zagajewski // Ούτε ο θάνατος / ούτε οι σκιές / ούτε η απόγνωση / ούτε ο πόνος / ούτε η βία / ούτε ο χρόνος / αυτός ο αμείλικτος σύντροφος / δεν μπορούν να λιγοστέψουν / την απέραντη υπομονή / του φωτός.

Cómo alimentar a un dictador. *Sadam Husein, Idi Amin, Enver Hoxha, Fidel Castro y Pol Pot a través de los ojos de sus cocineros*

[fragmento]

Witold Szabłowski

(Ostrów Mazowiecka, Polonia, 1980). Éste es un fragmento de su libro *Cómo alimentar a un dictador* (Anaya Multimedia, 2021).

Su restaurante se llama Mamá Inés y se encuentra en un edificio colonial renovado con gusto. Erasmo Hernández, que es como se llama el excocinero de Fidel, lleva la camisa abierta y gafas con una montura roja de moda; cuando llegamos está tomando café delante del edificio. No sé si tendría ganas de hablar con nosotros, pero antes de que pueda darse cuenta, Jorge lo seduce con su encanto, descubre a más de una decena de amigos comunes, incluidos algunos parientes lejanos, y al cabo de un rato están charlando como si no existiera entre ellos una diferencia de cincuenta años y como si hubieran terminado la escuela gastronómica el mismo año y juntos hubieran celebrado con ron barato en el Malecón los exámenes aprobados. La conversación fue lo suficientemente bien como para que al día siguiente Jorge le pidiera a su jefe unos días libres y empezara a acompañarme todos los días a mis encuentros con Erasmo. Así que por las mañanas conversábamos con el excocinero y por las tardes Jorge me buscaba a otras personas que pudieran decirme algo sobre Fidel o sobre la cocina cubana.

Erasmo

Me preguntas por lo de cocinar. Era algo que me atraía desde el principio, seguramente porque antes trabajé en un restaurante. En nuestro pelotón había un verdadero cocinero; se llamaba Castañeda. Yo, siempre que tenía un momento, iba a verlo y le preguntaba cómo hacía diferentes platos. Castañeda había trabajado antes en un restaurante muy caro; se unió a la Revolución porque uno de los hombres del dictador Batista se la tenía jurada. Comíamos lo que había, sobre todo *ajiaco, una sopa muy popular en Cuba, todos saben hacerla. Castañeda y yo la preparábamos casi todos los días. Necesitas unas salchichas, beicon, pollo o cabeza de cerdo, cualquier cosa con la que se pueda hacer un caldo. Cuando ya tienes el caldo, echas frijoles, maíz, patatas, salchicha, arroz, tomates, todo lo que tengas a mano. Puedes añadir también pescado o marisco, pero en la sierra muy raras veces teníamos pescado, y de la langosta o las gambas mejor olvidarse. Lo echas todo a la olla y dejas que se haga a fuego lento una media hora.*

Es una sopa riquísima y, además, alimenta un montón, por eso era ideal para los soldados.

El Che comía lo mismo que todo el mundo. Nunca hacía ascos a la comida, y eso que era de una familia rica y había tenido tiempo de acostumbrarse a la buena cocina. Castañeda seguramente habría sabido hacerle algún plato de su tierra, pero era impensable que el Che comiera algo distinto a lo que comían los soldados rasos.

...cuando por primera vez me encontré delante de la puerta del Comandante, llevaba un saco de leña a las espaldas, tuve que agacharme para pasar, y pensé cómo tendría que agacharse el Comandante, que era bastante más alto que yo, y cuando se abrió la puerta vi que estaba allí él, Fidel Castro, en pijama...

Lo único que lo distinguía de los demás era su amor por los frijoles negros. Era capaz de comerse un plato grande de una sentada.

Finalmente, al cabo de unas semanas, partimos en dirección a Santa Clara. Participé en todos los combates importantes de esa campaña. Luché en la batalla de Caibarién, estuve también en Camajuaní, donde los soldados de Batista se dieron a la fuga sin pegar un tiro.

Mi ciudad natal cayó al día siguiente. Sucedió tan rápido que algunos camaradas sospechaban que se trataba de una trampa. Pero no había ninguna trampa, el camino hacia La Habana estaba abierto. Batista lo sabía perfectamente porque doce horas más tarde huyó a los Estados Unidos. Estaban pasando tantas cosas que ni siquiera me dio tiempo de ir a ver a mis padres.

Después de la batalla de Santa Clara, Rogelio Acevedo fue ascendido a capitán y Enrique a teniente. Fuimos todos a La Habana. Yo también tuve mi recompensa: a petición del Che pasé a formar parte de su guardia personal.

Pero no estuve mucho tiempo trabajando para él. ¿Quieres saber cómo llegué a Fidel? Aguarda un momento, ese marlín no puede esperar más. Quédate aquí tranquilo, ahora le pido a un camarero que te traiga más café.

Así pasan los días. Por las mañanas, tomamos café, charlamos, a veces cocino con Erasmo y poco a poco nos vamos haciendo amigos. Por las tardes, nos vemos con compañeros de la escuela de Jorge.

Hasta que un día Jorge se presenta con algo realmente extraordinario. Se ha enterado de la existencia de otro cocinero de Fidel, Flores. Éste no ha abierto restaurante propio ni ha sabido salir adelante después de jubilarse. Pasa sus días en completa soledad y vive en extrema pobreza.

Sólo hay un problema: ese Flores ha perdido el juicio.

—¿Quieres conocerlo? —pregunta Jorge—. No sé si nos va a decir algo.

Quiero.

Así que vamos en un taxi desvencijado a las afueras de la ciudad, detrás de la marina de la que zarpaba Ernest Hemingway para pescar marlines. Encontramos a Flores en una casa medio en ruinas, en la que el revocado de unas paredes enmohecidas se cae a pedazos, cucarachas del tamaño de un pulgar corretean por la cocina y por todo mobiliario hay dos sillones viejos, una mesa a la que le falta una pata y un televisor que dejó de funcionar hace muchos años.

Flores es incapaz de acabar de contar su historia, ni siquiera es capaz de contar hasta diez. Empieza un tema, pierde el hilo, empieza otro tema, se vuelve a perder. La única constante de todos sus recuerdos es su gran amor a Fidel. Y el miedo. El miedo a que vengan. ¿Quién? ¿Para qué? ¿Por qué? Eso no lo quiere decir.

El trayecto entre el restaurante de Erasmo y el lugar en el que vive Flores es un salto entre dos Cubas. La Cuba de Erasmo lleva monturas de gafas de colores, viste ropa de moda, gana dinero y sueña con ganar aún más.

La Cuba de Flores sueña con tener algo que llevarse a la boca. Y que no se acaben los cigarrillos. O al menos las colillas.

Flores

¿Qué quieres saber? ¿Mi madre? Te cuento...

—Mi madre.

...mi madre era lavandera, mi padre tenía más dinero que ella, su familia nunca habría aceptado esa boda. Mi abuelo les vendía caña de azúcar a los americanos, ganaba mucho dinero, así que cuando resultó que mi padre quería casarse con una muchacha sencilla, modesta, sin ajuar, el abuelo montó en cólera, empezó a gritar, pero has de saber que mi padre era muy terco, por otro lado, cuando...

...cuando un día estaba yo sentado en un árbol al que había trepado para recoger unos mangos... cuando ya tenía cogido uno —era un fruto especialmente bonito— y estaba pensando en cómo bajar para no dañarlo, abajo aparecieron unos carros militares...

...los carros se detuvieron junto al árbol, yo tenía unos quince años, era un mocoso, un adolescente, y de uno de los carros bajó un hombre barbudo, con uniforme color aceituna, armado, y me preguntó cómo me llamaba. «Flores, señor —dije—, me llamo Flores», y él me dijo que tenía un mango muy bonito, suspendió la voz, y yo sabía que si quisieran, me quitarían aquel mango y que yo no lograría escapar de ellos, además, ¿cómo

demonios podía escapar de un grupo de guerrilleros armados? Así que dije rápidamente: «Se lo regalo con mucho gusto», y bajé del árbol, y él sonrió, tomó el mango de mis manos y dijo: «No me lo regalas a mí, se lo regalas a la Revolución», y preguntó: «¿Flores, tú sabes leer y escribir, chiquillo?», «No, señor, no sé», y él dijo: «Nosotros queremos cambiar Cuba para que puedas ir al colegio, aprendas a leer y a escribir y quizás, en el futuro, seas médico o ministro», y a mí me gustó mucho aquello y dije en voz alta que no era mala idea, y los escoltas de aquel hombre me sonreían con simpatía y, en cambio, cuando...

...cuando por primera vez me encontré delante de la puerta del Comandante, llevaba un saco de leña a las espaldas, tuve que agacharme para pasar, y pensé cómo tendría que agacharse el Comandante, que era bastante más alto que yo, y cuando se abrió la puerta vi que estaba allí él, Fidel Castro, en pijama, «Ten cuidado con la cabeza», se rio y me encasquetó la gorra hasta las orejas, «Sí, comandante, tendré cuidado», dije, tiré la leña junto al fuego y me puse a preparar la comida, ese día tenía que hacer pavo asado, y él encendió un puro y estuvo mirándome, sentía curiosidad por ver cómo me las apañaría con el pavo, pero...

...pero me preocupa y me intriga, querido, ¿por qué los americanos han empezado a venir a Cuba justo ahora?, ¿por qué aterrizan aquí sus aviones y calan aquí sus barcos?, ¿por qué lo aceptamos si todos, todo el mundo sabe que esto es como en el béisbol, todo depende de quién lance la pelota primero?, ¿por qué dejamos que sean ellos los primeros en lanzar la pelota?, ¿por qué permitimos que ganen ese partido antes incluso de que haya empezado de verdad?

Es todo lo que puedo decir.

No puedo decir más. No puedo porque vendrán por mí. No me gustaría que vinieran por mí.

Ubre Blanca

El padre de mi amigo Miguel vio a Fidel varias veces y en más de una ocasión comió en su casa.

—Si mi padre estuviera vivo, te contaría historias curiosas —cabecea Miguel—. Decía, por ejemplo, que en esos banquetes Fidel no comía casi nada y que, en cambio, no paraba de hablar. Y que lo que más le gustaba eran la leche y los quesos. Una vez consiguió criar una vaca recordista y quería que todos los miembros del partido fueran a la granja a verla. Mi padre también fue, aunque aquello de que todo el mundo perdiera el tiempo contem-

Es cierto que Fidel adoraba las vacas y los productos lácteos, desde la leche fresca, pasando por los quesos, hasta los helados. En su opinión, los cubanos, para ser de un país donde miles de vacas eran convertidas en filetes, consumían pocos lácteos.

plando una vaca en lugar de trabajar le parecía un poco absurdo.

La vaca en cuestión fue en su día uno de los símbolos de la Revolución cubana. Era muy mansa y tenía unas ubres grandes y henchidas. De ahí su nombre: Ubre Blanca. En Cuba se cantaban canciones y se escribían poemas sobre ella, y el diario *Granma* —equivalente del *Pravda* soviético— llamado así en honor al célebre yate, relataba al detalle cuántos litros de leche daba la vaca cada día. Un cuarto de siglo más tarde, el director Enrique Colina rodó un documental sobre la vaca.[1] «Había veces que no quería comer pasto estrella, había que buscarle bermuda, naranjas o toronjas» —decía uno de los empleados de la granja. —Tenía una ubre enorme. Producía más de cien litros de leche cada día —añadía otro.

1. Enrique Colina, *La vaca de mármol*, Cuba-Francia, 2013.

Cien litros. Cuatro veces más que una vaca media.

Es cierto que Fidel adoraba las vacas y los productos lácteos, desde la leche fresca, pasando por los quesos, hasta los helados. En su opinión, los cubanos, para ser de un país donde miles de vacas eran convertidas en filetes, consumían pocos lácteos. Antes de la Revolución, la leche fresca o el yogur sólo se podían comprar en las ciudades grandes; en los pueblos no se solían tomar, ni tampoco se hacían quesos. Enseñar a la gente que todos esos productos eran sanos y nutritivos fue para el Comandante un objetivo casi igual de importante que la Revolución.

O, dicho de otra manera, era un nuevo frente de la Revolución, la Revolución en la Cocina.

La raza resultante del cruce entre las vacas lecheras Holstein y las Cebú —invento personal de Fidel— se iba a llamar Holstein Tropical. Castro, siempre que podía, viajaba a las granjas y —cómo no— instruía a los científicos que trabajaban allí sobre cómo alimentar, cómo tratar y cómo ordeñar a las vacas. Les enseñaba incluso cómo inseminarlas. Sin embargo, los resultados de los primeros años de cría fueron muy pobres.

Hasta que llegó ella. Ubre Blanca.

—Parece ser que Fidel se fijó en ella cuando era aún una ternera —dice Miguel— . Mi padre me contó que ya entonces le llamó la atención por su ubre. Ordenó que la observaran y desde entonces no dejó de preguntar por ella. Como uno de los apodos de Fidel, ya antes, era *El Toro*, su amor a las vacas dio origen a más de una carcajada entre sus camaradas de La Habana.

Cuando resultó que Ubre Blanca realmente tenía dotes para convertirse en una vaca plusmarquista, se creó un equipo de más de una decena de personas cuyo único cometido era hacerse cargo de ella. Le daban un pasto especial. Le ponían música clásica para que estuviera relajada durante los cuatro ordeños diarios.

Poco después, Ubre Blanca empezó a batir todos los récords. Llegó a entrar incluso en el *Libro Guinness de los Récords* como la vaca qué más leche producía en el mundo. El récord anterior pertenecía a una vaca estadounidense, lo que le daba un sabor especial a aquel combate lechero.

—Fidel no se cansaba de hablar de ella —recuerda Erasmo Hernández—. Decía: «Cinco mil vacas como ella bastarían para suministrar leche a toda Cuba».

A Ubre Blanca se le dispensaban unos cuidados que hasta entonces estaban reservados exclusivamente a los dignatarios más importantes del partido. Un grupo de soldados la vigilaba las veinticuatro horas. Tenía también sus propios catadores: la hierba o la fruta destinada para su consumo se les daba primero a otros animales antes de que llegaran a ella.

A los científicos se les ordenó que se ocuparan de su reproducción, pero ninguna de sus hijas consiguió alcanzar la capacidad de producción lechera de la madre. Ubre Blanca, a su vez, debió de sentir la gran responsabilidad que recaía sobre ella y empezó a enfermar; tras el tercer parto se puso muy grave. Dejó también de producir cantidades récord de leche. ¿Sobre qué iba a informar ahora *Granma* después de haber acostumbrado a sus lectores a publicar informes de los ordeños de la heroica vaca? La gente quería que rebosara salud y siguiera batiendo récords. Una Ubre Blanca que produjera menos leche no era de ayuda a la Revolución. Peor aún. Una Ubre Blanca que no produjera leche podía servir a los imperialistas como prueba de que la Revolución se había estancado. Cuba no necesitaba a una Ubre Blanca enferma. En 1985 Fidel tomó personalmente la decisión de sacrificarla.

Erasmo

Preguntas qué comía Fidel aparte de los lácteos. Bueno, comía poca carne, en cambio, le encantaban los vegetales, cualquier clase de vegetales. Si comía carne, era preferentemente cordero con miel o en leche de coco. ¿Cómo se hace? *A la carne de cordero le añades cebolla, ajo, frijoles, un poco de pimienta negra, una hoja de laurel, lo cubres todo con vino. Da igual qué vino, pero preferentemente blanco. Puedes echar también una copa de coñac. Lo tienes media hora en el fuego.*

Después, calientas la demi-glace. *Durante la cocción hay que añadir una pizca de nuez moscada. Cuando la carne está hecha, cuelas la salsa y añades leche de coco. Al final, condimentas el plato con sal y culantro.*

Le gustaba también el lechón asado, ya sabes, un cochinillo que sólo se ha alimentado de leche materna. *Al cochinillo le sacas las vísceras, pero dejas la piel, la cabeza y el rabito. Después, lo dejas veinticuatro horas marinándose en mojo criollo: al jugo de naranja recién exprimido le añades un poco de aceite de oliva, perejil, ajo machacado y, naturalmente, salsa* demi-glace. *La carne la aplastas con una parrilla especial para que se ase bien por cada lado y la empapas de salsa.*

Durante la primera hora la asas a 150º; la segunda hora, a 180º. Después abres el horno y untas la piel del cochinillo con manteca para que se dore bien. A Fidel le gustaba ese plato con plátanos asados.

Erasmo

A veces vienen aquí americanos; se han enterado de que es el restaurante del cocinero de Fidel Castro y me hacen un montón de preguntas. Preguntan qué solía comer y si no me da vergüenza haber cocinado para él. Pero se trata de secretos de Estado, no voy a contárselos al primero que entre por la puerta... Contigo es distinto, tú eres un amigo de Polonia. Un polaco puede comprender mejor a un cubano que un estadounidense; estuvimos muchos años en el mismo bloque. Y no tengo de qué avergonzarme.

Nadie ha hecho tantas cosas buenas por Cuba como Fidel.

Los americanos son terriblemente provocadores, pero los peores son los cubanos que huyeron, se instalaron en los Estados Unidos y vienen ahora a visitar su vieja patria. Dios te libre de caer en las manos de uno de ésos. Yo, antes, discutía con ellos, pero hoy me escondo en la cocina y ya está. Todo lo que querrían reprocharle a Fidel, me lo reprochan a mí. ¿Cuánto tiempo puede oír uno esas cosas? «Antes era como era, y ahora es distinto», les decía cuando todavía hablaba con ellos. «Antes no podías venir y ahora puedes. Todos tomamos nuestras decisiones en la vida y todos pagamos por ellas». Y añadía: «¿Qué pasa si en los Estados Unidos te da un ataque al corazón en medio de la

calle? Antes de auxiliarte te preguntan si tienes pagado el seguro. Si no tienes seguro, pueden dejarte tirado en el suelo. Y aquí atienden a todo el mundo».

¿Que si se enteran de algo de lo que les digo? Lo dudo.

A Fidel se le podía criticar por muchas cosas, pero en lo que hacía no había ningún engaño. «¿Expropió la tierra?», les preguntaba siempre. «A su familia también se la expropió. ¿Los obligó a que se fueran? No, no los obligó. Dijo que si se querían marchar, allá ustedes, porque él estaba construyendo un país en el que no iban a cenar langosta todos los días».

¿Qué dices, Witold? ¿Que ahora en mi restaurante todas las noches sirvo langosta para cenar? Anda, anda, mejor quédate callado. Ven a la cocina. Vamos a preparar algo más. Ponte el delantal, agarra el cuchillo.

Te diré una cosa en secreto. Fidel se jubiló, pero varias veces me llamó para que fuera. Quería que le hiciera sopa de vegetales. No hay nada como sopa de vegetales para ver si alguien es buen cocinero o no. Puedes usar las mismas verduras, en las mismas proporciones, rehogar la cebolla el mismo tiempo, preparar el fondo con el mismo pollo y la misma vaca. Y resulta que a mí me salía una sopa y Fidel pedía más, y si la hacía otro, se quejaba. Un buen cocinero debe tener algo en las manos, un don especial que hace que su comida salga más rica. Fidel me decía: «No sé cómo la haces, pero tu sopa es la que más me gusta».

¿La receta? Perdona, pero ya te he contado demasiadas cosas. La receta de la sopa de vegetales de Erasmo me la llevaré a la tumba, como hizo la madre de Fidel con su receta de la paella.

Pero podemos hacer juntos un ceviche. ¿Quieres?

Coges un pescado bien fresco. Cualquier pescado de carne blanca. Lo fileteas y lo picas en daditos chiquitos. Lo maceras con jugo de limón, un poquito de oliva, sal, pimienta, cebolla. La cebolla hay que hervirla para quitarle el sabor y el olor ese fuerte que tiene. Agregas también un diente de ajo bien majadito, un chile troceadito, lo dejas quince minutos en la nevera y ya listo para comer.

Flores

...¿Qué dices?...

...Repite...

...Aaah....

¿Dices que me parezco al Comandante? ¿A Fidel Castro? Gracias por decirme eso, déjame que te estreche la mano, o mejor choca los cinco. Es

cierto, mucha gente me dice eso y siempre me alegro muchísimo, ya me parecía a él cuando era joven, el propio Comandante, cuando está de buen humor, me dice a veces: «Flores, te pareces tanto a mí, ¿por qué no te pones mi uniforme y me sustituyes unos días y yo mientras tanto descanso?», pero yo le contesto siempre: «No, Comandante, es imposible, nadie puede sustituir a Fidel» y él siempre está contento con mi respuesta, así que...

...así que ya ves, se me acabó el dinero, tuve que pedirle a la vecina que me diera un cigarrito; me dio dos, es una buena vecina, a veces me da también comida, mira lo que tengo en la olla, arroz con pollo, me lo dio ella, si quieres, coge la cuchara y come, mis cartillas de racionamiento también las tiene ella, le digo: «Coge lo que quieras, sal, frijoles, pollo, si necesito algo, ya me lo darás tú», pero sé que me da más de lo que hay en esas cartillas, los cubanos son buena gente, comparten lo que tienen...

...y si no comparten, ¿qué le vamos a hacer? Una vez el Che fue a visitar una fábrica, el director lo invitó a su oficina y le dijo: «¿Le apetece cerveza fría, comandante?». En aquella época era realmente difícil conseguir cerveza, y el Che le preguntó: «¿Para mí tienes cerveza y para mis compañeros no?», y el director le contestó: «Tengo poca cerveza, pero puedo ofrecerles agua fría». ¿Y sabes qué?, inmediatamente dejó de ser director, el Che le dijo: «¿Qué clase de comunista eres si sólo tienes cerveza para mí?»...

...es todo lo que puedo decir...

...créeme, no puedo decir más. Preferiría que ellos no vinieran...

...aunque espera, te diré una cosa más, te diré que Fidel adora los helados, puede comer quince bolas a la vez, incluso veinte, siempre quiso que cualquier cubano pudiera comprar helados todos los días, que pudiera ir a Coppelia[2] y que tuvieran allí más sabores que en cualquier heladería de los Estados Unidos; mandó a hacer helados de leche de cabra, de leche de burra, incluso de leche de hembras de bisonte, y cuando los probó dijo que eran realmente buenos y que deberíamos hacerlos más a menudo, en cambio...

2. Legendaria heladería de La Habana.

...en cambio, nadie se come dos trozos de carne, nadie se come dos langostas, ni siquiera el Comandante, cuando él va al arrecife de coral a bucear, y ninguno de sus guardaespaldas puede llegar a soñar con bucear a esa profundidad o con pescar un pez o una langosta tan grandes como los que pesca él, pues después de todo eso que ha pescado, Fidel se come una langosta, U-N-A, el resto es para compartir, él es así, siempre lo comparte todo ✖

Traducción del polaco de Abel Murcia y Katarzyna Mołoniewicz.

El tango de Drancy

Alfonso Zapico

Barrio de Drancy, París

Tengo un amigo argentino. Se llama Sergio y vive en París. Es ilustrador y grabador, de la vieja escuela. Vive obsesionado con la cartografía, y para él el mundo es todo aquello de lo que puede extraerse un plano frontal y otro cenital, para ser ubicado después en algún punto geográfico dentro de un pequeño cuadrado, rodeado de muchos otros, formando el mapa de alguna parte.

Otra de sus obsesiones es la memoria. Los muros de su estudio están cubiertos por retratos, viejas fotografías, ilustraciones de gente en grupo posando sonriente. Hasta los rinconcitos más insignificantes están ocupados por postales o rostros en sepia, que nada tienen que ver con su familia. Ni siquiera han llegado de su país. Son recuerdos de otros, vendidos a dos euros la docena en cualquier librería de viejo de la capital: un oficial austríaco en 1929, un balneario termal en 1933, la catedral de Albi, una niña con vestido de domingo, un matrimonio bretón.

Cuando Sergio trabajó como mediador cultural en una escuela de la periferia parisina, hace años, tuvo la oportunidad de trasladar sus obsesiones al terreno de lo real. Territorio y memoria fueron el objeto de un proyecto que duró un año, y que sacó a los alumnos de sus aulas, lápiz en mano, para trazar el mapa imaginario de la ciudad. Surgieron así nuevas calles, nuevas avenidas con nuevos nombres y con una historia que nada tenía que ver con la que publicitaban las guías de turismo. Los recuerdos de aquellos niños, mezclados con los que se inventaban

(Blimea, España, 1981). Su libro más reciente es *La balada del norte. Tomo 4* (Astiberri, 2023).

cada mañana al cruzar un semáforo o al pararse a dibujar un árbol, demolieron la vieja ciudad hasta los cimientos.

Una vez reconstruida aquella urbe, Sergio decidió convertir las formas en sonidos. Invitó a la escuela a un compatriota argentino, que acudió acompañado de su bandoneón. Y retó a sus pupilos a un último desafío: la composición de un tango. Esta composición musical argentina por excelencia habla del territorio y de la memoria. El tango es apasionado, nostálgico, febril.

Antes de componer su propia letra, los alumnos escucharon un tango argentino. Al principio no pudieron contener las carcajadas. ¿Qué clase de música era aquélla? Y aquel instrumento que se inflaba como un tubo de aire acondicionado... Muy lejos debía quedar aquel país en el que vivía gente que apreciaba aquel sonido.

Uno de los chicos dijo que aquella música le recordaba a la que escuchaba su abuelo por las mañanas, en su vieja radio. Era música de Túnez. Nada tiene que ver el tango con la música tradicional del norte de África, salvo que las dos hablan del territorio y la memoria. Aquel joven francés de tercera generación ni siquiera lo imaginaba cuando lo sugirió. Tampoco los pequeños síes que respondieron a su observación, originarios de Marruecos, Argelia, Gabón o Vietnam.

La clase de Sergio compuso su canción, que fue interpretada por el bandoneonista con el mayor esmero. La letra, que hablaba de historias que ocurrieron (o quizás no) en las calles de aquella *banlieue* parisina, era extravagante y hermosa. Este experimento demuestra que es posible fabricar un mapa alternativo del espacio que nos toca en suerte para vivir. El ser humano es capaz de sobreponerse a la memoria colectiva que pesa sobre un lugar y elevar sus propios recuerdos, que proyecta a capricho. Pero estos recuerdos se componen de otros más antiguos, que fueron de otros y nos pertenecen ahora.

También yo desearía trazar mi propio mapa de una región desconocida; ansío saber qué hay tras las murallas de la vieja ciudad en lo alto de una colina, atravesar el camino rodeado de trigales, golpear dos veces la puerta azul de la casa en la calle con nombre de batalla. Quiero componer mi propio tango de Drancy, y a nadie le importará si la letra es real o inventada.

Gusanos de arena

Île d'Oleron, Charente-Maritime

Cuando uno llega a Oleron lo hará seguramente atravesando un puente que une el hexágono a la pequeña isla. Da la impresión de que alguien, desde el continente, clavó un trozo de cemento a un farallón para atraerlo hacia sí en un movimiento de arrastre. Antes de cruzar el viaducto la costa se percibe con claridad; lo curioso es que, una vez al otro lado, se gira la vista al mar y es la tierra que se deja atrás la que parece ser una isla. De alguna forma, esa tierra también es una isla.

A medio camino entre el mar que separa Oleron del litoral hay una pequeña fortaleza. Es de piedra blanca, tiene forma de herradura y un torreón central. Olvidemos el puente: si un gigante de otra época quisiera pasar de la costa a la isla sin mojarse los pies, sólo tendría que apoyar el pie derecho en Bourcefranc-le-Chapus, el pie izquierdo en Fort Louvois, coger impulso y saltar enérgicamente para caer sobre Chateau d'Oleron, la vieja fortaleza que Vauban construyó para el Rey Sol.

Recorrí la isla en bicicleta, desde un hotelito del sur. Una idea poco afortunada. Siempre es mejor partir de Saint-Jean o de cualquier otra parte del corazón de Oleron que empezar por un extremo de la isla. Es más fácil llegar a cualquier punto. Así, cuando las vértebras empiecen a plegarse como un acordeón sobre el asiento de la bicicleta, siempre nos queda la opción de una retirada decorosa deshaciendo el camino.

La travesía, al menos, merece la pena. El paisaje cambia como la marea, que baja y exhibe su rostro descarnado, perforado por señales de pesca, para subir luego y ofrecer un cuadro sublime. Las aglomeraciones de cabañas ostrícolas resisten al mar y al turismo, y subsisten gracias a ambos. En el interior, los canales fluviales acompañan el viaje en bicicleta y se extienden a derecha o izquierda. Los campos y pastizales, amarillos y cálidos, se agitan con el viento oceánico. El viajero lamenta abandonar estas planicies para ocultarse en los bosquecillos que surgen en la ruta. Estas zonas sombrías no tienen nada de particular, salvo su brevedad. Y cuando desaparecen se agradece regresar al sol y a la tierra tostada.

Llegué a Saint-Trojan-les-Bains, un pequeño pueblecito del sur. Es alargado como una serpiente, y está formado por chalecitos de la-

drillo rojo, hermanos afortunados de aquellos edificios burgueses que no sobrevivieron al bombardeo de Royan. La desproporción de este nuevo gran puerto, con su catedral descomunal, que se asemeja más a un granero que a un templo, contrasta con la isla.

Saint-Trojan tiene una gran playa, ahora desierta. Aprovechemos, pues, para descalzarnos y descender a la orilla.

—Tengo frío —dice Manuela.

—Es por el viento. Si no hay viento, está bien.

Excusarse en el viento para justificar el frío es una tontería. Conjeturar con que el viento sople o cese es como decir que tenemos frío porque no hace calor, y que si hiciera calor, sin duda no sentiríamos frío.

Pierre Loti llamó a Oleron «la lumineuse», y la Revolución rebautizó Saint-Trojan como «la Montagne» en 1791. Ya casi no hay luz, por lo que no encuentro sentido a la primera definición. La avenida principal de Saint Trojan, el bosquecillo que se oculta detrás, toda la isla, al fin, es una llanura. La segunda definición desapareció en 1793, y la Montagne volvió a ser Saint-Trojan. Ni luz ni elevación en esta isla donde sólo hay viento y el empeño de otros por atribuirle cualidades o nombres que no se perciben ni le corresponden.

—¿Qué es eso?

La marea está bajando, y las únicas huellas en la arena son las nuestras. Pero veo unas marcas extrañas no lejos del agua. Decenas de agujeritos con montoncitos de arena alrededor. Tienen forma de pequeños gusanos.

—¿Y esto? Son gusanos de arena. ¿Qué clase de marcas son éstas?

—Los gusanos están debajo. Son arenícolas, se alimentan de arena. La tragan y filtran los nutrientes, y luego la expulsan. Lo que ves es justo lo que han engullido, por eso tiene forma de gusano.

—¡Oh! Mira eso.

En ese instante, bajo un terreno blando y húmedo, un gusano acaba de expulsar hacia arriba un montoncito de arena. Es fascinante. La silueta perfecta del propio animal reproducida en la materia de la que se alimenta. Por eso hay tantos gusanitos esculpidos en la superficie. No es posible ver al bicho, pero se puede seguir su rastro; por donde pasa devora lo que le es útil y luego excreta sobre el paisaje.

También existe gente así.

La maldición del sofá

Place du Palet, Angoulême

Por la parte sur de la muralla de la ciudad asciende la route de Bordeaux, una vía nueva que termina en una plaza antigua. La entrada a la Place du Palet está flanqueada por dos edificios casi reflejados el uno en el otro: la Maison des auteurs a la derecha, y unas viejas oficinas a la izquierda.

El aspecto del lugar varía con la luz y la temperatura: en invierno el Bar Tabac cerrado despierta compasión, el cercado de reja que protege unos bancos resulta deprimente y los escasos árboles, revestidos de pobrísimas luces de navidad que apenas iluminan, invitan al suicidio. En primavera la piedra blanca brilla intensamente, las terracitas se llenan de gente que bebe café o cerveza y la cabeza de medusa esculpida sobre la fuente casi parece sonreír.

El edificio de mayor envergadura de la plaza es una enorme casa con tejado de pizarra, tras cuyos ventanales cuelgan cortinas de punto. A un lado de la casa se abre una calle casi como un surco accidental. Estrecha y oscura, muere pocos metros más allá, frente a un viejo caserón de piedra de dos plantas construido hace cinco siglos: la Maison des archers du roi. Los arqueros reales, que no llevaban arcos sino alabardas, formaban la guardia de la ciudad en una época en la que el patíbulo se elevaba en el centro de la plaza. Las cabezas rodaban entonces como lo hacen ahora las bolas de petanca del jardincito del mirador, y la gente se tomaba la vida con menos seriedad y formalismo.

A la izquierda de la gran casa de piedra hay otra calle, más ancha pero igual de solitaria. Es la calle donde vive Gilles. Nunca he estado en casa de Gilles, pero sé que vive aquí porque pasé casualmente el día en que subió un sofá a su apartamento. No hay muchos ascensores en el Vieux Angoulême, así que los operarios engancharon una polea a la ventana del segundo piso. Lo cierto es que ni siquiera me fijé en el sofá, no le di importancia. Ahora sé que me equivoqué.

Gilles es artista, y trabaja en la Maison des auteurs. No lo conozco mucho, pero comparte taller con mi amigo Patrice. Ha publicado un par de libros en una editorial suiza, ha ganado un par de premios y obtuvo una beca de creación con un proyecto interesante: algo sobre un

planeta imaginario, unos seres irreales, un universo onírico... Sus planchas de dibujo —todas de formato desmesuradamente grande— estaban realizadas con un rotuladorcito de calibre 0.1. Sus hermosas ilustraciones, una vez terminadas, absorbían la atención del autor como lo hacen las fieras salvajes: devorando a quien las ama demasiado. No tiene sentido que las describa aquí. El lector podrá imaginárselas tras conocer la historia.

La residencia artística de Gilles en la Maison des auteurs tenía una duración de dos años. En los primeros tres meses realizó una labor titánica, fabricando escenarios con recortes de fotografías y grabados antiguos, dibujando personajes en todas las situaciones y posturas imaginables, forrando las paredes del estudio con papelitos donde casi se podía leer todo aquello que iba a ocurrir en su libro, y aun más, lo que el lector no leería nunca. Los tres meses que siguieron a éstos fueron igualmente formidables: salía de su casa a las ocho y media de la mañana, bebía un café solo en el bar al que los camioneros portugueses acuden a ver el fútbol y atravesaba la Place du Palet camino de la Maison des auteurs. Pasaba su tarjeta magnética por la ranura y desaparecía tras la puerta del edificio, silencioso y breve como un suspiro. Reaparecía horas después para recorrer el camino inverso; siempre de noche, y siempre directo a casa.

Una mañana yo tomaba café con Patrice en ese mismo bar al que Gilles acudía puntualmente y en el que jamás se detenía al final de la jornada.

—¿Sabes que Gilles ha renunciado a su beca? Ha cancelado el proyecto.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Este martes vino por la mañana y recogió sus cosas. No dijo nada a nadie, ni siquiera a la directora. A mí tampoco me avisó. Inaudito.

El martes por la mañana, un talentoso ilustrador que se encontraba a mitad de ejecución de una gran obra abandonaba. Nadie encontró explicación. Pero yo sabía que el lunes por la tarde, una agencia de transporte de muebles había subido un sofá a su apartamento.

—¿Qué le ocurre? ¿Está enfermo?

—No, que yo sepa. Además, ha renunciado a volver. Dejó libre su estudio para que pudiera ser ocupado por otro autor.

—¿Se marcha de la ciudad, entonces?

—Nadie sabe nada. La directora le llamó ayer por teléfono, y estaba en su casa.

Las semanas pasaron, y nadie en ninguna parte echó de menos a Gilles, porque antes de desaparecer completamente sólo era una sombra que salía de una callecita del Vieux Angoulême a las ocho y media de la mañana y atravesaba la Place du Palet para difuminarse tras los muros de la vieja fábrica de muebles. Ni siquiera notaron su ausencia en el bar de los portugueses. La propietaria sirvió un café menos cada día, sin percatarse de que correspondía a aquel joven artista que pagaba con el dinero justo y nunca decía adiós. Patrice me dijo hace tiempo:

—Dicen que Gilles lleva sin salir de su casa desde octubre, desde que dejó el taller. ¿Te lo puedes creer?

—Han pasado seis meses. ¿Es posible?

—Por lo visto su novia le llena la nevera y su padre le paga las facturas. ¿De qué color tendrá la piel? No entiendo qué se le ha metido en la cabeza.

—Es aquel sofá —dije yo.

Y terminé el café de un sorbo, porque era oscuro y amargo como todos los cafés que ponen allí, y maldije aquel sofá que había robado el alma de un creador, la vida que aún no había vivido y la obra que aún no había consumado. Maldije aquella tarde de octubre en la que dos tipos subieron aquel sofá tirando de una cuerda, con la brutal indiferencia con la que cinco siglos atrás otros como ellos habrían puesto a punto la horca en el centro de aquella placita de piedra blanca. Y me maldije a mí mismo, por no mirar aquel día y ver si era uno de esos brillantes sofás de piel, un sofá de tela pasado de moda o un sofá cama, de esos que siempre vienen bien para invitar amigos a casa ✖

Puntos de fuga

[selección]

Lucija Stupica

La cama

Después de Safet Zec

Estamos de pie frente a un cuadro.
Ropa de cama arrugada,
dos almohadas abandonadas,
las siluetas de un cuerpo invisible—
el rastro de todo lo que queda,
tras amar, en el confinamiento,
tras la juventud, en el envejecimiento,
tras marchar, en la espera.
Contamos historias posibles,
sobre dormir en soledad,
sobre no poder dormir,
sobre buscar a alguien más.

Postelja

Stojiva pred sliko. / Nagubana posteljnina, / zapuščeni blazini, / obrisi nevidnega telesa — / sledovi vsega, kar ostane, / po ljubezni, v samoti, / po mladosti, v staranju, / po odhodu, v čakanju. / Govoriva možne zgodbe, / o tem, da je nekdo spal sam, / o tem, da ni mogel spati, / o tem, da je iskal drugega. / Poskušava vstopiti v sliko, v prostor, / se nato umakniti in slišati, čutiti razliko, / prebrati anatomijo odsotnega telesa. / Poskusi naju privedejo do ne-

(Celje, Eslovenia, 1971). Ésta es una selección de poemas del libro *Puntos de fuga* (Editorial Arrebato Libros, 2023).

Tratamos de entrar en el cuadro, el espacio,
para después retirarnos y escuchar, sentir la diferencia,
leer la anatomía de un cuerpo ausente.
Nuestros intentos nos llevan a lo innombrable.
Terminamos con camisas blancas, al lado
de la cama, que aún espera su hora.

Unos momentos antes:
entramos a hurtadillas en un círculo de calles,
extendidas en paralelo, menos accesibles,
para escondernos en un mundo que sólo nos pertenece a nosotros,
como siempre, nada común y corriente.
Sin embargo, nuestros caminos nos llevan finalmente a la *Piazza*.
Éste es el pintor del que te hablaba, ¿te acuerdas? Le digo
mientras bajamos corriendo las escaleras del museo, de la mano
completamente enardecidos por la reciente promesa de amor,
ajenos a la fecha de caducidad marcada en alguna parte.

izrekljivega. / Pristaneva v beli srajci in na strani / postelje, ki še čaka na svoj čas. // Nekaj trenutkov nazaj: / tihotapiva se v obroču ulic, / vzporednih, manj prehodnih, / da bi se skrila v čisto svoj svet, / kot zmeraj prav nič običajen. / A poti naju na koncu pripeljejo do piazze. / O tem slikarju sem ti govorila, se spomniš? rečem, / ko z roko v roki stečeva po stopnicah muzeja, / vsa vneta v sveži obljubi ljubezni, / ne da bi slutila, da je nekje zapisan rok uporabe.

Sever

Živel bi ob jezeru, zaradi njegove temote / in smrek, ošiljenih proti nebu. / Melanholije ne odganja, kot počnem jaz, / z izbiro morja in prepišnosti. / Svetlobe. Po njej hrepenim. // Sprašujejo me, ali sem kdaj jemala zdravila / proti depresiji. Odgovorim, da nikoli. / Nato vprašanje še večkrat ponovijo.

El norte

Él desea vivir junto al lago, por su oscuridad
y por las píceas, afiladas hacia el cielo.
Él no hace huir a la melancolía, como hago yo,
al elegir el mar y las corrientes de aire.
Luz. Esto es lo que anhelo.

Me preguntan si alguna vez he tomado
antidepresivos. Respondo que no.
Después me repetirían la pregunta varias veces.

El escarabajo

Me gustaría entender, dice una voz femenina.
Dime, ¿no te aburres?
Para ella, las poetas son amas de casa
que escriben un poema de vez en cuando,
y los poetas son hombres fracasados
que de vez en cuando derraman una lágrima o dos.
Mientras tanto, un escarabajo con un brillo
verde metálico entra volando en la habitación
para terminar sus días aquí.
No hay nada trágico ni en la llamada telefónica
ni en el acto del escarabajo.
Abro la puerta y lo saco fuera.
Ya hay demasiada muerte aquí, digo.

Hrošč

Rada bi razumela, reče ženski glas. / Daj, povej mi, se ne dolgočasiš? / Zanjo so pesnice gospodinje, / ki tu in tam napišejo pesem, / in pesniki ponesrečeni moški, / ki kdaj potočijo kakšno solzo. / Medtem v sobo prileti hrošč / s kovinsko zelenim leskom, / da v njej zaključi življenjsko pot. / Nič tragičnega ni ne v telefonskem klicu / ne v hroščevem dejanju. / Odprem vrata in ga nesem ven. / Preveč smrti je že tu, rečem.

Los ojos

Lo que quedó fue el intrincado encaje de arrugas,
mucha amargura, mucho menos amor
en la casa que nunca tuvo un buen aroma,
la muerte está aquí, pero no sabe cómo servirla a ella,
su hija le pone un ungüento sobre sus labios resecos;
la comida licuada, el té, los viales,
el susurro de los visitantes, los
carraspeos, las miradas a través de
las ventanas, están ensayando la muerte,
ella observa como si supiera todo demasiado bien
que el cuerpo está despierto
y aún con vida en los ojos,
sólo en los ojos.

Cartas y voces

Primera carta
Bajo la ventana hay una ciudad, pero sólo hay sitio para dos en la habitación del hotel. No hay sueños; de todos modos, hace demasiado calor como para poder dormir. Estoy escribiendo palabra por palabra.

Oči
Ostala je le zapletena čipka gub, / veliko grenkobe, mnogo manj ljubezni / v hiši, ki ni nikoli dišala, / smrt je tu, a ne ve, kako naj ji streže, / s kremo ji hči namaže presušene ustnice, / utekočinjena hrana, čaj, stekleničke, / šepeti obiskov, odkašljevanje, / pogledi skozi okna, / ponavljajo vajo umiranja, / strmi, kot bi predobro razumela, / da je telo budno / in še živo v očeh, / samo v očeh.

Pisma in glasovi
Prvo // Pod oknom je mesto, a v hotelski sobi je dovolj prostora samo za dva. Sanj ni, tako in tako je prevroče za spanje. Zapisujem besedo za besedo. Pis-

Cartas. Citas. El diario de un viajero. Los olvidados caminos recorridos para estar más cerca de mis amores. La confianza siempre llega después, así como el darme cuenta de que la había perdido. No sólo la calle, sino el continente entero.

Él
La certeza de que no quiero morir sin vivirlo.
Sin vivir —contigo. La certeza. Contigo.
La certeza. No quiero morir. Sin vivir. Contigo.

Segunda carta
En el avión. Las montañas proyectan largas sombras sobre el día soleado; huele a nosotros. Estoy de vuelta. Dónde, no lo sé. Las gaviotas también vuelan bajo. Chillan cuando los retoños están cerca. Dentro de mí misma hay un cisne que, al estirar el cuello, mira con furia y persigue a todo aquel que se acerca. En el asiento que hay junto a mí, un padre y su hija miran las fotos de un viaje familiar. Tengo miedo, Maruša. Las fronteras están abarrotadas por allí. Están vigilando a los niños, quieren lo mejor para ellos. Vigilando a los niños y observando a sus padres. Vigilando a los padres y dejándolos morir lentamente.

ma. Citati. Dnevnik potovanja. Že pozabljene prehojene poti, da bi bila bliže ljubeznim. Zaupanje vedno pride kasneje, tudi spoznanje, da sem zgrešila. Ne le ulice, cel kontinent. // **On** // *Gotovost, da ne želim umreti, ne da bi živel to. / Ne da bi živel – s teboj. / Gotovost. S teboj. / Gotovost. Ne želim umreti. Ne da bi živel. S teboj.* // **Drugo** // Na letalu. Gore mečejo dolge sence v sončnem dnevu, diši po naju. Vračam se. Kam, ne vem. Tudi galebi letijo nizko. Kričijo, ko so mladiči blizu. V meni je labod tisti, ki zravnanega vratu in srepo zroč preganja vse, ki se bližajo. Na sedežu poleg mene oče s hčerko gleda fotografije z družinskega izleta. Strah me je, Maruša. Spodaj so meje polne. Gledajo otroke in jim želijo dobro. Gledajo otroke in vidijo očete. Gledajo očete in jih

Tercera carta
Zapatos nuevos
para el viaje
setecientos y más
un ritmo hueco barcas
sobrecargadas voces
reprimidas voces
casi sin aliento

zapatos nuevos
en la orilla
ciertamente—
inevitablemente.

Cuarta carta
Si no somos nosotros, dijiste. Y yo: si saltamos al agua y volvemos a la superficie, ¿terminaremos en la misma orilla? Estoy seguro de que lo conseguiremos. El amor siempre es ingenuo al principio. Nadie sabe cuándo llega el silencio. Llega y dices: es suficiente, me voy. Pero si te quedas, aún no has construido ni una carretera ni una casa, ni has plantado un árbol, y sabemos lo oscuro que puede ser un bosque y lo oscuras que son las cabañas que hay en su interior. Tu mano busca la mía. Es real. Estamos en la misma orilla, pero esto es sólo el principio.

prepuščajo počasni smrti. // **Tretje** // Novi čevlji / za na pot / sedemsto in več / zamolkel takt / prepolni čolni / pritajeni glasovi / skoraj brez diha // novi čevlji / na obali / zagotovo — / neizogibno. // **Četrto** // *Če ne midva, si rekel. In jaz: Če skočiva v vodo in splavava iz nje, se bova znašla na isti obali? Prepričan sem, da nama uspe. Ljubezen je v svojem začetku vedno naivna. Nihče ne ve, kdaj pride tisti molk. Pride in si rečeš: Dovolj je, grem. A če ostaneš, še nisi zgradil ceste ali hiše ali posadil drevesa, in veva, kako temen je lahko gozd in kako temne so znotraj hiše. Tvoja roka išče mojo. Resnična je. Na isti obali sva, a to je šele začetek.* // **Peto** // Morda ta hišica sredi gozda s prenizkimi stropi, da bi lahko hodil zravnano, uči ponižnosti. Lesena veranda s polomljenim

Quinta carta

Quizás esta pequeña cabaña en mitad del bosque, con techos demasiado bajos como para caminar erguidos, sea una lección de humildad. El porche de madera con una silla rota brilla débilmente a la luz de la luna. Esta noche no vamos a dormir. Quizás la casita y el porche de madera tampoco duerman. Seguramente el bosque no esté dormido. Me aventuro a salir, recorriendo el camino hacia lo desconocido. Por la oscura carretera que atraviesa el bosque. Doy media vuelta tras la tercera curva. No me gusta la humildad, digo. Voy a buscarte y salimos juntos. Dejamos la cabaña. Por la oscura carretera que atraviesa el bosque. Tras la tercera curva, hay otra casa. Llamamos a la puerta. Nadie abre. Volvemos hacia la cabaña en mitad del bosque, con techos demasiado bajos. Llamamos a la puerta. Se abre. Suficiente humildad, decimos. No vamos a dormir esta noche. Vamos a tumbarnos, a cogernos de las manos y a escuchar las historias de los demás.

Ella

La certeza de que no quiero morir sin vivirlo.
Sin vivir —contigo. La certeza. Contigo.
La certeza. No quiero morir. Sin vivir. Contigo.

Versiones del esloveno de Olivia Ávila Ruiz
(en colaboración con Andrej Peric).

stolom medlo sveti v lunini svetlobi. Nocoj ne bova spala. Morda tudi hišica in lesena veranda ne bosta spali. Gozd zagotovo ne spi. Odpravim se ven, po cesti v neznano. Po temni cesti skozi gozd. Za tretjim ovinkom se obrnem. Ne maram ponižnosti, rečem. Poiščem te in odpraviva se skupaj ven. Zapuščava hišico. Po temni cesti skozi gozd. Za tretjim ovinkom je druga hiša. Potrkava. Nihče ne odpre. Obrneva se proti hišici sredi gozda s prenizkimi stropi. Potrkava. Vrata se odpro. Dovolj ponižnosti, rečeva. Nocoj ne bova spala. Legla bova, se držala za roke in poslušala zgodbi drug drugega. // **Ona** // *Gotovost, da ne želim živeti, ne da bi živela to. / Ne da bi živela – s teboj. Gotovost. S teboj. / Gotovost. Ne želim živeti. Ne da bi živela. S teboj.*

El expediente de mi madre

[fragmento]

András Forgách

... tiempo de callar, y tiempo de hablar

Eclesiastés 3:7

1. La señora Pápai

EL CUMPLEAÑOS

La señora Pápai acudió puntual al encuentro. Los hombres llegaron con unos quince minutos de retraso y pidieron disculpas repetidamente con la mayor humildad, no sin antes ofrecer a la señora Pápai un ramo de flores con ocasión de su sexagésimo cumpleaños. Todo esto tenía lugar en la plaza de Batthyány. Mientras ellos seguían derrochando excusas, la señora Pápai anuló con un gesto de impaciencia cuanta palabra redundante estuviera por venir y aludió a la nevisca que caía, y que el informe, por lo demás, olvidó mencionar: «Que sea éste el mayor problema, caballeros». En honor a la verdad dijo «camaradas», con su inconfundible acento y con una sonrisa que los desarmó por su atractivo y por la voz de cantarina melodía que no hacía sino avivar el encanto de su afirmación; pero en aras de la seriedad del relato quedémonos ahora con «caballeros», que refleja con mayor fidelidad los galantes piropos que salieron de las bocas de los varones para acompañar el precioso ramo. Acto seguido, y según lo acordado previamente, el pequeño grupo se encaminó por la orilla de la plaza en dirección a la pastelería junto al templo, o detrás de él (cuestión de perspectiva), ubicada en un semisótano que había sido en su origen una planta baja, hecho que recordaba las épocas anteriores a las grandes crecidas del

(Budapest, Hungría, 1952). Éste es un fragmento de su libro traducido al español *El expediente de mi madre* (Anagrama, 2019).

río, cuya gris espuma se iluminaba por un momento ante la risa desbordante de la señora Pápai. El propio Hokusai habría envidiado el bello espectáculo de los copos de nieve de aquel blanco majestuoso al caer de soslayo sobre las aguas plateadas. En ese preciso instante, la risa de la señora Pápai quedó sofocada por el estridente rechinar del tranvía de la línea diecinueve al partir de su parada final, situada justo detrás de la estación del metropolitano, en dirección al Puente de las Cadenas.[1]

Aquel día la señora Pápai no brillaba por su elegancia; se había calado una tupida gorra de lana de colores y un abrigo beige forrado que no se diría que fuese el último grito: provenía de los talleres de la fábrica de ropa VOR, Vestidos Octubre Rojo. Como si fuese deliberado su total descuido en el aspecto exterior, calzaba unos sencillos zapatos de tacón bajo y su única alhaja eran sus hermosos ojos verde jaspeado, resplandecientes, que tendían al azul o al gris. «Bah, el atavío de una persona no es lo importante, caballeros, no es el hábito lo que hace al monje», habría dicho si se lo hubiesen preguntado. Sin embargo, esta vez su apariencia poco refinada fue decididamente ventajosa. Que era la fecha de su cumpleaños, los hombres tampoco lo supieron por ella, pues la señora Pápai ponía especial énfasis en que ese día su entorno «prescindiera de hacer alharaca», no le gustaban las ceremonias, las celebraciones superfluas, «ayayay, hay cosas mucho, pero muchísimo más importantes en este mundo, personas que se mueren de hambre, que van descalzas, que son diezmadas por las enfermedades y las guerras». Aunque, en realidad, no poca incertidumbre se cernía sobre la fecha de nacimiento de la señora Pápai, algo que los tres caballeros sin duda no podían saber, puesto que su cumpleaños, de acuerdo con el orden de las cosas, caía de tiempo en tiempo en el primer día de una famosa festividad de fecha variable. En su infancia, la familia observaba todavía estrictamente las prescripciones religiosas y, según el ánimo en que la pillaba la fiesta, que por tal motivo era *doble,* celebraba el cumpleaños de la niña a lo largo de ocho días, pues

1. **Informo de que el 3 de diciembre de 1982, me reuní en la pastelería Angelika con la SEÑORA PÁPAI, alias de nuestra col. secr. En la reunión también participaron el teniente coronel de la pol. János Szakadáti y el teniente coronel de la pol. camarada Miklós Beider.**

Llegamos al encuentro con diez minutos de retraso. La señora Pápai nos esperaba en la plaza de Batthyány. Después de presentarme, la felicité cordialmente con ocasión de su sexagésimo cumpleaños y, al expresarle mis buenos deseos, le hice entrega de nuestros regalos, un mantel de mesa bordado con motivos populares, que le gustó mucho, y un ramo de flores.

sabido era que las velas permanecían ocho días encendidas por la festividad, de tal guisa que los padres, cediendo a su graciosa disposición artística, en algunas ocasiones se desviaban de la prosaica fecha original, lo cual les deparaba tanta más alegría que la festividad misma precisamente por rememorar la llegada de la pequeña, que por lo demás fue a ciencia cierta el 3 de diciembre. En consecuencia, podía ocurrir, además, que la desmemoriada madre de la niña, famosa por sus flirteos y de temperamento apasionado, diese de cuando en cuando otra fecha en las oficinas coloniales y demás dependencias (de las cuales había una fastidiosa cantidad por la doble administración, lo cual dificultaba innecesariamente la vida de los inmigrantes), ya que de improviso sólo recordaba que el nacimiento de su hija había caído durante la Januká. Así podía ocurrir que constase en diferentes documentos en fechas vecinas como el 1 de diciembre, el 2, el 3, en alguna parte hasta el 6 de diciembre, con lo cual la señora Pápai obtuvo una especie de justificación para su «indiferencia», más aún, su desmesurada animadversión de antirreligiosa convencida hacia su cumpleaños. Si era imposible averiguar en qué día había nacido realmente, la verdad es que era absurdo fijar el aniversario en una fecha. Pero los tres caballeros no podían saber todo eso.

Poco después, los tres bajaban cual séquito galante de la señora Pápai por las abruptas escaleras que conducían a la pastelería Angelika: el teniente coronel de la policía Miklós Beider, interlocutor *adjudicador,* el primer teniente de la policía doctor József Dóra, interlocutor *receptor,* y el teniente coronel de la policía János Szakadáti, director de la subdivisión.[2] Que todo eso no se transformase en la entrada al escenario de la *prima donna* de una opereta fue sólo gracias a que Dóra y Szakadáti guardaron ambos una pequeña distancia, de conformidad con las reglas de la conspiración. Pero las sorpresas aún no habían llegado a su fin. Una vez abajo y después de que los tres compitieran por ayudar a la dama a quitarse el abrigo de invierno, menester en el que finalmente Miklós demostró ser el más diestro, tomaron asiento en un compartimento íntimo del café. Mientras el

2. **RESOLUCIÓN**
En la fecha de hoy he hecho entrega al camarada József DÓRA (denominación exacta del organismo: III/1-3) del expediente Nº 2959, carpetas R-1, T-1 correspondientes a... (lugar y fecha de nacimiento, nombre de la madre...), alias SEÑORA PÁPAI, para su consiguiente revisión con respecto a la continuación del empleo de la persona en la red. Dicho expediente me ha sido a su vez entregado por el camarada Rudolf RÓNAI. Bp. día..., mes de octubre de 1982 Rudolf Rónai *adjudicador* József Dóra *receptor*.

abrigo resbalaba de los hombros de la mujer, las tres miradas masculinas se habían detenido en la belleza antigua de aquella figura femenina ya no tan joven y no muy alta, de caderas pronunciadas y senos exuberantes, silueta que, por lo demás, en las fotografías tomadas en la playa —desconocidas para los señores— se veía particularmente favorecida por la luz del crepúsculo; en esas tomas se revelaba y destacaba su atractivo de cuerpo entero y también resplandecía y encandilaba el perfil de su rostro, cuya hermosura había que agradecérsela a partes iguales a sus perfectas proporciones y al amor incondicional por la vida y la alegría que irradiaban sus facciones. El hecho de que aquellas vetustas y exóticas fotos junto al mar hubieran surgido de encuentros conspirativos con seguridad habría galvanizado a los tres varones si se hubiese tocado el tema, pero la conversación no giraba en torno a las bahías al abrigo de la sombra de cedros libaneses, donde damas y caballeros de las más diversas nacionalidades y religiones tomaban un baño y flirteaban, se fotografiaban junto a burros, cascadas y el mar Mediterráneo, y hablaban incluso de las tareas más urgentes de las organizaciones locales de base de sus partidos, mientras que algo más al norte de sus narices hervía la guerra mundial.

Apenas los cuatro hubieron tomado asiento en el cubículo y estudiado a fondo la carta, los tres hombres pidieron un café solo quitándose prácticamente uno a otro la palabra de la boca, mientras que la señora Pápai ordenó un té Earl Grey, que en aquel tiempo se consideraba el no va más del lujo, si bien renunció a los pasteles con una alusión a su cintura llena, por mucho que Miklós, el hombre de mayor rango, la alentase con su cálida voz de barítono. «Aquí es excelente el pastel de chocolate con nata al estilo francés, tiene fama mundial», le aseguró, «mi nieto se come hasta dos de una sentada, por no hablar del de semillas de amapola...» («Claro, *flódni,* una especialidad judía, ¿verdad?», cacareó sin permiso el camarada Szakadáti, pero enmudeció enseguida al percibir las miradas de desaprobación de Miklós y József).

Miklós, que conocía desde hacía más tiempo a la señora Pápai, insistió y le habló tanto sobre los magníficos pasteles de la cafetería Angelika, famosos en medio mundo, que finalmente, después de una larga vacilación, la invitada se dejó convencer de consumir un profiterol, a raíz de lo cual la lucha entre el tenedor y el profiterol dejó una sutil huella de nata batida en el borde de su boca, y la señora Pápai pasó la lengua por encima con una ruidosa carcajada, lo que dio ocasión

después a observaciones galantes por parte de los hombres. Aunque tal vez a los señores les hubiese apetecido algo sólido, tenían claro el efecto en el coste del encuentro,[3] y si bien la oficina les había dado carta blanca al respecto, sabían bien que un poquito de autodominio a la larga nunca perjudica. Antes de la llegada del profiterol, en uno de esos silencios que asaltan con frecuencia en situaciones así a las personas reunidas en cierta intimidad, cuando todas sienten que después de las frases previas y generalidades vacuas hay que ir al grano, József sacó de su portafolio inesperadamente y como por arte de magia un precioso mantel bordado con motivos populares[4] que a la señora Pápai le causó una alegría mayúscula. El mantel estaba envuelto en papel de seda y atado con una cinta rosa, y los tres caballeros volvieron a desearle feliz cumpleaños uno por uno, pues, como hemos mencionado, precisamente aquel día en que uno dejaba y otro empezaba a hacerse cargo de su persona, la señora Pápai cumplía sesenta años.

Sin embargo la conversación no se sostuvo según los planes, para gran sorpresa de los tres caballeros. Y ello no sólo porque la parte superior del profiterol fue a parar sobre el mármol de la mesa, inesperadamente, ni por el poquitín de crema dulce que había embadurnado el borde de los labios de la señora Pápai, ante lo cual el envalentonado József (en su derecho de flamante interlocutor *receptor*), después de algunas vacilaciones, sonrió como un mozuelo y se lo hizo notar a la camarada. Ocurrió que la señora Pápai, después de que le explicaron con detalle las complejas tareas que le encomendaban, que ella repitió al pie de la letra con toda tranquilidad como una colegiala sobresaliente, por añadidura sin haber tomado notas,[5] prueba inequívoca de su excelente memoria (que había fluido en demasía en sus informes tempranos, por lo demás, donde lo demostraba también su estilo

3. El coste del encuentro fue de 386 forintos.

4. PROPUESTA
Budapest, 1 de diciembre de 1982
La colaboradora secreta SEÑORA PÁPAI celebra el 3 de diciembre de 1982 su sexagésimo cumpleaños. Desde 1976 mantiene relaciones operativas con la jefatura del equipo III/I. Y durante ese tiempo ha facilitado numerosas informaciones válidas sobre la situación israelí en cuanto a agentes y operativos, así como sobre las aspiraciones del movimiento sionista. Nos trajo material original del 29.° Congreso Mundial Sionista y proyectamos hacerla viajar también al extranjero con fines operativos con ocasión del 30.° Congreso Mundial Sionista.
En atención al trabajo realizado hasta ahora, con motivo de su 60.° cumpleaños, propongo otorgar a la SEÑORA PÁPAI una retribución en especie por un valor de 1.000 forintos. Dr. József Dóra, teniente de la pol.

rico en detalles), conque después de que Miklós «adjudicase» a la señora Pápai a merced de József, si bien en ese lugar no cerraron la operación con esa palabra, y dado que el de mayor rango ya había llamado con señas a la camarera para que llevase la cuenta, y sacado su abultada billetera, la señora Pápai, de repente, con voz estridente y viva, parecida a la de un muecín en sus cantos al convocar al rezo, y que a los tres camaradas les hizo empezar a aguzar el oído, comentó: «Creo que no merece la pena que continúe haciendo esto, no debo seguir haciéndolo». El aire alrededor de la mesa se congeló literalmente, de modo que la señora Pápai, en voz un poquito más baja pero siempre con ese falsete cantarino, añadió: «y no es, en absoluto, porque no comparta alguno de los objetivos que tenemos en común». Los tres caballeros se quedaron petrificados por el cambio de discurso, y el teniente coronel de la policía levantó el dedo índice y cortó el paso a la camarera, que en ese instante se acercaba con una sonrisa festiva hacia la mesa y estaba a punto de colocar ante Miklós la cuenta por un importe nada modesto. Miklós pensó primero pedirle que mejor volviese más tarde, pero con su magnífico instinto para calar la naturaleza retorcida de la situación, cayó de inmediato en la cuenta de que así sólo atraería más la atención hacia ellos, algo que infringía las reglas tácitas de la conspiración. En la pastelería Angelika, medianamente concurrida a esa hora de la tarde, el jovial grupo afortunadamente no llamaba la atención, a su alrededor había funcionarios que se daban una vuelta por allí de preferencia a la hora del aperitivo, o que al final de su agotadora jornada laboral iban a tomar un café o beber una cerveza; en el rincón opuesto se había sentado una pareja de enamorados que se abrazaban compulsivamente y no cesaban de contemplarse con profunda admiración. Pero entonces el camarada Beider, con genuina intuición de jefe de Estado Mayor, silbó entre dientes en dirección a la señora Pápai: «¡Después!», como quien ordena a su caballería retirarse del puente. No se puede negar que la señora Pápai se apocó ante el rostro

5. Continuamos la conversación con los asuntos en torno al viaje a Jerusalén. La señora Pápai dijo que sus familiares la apremiaban a viajar, y que ellos se hacían cargo de sufragar los gastos de su estancia. No obstante había surgido un problema, querían que se quedase por lo menos dos meses allí.

El camarada Szakadáti pidió a la señora Pápai que procurase acortar el tiempo de su estancia, pues nosotros necesitaríamos materiales relativamente frescos. Propuso que llamase por teléfono a sus familiares y puntualizase la acogida que le habían ofrecido. Para el costo telefónico entregué a la señora Pápai 500 forintos contra recibo.

endurecido de Miklós, cuyo barniz de jovialidad se había derretido en un instante, y hasta le pareció oír cómo le rechinaban los dientes. Al mismo tiempo, como buena comunista, captó *ipso facto* que ahora debía guardar el más estricto silencio; en vano prorrumpía de su interior desde hacía mucho tiempo, a decir verdad desde 1975,[6] un asfixiante y amargo malestar que la carcomía como una vorágine. Cuando la camarera por fin se alejó, Miklós miró a la señora Pápai, y János y József lo secundaron con alguna expectación y zozobra. «Hasta el hoy día», dijo ella, «he cumplido con todas las incontables y en general nada sencillas peticiones de ustedes al servicio de la democracia popular. He dejado de lado graves preocupaciones que atañen a mi vida privada para hacerlo, y aun así he sido capaz de formular propuestas concretas. Pero incluso en los casos en que ustedes respondían a ellas con palabras como magnífico, le agradecemos, maravilloso, excelente, grandioso, *yofi,** tampoco ocurrió nada, nada de nada en absoluto. Más aún, pese a ser mis recomendaciones tan celebradas, o quién sabrá si por eso, el resto del tiempo no me buscaron, como si no estuviese yo en este mundo. Entonces por qué habría de considerar importante este trabajo si cuando digo o propongo algo, nadie se interesa en serio por mí, sólo lo fingen; en cambio, cuando hay algo urgente, arriba, mujer, que pegue un salto. No considero que esto sea lo que entre camaradas se entiende por camaradería. No veo el sentido de mi trabajo en circunstancias así y si pese a ello lo sigo realizando es sólo por la confianza en que este cambio que se lleva a cabo ahora mismo sea como un nuevo despegue.» Al finalizar el estallido de la señora Pápai, los señores permanecieron sentados por un momento como tres alumnos escaldados de primaria, no estaban preparados en absoluto para una cosa así, no era costumbre que un agente reclutado los aleccionase en ningún asunto ✖

6. **INFORME DE RECAPITULACIÓN Budapest, 1 de noviembre de 1982**
La señora alias «PÁPAI», colaboradora secreta, fue reclutada en 1975 por los colegas precedentes de la sección III / I-4. Ella se hizo cargo en la práctica del «legado» de su esposo, quien estuvo vinculado al servicio desde los años cincuenta, pero en la actualidad vive sumido en una grave enfermedad depresiva, y ha quedado inhabilitado para el desempeño de sus tareas. La señora «PÁPAI» ha sido reclutada a partir de sus principios y de su sentimiento patriótico; sus fundamentos políticos son firmes, cree en nuestro sistema social gracias a sus convicciones.

*** Término que utilizan los judíos en la diáspora para indicar que algo es muy bueno. (*N. de la T.*)**

Traducción del húngaro de Teresa Ruiz Rosas.

Dos relatos

Joana Estrela

Primer día

En el primer día de escuela, la profesora nos pidió que nos presentáramos uno a uno. Decíamos nuestros nombres, ella los escribía en el pizarrón y hacía algunas preguntas. Todo iba bien hasta que llegó mi turno.

Ella escribió «Juana» con una caligrafía cursiva muy bonita y me preguntó dónde vivía. Ya había preguntado lo mismo a todos antes de llegar a mí, pero sólo en ese momento me di cuenta de que no sabía dónde vivía.

Comencé por decir: «Es un apartamento...», pero no tenía nada más qué agregar y quedé en silencio.

—Pero ¿dónde, querida?

—Aquí... en la ciudad.

Ninguna de las cosas que pudiera decir sobre mi casa me parecían muy útiles. Queda en un edificio con un patio donde los vecinos cuelgan las ropas para secarlas. Tiene un elevador antiguo con un espejo roto. En primavera, las golondrinas hacen vuelos rasantes al pie de nuestras ventanas. Fue entonces que Diego levantó la mano y dijo: «Ella vive en el Rascacielos», y aseguró, «Yo vivo ahí también». Nunca antes había oído la palabra *rascacielos* y la primera imagen que se me vino a la cabeza fue la de una construcción en forma de uña de gato para abrir un hueco entre las nubes. ¡Mi casa no se parecía en nada a eso!

Quedé molesta de que Diego supiese decir dónde vivía y yo no. Estaba dispuesta a responder bien al resto de las preguntas.

(Penafiel, Portugal, 1990). Su libro más reciente publicado en español es la novela gráfica *Gorrioncita* (Meraki, 2022).

—¿Y tus padres qué es lo que hacen?

—¡Mi mamá tiene una tienda de perfumes! —Eso lo sabía bien porque pasaba todas mis tardes ahí. Los corredores del centro comercial eran perfectos para correr (¡es por eso que se llaman corredores!), y a veces mi mamá me dejaba experimentar los *testers* de perfume en tiritas de papel y guardarlos en el bolso para olerlos más tarde.

—¿Y tu papá, Juana?

—Ahora bien, mi papá... yo sólo lo veía por las noches. Él regresaba a casa con carpetas llenas de papeles para leer, firmar y escribir. Dije a la profesora: «Mi papá lee y escribe mucho... ¡pienso que es escritor!».

Ella quedó muy satisfecha. «¿Oyeron, clase? ¡El padre de Juana es escritor! ¡Oh, qué interesante!».

A juzgar por la reacción de ella, quedé muy satisfecha de mi respuesta. Pero más tarde, cuando le conté el episodio a mamá, me regañó por mentirle a la profesora.

Ese día descubrí que mi padre era ingeniero civil.

Catecismo

Era sábado por la tarde y estábamos en el catecismo. Los niños de mi escuela se sentaron en una fila de sillas más al frente y no paraban de susurrar entre ellos. De vez en cuando me miraban y, cuando yo miraba hacia atrás, ellos se reían.

No tenía idea de lo que se traían, pero no era nada bueno.

Hice un esfuerzo para ignorarlos y concentrarme en la Hermana Lucía (no era aquella Hermana Lucía, era otra hermana Lucía) que estaba leyendo sobre el Arca de Noé.

El Arca de Noé es mi parte preferida de la Biblia. Bien, para ser sincera, aún no leía la Biblia, mi mamá dice que es muy violenta para mi edad, pero pienso que cuando la lea va a ser mi parte favorita. Noé colocó dos animales de cada especie en un gran barco (le llaman *arca*). ¿No sería maravilloso vivir en una casa llena de animales? ¿Aun con los salvajes?

En fin. Los niños cuchichearon todo el tiempo mientras yo planeaba mi fuga. En cuanto el reloj de la pared dio las cuatro en punto, ya tenía todo arreglado, el saco puesto, y estaba lista para salir de aquel salón como un cohete. Todavía miré hacia atrás y vi que me miraban, pero sólo Pablo me siguió.

Mi papá se había estacionado enfrente de la iglesia, yo entré corriendo al carro y ordené «¡Vamos!», como en las películas cuando un detective entra en un taxi y dice: «¡Siga aquel carro!».

Pero mi papá no hizo nada, ni giró las llaves para encender el motor. Sólo vio por la ventana y dijo:

—Está un niño llamándote.

—No es nada, es a otra Juana, vámonos ya.

Pero el carro no se movió y Pablo se fue acercando y ya era imposible ignorarlo. ¿Pero qué rayos es lo que quiere? ¡Si esto es algún juego, con certeza no lo va a hacer enfrente de mi papá!

Medio cortado, me entregó un regalo por la ventana del auto. Tenía la cara tan roja como el papel del envoltorio.

—Quería darte esto.

—Hmm, gracias.

—Por el día de la amistad.

—Ok.

—Es hoy.

—Ya me di cuenta, gracias.

Pablo estaba tan serio y nervioso como cuando la profesora lo llama al pizarrón para resolver un problema de matemáticas. Y yo sólo quería desaparecer de ahí.

Tenía la esperanza de que mi papá interviniese y dijera alguna cosa del tipo: «¡Mi hija es muy jovencita para esto!» o «¿Cuáles son sus intenciones, jovencito?», pero él sólo nos miró por el espejo retrovisor con una pequeña sonrisa.

Dijimos adiós, Pablo se balanceo fuera de escena y yo metí el regalo al fondo de la mochila. ¡Mi papá se fue riendo todo el camino hasta la casa! «¡Espera a que tu mamá lo sepa, va a comenzar ya a planear el casamiento, ja, ja, ja!».

En ese momento decidí que no llevaría a mi familia en el arca, como hizo Noé.

Iría sola.

Muy sola.

Con animales ✖

Traducción del portugués de José Javier Villarreal.

Haiku siberiano

[fragmento]

Jurga Vilė

(Vilna, Lituania, 1977). Estas imágenes forman parte de su novela gráfica *Haiku Siberiano* (Impedimenta, 2023), ilustrada por Lina Itagaki y traducida por Jordana González-Jonkus.

CUANDO ERA PEQUEÑA, MI PADRE A VECES MENCIONABA SIBERIA EN VOZ BAJA. DESPUÉS DE REPRENDERNOS A MI HERMANO Y A MÍ POR TONTEAR EN LA MESA, DECÍA QUE CUANDO TENÍA NUESTRA EDAD, ALLÁ EN SIBERIA, DABA GRACIAS SI ENCONTRABA SIQUIERA UNA PATATA CONGELADA. Y DESDE LUEGO SE LA COMÍA, PORQUE NO HABÍA NADA MÁS... YO IMAGINABA SIBERIA COMO UN PAÍS DE HIELO MUY LEJANO, A DONDE A TODO EL MUNDO LE RUGÍA EL ESTÓMAGO Y LE COLGABAN CARÁMBANOS DE LA NARIZ. CUANDO ERA PEQUEÑA NO PODÍA ENTENDER CÓMO MI PAPÁ HABÍA LLEGADO A PARAR A ESE LUGAR TAN HORRIBLE. SU PASADO SE ME ANTOJABA LLENO DE MISTERIOS. HOY, CUANDO LES HABLO A MIS HIJOS DE ESA PATATA CONGELADA, ME PREGUNTAN: ¿QUIÉN DEPORTÓ AL ABUELO? Y ¿POR QUÉ? NO ES FÁCIL DE EXPLICAR...

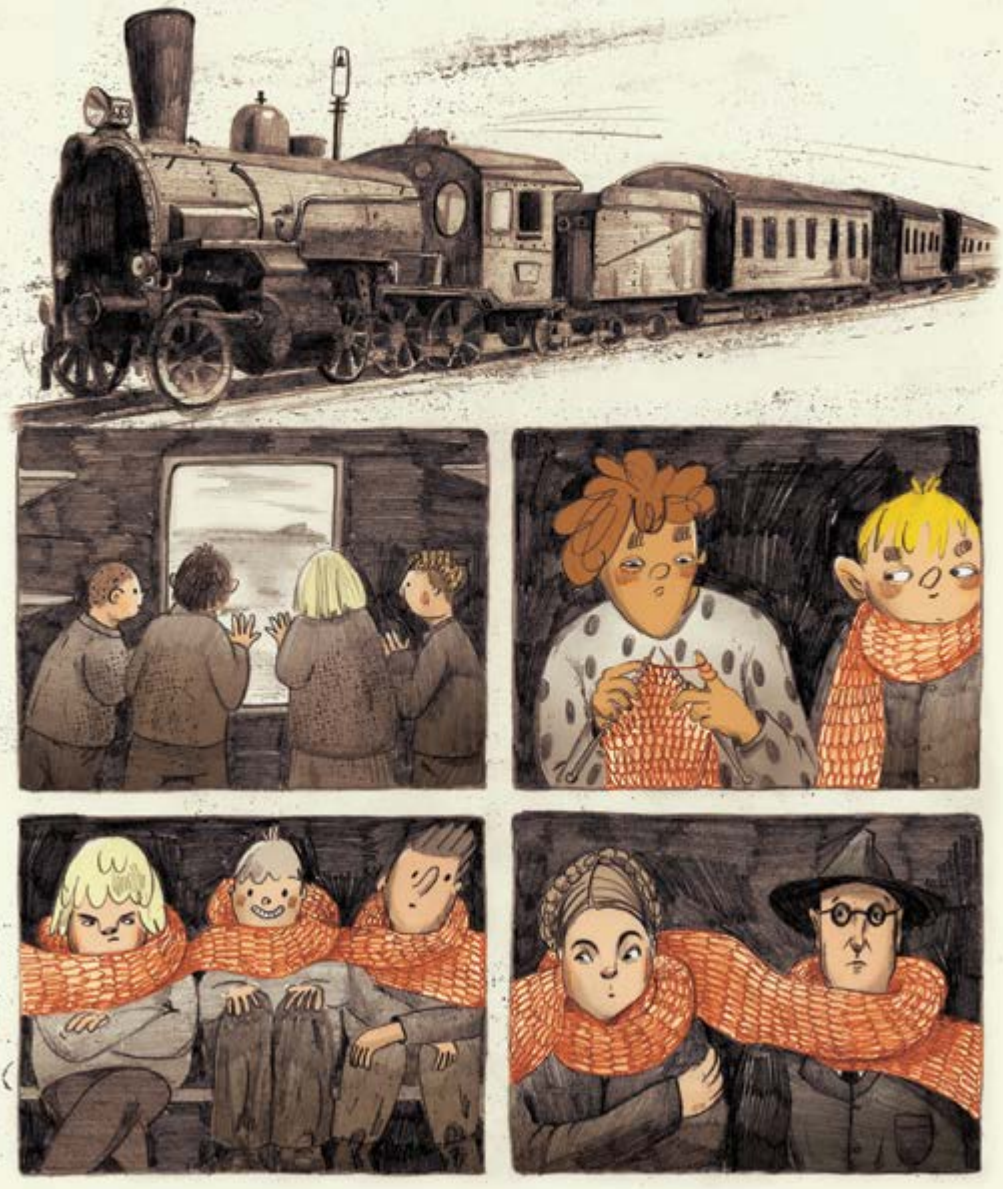
ERAN TIEMPOS DÍFICES. HABÍA ESTALLADO LA GUERRA, ALEMANIA HABÍA INVADIDO POLONIA Y LA UNIÓN SOVIÉTICA, UN PODEROSO PAÍS CREADO POR RUSIA, HABÍA OCUPADO LITUANIA. LA MAYORÍA DE LOS LITUANOS ERAN CONSIDERADOS «ENEMIGOS DE LA UNIÓN SOVIÉTICA» PORQUE NO ESTABAN CONFORMES CON LOS RECIÉN LLEGADOS. Y A LOS ENEMIGOS HABÍA QUE ELIMINARLOS. FUE ENTONCES CUANDO EMPEZARON LAS DEPORTACIONES. SACABAN A LA GENTE DE SUS PROPIAS CASAS. DEPORTARON A FAMILIAS ENTERAS. SE LAS LLEVABAN A LOS RINCONES MÁS REMOTOS Y DESOLADOS DE RUSIA, A LOS CONFINES MÁS LEJANOS DE SIBERIA. MUCHOS DE LOS DEPORTADOS MURIERON ALLÁ, EN EL EXILIO. ALGUNOS TUVIERON LA SUERTE DE VOLVER A SU TIERRA NATAL, COMO LOS NIÑOS QUE UNAS BUENAS PERSONAS TRAJERON DE VUELTA A SU HOGAR, EN LO QUE SE LLAMÓ «EL TREN DE LOS HUÉRFANOS». MI PAPÁ —ALGIUKAS, O SIMPLEMENTE ALGIS— REGRESÓ EN ESE TREN. SUS RECUERDOS Y LOS DE MI ABUELA ME INSPIRARON A ESCRIBIR ESTA HISTORIA. MUCHAS COSAS EN ESTE LIBRO SON REALES Y ALGUNAS SON INVENTADAS.

Jurga Vilė

ALGiS

Yo soy Algis, pero muchos me siguen llamando Algiukas. Creo que tengo trece años, pero no estoy seguro. A mi hermana mayor Dalia le gusta tejer. A mí me gusta cantar en el coro y tocar el tambor con un viejo balde agujereado. Nuestra mamá se tiró mucho tiempo sin poder pronunciar ni una palabra, pero después de una horrible tormenta de nieve, recuperó la voz. Papá murió † en el campo de trabajos forzados. Pero Martín el ganso siempre estará conmigo. ¿Sabías que las manzanas no crecen en Siberia? Yo no lo sabía...

¡ADIÓS, SIBERIA!



CHUCU-CHUCU CHUCU-CHUCU CHUCU-CHUCU...
«EL TREN DE LOS HUÉRFANOS» NOS LLEVA A LOS HUÉRFANOS -Y A LOS NO TAN HUÉRFANOS- A CASA.
NUESTRA CASA ES LITUANIA. NO LA HEMOS VISTO DESDE HACE YA VARIOS AÑOS. TODO ESE TIEMPO LO HEMOS PASADO EN SIBERIA. SIBERIA ESTÁ LEJOS, AL NORTE.
ES RARO, PERO RECUERDO LITUANIA CON TOTAL CLARIDAD, ES COMO SI ME HUBIERA MARCHADO AYER:
RECUERDO LA GENTE, LAS CASAS, LOS CABALLOS...
LOS COLORES, LOS OLORES, LOS SONIDOS...
EN SIBERIA TODO ESO LO ATESORÁBAMOS EN LOS RINCONES MÁS ESCONDIDOS DE NUESTRA MEMORIA.
¡Y AHORA VAMOS A VER, A OLER Y A ESCUCHAR TODAS ESAS COSAS DE NUEVO!

CON NOSOTROS VIAJAN DOS ADULTOS: BIRUTE Y PRANAS, NUESTROS BENEFACTORES. HAN VENIDO HASTA SIBERIA POR NOSOTROS, TRAEN UN MONTÓN DE PERMISOS Y DOCUMENTOS FIRMADOS POR PERSONAS MUY IMPORTANTES. LAS AUTORIDADES NO QUERÍAN DEJARNOS IR CON ELLOS, PERO AL FINAL ACCEDIERON.
BIRUTE Y PRANAS HUELEN A LITUANIA...
VARIOS FANTASMAS VAN CON NOSOTROS EN EL TREN, PERO NO TODO EL MUNDO LOS VE...
¡AYYY, QUÉ SUEÑO! SIBERIA NOS HA DEJADO AGOTADOS.
CHUCU-CHUCU CHUCU-CHUCU CHUCU-CHU.....

CHUCU-CHUCU

¡QUÉ FRÍO!
¡ESTO NO ES NADA!
COF
COF
COF
COF
COF
COF
COF
COF
¡EH, ALGUNOS, NO TOSAS MÁS! QUE NO NOS DEJAS TOSER A NOSOTROS!

¡TENGO TOSFERINA! ¿Y VOSOTROS?
¡COF!
¡COF!
TOS-
FERINA
¡COF!
¡COF!
SE
AVECINA
CORO DE LAS MANZANAS
¡ON!
¡ON!
VERONICA
VEO FANTASMAS. SOLO DALIA Y YO LOS VEMOS. QUIZÁ LOS OTROS TAMBIÉN, PERO NO LO DICEN. FANTASMAS, SIEMPRE CERCA, COMO UNA BRISA SUAVE.

EL FANTASMA MANCO DE LA SEÑORITA VIOLETA
FLOTAN LAS NUBES Y SENTIMOS UN NUDO EN EL ESTÓMAGO. ¿QUÉ NOS ESPERA EN CASA...?
NIÑOS, ¿QUÉ CANCIÓN ES ESA? ¡MEJOR CANTEMOS UNA FOLKLÓRICA DE LAS NUESTRAS!
LOS SAUCES BAILAN EN LA COLINA, EL AGUA ONDEA EN LA CAMPIÑA Y CANTA UNA NANA... UNA NANA...

¡VAMOS A MOVERNOS AL RITMO DE LA MÚSICA! ¡DESPIERTA!
ESTÁ EN LAS NUBES...
BIRUTE, NO ESTOY PARA CANCIONES...
¿POR QUÉ ESTÁS PREOCUPADO? LLEVAMOS A LOS NIÑOS A CASA. MISIÓN CUMPLIDA.
ES SOLO UNA GOTA EN EL MAR. ¿HAS VISTO CUÁNTOS NIÑOS QUEDARON ALLÁ?

PRANAS, NO NOS RENDIREMOS. LOS RESCATAREMOS A TODOS.
¡¡¡SHH! ALOLUKAS DUERME...
SEÑORITA VIOLETA, ¿ESTÁ MUY LEJOS LITUANIA?
ESTÁ AL ALCANCE DE LA MANO.

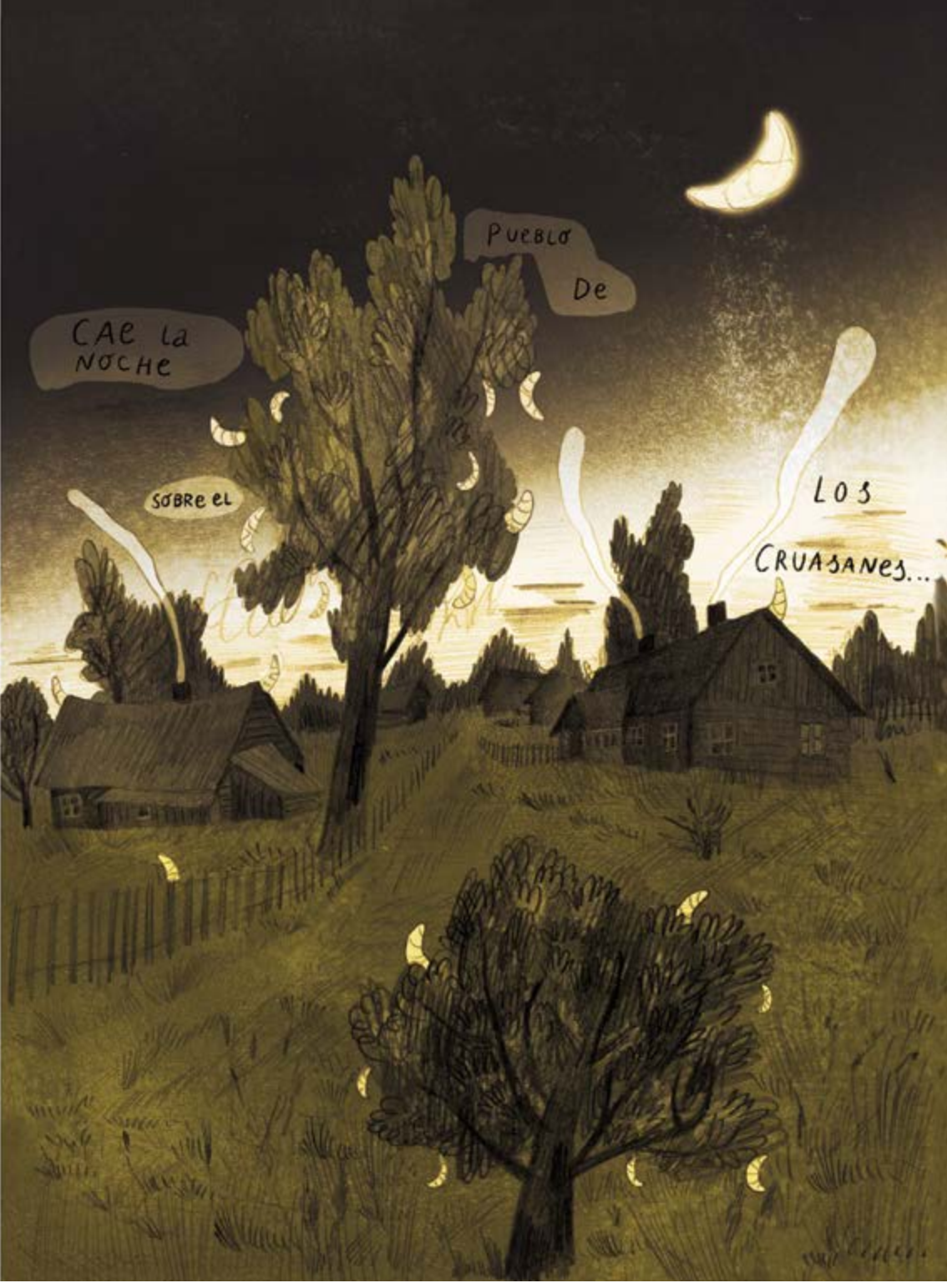
Ese día, en el tren que nos llevaba de vuelta a casa, adormecido por el balanceo y atormentado por la tos, los recuerdos vinieron a mí.

Abejas y luciérnagas

ERA SÁBADO. ESTÁBAMOS SENTADOS A LA MESA CON UN MANTEL BLANCO.

PAPÁ SE RETORCIÓ EL BIGOTE, MIRÓ AL CIELO O, MEJOR DICHO, AL TECHO, Y DIJO:

DESPUÉS RECOLECTAMOS MIEL Y REVISAMOS LAS COLMENAS.


CAE la NOCHE
PUEBLO De
SOBRE EL
LOS
CRUASANES...

Mi Mamá ha perdido la voz.
Recuerdo que antes se reía mucho.
Nos contaba historias interesantes
y le gustaba cantar.
Hace unos meses enterramos †
a Adela, nuestra hermana pequeña.
Desde entonces mamá se quedó muda.
La tristeza le cortó la voz
como una tenaza.
Si quiere decir algo, escribe
una nota en un papel y lo agita
para que lo leamos. Así:

Úrsula
Koryś*
mamá

*«Panal»

¡ESTA NOCHE DANZAN LAS LUCIÉRNAGAS!

NOS SENTAMOS EN EL JARDÍN, A VER LAS LUCIÉRNAGAS DANZAR.

MARTÍN MIRABA ATÓNITO A LOS BICHITOS DE LUZ. DE REPENTE AULLÓ COMO UN LOBO A LA LUNA.

¡AUUUUUU!

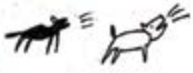
¿QUÉ TE PASA?

MARTÍN: mi amigo el ganso. Me lo regaló KLIMAS, el vecino, cuando lo rescaté de las fauces de un zorro que lo llevaba a su casa para comérselo, patinando sobre el río congelado. Lo llamé MARTÍN porque mamá solía contarme las historias de un chico que viajaba alrededor del mundo en las alas de un ganso que se llamaba así.

Yo también soñaba con viajar por todo el mundo con Martín, esperaba la oportunidad en silencio. Y llegó pronto, aunque fue muy diferente de lo que yo me imaginaba.

¡Toc, Toc, Toc!

En la madrugada del catorce de junio de 1941, dormíamos profundamente y en mi sueño los perros empezaron a ladrar.



Uno, dos, al final toda la jauría.

Aullaban cada vez más fuerte.

¿Os acordáis de lo inquieto que estaba Martín el ganso anoche? Presintió con claridad la desgracia que se aproximaba. De repente unos fuertes golpes en la puerta nos hicieron saltar de la cama. Afuera, los perros del pueblo ladraban furiosos. No era un sueño... Petrificados de miedo, mamá, papá, Dalia y yo aguardamos, ¿quién sería?... Martín el ganso se metió debajo de la cama. La puerta no resistió el golpe y se derrumbó. Entonces irrumpieron en la habitación dos soldados rusos y nuestro vecino Kemsynas*. Uno de ellos nos ordenó que contáramos cuántos éramos: uno, dos... Sacaron al ganso de debajo de la cama. Nos dijeron que nos diéramos prisa, nos empujaron, no hacían más que soltar palabrotas. Nosotros, con los dientes apretados, temblábamos de miedo.

*«Lodazal»

¿Y este?
Viene conmigo
Vale, Jorosho, servirá para hacer sopa.
Tic-tac, tienen 10 minutos, vot tak.
Tic
Tac
Tic
Tac

MAMÁ SACÓ DEL ARMARIO UN PRECIOSO VESTIDO DE FLORES Y PAPÁ SU MEJOR TRAJE.

LES HABÍAN ENSEÑADO QUE, PARA IR DE VISITA, DEBÍAN PONERSE SUS MEJORES ROPAS...

KEMSYNAS, EL VECINO, ESTABA ROJO COMO UN TOMATE, Y EXCLAMÓ:

¡COGED TOCINO Y ABRIGOS!

¿QUÉ TE HAN PROMETIDO? ESTÁS MÁS SALTARÍN QUE EL TOCINO EN LA SARTÉN.

Mamá metió nuestra ropa en una maleta y encima colocó el vestido blanco de mi hermanita Adela... †

Dalia quitó de la cama la colcha que la abuela había tejido y se envolvió en ella como si fuera un chal.

Yo no sabía qué coger.

Mientras miraba a mi alrededor, confundido, Martín agarró el álbum de fotos de la familia y lo escondió bajo el ala.

Ya todo estaba bien.

Me sentía preparado para el viaje. Papá fue al sótano sin que nadie se diese cuenta y regresó con un balde lleno de manzanas. Así es nuestro papá. Ni los soldados armados le dan miedo.

¡VOT SKATINA! ¡MALDITO BICHO!
¿PUEDO COGER ALGUNOS CRUASANES PARA EL VIAJE?
¡NIELSIA! ¡NO!

TRACA TRACA TRA... SALIMOS

Nos marchamos al amanecer de un hermoso día, la carreta resonaba en medio de un inquietante silencio. No se escuchaba ni un grillo, ni un pájaro. Pronto perdimos de vista nuestra casa. De camino los soldados subieron a la señora Kadagys* y después a la familia Jonikaitis con el bebé en brazos. Al final la carreta se llenó. Trébol, nuestro caballo, aunque era el más fuerte del pueblo, apenas avanzaba arrastrando las patas. Íbamos soñolientos y tristes. Esperábamos en secreto que todo fuera un error y pudiéramos regresar a casa en paz.

*«Enebro».

Zeki Ali

Árbol azul

Mira las estrellas ángel mío: todo está bajo,
sobre, dentro y fuera de ellas:
todas se comen entre sí para renacer.

Mientras escuchamos el rumor del viento salvaje bajo el árbol
[azul
me pierdo en la mirada pura de nuestros ojos
y una vez más me multiplico.

Escucha distante su rumor sin soltar mi mano.
Cada existencia está conectada
con el miedo o el amor al otro.

Nutrimos toda belleza bajo este árbol.
Regamos con uzo hasta las raíces del árbol azul.
Trepamos hasta lo alto de las ramas para nutrir los frutos.

Nuestros cuerpos un solo río...
Nuestras miradas una sola canción...
¡Amor mío: reverberamos en el infinito!

Mavi ağaç

Yıldızlara bak meleğim: Her şey onların altında... / üstünde... içinde... ve dışında: / her şey bir birini yutup yeniden doğuyor. // Vahşi rüzgarın sesini dinlerken Mavi Ağacın altında / gözlerinin saf bakışında kaybolup / bir kez daha çoğalıyorum seninle. // Uzak uğultulara kulak ver elimi bırakmadan. / Ya korku / ya da sevgiyle yaklaşıyor her varlık bir birine. // Bu ağacın altında besliyoruz biz her güzelliği. / Mavi ağacın köklerine inerek sevgi suyumuzla. / Dallara kadar uzanıp meyveler besliyoruz. // Tenimiz tek bir ırmak, / bakışlarımız tek bir şarkı... / Sevgilim: sonsuzlukta yankılanıyoruz!

(Nicosia, Chipre, 1951). Estos poemas forman parte de la antología *Poesía sin fronteras V. Antología de poesía hispano-chipriota* (Rosa Ediciones, 2020).

Trae la lluvia cuando vengas

Trae la lluvia cuando vengas
lo que traigas es bueno, eres tú
pero esta vez, por favor, trae la lluvia.
Deberíamos subir a la azotea para besarnos
mientras todos se esconden bajo sus techos.

Fue tras un largo verano que anhelamos el invierno
borramos todo lo que era distinto a nosotros
y trazamos nuestro propio río en el suelo.
A medida que tu perfume se asentaba
en recuerdos imborrables
la arena se secaba en el reloj de cristal.

Trae el bosque contigo cuando vengas
tendremos otro lugar donde escondernos.
Si debemos aprender algo, obligatoriamente
deberíamos aprender de las aves y las abejas el zumbido
¡A quién le importa si no hay libro alguno para hacer la
[miel más pura!

Gelirken yanında yağmuru da getir

Gelirken yanında yağmuru da getir / ne getirsen iyidir, sendir / ama bu defa yağmuru getir ne olur. / Dama çıkıp öpüşelim / herkes saklanırken dam altında. // Uzun bir yazdı, bekleyip durduk kışı / sildik ne varsa bize uymayan / çizdik kendi ırmağımızı toprağa. / Kuru aktı kum saati, / kokun yerleşirken silinmez anılara. // Gelirken yanında ormanı da getir / bir yerimiz daha olur saklanacak. / Bir şey öğreneceksek, mutlaka öğreneceksek / kuşlardan öğrenelim, vızlayan arılardan / varsın kitabı yazılmasın en saf balın! // Bütün yaz kokup durdu bu kasaba / arabeskten yüreğimiz daraldı. / Öğrendik, isyanımız için yazıldı yasaklar / onlara uymadık, inanmadık /

Esta ciudad apestó a lo largo del verano
nuestros corazones se endurecieron con tonadillas de
[mierda.
Sabíamos que toda prohibición engendra motines
en los que no creemos, ni tampoco nos conformamos
con ser otra persona después de todo.

Trae contigo la Vía Láctea cuando vengas.
Deberíamos sentirnos diminutos cuando miramos las
[estrellas
cuando nos fundimos en uno al abrazar a otros
deberíamos desaparecer bajo las marcas registradas.

No fue entrenamiento, ni aprendizaje para nosotros
casi nos atrofiamos.

A medida que buscábamos nuestra propia verdad
saltamos de la clase de los púberes a la madurez.

Tráeme contigo cuando vengas
antes de conocerte me desintegré de izquierda a derecha.
Encontré tu olor y tu alma y quedé paralizado.
Si me falta algo búscalo y una vez encontrado
tráemelo en tu cálido abrazo.

bir başkası olduk sonunda. // Gelirken yanında samanyolunu da getir / küçülelim yıldızlara bakarak. / Bir birimizin kucağında / tek olup kaybolalım / sıyrılıp gidelim markaların altından. // Eğitilmedik biz, öğretilmedik / neredeyse köreltildik / kendi doğrumuzu ararken / sınıf atladık / ergenlikten olgunluğa. // Gelirken yanında beni de getir / seni bulmadan çok dağıldım sağa sola. / Tadını ve ruhunu buldum, çakılıp kaldım / eksiğim varsa bul ve getir / hepsini topla sıcak kucağında.

Cambio

Era un viernes
cuando un dios designado introdujo
la religión en el mercado de valores.
Ignorando los gráficos
caminé entre las pantallas gigantes.

La bola azul gira y gira
sin prestar atención a la gente
traída desde el campo.
Llueve, llueve una lluvia distópica
no visible para rostros fosilizados en vidrio y hormigón.
Yendo a la escuela, volviendo de la escuela
uniformes que perdieron el brillo de su juventud.

Escuchad, es lo que se dice del dinero
que pelea en el seno de la ciencia y las leyes.
A medida que avanza un ejército, se trazan nuevos límites.
Nadie pregunta quién gana con el flujo de
réditos y débitos en el convulso mercado de valores...

Llueve, llueve pura oscuridad
que roba la luz de la vida.
En un gráfico donde el alma sangra
a las puertas de la muerte
un dios designado va dibujando zigzags.

Borsa

Tasarlanmış bir Tanrının / dini borsaya soktuğu bir Cuma'ydı. / Yürüyüp geçtim dev ekrandaki grafiklere bakmadan. // Dönüyor, dönüp duruyor mavi top / doğasından kopan insanlara aldırmadan. / Yağıyor, yağıp duruyor distopik bir yağmur / beton ve camlarda fosilleşmiş yüzlere görünmeden. / Okullara gidiyor, okullardan dönüyor / çocukluğunun lâmbası sönmüş üniformalılar. // Dinleyiniz, paranın kalbi atıyor / bilimin ve yasaların koynunda. / Bir ordu yürüdükçe yeni sınırlar çiziyor. / Kimseler sormuyor / kime yarıyor çalkalanan borsada / borçlarla kazançların akışı... // Yağıyor, yağıp duruyor yaşamın ışığını çalan karanlık. / Ruhun can çekiştiği bir grafikte / zigzaklar çiziyor tasarlanmış bir Tanrı.

Campos de minas

Atravesamos los campos de minas...
La gente murió entre su propia inmundicia.
Todo fue intercambiado salvo nuestras almas.
Ahora las alambradas han quedado tras nuestro horizonte.

Nuestra sangre revivió tras derrotar a la muerte.
Escogió la noche para ignorar las lágrimas.
Devolvimos todo lo que obtuvimos sin preguntar
a hogares, escuelas, ejércitos y estados.

El pasado era como un clavo oxidado
dolorosamente arrancado de nuestra carne.
Caminando entre la basura hasta las rodillas
logramos abrirnos un nuevo camino.

Antes de salir a la carretera
con un beso en tus ojos di la bienvenida al futuro.
Besé tus labios
mojados con nuestra propia sangre.

Nadie sabrá el número de muertos que dejamos
[tras el puente que dinamitamos...
La brisa de la nueva primavera
[ya acariciaba nuestros rostros...

Mayın tarlaları

Mayın tarlalarından geçtik biz... / kendi kirlerinde yokolmuştu insanlar. / Herşey alınıp satılmıştı ruhumuzdan başka / ufkumuzun gerisinde kaldı dikenli teller. // Kan yeniledik yenilmediğimiz ölümle / geceyi seçtik görmemek için gözyaşlarını. / Evlere, okullara, orduya ve devlete / geri verdik istemeden aldıklarımızı. // Paslı çiviler gibiydi geçmiş / etimizden sızlayarak kopan. / Artıklara diz boyu batarak / önümüze boş bir yol açtık. // Öptüm yola düşmeden / geleceğe gülümseyen gözlerini / ikimizin şarkısıyla ıslanan / dudaklarından öptüm... / Ne kadar ölü kaldı uçurduğumz köprünün gerisinde / kimseler bilmeyecek... / rüzgarı vurmuştu bile / yüzümüze yeni bir baharın... / putlar yıkılırken birer birer / kutsal bir ayine dönüştü sevişmek.

Mientras los ídolos iban cayendo uno tras otro
hacer el amor se convirtió en un rito sagrado.

Un pájaro voló

I.
Un pájaro voló
Éramos la sombra
de sus alas
caídas desde el cielo.

II.
Pero no termina aquí. La luz de la luna acariciando tu piel. Asciende sin pausa hacia las profundidades al sembrar de flores tu jardín. Fluyen tus hombros, tus senos y caderas fluyen dibujando una estela de curvas, fluyen dondequiera mis miradas toquetean. Jadea nuestro lecho bajo una mágica luna al deslizarse en nuestra noche.

III.
Dijiste algo. Tus labios eran hermosos fuera lo que fuese. Llueven estrellas, uno solo son en realidad todos los caminos. Al decir algo ya no hubo ni un antes ni un después. Fue maravilloso el olvido al pasar bajo los arcos. Un pájaro voló y heredamos todos sus sueños.

Versiones del turco de Jamie Rosa Romero.

Bir Kuş Uçmuştu

I. // Bir kuş uçmuştu / / kanatlarının / yere düşen gölgesiydik / ikimiz... // II. // Burada bitmez... Akar ayışığı teninde. Durmaz, derinlere iner besleyerek çiçek bahçeni. Akar saçların, akar omuzların, akar kavisler çizerek memelerinle kalçaların, akar nereye dokunursa bakışlarım. Yatak soluk soluğa büyüsüyle gecemize sokulan ayın. // III. // Bir şey demiştin, her ne dediysen güzeldi dudakların. Üstümüze yıldız yağıyor, tüm yollar bir birine karıştı. Bir şey demiştin, yoktu öncesiyle sonrası. Unutmak güzeldi geçerken kemerlerin altından. Bir kuş uçmuştu ve düşleri bize kaldı.

Ciudades quemadas

[fragmento]

Kai Aareleid

Frontera

1960

—Te has hecho muy amiga de ese chico ruso, ¿no? —le pregunta papá a Tiina una mañana, mientras desayunan. Anoche Vova la acompañó a casa después del cine y se quedaron los dos charlando en el patio. Papá estaba asomado a la ventana y los vio.

—¿De Vova? Pues no sé. Hemos salido varias veces, sí. Vamos a pasear y al cine. ¿Pasa algo?

—Parece un chico formal, pero...

—¿Pero qué?

—Hum. Aun así, no me acaba de gustar.

—Ah, ya. ¿Por qué?

—¿Que por qué? ¿Qué edad tiene?

—La misma edad que yo, supongo.

—¿Y tú qué edad tienes?

—¡Papá!

—Vale, vale. ¿Cuántos años son? ¿Doce?

—Trece.

—A eso me refería. Eres demasiado joven.

—¿Para qué, papá? ¿Para qué soy demasiado joven? ¿Para tener amigos?

—Podrías ir al cine con Anne o con alguna otra compañera de clase. O al teatro. Igual que antes.

(Tartu, Estonia, 1972). Éste es un fragmento de su segunda novela *Ciudades quemadas* (West Indies Publishing Company, 2023).

—Pero es que yo no quiero. Quiero que Vova sea mi amigo. ¿Cuál es la pega? ¿Que es un chico? ¿O que es ruso?

Papá se encoge de hombros y da una respuesta vaga:

—No, ni lo uno ni lo otro, pero... no sé.

Mueve la cucharilla con obstinación para disolver el azúcar, pero Tiina le para la mano.

—Papá, todo está bien. No tienes que defenderme de nada. Déjame elegir a mis amigos y ya está, ¿vale? Por favor.

Peeter suspira.

—Tienes razón. Nadie puede defender a otra persona de sí misma.

Tiina arruga el entrecejo pero no dice nada. A veces es imposible entender a los demás, así de simple. A veces intentas conectar con alguien, pero no puedes.

Dos capitanes

1960

Han quedado después de la escuela delante de la casa de Tiina. Ella acaba de deshacerse de la cartera y luego ha vuelto a salir para reunirse con Vova porque él quiere enseñarle su tortuga. Es la primera vez que Vova la invita a su casa.

Vova le enseña la tortuga. La tortuga se llama Timur.

Su piso es grande y está en la calle Heidemann, arriba de la farmacia. A Tiina le gustan mucho los felpudos tan gruesos que hay en la habitación grande y también tapizando las paredes del dormitorio de los padres de Vova: esos cuartos son como cuevas mullidas y sombrías. Vova vive tan feliz en este sitio, piensa Tiina, que se alegra por su amigo. Desde luego, no puede ser fácil estar tan lejos de la tierra de uno, la de verdad. Ellos, los rusos, también deben de tener una tierra suya, la de verdad: en alguna parte estará, y uno siempre echa de menos su tierra. Incluso Tiina echa de menos su tierra, aunque siga viviendo en ella. Es sólo que su familia se ha disgregado.

Encima del hornillo de gas de la cocina hay una cacerola blanca. Vova levanta la tapa y aspira.

—Mmm, el *borscht* de ayer, ¿nos lo comemos?

Tiina cabecea en vez de decir que sí. Tiene bastante hambre. Quizá sea la sopa más sabrosa que haya comido.

Resulta que en la sala de estar de Vova hay un piano de media cola que llama *pianino*. «*Pianino*», repite Tiina.

No es un simple instrumento sino una obra de arte. Tiina hace que sus dedos patinen por la talla de la caja de resonancia. En los candelabros de plata se ha ido acumulando la cera de muchas velas. Aunque Tiina nunca ha sabido tocar el piano, toma una decisión instantánea: «Algún día me compraré uno como este».

—*C. M. Schröder* —dice Tiina despacio, descifrando las letras de oro que hay sobre el teclado. Más a la derecha ve un nombre en cirílico.

—Era de mi abuelo, el padre de mamá. El *pianino* y este...

Vova pasea los dedos por un metrónomo que hay encima del piano, sube el peso hacia la parte superior de la varilla y deja que el péndulo empiece a oscilar. El metrónomo tictaquea, pulsa sereno pero firme. «Nuestros corazones no laten con tanta serenidad», piensa Tiina.

—Mi abuelo era director del coro del Mariinski. Sabes qué es, ¿no? El teatro Maria, o teatro Kirov, en Leningrado.

—Me suena —dice Tiina, aunque no recuerda de qué le suena ni dónde lo ha oído. «Los susurros de siempre», piensa.

—Leningrado tenía otro nombre, San Petersburgo. ¿Ves? Lo pone aquí, en el piano. Y todavía antes se llamaba Petrogrado, en otra época...

—Es raro —musita Tiina.

—¿El qué?

—Bueno, no... Es raro que nosotros también digamos lo de *en otra época* o *en la época anterior*.

—En realidad significa *antes del régimen anterior*. O sea, antes de la unión sovié... Antes de la revolución, puede ser. Antes de Lenin, vaya. Se llama Leningrado por Lenin, la ciudad de Lenin. Petrogrado se llamaba así por el zar Pedro. Y un zar es como un rey.

—Ya lo sé, pero nunca lo he acabado de entender del todo. Lo de que hubiera una época y luego viniera otra. Nosotros decimos *en la época estonia.*

—Sí, sí. Mamá me contó que teníais vuestro propio país. O un zar, algo así. Fue antes de integraros en URSS.

Los dedos de Tiina patinan por la tapa del piano, que despide un brillo mate. En un momento dado su mano se para y ella formula una pregunta en voz baja, sin mirar directamente a los ojos de Vova:

—En tu casa, ¿se habla a veces de la época anterior?

Vova no responde de inmediato. Tiina lo mira de soslayo y observa que el chico se pone instantáneamente en guardia: es una actitud que reconoce con facilidad, porque la ha observado muchas veces en su madre y en su madrina Ene y en otros adultos. El semblante de la persona se queda paralizado por unas décimas de segundo, los ojos se mueven en círculo sin

posarse en ningún punto concreto, el tono de la voz se hace bastante más grave y desciende también el volumen.

—No —dice Vova, que se queda mirando a Tiina unos segundos antes de bajar los ojos de nuevo y añadir:

—Mamá me ha hablado del tema alguna vez. De su padre, de sus hermanas y de su madre, mi abuela. De la guerra, del sitio.

Vova asiente.

—¿Estuvo en el sitio de Leningrado?

Vova asiente.

—No me gusta cuando mamá me habla de eso, se pone rara. Y triste. No quiero que esté así.

—Pues yo al revés, me gustaría que me contaran algo. En mi casa sólo se murmura. Es como si supieras que sí, que algo hay, pero todo es un gran... *tishiná.*[1]

1. ***Silencio*** **(ruso en el original).**

Vova mira a Tiina. Está visiblemente sorprendido.

—¿De dónde te has sacado esa palabra?

Tiina se encoge de hombros, pone los ojos medio en blanco y dice, alargando mucho la e —*Lééérmontov*.

Se quedan parados durante un rato. Ninguno de los dos dice nada.

—¿Qué te ha puesto tan triste? —le pregunta Vova.

—No me ha puesto triste nada, sólo me ha hecho pensar.

Con un movimiento decidido, Vova para el metrónomo y dice:

—¡Ya sé! Una cosa que va a alegrarte seguro.

Y antes de que Tiina tenga tiempo de darse la vuelta, Vova se pone a cantar con entusiasmo.

El chico se ha puesto una gorra de militar y una chaquetilla con galones. Baila y agita las manos en el aire para añadir dramatismo a su interpretación. Tiina no puede mantener la seriedad por más tiempo y eso hace que Vova se envalentone. Se pone firme delante de Tiina, se descubre la cabeza con un gesto brusco, se cuelga la gorra del puño y empieza a cantarle:

Kapitán, kapitán, ulybhítjes,
Ved ulíbka, eto flag karabliá...

Tiina nunca ha visto a Vova hacer tantas payasadas. Pero canta bien. Vova le encasqueta la gorra a Tiina y empieza a desfilar en círculo por la habitación:

—¡Venga, Tínoshka, a cantar! ¡Qué tú sabes!

Tiina se deja llevar. Su aguda voz de soprano entona el primer verso con cautela:

Kapitán, kapitán...

Entonces surge en sus ojos un fueguecillo travieso, se detiene un instante para ladearse la gorra y prosigue con la canción, ahora en su idioma y más segura:

¡Sonríe, sonríe, admirado capitán!
¡Tu sonrisa ondea en el palo mayor!
¡Sonríe, capitán, sé intrépido!
¡Domine el océano quien tiene valor!

Tiina se queda quieta delante de Vova, hace una reverencia caballerosa y agarra a Vova para sacarlo a bailar: ambos recorren bailando el pasillo que sale del dormitorio, continúan bordeando la sala de estar, rodean la mesita baja que hay delante del sofá (Vova se da un golpe en el pie y suelta un grito, ¡ay!) y desde allí continúan a través del cuarto de Vova para regresar al dormitorio de sus padres. Ambos van tarareando la canción del capitán, cada uno en su idioma.

Cuando por fin se desploman jadeantes sobre la cama, siguen tronchándose de risa. Vova se tiende cuan largo es y se apoya las manos en la barriga. Tiina lo observa unos segundos antes de seguir su ejemplo.

—Estamos locos de remate —le dice Tiina.

—A veces me gusta estar loco de remate —responde Vova.

—Creo que a mí también.

Se quedan callados. Tiina se ha quitado la gorra de militar y la hace girar con los dedos.

—No es una gorra de capitán de marina, ¿verdad?

—Es de mi padre, sí. Pero qué más da. ¡Alguna día me darán mi propia gorra de capitán!

—¿Te la darán?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me haré capitán.

—¿Capitán de un barco del río? En Tartu no tenemos mar.

—Aquí no, pero en otros sitios sí —responde Vova, circunspecto.

—¿En otros sitios?

—Todo el mundo puede soñar. ¿O no?

—Sí, supongo.

Tiina se queda en silencio un ratito y al final añade:

—Hasta este año yo no había visto nunca el mar. No me podía imaginar por qué era tan especial.

—¿Ahora ya lo has entendido?

Tiina se encoge de hombros.

—El mar está frío. Es grande. Me da un poco de miedo.

Vova menea la cabeza.

—El mar es una fuente inagotable de oportunidades.

Venid conmigo

1961

Atraviesan el césped hasta llegar al muro de la iglesia y caminan bordeándolo. Las ventanas están cegadas con tablas y clavos. Vova se encarama a una chimenea y encuentra un angosto hueco que podría hacer las veces de puerta. Zarandea los listones de madera que lo mantienen cerrado y al final consigue desprender un par de ellos.

—De perdidos al río. Correremos el riesgo de la maldición.

Vova ya ha metido una pierna por el agujero.

Entre las fauces de los andamios y de los tabiques derruidos se filtra algo de claridad. Tiina se da la vuelta y ve que a su espalda se alza una figura gigantesca y tullida. Antaño debió de ser la imagen del altar mayor. La tiniebla le juega una mala pasada a Tiina: examina la cabeza desfigurada de la estatua y por un instante cree vislumbrar brillos en las fosas vacías de sus ojos. Un escalofrío le recorre la espalda y se aferra a la manga de Vova. Bajo sus pies gruñen unos fragmentos de piedra triturada. Huele a yeso húmedo y a tierra envejecida. La luz, sea donde sea que se origine, va disminuyendo; la penumbra y el silencio envuelven la iglesia. Los muros despiden bocanadas de frío y desde algún punto de la cubierta llega un sordo repicar de piezas metálicas. Luego, un aleteo estridente. Pisadas. Tiina da un respingo.

—Es el viento —le dice Vova, como si hubiese leído sus pensamientos —. Las palomas.

—Las palomas —repite Tiina.

—Sí —Vova mira en derredor—. Debía de ser bonita. Bonita a vuestra manera, al final es una iglesia estonia. Una pena lo de la estatua.

Tiina no dice nada. No ha sido buena idea venir. Este sitio la ha llenado de una tristeza repentina y espantosa, de desesperanza. Las iglesias deberían servir de consuelo a la gente; eso es lo que le explicó la señora Ida o por lo menos así lo entendió Tiina en su momento, pero esto... no, esto no puede consolar a nadie. ¿De verdad la reconstruirán algún día, terminarán las obras?

La señora Wunderlich le había dicho, mirando aquel retrato en el que salían ella y su prometido delante del altar: ahora ya no queda nada. Y tenía razón, ya no quedaba nada. Ni siquiera ella misma, la señora Wunderlich, que tampoco está ya. Cuando les notificaron que iban a hacer una reforma integral del edificio, ella les dijo: «A mí no me hacen falta obras ni mejoras, me traslado al piso de Johannes». Y en el penúltimo día del año, cuando todos los demás vecinos ya habían metido sus bártulos en cajas o maletas, o se habían mudado a viviendas alternativas, sucedió. A ella no le hizo falta trasladarse con Johannes, ni empaquetar nada, ni buscar otra vivienda.

¿Llegará ese momento? ¿Volverán a lucir blancos los muros? ¿Le curarán las heridas a la imagen del altar para que pueda abrir los brazos y decir, sana por fin: venid conmigo? ¿Tapará alguna vez esa cubierta rota la bóveda del cielo, habrá alguna vez cristales en las ventanas, se elevará la torre orgullosa por encima de la ciudad y repicarán de nuevo sus campanas?

¿O derribarán definitivamente todo esto? ¿Traerán un día tractores y camiones, palas y carretas, colocarán raíles provisionales para llevarse los cascotes? ¿Se organizará una jornada de trabajo comunitario para dejar este recinto diáfano y limpio? Si eso llega a suceder, durante una temporada aquí habrá un solar vacío estriado de sendas, pero al cabo de cierto tiempo emergerán edificios altos e idénticos, bloques de viviendas. ¿Qué es más importante, una iglesia o un espacio que se habita?

Tiina está de pie en el hueco de la puerta, mirando las nubes que pasan raudas por encima de las ruinas y sintiendo claramente el discurrir del mundo, el discurrir del tiempo, cómo todo va cambiando a cada instante. Como la iglesia. En cierta mañana de verano estaba allí: los bancos, las campanas, los libros de himnos, los tapetes del altar. Pero en el siguiente instante el cielo se llenó de aviones (porque tuvo que haber aviones, ¿no?), su estela dejó en el aire un ruido ensordecedor y pilas de cascotes debajo.

De súbito, los labios de Vova rozan la mejilla de Tiina: un contacto fugacísimo. Ella regresa desde las alturas, desde la distancia remota, y aterriza en la tarde de marzo, entrelaza los dedos en torno al cuello de Vova y lo estrecha contra sí muy fuerte.

El Mar Blanco

1961

Al final sucede.

De nuevo una iglesia, sólo que ésta es distinta, muy antigua. Otra vez una valla de madera, el cielo, esta vez encapotado. Nubes y viento, griterío de grajos.

—¿Cómo? ¿Tan deprisa? ¿Y lo sabías desde hace mucho tiempo? —Las preguntas emergen como burbujas en una bebida gaseosa y Tiina no consigue pararlas—. ¿Por qué no me lo has contado antes?

—No quería.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Tú qué crees? —le contesta Vova con una aspereza inusitada—. Pues porque sabía que todo cambiaría. Quería que no pasara, mantuve la esperanza hasta el último instante. Incluso ahora tengo esperanza, ¿eso lo entiendes? Aunque vea a mi madre metiendo nuestras cosas en cajas. Aunque mi padre salga de viaje pasado mañana temprano. A pesar de todo.

—¿Adónde se va?

—No lo sé... Lejos.

—¿Cómo de lejos? ¿A Moscú?

—Más lejos todavía.

—¿Dónde es más lejos todavía?

—Son sitios distintos. Atravesando el otro mar, más allá.

—El otro mar.

—Sí.

—Todos los mares son un solo mar. Tú mismo lo dijiste.

Durante un rato, ambos callan. Al final es Tiina quien rompe el silencio.

—¿Sabes cuál es el mar que siempre me ha gustado más, por el nombre? El Mar Blanco, porque...—Se detiene para tratar de rehacerse un poco.—... porque en el blanco estan todos los colores. Todos los colores son un único color y todos los mares son un único mar. Y eso es tranquilizador, un poco por lo menos. Supongo. Así que, como tu no puedes concretar, para mí te vas a ir al Mar Blanco.

Vova no reacciona.

Tiina echa la cabeza hacia atrás y aspira una larga bocanada de aire.

—Tú siempre has soñado con el mar. Por lo menos eso es bueno.

Vova agarra a Tiina por los hombros y aprieta muy fuerte.

—Por favor, mírame.

Tiina lo mira.

—¿Qué pasa?

—Si pudiésemos decidir sobre nuestras propias vidas... Si fuésemos mayores... —empieza Vova.

—Es que no lo somos.

Vova traga saliva y vuelve a intentarlo: —Te escribiré. Enseguida, nada más llegue. Te escribiré todos los días. ¿Me oyes?

Tiina afirma moviendo la cabeza.

—Y vendré, vendré a buscarte, conozco el camino. Por favor, espérame.

Tiina vuelve a afirmar con la cabeza.

Por la noche cae la primera nieve del año, al día siguiente todo está blanco.

Supernova

1962

«Llamamos supernovas a estrellas que han alcanzado la última fase de su desarrollo. Las supernovas se destruyen en el transcurso de la explosión que sigue a una reacción termonuclear. Al estallar, la potencia de la luz que irradia la estrella aumenta varios millones de veces en un instante. Luego sólo queda oscuridad y vacío. Las estrellas muertas no resucitan».

Tiina cierra el libro. En la cubierta se ve una explosión estelar, ese brillo rodeado de una oscuridad interminable, negra como la boca del lobo. La muerte.

Cuando alguien se marcha es como si se muriera.

¿Hay algo peor que la muerte?

Vova se ha ido y no ha dejado rastro alguno, ni siquiera una dirección postal. Tiina no ha recibido ni una sola carta de él.

No saber. No saber es peor que la muerte.

Vova le dijo: «Si fuésemos mayores como nuestros padres. Te escribiré todos los días. Vendré a buscarte, por favor espérame».

Tiina lo espera.

«Tendrás noticias mías».

Tiina sigue esperando ✖

Traducción del estonio de Consuelo Rubio Alcover.

Historia en tres escalas

Stavros Christodoulou

Jloi sintió que algo cálido le hacía cosquillas en la planta de los pies, y después que un dolor agudo le castigaba las rodillas. Se aferró al brazo del hombre de al lado mientras todo su cuerpo, desde las uñas de los pies hasta la raíz del cabello, las piernas, el torso y la nuca, se inflamaba como si un fuego lo abrasase. Se le cortó la respiración. Sentía como si un metal al rojo vivo le raspara la garganta, provocándole una sensación de asfixia. Se había puesto roja como un tomate, pero se daba cuenta de que la sensación que la embargaba no tenía nada que ver con un sofoco. Le ardían las entrañas, se le chamuscaba la piel, los músculos se le endurecían y sentía que la sangre, espesa, fluía con dificultad por sus venas. De repente, el cuerpo se le volvió de plomo. Un saco de tierra seca, piedras y excrementos de animales procedentes de un terreno baldío. Se le petrificó todo: piernas, estómago, manos, pulmones.

Si tengo miedo es que no me he muerto, pensó. Y ese fue el único consuelo que consiguió encontrar. Flotaba fuera de su cuerpo, observándose a sí misma, inmóvil, sumergida en lava púrpura... Tanto de estaño, tanto de cobre, tanto de hierro... calculó mentalmente mientras de los poros de la piel le brotaban metales ardientes y líquidos.

—El mar, el mar... —balbució sin resuello.

Se sintió desfallecer y se aferró a esa palabra para recuperar el aliento. Desde que tenía uso de razón, siempre ahogaba sus penas junto a las rocas. Cerró los ojos y la costa occidental de Kirenia apareció entre la bruma que nublaba su cerebro. El agua del mar la refrescó. Las olas le rozaron las puntas de los pies. Y sintió alivio. Al menos durante un momento: el tiempo de preguntarse agitada qué hacía en aquel lugar. Una mujer perdida en la

(Nicosia, Chipre, 1963). Fue ganador del Premio de Literatura de la Unión Europea 2020 por su novela negra *El día en el que el río se congeló,* inédita en español.

terminal de llegadas del Aeropuerto Internacional de Atenas. Arrinconada en el vacío creado por una fisura del tiempo.

—Tránsito —murmuró, y le sorprendió lo inadecuado de la fuerza con que resonó su voz en aquel entorno ensordecedor.

Movió vacilante los dedos de la mano. Primero los abrió y los cerró, después los apretó con fuerza. Oyó el primer crac. Luego otro más. Era un sonido ahogado que sin embargo consiguió hacerla volver en sí. Sus músculos se relajaron y su cuerpo recuperó una temperatura normal. Cada crac agrandaba la grieta del muro que se alzaba ante ella.

De repente, imágenes de aquel terrible verano, que creía haber enterrado para siempre, pasaron a toda velocidad ante ella. El pozo a un lado del patio, la parra fuera de la cocina, los limoneros... El sudor, la roña y el llanto de las mujeres en Kefalóvrisos. El olor insoportable de los cadáveres en los huertos vecinos. Jristóforos y sus juramentos de amor a la sombra de los montes Pentadáctilos. Y después... Después oyó, con una claridad que le puso la piel de gallina, la respiración húmeda del hombre. Su deseo resonó como el mugido de un animal en medio de la neutralidad de la terminal de llegadas. Su tacto, su miembro duro, sus jadeos, la sangre en los muslos de ella...

«*Bebegim*», le susurró.

Los cardenales en sus muslos, sus pezones heridos, un mordisco en la base del cuello...

«*Bebegim* quiere decir mi niña», le explicó.

Y luego se echó a reír, pero una tos de fumador le ahogó la risa. Como si ese fuese un momento normal entre dos personas que se querían de verdad. «*Bebegim*», resonaba su voz ronca en la mente de ella. Le entraban ganas de vomitar, de vaciarse de todos aquellos recuerdos que, cuarenta y tres años después, aún la perseguían. Era como si lo viese, como si lo sintiese, como si lo oliese, como si fuese ese mismo momento cuando se corría dentro de ella farfullando palabras incomprensibles.

Tenía la nariz aguileña y las cejas pobladas. ¿Era furia o lujuria lo que siempre encontraba en sus ojos? Insistió en que ella le correspondiese con un «*bebegim*», casi le suplicaba —una mínima respuesta, una señal de consentimiento—. Pero ella estaba vacía de sonidos que dejasen entrever vida alguna. Había bajado la vista y no hablaba. Sólo su cerebro se hallaba en estado de febril agitación, intentando registrar cada momento, memorizar hasta el último detalle de aquella prolongada pesadilla. Rasgos huesudos, manos grandes, dos tablas clavadas en forma de cruz en la única ventana del cobertizo... La pala, un cubo de plástico de color azul, unos cuantos limones en el suelo, tan

maduros que habían empezado a pudrirse. La uña, negra por un hematoma, en el índice de la mano izquierda de él. Y la lengua. Su lengua. ¡Su lengua húmeda! Jloi intentaba respirar, pero no le quedaba oxígeno en los pulmones. Su pecho subía y bajaba a toda velocidad. En sus ojos se reflejaba el pánico…

—Un poco de agua… ¡Tráiganle un poco de agua! —gritó el hombre al que se había aferrado unos segundos antes.

Ella lo miró sorprendida, como si acabase de advertir su presencia. Vio su pelo gris, el armazón metálico de las gafas, el cuello de la camisa azul, e inspiró profundamente, aliviada. El eco del ronco «*bebegim*» empezó a disiparse. Sintió que, con un poco de esfuerzo, podría recuperar el control sobre sí misma. Respirar, por fin. Y pensar. Recordar con lucidez… Su prisa al arrastrarla de la mano para llevarla abajo, al huerto, quizás para que no los viese la madre de ella. O para no verla él. Sus besos violentos, su furia al no recibir respuesta alguna de ella.

Un espasmo le sacudió el pecho. Retiró la mano del brazo del desconocido y, cuando por fin sintió que sus piernas tenían suficiente fuerza para sujetarla, dejó que corrieran las lágrimas. La sacudieron unos sollozos quedos, casi imperceptibles, y un llanto catártico mojó su rostro.

Durante todos aquellos años se había convencido a sí misma de que los golpes ocultos no duelen. De que las heridas invisibles no se infectan. Creía que el tiempo de veras lo cura todo. Pero al parecer estaba equivocada. La memoria me mata, reconoció débil.

—¿Está bien? —oyó que le preguntaba el hombre de la camisa azul, inquieto.

—Estoy bien. Gracias… —se limitó a responder. Y le obsequió con una sonrisa cansada.

En realidad quería decirle muchas más cosas, pero las palabras se quedaban atascadas bajo la lengua. Miró a su alrededor, en dirección a los apresurados viajeros. Si avanzaba hacia la derecha, subiría la escalera que llevaba a las puertas de embarque. Si seguía recto, encontraría la salida.

Era el 15 de agosto de 2017 y Jloi Artemíu había cumplido los sesenta y uno veinticuatro horas antes. Una mujer deshecha que vacilaba en la terminal de llegadas del aeropuerto de Atenas, a sabiendas de que un paso desencadenaría su madurez particular. Su liberación. Porque por fin escaparía de la muchacha de dieciocho años que aún se alimentaba de aquella zozobra. Se inclinó y levantó la pequeña maleta del suelo… ✖

Traducción del griego de Laura Salas Rodríguez.

Los veranos con María

[fragmento]

Olja Savičević Ivančević

La educación sentimental 1986

El círculo de mujeres es el eje de las reuniones familiares que se llevan a cabo en ocasión de los feriados, domingos y cumpleaños. Aquí las historias realmente se transmiten de generación en generación, o como se dice aquí, de una rodilla a la otra, o es lo que a ella le parece. Las rodillas flacas, puntiagudas o redondas, bronceadas o en medias de nylon —negras finas o de color piel—, hinchadas, huesudas y suaves, se chocan y se rozan mientras están sentadas en una mesa redonda en la terraza en la segunda planta de la casa situada en la Calle de los Luchadores Caídos. El nombre de la calle asocia a María a las canciones revolucionarias que ellas, las alumnas, antes del bloque de las canciones dálmatas, cantan con voz profunda en el coro del colegio: «Oh, Mosor, Mosor» (versión abreviada), «La joven partisana» y su preferida: «Bosques queridos, les estamos agradecidos». Le encanta cuando en las celebraciones escolares truenan juntas desde el escenario del cine, delante de todo el pueblo, y su voz llevada por las voces de otras chicas navega libre por la sala del cine con paredes tapizadas y más allá, porque nadie se da cuenta si desafina, así finalmente puede soltar la voz y cantar a todo pulmón. De alguna manera se parece al círculo.

Cuando en la reunión familiar alguien llama a María, varias se dan la vuelta y entonces en las gargantas de las mujeres arranca una risa chispeante. Las Marías no sonríen ni boba, ni astuta, ni loca, ni misteriosamente, ellas sueltan risitas y se ríen de corazón, baten sus alas y cascabelean sus joyas, lo que a Mariola nunca le parece de

(Split, Croacia, 1974). Éste es un fragmento de la novela *Los veranos con María* (Fraktura, 2022).

mal gusto, sino muy alegre y de alguna manera atractivo. Las Marías también a veces lloran una delante de la otra, no sé sabe precisamente por qué, pero nadie lo cuestiona; así Mariola, cuando tenía alrededor de doce años, escuchándolas sonarse las trompitas en los pañuelos de tela planchados, se dio cuenta de que las risas y las lágrimas provenían de algo indecible, de algo que las palabras todavía no habían encontrado. Esas palabras, si algún día existen, deben ser naturales y precisas, y deben comunicarse como la música, por ejemplo, pensaba ella.

En cuanto al asunto del mismo nombre, le han dicho que no tiene nada que ver con la tradición, por lo menos no en el sentido común de la tradición como un templo terrenal de normas de una comunidad más amplia que la familia o el círculo de los amigos cercanos, y tampoco con la religión, le dijeron. Con la excepción de la bisabuela Marieta, que iba regularmente a la iglesia y le era un poco más fiel a Dios que a la Lucha de la Liberación Popular y al Partido, la familia de Mariola no es religiosa.

Los motivos por los cuales se iba transmitiendo el nombre son de naturaleza sencilla, sentimental, le explicaron. María, y es difícil negarlo, es un nombre muy bonito y frecuente en todas partes, y sus Marías se querían o por lo menos se respetaban mutuamente por lo menos por un tiempo con profunda confianza, ingenua o sabia, lo que es casi lo mismo, así que es difícil discernir, le han dicho. De igual manera que en la mayoría de las familias, por lo menos por estos pagos, el nombre masculino se transmite de generación en generación, en su familia el nombre María se transmitía con sus múltiples variantes y apodos. Mara, Mare, Marieta, Meri, Merita, Marita, Maríita, Mariucha, Masha, María la Pequeña, María la Grande, María la Bella llamada Natalia, la Bisabuela María, la Tía María, contaban. Dado que sus Marías fueron marcadas por divorcios o muertes prematuras, algunas de ellas llevaban diferentes apellidos, diferentes de los apellidos de sus hijos, y el nombre femenino María era, de una manera muy personal, lo que les unía más que el apellido, que de todas formas es cosa de hombres, le han dicho, lo que ella misma ya se ha dado cuenta.

Después de la comida, que representa una pequeña ceremonia en varios tiempos que empieza con un jerez y concluye con un café y cigarrillo o pipa, los hombres se echarán la siesta o se irán a caminar por algún lado fuera del círculo de mujeres, y aquí se da el comienzo de la historia oral casera, una forma particular de la parresía íntima,

tierna en su forma y tajante en la exposición abierta de verdades incómodas que de hecho todos quieren decir, pero nadie quiere oír.

Así, lo ha notado Mariola, hablan las mujeres cercanas cuando están a solas, cuando en su compañía no hay maridos, hijos ni hermanos, cuando en general no hay ningún hombre a la vista. Quizás por eso la mayor parte de las verdades incómodas de las que hablan las mujeres se refiere a los maridos, hijos, padres y hermanos, observó. Ellas cantan en ese coro, pero cada una tiene una parte paralela.

La madre de Mariola, a la que llaman Masha, desprecia la costumbre común de que las mujeres «se quejen de sus maridos». Le estás echando pestes y luego te acuestas con él, qué sentido tiene eso, se humillan a sí mismas, decía. Daba igual si callaban o se quejaban a todas voces, todo se sabía, siempre se sabía todo y nunca se podía hacer nada: de la vida social las mujeres sólo tenían la historia, el cotilleo, ésa era una sesión colectiva, una forma primitiva de terapia de grupo de la que ellas salían sanadas sin sedantes, pegoteadas mediante sus propias lenguas y lágrimas y uno o dos chupitos de marrasquino o amaro.

La conversación entre las mujeres fluye como un río por la sala. Es un torrente cuyo curso finalmente confluye en algún final, pero que de hecho corre incesantemente entre ellas y las inunda, las remoja para que no se pongan secas y amargas. Las mujeres de la familia y otras saben historias que podrían colmar el comedor e inflamar el hambre por la narración, aquí hay abanicos de emociones, melodías de lenguas de varias partes, marinas y montañosas, olores y colores de verano conservados que saltan desde debajo de las tapas de conservas, el canto y el timbre específico en el habla, pero también la mentalidad, el ambiente de sus patrias chicas lejanas y cercanas.

Mariola es demasiado joven para tener historias propias, pero hace unos años descubrió que tiene la poesía que, a diferencia de la historia, es accesible incluso fuera de la experiencia de una, y su lengua es mágica y misteriosa, e igual que la lengua de la risa y el llanto abarca cosas indecibles: es su manera de entrometerse en la conversación entre las mujeres maduras, su posibilidad de participar y de ser cómplice. Intuyó que su ser se estaba envalentonando y cambiando y que una fuerza hipersensible la empujaba contra su voluntad a la rabia o la flojera y le encauzaba hacia algo que no entendía, algo fuera del alcance de su joven experiencia, y no sabía si venía desde fuera o ese eco venía desde los pozos interiores. Pero, de todas formas, ese algo,

intuía, era mucho más enérgico que sus fuerzas diarias y podía redirigirla completamente, transformarla en una salvaje, expulsarla de la seguridad, incluso anularla. Igual que a los niños hiperactivos cuando se les deja correr y saltar para gastar el exceso de energía, todo lo que ella podía con el exceso que le ha tocado era llenar con fuerza el vacío del papel.

En los momentos cuando la charla se trababa en algún *impasse*, o se volvía demasiado cansina, una de las invitadas adultas decía: Mariolita, cielo, ¿has escrito una nueva y bonita poesía?

Mariola, cuando era más pequeña, sin fingir vacilación, se subía a la silla con determinación y declamaba, y las Marías y otras mujeres sacaban sus pañuelitos de tela planchados y lloriqueaban al unísono o decían, emocionadas, «¡olé!».

Al principio, cuando era más joven, Mariola adoraba y esperaba impacientemente que, de las tareas del hogar, misterios familiares y secretos oscuros, funerales, bodas, problemas en la cocina y en la cama, temas históricos, matrimoniales, de la farándula y los políticos dirigieran la atención hacia ella y su poesía, lo que generalmente no primaba, porque el círculo de mujeres se reúne alrededor de los problemas más importantes, colectivos. Si el problema colectivo es la escasez de café, se reúnen en su casa en la Calle de los Luchadores Caídos porque la madre de Mariola trabaja en el gran almacén local justo al lado del cine, en el departamento de textil y cosmética, un piso arriba del departamento de productos de consumo, y en las épocas de escasez puede ayudar en el abastecimiento. Pero no siempre, dijo.

En invierno detrás de la estufa térmica o en verano sobre el armario, madura un gran racimo de bananas verdes y, porque le han dicho que es una verdadera suerte cazar esas bananas a tiempo porque los clientes las compran en cuanto llegan, Mariola se cree con mucha suerte. Pero las mujeres adultas están preocupadas y turbias, como si el café que están tomando fuera el último, notó.

Mientras en la cocina estaba silbando la olla a presión con leche hervida, cada una encendió un cigarrillo de Partner largo o de Lord: no le hacían caso a pesar de que mojaba terrones de azúcar en sus tazas. Sin herramientas para una rebelión abierta, Mariola perdió la paciencia por completo, y luego la esperanza de que aquella tarde iba a tener su actuación poética. Y cuando ya se sentía completamente miserable, porque algunas de las mujeres ya se levantaron para irse,

cogió el gran florero verde de la mesa y lo dejó caer en las baldosas y hacerse mil pedazos. Lo notaron.

Me han visto, pensó Mariola y se cruzó los brazos en el pecho para no echarse a llorar. Las mujeres adultas estaban asombradas, estupefactas, pero ya no dejaban que la poetisa esperara demasiado tiempo.

La edad infantil pasó muy rápidamente y casi de un día para el otro y sin razones conocidas ocurrió un cambio significativo: la actuación poética delante de la familia se convirtió en una fuente de incomodidad y horror y empezó a evitarla. Se dio cuenta de que la peor cosa que le podía ocurrir a alguien que escribe es que le leyera su propia familia. A veces, si estaba de buen humor, la salvaba Tonka, la hermana menor, con un baile acompañado de alguna canción popular, pero las Marías y otras mujeres de la familia ya no renunciaban tan fácilmente. Si lo rechazaba, se mostraban algo ofendidas.

Cuando se lo confesó al respecto a la prima del padre, la tía Herci, que después de todo era una artista, exbailarina, Herci le dijo que es así, que a cada artista serio o seria su propio arte lo aleja de la gente, pero no de la historia que tiene con ella. Desgraciadamente, dijo Herci y la miró con sus ojos oscuros y románticos, yo no era seria, así que hasta hoy en día sigo arrastrándolos conmigo, en vez de haberlos mandado a tomar por culo a todos y dedicarme exclusivamente a bailar.

De joven estudiante y bailarina de Sarajevo que a menudo veraneaba donde sus familiares en Dalmacia, la tía Herci se enamoró del guapo y rico dueño de la panadería local, el primero que tenía la lancha motora roja. Me casé con vosotros, decía y movía de manera coqueta su cabeza ojona. Los panaderos y los carniceros eran los únicos propietarios privados en el socialismo, pero Mariola suponía que los carniceros eran menos deseables por su oficio, mientras que los panaderos, igual que los militares, digamos, cotizaban bien con las mujeres, por lo menos en la familia de Mariola, observó. También lo eran los pasteleros como el albanés Zef y el húngaro Janosz, pero ellos estaban casados con mujeres de sus países. Sus esposas en el fondo del comercio preparaban pasteles de crema y cocinaban helados y de vez en cuando se asomaban con algún comentario en una lengua que provenía de un mundo del más allá.

En las historias de su familia Mariola sintió que la tristeza es elemental y profunda y que la alegría es una suerte de espontaneidad no filtrada, una falta de necesidad por embellecer las cosas y por el

humor, una desgracia difícilmente entendible que adelanta a la gente un exceso de destino. Demasiado destino, le dijeron las Marías y suspiraron. Demasiado destino para una familia.

La sentimentalidad crónica, igual que alguna palabrota en su habla, a veces le molestaban, desaprobaba y se avergonzaba y se hundía en sus lágrimas, demasiado saladas y dulces a la vez.

La gente en su mayoría es estirada, de sangre fría y reservada, dijo en esa ocasión la tía Herci. Falsamente amable, algunos hasta son crueles, dijo. Ahora las desapruebas, pero vas a echar de menos todo esto, añadió a su manera dulce y seductora y exhaló dos piruetas de humo a través de la mesa. Mariola dijo que nunca las iba a echar de menos, que le hacían sentir vergüenza ajena, que son unas lloronas, pero, por otro lado, cuando creces comiendo sopa clara y muy sensual, ya está hecho, el mundo exterior parece un hueso recocido.

Después de las comidas de domingo los hombres salían a jugar a las cartas o charlar, pero el padre de Mariola, Vjeko Hijo, a veces prefería quedarse entre las mujeres, si era posible reposar su grande cabeza bigotuda en el regazo de su madre, la abuela Meri, y así roncar en el sofá. De vez en cuando, Meri le acariciaba el pelo a su hijo mayor y hacía acompañar su canción de cuna con el cascabeleo de sus anillos y brazaletes de oro. Las mujeres hablaban alrededor del hombre dormido a voz baja, pero también gritaban al unísono en momentos de emoción lo que a él de hecho no le molestaba. Dana Žungulova, la mejor amiga de la abuela Meri, entonces mencionaba a voz baja a su hijo único, la esperanza futbolista que se piró a América. Él era el padrino de corazón de Mariola, y a pesar de que no le quedaba del todo claro, le parecía bonito tener un padrino famoso en América. A pesar de que abandonó nuestro país, y no debía haberlo hecho, las mujeres no se lo tomaban a mal. Si aman a alguien, lo entienden todo. Observó ella.

En una ocasión Mariola y Tonka derribaron sin querer el árbol de Navidad adornado sobre su padre: estaban horrorizadas, pero Vjeko Hijo continuó roncando, derramándose por encima de los bordes del sofá.

Se despertaba siempre con una idea, y justamente la que no le caía bien a su mujer. Porque igual que la mayoría de los tenedores de ideas, el padre de Mariola también precisaba de las personas que las

realizaran: hacer algo, llevar, irse a algún lado, lo que se le ocurriera en el sueño. A menudo se le ocurría algo que había leído en algún libro o algún diario, y mandaba a las mujeres al piso de abajo, a buscar los argumentos. Hasta las mandaba al cuarto de los padres, prohibido si los padres no estaban, totalmente diferente, cercano si los padres o por lo menos uno de ellos estaban adentro para proteger a los niños de ese cuarto. Los niños no tenían permitido entrar en el cuarto de los padres, pero tampoco estaba estrictamente prohibido. Con tal de que, si no se les decía lo contrario, no tocaran nada. Y así era con la mayoría de las cosas que pertenecían al mundo de los adultos y así se podía describir todo de la infancia de Mariola y de otras infancias: haz lo que quieras, con tal de que no te pillen.

Aquel día, cuando de nuevo estaba en el cuarto prohibido, Mariola pisó profundamente en las prohibiciones. En la playa pisó un erizo, en vano meó sobre su talón en la bañera, la mitad de las espinas le quedaron en el pie, lo que no debía admitir porque ya había empezado el cole y cuando empieza el cole no está permitido bañarse en el mar (supuestamente para que no se resfriaran, aunque todavía hacía un calor infernal.) Aguantaba el dolor bajando por la escalera cuando tenía que apoyarse sobre el talón. El padre la mandó al piso de abajo a traer un libro del armario cerrado con llave. El libro se llama *Relaciones genealógicas y otras*, dijo. Después de eso, después de que Mariola rompiera el código secreto, seguía guardar las llaves de cómodas y mesitas de luz, armarios y tocadores, pero Mariola y Tonka sabían conseguirlas, estaban acechando el momento; con razón Masha le decía a sus hijas comadrejas. Comadreja, comadreja, comadreja, les decía, pinchándoles las pancitas. Adentro, en el armario, se encontraba el verdadero tesoro: desde una cajita plateada con joyas de oro, la cosmética comprada en el extranjero, pasando por fotos y cartas de la vida anterior de los padres, hasta algunos libros y revistas eróticas en una caja especial cerrada. Las hermanas adoraban conseguir la llave y revisar a las apuradas esa misteriosa riqueza.

Adentro se encontraba *Alfombrilla de los goces y los rezos* (Editorial BIGZ) de un tal Li Yu, escritor japonés del siglo XIX que Mariola estudió con gran interés frase por frase, siempre prestando atención a devolverlo rápidamente a su lugar sin dejar rastro.

Lo que más le confundía era que en la contratapa se encontraba la explicación del mismo escritor Li Yu, quien afirmaba que

había descrito todas las aventuras obscenas de su protagonista con una intención decente (para disuadir a los lectores de la lujuria y enseñarles lo que nunca y de ninguna manera debían hacer). Estaba sorprendida, demasiado joven como para no creerse la mentira y aceptó la excusa de Li Yu como una intención honesta e imposible. Se lo imaginaba ingenuo, tal vez hasta limitado. Pero si ese era el precio para que Li Yu no perdiera la cabeza por su libro o para que el libro saliera a la luz, no era imposible justificarlo. Lo que a Mariola le resultaba más interesante del libro, es que a través de las numerosas aventuras eróticas del protagonista de Li Yu con varias mujeres, no lograba identificarse con el protagonista, y tampoco con ninguna de sus amantes. Es mucho más natural identificarse con el aventurero que salta de una alfombrilla de los goces y los rezos a la otra, especialmente dentro del género en el que a nadie se le ocurre hacer preguntas filosóficas o morales (excepto las obvias mentiras en el epílogo), llegará a la conclusión, pero más tarde. Ella ya había leído una versión de las *Las mil y una noches* reducida a un tomo delgado, pero ahí por lo menos encontró a Sherezade. Además de las princesas y alguna que otra joven partisana que tiraba bombas y perdía la cabeza, las niñas en otros géneros de vida tampoco tenían a muchas heroínas con quienes podían identificarse. Llegaría a la conclusión, pero más tarde, de que eran tan sólo mujeres objeto y mujeres construcciones. Las mujeres reales en las familias, en el vecindario y sus historias eran los únicos testigos de que la vida de las mujeres no bidimensional ni privada de rebelión, aventura o erotismo, aunque esas aventuras tuvieran lugar en los interiores de las casas o las reclusiones. En los libros de recetas manchados con ron o con huella digital de chocolate, en las contracaras de las fotografías y en las cartas y postales, álbumes de recortes y libros de recuerdos, en armarios cerrados bajo llave, cajones y alacenas encontraba pedacitos y migas de una gran y no escrita historia privada del mundo.

Las calles de la temprana adolescencia, los de la puerilidad masculina en la vida de una niña, de verano olían a sol, turismo, jabón y sexo, aunque en aquel entonces no era consciente de eso, sentía y vivía la libertad que provenía de un ambiente relajado. Y en el mundo hacia el que corría, que llamaban el mundo del arte, lo que más echaba de menos era la realidad, su realidad. Los libros y las películas accesibles

no hablaban exactamente de eso, abarcaban sólo una visión, según la cual entonces el mundo se ordenaba: sobre la vida real de las mujeres se podía encontrar excepcionalmente poco, casi nada. El tiempo estaba menos abotonado, se respiraba más fácil, pero toda esa supuesta libertad de amor y sexualidad en el socialismo era la libertad a medida del hombre, ahí estaba la barrera.

Las cosas secretas e inalcanzables, las que estaban detrás de la barrera, eran aquellas alrededor de las cuales se tejió la joven vida de Mariola. Y tal vez más que la seducción de esos deseos, el miedo de ellas y la necesidad de revelarlas por completo, de preservar su discreta magia.

En cuanto a los secretos del amor, nunca se trataba de ninguna culpa católica o de otra índole, la infancia en un pequeño pueblo de Dalmacia en los setenta y ochenta estaba repleto de chistes obscenos de adultos y niños. Tales vulgaridades desenfrenadas la enfadaban y la avergonzaban, pero aún más le hacían reír con una postura alegre y relajada, de sentido común popular hacia los placeres de la vida. En tales declaraciones exuberantes había menos erotismo y más lascivia que en los libros, eran más alusivos que excitantes, pero las historias que la rodeaban, las primeras experiencias eróticas que intuía llegaban a través de la lengua, años antes de entrar realmente en ese mundo, y contenían un humor chispeante. La gente culta y educada no bromea así, al menos no públicamente. En su humor no hay sitio para el sexo, o tal vez viceversa, llegará a esa conclusión bastante más tarde. Como si la educación no nos hubiera liberado, sino almidonado, se lo dirá a Tonka, bastante más tarde.

Así que una tarde de domingo, aquel verano, justo antes del décimo tercer cumpleaños de Mariola, el padre despertó con la idea de tener que mostrar un libro del cuarto de los padres a la prima Herci. Ese libro, resultará, era significativo por un motivo completamente diferente que el de Li Yu, que ella descubrió por casualidad en aquella ocasión. Se trataba de algo llamado genealogía, un tomo blanco con título rojo escrito en cirílico. Llegó por correo postal, a través de un pariente lejano de la parte montenegrina de la familia. Los montenegrinos prestaban atención a esas cosas.

Qué es la genealogía, no lo sabía. Qué es la identidad nacional, se lo explicó su mamá a poco tiempo después de dejar de usar el pañal

y empezar de usar el inodoro. En aquel entonces había algunos problemas infantiles de digestión que el pediatra declaró pereza intestinal, así que mamá hacía guardia sobre su caca vitoreando por cada ¡plas! que resonaba en el inodoro: ¡Olé, dálmata! ¡Olé, montenegrino! ¡Ahí va, bosnio! ¡Hala, croata! ¡Hete, serbio! Vitoreaba mamá la caquita de su hija, la parte integral, pero también desintegrada de cada ser humano. Nadie antes ni después le explicó mejor la pertenencia a una nación o patria chica.

Ahora quizás convendría decir que le tenía un poco de lástima a los niños que tenían que hacerlo de una sola pieza. Pero qué sabía ella cómo lo hacían otros niños.

La genealogía seguía una línea masculina muy ramificada y fértil que, ejerciendo varias profesiones, militares, funcionarias, hasta ministeriales, se trasladaba desde Grecia a través de Doclea, Yugoslavia y luego por todo el mundo y se interrumpía con los nombres femeninos. En este caso la interrupción se dio con las hermanas María y Tonka. Y así sus nombres, junto con otros nombres femeninos, quedaron inscritos y conservados en su eterno estado de hija. Sus antecesoras hijas, de las cuales sólo se sabía cómo se llamaban y quiénes eran sus antecesores masculinos, nunca crecieron, nunca tuvieron profesión, nunca se casaron ni tuvieron hijos, nunca fueron ni viajaron a ningún lado y nunca murieron. Existían tan sólo como hijas, y como mujeres fueron borradas de la historia, no sólo de la historia familiar, sino también de la historia universal.

Herci comentó con una silenciosa desaprobación que ella no estaba en ese libro. Ya ves, dijo. Su madre Rumica tomó el fusil y se fue a la batalla de Sutjeska. Sus piernas siguen llenas de esquirlas y heridas de las balas. Heroína nacional, y sus hijas no están en el libro. No hiciste nada si no diste a luz a un hijo varón.

El padre de Mariola, Vjeko Hijo, le dio una palmada con su manota pesada a su prima diminuta con una sonrisa debajo de su bonito bigote pelirrojo: ¿Por eso luchamos en la guerra? A nivel declarativo, él siempre estaba del lado de las mujeres, pero como todos los hombres de su generación y de las anteriores, en la vida cotidiana no le dejaba respirar a su propia mujer.

Mariola vio una vez las piernas de la tía Rumica o soñó con ellas, era en la casa de fin de semana en Rastoke. Usaba bastón y tenía la voz quebrada, profunda y ronca del tabaco, que resaltaba

aún más el orgulloso acento montenegrino, tan sólo sus ojos eran grandes y suaves con pestañas espesas como de su hija, la sensual y cálida tía Herci.

En cuanto a las *Relaciones genealógicas y otras* y las posiciones de las niñas y mujeres en ellas, Mariola se dio cuenta de que no se trataba de algo terriblemente descomunal ya que nadie se molestaba, excepto la tía Herci, que siempre se molestaba de una manera que, mirado desde fuera, no era insoportable.

Pero además de Li Yu y su pornografía suave, ese extraño libro, el árbol de la familia truncado, fue el que le hizo a María pensar por primera vez sobre sí misma como mujer, y cualquiera que fuera el lado del que miraba, no le gustaba lo que veía.

Esto es terriblemente tonto, no tiene que ver con el sentido común, dijo Mariola.

Es así, macho, dijeron ellas.

No soy macho. Eso sí que es cómico.

Es una manera de decir.

¿Y se le dice macho a una hija?

Joder, Mariola. Es así, son las costumbres. No lo inventamos nosotras, dijeron las Marías y otras mujeres de la familia.

¿Y por qué no lo inventáis? Yo podría inventar un libro sobre vosotras, sólo sobre las mujeres, dijo Mariola. Así que cuidado cómo os comportáis.

Pues escríbelo, material no te falta. Para tres novelas, se pusieron de acuerdo.

¡No te creas que las mujeres no importen!, se metió también Vjeko Hijo, el teórico.

La genealogía fue colocada en la biblioteca de la casa en la que estuvo de visita durante varios años, en el cuarto de niña de Mariola, y pronto cayó en el olvido por completo. Emergía de vez en cuando, sin importarle a nadie, en los años noventa, cuando los telones de fondo cambiaron y cuando de las paredes bajaron las tapicerías, una xilografía de Lenin y el Camarada Tito (también desapareció aquello del armario con llave del cuarto de los padres). No lo averiguó, pero algo le decía que ahí seguía el contradictorio erotómano Li Yu ✖

Traducción del croata de Nikolina Židek.

Krisztina Tóth

Archivadores

¿Te ha dolido? ¿Me oyes?
No le escuchaba. Tumbada en el sofá miraba
la luz que atravesaba anillos de colores:
como las vidrieras de una iglesia,
azules, amarillos y rojos; nunca lo había visto en un apartamento.
Teníamos que darnos prisa, a las cinco volvía su madre.
Me siguió dando saltitos con los calzoncillos bajados,
me puse en cuclillas en la bañera, él se apoyó en el lavabo.
Qué chulo, ¿verdad? Por la mañana aún es más bonito.

Tenía dieciséis años, han pasado dieciséis más,
un día lo vi en el autobús rojo número siete:
...las vidrieras, ¿te acuerdas?, entre
el comedor y el salón, las habréis dejado ¿no?...
¡Qué va! Las hizo mi padre,
eran archivadores de colores entre los cristales
las trajo de la empresa...
...bajo aquí, tengo que coger el metro.

¿Por qué se desvelan siempre los milagros?
Papá Noel, la cigüeña, y ahora esto.

Versión del húngaro de Yvonne Mester y Enrique Alda.

Dosszié

Nem fájt? Figyelsz egyáltalán? / Nem figyeltem. Néztem hanyatt a kanapén, hogy / süt át a fény a színes karikákon: / mint egy templomban, sárga, kék, piros / ólomüveg: lakásban ilyet sose láttam. / Sietni kellett, ötre jött az anyja. / Letolt gatyában ugrált ki utánam, / a kádban guggoltam, ő a csaphoz állt. / Szerintem is klassz. Reggelenként a legszebb. // Tizenhat voltam, eltelt még tizenhat, / mellettem állt a piros hetesen: / ...az ólomüveg, tudod, az ebédlő / és a nappali közt, azt ugye meghagytátok? / ...dehogy hagytuk. Azt még apám csinálta, / színes dossziék a két ablak között, / a vállalattól hozta haza őket... / ...én most leszállok, metróval megyek. // Mért lepleződnek le mindig a csodák. / Mikulás. Gólya. Most meg ez.

(Budapest, Hungría, 1967). Este poema es parte de *El sueño de la amante* (Olifane Ediciones de Poesía, 2016), libro ganador del Premio Marcelo Reyes a la Traducción 2016.

Manual de despedidas

[fragmento]

Jana Beňová

Un chico dibuja en un mapa de la ciudad un plan de despedida. Esa noche va al cine con una chica. Busca en el mapa el trayecto más largo: cine — casa de la chica. El rodeo más grande. Un zigzag escandaloso. Un laberinto peregrino.

Cuando Mamá empezó a morir, su hijo Ian eligió el mismo método para despedirse.

Elza. Estoy sentada en el autobús y tengo ganas de hacer pis. Es un viaje largo. Sin paradas. Sin pausas. Sin descanso. Me estoy haciendo tanto pis hace ya tantas horas que me parece que, en lugar de corazón, cerebro y sangre, no tengo más que orina. No puedo pedirle al conductor que pare. El pasillo está lleno de gente de pie, desesperada. Tendría que saltar por encima de sus cabezas para salir. Sin saber qué hacer, pienso en seres que tuvieran tantas ganas de hacer pis durante tantas horas, que tuvieran en lugar de circunvoluciones cerebrales orina, y en lugar de sangre orina, y la orina corriera por su corazón y sus venas y palpitara en sus arterias, y viajaran en silencio, callados y tensos, en trenes y bajo cabinas de camiones, y pienso en prisioneros, en los rehenes del teatro musical ruso, que tenían que ir al retrete al proscenio, y en aquel filósofo al que le daba vergüenza interrumpir el debate y dejar la mesa para ir al baño, hasta que en mitad del banquete, justo en mitad de una idea, le reventó la vejiga.

En la alemana que entró a la carrera en los cuartos de baño para turistas de aquel acantilado portugués sobre el océano y corrió de una puerta a otra, aporreándolas con los puños y gritando: «Hil-

(Bratislava, Eslovaquia, 1974). Éste es un fragmento de su libro traducido al español *Manual de despedidas* (Sexto Piso, 2020).

fe! Hilfe!».[1] Y afuera su marido alemán basculaba y fingía que no tenía nada que ver con ella, que estaba en aquel lugar totalmente por casualidad.

1. En alemán, «ayuda» o «socorro». (*N. de la T.*)

Y en Rebeka, cuando fue de viaje a París, aguantándose, aguantándose de tal manera que empezaron a castañetearle los dientes y le parecía que se estaba intoxicando, hasta que Elfman la obligó a bajarse las bragas en mitad de un bulevar parisino lleno de gente, porque ya no soportaba escuchar aquel castañeteo, y de pie frente a ella le gritó: «¡Mea, por Dios! ¡Mea de una vez a gusto, angelito!». Y ella, embriagada por un instante, se olvidó efectivamente del mundo y de la gente a su alrededor.

Y pienso en la madre de Ian, cuya larga enfermedad tuvo su inicio cuando ya no fue capaz de encontrar el retrete, pero aún sabía que tenía que buscarlo. Que no se hace pis de cualquier manera en cualquier parte. Y por la noche se hizo pis en sus zapatos de calle. ¡Oh, con qué precisión!

Elza a Ian. Y pienso en cuando vivíamos subarrendados en casa de doña Maria Da Luz. Vivíamos en el mismo piso, ella era la dueña. Y cuando acabamos de hacer el amor, yo fui a lavar los platos mientras tú dormías. Y después saliste disparado al cuarto de baño.

Cerrado con llave. La señora de la casa estaba allí sentada. Impotente, corriste hacia mí, me apartaste un poco hacia un lado, junto con los platos, y measte. Formando un gran arco, por encima de las tazas y los platos, directamente en el desagüe. Y a mí me parecía que doña Maria estaba abriendo la puerta, temía que entrara en la cocina. Y tú no parabas de mear. Como si aquello no fuera a acabar nunca, como si de repente no tuvieras fondo, como si no pudieras saciarte de aquella libertad en la cocina. Y luego, sin decir palabra, te marchaste. Impune y orgulloso como un joven lobo. Del fregadero (como de tu pelaje) salía vaho.

Y pienso en los niños a los que, siendo ya grandes, siguen haciéndoles la cama con un plástico. En el húmedo cerco en los pantalones del borracho sonriente: un mandala que resplandece con el primer sol de la mañana.

En Ian, de pie en el patio de hormigón del bar, forcejeando inútilmente con la manilla de la puerta cerrada del retrete. En el grito del dueño del bar.

—Pero ¿qué está haciendo ahí? ¡Por Dios!

—¿No ve que estoy meando? Meando. Así que no me grite. Eso no se puede parar.

Barricada familiar. Son las cinco de la mañana, estoy sentada en el felpudo delante de la puerta, llorando. En el suelo, al otro lado de la puerta, está sentada la madre de Ian. No se puede entrar. Ni salir. Una fortificación familiar. Una barricada. Una barbacana.

Ayudo a Ian a acostar a Mamá en la cama. Es pequeñita y enjuta. Ya hace tiempo que nos estamos despidiendo de ella. Ian le cura las escaras de decúbito. Tiene los pies cubiertos de sangre oscura. Recuerdo cuando, años atrás, empezó a perder la memoria y aún no se daba cuenta: decía que esos olvidos se debían sin duda a que en la infancia tenía que madrugar mucho y hacer un largo camino hasta la escuela. Cuando aún no había amanecido, se unía a los obreros. Apenas podía mantener su paso. Y lo peor era en invierno. Por eso ahora no recordaba nada, decía. Siempre que le miraba los pies ensangrentados, me daba la impresión de que cada noche, mientras dormíamos, tenía que recorrer de nuevo aquel largo, penoso camino, y unirse, aún de noche, a los obreros.

—¿Va este tranvía a la ciudad?

—Y ¿adónde necesita usted ir?

—A la ciudad.

—¿A la ciudad adónde?

—A la iglesia.

—¿A cuál?

—A la plaza.

La mujer que quiere ir a la iglesia no entiende las indicaciones de la gente en el tranvía. La confunden sobre todo los nombres de calles, de plazas, todo lo concreto y preciso. Un señor mayor intenta hacérselo comprensible empleando los nombres que tenían los lugares hace años.

—¿Necesita llegar a Stalin, señora? ¿A la plaza Stalin?

Mamá olvidó en primer lugar los nombres de las calles. Los siguieron los nombres de los hijos y de su marido.

—Yo nunca he tenido hijos —decía.

Después dejó de entender el significado de las palabras. Por la noche, tras la puerta cerrada, Elza escuchaba intrigada cómo recitaba la salve. Con exactitud y a la perfección, una palabra tras otra.

A pesar de que ya no entendía las palabras. Las empleaba eligiéndolas a su antojo. Según un código desconocido. Las repetía como un muecín. («Padre es malo, un cerdo», solía decir cuando se sentía sola. «¡Miserables! ¡Canallas!», chillaba enfadada. «Keňérka, [2] Bollitos y salsitas», así llamaba al hambre. «Señora Doctoresa» era alguien que curaba. O que al menos debería hacerlo).

2. ***Kenyérke*, en húngaro «panecillo». (*N. de la T.*)**

Mamá ya no recordaba que Ian era su hijo. Pero se le desarrolló una memoria nueva. Ian era la persona que cuidaba de ella. «Usted es el mejor», lo abrazaba cuando entraba a su habitación. «Miserables, miserables», susurraba tras la puerta cuando se marchaba. «Usted es la mejor», le acariciaba el pelo a Elza. «Canalla, pedazo de canalla», repetía cuando estaba a solas.

Elza puso en la mesa, frente a Mamá, puré de patata con carne blanca cortada en trozos pequeños. A mamá sólo le gustaban los colores alegres, no se fiaba de las comidas de tonos oscuros. Despacio, pasó el tenedor por la superficie del puré. Ian trajo la fuente del horno con el pollo y la colocó en el centro de la mesa. Mamá miró con ansia la carne asada. De pronto reconoció el verdadero aspecto, no degenerado, de la comida. Aún recordaba cómo se supone que debe ser la tentación.

—*Keňérka* —dijo.

–Tú tienes lo mismo, Mamá —le explicó Elza—. Simplemente lo tienes partido en trozos pequeños, para que puedas tragarlo con facilidad. —Mamá, sin embargo, no apartaba la vista de la carne asada. Al rato apretó obstinada los labios y apartó el plato con el puré—. Te doy un poco, Mamá. Pero no te lo vas a comer entero. ¿Te lo vas a comer entero? —Elza cortó un trozo de carne y se lo sirvió en el plato a Mamá. Mamá contempló el pollo satisfecha. Al momento se puso nerviosa. No sabía qué hacer con aquello. Le entró miedo. Se levantó rápidamente de la mesa y se encerró en su cuarto para huir del muslo asado.

Mamá había sido una gran espectadora de televisión. Cuando estaba sana, veía la televisión cada noche, las noticias y después una obra o un serial. Ni siquiera quería viajar, porque afirmaba que en el extranjero echaría en falta la programación eslovaca. Conocía los nombres de todos los actores eslovacos («Esta película debe de ser muy antigua, porque Mistrík está todavía muy joven ahí»).

Cuando enfermó, la televisión empezó a espantarla. Tenía la impresión de que los actores se dirigían directamente a ella con sus réplicas. Que esas personas en la pantalla constantemente querían algo de ella. «Ya tengo bastantes problemas», los ahuyentaba Mamá. El único al que al final soportaba mirar era el comisario Derrick. Lo último que le sonaba de algo en televisión fueron sus afables ojos saltones.

Sentada en el jardín, Mamá observaba cómo Ian cortaba la hierba.

«Atlético», quiso decir, admirada.

—Patético —dijo en su lugar.

En lo referente a las visitas, Mamá al principio se alegraba de tener a gente en casa. Despertaban su interés, quería estar en la misma habitación que ellos. Al momento, sin embargo, comenzaba a asustarse. Sobre todo si hablaban mucho o se reían muy alto. Eran un trago para ella. Se levantaba despacito de su asiento e intentaba marcharse disimuladamente. Se metía en su cuarto, pero sin cerrar la puerta. Después de un rato regresaba de puntillas. Se quedaba detrás de la puerta entornada, observando a la gente en la habitación a través de la estrecha rendija que dejaba la puerta entreabierta. Sólo la delataba un murmullo horrorizado que no era capaz de contener.

Ian conocía bien aquel puesto (aquella posición) tras la puerta entornada. Durante su infancia se quedaba allí de pie a menudo, en pijama, e intentaba ver a escondidas la televisión en el otro cuarto. A pesar de que sus padres estaban sentados dándole la espalda, lo descubrían siempre sin girar siquiera la cabeza.

Ian mira su rostro en el espejo y dice que ve a Mamá.

—Cuanto más envejezco, más me parezco a ella. Tanto más la recuerdo. Me miro y veo su cara. Aún sana.

Algunas palabras no sucumbieron a la corrupción. Aun cuando Mamá había olvidado que tenía hijos y sus nombres no le decían nada, no había ocurrido lo mismo con la «Señora Doctoresa», que, en cambio, jamás había existido en realidad.

De sus tres hijos, al que recordó durante más tiempo fue al que estaba en América. Esperaba de él que la protegiera de los demás hijos, que habían permanecido en casa y se habían vuelto «unos canallas y unos miserables».

Se había convertido en una mujer sin hijos que nunca había estado casada. De su infancia tan sólo recordaba a su padre, que había abandonado a la familia siendo ella niña. Por turnos, unas veces lo esperaba y suspiraba por que se la llevara a casa, mientras que otras lo insultaba y lo llamaba cerdo. Cada mañana le preguntaba a Ian cómo había llegado hasta allí y quién la había llevado. ¿Hasta cuándo tenía que estar ahí?

«Keñérka, salsitas y bollitos» lo recordaba porque siempre tenía hambre. Sufría porque había olvidado cómo se traga. Tenía miedo de llevarse algo a la boca. No sabía qué hacer con ello. La comida le crecía en la boca. No podía respirar. Elza la alimentaba a cucharaditas. Mamá apretaba los labios. Cerró la boca con candado.

Aquella mañana tomó entre sus manos la cara de Ian con ternura.

—Tiene usted una hermosa barba —dijo fervorosa.

A Elza se le vino a la cabeza la barba de Walt Whitman. Había leído que parecía como si se pudiera comer.

—Bueno, Mamá, deja al señor... Ven, vamos al cuarto.

—Creo que lo de las «salsitas» se le ha quedado por mí —le dijo Ian a Elza—. Cuando era pequeño, no dejaba de dar la matraca con eso, quería comerlo todo con salsa. «Salsa, salsa», daba golpes en la mesa con la cuchara.

Mamá aceptaba cada vez menos cucharaditas. Ian y Elza sospechaban que se moría de hambre.

—*Keñérka* —repetía, sentada a la mesa.

—¿De verdad quieres k*eñérka,* Mamá? Te lo traigo. —Elza le ponía una rebanada de pan en las manos a Mamá.

—No me han dado k*eňérka* —repetía Mamá y, espantada, miraba el pan en sus manos. Con una mano acariciaba el mantel blanco, en la otra sostenía el pan, k*eňérka* sin parar. Elza presidía la mesa. Lloraba.

En el transcurso de una noche Mamá se olvidó de sus dientes. Se quitó la prótesis y, al levantarse por la mañana, había descartado que tuviera cualquier tipo de relación con ella. La idea de meterse unos dientes en la boca la aterrorizaba. Algo así de grande, filoso y duro no tiene cabida en la boca. ¿Qué pasaría entonces con la lengua? Y ¿por dónde respiraría? No quería ni mirarlos. Prefería esconderlos. Bajo la almohada, en el armario, en el florero.

A Elza le costó varias horas colocárselos de nuevo. («¡Abre la boca y ponte los dientes! Ponte los dientes, Mamá. Tienes que metértelos en la boca. No tengas miedo, Mamá, son tus dientes. Métetelos en la boca»). Fueron días de dientes, días de prótesis. Se quedaba plantada frente a Mamá con los dientes en la palma de la mano. Tenía que interponerse en su camino, tenía que perseguirla, de lo contrario no volvería a metérselos en la boca jamás. Los labios se esfumarían. La boca desaparecería como si algo se la hubiera tragado. (¿Las mejillas?). Su rostro se convertiría en un escotillón. En un laberinto.

Elza acosaba a Mamá desdentada por el piso, ofreciéndole con insistencia la prótesis. Oprimía los dientes en la mano crispada. Mamá lloraba de miedo. Ian se tapaba los oídos. Elza salió corriendo al patio: apretaba impotente los puños sobre las palmas mordidas.

Elza. Mamá se duerme y nosotros vamos a la habitación de al lado. Vemos la televisión. Una película en la que los dinosaurios se van comiendo a una persona detrás de otra.

—¿No la hemos visto ya? —pregunto.

—Ésta no —dice Ian.

—Tengo la sensación de que sí, de que ya la hemos visto.

—Qué va.

Me fío de Ian. Media hora después, sin embargo, vuelvo a tener dudas.

—Pero me acuerdo de esta escena, tal cual.

—Pues sí, igual sí la hemos visto —admite finalmente Ian.

Las truculencias de la película se intensifican. Nos quedamos en silencio.

—¡Ah! —chillo cuando el dinosaurio troncha entre sus dientes la pierna de una joven científica

—¡Pero, Elza, si no es más que una película! ¡Aunque tampoco entiendo cómo han podido quedarse sin armas tan pronto! —se altera Ian cuando los dinosaurios empiezan a acosar a todo el grupo de investigadores.

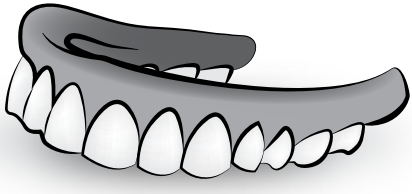
Al tropezarse uno de ellos mientras corre, Ian grita.

—¿Quieres que cambie de canal? —pregunto.

—No, pero baja el volumen, por favor. En estas películas americanas están siempre berreando.

Me fui a la cocina y me puse a leer un libro. Eran relatos alegres. Cada dos por tres me sacaban de la lectura los gritos de Ian, que acompañaban a la lucha de los humanos contra los monstruos. El último relato resultó inesperadamente largo y triste. Apagué la luz y me quedé dormida unos instantes después de Ian. Al levantarnos por la mañana, Mamá ya estaba muerta ✖

Traducción del eslovaco de Patricia Gonzalo de Jesús.



Sentirse azul, vestirse de rojo y La muerte en traje verde

[fragmentos]

Ersi Sotiropoulos

Sentirse azul, vestirse de rojo

Le gustaría que le dieran la bienvenida cuando vuelve a casa de la oficina. Por eso siempre tocaba el timbre de la puerta principal. Llamaba al ascensor mientras intentaba equilibrar los bolsos en el hombro y, en el pequeño espejo de la entrada, su cara siempre estaba sonriente, de buen humor. En el quinto piso encontró cerrada la puerta del apartamento, tuvo que tocar el timbre y esperar cargado. Sin verlo, supo que su rostro seguía alegre, sonriente.

La puerta se abría, los pasos se alejaban a toda prisa, la sombra de una prenda pasaba por su campo de visión y desaparecía. Lo recibía una habitación vacía. Las luces encendidas, el perchero que se inclina en invierno con abrigos y como un árbol seco con las perchas vacías en verano. Así cargado como estaba, con una sonrisa en los labios, miraba maravillado hacia delante.

Pagarás por esto, le decía la casa. Me lo pagarás, decían todas las habitaciones. Pero no perdió su buen humor. Dejó los bolsos sobre el escritorio como si desmontara y caminaba a grandes zancadas por el pasillo. «¡Magda!», gritó, «¡Magda!». Silencio. Pero bueno ¿dónde estaba el perro?, ¿qué hacía?, ¿por qué no corría a recibirlo con ladridos y saltos?

(Patras, Grecia, 1954). El primer texto es un fragmento de la novela breve *Sentirse azul, vestirse de rojo* (Ediciones Patakis, 2011) y el segundo es uno de los relatos que componen su libro más reciente *El arte de no sentir nada* (Ediciones Patakis, 2022).

El perro dormía bajo la mesa de la cocina. Al oírlo acercarse, abrió un párpado y volvió a cerrarlo. Sobre la placa eléctrica, la olla estaba vacía con un tenedor con espaguetis acechando en el fondo. Hop hop, veamos la nevera. El *tupper* de queso vacío con migas amarillentas pegadas. Un tomate podrido. Hop hop, vamos a comer tostadas. El paquete de tostadas estaba vacío.

Se oyó un gruñido procedente del fondo de la casa. Salió al pasillo y puso la oreja. Luego se paró frente al dormitorio y empujó la puerta. Metió la cabeza por el hueco e intentó vislumbrar en la oscuridad. Las persianas estaban bajadas. El ambiente era sofocante. Magda estaba fumando tumbada en la cama.

«¿Quieres que salgamos hoy?», le preguntó desde la puerta.

Magda dio una calada, la lumbre del cigarrillo iluminó sus ojos negros y se apagó de inmediato.

«¿Vamos al cine o a algún sitio a comer?, ¿qué te parece pescado?», insistió él.

«Déjame», le cortó ella con voz ahogada y se puso en pie de un salto.

Así que estaba llorando otra vez, eso era, se dijo a sí mismo. Por un momento se quedó quieto en la puerta, mirando la oscuridad que se extendía ante él. «Bueno, si cambias de opinión, aquí estoy», dijo y salió de la habitación.

«Cerdo», gritó ella y corrió tras él. Le tiró de la camisa. «Me das asco», le dijo con voz temblorosa. Parecía dispuesta a escupirle. Su rostro estaba deformado por el llanto y sostenía un trozo de papel andrajoso. «Cógelo», le dijo, y lo empujó con todas sus fuerzas.

Él se balanceó y se apoyó en la pared. No se sentía alterado. Guardándose el papel en el bolsillo, fue de habitación en habitación como si explorara una casa desconocida. Estaba distraído, pero se fijó en los pequeños detalles: el grifo goteaba en la cocina, una hoja de ventana repiqueteaba en la claraboya. Sobre todo, se sentía incómodo caminando por la casa cuando ella estaba fuera de sí. Pero no tenía dónde ir. Esta era su casa. Este era la casa de ambos. Abrió la puerta de la terraza y salió.

No importa, se dijo, no importa. Sacó el papel andrajoso del bolsillo. *Estoy sola en la cama, pensando en ti. Te beso por todas partes...* El resto no se podía leer. *Te beso por todas partes*, eso debió enfurecer a Magda. Miró las flores en las macetas, los tiernos brotes que se mecían

a la luz de la tarde. En el fondo era un tipo romántico. ¡Cómo desearía que pudieran volver a estar juntos después de una gran bronca y revivir la pasión del primer mes de haberse conocido! Hacer el amor y que ella se aferrara a su cuerpo y se retorciera y en sus ojos sólo viera su mirada, que se reflejara sólo él, sus sueños, sus deseos, en una espiral abismal que la devorara y la hiciera desaparecer mientras él emergía intacto, magnífico, único, un hombre que no necesita soñar porque todo lo que desea se ha hecho realidad, un hombre que no desea nada porque él mismo es la encarnación de todos los deseos.

Un pajarillo gris se detuvo junto a la maceta de albahaca y lo miró. Él también lo miró, sintiendo que le invadía una sensación de vértigo. El pájaro sacudió las alas y se echó a volar. Se quedó un momento en la cuerda del tendedero, luego volvió a revolotear ligeramente y desapareció. Miró la ropa colgada en la cuerda. Dos pares de calcetines suyos, un sujetador de Magda, una blusa amarilla. Y, de repente, le invadió la melancolía. Estas ropas que se estaban secando una al lado de la otra... Pasarían los años, envejecerían, morirían. Sus ropas se secarían juntas, se hincharían al compás del soplo del viento, ondearían despreocupadas en su pequeño paraíso serpentino que era el único que conocían, el único paraíso posible.

Basta. Tenía que pensar en otra cosa, reaccionar. Cerró los ojos y recordó a la pequeña gimnasta que había conocido hacía unos días, sus pechos redondos e inmaduros, su culo firme. Había entablado conversación con ella, pero no había conseguido llevarla a tomar algo. Ni siquiera se había atrevido a pedirle su número de teléfono. Y lo más probable era que no volviera a verla. ¿Cómo se llamaba? Tampoco consiguió saberlo. Llamémosla Olga. Bien, Olga... Volvió al vestíbulo, abrió el cajón del escritorio, buscó bolígrafo y papel. Luego volvió a la terraza, se sentó en la mesa y empezó a escribir con letras grandes y redondas:

«¿Cómo aguantas que estemos lejos y no hagamos el amor en este momento, Olga?».

Dobló el papel, volvió al vestíbulo, se quitó la chaqueta y guardó la nota en el bolsillo interior.

«Voy por tabaco», gritó. Estaba seguro de que en cuanto oyera cerrarse la puerta, ella correría a rebuscar en su chaqueta. Esperó un minuto, apoyado en el marco de la puerta. «¿Quieres que te traiga algo?». Silencio. Abrió la puerta y salió con una sonrisa de triunfo en los labios. Al final, soy un romántico incurable, se dijo a sí mismo.

La Muerte en traje verde

Regreso a Atenas después de un mes con los peores propósitos. No es que pase nada terrible, pero por una vez me gustaría saltarme el verano, las exclamaciones sobre las islas, los escaparates con bañadores. Ojalá fuera ya septiembre, las primeras lluvias, el olor a tierra mojada, y esta pesadilla hubiera quedado atrás. Familiares esperando en llegadas, bebés gritando, agentes plantados con carteles. A mí nadie me espera. Me gusta volver sola, tomar un taxi o un autobús, y en el trayecto a casa fingir que mis pensamientos siguen, de la mano del azar, su propio hilo.

Fuera de la terminal del aeropuerto, voces ahogadas, bocinas, gargantas temblorosas. Y calor, calor como si estuvieras en un baño turco. Algo tiene que pasar, me digo, y afortunadamente pasa. He sacado billete y me enciendo un cigarrillo mientras espero el autobús. Dos mujeres charlan a mi lado. La conversación, sobre el colesterol. «Milner ha sacado un queso feta con solo un 17% de grasa, y ese es el que compro», dice una de ellas. «Yo compro feta de Calábrita», dice la otra. «¡Pero con la grasa qué tiene!», dice indignada la primera. «Lo sé», le responde melancólica la otra, «pero es el mejor». Las miro de reojo. Es increíble lo que alivia escuchar una conversación entre desconocidos. Te cuelas como un vampiro en sus vidas y ese poquito de sangre que les sacas tiene un efecto tranquilizador, sea cual sea el tema de conversación. Las mujeres hablan de su viaje, habían ido a visitar a sus hijos a Londres, todo de maravilla, pero se alegran de estar de vuelta. «¡Ay! ¡Grecia!», suspira la del feta Milner.

Arrastro la maleta al autobús y me siento junto a la ventanilla. Afuera cae la noche, cenicienta, algodonosa. El autobús se va llenando. De pie frente a mí, un joven, muy delgado y feo, muy seguro de sí mismo. Feo pero guapo, pienso. Esquelético y con el culo alto. Lleva pantalones con bolsillos militares, en la camiseta pone «Ragazzi». Un muchacho de Pasolini. Albanés, seguro. Por alguna razón me lo imagino comiendo *yiros,* cómo mordería el pan pita a mordisquitos audaces, separando el tsatsiki de la cebolla con esos fuertes labios rojos, cómo escupiría, cómo...

Algunos se han dormido. Una pizca de aire se cuela por las ventanas abiertas, y más allá, en las colinas calvas, las luces están todas encendidas. La temperatura rondará los cuarenta grados al entrar en la

ciudad. En el cruce con la avenida Alexandra, el aire es tan pesado, tan aceitoso, que parece que el asfalto echa humo. Personas y automóviles reman en la espesa gelatina. Hay un método llamado PNL, programación neurológica o neurolingüística o algo así. Lo he leído en alguna parte. Tienes que visualizar lo que te asusta para poder enfrentarte a ello. Eso hago yo ahora, intento visualizar el verano griego.

Bajo del autobús empujando la maleta. Filas de taxis vacíos. Perros callejeros. Un poco más adelante hay un solar y un viejo almacén reconvertido en bar. Más allá, en un cartel de las rebajas arrancado, saltan de un cubo cuerpos y cabezas. Dos obreros desmontan una marquesina encaramados a una escalera a punto de derrumbarse. Hierros que cuelgan, el local está abandonado y muestra su vacío como un vientre abierto. Sigo mi camino. En un parterre, una pareja besándose, toman aire, se miran a los ojos y vuelven a empezar.

Veo a un tipo parado a la entrada del edificio, leyendo los nombres en los timbres. Estatura media, arreglado, lleva un traje verde.

—¿Busca algo? —le pregunto.

Y antes de que me responda, oigo su risa. Se aparta para dejarme entrar.

—Soy nuevo —me dice.

Yo no digo nada. ¿Nuevo inquilino? ¿La Muerte en traje verde?

Subo en el ascensor. Una cucaracha con un caparazón compacto y brillante espera frente a la puerta del apartamento. Inmóvil, agitando perezosamente las antenas. Todo en orden. Todo en su sitio.

P. S. Tres días después, la cucaracha sigue ahí. La Muerte no se ha presentado ✖

Traducción del griego de Vicente Fernández González.

Nadia Comăneci y la policía secreta. *Historias de la Guerra Fría*

[fragmento]

Stejărel Olaru

Un salto en la oscuridad

En la noche del 27 al 28 de noviembre de 1989, siete personas se encaminaron apresurada pero cautelosamente hacia la frontera entre Rumanía y Hungría. Bajo sus pies, la tierra congelada crujía ruidosamente o eso les parecía mientras avanzaban sobre los profundos surcos de un campo arado. A intervalos, escuchaban ladridos a la distancia desde las aldeas circundantes y se asustaban pensando que tal vez serían los causantes de la molestia de los perros. Ahora, pasada la medianoche, la temperatura había bajado tanto que el frío se había convertido en un verdadero peligro, aunque no era el único, ni siquiera el más importante, pues los siete se habían embarcado en la aventura más peligrosa de sus vidas: estaban a punto de cruzar de forma ilegal la frontera entre dos estados comunistas.

Habían partido en la oscuridad de la noche con la esperanza de reducir el peligro de ser descubiertos, pero la oscuridad obstaculizó su avance y puso a prueba su sentido de la orientación. Durante su viaje de seis horas, subieron y bajaron colinas, cruzaron barrancos (intentando no perder el equilibrio) e incluso llegaron a correr, cuando el terreno lo permitía. Durante los pocos descansos que hicieron, apenas susurraban y no encendieron ni una cerilla, temerosos de que la guardia fronteriza

(Aldeni, Rumanía, 1973). Éste es un fragmento de *Nadia Comăneci y la policía secreta* (Oberon, Madrid, 2023), su noveno libro y el primero en español.

rumana pudiera verlos o escucharlos. El hombre que había asumido el arriesgado trabajo de guía era Gheorghe Talpoș (conocido como Ghiță), un pastor bastante conocido de la zona. Vestido con un abrigo y una gorra negros de piel de cordero, iba delante, no sólo para mostrar el camino, sino también para indicar que asumía la responsabilidad del resto del grupo, que caminaba detrás de él de dos en dos.

La frontera entre Rumanía y Hungría se extiende a lo largo de casi 450 kilómetros. Talpoș estaba familiarizado con la zona cercana al cruce fronterizo de Cenad, entre Timișoara y Arad. Daba la casualidad de que ésta era la ruta más adecuada, porque en esa zona la línea fronteriza es recta; al no ser sinuosa se elimina el riesgo de regresar a Rumanía sin darse cuenta si por algún motivo llegaban a perder el rumbo. Talpoș sabía que tenían que moverse siempre hacia el norte, sin desviarse hacia el noreste, donde la 10. Un salto en la oscuridad frontera queda más lejos (coincide con el curso del río Mureș), ni hacia el oeste, hacia los campos de Pordeanu y Beba Veche, donde convergen las fronteras de tres países, en el conocido Triplex Confinium.[1]

Si una patrulla del ejército rumano sorprendiera a Talpoș solo cerca de la franja fronteriza, éste habría podido proporcionar varias razones plausibles sobre su presencia en la zona, además conocía personalmente a algunos de los guardias fronterizos. Pero las cosas serían mucho más complicadas en la situación actual, pues ninguno de sus acompañantes vivía en los alrededores, sino en otros condados e incluso en Bucarest. El riesgo que corría Talpoș se veía agravado por el hecho de que uno de los fugitivos era Nadia Comăneci, la gimnasta campeona olímpica, mundial y europea, a quien el dictador Nicolae Ceaușescu había promocionado por todo el mundo como símbolo de orgullo nacional. La gimnasta más famosa del mundo huía de su propio país, que había estado bajo el control de un feroz régimen totalitario durante más de cuatro décadas. El pastor no habría tenido ninguna excusa, ningún argumento lo habría exonerado si lo hubieran atrapado junto a Nadia.

Talpoș afirma que sólo descubrió que Nadia formaría parte del grupo esa misma noche, antes de salir, algo que lo sorprendió e inti-

1. Triplex Confinium (*triple frontera* en latín) es el punto más occidental del territorio de Rumanía, ubicado cerca de la ciudad de Beba Veche en el condado de Timiș, donde se encuentran las fronteras entre Rumanía, Hungría y Serbia. En 1920 se marcó con un hito de tres lados, sobre el que se aplica el escudo de armas de cada uno de los tres Estados vecinos.

midó. «¿Cómo diablos puede Nadia cruzar la frontera de noche como una delincuente? Si ha estado tantas veces fuera del país, ¿no se podría haber quedado entonces?», fue su reacción al enterarse de la decisión de la deportista. Luego bajó a su bodega para beber un par de copas de vino: «Quiero estar borracho si me atrapan. Así al menos podré decir que estaba ebrio».[2] Pero las dos copas de vino no fueron suficientes, tal vez porque era un bebedor empedernido o tal vez porque el viento frío y recio de esa noche le despejó la cabeza enseguida. Cautelosos y asustados, todos escuchaban sus indicaciones, obedeciendo sus instrucciones cuando indicaba hacia dónde ir o dónde detenerse a descansar, o cuando les advertía de posibles peligros.

Hacía unas dos semanas que Nadia Comăneci se había unido a este grupo de desertores, creado de forma espontánea. Incluía gente sencilla de todas las categorías sociales y provenientes tanto de la zona como de Bucarest, ninguno de ellos era una figura pública. Todos perseguían el sueño de vivir en un mundo mejor: Dumitru y Gabriela Talpoș, hermano y cuñada del guía, también originarios de Cenad; Aurel-Adrian Biaș, de Sânnicolau Mare, localidad cercana a Cenad; Monica-María Marcu, una joven ingeniera nacida en Sînnicolau Mare, que trabajaba en una fábrica del condado de Bihor; y George Paraschiv, un pintor que se ganaba la vida como electricista en una fábrica de Bucarest.

Años más tarde, sus recuerdos sobre esas largas y opresivas horas son similares, aunque difieren en los detalles. A George Paraschiv le sorprendió el hecho de que había «una gran luna llena»[3] esa noche y se sintió amenazado por la luz que proyectaba. Nadia recordó la belleza de la oscuridad, que le pareció francamente vertiginosa: «Cuando salimos a la noche, colocamos nuestra mano sobre el hombro de la persona que iba delante porque una vez que nos alejamos de la casa, no se veía nada. De no haberlo hecho, me habría separado del grupo y me habría perdido».[4]

2. C. Timofte, «Dosare cenzurate. Operațiunea Nadia. Fuga Nadiei Comăneci din România (II)» [Archivos censurados. Operación Nadia. Fuga de Nadia Comăneci de Rumanía (II)], Monitorul. Recuperado el 3/02/2020 de http://monitorulneamt.ro/dosare-cenzurate-operatiunea-nadia-fuga-nadiei-Comăneci-din-romania-ii/..
3. G. Paraschiv (2010), *Primăvară în decembrie* [Primavera en diciembre], Editorial Ad Literam, Bucarest, p. 31.
4. N. Comăneci (2004), *Letters to a Young Gymnast* [*Cartas a una joven gimnasta*], Basic Books, Nueva York, p. 140.

No todos los miembros del grupo veían a Gheorghe Talpoș de la misma manera. A diferencia del resto, a Nadia le pareció indeciso y desaprobaba sus decisiones, aunque no lo dijo ni se opuso abiertamente a él:

> **Muchas veces perdí la fe en nuestro guía. Dijo que si no «nos manteníamos a la izquierda», acabaríamos de nuevo en Rumanía. ¿Qué dirección es mantenerse a la izquierda? Me habría gustado ver una brújula, un mapa o algo así. Pero en aquella oscuridad, sólo podía seguir al guía y esperar que supiera a dónde iba.**
>
> **Nos dijo que después de unos cinco metros de terreno labrado llegaríamos a la frontera. Pero después de recorrer mucho terreno aún no habíamos llegado. Recuerdo haber pensado para mis adentros que ésta era una situación estúpida: me van a matar y todo por seguir a un hombre sin sentido de la orientación. Sin embargo, no dije nada, porque no podíamos romper el silencio y me concentré en evitar que mis dientes castañearan.**[5]

Paraschiv creía que Nadia no sabía cómo actuar en tales circunstancias. Él había dicho que la franja cubierta de yerba que delimitaba los dos territorios era un camino que les tomaría alrededor de una hora y Nadia le había creído sin saber que una frontera estatal es un territorio demarcado y vigilado.

Pero dada la tensión a la que estaban sometidos, no es de extrañar que las instrucciones de Talpoș de mantenerse unas veces «a la izquierda» y otras «a la derecha» no siempre parecieran convincentes, sobre todo cuando se encontraban con obstáculos naturales que no eran fáciles de superar, como un estanque congelado en el que Nadia se hundió hasta las rodillas, rezando para que no se hiciera demasiado profundo antes de terminar de cruzarlo.

Sin embargo, el mayor y más apremiante peligro llegó cuando, a unos doscientos metros delante de ellos, vieron la silueta de unos guardias fronterizos rumanos que empujaban a un hombre y a una mujer, a quienes acababan de sorprender intentando cruzar la frontera ilegalmente.

Talpoș les indicó que se tumbaran en el suelo y se refugiaran en una zanja. En perfecto silencio, escucharon mientras las voces de

5. *Ibidem*, pp. 140-141.

los guardias ahogadas por los ladridos de los perros se desvanecían en la distancia. Pudieron distinguir los juramentos de los centinelas y el llanto de la mujer capturada. «Si no hubieran estado ocupados con esas personas, tal vez nos habrían atrapado»,[6] se dijo Nadia mientras un pensamiento similar cruzaba por la mente de Paraschiv: «Si hubiéramos llegado antes, habríamos sido nosotros quienes habríamos tenido problemas».[7]

Era casi de mañana cuando llegaron a Hungría, aliviados, porque el viaje más difícil de sus vidas había llegado a su fin. Se dieron cuenta de que habían pasado cuando descubrieron el hito que indicaba el final del territorio rumano, pues, a diferencia de lo que pensaba Nadia, no había cercas de alambre de púas a lo largo de la línea divisoria. Continuaron su camino y sólo después de unos kilómetros se detuvieron para besarse y abrazarse, pues no habían podido celebrarlo en el momento de cruzar la frontera. Ahora estaban de buen humor y muy agradecidos con Talpoș, después de dejar atrás su miedo a ser perseguidos por perros o a verse rodeados por soldados alertados de su posición por bengalas.

Pronto se encontraron cara a cara con dos guardias fronterizos húngaros que parecieron surgir de la nada frente a ellos. Sin darse cuenta, habían estado caminando hacia la torre de vigilancia desde donde se vigilaba la zona y desde la que salieron a su encuentro, para recogerlos y transportarlos a Kiszombor, una ciudad cerca de la frontera, donde fueron sometidos a su primer interrogatorio.

De conformidad con los procedimientos establecidos, antes de tomar cualquier decisión sobre ellos, los desertores fueron interrogados por separado, se les ordenó declarar su identidad, explicar las razones por las que habían optado por infringir la ley cruzando la frontera clandestinamente, explicar si habían recibido ayuda de algún guía y, sobre todo, dar una descripción detallada de la ruta que habían seguido. Por regla general, las razones aducidas por los fugitivos eran plausibles, porque ya era bien sabido que las condiciones de vida en el país eran pésimas y que el régimen pisoteaba los derechos humanos fundamentales.

6. M. Tucă, I. Cristea, «Pașaport spre o viață liberă» [Pasaporte a una vida libre], *Jurnalul*. Recuperado el 3/02/2020 de https://jurnalul.antena3.ro/scinteia/special/pasaport-spre-o-viata-libera-528703.html.
7. G. Paraschiv., *op. cit.*, pp. 33–34.

En los años transcurridos desde entonces, de los siete fugitivos capturados por los guardias fronterizos húngaros en la mañana del 28 de noviembre, sólo Nadia Comăneci, George Paraschiv y Gheorghe Talpoș proporcionaron información en libros o entrevistas, sobre la forma en que fueron tratados e interrogados por las autoridades húngaras del puesto fronterizo de Kiszombor. Como suele suceder en tales casos, los detalles proporcionados difieren en función de la actitud de cada uno, su capacidad para observar y recordar, incluso de su deseo de ocultar hechos que pudieran resultar embarazosos. Por ejemplo, el guía del grupo recuerda: «En el puesto fronterizo, los húngaros nos interrogaron a todos, nos preguntaron quiénes éramos y qué queríamos; la traductora era una rumana desertora como nosotros», mientras que según Paraschiv, el oficial húngaro que los interrogó hablaba un rumano perfecto. Nadia, por su parte, afirma que cada uno fue interrogado por separado, pero Paraschiv relata que la gimnasta fue llevada a otra habitación mientras que el resto permanecieron juntos.

Sin embargo, todos recuerdan un detalle crucial sobre la conducta de Nadia, que probablemente cambió su destino, teniendo en cuenta que algunos miembros del grupo iban a ser devueltos a las autoridades rumanas por habérseles negado el permiso para permanecer en Hungría. Al escuchar la decisión de los guardias fronterizos húngaros, Nadia tuvo una reacción rápida y sorprendente, afirmando que en tal situación ella regresaría con ellos a Rumanía. «Admiré a Nadia: ¡había que tener agallas para hacer eso!»,[8] recuerda Talpoș, quien en ese momento probablemente no se daba cuenta de lo que habría podido sucederle de caer en manos de la Securitate.[9]

En ese momento, el Código Penal rumano trataba los cruces fronterizos ilegales como delitos contra la seguridad del Estado, y los culpables de tal acto eran condenados a penas de prisión de entre seis meses y tres años. Habiendo actuado como guía, Talpoș habría recibido la sentencia más dura, aunque es difícil creer que habría sobrevivido para comparecer ante el tribunal, pues habría sido sometido a torturas inimaginables durante el interrogatorio por haber tenido la

8. Timofte, *art. cit.*

9. El Departamento de Seguridad del Estado, conocido en rumano como *Securitate*, fue el principal y más poderoso servicio secreto del régimen comunista rumano desde 1948 hasta 1989.

audacia de ayudar a Nadia Comăneci a escapar de Rumanía. Por tanto, aunque la gimnasta subió la apuesta de forma exagerada, más de lo que probablemente hubiera estado dispuesta a hacer, su generoso gesto eliminó el peligro como por arte de magia.

Con la excepción de este detalle que la honra, Nadia nunca ha hecho públicas sus conversaciones con los húngaros. Por tanto, no tenemos conocimiento exacto de con quiénes habló durante tanto tiempo en el puesto fronterizo. Ofreció sólo algunos fragmentos neutrales y extremadamente breves, en el libro *Cartas a una joven gimnasta*, preservando así el misterio durante décadas:

> **Cada uno de los posibles desertores fue entrevistado por separado. Cuando la policía vio mi documento de identidad, inmediatamente me ofrecieron la oportunidad de quedarme en Hungría. Yo era una gimnasta famosa y eso les resultaba muy atractivo. Cuando pienso en ello me pregunto por qué era tan valiosa para ellos. Mi carrera había terminado y, aunque ahora me consideran una buena entrenadora, ¿qué podría haber aportado a Hungría? A otros dos miembros de nuestro grupo también se les ofreció asilo. Al resto les dijeron que al día siguiente serían devueltos a Rumanía y rompieron a llorar.**
>
> **—Mirad —le dije a la policía—, sólo me quedaré si se permite que todo el grupo permanezca en el país—. Las palabras salieron de mi boca incluso antes de pensar en las consecuencias. La gimnasia me había enseñado a jugar en equipo y, en aquel momento, mi equipo estaba formado por mis compañeros de viaje. Simplemente pensé que la situación no era justa. Juntos habíamos corrido los mismos riesgos para cruzar la frontera y a todos nos deberían permitir quedarnos.**
>
> **—¡Llegamos juntos y juntos nos mantendremos! —para mi total sorpresa, la policía estuvo de acuerdo.**[10]

George Paraschiv entra en más detalles para describir lo que recuerda de aquel interrogatorio. Le sorprendió la emoción de los guardias fronterizos húngaros cuando descubrieron quién era Nadia:

10. N. Comăneci., *op. cit.,* p. 142.

Encendí un cigarrillo, que me ofreció un soldado que nos miraba con curiosidad. No podía entender lo que decíamos.

—Hola —dice una voz.

Me doy la vuelta, un oficial elegante entra con una agenda en la mano. Se sienta ante un escritorio. El soldado sale y cierra la puerta. El oficial nos mira a través de unas gafas redondas con monturas metálicas. Tiene el pelo recortado y aspecto nazi. «Allá vamos», me digo.

La cosa se complica, en un rumano impecable nos dice:

—Sus papeles, por favor.

Uno a uno, damos un paso adelante para entregarle nuestros papeles. Nos observa de cerca. Mientras le entregamos nuestros papeles, los coloca en fila sobre el escritorio. Nos estudia sin abrirlos mientras un silencio opresivo se instala en la habitación.

Me doy cuenta de que es el comandante de la unidad. Presto atención a su rango: capitán. «Tiene la edad adecuada», pienso para mis adentros.

Comienza a leer los nombres, como si pasara lista:

—Talpoș Gheorghe —se pone de pie, se quita su rara gorra de piel de oveja.

—Biaș Talpoș, Gabriela, Talpoș Dumitru, Mónica... Comăneci Nadia...

Está a punto de continuar, pero se detiene. La mira a través de sus extrañas gafas y, entrecerrando los ojos, intenta una broma:

—Creo que este documento de identidad es robado. ¿O es una falsificación? —Sonríe con las comisuras de los labios, como si esperara una respuesta positiva. ¡Está exultante!

Nadia se pone de pie con una sonrisa y dice:

—Soy yo, la gimnasta, la campeona de Rumanía, la campeona mundial.

La cara del capitán se contorsiona, se pone rojo, se pone pálido, comienza a temblar. [...] Sale de la habitación a toda prisa.

Se escuchan voces en el pasillo. No entiendo lo que dicen. Tres soldados irrumpen en la sala y se colocan delante de la puerta, sosteniendo sus rifles. [...]

Miro mi reloj. Han transcurrido más de cuarenta minutos desde que salió el capitán. [...] Se escucha un ruido trepidante,

que se va acercando y haciéndose más fuerte, como si se acercara un tanque. Las ventanas traquetean y da la impresión de que están a punto de romperse, las mesas comienzan a moverse levemente debido a las fuertes vibraciones y rápidamente me doy cuenta de lo que está pasando: es el estruendo de un gran helicóptero militar. [...] La puerta se abre de par en par y los soldados salen. El oficial entra seguido por dos generales con uniformes inmaculados, y detrás de ellos llegan ocho civiles. Son diez personas en total, aparte del oficial. ¡Estoy estupefacto!

[...] Pasa un tiempo que parece una eternidad, antes de que por fin un hombre alto y fornido se separe del grupo y se acerque a Nadia. Se miran unos segundos y Nadia le echa los brazos al cuello, se abrazan. Habla algo de rumano. Es el presidente de la Federación Húngara de Gimnasia.[11] Después de intercambiar unas cálidas palabras, la saca de la habitación. Son los primeros en irse. La delegación *ad hoc* asiente con la cabeza y sale de la sala.

[...] Un soldado cuelga un mapa detallado de la frontera rumano-húngara en la pared de la oficina, el área precisa que habíamos atravesado.

Como Ghiță era el guía, le piden que se acerque al mapa. Le dan un puntero de madera y se mueve como un colegial que no ha hecho sus deberes. Escucho con atención. El oficial le pide que cuente exactamente lo que vio, que señale todos los puntos en el mapa y proporcione los detalles completos. Mientras toma notas, Ghiță lo explica todo, está sudando a mares, pero finalmente logra pasar la prueba y le indican que se siente de nuevo. El oficial con gafas escribe algunas notas en el mapa (un mapa militar de alto secreto).

[...] La puerta se abre y Nadia entra, sola. Se sienta a mi lado, feliz y radiante. El oficial continúa después de una breve pausa. Es como si estuviéramos en un juzgado. Lee algunos artículos de la Constitución húngara.

11. Según Nadia Comăneci, Paul Schmitt, el presidente del Comité Olímpico Húngaro en aquel momento, le dijo más tarde que fue él quien envió a un representante a la frontera para darle la bienvenida y brindarle asistencia.

Empiezo a entender a qué se refiere. Estoy nervioso. Comienza sin rodeos:

—Talpoș Gheorghe, Talpoș Dumitru, Talpoș Gabriela Biaș, de conformidad con el artículo número tal y tal, debo entregarlos a las autoridades rumanas.

Mi cara palidece. Miro a Nadia y ella me mira a mí. Mónica también la mira. Nadia salta, como impulsada por un resorte.

—Si ésa es su decisión, entonces todos regresaremos, todos hemos sufrido lo mismo y juntos enfrentaremos las consecuencias — dice con solemnidad.

El oficial la mira con asombro y sale de la habitación, esta vez con tranquilidad. Esperamos el veredicto. Reina el silencio. Algunos lloramos, entendemos cuál es la alternativa. Miro a Nadia, creo que apostó tan alto porque tenía un as bajo la manga.

La puerta se vuelve a abrir, entra el oficial húngaro. Trae un montón de papeles en las manos, nos entrega unos formularios que rellenamos. Luego recibimos tarjetas de identidad temporales, que sellan en el acto. «Todos hemos permanecido juntos», me digo, «tuvimos mucha suerte».[12]

Aunque fueron capturados por las autoridades húngaras y temían por la suerte que podrían correr, el contexto político les resultaba favorable. En 1989, el número de cruces fronterizos ilegales había aumentado de forma alarmante, con alrededor de 19 000 personas entrando clandestinamente en Hungría desde Rumanía,[13] poniendo en peligro no sólo su libertad sino también sus vidas. Para combatir este

12. Paraschiv, *op. cit.*, pp. 39-44.

13. Por desgracia, aún no existen estadísticas definitivas, aceptadas por los investigadores en la materia, con respecto al fenómeno de los «frontierișților» (fronterizos). Se cree que las cifras oficiales que aparecen en los documentos de archivo no son reales, debido a que los informes de la guardia de los puestos fronterizos son incompletos y porque muchos incidentes fronterizos no se denunciaban por temor a medidas coercitivas. Además, tampoco hay registros estadísticos sobre las personas desaparecidas cuando intentaban cruzar. Se sabe, sin embargo, que a finales de los ochenta el número de cruces fronterizos ilegales de Rumanía a Hungría aumentó de forma alarmante. Mientras que en 1987 hubo menos de 1000 casos, en 1988 fueron 7182 y en 1989, 19 006 (ver J. Nagy (2000). *Dezvoltarea locației teritoriale, a activităților, a organizării și a numărului de polițiști de frontieră din 1958 până în 1998* [El desarrollo del despliegue territorial, actividades, organización y número de policías

fenómeno, los dos Estados habían negociado acuerdos bilaterales sobre la vigilancia de la frontera compartida, el último de los cuales se firmó en 1983 y se ratificó en 1986. Era Rumanía y no Hungría la interesada en una frontera impenetrable, pues eran los ciudadanos rumanos quienes la cruzaban ilegalmente. Ésta es la razón por la cual dicha frontera estaba custodiada en realidad por el ejército rumano, mientras que los guardias fronterizos húngaros se limitaban a supervisar el área y no la frontera real.

Entre otras cosas, el acuerdo sobre la vigilancia de la frontera estipulaba que los dos Estados debían «informarse mutuamente de los intentos o cruces fronterizos ilegales y de la captura de las personas que infringieran la legislación fronteriza», y los fugitivos capturados debían ser devueltos «a la mayor brevedad posible y, a más tardar, a las cuarenta y ocho horas».[14] En realidad, incluso antes de ratificar el acuerdo, los húngaros no tenían intención de respetarlo, aunque corrieran el riesgo de infringir artículos del derecho internacional y sufrir graves repercusiones, puesto que el acuerdo se regía por el principio *pacta sunt servanda*.[15] Así lo demuestra un documento reservado, la Circular 0001/1985, emitida por el Ministerio del Interior húngaro en julio de 1985, que establecía que «la información relativa a los ciudadanos rumanos detenidos en territorio húngaro por cruzar ilegalmente la frontera compartida sólo se transmitirá a petición expresa de las autoridades rumanas y a un ritmo lento».[16]

Las razones por las que Hungría ya no tenía ninguna intención

---

fronterizos de 1958 a 1998], tesis doctoral, Budapest, p. 211, citada por P. Horvath y el Dr. János en «Evaporación de ciudadanos rumanos a Europa Occidental, con la ayuda de Hungría, entre 1985-1989» [La fuga de ciudadanos rumanos hacia Europa occidental con la ayuda de Hungría entre 1985-1989]. Recuperado el 15/02/2020 de http://horvathpal.com/wp-content/uploads/2020/02/evaporare.pdf. M. Constantinoiu e I. Deak. (12/03/2016). «Frontieriștii. Cum fugeau românii de comunism și cine le-a frânt aripile» [Los fronterizos. Cómo los rumanos huyeron del comunismo y quiénes rompieron sus alas]. Recuperado el 15/02/2020 de http://miscareaderezistenta.ro/frontieristii/frontieristii-comunism-romania-26432.html.

14. A. Vezi Brânduşa (2011), «Frontieriștii. Istoria recentă în mass-media» [Los fronterizos. Historia reciente en los medios de comunicación], Editorial Curtea Veche, Bucarest.

15. «Los pactos se deben respetar» (en latín).

16. Horvath, P. y János, *op. cit.*

de aplicar medidas drásticas a los «fronterizos» de Rumanía tenían que ver con la buena voluntad política. Ambos Estados eran regímenes comunistas, pero las relaciones entre ellos habían dejado de ser «fraternales» y se habían deteriorado y llegado a su nivel más bajo en la segunda mitad de los ochenta. Esto se veía con preocupación tanto dentro como fuera del bloque comunista. Por último, pero no menos importante, Rumanía y Hungría tenían relaciones muy diferentes con la Unión Soviética: las relaciones soviético-húngaras eran muy buenas, mientras que las relaciones soviético-rumanas eran muy malas.[17]

A diferencia de Bucarest, Budapest se había adaptado rápidamente a las reformas puestas en marcha por Mijaíl Gorbachov en la Unión Soviética, y había comenzado un proceso político, económico y social destinado a salvar el «comunismo con rostro humano». Hungría también había lanzado una ofensiva propagandística cuyo objetivo era demostrar la pertenencia de Transilvania al espacio húngaro, al tiempo que adoptaba medidas para apoyar a la comunidad húngara en Rumanía, cuyos derechos a una identidad nacional estaban restringidos, según afirmaba.

En Bucarest, las acusaciones contra Hungría eran igualmente vehementes, pues se creía que las reformas emprendidas por el Gobierno de Budapest eran inaceptables para un régimen comunista, mientras que la postura hacia la comunidad húngara en Transilvania suponía una grave violación del principio de no intervención en los asuntos internos de los estados. Pero Rumanía estaba gobernada por Nicolae Ceaușescu, un dictador carente de toda credibilidad, atrapado en el proyecto de construir una «sociedad socialista desarrollada multilateralmente» y aislado internacionalmente. Los políticos húngaros consideraban (con bastante certeza) que cualquier normalización de las relaciones entre Hungría y Rumanía sería imposible mientras Ceaușescu estuviera en el poder.

Por supuesto, los ciudadanos rumanos de etnia húngara se beneficiaron del trato preferencial de Hungría. En cualquier caso, representaban la categoría más numerosa de los que cruzaban la frontera y podían considerarse salvados una vez llegados a Hungría, donde recibían asilo político, permiso de residencia temporal e incluso el derecho

17. V.A. Ghișa (2013) «România și Ungaria în ultimii ani ai Războiului Rece (1987– 1989)» [Rumanía y Hungría en los últimos años de la Guerra Fría (1987-1989)], 2013. L. Constantiniu (2013). *In memoriam acad. Florin Constantiniu. Smerenie. Pasiune. Credință* [In memoriam Académico Florín Constantino. Humildad. Pasión. Fidelidad], Editorial Enciclopédica, Bucarest.

a continuar su viaje hacia Occidente, si obtenían los documentos necesarios. La Circular 0001/1985 había sido concebida para ayudar a los ciudadanos rumanos de etnia húngara, independientemente de cómo llegaran a Hungría (legal o ilegalmente). Este hecho puede interpretarse por el título del documento reservado, que hace referencia velada a los procedimientos que deberían aplicarse a «ciertos» ciudadanos rumanos. Las instrucciones verbales dejaban claro que los ciudadanos en cuestión eran húngaros de Transilvania, pero con el tiempo dichos procedimientos también se aplicaron a los rumanos.

Sin embargo, no era una regla general. Algunos «fronterizos» de etnia rumana fueron devueltos en virtud del acuerdo entre ambos Estados. No se conoce el número exacto, pero se considera que en 1989 sólo representaban un pequeño porcentaje del número total de desertores.[18] Las razones registradas en los documentos oficiales eran varias, algunas de ellas carentes de seriedad, como el hecho de que los desertores no hablaban húngaro o no tenían familiares en Hungría y, por tanto, no tenían medios de apoyo en el país, o que habían cruzado la frontera por tener espíritu aventurero; mientras que otros fugitivos devueltos tenían antecedentes penales.[19] La mayoría de las veces, no se daba ninguna razón, y si se sospechaba que eran informantes de la Securitate, el procedimiento de deportación se aceleraba, sin que se diera ninguna explicación. Ni Nadia ni ninguno de sus compañeros podían reclamar la ventaja de la etnia húngara porque todos eran rumanos. Es cierto que las autoridades húngaras lanzaron en cierto momento el rumor de que Nadia Comăneci era de Transilvania con ascendencia húngara y que el régimen comunista había romanizado su nombre de forma abusiva. Se suponía que el régimen la había obligado a cambiar su nombre de Anna Kemenes al más rumano Nadia Comăneci. Pero esta medida, que pretendía reforzar la idea de que la etnia húngara en Rumanía estaba pasando por un severo proceso de desnacionalización, no tenía ningún

18. El investigador Roland Olah, que ha realizado un minucioso examen de archivos en Rumanía y el extranjero, ha logrado identificar hasta la fecha 614 personas que las autoridades húngaras devolvieron a los guardias fronterizos rumanos en 1989.

19. Ver una descripción del fenómeno del cruce fraudulento en R. Olah (2017). «Aspecte socio-demografice privind transfugii români arestați de grănicerii maghiari în anul 1987» [Aspectos sociodemográficos de los desertores rumanos arrestados por la guardia fronteriza húngara en 1987]. *Crisia*, núm. 47, pp. 189–197. Recuperado el 20/02/2020 de: https://crisia.mtariicrisurilor.ro/pdf/2017/R%20Olah.pdf

fundamento real, no convencía a casi nadie y se había llevado a cabo mucho tiempo atrás, en 1976, cuando la gimnasta había destacado a nivel internacional, para envidia de la vecina Hungría.[20]

Sin acceso a los informes presentados por la policía de fronteras húngara, es difícil determinar por qué en un inicio se tomó la decisión de conceder el permiso de permanencia en Hungría sólo a algunos de los siete. Podemos suponer, por ejemplo, que Gheorghe Talpoș debía pagar por el hecho de haber actuado como guía. Del mismo modo, la razón en el caso de Aurel Biaș podría haber sido que unos años antes había sido atrapado intentando cruzar ilegalmente la frontera entre Rumanía y Yugoslavia.

Ni siquiera los interesados en averiguar cómo se desarrolló el interrogatorio de Nadia Comăneci (o mejor dicho, la conversación amistosa) tienen todos los detalles, mientras que los funcionarios, políticos y oficiales de inteligencia húngaros por igual deben haberle ofrecido algo más que los documentos necesarios para establecerse en el país. Esto se confirmó unas horas más tarde, el 29 de noviembre, cuando Paul Schmitt, presidente del Comité Olímpico húngaro, declaró a la prensa que Nadia Comăneci era bienvenida en Hungría si deseaba establecerse allí y que su organización le proporcionaría todo su apoyo. Además, de las primeras noticias publicadas por periodistas húngaros (unas horas más tarde, que reportaban sobre información obtenida de las autoridades) se desprende que, durante el debate en cuestión, Nadia se quejó de que en Rumanía se sentía marginada y

20. Inmediatamente después de los Juegos Olímpicos de Montreal de 1976, cuando Nadia Comăneci consiguió su espectacular ascenso a la fama, en la prensa internacional se publicaron múltiples historias sobre su origen étnico, que afirmaban que su familia era de Transilvania con orígenes húngaros y que su verdadero nombre era Anna Kemenes. Según dichas historias, «se supone que el cambio de nombre y de lugar de nacimiento de la gimnasta fue decidido por las autoridades rumanas con el objetivo, al igual que en otros casos, de desnacionalizar el elemento húngaro en Rumanía». La información fue comprobada y analizada en varios informes secretos de la Securitate, que concluyeron que formaban parte de una campaña impulsada por Hungría con el «propósito de desenmascarar la práctica sistemática de desnacionalización llevada a cabo por los organismos rumanos en Transilvania». A pesar de que las historias eran pura ficción y se podrían haber desacreditado con facilidad, no hubo protesta oficial de ningún tipo por parte de Rumanía (Arhiva Consiliului Național de Studiere a Arhivelor Securității [Archivo del Consejo Nacional para el Estudio de los Archivos de la Securitate], ACNSAS, recopilación S.I.E., expediente 31452, tomo 2, p. 234).

privada de la libertad de circulación que necesitaba para continuar su carrera internacional. Por esta razón, había renunciado a su bienestar material en Bucarest y optado por la libertad.

Vale la pena mencionar que, según algunos testigos, parte del interrogatorio de Nadia Comăneci fue grabado en video. Los guardias fronterizos dijeron que se trataba de un equipo de reporteros, pero tenemos razones para creer que eran oficiales de inteligencia.[21] El material grabado nunca se ha hecho público por las autoridades húngaras y probablemente esté almacenado en algún archivo secreto.

Los siete sólo fueron retenidos unas pocas horas, al final de las cuales los guardias fronterizos les proporcionaron documentos provisionales y les permitieron salir sin ninguna restricción. Incluso los llevaron en coche hasta el centro de Kiszombor, donde había una parada de autobús. Desde allí se dirigieron por su cuenta a la oficina de inmigración del Ministerio del Interior de Szeged (por indicación de los propios guardias), donde solicitaron formalmente permiso para ingresar y residir en Hungría. Fueron registrados, respondieron a las preguntas formuladas a todos los solicitantes de asilo y les dieron unos cupones para alojarse y alimentarse. Pasaron su primera noche en suelo húngaro en el Hotel Royal, donde las autoridades los hacinaron a todos en la misma habitación. El Departamento General III[22]

21. La información fue proporcionada por los testigos María Balea y Alexander Ciucă, ambos presentes cuando llegó el equipo que hizo la grabación de video. Según María Balea, «a las diez de la mañana del 28 de noviembre de 1989, mientras permanecíamos en el puesto fronterizo húngaro, vinieron a entrevistar y filmar a Nadia». Por su parte, Alexander Ciucă indica: «unos 20-30 minutos después, llegó un grupo de seis personas con un equipo de televisión, cámara, micrófonos y cables, para entrevistar a Nadia Comăneci; la entrevista duró alrededor de 30-40 minutos, tanto las preguntas como las respuestas de Nadia Comăneci se traducían al húngaro». María Balea también declaró que ella no sabía lo que había dicho Nadia Comăneci durante la entrevista porque estaba en inglés (A.C.N.S.A.S., Fondo Documental, expediente 13346, tomo 25, pp. 139, 156, 158 verso).

22. En 1989, «Departamento General III» era la denominación corta del servicio de inteligencia húngaro. El Departamento General de Servicios Secretos del Estado del Ministerio del Interior (III. Állambiztonsági Csoportfőnökség) dirigía los siguientes departamentos: Departamento III/I Espionaje, Departamento III/II Contraespionaje, Departamento III/III Contraespionaje de Disidencia Interna (Belső reakció elhárítása), Departamento III/IV Contraespionaje Militar y Departamento III/V Operaciones Técnicas.

había apostado agentes secretos en el pasillo, el bar y el restaurante. También había algunos periodistas que tenían información privilegiada de que Nadia estaba en Szeged e intentaban entrevistarla. Por el momento, sin embargo, las autoridades húngaras no hicieron ningún anuncio oficial.

La noticia se conoció al día siguiente, 29 de noviembre, cuando se emitió a las ocho de la mañana en Radio Kossuth, la emisora pública de radio húngara. En el tenso partido político que se desarrollaba entre Hungría y Rumanía, la primera había vuelto a marcar un gol y lo había hecho de forma decisiva, demostrando así que ni siquiera las grandes personalidades podían seguir apoyando la dictadura de Ceaușescu e, incluso a riesgo de sus propias vidas, estaban dispuestas a desacreditar al régimen y a su líder:

> **Estrella mundial de gimnasia se refugia en Hungría**
>
> **Ayer, Nadia Comăneci solicitó asilo político en Hungría. El martes por la mañana, a las seis de la mañana, cruzó ilegalmente la frontera hacia Hungría en Kiszombor junto a otras seis personas. Declararon que habían cruzado la frontera guiados por un rumano. El cruce fue planeado con antelación. La excampeona olímpica dejó atrás una casa bien amueblada, un coche y una buena vida para elegir la libertad. Se quejó de que, aunque había recibido muchas ofertas del extranjero, no la habían autorizado a viajar para convertirse en entrenadora. No pudo viajar a ningún lugar del extranjero y, en los últimos años, ya no se le permitía ni siquiera visitar Hungría. Los curiosos guardias fronterizos húngaros no pudieron abstenerse y le preguntaron, recordándole el libro de Pacepa,[23] si era cierto que había tenido una relación con el hijo de Ceaușescu. Nadia lo negó.[24]**

23. Se alude al famoso libro de I. M. Pacepa (1987), *Red Horizons. Chronicles of a Communist Spy Chief [Horizontes rojos. Crónicas de un jefe de espionaje comunista]* (Regnery Gateway, Washington D.C.), que asestó un duro golpe propagandístico al régimen de Ceaușescu. En el verano de 1978, el teniente general de la Securitate Ion Mihai Pacepa (1928-2021), asesor personal de Nicolae Ceaușescu y segundo al mando del Departamento de Información Exterior de la Securitate, desertó a Estados Unidos, donde le concedieron asilo político.

24. *Ibidem*, p. 5.

La información revelada por las autoridades húngaras circuló a una velocidad que tomó a todos por sorpresa. Como aún no se habían dado más detalles, la misma noticia (redactada de forma diferente) se volvía a publicar una y otra vez. La agencia de prensa Magyar Távirati Iroda (MTI) comenzó su cobertura del sensacional evento diciendo que «la gimnasta más grande y famosa de todos los tiempos» había huido de Rumanía y ahora estaba en Hungría. El diario *Magyar Nemzet* anunció con aire de suficiencia: «Incluso Comăneci es ahora una refugiada», mientras que la televisión estatal húngara, en varios boletines emitidos el 29 de noviembre, embelleció el tema, difundiendo las primeras falsedades en sus noticias nocturnas, cuando su corresponsal en Szeged afirmó, entre otras cosas, que no era el primer intento de Nadia de huir de Rumanía, pues antes había intentado quedarse en Estados Unidos, aunque la Securitate la llevó de vuelta al país en contra de su voluntad.

La prensa internacional recogió la historia de la fuga de Nadia de Rumanía y los periodistas de MTI se vieron saturados de llamadas telefónicas de reporteros de todo el mundo, a pesar de que ellos mismos sabían poco más aparte de que «Nadia ha elegido la libertad». Deutsche Welle, la BBC, Le Monde, Agence France-Presse (AFP), los canales de noticias por cable estadounidenses ABC, CBS y NBC, *The New York Times* y *The Washington Post* fueron algunos de los numerosos medios a través de los cuales las noticias llegaron a todos los rincones del mundo. De Brasil a Canadá, de Egipto a Oriente Medio, de Yugoslavia a Suecia, no había ningún canal de televisión ni periódico que pudiera ignorar una historia tan sensacionalista, ni siquiera la prensa de la Unión Soviética. La agencia TASS transmitió la noticia inicial de MTI y, durante los días siguientes, los periódicos soviéticos *Trud*, *Sotsialisticheskaya Industriya* y *Sovetskiy Sport* publicaron la historia.

Sin siquiera conceder una entrevista, Nadia había dado el primer golpe propagandístico. El mero hecho de que huyera de Rumanía hizo tambalear al régimen de Ceaușescu: ahora descrito en los términos más negros por toda la prensa internacional, un régimen tan represivo que incluso las personas consideradas privilegiadas ya no podían soportarlo.

El 1 de diciembre, por ejemplo, *Libération* publicó un artículo en el que decía que Nadia había estado prisionera en su propio país y que su fuga era un duro golpe, incluso un insulto al régimen comunista, dado que había huido a Hungría, un país vecino con el que Rumanía había tenido tensas relaciones durante mucho tiempo. *The New York Times* y

The Washington Post publicaron fotografías de Nadia en sus portadas, con titulares como: «Nadia elige la libertad» y «Nadia da otro salto increíble: al mundo libre». Algunas estaciones de radio y televisión de Canadá hicieron saber que el país estaba dispuesto a concederle asilo político. Radio Varsovia habló sobre «la situación inusual que existe en Rumanía», que había llevado a Nadia a tomar medidas tan peligrosas y desesperadas. Los artículos sobre el tema publicados en periódicos españoles, como ABC, fueron igualmente duros en sus críticas políticas. *The Times* de Londres informó de una declaración por parte de William Waldegrave, el viceministro de Asuntos Exteriores, quien prometió que se presionaría al gobierno rumano en cualquier oportunidad en relación con sus abusos contra los derechos humanos, mientras que el diputado laborista Paul Flynn dijo a la BBC que había exigido que el gobierno lanzara una «cruzada» en toda Europa utilizando la radio y la presión internacional para alentar a los rumanos en su marcha hacia la democracia.

El mundo entero estaba buscando a Nadia Comăneci, pero no aparecía por ninguna parte. Sus seis compañeros habían desaparecido del mismo modo, lo cual hizo que su dramática huida de Rumanía adquiriera una dimensión diferente, mucho más espectacular. El personal del hotel dijo a los periodistas de United Press International (UPI) que Nadia se había ido con su equipaje a las seis y media de la mañana del 29 de noviembre, en un coche con matrícula de Viena, aunque había dejado sus documentos en el hotel. En Budapest, un portavoz del Ministerio del Interior confirmó que Nadia había salido del hotel en Szeged hacia un destino desconocido, probablemente Austria. Según las autoridades, el 2 de diciembre se le exigió que se presentara ante la policía, porque su visado sólo tenía una validez de tres días, tiempo durante el cual podía viajar libremente por todo el país, pero nadie esperaba volver a verla en Hungría. Por su parte, los funcionarios austríacos declararon que si Nadia llegaba a la frontera sin un pasaporte válido, no se le permitiría ingresar al país.[25]

La prensa suiza retomó los rumores según los cuales Nadia ya habría llegado a Berna, donde se había refugiado en la embajada de Estados Unidos. La fuente de esta información inexacta parece haber sido

25. *The Daily Egyptian* (01/12/1989), vol. 75, núm. 252. Recuperado el 20/02/2020 de: https://opensiuc.lib.siu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1000&context=de_December1989

Teodora Ungureanu, otra gran gimnasta rumana, que en ese momento vivía en Grenoble, Francia. Según la AFP, Ungureanu había declarado a la prensa francesa que Comăneci estaba en Suiza. Ella admitió haber tenido una conversación telefónica con Nadia, quien le había dicho que tenía la intención de viajar de Hungría a Estados Unidos.[26] «Ella es mi amiga. Estuvimos juntas durante diez años. Fue en gran parte gracias a ella que ganamos la medalla de plata por equipos en Montreal en 1976. Estoy muy preocupada por ella. Desde que terminó su carrera deportiva, nunca ha salido de Rumanía. Si decidió huir del país, no lo hizo por razones sentimentales o porque esté enamorada de un estadounidense. Tenía problemas en Rumanía, por eso se fue», añadió Teodora Ungureanu, quien evitó hacer más comentarios políticos por temor a represalias contra los miembros de su familia que vivían en Rumanía.

El 30 de noviembre, alrededor de las tres de la tarde, Michael Torff, el oficial de prensa de la misión diplomática de Estados Unidos en Berna, negó públicamente la información, en respuesta a los periodistas que habían estado llamando a la embajada incesantemente,[27] y Margaret Tutwiler, portavoz del Departamento de Estado, declaró que, hasta ese momento, Nadia Comăneci no había hecho «contacto con las autoridades gubernamentales de ninguna de nuestras embajadas». Los periodistas de la UPI incluso llegaron a llamar al rey Miguel, que había sido exiliado de Rumanía por el régimen comunista a fines de 1947 y vivía en Suiza. Naturalmente, no tenía información sobre Nadia Comăneci, pero elogió su coraje, dijo que le preocupaba que su vida pudiera estar en peligro y expresó su esperanza de que estuviera a salvo.[28] La reina Ana declaró a France-Presse que la familia real rumana estaba «feliz de saber que Nadia Comăneci había podido escapar del Gulag rumano».

26. En una conversación con el autor de este libro, Nadia Comăneci declaró que no se había producido ninguna llamada telefónica de ese tipo entre Teodora Ungureanu y ella, debido a que durante ese período de tiempo no había tenido ninguna oportunidad de hacer llamadas telefónicas.

27. Declaración realizada por la agencia MTI en la tarde del 30 de noviembre de 1989. Recuperado el 20/02/2020 de: https://rendszervaltas.mti.hu/Pages/Newsaspx?se=1&wo=nadia&sd=19890101&ed=19901231&sp=0&ni=230053&ty=1.19.Declaración realizada por la agencia MTI en la mañana del 1 de diciembre de 1989. Recuperado el 20/02/2020 de: https://rendszervaltas.mti.hu/%20Pages/News. aspx?se=1&wo=nadia&sd=19890101&ed=19901231&sp=0&ni%20=222571&ty=1.

28. Comăneci, *op. cit.*, p. 148.

A partir del jueves 30 de noviembre, las «noticias falsas» que rodearon la desaparición de Nadia alcanzaron proporciones aun mayores. El tema principal era que la perseguía la Securitate y que su vida estaba en peligro. La noche anterior, el 29 de noviembre, Radio France Info, citando fuentes de las autoridades húngaras, ya había anunciado que la Securitate rumana había «movilizado todas sus fuerzas en Hungría para recuperar a Nadia Comăneci». Los reporteros del *Tribune de Genève* creían que Nadia «podría ser asesinada por la Securitate rumana», mientras que *Le Figaro* volvió al tema del supuesto primer intento de huida de Nadia, cuando se pensó que había sido capturada por la Securitate y torturada por Nicu Ceaușescu, el hijo del dictador, aunque el periódico admitió que era «difícil distinguir la verdad entre tantos rumores que circulan sobre Nadia». Historias similares fueron publicadas en *The Washington Post*: el 1 de diciembre, el periódico dio crédito al rumor de que Nadia había sido secuestrada por agentes rumanos y llevada de vuelta a Rumanía.

En medio del alboroto mediático, los tabloides británicos naturalmente aprovecharon esta circunstancia para publicar titulares sensacionalistas como «Equipo de secuestro tras la pista de Nadia» y «Vuelve a casa o muere». Pero a lo largo del viernes 1 de diciembre, cuando funcionarios del Departamento de Justicia de Estados Unidos anunciaron que a Nadia Comăneci se le había otorgado el estatus de refugiada, una visa de entrada a Estados Unidos y estaba de camino a Nueva York, las historias alarmistas sobre los agentes de la Securitate intentando capturarla desaparecieron como por arte de magia. Es cierto que Nadia volvió a los titulares unos días después, cuando dio su primera entrevista a la prensa británica, confesando a *The Mail on Sunday* que todavía tenía miedo de lo que la Securitate podría hacerle: «If they can, they will try to get me back to Romania. [...] They don't want Nadia Comăneci in the West».[29]

Unas horas más tarde, el 1 de diciembre (en la mañana del 2 de diciembre, hora rumana), un vuelo de Pan Am con Nadia Comăneci a bordo aterrizó en el aeropuerto Kennedy, de Nueva York. Fue recibida por dos agentes del Servicio de Seguridad Diplomática, cuya tarea era protegerla hasta que abordara su próximo vuelo. Pasó por la aduana y luego fue llevada a la sala de conferencias del aeropuerto. Allí, por primera vez

29. «Si pueden, intentarán llevarme de vuelta a Rumanía. [...] No quieren a Nadia Comăneci en Occidente» (en inglés).

desde que inició su huida, se reunió con periodistas. Cientos de reporteros desesperados por verla la abrumaron con preguntas durante su breve conferencia de prensa, que ella misma ahora considera un fracaso:

> **Cuando mi avión aterrizó en Nueva York, la gente que esperaba mi llegada había llenado una sala de conferencias en el aeropuerto John F. Kennedy. Después de un vuelo de diez horas, me llevaron a toda velocidad a través de la aduana directo a una conferencia de prensa. Con Constantin a mi lado, les dije a los periodistas en mi mejor inglés (que no era muy bueno) que sabía que la vida sería diferente en Estados Unidos, pero que «estuve nueve veces en Estados Unidos y conozco la vida aquí». En retrospectiva, la declaración era gramaticalmente incorrecta, pero extremadamente sincera. Cuando me preguntaron cómo se sentiría el gobierno rumano después de mi partida, respondí:**
>
> **—No es asunto mío.**
>
> **Esas declaraciones fueron el comienzo de mi caída a los ojos de muchos estadounidenses. Pensaron que parecía dura y fría. Pero hay que tener en cuenta que acababa de abandonar mi hogar y había dejado atrás a todos aquellos que amaba. Me había arrastrado por el barro y el agua, a través de campos congelados, alambradas de púas, todo el tiempo con miedo a que me dispararan por la espalda. Había pedido asilo en Hungría, luego en Austria, había volado diez horas junto a un hombre que apenas conocía, y tenía por delante una vida sobre la que, nuevamente, no tenía ningún poder de decisión. Estaba atrapada en una habitación llena de cámaras y periodistas curiosos. Simplemente estaba conmocionada.**[30]

De hecho, muchas preguntas quedaron sin respuesta y algunas de las respuestas recibidas se consideraron insatisfactorias. Pero en ese momento no fue criticada, los periodistas entendieron que probablemente habría más encuentros con la atleta que acababa de llegar al mundo libre. Tampoco se pensó que su falta de habilidad para expresarse en un inglés fluido fuera una barrera para la comunicación e incluso se consideró que tenía un dominio aceptable del idioma. Su agotamiento no pasó inadvertido, aunque intentaba disimularlo con una sonrisa

30. Comăneci, *op. cit.*, p. 148.

y nadie se atrevió a hacer comentarios maliciosos sobre la ropa barata que llevaba puesta desde hacía tantos días.

El comunicado de prensa de Nadia fue extremadamente breve: «Sólo quiero decir unas pocas palabras. Estoy feliz de estar en Estados Unidos, algo que he deseado desde hace mucho tiempo. Pero hasta ahora no tenía a nadie que me ayudara. Éste es mi amigo que me ayudó a venir aquí y quiero darle las gracias», volviendo la mirada, señaló a un hombre que estaba detrás de ella. Parecía vulnerable, y la avalancha de preguntas a las que se enfrentaba sólo servía para acentuar ese estado:

—¿Cuánto tiempo llevas planeando escapar de Rumanía, Nadia Comăneci?

—Muchos años.

—¿Por qué razón te fuiste?

—Quería una vida libre.

—¿Fue debido a los acontecimientos en Europa del Este, insatisfecha de que no esté sucediendo nada en Rumanía?

—Sí y no, no necesariamente. Es lo que quería. Fue una decisión personal.

—¿A dónde irás después de Nueva York?

—Todavía no lo sé.

Éstas son sólo algunas de las preguntas que le hicieron. Pero, como la propia Nadia comenta en su libro, la audiencia se decepcionó hacia el final de la conferencia, en particular cuando le pidieron que comentara el impacto que su fuga tendría en el régimen de Ceaușescu y ella sólo dijo: «No es asunto mío», repitiendo las mismas palabras en rumano y luego en inglés una vez más: «Nu mă privește. Not my business», como si quisiera subrayar que no tenía ningún interés en hacer ningún comentario político.

Los periodistas, con razón, esperaban que Nadia lanzara una acusación real contra el régimen comunista de Rumanía y Nicolae Ceaușescu, porque a través de ellos podía expresarse ante el escenario mundial. En ese sentido, su respuesta los decepcionó. Aunque a primera vista podría parecer diplomático, en realidad delataba su falta de conocimiento y de sensibilidad ante lo que los rumanos tenían que sufrir en su propio país.

Sin duda, se pueden encontrar circunstancias atenuantes: el estado de conmoción en el que se encontraba y su incapacidad para hablar inglés con fluidez para presentar sus argumentos, como la propia

Nadia citó más tarde. A lo que podría añadirse el justificado temor de que expresar opiniones políticas muy críticas hubiera aumentado el peligro para los miembros de su familia que aún permanecían en el país. Asimismo, el temor de que algunos periodistas pudieran preguntarle sobre su relación con Nicu Ceaușescu (bastantes artículos de aquellos días ya mencionaban este aspecto de su vida personal), afectando así su credibilidad, pudo haberla llevado a ser bastante comedida en lo relacionado con la familia Ceaușescu.

Sin embargo, el vacío dejado por Nadia en este sentido fue cubierto por otros, pues los periodistas, para obtener las posiciones categóricas que querían, contactaron con diferentes rumanos que también habían salido del país y que en el pasado habían trabajado con la gimnasta o formado parte de su círculo. Entre ellos se encontraban Béla Károlyi, su exentrenador, y Géza Pozsár, coreógrafo de la selección olímpica rumana, refugiados en EE. UU. desde 1981. Ambos concedieron entrevistas críticas a la emisora de radio Vocea Americii, que se divulgaron también en Bucarest. Pozsár, por ejemplo, explicó a los periodistas que, en su opinión, «la salida de Nadia de Rumanía expone el régimen [de Ceaușescu] y llama la atención mundial sobre la crueldad y el anacronismo del país», mientras que Béla Károlyi afirmó que el vuelo de Nadia creó una situación desagradable para Nicolae Ceaușescu: «En el pasado se han ido personalidades, incluso Pacepa, pero eso era más político, mientras que en el momento en que se va una deportista, alguien que era el ídolo no sólo de la familia del presidente sino de todo el país, creo que esto resulta muy desagradable y, al mismo tiempo, señala algo que en realidad se está notando en toda Europa, las personas quieren la democracia y la libertad»[31] ✖

Traducción del rumano de Claudia Valdés.

31. Ver el seguimiento detallado de la prensa extranjera realizado por la Securitate, en A.C.N.S.A.S., Fondo Documental, expediente 13346, tomo 24, pp. 25-106. El tema también es explorado por Florian Banu en «Noiembrie 1989 — plecarea din România a Nadiei Comăneci: ultima lovitură de imagine dată regimului Ceaușescu» [Noviembre de 1989. La salida de Nadia Comăneci de Rumanía: el último golpe de imagen dado al régimen de Ceaușescu]. C. Budeancă y F. Olteanu (eds., 2011). *Sfârșitul regimurilor comuniste. Cauze, desfășurare și consecințe* [El fin de los regímenes comunistas. Causas, desarrollo y consecuencias]. Instituto para la Investigación de los Crímenes del Comunismo y la Memoria del Exilio Rumano «Țara Făgărașului» / Editorial Argonaut, Cluj-Napoca, pp. 80-99.

Jean Portante

A VECES HAY HUMO QUE ESCAPA Y QUEDA
suspendido sobre el jardín.

Fuego caería si supiera imitar a las nubes
gotas de fuego en verano justo antes de la tormenta
nieve de fuego en invierno
granizo ardiente a veces
en otoño o primavera.

Pero cuando es una nube que se escapa
el viento va a buscarla
y las sábanas más inmóviles que una estatua de sal
que un ojo distraído habría al volverse plantado ahí
absorben toda la luz del día
como lo hace el papel de fotografía.

Un revelador surgido de un pensamiento
vertería todo esto en un baño alquímico.

El viento sale en busca de la nube
el humo queda suspendido encima del jardín
y las sábanas como fotógrafos universales
imitan lo que caería si
en el lugar del jardín se encontrara este otro jardín
que cuando las sabanas retomaban su camino
devolvía a la luz sus cristales y su sal.

PARFOIS DE LA FUMÉE S'ÉCHAPPE ET DEMEURE / suspendue au-dessus du jardin. // Du feu en tomberait si elle savait imiter les nuages / gouttes de feu en été juste avant l'orage / neige de feu en hiver / grêle ardente parfois / en automne ou au printemps. // Mais quand c'est un nuage qui s'échappe / le vent part à sa recherche / et les draps plus immobiles qu'une statue de sel / qu'un œil distrait en se retournant y aurait plantée / absorbent toute la lumière du jour / comme le fait le papier photographique. // Un développeur surgi d'une pensée / plongerait tout cela dans un bain alchimique. // Le vent part à la recherche du nuage / la fumée demeure suspendue au-dessus du jardin / et les draps comme des photographes universels / imitent ce qui en

(Luxemburgo, 1950). Su libro más reciente traducido al español es *Diario de un olvidador intimo y otros poemas* (Mantis Editores, 2023).

A veces pero no estoy seguro

el jardín del que hablo tomaba el camino más corto
para llegar a los secretos que no sabía callar.

Ostentaba entonces una sumisión particular
antes de agarrar una pala
y clavarla en el suelo.

Y cuando se ponía a revolver tierra y cielo
y las nubes como terrones desarmados
quedaban sepultadas por tanto ardor
o sobrevolaba todo esto un cuervo
que sabía mucho más que yo
yo me decía a veces pero no estoy seguro
que todo lo que podría recordar está regido
por el misterio del sepulcro.

Bajo la tierra revuelta los terrones de nubes
reanudan una antigua costumbre que remonta
a tiempos en que era necesario llorar
las lágrimas tomaban el camino más corto
cuando una pala les daba vuelta
y se mezclaban con la tierra nublada.

tomberait si / à la place du jardin se trouvait cet autre jardin / qui quand les draps reprenaient leur route / rendait à la lumière ses cristaux et son sel.

Parfois mais je n'en suis pas sûr / le jardin dont je parle prenait le chemin le plus court / pour parvenir aux secrets qu'il ne savait pas taire. // Il arborait alors une soumission particulière / avant d'empoigner une pelle / et de la planter dans le sol. // Et quand il se mettait à retourner terre et ciel / et que les nuages comme des mottes désarmées / étaient ensevelies par tant d'ardeur / ou qu'au-dessus de tout cela volait un corbeau / qui en savait plus long que moi / je me disais parfois mais je n'en suis pas sûr / que tout ce dont je pourrais me souvenir est régi / par le mystère de l'ensevelissement // Sous la

A veces de lo poco que queda

el único contable es el sueño.

Cuenta los alientos que van de un silencio a otro
los vuelve a contar
los suma o los resta
los multiplica o divide
y los soplos así pasados por el tamiz de las operaciones
son menos erráticos que antes
y lloran lágrimas puras
y cuentan la distancia que se adueña
del silencio que pisotean.

Son ellos a partir de ahora los contables me digo
suman o restan
multiplican o dividen
pero el silencio así pasado por el tamiz de las operaciones
menos errático que antes no llora.

Es el contable de la distancia
y a veces de lo poco que queda.

terre retournée les mottes de nuages / renouent avec une ancienne coutume qui remonte / à des temps où quand il fallait pleurer / les larmes prenaient le chemin le plus court / quand une pelle les retournait / et qu'elles se mélangeaient à la terre ennuagée.

Parfois du peu de chose qui reste / le rêve est le seul comptable. // Il compte les haleines qui vont d'un silence à l'autre / les recompte parfois / les additionne ou soustrait / les multiplie ou divise / et les souffles ainsi passés au tamis des opérations / sont moins errants qu'avant / et pleurent des larmes pures / et comptent la distance qui s'est emparée / du silence qu'ils foulent. // Ce sont eux désormais les comptables me dis-je / ils additionnent ou soustraient / ils multiplient ou divisent / mais le silence ainsi passé au

A veces en el hemisferio sur del jardín

ahí donde envejece el almendro
se posa un polvo tan fino
que se diría azúcar o harina
de los días que pasan.

Tiene el gusto del norte el polvo
pero eso sucede en el hemisferio
sur del jardín.

Se ve por el almendro que envejece
como se envejece en el sur.

A veces se aleja el almendro y el polvo
sin saber dónde posarse vuelve a ser este metal
que siempre ha sido o más bien la sombra
de metal o su nieve
que las altas chimeneas
ya no fabrican más a lo largo de los días.

Así trabajan los padres y de este lado
del jardín envejeciendo como manzanos.

tamis des opérations / moins errant qu'avant ne pleure pas. // De la distance il est le comptable / et parfois du peu de chose qui reste.

Parfois dans l'hémisphère sud du jardin / là où vieillit l'amandier / se pose une poussière si fine / qu'on dirait du sucre ou la farine / des jours qui passent. // Elle a le goût du nord la poussière / mais cela se passe dans l'hémisphère / sud du jardin. // On le voit à l'amandier qui vieillit / comme on vieillit au sud. // Parfois il s'éloigne l'amandier et la poussière / ne sachant où se poser redevient ce métal / qu'elle a toujours été ou plutôt ombre / de métal ou sa neige / que de hautes cheminées / ne fabriquent plus à longueur de journée. // Ainsi travaillaient les pères et de ce côté-ci / du jardin ils vieillissaient comme des pommiers.

al pie del manzano y que más arriba
el cuervo es un trapo negro
y cabalgan aun más alto
no lejos del espacio de la noche
uno que otro jinete que la oscuridad
no supo borrar
una mano alumbra contrafuegos en el jardín.

Las sombras que bailan sobre la superficie helada
toman la forma de cultivadores de rosas negras
o de uvas secas mientras que de la aldea
remontando la dulce pendiente un soldado
busca con sus ojos lo que la batalla le ha ahorrado.

Hay en sus ojos un porvenir a traicionar o
simplemente un tiempo a remontar
que de una guerra a otra
escondió en su pañuelo
los puntos cardinales de su derrota.

Parfois quand le miroir devient trop secret / au pied du pommier et qu'au-dessus / le corbeau est un drap noir / et chevauchent plus haut encore / non loin de l'espace de la nuit / l'un ou l'autre cavalier que l'obscurité / n'a pas su effacer / une main allume des contre-feux dans le jardin. // Les ombres qui dansent sur la surface glacée / prennent la forme de cultivateurs de roses noires / ou de raisins secs tandis que du village / remontant la douce pente un soldat / cherche des yeux ce que la bataille lui a épargné. // Il y a dans ses

Un poco más allá sentados en la escalerita
de una casa todavía no repintada por la oscuridad
otros ojos apenas nacidos
desde hace mucho posados sobre su divisa
están listos para la concepción.

Es acaso un amor que comienza
o una guerra que termina.

Versiones del francés de Susana Cella.

yeux un avenir à trahir ou / simplement un temps à remonter / qui d'une guerre à l'autre / a caché dans son mouchoir / les points cardinaux de sa défaite. // Un peu plus au-delà assis sur le perron / d'une maison pas encore repeinte par l'obscurité / d'autres yeux à peine nés / depuis longtemps posés sur son uniforme / sont déjà prêts pour la conception. // Est-ce un amour qui commence / ou une guerre qui finit.

Historias mínimas

Idoia Iribertegui

Todos los días nos cruzamos con gente.
En nuestro camino al trabajo, en el mercado, en el autobús
Van solas o en grupo, son familas o parejas,
son ancianos o jóvenes.
Cada una de estas personas porta su propia historia.
Si nos sentamos en un café y por un momento dejamos
el teléfono fuera de nuestra vista oiremos retazos de su vida.
Yo a veces lo hago, de hecho me encanta hacerlo
(así que si te cruzas conmigo cuidado con lo que dices)
y compongo en mi imaginación el resto de la anécdota
que no escuché cuando pasabas, me invento un hermano,
me pregunto qué tipo de casa, qué gustos, qué vida tienes.
Y después lo ilustro.
Así que lo que hay aquí son trocitos de vidas,
inventadas, hechas a retales de historias reales
y de historias soñadas y reinterpretadas.

(Navarra, España, 1973). Su libro más reciente es *Desdichas de una familia victoriana* (Triqueta verde, 2022).

CLASS STARTS
AT 17'00.

Paul

El parque estaba muy animado a pesar del frío.

—Papá, yo quiero aprender a patinar como aquel señor, ¿me enseñarás?

—Claro. —Paul miró a su hija y por primera vez desde que Bárbara faltaba, sonrió.

—Si quieres, vendremos todos los domingos.

Sintió en ese momento que sí, que iba a ser capaz de seguir viviendo, que podría sonreír sin que doliera tanto y que le esperaba el resto de su vida.

Alice

Eres bella como un cuadro de Modigliani — le había dicho él al principio cuando eran felices.

Eres demasiado sensible y frágil — le dijo él al final mientras apagaba un cigarrillo.

Refugiada en la librería repasa uno por uno todos los cuadros de Modigliani y, a veces, llora.

Hoy alguien la mira de nuevo como a una obra de arte y Alice no volverá a llorar.

Chiara

Llego tarde, llego tarde otra vez.

Miss White me mirará con su cara de pájaro, arrugará la frente y levantará la nariz con disgusto.

Odio el ballet.

Pero no me atrevo a decírselo a mamá.

Ella está tan ilusionada...

Pero no lo aguanto más, hoy se lo digo.

Hoy le digo a mi madre que yo lo que quiero es ser trapecista de circo.

Esa chica buena onda

Yara Nakahanda Monteiro

El avión sobrevuela Luanda. El cielo está gris y con nubes de lluvia. Son las seis de la mañana. Desde que salí de Malveira, todavía no he podido dormir. Tengo los labios resecos. La mandíbula, sin que yo lo espere, vuelve a contraerse. El camino que escojo es lo que necesito.

No soporto más el hambre que tengo que mi madre. No puedo renunciar a ella. Incluso así, esa certeza no me quita el miedo. Lo siento en los pies. Otra vez están dormidos. Tienen miedo de caminar. Son pies con miedo de hacer su destino. Esta gente ruidosa me molesta. Y los chiquillos que no paran de llorar, también.

Allá abajo se aglomeran casas que parecen haber sido soltadas en *carpet bombing*. Cayeron alineadas en grupos. Chocaron contra la tierra con tanta violencia que quedaron cubiertas de polvo. Desmanteladas, se compusieron a ciegas, formando un esqueleto desastrado con barro rojo, madera vieja y chapas de zinc. Sobreviven en el enmarañado de la nueva tierra. Se contraen y se expanden. Acomodan las paredes para ganar espacio. Las casas existen en varios tamaños. Subsisten sin revoque y sin pintura, permeables al bien y al mal. Juntas, crean un gigante retazo monocromático rasgado por callejuelas que atraviesan la ciudad en todas direcciones. Son corredores que llevan a ningún lugar. Avenidas groseramente excavadas en la tierra y que terminan en las carreteras oficiales. El cemento es la frontera imaginaria. El límite de la existencia que le es permitido tener y ser.

Surge entonces una mancha mayor: gris, ancha y alta. Las ventanas de los apartamentos son como nidos de pájaros en troncos de hormigón. La mancha se estira, tratando de llegar al cielo y al agua, alterando la escritura de la tierra.

(Angola, 1979). Éste es un fragmento de la novela *Esa chica buena onda* (Elefanta Editorial, 2023).

Siento que el corazón se acelera. El paisaje que me espera es crudo y áspero. Entro en un útero de polvo y cemento. Aguardo por el caos.

Comienza a llover. La ciudad se entristece. Con la lluvia llega el viento. La turbulencia dificulta el aterrizaje. Salimos del avión enrollados en nuestros cuerpos. Ensopados, nos amontonamos dentro del ómnibus que nos lleva al edificio principal. El aire es asfixiante, y todo a mi alrededor parece cubierto por una humedad pegajosa. Evito sin éxito tocar a las personas y los pasamanos.

Las puertas se abren. Los pasajeros se atropellan. Cruzan caminos para entrar en la fila de su categoría. Leo la placa *extranjeros* y me dirijo hacia ella.

En esta fila son muchos los hombres blancos. Se agarran a la valija o a los tirantes de la mochila que llevan a la espalda. Con los ojos muy abiertos, parece que digitalizan imágenes. Lo hacen de derecha a izquierda y viceversa. La mayoría camina con los hombros contraídos y ligeramente encorvados. Revisan los documentos incontables veces. Sin ninguna turbación, algunos colocan dinero entre las páginas del pasaporte. Quedo con la duda de si deberé hacer lo mismo.

Es la primera vez que estoy allí. Me falta la espontaneidad de quien regresa a su patria.

La línea avanza. Llega mi turno. Traspongo la línea amarilla. El funcionario de la aduana no sonríe. Se endereza en la silla y gana estatura. Con una sonrisa tímida, le doy los buenos días. Mis palabras no encuentran eco. Por su mirada, siento que me acerco demasiado. Retrocedo. Él se acomoda una vez más en la silla. Apoya el codo del brazo derecho en la mesa, cual punto fijo que sostiene su antebrazo. El brazo se mueve en mi dirección.

La mano abierta y estirada me pide el pasaporte. Cuando lo tiene, con la mano lo arrastra hacia sí. Sin soltarlo, vuelve a apoyar el codo en la mesa.

Quedo en suspenso.

La otra mano, antes inerte y distante, se mueve y se acerca para agarrar el pasaporte. El funcionario le siente el peso. Despacio, recorre, una a una, todas las páginas. Después, mira hacia mí y hacia la fotografía de mi pasaporte. Sus labios no se mueven. Sólo sus ojos se movilizan. Juegan al juego de las diferencias. Deduzco que a propósito esté creando dudas sobre mi identidad.

Por fin, pregunta si no tengo nada para él. Respondo que no. Irritado, retrocede con la silla y mira hacia fuera del cubículo donde está. Parece buscar a alguien que no encuentra. Desiste. Me lanza una última mirada, sella dos veces con fuerza y ordena:

—Pasa.

En mi pasaporte queda grabada la fecha del veinte de junio de dos mil tres.

La lluvia hizo al área de las llegadas demasiado pequeña para tanta gente. Una multitud espera a la salida. Se empujan unos a otros para quedar al frente y ser vistos. El sudor comienza a correrme por la frente. En la tentativa de leer mi nombre en una de las hojas que se agitan al aire, aflojo la marcha. Un error, advierto. La autoridad uniformada ordena que continúe adelante.

En medio de la confusión, una mujer rompe la barrera humana y se cuelga en el separador de metal. Sin ceremonias, Romena Cambissa grita mi nombre. Le hago una seña. Romena atropella a quienes se encuentran entre nosotros. Llega a mí y me da un fuerte abrazo.

—Estaba que se me salía el corazón por la boca —se desahoga, incluso antes de decirme «hola».

La amiga de la tía Isaltina es una mujer de sus cincuenta y muchos años. El cinto dorado que le estrangula la cintura y divide el vestido verde en dos partes acentúa su cuerpo voluminoso y en forma de ampolleta. A pesar del peso y de los tacones altos, Romena se mueve con la delicadeza y la agilidad de una mariposa.

Los hombros rectos y anchos sostienen la autoridad que le permite exigir que la multitud abra camino para que pasemos. Obedecen sin chistar. Llegamos a la salida. A la señal de un dedo de Romena, se me acerca un muchacho. De inmediato, recibe la maleta. La pone en su cabeza y nos sigue.

Sin parar, la lluvia golpetea el suelo y los techos de los carros. Mi cabello queda ensopado y se enreda de inmediato. La peluca de hilos lisos y rubios de Romena parece ser impenetrable. Entramos apresuradas en su Range Rover. Romena extrae un billete de la cartera y despacha al cargador de equipajes.

Enciende el carro y, con un pañuelo, se limpia el rostro redondo. El agua le corre por la doble barbilla.

No necesito hablar. Romena habla por las dos. Ora protesta de la lluvia, ora del maquillaje corrido o del desorden del aeropuerto. Con la mano amplia y voluminosa, limpia el vidrio empañado. Los anillos que usa le estrangulan los dedos. El sonido de las uñas largas y pintadas de rosado oscuro tocando en el vidrio acompaña el tintinear de las pulseras de madera. El ritmo creado me apacigua los temores. Siento el cuerpo que se descontrae y los pies que pierden el hormigueo.

Perezosamente, salimos del estacionamiento del aeropuerto. La ciudad está anestesiada y en silencio. La lluvia ya se había adueñado de las carreteras y de los paseos. Cuando pasan, los carros producen pequeñas olas. Basura, recipientes, juguetes y hasta un quitasol de colores flotan en el agua fangosa. Debajo de los portales hay gente protegiendo lo que parecen ser artículos para la venta. En casas miserables, jóvenes y viejas usan baldes o recipientes para retirar el agua que les entra por el patio. En las calles es posible distinguir a las mujeres que no desisten y hacen frente a la intemperie, de las que ya ni el sufrimiento sienten. Las primeras llevan los zapatos en la mano, la cartera metida dentro de la blusa y la cabeza protegida por un saco de plástico; las otras andan como si no notaran las fuertes gotas de lluvia que se les prenden a la piel. Continúan todas con el destino que la vida les lanzó aquel día. Para ellas, sol y lluvia son la misma cosa. No veo hombres. Me pregunto si habrán huido de la lluvia.

—Esta ciudad, con lluvia, es un caos —explica Romena.

—¿Siempre llueve así?

—Aquí no ocurre nada a la mitad —ironiza con una carcajada. Y continúa—: Si es para que caiga agua del cielo, entonces lo que cae es un diluvio.

Como una carabela, avanzamos por la carretera.

Romena no avanza en línea recta.

—Estas calles son campos minados.

—¡Jesús! ¿En la ciudad hay minas? —pregunto asustada.

—Calma, hija. Son huecos en la carretera. Con las lluvias, se vuelven cráteres. ¿M'estás entendiendo?

—Perfectamente.

Considerando que el viaje demoraría más de lo previsto, Romena me presenta a la ciudad:

—Allí es Prenda. Cuidado con estos tipos —y señala hacia las camionetas de color azul y blanco estacionadas a la orilla de los paseos—. No saben conducir —advierte—. Sólo estorban.

—¿Son miniautobuses?

—Aquí se llaman *candongueiros*. Es un tipo de taxi colectivo. Nunca te subas a uno.

—¿Por qué?

—Son del pueblo —aclara Romena, diferenciándonos de él.

—¿Es peligroso?

—¡¡Lo-du-das!!

La lluvia va amainando, y el silencio es sustituido por la *beatbox* de Luanda. Son bocinazos en tono grave, sirenas, conversaciones, carcajadas y motores en sonidos agudos. Es la ciudad improvisando las rimas del día a día. «Aeropuerto, Aeropuerto», «Mutamba, Mutamba», «São Paulo, São Paulo» lanzan en estilo libre los MC de los *candongueiros*. La intensidad muda. Lo cotidiano es velozmente narrado en los decibeles de los *kuduros* que compiten entre sí. Se produce la metaforización del cuerpo urbano: abandona la somnolencia, vibra agresivamente y va hacia la lucha por la supervivencia.

Es como si una ofensiva de personas y carros surgiera por brechas en las paredes o fisuras en el suelo, para de inmediato propagarse por los paseos repletos de huecos y carreteras llenas de barro por la lluvia.

Con niños cargados a la espalda, llegan mujeres armadas de canastas rellenas con el colorido de frutas, legumbres y latas de bebidas. Extienden el paño en el suelo, improvisan el puesto de ventas y venden lo que tienen con la esperanza de conquistar el día. A lo largo de la carretera, hileras de hombres comienzan a pegarse a la fila de carros. Venden la parafernalia que se puede encontrar en una tienda de chinos. La cadencia de su marcha militar está marcada por la lentitud del tránsito.

—¿Tu puerta tiene seguro? —indaga Romena.

—Ahora sí —aseguro, después de verificar que la puerta de mi lado está bien cerrada.

—¡Mira, socia! Estos tipos son una plaga. No abras mucho la ventanilla.

Asustada, evito mirarlos. No quiero llamar la atención.

En la carretera, los todoterrenos, con sus ruedas altas y estructura maciza, contrastan con las chatarras que allí circulan. El derecho de paso proviene del orden de las castas sociales o de la insistencia de los empujones para romper el régimen de circulación vial.

Es entonces que casi chocamos. Con el susto, me encojo y protejo la cara con un brazo. Romena no logra evitarlo y dice, bromeando:

—¡Calma! Aquí nadie se toca. Es tipo baile, ¿no lo estás viendo?

—Pero asusta —me justifico.

—Te vas a acostumbrar.

Romena no se intimida y no deja de hacer maniobras peligrosas.

Me contengo observando alrededor. Los edificios son antiguos y con semblante caído. Suspendidas en sus ventanas, hay precarias cajas de aire acondicionado y antenas parabólicas. Sus portones y balcones enrejados me parecen imposibles de traspasar. Se vive dentro de casa, con miedo de lo que existe del lado de fuera.

Veo a dos niños sólo con calzones revolviendo una poza de agua donde flota basura, la maldición de la ciudad.

Observando mi expresión desfigurada por la agonía y la tristeza, Romena se solidariza:

—Duele, ¿¡eh!? ¿Y qué le vamos a hacer? Ver muchas veces lo mismo acostumbra al ojo y cierra el corazón.

—Un horror.

—Tienes que aligerar el sentimiento —me alerta.

—¿Cómo?

—No mirar. No pensar en eso. Si vas por esos caminos aquí en Luanda, te vas a deprimir.

—Fingir que no veo.

—Eso. No eres tú la que va a resolver el problema de ellos.

—Podríamos intentarlo —sugiero.

Desistiendo de intentar convencerme, Romena trata de animarme cambiando de asunto:

—¿Conoces la historia de nuestra reina Ginga? —me pregunta.

Mi silencio le da la respuesta.

—Sólo las Marías de tu Portugal —ironiza Romena después de una risotada.

—Fue lo que estudié en la escuela —trato de justificarme tontamente.

—Vamos a pasar por la Baixa para que veas la linda bahía de Luanda.

Hasta la bahía de Luanda son varios los limosneros que se acercan con la mano estirada. La mayoría son jóvenes mutilados. Romena los ignora, es como si no estuvieran allí. Yo hago lo mismo y continúo mirando hacia adelante, sintiéndome incapaz de cualquier reacción.

En la Baixa de Luanda, como en el resto de la ciudad, son varios los edificios con las paredes por remendar. Romena aclara que muchos de los huecos fueron hechos por los tiros de las balas del noventa y dos.

—La pasamos mal. ¡Mucho miedo! —recuerda Romena, sacudiendo la mano y aprovechando para encender un cigarro.

Romena está en lo cierto. En medio del caos, la Marginal de la bahía de Luanda es la vitrina de la ciudad. Entramos en una calle por detrás de la Marginal. Romena señala hacia un edificio alto de ocho pisos, indicando que es allí donde vive. Añade que, del otro lado del paseo, está el edificio de las Naciones Unidas.

—¿Cuál es el nombre de la calle?

—Direita.

El todoterreno de Romena todavía no estacionó y ya la vendedora, que lleva la vasija llena de pescado a la cabeza, agita el paso de chanclas en nuestra dirección. En la espalda, y prendido por un paño con cornucopias coloridas, va un niño. La mujer se abre paso por la calzada agujereada y llena de pozas de agua con la ligereza de quien no está cargada con responsabilidades.

Salimos del carro, y Romena dispara sin grandes miramientos:

—Domingas, ¿otro hijo más? —regaña con aire de reprobación, señalando hacia la *t-shirt* blanca del World Food Programme que la vendedora trae puesta.

—Sí, doña Romena —confirma Domingas con aire avergonzado.

—¿Más hijos? 'stá fácil la vida de *zungueira*. —Toninho quiere.

—¿Ya trabaja?

—Todavía.

Romena sacude la cabeza y murmura palabras que no logro entender.

El niño que Domingas tiene a la espalda no se mueve. Es como si se hubiera roto el cuello y estuviera muerto con los ojos abiertos.

Oigo que abren el maletero del todoterreno. Un hombre ya anciano, con pelo blanco y barba rala, saca del todoterreno mi maleta y me pregunta:

—Mamá, ¿tiene más cosas que subir?

—No sé —respondo.

Romena deja de hablar con Domingas y se acerca al hombre.

—Es todo, señor Timóteo. Ya vamos a subir.

Romena dirige el trayecto. Sigo con Domingas y con el señor Timóteo.

A la puerta de la entrada del edificio están dos *zungueiras* más.

Cada una con su cesta de su «pan nuestro de cada día».

Es un edificio deteriorado, que aparenta nunca haber recibido mantenimiento. Las paredes tienen una capa de suciedad arraigada, pero el suelo acababan de limpiarlo. Siento el fuerte olor a creolina.

Vamos en dirección a las escaleras. Advierto que donde probablemente estaría el elevador hay una puerta de metal cerrada con candado.

Ya subimos más de diez descansos de escaleras. La construcción del edificio permite que el aire entre y circule con facilidad por su interior, con lo que se rompe la densidad morfológica del cuerpo arquitectónico debilitado. Cada piso se divide en un pasillo para la derecha y otro para la izquierda, enrejados en la misma entrada. Portones, rejas, puertas, candados limitan el acceso a los apartamentos. Son espacios vueltos impenetrables, que contrastan con las galerías que existen entre los pisos del edificio, donde los niños juegan libremente.

Las áreas individuales y exteriores de los apartamentos, al contrario de los espacios comunes del edificio, están pintadas, limpias y organizadas. Una reja, plantas o sillas dividen los espacios comunes de los privados.

El señor Timóteo se detiene. Está cansado. Le ofrezco ayuda. La rechaza.

Domingas nos pasa y continúa la subida con Romena. Se mueve con tranquilidad y seguridad. Tiene la osamenta y los músculos perfectamente alineados. Es como si una línea vertical la elevara y a todo lo que sostiene. No existen tensiones ni rigidez. La cabeza va derecha, sin estar demasiado baja o alta. Domingas sube las escaleras con porte de reina. No deja que el peso de la vida le deforme la dignidad con escoliosis o cifosis. Cuando planta cada pie, lo hace para que el suelo conozca su fuerza. Domingas no le debe nada a nadie. Dios y el Diablo se lo deben todo. Tienen que desviarse de ella.

El señor Timóteo y yo recuperamos el aliento. Llegamos al piso de Romena. El señor Timóteo pone en el suelo la maleta. De la frente le corre el sudor pesado de la maleta transportada. Yo pongo en el suelo la vergüenza de mis quejas.

En la puerta de casa, Romena escoge con cuidado el pescado de la palangana. Deja para pagar mañana. No tiene la cantidad exacta y Domingas no tiene cambio. La propina de Timóteo también queda para después.

Entramos en casa. Romena me pide que la espere en la sala y me dice:

—Haz de cuenta que estás en tu casa. Aquí no tienes que andar con ceremonias.

«Haz de cuenta que estás en tu casa» es una formalidad de la buena educación que intenta poner cómoda a la persona invitada. Es bienintencionada, pero es falsa. O, por lo menos, supone que los hábitos en nuestra casa son los mismos de quien nos recibe. Por norma no es lo mismo. No hacer de cuenta que estamos en nuestra casa es medio camino andado para garantizar una buena convivencia cuando se es visita. Fue la abuela Elisa quien me lo enseñó.

El espacio está fresco, en silencio y perfectamente ordenado. El interior del apartamento contrasta con la degradación y el abandono del edificio, de la calle y de la ciudad. El *design* de los muebles le imprime una apariencia europea. El aposento es estridente por la exageración de la decoración plateada. «De gustos no se discute», me redimo de mi pensamiento, pero sin conseguir detener la crítica decorativa. El sofá de madera maciza y piel castaña desentona del resto. Me pregunto cuántos hombres habrán sido necesarios para transportar aquel monstruo hasta allí.

La mesa del desayuno está servida. Encima de un mantel blanco con pequeñas flores rojas, un frasco con té, otro con café, azúcar, pan, mantequilla, queso, fiambre y un pastel casero. Todo lo que me apetece es una papilla Nestum de miel. Si estuviera en mi casa, es lo que comería. Bastaba con ir a la despensa, y allá estarían por lo menos dos cajas. Una abierta y otra cerrada. La abuela Elisa tiene siempre como mínimo dos unidades de cada producto, sea el que sea. «Trauma de la guerra», la disculpa la tía Isaltina. Otro efecto de la guerra es guardar lo innecesario. Raramente algo va a la basura. Aparatos inutilizados, ropas viejas, mobiliario, revistas, papeles, cordones, frascos y tantas otras cosas son guardados porque, quizás, «pueden llegar a ser necesarias». Va todo para un antiguo establo transformado en almacén. Me parece que en la casa de Romena no se guarda nada.

Romena Cambissa aparece en la sala acompañada de dos mujeres negras. Las presenta como Josefa y Mariela. Son madre e hija. Ambas bajas y esqueléticas. El aire abatido se les acentúa por los párpados superiores caídos. Con dificultad, intento verles los ojos. Allá los veo. Son negros con esclerótica amarillenta. Se me antoja que ambas puedan desmayarse en cualquier momento.

Cada cual usa una bata gris. Prendido a la bata y alrededor de la cintura, un delantal blanco. El traje es una copia modesta de los uniformes de las empleadas domésticas de las familias chics de las telenovelas brasileñas. Ambas están descalzas. Tienen los pequeños pies gruesos y anchos. La textura de la piel es dura. Tal vez se haya convertido en caparazón para protegerlos. Tienen el pelo encrespado, corto y desaliñado. Sólo los cabellos blancos las diferencian. Josefa cocina y Mariela limpia. La historia de la madre Josefa es ya la vida de la hija Mariela ✖

Traducción del portugués de Rodolfo Alpízar.

Polvo de estrellas
[fragmento]

Hannah Arnesen

(Estocolmo, Suecia, 1992). Estas imágenes forman parte de su novela gráfica *Polvo de estrellas*, que será publicada por Thule Ediciones en 2024.

Traducción del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Si respiras profundamente mientras lees esto.
¿Sientes el aire a tu alrededor?
El aire entra por tus fosas nasales en este mismo momento.

Ese es el clima.

El clima no es sólo algo que existe
en la Antártida o dentro de cien años.
Está en tu calle, en tu cocina, en tu cuerpo.
Te afecta cuando cocinas, te bañas,
te despiertas, te duermes, lavas los platos.

Si haces zoom, se ve así.
El clima está en el aire vivo que respiras.
El clima está aquí, es ahora.

Parece interminable,
pero la biósfera, el aire que transporta toda la vida
y que nos separa del espacio, tiene 18 kilómetros de espesor.

Mientras escribo esto me doy cuenta de que estoy más cerca del espacio que del mar,
el espacio está más cerca de mí que la casa donde paso los veranos.

Me doy cuenta de que si pudiera andar en
bicicleta en el aire...

Parece interminable,
pero la biósfera, el aire que transporta toda la vida
y que nos separa del espacio, tiene 18 kilómetros de espesor.

Mientras escribo esto me doy cuenta de que estoy más cerca del espacio que del mar,
el espacio está más cerca de mí que la casa donde paso los veranos.

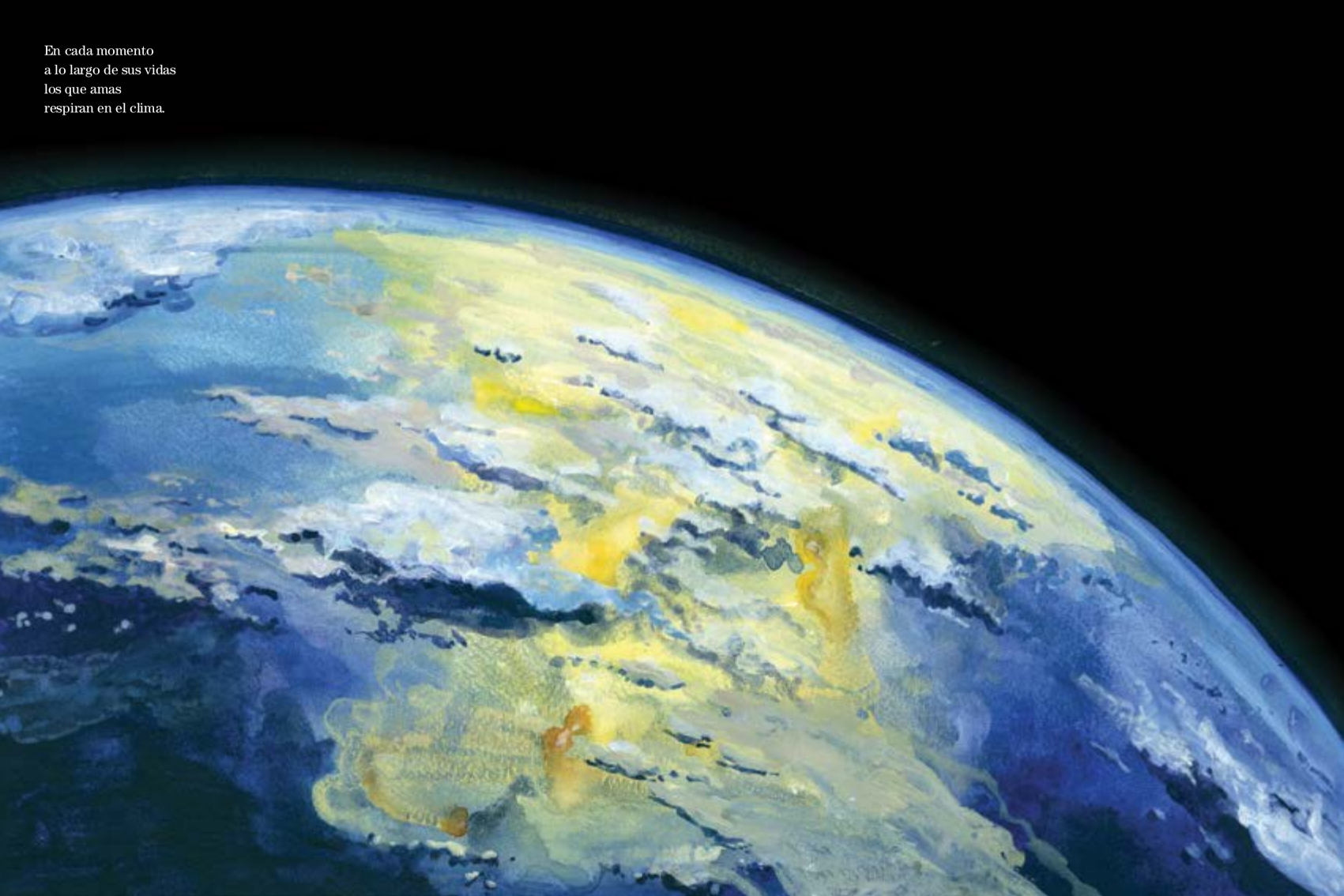
Me doy cuenta de que si pudiera andar en
bicicleta en el aire...

Podría pasar en bicicleta junto al clima.
Porque la eterna grandeza
está justo a nuestro lado.

El clima crea la danza entre el mar azul y la negra eternidad,
agita los ríos en el cielo y en la tierra, riega los bosques y el suelo.
Crea nuestro hogar, el único hogar donde sobreviviríamos.

Tu aliento contiene los mismos átomos
que el aliento de los primeros humanos.
Tu aliento contiene el mismo aire
que respirarán tus nietos y bisnietos.
Los alientos de los que aún no han nacido,
las especies que aún no han evolucionado.
Las historias que aún no han comenzado.

En cada momento
a lo largo de sus vidas
los que amas
respiran en el clima.



Sira

[fragmento]

María Dueñas

Capítulo 1

Aquella máquina de escribir no reventó mi destino. Me equivoqué al pensarlo cuando aún era joven e ignorante, cuando todavía no había archivado en mi memoria palabras como violencia, amargura, desolación o rabia, y aún era incapaz de anticipar los desgarros que la vida me tenía previstos. No, mi destino no lo trastocó un inocente mecanismo destinado a juntar letras. Ojalá hubiera sido así, pero el porvenir me tenía preparado un azar alternativo. Trescientos cincuenta kilos de explosivos depositados en los bajos de un hotel en Jerusalén: algo infinitamente más siniestro.

El verano de 1945 nos trasladó al Cercano Oriente, atrás dejamos una España hambrienta y sumisa, y una Europa masacrada que iniciaba su reconstrucción con doloroso esfuerzo. Un año y unos meses antes, por convencimiento mutuo y para protegerme ante indeseables contingencias en mis funciones como colaboradora de los servicios secretos británicos, Marcus y yo contrajimos matrimonio en Gibraltar un ventoso día de marzo, con la península a un lado y el norte de África al otro, los territorios dispares e entrañablemente cercanos que tanto significaban para nosotros.

En lugar de una ceremonia al uso, nos sometimos a un mero trámite oficial tan breve como austero; el peñón se encontraba militarizado desde los túneles hasta su pico más alto y prácticamente desierto de población civil, evacuados todos desde el principio de la segunda gran guerra por temor a que los alemanes les acabaran invadiendo. No hubo flores, ni fotografías, ni siquiera anillos en aquel despacho

(Ciudad Real, España, 1964). Éste es el primer capítulo de su novela más reciente, *Sira* (Planeta, 2021).

de The Convent, la residencia del gobernador. Marcus presentó su documentación *bona fide*, un pasaporte diplomático bajo el nombre de Mark Bonnard, su verdadera identidad: lo de Logan no era más que una cobertura para tiempos turbios. Tras los *I do* de rigor, yo formulé el juramento protocolario de lealtad al monarca en mi tibio inglés, y de inmediato expidieron otro documento con mi nueva filiación: Sira Bonnard, antes Arish Agoriuq, antes Sira Quiroga, acababa de convertirse en flamante súbdita de la Gran Bretaña. Mis últimas palabras fueron apenas un murmullo. *So help me God*.

De vuelta a Madrid, el certificado de matrimonio y mi nuevo pasaporte quedaron bajo custodia de la embajada y nosotros continuamos llevando vidas aparentemente dispares, viéndonos siempre a escondidas, él manteniendo sus actividades, idas y venidas en pro de su país, y yo reportando información sonsacada a las esposas de los dirigentes nazis, encubierta bajo la apariencia de la cotizada modista que arribó a la capital como caída del cielo.

Cuando Alemania firmó su rendición y ordenó el cese de todas sus operaciones bélicas a principios de mayo del 45, yo cerré sin pena ninguna aquel taller de Núñez de Balboa que en su día me montaron los ingleses y me instalé junto a Marcus en su casa. Dejar de coser resultó un alivio: lo que fue mi trabajo desde la infancia, se había terminado convirtiendo en una tarea ingrata a costa de tratar con una clientela de indeseables ante las que debía mostrar hipócritamente mi cordialidad más fraudulenta. Me llegó a parecer que las telas y los patrones tenían el peso de las losas, los hilos se me tornaron sogas que me estrangulaban, y el mero hecho de probar mis piezas sobre cuerpos de mujeres a las que despreciaba me acabó resultando una tarea vomitiva. Dejar de engañar, olvidarme de todas ellas, no tener que encubrir nada, calmó mi desazón y me devolvió el sosiego.

Era consciente, no obstante, de que aquella convivencia nuestra en el escueto piso de la calle Miguel Ángel sería breve. El desmoronamiento del Tercer Reich y la victoria de los aliados marcaban también el final de la misión en la península de mi hasta entonces clandestino marido. Llegaba el momento de replantearnos un futuro y nuestros intereses apuntaban en direcciones dispares.

El afán de Marcus era que nos trasladáramos a Inglaterra, contribuir a devolver la prosperidad a su patria. Yo, por mi parte, también ansiaba salir del Madrid de los apagones, la propaganda gri-

tona, el pan negro y las revanchas, donde en cada casa había algún muerto al que llorar, la gente aún dormía con el rencor debajo de la almohada y a los niños les rapaban las cabezas para que no se los comieran los piojos. No, no quería seguir en ese escenario tremebundo, prefería que mis hijos nacieran en un sitio sin rastros de horror en las calles, ni huellas de dolor en los rostros. Propuse por eso volver a Marruecos, bajo su calidez luminosa, cerca del ayer y de mi madre. Ansiaba alejarme de los escenarios de esa furtiva existencia nuestra repleta de encubrimientos y mentiras, olvidarnos de quienes fuimos y empezar a mostrarnos tal como éramos a cara descubierta, sin falsedades ni incógnitas ni miedos. Convertirnos de una vez por todas primero en una pareja normal y después en una familia corriente: ésa era mi ambición, la única.

Ambos deseos, sin embargo, se hicieron humo apenas unas semanas más tarde, cuando todavía nos estábamos acostumbrando a caminar juntos por las aceras sin sentirnos constantemente alertas y aún nos costaba trabajo asumir que podíamos hacer públicamente cosas tan simples como ir a un cine de la Gran Vía o bailar en Pasapoga hasta la madrugada. El requerimiento que Marcus recibió era taxativo. Le reclamaban para un nuevo puesto en la Palestina bajo mandato británico. Incorporación inmediata, esposa bienvenida, me tradujo en voz alta. Un nuevo quehacer bajo el paraguas del Secret Intelligence Service. Él no aclaró más. Yo preferí no seguir preguntando.

A pesar del desconcierto, me esforcé para no mostrar mi decepción abiertamente. De haber conocido mi actitud y de no haber sido inglés mi marido, en la esforzada Sección Femenina se habrían sentido orgullosas: ahí estaba una española de raza cumpliendo con el modelo de cónyuge entregada que el nuevo régimen franquista quería, obediente y dispuesta, el ángel del hogar, la casada perfecta. Al fin y al cabo, yo no era más que una costurera que ya ni siquiera cosía, mientras que Marcus, gracias a sus eficientes desempeños, se había convertido en un valor cotizado al servicio de su gobierno. Más allá de las obligaciones matrimoniales, sin embargo, lo cierto era que el tiempo no había hecho más que consolidar el amor volátil que nació entre nosotros en Tetuán, cuando yo no era más que una muchachita acobardada y él un joven agente que caminaba apoyándose en un bastón y se hacía pasar por periodista.

Los engranajes que movían al todavía grandioso Imperio Británico habían dispuesto ahora, en definitiva, un traslado que no cuadraba con la intención inicial de Marcus de restablecerse en su propio país y mucho menos con mi pretensión de retornar a África. Pero como la insubordinación y el desacato no tenían cabida entre nuestros principios, abigarramos nuestras pertenencias en dos baúles y unas cuantas maletas y a finales de junio emprendimos ruta hacia nuestro nuevo lugar en el mundo, con un breve tránsito en Londres: el tiempo justo para que Marcus recibiera instrucciones, para que pudiéramos ver a su madre y para constatar con nuestros ojos la triste realidad de otra capital atribulada.

Enfrentarme a la desconocida Lady Olivia Bonnard me generaba una ansiedad desconcertante. Yo, que llevaba años bandeándome con tino entre ejemplares humanos de todo pelaje, me sentí súbitamente insegura. ¿Así debo llamarla, con el Lady por delante?, susurré a Marcus al llegar a nuestro encuentro, con la vista fija en la fachada de estuco blanco, deslucida, desconchada y aun así espléndida. Él me guiño un ojo con un gesto que no logré interpretar del todo. Quizá pretendía, irónico, tranquilizar mis nervios de esposa novata ante la figura siempre inquietante de una suegra. O quizá me estaba tan sólo previniendo para el tipo de mujer que nos esperaba en aquella residencia de The Boltons, en el área de Brompton, Kensington, W10: un código postal cuya distinción no habían servido de blindaje frente a las sanguinarias acometidas de la aviación alemana.

Casa y propietaria parecían acoplarse a la perfección: castigadas y con todo formidables, armoniosas tanto en sus esqueletos como en sus entrañas. Un tanto en decadencia ambas, pero dignas y enteras. Imponentes. Por fortuna, yo llevaba años acumulando pericia en las artes del fingimiento, y había aprendido a moverme con desenvoltura en ambientes plagados de gentes distintas y extravagancias de todos los colores; gracias a eso, me tragué mi nerviosismo inicial y logré mantener el aplomo durante aquel primer té en ese jardín hermoso y asalvajado. Simulando seguridad, desplegué todo mi *charme*, aireé mis mejores maneras y me limité a dosificar sonrisas templadas e intervenciones breves. Me comporté, en definitiva, como la más adorable de todas las posibles esposas.

En correspondencia, la actitud de ella hacia mí basculó por ratos entre los mínimos de la cortesía propia de su buena cuna, y una

etérea indiferencia. Con su rostro anguloso y una larga trenza plagada de canas sobre el hombro izquierdo, envuelta en una gastada túnica de terciopelo, aliñando su té con chorros de ginebra y fumando uno tras otro los Chesterfield americanos que Marcus le había conseguido en Madrid a través del estraperlo, Lady Olivia incluso se encargó de darle a mi moral algún que otro pellizco. En un par de ocasiones fingió que no recordaba cómo debía pronunciar mi nombre —¿Saira? ¿Sirea? ¿Seira?—; en otros momentos me dejó con una frase a medias para inclinarse a meterle en la boca un pedazo de sándwich de pepino a alguno de sus perros, los tres medio locos, uno cojo, todos viejos. A todas luces le resultaba incómodo aceptar como nuera a una extranjera sin raigambre ni fortuna, procedente de un país cerril, atrasado y católico donde matarse entre hermanos se había convertido en una sanguinaria costumbre.

En quien sí volcó su afecto fue en Marcus, el que fuera el mayor de sus hijos, el único descendiente vivo en esa menguada familia que ya sólo contaba con ellos dos como miembros. A la muy británica manera, apenas tuvieron contacto físico: ni besos ni abrazos ni zarandajas. Tan sólo, en algún momento, ella le revolvió el pelo con sus dedos huesudos, eso fue todo. Pero la sintonía era indudable, y destilaban complicidad, y se parecían en el color verdoso de los ojos, en las venas que les recorrían el cuello, hasta en la forma de las orejas. Encadenando temas de conversación con un inglés afilado que me costó seguir a ratos, en varios instantes de su imparable charla ella soltó algunos chispazos cargados de elegante sarcasmo que a él le hicieron reír a carcajadas, relajado como pocas veces, con sus largas piernas cruzadas sobre la hierba crecida y los ojos entrecerrados por el sol del verano en el jardín de su infancia: el agente curtido y escéptico con los cuarenta cumplidos, aniñado momentáneamente bajo el ala protectora de su madre.

La guerra ha sido dura para ella, musitó Marcus al entrar de nuevo en el auto que nos llevaría hasta Heath Row. Como si quisiera justificarla. La contemplamos a través de la ventanilla: nos veía marchar desde el escalón más alto de la entrada, estoica entre las dos sucias columnas de estuco que sostenían el porche, insólitamente majestuosa bajo su vieja túnica, con los perros tarados a los pies, un pitillo entre los labios y esa singular melena. La moral victoriana en la que se crio le impedía expresar abiertamente sus sentimientos. Ni

siquiera agitó una mano para decirnos adiós. Aun así yo intuí que, al despedirse de su hijo, un nudo como un puño prieto se le atoraba dentro de la garganta.

Viuda desde joven de Sir Hugh Bonnard, perdió a su única hija a causa de una meningitis antes de acabar la adolescencia y al menor de los hijos varones, piloto de la RAF, en combate al principio de la batalla de Francia. Sin haberse dedicado a otra cosa en su vida más que a las ociosidades propias de su condición y sexo, el dolor y el patriotismo contagioso del momento la llevaron a partir de entonces a sacudirse la indolencia y volcarse hasta la médula para echar una mano. Pasó así la guerra entera sirviendo y ayudando en todo lo que humanamente pudo, acometiendo tareas que en otro momento de su existencia habrían sido consideradas del todo inapropiadas, *unsuitable* para alguien de su clase. Incluso malvendió algunos de sus muebles, sus bronces, sus joyas y sus cuadros, sus alfombras, sus porcelanas y sus pieles: el dinero que obtuvo lo dedicó a paliar las necesidades de aquellos desgraciados a los que la diosa fortuna se olvidó de tocar con su vara.

Algo de eso ya me había contado Marcus en Madrid, aunque en tono meramente informativo. Ahora, en cambio, lo hacía desde las tripas mientras al paso de nuestro vehículo me iba mostrando los estragos de los bombardeos en los alrededores. La grandiosa propiedad de Bladen Lodge cercana a su casa ya no era más que un desmonte lleno de escombros, la vecina iglesia anglicana de St. Mary's The Boltons se había quedado sin órgano, sin vidrieras, sin techo. La verja de hierro que un día circunvaló el parque, la habían arrancado para fundirla y dedicarla a la fabricación de armamento.

La noticia del fin de la guerra había colmado a los londinenses de júbilo: más de un millón de seres llenaron tras el anuncio las zonas del centro, llegando en autobuses y camiones abarrotados, en carros, andando, corriendo, en metro, en bicicleta. Los aviones sobrevolaron la ciudad festivos, por el aire sonaron las sirenas de los remolcadores del río y las campanas arrebatadas de montones de iglesias. Las masas se amontonaron gritando hasta la afonía, cantando, riendo, aplaudiendo y agitando banderas con las cabezas tocadas con sombreros de papel, alejados de toda solemnidad, liberados del pánico. En Picadilly Circus, muchachos de uniforme formaron largas

congas con muchachas radiantes vestidas de domingo, montones de jóvenes se metieron con los pantalones arremangados en la fuente de Trafalgar Square; el rey, la reina y el primer ministro Winston Churchill, asomados al balcón del Buckingham Palace, fueron aclamados con fervor repetidamente.

Para cuando Marcus y yo realizamos nuestra breve parada en su ciudad, sin embargo, de aquella victoriosa euforia colectiva apenas quedaba rastro. Habían pasado ya casi dos meses, y ahora todo era realidad y cruda certeza. Los casi seis años de guerra dejaban paso a una Gran Bretaña empobrecida, arrasada y exhausta. Además de los centenares de miles de soldados caídos o malamente heridos en los distintos frentes del continente, los bombardeos de la Luftwaffe alemana generaron más de sesenta mil civiles muertos en las islas, casi noventa mil heridos y montones, montones de gente sin hogar, sin trabajo, sin aliento. El *blitz* se llevó por delante sólo en Londres más de cuarenta mil inmuebles, reduciéndolos a cascotes, hierros retorcidos, madera quemada y cenizas. Faltaba de todo, vivienda y alimentos, materiales de construcción, carbón, ropa. Las arcas del tesoro estaban secas y las deudas contraídas acumulaban magnitudes gigantescas, todas las esquinas supuraban abatimiento.

Sentí una inmensa sensación de desahogo al subir a nuestro avión de la BOAC para perder de vista esa isla ajena a la que, sin embargo, estaba irremediablemente atada por un pasaporte y un marido. Ni siquiera miré a través de la ventanilla, tan sólo agarré de la mano a Marcus y cerré con fuerza los ojos cuando iniciamos el despegue. Con él a mi lado, estaba segura, todo sería llevadero.

Siguiendo una de las clásicas rutas del Imperio, la primera escala nos llevó hasta Malta; continuamos luego hasta El Cairo y aterrizamos por fin al día siguiente en el pequeño aeropuerto de Lydda, construido un par de décadas antes sobre suelo palestino por los ingleses.

Cómo podría imaginar, mientras descendíamos las escalerillas de aquel Avro Tudor para pisar Tierra Santa, que tan sólo tardaría un año y medio en retornar a ese Londres en ruinas.

Cómo anticipar los tramos de la vida, escabrosos y desventurados, que Olivia Bonnard y yo terminaríamos recorriendo juntas. Sin Marcus. Sin avenirnos. Sin entendernos ✖

Tierra negra
[selección]
María Ferenčuhová

TESOROS DE LA TIERRA

las monedas de cobre casi se han fusionado con la tierra
la arcilla verde
granos rosados debajo de las uñas
mami
mami ¡un tesoro!

vidrio azul
botellita de aceite
confundes el fémur
con la raíz de árbol
en cada paso
tenemos compañía

POKLADY ZEME

medené mince už takmer splynuli s pôdou / zelený íl / ružové zrnká pod nechtami / mami / mami poklad! // modré sklo / fľaštička s olejom / stehennú kosť si zmýliš / s koreňom stromu / na každom kroku / máme spoločnosť

(Bratislava, Eslovaquia, 1975). Estos poemas forman parte del libro *Tierra Negra* (Vaso Roto, 2022).

JUNTOS

junto con la casa y el jardín
también compramos dos cuerpos guardados
cerca de la pared del sótano
dos mujeres una encima de la otra
blancas como la nieve en una tierra pantanosa

en octubre te cortamos
la pierna izquierda justo debajo de la rótula
mientras reubicábamos la línea eléctrica
después de años de inmovilidad en la arcilla
viajas en coche por una calle oscura
en un saco junto con la otra
a quien no le cortamos nada
a una sala brillantemente iluminada
para ofrecer los restos de tejidos a los microscopios
sin nombre

en el jardín
los árboles se frotan las ramas
pronto florecerán
una nueva generación de moscas eclosionará
la acera junto al muro perimetral
se quebrará a fines de marzo
la arcilla avanza
exhala
y de la grieta
finalmente brotará la grama

SPOLU

spolu s domom a záhradou / sme kúpili aj dve telá uložené / pri pivničnom múre / dve ženy jedna na druhej / snehobiele v rozbahnenej zemi // v októbri sme ti / pri prekladaní elektrického vedenia / preťali ľavú nohu tesne pod jabĺčkom / priamo z hliny dolu tmavou ulicou / vo vreci spolu s tou druhou / ktorej sme nepreťali nič / vezieš sa po rokoch nehybnosti autom / do ostro

MOTHERLINE

desde la infancia veía sombras en los rincones de las habitaciones
diminutos animales en las superficies de las cosas
ratones grises veloces en la encimera de la cocina
insectos con muchas patitas
el mundo se perdía bajo los sedimentos de otros mundos
no me sorprendía
cuando un extraño con capucha marrón
paraba en la puerta y cuando los floreros se convertían
en calaveras con cuencas de ojos vacías
cuando de repente desaparecía la piel del rostro de mi madre
y en lugar de caricias un chaparrón de huesecillos
de la muñeca cayó sobre mi hombro

me entregué con confianza
cuando llegó mi turno
agradecida
por estar hechos de manera
que no distinguimos nada y percibimos
el final sólo como una transición
de un entorno a otro de una habitación al pasillo
de la oscuridad a la luz
[o al revés]
y lo único que tememos
es no cerrar la puerta detrás de nosotros

osvetlenej sály ponúknuť / mikroskopom zvyšky tkanív / meno nie // v záhrade / si stromy navzájom trú konáre / čoskoro zakvitnú / vyliahne sa nové pokolenie múch / chodník pri obvodovom múre / koncom marca praskne / hlina sa posunie / vydýchne si / a z trhliny konečne /vyrazí von pýr

MOTHERLINE

od detstva som vídala tiene v rohoch miestností / drobné zvieratá na povrchoch vecí / rýchle sivé myši na kuchynskej linke / hmyz s množstvom nožičiek / svet sa strácal pod nánosmi ďalších svetov / neprekvapovalo ma / keď vo dverách občas stál cudzí muž / v hnedej kapucni a keď sa vázy zmenili / na

UNIRSE
DIJO

todavía era pequeña
dijo
el puro aire me
irritaba la piel y el viento me rasgaba los labios
la helada expoliaba mis nudillos
siempre tenía que llevar puestas al menos
tres capas de ropa
para separarme
del mundo de forma segura

pero una vez en el tronco de un árbol
aserrado la corteza se recaló en mi piel
mis ojos en el cielo y mi cuerpo se estremeció
de aquel placer que no
experimentaría hasta la muerte

lebky s prázdnymi očnými jamkami /keď náhle mame z tváre zmizla koža a na plece /mi namiesto pohladenia dopadla spŕška /zápästných kostičiek // s dôverou som sa odovzdala / keď na mňa prišiel rad / vďačná /že sme ustrojení tak / aby sme nič nespoznali a koniec / vnímali len ako prechod z jedného /prostredia do iného z izby do chodby / z tmy do svetla / [alebo naopak]/ a báli sa len toho / že za sebou nezavrieme dvere

SPLYNÚŤ
POVEDALA
bola som ešte malá / povedala / obyčajný vzduch mi / dráždil pleť a vietor páral pery / mráz mi obnažoval hánky / musela som mať vždy aspoň / tri vrstvy šiat / aby som sa / bezpečne oddelila od sveta // ale raz na kmeni spíleného / stromu sa mi kôra vpila do pokožky / oči do neba a telom mi otriasla rozkoš / akú potom / priniesla až smrť

RECALMÓN

eventualmente te veré emerger del polvo
primero hombros espalda manos
incluso cabello frente convexa
la luna en un día nublado de verano

cuerpo rocoso
sobre el que reposan con ternura los tallos
secos: todos se agarrotan de golpe
las puntas de las dagas rastrillan la piedra
una cascada de chispas
arreboza una silueta delgada

el pico brilla débilmente en el aire
fresco y blando

tu cabello se incendia
jadeas buscando palabras
tragas el hielo seco
exhalo una telaraña

BEZVETRIE

nakoniec ťa zbadám vynárať sa z prachu / najskôr plece chrbát ruky / dokonca vlasy vypuklé čelo / mesiac v hmlistý letný deň // skalisté telo / na ktorom mäkko ležia suché / stonky: všetky naraz sa vzpriečia / hroty dýk škrtnú o kameň / vodopád iskier / zahalí tenkú siluetu // vrchol slabo žiari v čerstvom / riedkom vzduchu // vzbĺknu ti vlasy / zalapáš po slovách / prehltneš suchý ľad / vydýchnem pavučinu

AK

ak už nič ďalšie nemá prísť potom toto vďačné pripravené telo / zložené zo strún kladiviek a píšťal otvor a použi udri doň / oviň sa posledným čírym tónom / tíchnucim na horizonte zápästia / hrdlo hlas //a potom už len vzduch

SI

si no hay nada más por venir entonces este cuerpo
agradecido y listo
compuesto de cuerdas martillejos y silbatos ábrelo y úsalo golpéalo
envuélvete en el último tono puro
que enmudece el horizonte de la muñeca
la garganta la voz

y luego sólo aire

TIERRA NEGRA

abrazados
respiran con toda la superficie del cuerpo
perciben la profundidad la presión pausadamente
cambian la composición de la tierra

sólo cuando te envuelve por completo una fina capa
[de niebla
cuando se adhiere perfectamente a tu piel
te darás cuenta de lo parecidos que sois:
de que exiges aire
de que tu voluntad de vivir
sigue brillando tenaz

tardará años hasta que penetres
en la tierra tardará una eternidad
hasta que te descubran

Versiones del eslovaco de Lucía Duero.

ČERNOZEM

v objatí / dýchajú celým povrchom tela / vnímajú hĺbku tlak pozvoľna / menia zloženie zeme // až keď ťa celkom obalí tenká vrstva hmly / keď ti dokonale priľne k pleti / uvedomíš si že ste si podobné: / ako si každým pórom žiadaš vzduch / ako tuho stále svieti / tvoja vôľa žiť // potrvá roky kým prenikne / do pôdy potrvá večnosť / kým ťa objavia

Doble nacionalidad

[fragmento]

Nina Yargekov

Al día siguiente, o sea el pasado mañana de antier, es decir un día que, no no no, no tienes tiempo, tienes que ir a abrir la puerta, acaban de tocar el timbre, arrancas tu cuerpo tiritante de la tina de baño, corres hacia la puerta, te das cuenta de que estás desnuda, prudente media vuelta, derrape deslizado, enrolle de toalla, *saut de chat*, *grande dégagé*, puerta, cerradura, apertura, es un hombre, es alto, es guapo, tiene una sonrisa encantadora, te entrega un paquete. Ah, es sólo un repartidor. Qué lástima. Además, tienes una hoja de lechuga de mar en el pelo.

Arrancas la gruesa cinta adhesiva del paquete. Tiene que ser Topo, el topo de peluche que encargaste la otra noche.

Entreabres la caja
y en ese preciso instante
el topo se vuelve la topo
Topo se vuelve Pequetopo
milagro lingüístico.

Sacas a Pequetopo de su caja de cartón y es amor a primera vista. Quisieras apretarla fuerte contra tu pecho, mordisquearle las patas, abrazarla y rodar por el suelo, cubrirla de besos. La adoras, tus pulmones estallan, tus costillas giran como remolinos, el estómago se te descomprime, es demasiado amor, será que quepa en ti tanto, tu reino por Pequetopo, es Pequetopo mi amor, Pequetopo en azúcar, es un gajo de naranja confitada sobre una cama de crema de pistache con pepitas de

(Francia, 1980). Éste es un fragmento de su novela *Doble nacionalidad* (Elefanta Editorial, 2021).

polinomios. Tiene un aspecto a la vez pícaro y travieso, es tan maravillosa, es la más hermosa del mundo y también la más juguetona y la más fornida y la más conquistadora, no porque sea una topo de sexo femenino, eehhh bueno, estás en contra de todos los estereotipos, se refieran a las prostitutas o a los mamíferos excavadores.

Hablan largo rato, se ríen mucho, quieres saberlo todo, de dónde viene, cómo llegó a tu casa, se irá a quedar mucho tiempo, esperas que sí, porque es la cosa más hermosa que te haya ocurrido en toda tu breve existencia. Te dice que no te preocupes, tiene el equivalente de ocho años humanos, es demasiado joven como para llevar una vida independiente, además la mandaron a vivir contigo porque es huérfana, tú eres su familia de acogida. Y aparte de eso, ¿en qué más le puedes ayudar, tiene hambre, tiene sed, necesita que vayas a comprarle lombrices o cochinillas? No, no debes preocuparte, sabe alimentarse sola, es por su historia trágica, se volvió particularmente madura y de todos modos sólo come cacahuates, pero si pudieras fabricarle un nido, eso le encantaría, le gustaría mucho tener un lugarcito donde dormir abrigada. Asientes, claro que sí, un nido, naturalmente, es lo menos que puedes hacer, no quieres que pase frío, que vaya a pescar alguna enfermedad horrible ni que viva en condiciones contrarias a la dignidad de los topos, y además su petición no tiene nada de excesivo o fantasioso, está completamente dentro de tus posibilidades. Tomas la caja en que viajó y la rellenas con un suéter muy suave y lanudo. Lo esponjas con los dedos, debe estar mullido y confortable, pidió un nido, no una cabaña o una casita de perro, no debe pensar que te burlas. Vuelves a cerrar la parte de arriba de la caja y recortas en el frente una puerta en forma de corazón, es mucho mejor que tenga una bonita entrada que un techo abierto a la intemperie. Por último, dibujas sobre las paredes exteriores algunas princesas unicornio de crines salpicadas de estrellas, como para agregar un toque de fantasía. Le muestras el resultado y Pequetopo aplaude, está feliz, es mucho mejor de lo que esperaba, eres tremendamente amable como para ser una humana de acogida.

Una vez que Pequetopo queda instalada, le expones tu situación, la doble vida, la carta de tu abuela, la urgencia de decidir si eres agente doble o triple y para qué gobierno trabajas, eeyy no, ya habías jurado abandonar el tema del espionaje, bueno, la *pregunta correcta* es: ¿a quién le estás mintiendo, a los yazigios o a los franceses? Pe-

quetopo entiende todo, entiende muy rápido, condensa en una frase contundente todo lo que le explicas trabajosamente en diez minutos, su inteligencia es sublime, hace que el problema se aclare, que las implicaciones se vuelvan más precisas, y desde ya te retuerces de impaciencia, estás emocionada, sientes que estás en el umbral de un giro epistemológico mayúsculo. Al mismo tiempo, estás fascinada con el pensamiento de tu joven interlocutora, un pensamiento a la vez gozoso y flexible que se encarna en un lenguaje rico e ingenioso, para una topo de apenas ocho años, domina el yazigio con una destreza extraordinaria, al punto que en ciertos momentos te parece que lo domina mejor que tú. Porque hablan en yazigio, obviamente. Porque Pequetopo es yazigia. Es cierto que el personaje de caricatura llamado Krtek es checo. Pero tu peluche es hembra y es yazigia. Punto. Y se llama Pequetopo.

Naturalmente, sabes que es una amiga imaginaria, estás en condiciones de distinguir el interior de tu cabeza del resto del mundo, no eres una psicópata. Así, sabes que Pequetopo se expresa a través de tus cuerdas vocales. Algunos dirían, y sería muy cruel, que la haces hablar «como una marioneta», pero a ti te importa menos que nada, lo mismo la idea de que probablemente exista un término científico para designar tu conducta, porque una amnésica sola en un apartamento, con un romero en maceta como única compañía, y tras la pérdida sucesiva de dos maridos y del fracaso en la conquista de un exabogado penalista convertido en abogado por los derechos de los extranjeros, necesita un objeto transicional para encontrar consuelo, y además los médicos de bata blanca con su manual de taxonomía de problemas mentales bajo el brazo no conocen a Pequetopo, no saben lo adorable que es y cómo es inevitable amarla con un amor loco e incondicional, que te corten la mano si no es cierto que cualquier psiquiatra se derretiría con Pequetopo, no lograría resistirse a sus ojitos traviesos, a su naricita roja, a su risa de cascabel, y también a su misterio, porque no es posible comprenderla completamente, y eso la hace aun más fabulosa.

Reanimada por el nuevo giro de los acontecimientos, te urge retomar tu investigación. Pero antes que nada, te parece muy importante presentarle el romero a tu pequeña invitada, la verdad es que eres pésima anfitriona, las reglas de etiqueta indicarían que hubieras comenzado por ahí. Llevas a Pequetopo ante tu coinquilino vegetal,

que lo mire bien, no es *un* romero, sino *el* romero, es un verdadero amigo, en el plano de la comunicación falta un poquito de fluidez, pero han tejido lazos estrechos, es un poco como la rosa del Principito, ¿sí conoce al Principito? Bah, claro que lo conoce, lo leyó en primer año de maternal, ah, claro, perdón, pides disculpas, aún no estás muy al corriente del proceso de escolarización de los topos. Pequetopo se acerca al romero, lo saluda, le acaricia las hojitas, declara que es efectivamente apuesto, que ya le tiene aprecio, que será una excelente figura paterna, y luego voltea a verte con grandes ojos sorprendidos. Clin clin clin, ¿llevan tres días viviendo juntos y aún no te das cuenta? ¿Qué, de qué no te has dado cuenta? Mantiene algunos segundos el suspenso. Luego te lo anuncia: ¡el romero es polaco! Y lo confirma: sus hojas susurran con la típica palatalización protoeslava y ese dejo de acento casubio que permite suponer que es originario de Pomerania. Examinas al romero, ¡pero claro, por la gran roseta de los mares árticos! Ahora es tan evidente, tiene a todas luces el estilo polaco.

Instalas a Pequetopo en tu escritorio y le explicas que ahora tienes que trabajar. Si le divierte, puede participar, pero no es su obligación, que se sienta completamente libre, para nada se te ocurre depender de ella, colocar sobre sus hombros una carga demasiado pesada, y por cierto no debiste hablarle sobre tu investigación, sólo tiene ocho años, no debe tener preocupaciones, debe dedicarse a actividades propias de su edad, los niños humanos que se ven obligados a madurar demasiado rápido se vuelven adultos algo extraños, como incompletos, que hacen cosas infantiles, sólo que ya es demasiado tarde, y con los topos ha de pasar algo semejante. Con su vocecita aguda te dice que no te preocupes, que ya ha visto mucho mundo, tiene una historia trágica, como ya sabes, y tu problema identitario hasta le resulta divertido, aunque de pronto le dieron ganas de dibujar. Le pasas una hoja de papel, pero no, no hace falta, ella dibuja siempre en su cabeza, ¿tú no? Ah, sí, claro, bueno, depende, también llegas a recurrir a algún soporte físico externo, es la edad, ya se podrá imaginar. ¿Y qué es lo que va a dibujar? Primero una centrifugadora horizontal de ciclo continuo, después ya verá qué se le ocurre, quizás unas supercuerdas enrolladas en cuarenta y seis dimensiones. Ah, qué bien, pues ¡a disfrutar los dibujos!

Por tu parte, decides proceder a una valoración comparativa de las ventajas e inconvenientes de tus dos identidades, con la espe-

ranza de reconstruir la que pudo haber sido tu trayectoria, partiendo de que conviene no excluir la hipótesis de que hayas realizado una elección racional, ya sea en función de valores intrínsecos o bien en función de objetivos, o incluso por una combinación de ambos, bravo por este enunciado límpido, intenta lavar mejor tus pensamientos la próxima vez. Te toma dos horas completas llegar a un resultado poco satisfactorio, no sólo porque uno lo discute todo, desde la elección de las categorías en la tabla de doble entrada que construiste, hasta las respuestas para cada celda, aunque desde luego que no te molesta someter todo a discusión, ¿eh?, sino también porque tienes la sensación de estar mandando a Yazigia al matadero, un país tan diminuto contra uno tan grande, ¿tiene realmente sentido compararlos? Si fuera Francia-Alemania, o Yazigia-Montenegro cuando mucho, por qué no, pero a como están las cosas es francamente grotesco, los dados están cargados, el árbitro está comprado, pese a tus esfuerzos desesperados por equilibrar la partida, pese a las inyecciones de anabólicos en los muslos de los jugadores yazigios y las piedras introducidas en los tenis del equipo francés, ya estaba cantado desde antes, no hay suspenso alguno. Viendo tu molestia, deduces que quizás optaste por Yazigia, eres una chica sensible a las injusticias geopolíticas, colocarte del lado de una nación fuerte no hubiera tenido ningún caso: de las dos naciones, está claro que Yazigia es la que más te necesita. Darle la espalda a un país de acogida ciertamente no queda muy bien, pero en fin, para Francia perderte no significa nada, es como un piquete de mosquito, y contigo o sin ti está en plena forma, mientras que los de allá, ¿quién se preocupa por ellos? Si incluso sus vástagos en el extranjero la abandonan, no quedará más esperanza para Yazigia, la balanza demográfica que de por sí sangra por sus mil heridas acabará por entregar el alma y el pueblo desaparecerá para siempre. Sí, la equidad dicta sin duda que seas yazigia, que hayas elegido ser yazigia. Bien, pues ahí está, la indagación está concluida, a fin de cuentas no tardó tanto.

		Como francesa	Como yazigia
Vida en el país	Condiciones de vida cotidiana	Apartamento minúsculo, caca de perro en la calle, carestía de la vida.	Alberca olímpica, ópera nada cara, frutas maravillosas.
	Lugares para encuentros amistosos	Filas en oficinas públicas, huelgas, manifestaciones.	Conmemoraciones históricas, desfiles paramilitares.
	Posibilidades de matrimonio	Hombres poco habituados a mujeres de 1.85 cm o más.	Elección de pareja limitada por la reducción demográfica.
	En caso de proyecto artístico	Acceso más fácil a una trayectoria internacional.	Alma desgarrada, más propicia para la creatividad.
	Riesgos médico-sociales	Exclusión social, diabetes, enfermedades cardiovasculares.	Delirio de persecución geopolítica, alcoholismo, suicidio.
	Seguridad en el territorio	±3,400 muertes al año en carreteras de la Francia metropolitana.	Ningún riesgo de guerra o atentado, nadie sabe dónde se ubica.
Bienestar nacional	Antepasados de tu pueblo	¿Galos? ¿Francos? ¿Burgundios? ¿Romanos? ¿*Homo erectus*?	Jesucristo (no se ha demostrado de manera totalmente científica).
	Orgullo científico	Marie Curie (nacida en Polonia), Georges Charpak (nacido en Polonia).	Todos los premios Nobel son de origen yazigio (pero nadie lo sabe).
	Monumentos históricos	Imposibles de visitar, hay demasiados turistas.	Estatuas soviéticas desvencijadas, ruinas de todas las épocas.
	Futuro radiante de la patria	Pocas esperanzas de expansión territorial (¿anexión de Valonia?).	Yazigia no podría encogerse más, sólo queda ser optimistas.
	¿Quién te necesita más?	Si te vas, no quedará ningún intérprete yazigio en París.	Tu abuela estará feliz de tenerte cerca.
	Punto de vista del superyó	¿Abandonar a un pueblo tan generoso, que te ha dado tanto?	¿Abandonar a un pueblo tan maltrecho, por el que nadie se preocupa?

Tsss, no, qué tramposa. A ver, vamos, vamos, sigue rascando, hay algo atorado en ese surco. En efecto, ahí está. Aunque elegiste deliberadamente ser yazigia, por miedo a contribuir a las desigualdades geopolíticas o por sentimiento de culpa, te acongoja comunicártelo demasiado abruptamente, pero no son más que las dos caras de una misma moneda, así que te forzaste a ser yazigia por razones morales, entonces no es ésa tu verdadera identidad, y hay un secreto dentro del secreto. Has de haber decidido que si un día quedabas desenmascarada, jurarías ser yazigia, pero en realidad serías una francesa que finge ser una yazigia que finge ser una francesa. ¿Es una pose para darte un aire de sofisticación cerebral, o realmente eres incapaz de elaborar una reflexión sin juegos de espejos? Por lo visto, sólo estás haciendo tiempo, así que volteas a ver a Pequetopo, que ya acabó sus dibujos y observa tu tabla. Su opinión es que en la elección de una identidad, las satisfacciones morales o las ventajas prácticas no pesan en la balanza, porque no se trata de una balanza, sino de un apego que se forma mucho antes de que uno haya tenido tiempo de plantearse la pregunta en cuestión. Por ejemplo, si a ella le propusieran convertirse en un elefante de la sabana o en una ballena azul, lo cual sería claramente más prestigioso que topo y constituiría un ascenso notorio en la jerarquía social de los animales, lo rechazaría, porque en el fondo de su corazón se aloja la convicción inquebrantable de pertenecer al pueblo de los topos, de no poder ser otra cosa que una topo, de tener un destino compartido con todos los demás topos del mundo, y nunca, nunca abandonaría a sus congéneres. Pequetopo aprieta sus garritas, baja la mirada, se estremece. La abrazas, todo está bien, Pequetopo, todo está bien.

Por la noche, y es que sí, la noche con sus dedos de añil ya se dejó invitar a tu casa, capricho del tiempo que hoy pedalea a toda velocidad, Pequetopo quiere jugar, así que juegan. Primero a los enigmas algebraicos, luego a la improvisación léxica y luego a las operaciones clasificatorias. Pero lo que más les divierte es el juego del pensamiento abarcador, que consiste en sustituir una O excluyente por una Y incluyente. La primera jugadora propone dos términos habitualmente considerados antinómicos, y la segunda debe encontrar una definición que permita inscribirlos en una misma categoría, hacer que formen parte de un mismo fenómeno. A veces son temas serios (comunismo O capitalismo se basan en un mismo postulado materialista que reduce la vida social a la economía), otras veces mucho menos (cacahuates O pa-

pitas se adecúan a una alimentación vegetariana), pero en todo caso se divierten como locas. Al final de la partida, para la dicotomía *refugiado* O *migrante económico*, Pequetopo propone *personas que aspiran a una vida mejor*. Protestas enérgicamente: un auténtico refugiado no cambia de país para tener una *vida mejor*, sino porque no tiene opción, porque es una víctima, porque padece su situación. No tiene relación alguna con la decisión libre de ir a ver si el pasto es más verde del otro lado de la valla. Sin embargo, Pequetopo argumenta tan bien, defiende su causa tan hábilmente, que acabas por concederle el punto. La noción de *vida mejor* abarca desde *menos bombas* hasta *mayor salario*, su respuesta es perfectamente aceptable, se trate de huir del desempleo o de una guerra civil, en ambos casos se busca mejorar el día a día, e incluso reduciendo *vida mejor* a su dimensión material, pero eso es una tontería, bueno, sigue, ya que insistes, pues sí, funciona igual, los conflictos armados generan problemas económicos, el mercado de los empleos se contrae cuando proliferan los francotiradores. En resumen, no puedes más que abdicar. Así que abdicas. Lo cual no te impide sostener que el grado de urgencia no es el mismo, sí, sí, de acuerdo, pero el juego consistía en englobar y no en recalcar las diferencias. Con esto, Pequetopo declara que ya se siente cansada, entre el viaje y tantas emociones, y que en verdad necesita irse a dormir.

Mientras se adormece en su nidito mullido, y a la par que revisas aproximadamente cada tres minutos con cuarenta segundos si no se habrá asfixiado, si no tuvo una horrible pesadilla, si no sufre una crisis de pánico nocturno, y es normal estar ansiosa, es la primera vez que eres familia de acogida, te ocupas de algunos menesteres más bien prosaicos. Consultas tus correos electrónicos, le respondes a una amiga yazigia que quería saber de ti y a un cliente que pedía una cotización. Como una vez al año no hace daño, esta vez no rechazas el encargo, tampoco lo insultas, vaya, qué sabia decisión, hasta donde tienes noticias, no estás de vacaciones y sí tienes recibos de luz que pagar en dos países. Por precaución, le propones un plazo de entrega particularmente largo, resulta que no tienes ni idea de a qué velocidad traduces, si eres una expedita que se centra en lo esencial o una perfeccionista que pule sin fin, bueno, sí, la respuesta estaba en la pregunta.

Más tarde, redactas un rápido recuento del día en tu bitácora de a bordo. Ya se volvió un hábito bien arraigado. Cuando relees lo que escribiste, te sorprendes pensando que quizás tendrías que agregar que

el repartidor que tocó el timbre por la mañana era negro. Notoriamente negro. ¿Y? ¿Es importante? ¿Es eso lo que lo define? ¿Vas a concluir que toca el tamtam? ¿Que siempre está alegre? ¿Que tiene un miembro enorme? Calma, calma, sujeta a tus delfines de corrección política, fue un sobreentendido. Un malentendido. Si no tomas en cuenta lo que sabes del repartidor y te concentras sólo en la somera descripción *es alto, es guapo, tiene una sonrisa encantadora*, bueno, pues visualizas espontáneamente a un hombre blanco. La marca de sus zapatos, su corte de pelo, la forma de su nariz, todo está indefinido, pero su piel, a falta de precisión, se vuelve blanca en tu imagen mental. Es la opción por defecto. Al menos en tu mente. Seguramente existe un montón de gente menos cerrada que tú. ¿Se debe a que la escena ocurre en Francia? Pero un repartidor negro en París no es nada raro. Si se hubiera tratado de un senador o un accionista de la Comédie Française, presuponer lo blanco hubiera pasado por una forma de realismo estadístico. Sólo ahí. ¿O se debe a que tú eres blanca?

Tomas una hoja de papel blanco y vas al baño. Ante el espejo, observas tu cara y la comparas con la hoja de papel. Gracias a este astuto protocolo de control cromático, concluyes que no eres para nada blanca. En todo caso, serías algo como rosa claro con reflejos verdes. Tampoco el repartidor era negro, si a ésas vamos. Si hubiera que definir su color de piel, dirías que café, o moreno. ¡Por mil millones de tarros de plumas, ni los blancos son blancos ni los negros son negros! Es probable que todo el universo ya estuviera al tanto, pero para ti es un descubrimiento prodigioso. Felicidades, acabas de lograr tu emancipación visual, eres ópticamente libre. Ahora estarás en condiciones de observar los verdaderos colores de la piel. Una competencia que sin duda no te servirá de nada en tu investigación, pero no hay que juzgar todas las cosas según su utilidad a corto plazo, también importa el desarrollo personal.

Revisas otra vez a Pequetopo. Duerme profundamente. ¿Estará soñando que corre por su antigua madriguera? ¿Que come cacahuates? ¿Que vuelve a ver a sus padres muertos? La idea de dejarla sola en su primera noche te estruja las tripas, tu recorrido hacia la paz interior tiene sus límites. Como no te atreves a llevarte su nidito hasta tu cuarto, qué tal que la despiertas y le provocas un trauma profundo, decides dormirte en la silla a su lado. Una vez más, vas a pasar la noche en un sitio distinto de la cama, pero al menos habrá sido por elección ✖

Traducción del francés de Lucrecia Orensanz.

Nina, Roma
[fragmento]
Cristina Sandu

6:15 a.m.

Nina se prepara un desayuno rápido en la cocina y vuelve a su habitación, donde se acurruca entre las sábanas aún calentitas y mordisquea un poco de pan. Mira el crucifijo negro que hay colgado en la pared, un mapa enmarcado de Roma y una estantería de metal llena de novelas italianas; sus acompañantes silenciosos y carentes de significado. Sus ojos se quedan enganchados a los títulos como moscas atrapadas en pegamento. Se levanta de la cama, abre uno de los libros al azar y empieza a leer. Se da cuenta de que no sólo el texto sino también sus propios pensamientos están en un idioma que no es el suyo.

7 a.m.

Los clientes salen en tropel mientras Nina mantiene la puerta de la cafetería abierta. Las frases no se deslizan junto a ella sino a través de ella. Incluso la gente parece diferente hoy. Ahora el movimiento de sus labios, los arcos de sus cejas, las expresiones de sus ojos y la subida de sus hombros armonizan con lo que dicen, y sus rasgos se han afilado. Nina pide un capuchino, pone su bolso en el mostrador y saborea las palabras en su boca.

—La temporada turística empieza pronto, ¿verdad?

El camarero pone los ojos en blanco de forma dramática.

—Ni lo menciones —se ríe mientras golpea el colador contra el fregadero.

—En mi país no hay turistas —dice Nina.

—Ah, pensé que eras de aquí. ¿Eres del sur, entonces?

(Helsinki, Finlandia, 1989). Éste es un fragmento de la novela *El equipo de natación sincronizada* (Tres Hermanas, 2022).

—¡No! No soy italiana, en realidad.

—¡Guau! ¿Dónde aprendiste italiano? —pregunta el camarero con sorpresa.

Nina coge la espuma con la cuchara y la chupa, rápidamente, como borrando un secreto. Sonríe e inclina la cabeza. La puerta está abriéndose y cerrándose constantemente. Las tazas tintinean, alguien quiere azúcar moreno. Busca una respuesta, pero lo único que consigue es reírse.

Sus labios, que desde su llegada a este país se han acostumbrado al silencio, ahora se sienten elásticos. Las palabras no le llegan desde fuera sino desde dentro, completas y preparadas. Los artículos caen en su lugar sin esfuerzo: no la hacen balbucear, sino que se le derraman de los labios. El final de las palabras, siempre distintas en su lengua materna, se enderezan. Los diminutivos, que normalmente están por todas partes, se desvanecen.

—El café es muy fuerte. Sólo le he dado un sorbo y ya estoy completamente despierta —se ríe Nina.

Bebe el café como si fuese un *espresso* y pide otro. Se le desliza por la sien una gota de sudor. Es muy fácil estar aquí y pausar la mañana un rato. Ahora incluso puede reconocer la ironía:

—Haga lo que haga, señorita, no permita que se le enfríe el café —le dice el camarero, y ella contesta del mismo modo, haciendo que las palabras giren alrededor del mensaje intencionado.

Apoya los codos en el mostrador, se coloca el pelo corto detrás de las orejas y juguetea con la taza vacía. Está totalmente alerta. Cree que falta algo y se da cuenta rápidamente de que es una pena. Pone el billete debajo de la taza y se apresura hacia la parada de bus.

8:15 a.m.

Nina desconoce en gran medida lo que ocurre en el almacén; sólo sabe de sus tareas. Valeria la ayudó a conseguir el trabajo como operadora logística. Las cajas que manejan los operadores contienen bebidas y comida que permanecen inmutables durante años: galletas de queso, palomitas dulces, patatas fritas y refrescos.

Deja su bolso dentro de una taquilla marcada con su nombre y se pone un chaleco amarillo de seguridad. Ve un destello de la permanente pelirroja de Valeria en la oficina acristalada. Valeria habla por teléfono muy exaltada y no la ve. Se pondrán al día más tarde. Nina

tuvo suerte de conocerla inmediatamente después de mudarse a Italia. Valeria la ayudó a establecerse en la vida italiana, se lo enseñó todo y le explicó lo que tenía que hacer para encajar. Eso fue hace un mes. Incluso aunque Valeria no sea del mismo lugar que Nina, comparten su lengua materna.

En el almacén hay un zumbido constante: ordenadores, aires acondicionados, lámparas. Las baldas de acero se elevan como gigantes. Las lámparas son invisibles: su luz blanca se derrama entre el techo y las baldas superiores. El chaleco de seguridad hace frufrú mientras Nina empuja el carrito hacia la primera balda, cuyo destino está escrito en la lista de tareas del día. Cada vez que se mueve, el chaleco de seguridad exuda el hedor de años de sudor.

No hay nada que no pueda decir en ambas lenguas, piensa, y se agarra a las asas del carrito. Nada permanece dentro de una lengua. Cada pensamiento, como el de que finalmente se volverá insensible al olor del almacén, engendra a su doble.

10:22 a.m.

La furgoneta de reparto espera en el aparcamiento en un silencio recio. Acaba de llegar una. La puerta se abre y aparece Angelo. Es el único conductor que saluda siempre a Nina con un encantador «hola», que es la razón por la que ella ahora se dirige hacia él, con los labios preparados con una frase para entablar conversación. Cuando le pregunta «¿Cómo está hoy, señor Angelo?», hay una emoción inocente en su cara.

Está concentrado buscando algo en sus bolsillos y parece sorprendido, como si esta mujercita hubiese salido de debajo del asfalto.

—La primavera ya está aquí, ¿verdad, Angelo?

Puede sentir esa nueva entidad que está ausente en su lengua materna: los copulativos «ser» y «estar». Con qué naturalidad se colocan en su lugar, igual que la lluvia en un arroyo seco.

—¡Un día encantador! —dice mientras el pánico se desliza sigilosamente en su voz.

Unas gotas de saliva salpican las gafas de sol de Angelo. Endereza su espalda, sonríe divertido, se toca la coleta y, mientras hace tintinear las llaves, dice en inglés:

—¡Muy bien, señorita! ¡Muy buen italiano!

El tatuaje del final de su cuello se mueve. Es la mitad de un pez espada que ha atravesado a un topo peludo con el pico. Angelo balan-

cea las llaves en el aire, ve algo, y empieza a caminar en esa dirección. En la puerta del almacén hay una mujer. Enciende un cigarrillo para ella antes de hacerse uno para él. La mujer coge el cigarrillo con mal humor y mira a Nina.

—¿Quién es ésa?

Angelo mira a Nina y resopla. Estira los brazos, mientras el cigarrillo humea hacia el cielo, y dice:

—Oh, no es nadie, sólo una rusita.

Las palabras, como una piedra lanzada de repente, pillan a Nina desprevenida, y casi se desploma. Él levanta la mano y la saluda, sonriéndole.

12:30 p.m.

Nina se abre camino por entre las mesas para comer hasta el final del comedor, donde están sentadas Valeria y Mia. Ambas trabajaban en atención al cliente. Al principio, cuando a Nina le dolía la espalda a diario, la consolaban con la perspectiva de un ascenso. Algún día, cuando el italiano de Nina fuese lo suficientemente fluido, se sentaría en una silla cómoda y sólo se ocuparía de contestar el teléfono.

—¿Cómo estás, *amore*? —le pregunta Valeria.

Nina ha estado esperando desde esta mañana para contarles a ellas, sus únicas amigas, lo que ocurrió. Quizás cambiará directamente al italiano y quizás comparta la noticia como si nada, permitiendo que la sorpresa colonice sus caras para recibir después sus histéricas preguntas. Después, cuando se hayan calmado y hayan digerido la situación, comenzarán una nueva conversación en italiano, sin esfuerzo, ellas tres, cabeza con cabeza, en confianza. Estoy bien, dice Nina en inglés, jugueteando con sus pendientes. Sonríe tímidamente, como una niña delante de otros jugadores, y abre el táper con las sobras del día anterior.

Las mujeres asienten animadas y vuelven al italiano. Mia, de Nápoles, parece aliviada, como si hubiese pasado de meterse en una piscina fría a una caliente. Le cuenta a Valeria su viaje a casa del fin de semana siguiente, pronunciando la palabra «casa» con ensoñación, como si fuese mucho más que un simple viaje en tren.

Cuando Valeria desenvuelve su sándwich, el olor a jamón lo invade todo y en uno de los lados de la nariz de Mia aparece una arruga. Nina cierra su táper: la pasta está muy pasada y los tomates aguados.

12:45 p.m.

En apariencia, es un día como cualquier otro. El polvo aumenta en las esquinas de la habitación con las primeras moscas muertas de la primavera. No se ve el sol, pero su luz se refleja en la superficie de las furgonetas y se cuela en la estancia por las ventanas.

Солнышко. No es sol, sino solecito. Los labios de Nina forman los filos de la palabra, redondeando su boca como un soplador de vidrio. El hecho de que sus pensamientos hayan estado flotando a su alrededor en italiano durante todo el día se entiende ahora, pero su lengua materna, con esa elegante y juguetona *solnyshka,* vuelve a ella. A diferencia de su análoga italiana, la palabra hace referencia al sol de la infancia, que sisea mientras se hunde detrás del río.

Delante del escurridero hay una mujer muy joven que vacía un sobre de café instantáneo en una taza. El chaleco de seguridad se extiende por toda su enorme espalda, prácticamente estallando por los bordes, apretándola bajo los sobacos.

Mia se inclina hacia Valeria y junta las manos.

—Hablando de ballenas —dice—, no sé si habéis visto ya a nuestra nueva empleada. He oído que es la sobrina del jefe y que suspendió todos los exámenes en la Universidad Roma Tre.

Cuando Valeria frunce el ceño sus ojos se estrechan. Nina espera que Valeria le pegue un corte por su mezquindad.

—Esa es una verdadera p... —dice Valeria alegremente, y mira a la chica, que ahora está removiendo su café. Le hace señas para que se una a ellas. La chica, insegura pero contenta, camina hacia ellas sujetando la taza de café contra el pecho. Valeria nota que Nina le está frunciendo el ceño, por lo que le guiña el ojo.

—Es nueva aquí —le dice astutamente a Nina en ruso, quien se da cuenta de que acaba de hacer una traducción incompleta del diálogo.

La expresión que utilizó Valeria es jerga en italiano, que al principio suena inofensiva. Su significado, que sólo reconocen los hablantes de italiano, se refiere a mujeres con sobrepeso. Y si cambias una letra, el significado también cambia, esta vez a una palabra burlona para la vagina. Nina ahora acarrea este conocimiento en su interior. Es como un dolor de estómago.

2:17 p.m.

Si se te olvida empujar las cajas entre las piernas cuando las levantas, puedes hacerte mucho daño en la espalda. Una caja cae al suelo, junto a sus contenidos, pequeñas latas rojas de refresco. Nina las recoge despacio. En su mente sigue zumbando la increíble certidumbre de que ya puede hablar en italiano. Ve a Valeria dentro de la oficina sujetando el teléfono entre la mejilla y el hombro. Le duele darse cuenta de que no la conoce, después de todo, que la única persona con la que hasta ahora compartía aquí su idioma es una persona completamente diferente.

5:52 p.m.

El bar al otro lado de la estación de trenes está vacío. Las sillas y las mesas están dispuestas en la acera, que está manchada de chicles. Nina elige la silla que está más cerca de la carretera y se desploma en ella. Le palpitan los pies. Su ventana está en el piso superior del edificio que hay detrás del bar. Ir allí ahora parece imposible, como si la persona que volvió ayer del trabajo y la persona sentada ahí ahora mismo no pudiesen ocupar el mismo espacio.

Un enjambre de lámparas cuelga de la entrada del bar. Su luz intercepta la cara del camarero mientras camina hacia Nina. Pide un vaso de tinto de la casa, pese a que le gustaría tomarse una garrafa entera. El camarero se da cuenta de que no quiere hablar y la deja tranquila. Nota la presencia de algo superfluo, y se da cuenta de que aún lleva puesto el chaleco de seguridad. Se lo quita de un movimiento, lo hace una bola y, sin saber qué hacer con él, lo mete debajo de la silla.

Un tren atraviesa a toda velocidad la oscuridad y hace que la tarde contenga la respiración. Las cosas a su alrededor ya no las siente duplicadas sino conectadas. El vino no es más que uvas en un vaso. El abismo entre los dos idiomas ha desaparecido, dejando espacio para que, al día de hoy, sólo pueda anticipar. Se pone en una postura más cómoda en la silla y mete las manos frías entre los muslos. Aunque se haya arrastrado hasta aquí como un animal herido, de repente tiene tanta hambre que le hincaría los dientes al borde de la mesa. En cambio, se come todos los frutos secos del bol y pide más. Se quedará ahí sentada y observará los trenes y a sus pasajeros enmarcados por las ventanas iluminadas, e intentará averiguar si vienen o si se van ✖

Traducción del finés de Ainize Salaberri.

Jitka Bret Srbová

De incógnito

I.
El bosque viaja de incógnito. Acolchado,
piñas por dentro, gamuza por fuera. No habla con nadie.

Una mujer con cara de caballo: de pronto llena de recelo
porque aquí huele bien, ¿por qué huele bien?

Por la tarde encuentra líquenes en la base craneal.

II.
¿Cómo me lo explicas?, dice el marido,
levanta la voz hasta el tragaluz,
por el que suben los zarcillos de las campanillas.

Quita eso, dice el marido, ¿cómo me lo explicas?

III.
Me he quedado dormida, dice la mujer,
se extraña, está perfumada, envuelta en agujas de pino
y hasta ahora había sido sensata…

El bosque viaja de incógnito: *pelvis minor*, *pinus nigra*,
semillas bajo cada asiento.

V utajení

I. / Les cestuje v utajení. V polstrování, / šišky dovnitř, semiš ven. S nikým nemluví. // Žena s tváří koně: náhle plna podezření, / že tu voní, proč tu voní? // Večer najde lišejník na spodině lebeční. // *II.* / Jak mi to vysvětlíš, říká manžel, / zvyšuje hlas, až ten dosahuje ke světlíku, / kterým stoupá úpon svlačce. // Svleč to, říká manžel, jak mi to vysvětlíš? // *III.* / Jen jsem zdřímla, říká žena, / diví se, je provoněná, celá vyválená v jehličí, / a dosud byla rozumná — // Les cestuje v utajení: *pelvis minor*, *pinus nigra*, / semena pod každým sedadlem.

(Praga, República Checa, 1976). Estos poemas forman parte de la antología *De sombra y terciopelo. Diecisiete poetas checas, 1963-1988* (Vaso Roto, 2021).

Mi hija camina por el bosque

I.
Mi hija camina por el bosque. No puede hacerlo sola, por eso
usa mis piernas, mis ojos y mi miedo. En las ramas
se pierde su voz, y el nombre de un perro perdido.
Estamos solas. Solas y noviembre.

II.
No estamos solas en absoluto. Mi hija ve todo, señala con el dedo
a través de los arbustos en putrefacción de los arbustos, hacia la
[neblina de matorrales muertos.
Allí, un trompetista emite opérculos, agallas y setas
tardías. Todos después discuten; justo a las tres de la tarde.
Intento rejuvenecer.

III.
Intento rejuvenecer, no funciona, mi hija camina
por el bosque, sus dedos en el asa del carrito atraen a especies
[en peligro.
¿Por dónde vas, inútil con cigarro? El bosque aguanta
estos experimentos, pero el espectador se ahoga. Por necesidad canto.

Má dcera pochoduje lesem

I. / Má dcera pochoduje lesem. Nemůže po svých, proto / používá mé nohy, mé oči a můj strach. Ve větvích / mizí její hlas, i volání za zaběhnutým jezevčíkem. / Jsme tu samy. Samy a listopad. // *II.* / Nejsme tu vůbec samy. Má dcera všechno vidí, ukazuje prstem / skrz poloshnilé šaty keřů, do mlh ve zcepenělém mlází. / Tam nějaký trumpetista vvluzuje skřele, duběnky a pozdní / houby. Tito všichni poté diskutují; přesně ve tři odpoledne. / Pokouším se omládnout. // *III.* / Pokouším se omládnout, nejde to, má dcera pochoduje / lesem, její prstoklad na madle vábí ohrožené druhy. / Kam ses poděl, pitomečku s cigaretou? Les snese / tyto pokusy, ale divák dáví. Z nut-

IV.
Por necesidad canto, mi hija camina por el bosque
me siento en este banco cada vez que duerme. Cada vez
son dos palabras de sabor contagioso. Siempre te sirves de nuevo,
ignorando la grasa de tu barriga.

V.
Mi hija duerme en el bosque. Estoy sentada en otro sitio. La superficie
está muerta, aunque la misteriosa casa revive. Un día alguien
será de aquí, mientras el jardín apesta a hojas muertas.
Bajo la valla nueva emergen madrigueras. Un topillo
y sus amigos. Por necesidad dibujo pasos en la tierra empapada.

VI.
No es posible mentir: este bosque es pequeño. Cualquier hombre
lo atravesaría con una bola de criquet, si no tuviera las manos
[ocupadas con el manos libres.
Mi hija camina por el bosque, digo: el bosque de sus sueños
es insondable, digo, hablo, muevo las manos.
Mi hija duerme en el bosque.

nosti zpívám. // *IV.* / Z nutnosti zpívám, má dcera pochoduje lesem, / na této lavičce sedím pokaždé, když spí. Pokaždé / je slovo nakažlivé chuti. Přidáš si pokaždé, / kašlaje na špek na břiše. // *V.* / Má dcera v lese spí. Sedím na jiném místě. Hladina / je mrtvá, zato tajuplný dům ožívá. Jednou tu kdosi / bude domácí, zatím garden smrdí listím. / Zpod nového plotu se vynořují nory. Krteček / a kamarádi. Z nutnosti kreslím kroky do rozmoklé země. // *VI.* / Není možné lhát: ten les je malý. Každý chlap / ho krikeťákem přehodí, jen nemit plné ruce handsfree. / Má dcera pochoduje lesem, říkám: les jejích snů / je bezedný; říkám, hovořím, rukama mávám. / Má dcera v lese spí.

Marie va por el bosque

a la abuela, 25 de mayo de 2015

Marie va por el bosque, el bosque es soledad y ondas.
Los pies desnudos sobre la hierba, desnudo también el tiempo
y ahora se navega a través.

Marie oye un llanto, el de los parientes del difunto,
lo limpia con la mano en la corteza de un alerce.

Marie va por el bosque, el bosque huele a resina,
es hermoso, es desesperado,
por el bosque lleno de resina deambulan los pies de los vagabundos.
Aquí surge la compasión con la corriente profunda del lago.

¿Sientes compasión? Marie pregunta a un mirlo.
Y el mirlo no siente compasión, ni por el gusano
ni por sí mismo.

Marie va por el bosque, en él incluso llueve:
es un verdadero bosque. Hay anillos
de amor en los troncos, y no se pudrirán nunca.

Marie va por el bosque como por el salón,
va por el bosque como por la cocina.

Marie jde lesem

babičce, 25. května 2015 // Marie jde lesem, les je samota a vlání. / Chodidla jsou nahá v trávě, nahý je i čas / a teď se pluje napříč. // Marie slyší pláč, jsou to pozůstalí, / utírá ho dlaněmi do kůry modřínu. // Marie jde lesem, les voní smůlou, / je to krásné, je to zoufalé, / lesem plným smůly bloudí nohy tuláků. / Tady prýští soucit spodním proudem do jezírka. // Cítíš soucit? Marie se ptá kosa. / A kos soucit necítí, s červem / ani se sebou. // Marie jde lesem, ve kterém i prší: / je to opravdový les. Z lásky / jsou tu kruhy v pařezech, a ty nikdy nehnijí. // Marie jde lesem jako obývákem, / jde lesem jako kuchyní, /

aquí el azucarero, aquí el reloj,
el tiempo descansa en una rama en forma de pájaro carpintero.

Un rayo es el corazón de un gong que justo suena,
en la luz del claro hay tanto ruido
que los tímpanos estallan.

Marie va por el bosque, es hermosa,
con cada paso más hermosa,
una corza se exhibe inútilmente entre los árboles.

Nada se mueve. Sólo el tiempo que devora los sucesos
con un decente tenedor de guarnición.
Por la mañana era primavera, ahora es noviembre,

Marie va con el tiempo hacia la salida.

Versiones del checo de Elena Buixaderas.

tady je cukřenka, tady hodiny, / čas sedí na větvi v podobě žluny. // Paprsek je srdcem gongu a právě odbíjí, / ve světle paseky je to tolik zvuku, / až to praská v uších. // Marie jde lesem, je krásná, / s každým krokem krásnější, / srna se marně vystavuje mezi stromy. // Nic se nehýbe. Jen čas, který žere události / decentní příkrmovou vidličkou. / Ráno bylo jaro, teď je listopad, // Marie jde časem k východu.

Poni flotante
[fragmento]
Isabelle Wéry

Al principio, en el cuerpo de mi madre se tuvo que estar bien. Me habría gustado conservar algún recuerdo consciente... Sensaciones, olores, imágenes.

A los dieciocho años, mi padre y mi madre fueron «activos» antes del matrimonio. Con la barriga gorda, tuvieron que pasar por una iglesia. Sus padres no estaban NADA contentos, se veía en las fotos de la boda, las cabezas incómodas y sin entusiasmo. El padre de mi madre la llamó «vaquita» (bueno, es verdad que se casaba con un muchacho de granja, de granja grande, vale, pero de granja). Y mi madre, avergonzada de la planta rolliza que tenía en la barriga. Escondiéndose en su pequeño barrio de la gran ciudad, camuflando bajo trapos holgados el saldo esférico de sus pecaminosos retozos.

Eso me afecta, sí; pensar en mi madre en ese estado de vergüenza, su miedo al qué dirán en el vecindario, sus ganas de desaparecer bajo tierra. Dieciocho años es aún infancia, en las fotos también se ve que mis padres, antes de la gran falta, eran todo juventud, infancia, alegría, carne... Normal que esas dos bombas tuvieran el deseo de sellarse las junturas.

Hay que decir que, por parte de mi padre, en la familia había bastante conejo calenturiento. Ah, ¡me encanta esta imagen! Conejo calenturiento, *hot rabbit, horny devil, hot dog, hot spot*... Los machos de mi familia paterna tenían una libido virulenta. En cierto modo, me resulta bastante agradable saber que provengo de una estirpe de *hot rabbits*. Que la religiosa no consiguiera encerrar bajo llave los cuerpos de mis antepasados me tranquiliza. Adoro los relatos míticos de las anécdotas familiares... Mis tíos persiguiendo (¿con la bragueta abierta o no?) a mis tías enloqueci-

(Lieja, Bélgica, 1970). Éste es un fragmento de su novela *Poney Floating* (Onlit Editions, 2018), que fue finalista del premio Victor Rossel 2019.

das (¡pobrecitas, no obstante!) alrededor de la gigantesca mesa de roble macizo del comedor. Y ese otro, fulminado por un ataque al corazón en los brazos de una prostituta en un tugurio del puerto de Londres. ¡Ah, cuántos halos eléctricos flotan en torno a las figuras de mis antepasados! El padre de mi padre, George, debería ser el más sensato. Y, sin embargo, al abuelo George lo he visto sudar muchas veces delante de Maddooonna con *shorts* de lentejuelas en la tele. Y a mi abuela, presa de una crisis de puros celos. Como si Maddooonna hubiera podido salir del televisor y ensañarse con la entrepierna de mi abuelo. Las cosas como son, mi abuelo es guapísimo. Tiene unos ojos azules magnéticos y una sonrisa dulce y no es demasiado velludo. Nada que ver con esas representaciones de granjeros medio hombres, medio lobos que merodean en el campo por estos pagos. No. Mi abuelo tiene mucha clase (aprendió incluso a tocar el violín cuando era pequeño), una cierta prestancia de *Ingland*, una compostura de *Lord*. Me quiere con locura. Tengo diez años y soy su princesa, su reina del establo, su pastel de heno. Y sabe cómo decírmelo, cómo hacérmelo sentir. Sólo con mirarme, sólo con poner un toque supradulce y amor incondicional en sus ojos. Y esa fuerza no voy a poder olvidarla jamás. Esa calidez de la mirada. Amor con mayúsculas.

Así pues, lo aprovecho al máximo. Mido el alcance de mi poder sobre él. A golpe de malicias, de caprichos, de deseos descabellados. Y un día me regalará un caballo de verdad. Y ya está. Todavía no soy más que una niña pequeña y, de todos los seres que habitan la granja, soy yo quien tiene más poder sobre mi abuelo. Es mucho más emocionante que mis videojuegos, donde te conviertes en eminencia de cortezas celestes virtuales. Soy la dueña y señora de un mundo real, en el que el menor aleteo de mis pestañas desencadena circunrevoluciones en nuestra inmensa granja del país de Gales.

Hay que decir que por estos pagos tenemos sangre de Enrique XXVIII, llevamos todas las miniaturas de los personajes de Shakessspeare en las arterias. Tenemos las guerras, tenemos las batallas, tenemos los vikingos, cuervo negro y cabezas cortadas... Y YO, como dueña absoluta de mi abuelo, lo soy también de la granja. ¿Que quiero una torrija? La Abuela DEBE prepararme una torrija. ¿Que quiero mi *fish & chips* en la cama? Me lo sirven en la cama. ¿Que quiero el caballo? Pronto tendré el caballo. Abuelo lo ha dicho. Sólo es cuestión de tiempo, de días, de fecha de cumpleaños. Lo tendré cuando cumpla doce. Todo el mundo está en contra, porque dicen que no voy a cuidarlo, que al final será la abuela quien se

cargue todo el trabajo sobre su viejo lomo, pero, si yo lo quiero, mi abuelo también lo quiere, así que tendré el animal. DEBO tenerlo. Todos los conquistadores de un reino tienen un caballo. Sólo tengo que aguantar dos años. Pero la espera es larga, laaaaaaarga y dolorosa, así que me arrastro de una actividad destructiva a otra: dejar caer al suelo mis tostadas con mantequilla y mermelada para que la abuela tenga que recogerlas y doblar el espinazo bajo mis ojos, ver su espalda miserable, jorobada como un monstruo del Loch Ness, una espalda de haber ordeñado a demasiadas vacas, de haber vivido agachada bajo los grandes mamíferos. No entiendo que mi guapísimo abuelo pudiera casarse un día con esta cosa fea que es la abuela. Está vieja, tiene pelos. Y él con su aire de dandi, de Oskkkar Wilde. Esa marrana esa arruga pegada a los fogones o a los purines que suda pestilencia en la mesa no come al lado de abuelo le he exigido que coma en la cocina esa criada que coma en el fregadero que se desangre allí que se derrita allí que que. Al lado de abuelo como YO.

Sí, pensándolo bien, sé que vivo en un mundo viejo, todavía un poco machista y, en resumidas cuentas, prefiero asociarme al poder de los hombres y disfrutar de una posición privilegiada antes que compadecerme de la suerte de mis supuestas hermanas, las femeninas. Porque, al final, creo que odio a las mujeres. Y quiero ser temida, aterradora y dictatorial. Y a su representante absoluta, la madre de todas las madres, la Dama Naturaleza, la aborrezco. Me cago en su cara, le retuerzo todo su aparataje. La mato. La puerca de la Madre Naturaleza, la muy puta, testaruda como un mulo apaleado, nos impone a mi abuelo y a mí todos los días de nuestra vida en la granja su humor caprichoso. Ritmo secular de las estaciones, falta de luz, cortejos de granizos, de truenos, de fríos de patos, de deshielos, lluvias de grillos, diluvios de sapos... La puerca de la Naturaleza le da diariamente mucha guerra a mi abuelo. A veces veo que le asoma en la mirada una desesperación de viejo; su azul celeste se convierte en ginebra adulterada y me da miedo. Él no debe morir, él es. Él es El que Es. Pero, de repente, se le va encorvando la espalda, le cuelga la piel del cuello, se le difuminan los contornos del rostro. No puedes morir, abuelo... Entonces lo miro con intensidad, le doy el azul de mis ojos (tenemos los mismos ojos, la misma pureza, la misma fuerza de cristal) y él se llena de mi mirada, se llena de la fuerza vital de mis diez años, y el pobre ancianito bebe de mí, como beben los viejos en *La casa de las bellas durmientes*, me devora entera, una savia, y el cuerpo de abuelo cae presa de convulsiones, de actos febriles...

Vive, Rey mío,
sé fuerte, Rey mío,
extrae de mí tu fuerza
y vuelve al combate, *My King*.
Aplasta a esa puta de la Naturaleza,
ese capricho desmesurado,
esa perra de seculares ubres…

Y abuelo, caído en el barro, se yergue, secuoya de carne, con los cristales azules de sus ojos desgarrándole el rostro, su mano agarra la horca de tres dientes y el objeto contundente se hunde por completo en las fauces de la Naturaleza, que yace como un gecko harakirado en la boñiga de los adoquines del patio. Has muerto, Naturaleza. Lo sé, hasta mañana.

Abuelo, yo vendaré tus equimosis,
lameré tus heridas.
Seré cariñosa, como una yegua joven.
Eres mi rey.
Mi Rocky. Mi KinKong. Mi *Viking*.
Y, por favor, *Majesty, look at me*.
Aunque sea de vez en cuando.
Posa en mí tus ojos irisados,
dedícame esa mirada regia a través de la cual
me prendo.
Expúlsame.
Sácame de mi condición de ser tan hembra.
Una sola no-mirada tuya *and I die*;
no soy sino presa de Tu ausencia.

Rey mío, tú me sostienes.

Esta noche,
Abuelo me dice que ha llegado el momento.
Que hay que desnudarse.
Ponerse el camisón inmaculado de felpa.
Quitarse las zapatillas de borreguito.
Abre su lecho, grande.

(La vieja duerme sobre su estera entre los leños en la cocina).
Abre sus brazos, grande.
Deposito un beso tímido sobre la sábana de la cama, blanca ella también.
Me acurruco contra tu pecho.
Ya no cuelgan las pieles de tu cuello
ni de tus mejillas.
Cierras los miembros.
Noto cosas.

Por la mañana, muy temprano, tengo sed, bajo a la sala de estar. La vieja está ya enfrascada en la limpieza diaria. Al darse cuenta de que estoy ahí, interrumpe su trabajo. Me mira. Tiene la cara hinchada, los ojos naranjas. De una intensidad hiriente. Me rocía de odio. Resisto. No tengo miedo. En el transcurso de esta noche, entre las sábanas de mi *King*, yo soy LA Reina. Y he decidido ser una reina muy Cruelllla de Vil. Repeler todos los límites de la decencia.

La mirada de la Vieja vacila... (¿De verdad va a desplomarse en el suelo, con el trapo del polvo ocultando su hipo?). Sus ojos barren el vacío... Da un paso inseguro a la izquierda... Luego a la derecha... Pierde el equilibrio... Luego se larga a la cocina buena criadita así me gusta. No sé por qué, pero me gusta. Poner a la madre de mi padre en ese estado. Me gusta muchísimo. Y vuelvo corriendo a la piltra del abuelo.

Unas horas más tarde, me despierta un guirigay. Abuelo ya no está a mi lado. Ah, sí, es verdad. Hoy toca el alboroto anual en la granja: justo a mediodía, la fiesta tradicional de Santa María reunirá a todos los hermanos y hermanas de mi abuela. Beberán jerez, comerán *fish & chips* y terminarán con un pastel de chocolate y menta. Es LA cita del verano, acompañada de los balances de cada cual: inversiones, especulaciones, pérdidas y beneficios, territorios conquistados... mezclados con los recuerdos familiares, los homenajes a los héroes caídos en la guerra, anécdotas picantes, insinuaciones, comienzos de movimientos inapropiados... Todos esos hermanos y hermanas son grandes grandes grandes granjeros de multitud de propiedades que abarcan toda la superficie del país de Gales e incluso mucho más allá. Y, en general, en la fiesta de Santa María. Abuela se pavonea como la reina y señora de la casa cuánto la odio.

Pero tengo un plan.
Voy a hacerla morir.
Odio sus pelos de Dracucucula en las orejas.
Odio sus dientes amarillentos de chucho.
Odio sus muñones torcidos de trabajadora demasiado manual.
Toda esa fealdad no se merece a mi abuelo.

Mi plan:

1. No me levanto, me quedo en la cama de abuelo hasta que lleguen los invitados. Eso pondrá nerviosa a la Vieja; ella querría verme vestida de azul marino y blanco, niña modélica, dispuesta a prodigar zalamerías a todas las hermanitas marchitas y velludas, quiere aprovecharse de mí, objeto de gala, utilizarme para gloria suya. Porque, es verdad, soy una niña preciosa, pelirroja de piel clara, miembros inferiores y superiores perfectamente proporcionados, pecas espolvoreadas con delicadeza sobre unos rasgos finos, mi boca de querubín, mis pantorrillas de cordero. ¡Pues no, abuela! No me levanto, me quedo en el lecho de abuelo, me revuelco en él como una cerda. Sé que te quejarás con abuelo, que soltaréis unas cuantas palabras tensas en un dialecto británico arcaico y que vuestra conversación terminará con un mandato de abuelo: «Deja en paz a la Niña» (con una mayúscula bien grande, ¿eh?, «Niña»).

2. ¡Cuando oiga los portazos de los coches de los invitados, actúo! Abuela, ¿ves esta preciosa figurita de cristal que tanto te gusta? Sí, esa que tu madrina te regaló el día de tu boda... La agrieto delicadamente, saco un trocito del ala del ángel de la derecha, el que sostiene un cirio y que me parece el más amable. Con esa esquirla de cristal, me hago un corte en la rodilla. La sangre púrpura que brota es tan bonita, tan fresca, pura, fuerte... Sangre de la sangre de abuelo, río de noble linaje, hasta hacerme llorar. Y este elixir opaco lo restriego por la parte de atrás de mi camisón de felpa. Regueros escarlata tal vez explícitos. Recojo meticulosamente mi teatrillo. Me lavo las manos. Me pongo una tirita en la rodilla cortada. Y lanzo una última mirada al reflejo del espejo del ropero: estoy impresionante. Igual que el ángel de tu figurita de cristal, abuela. Con la excepción de esas manchas rojas en la parte de atrás de mi camisón, como caídas de una tierra de nadie de mi cuerpo.

3. Emprendo el descenso de la imponente escalera. Descalza. Como una reina de los afrikáaans. Cada peldaño emite su pequeño

canto particular... Una alfombra que es un coro elizabethhhhiano. Llego hasta la puerta que me separa de la sala de estar donde cotorrean los invitados; oigo las copas de jerez que hacen tintinear sus gruesos anillos. Me imagino a la perfección la escena que tiene lugar detrás de la puerta: orondas granjeras enharinadas, orondos granjeros con bigote de jabalí que representan la versión provinciana de «Almuerzo de los duques en la corte real».

4. Y yo, yo, yo abro la puerta en ese preciso momento. Noto que las conversaciones se interrumpen, que las caras se vuelven hacia mí. Sonrío, como los bebés en los anuncios de jabón para bebé. Espero paciente a que todos los invitados me miren y emitan sus empalagosos «owwwwh, mira quién vino... Owwwwh *Sweetie, sweet heart*, owwwh ella es tan linda ... Cómo estás?». Y ahí, justo en ese instante, me giro para cerrar la puerta y mostrarles a todos la parte posterior de mi camisón manchado de sangre. El efecto es inmediato. Ya no chista ni uno solo de los orondos granjeros. El aire de la sala de estar se vuelve compacto, irrespirable... Se oye el jerez en el fondo de los vasos.

5. Me vuelvo. Avanzo hacia esos *Ladies & Gentlemen*; comienzo la ronda de saludos y besamanos. Todos son feos, arrugados, pieles de cola de castor curtidas por la intemperie del país de Gales, uñas de Capitán Garfio indeleblemente ennegrecidas por el trabajo de la tierra, pelos tiesos en las mejillas y sobre todo, sobre todo, ese persistente olor a establo que les ronda, que los impregna hasta la médula y que ellos intentan ocultar bajo perfumes embriagadores comprados en Harrooods. Abuelo y yo no olemos a establo. Olemos a azufre, a estupro, a lujo. Pero no a establo.

6. Lanzo una mirada furtiva a Abuela, que, así a ojo, no tiene pinta de sentirse muy bien y parece vomitar su propio corazón con cada frufrú de mi camisón de felpa sangrante. Luego, me encaramo a las rodillas de abuelo. Abuela se opone nerviosamente. Abuelito vocifera, aún en inglés antiguo: «Deja en paz a la Niña» (aún con mayúscula)... Y, a horcajadas sobre mi Rey, proclamo ante la concurrencia: «¡Abuelo va a regalarme el caballo cuando cumpla doce años!». De los vejestorios surgen confusos «*wonderful Sweetie*, ella es tan linda!». Y me voy. Dejo tras de mí ese almuerzo de anglófonos en campo de batalla, a mi abuela por los suelos y a mi abuelo completamente loco por mí ✖

Traducción del francés de Silvia Moreno Parrado.

El aduanero y el Señor

Attila Bartis

Lo sabemos, sabemos perfectamente que hacer el equipaje es lo segundo en importancia en la vida de un hombre. Que debajo de lo más importante siempre se esconde una maleta de cartón reforzado que luego habrá que cargar precisamente con lo más importante.

Dicen algunos que no es posible empaquetar lo más importante; otros, que sólo existe un equipaje básico, la muda limpia y el cepillo de dientes; y un tercer grupo afirma que donde hay que hacer las maletas ni siquiera merece la pena, pero yo puedo refutar a los tres.

Claro, sin duda existen cosas que no se pueden meter en cajas de regalo, ni en maletas, ni en un contenedor; por ejemplo, nuestras vidas. Resulta imposible empaquetar toda una vida a no ser que nos ayude el Señor.

En eso, sin embargo, suele echar una mano. No debemos creer que el Señor se pasa el día obrando milagros. No, a veces hace cosas muy corrientes. Facilita el número de teléfono del coronel que a cambio de un juego de cubiertos de plata —más la porcelana de Meissen— hace desaparecer un expediente sumamente comprometedor, autoriza una solicitud de emigración que ni siquiera habías presentado, es más, ocurre también que cuando la condición de no fichado y autorizado ya no ayuda, cuando llevas media hora sin saber por qué en la esquina de las calles Trébely y Mihai Viteazu simplemente se te acerca, se pone de puntillas y te da un beso.

Por algo se le llama la Divina Providencia. Además, cuando tu asunto ha avanzado tanto que ya tienes que hacer el equipaje, también te ayuda. En el curso de una sola mañana de noviembre recoge todo aquello que un aduanero te prohíbe llevar.

(Târgu Mureș, Rumanía, 1968). Uno de sus libros más recientes es *El final* (Sexto piso, 2015).

No lo mete en una maleta o en un vagón de carga, ciertamente, sino que comprime los años en unas pocas neuronas. Toda la vida se reduce entonces a una muestra entre dos placas de vidrio. O ni siquiera a eso, quién sabe.

Digo que ayuda, pero no con milagros, sino con cosas tan sencillas como la memoria. Por otra parte, también es verdad que lo que el Señor ha empaquetado una vez el hombre no lo podrá desempaquetar nunca más.

Sucedió hace veinte años, sí, hace exactamente veinte, que de pronto se apareció el Señor en Marosvásárhely, delante del número ocho de la Sámuel Köteles, pero como no obró milagros, ni los vecinos le hicieron caso. Puedo aventurar que ni siquiera lo vieron. Yo mismo sólo me di cuenta de que estaba deambulando en medio de la neblina que se levantaba delante de un contenedor con la inscripción de CFR, cuando el aduanero provincial Constantin Popa había abierto la tercera caja de cartón.

Nada, esto se queda aquí, dijo el aduanero de la primera pieza que fue a parar a sus manos. Y, como si sólo quisiera tapar un cadáver para que no alterara el panorama de la calle, arrojó el mantel de encaje sobre las hojas de acacia que se pudrían en el borde de la acera. Yo no sabía si podía recogerlo. Al final decidí que en el peor de los casos lo devolvería a su sitio.

Era un hombre bajito, rechoncho, un tipo bastante correcto a buen seguro, pero ahora estaba trabajando. Se metió en el contenedor para que no lo mojara la lluvia mientras nosotros vaciábamos la casa, y en la penumbra de aquel cuartucho de chapa iba decidiendo lo que podríamos llevarnos definitivamente de todo aquello que dos semanas antes otros dos aduaneros ya habían autorizado.

Sólo había venido a controlar, a dar los últimos toques, pero enseguida le puso pegas a la primera caja de cartón: Vaya, más de un metro cuadrado de encaje, eso sí, con unas manchas de café aquí y allá, y para colmo con la quemadura de una vela encendida en una fiesta navideña o durante un gran apagón. Pero no dejaba de ser un encaje hecho a mano que el Estado aún podría necesitar.

Desde la ventana de enfrente alguien hacía señas con vehemencia para que lo dejara de inmediato: no conviene irritar al aduanero, yo lo recogeré más tarde, está de todos modos lleno de barro. Aún faltaba medio día para la partida y, teniendo en cuenta el agujero, las manchas de café y las circunstancias, estaba dispuesto a quedárselo por la mitad o, mejor, por un tercio de su precio.

Nada, esto se queda aquí, dijo el aduanero al llegar a la tercera caja y encontrar la colcha. Era una colcha corriente, algo antigua, eso sí, con cruces blancas bordadas en las esquinas, pero en cualquier caso una simple colcha de esas que se usan para poner debajo de los muertos.

El vecino volvió a hacer una seña, que no, que mejor más tarde, que ya podía yo comprobar que no convenía irritar al aduanero, y si no tenía agujeros y conservaba todas las cruces, entonces por el precio completo, pues aún podría servirle de algo. No, gracias, alguien habrá que me lo guarde gratis durante años. Le devolví las señas hacia arriba, pero para entonces ya estaba allí el Señor haciendo Él también el equipaje. Empezó con las hojas de acacia podridas, pero claro, no olvidó incluir el mantel de encaje chamuscado, junto con los grandes apagones navideños, no fuera que algo se echara a perder.

Terminamos con las cajas y, salvo los dos trapos y la lámpara de escritorio, el aduanero no encontró gran cosa que el Estado pudiera necesitar, luego devolvió la lámpara y optó por el gramófono. El vecino hizo una seña indicando que ya lo cogería él, yo se la devolví, no, gracias, no hace falta; mientras, el Señor a lo suyo, que era empaquetar. Convirtió el fonógrafo de muelles rotos en un paquete tan minúsculo que a su lado cabía una guerra mundial entera, incluido el ruso tartamudo que empezó a disparar furioso y dejó el techo como un colador al darse cuenta de que no habría vals con mi abuela, porque el cacharro del gramófono llevaba sin funcionar desde el 36.

Nada, esto se queda aquí, dijo el aduanero al llegar el turno de los muebles y dar con alguna pieza interesante, aunque no acababa de entenderse por qué se convertía de pronto en Patrimonio Nacional un escritorio que meses antes, en el registro domiciliario, había sido declarado un trasto sin interés tanto por su forma como por su contenido, incluido el plumier, los libros de texto y los versitos rimados.

Vale, entonces esto se queda, le dije al Señor, agradeciendo que el vecino hubiera cerrado finalmente la ventana, pero Él tenía ya metidas todas las historias familiares mil veces remendadas, que si la parentela de Erdőszentgyörgy, que si la reina madre y las fincas de Radna, tenía guardado, como decía, junto con las enclenques pruebas materiales, cuanto una anciana iba inventando entre pensión y pensión, aunque hubiera supuesto una magnífica oportunidad para, por fin, mandarlo todo a la porra.

El aduanero, desde luego, tampoco era ciego, veía muy bien que lo que había al borde de la acera de hecho ya no estaba allí; sin embargo,

una charretera con unas cuantas estrellas es poca cosa para atreverse a contrariar al Señor.

Ahora, fastidiar, sí que fastidiaba. Nada, esto se queda aquí, dijo señalando el espejo, la cama, la biblioteca, hasta que media vivienda acabó bajo la lluvia de otoño, como Patrimonio Nacional. El Señor, por su parte, llevaba cada vez peor que justo el Škoda de Daróczy, un vecino, se contemplara en el espejo de salón apoyado contra una acacia.

Nada, todo esto se queda aquí, dijo el aduanero, y precintó el contenedor, pero fue entonces cuando el Señor empezó a animarse de verdad. En vano le dije que ya bastaba. Él seguía agregando a los cachivaches la calle entera, con la casa Bolyai y la iglesia, el Instituto de Ciegos y la Maternidad, el Škoda de Daróczy y la Escuela de Arte Dramático, incluido el mohoso almacén de decorados con portero roncador y todo.

Ya son las doce y no tenemos aún los bocadillos para el viaje, le dije, pero no me hizo caso, Él estaba empaquetando ya la calle Bolyai. Hasta metió a Vera la Loca, que vivía en un sótano y era realmente terrible: vestida con bata verde y en zapatillas de goma, se acercaba todos los días chancleteando hasta la alcantarilla delante de la panadería para verter el cubo de hojalata lleno de orines.

Y si al menos quedara aquí la calle aquélla, le dije, pero ni caso, metió de un tirón toda la Tamás Borsos, panadería y comisaría incluidas. Luego la plaza Mayor con el reloj de flores, aunque una chorrada así se encuentra en todas partes, igual que el Soldado Desconocido; más habría valido que hubiera guardado la Trébely; al fin y al cabo, el equipaje era mío, o sea, ¿cómo es que no podía elegir? ¿Cómo es que, si quería el escritorio, tenía que cargar también con el registro domiciliario? ¿Cómo es que, si quería una puta colcha, tenía que cargar también con el muerto? ¿Cómo es que, si tanto quería la Trébely, también cabía a su lado la Tamás Borsos? ¿Y cómo es que, si no quería el todo, sólo podía llevarme un cepillo de dientes?

La verdad, nos enzarzamos de lo lindo, pero por último empaquetó casi todo, desde la planta química hasta el Monte de la Viña, mientras el aduanero, sonriendo con sorna, miraba ora el cielo, ora la tierra desnuda, y me hacía firmar unos papeles. Así ocurrió que al final allí no quedó nada. Y si lo más importante quedó allí, a pesar de todo, sería porque ni el mismo Señor conocía qué era lo más importante, sólo el aduanero sonriente ✖

Traducción del húngaro de los participantes en el seminario de traducción literaria de la «Magyar Fordító Ház», Balatonfüred.

El inédito comentado

Valerio Magrelli

Hoy, de repente, me vino a la mente
una imagen de hace cincuenta años.
Yo, de joven, viajando en el extranjero,
con un amigo que decide tatuarse.
Lo acompaño y espero afuera.
Era un día soleado, poco tráfico,
y me veo caminando solo, de un lado a otro.
Solo e incierto: ¿debería hacerlo también?
Nadie tenía tatuajes en aquel entonces,
así que era hermoso, hermoso pero irreversible.
Quería escribir algo en mí, ¿y para siempre?
¿O dibujarme un perfil? Pensé en un león
(siempre pensamos lo contrario de nosotros mismos).
¿Un lema o un animal? ¿Estás seguro?
Así que seguí caminando
frente a la tienda del tatuador.
Medio siglo después, todavía estoy indeciso:
¿podría tatuarme a alguien que pasea?

L'inedito commentato

Oggi, di colpo, mi è ritornata in mente / un'immagine di 50 anni fa, / ragazzo, in viaggio all'estero, / con un amico che sceglie di tatuarsi. / Io l'accompagno e aspetto fuori. / Era un giorno assolato, poco traffico, / e mi rivedo passeggiare da solo, avanti e indietro. / Da solo e incerto: me lo faccio anch'io? / Nessuno allora aveva tatuaggi, / perciò era bello, bello ma irreversibile. / Volevo scrivermi qualcosa addosso, e per sempre? / O disegnarmi un profilo – pensai a un leone / (pensiamo sempre al contrario di noi stessi). / Un motto o un animale: sei sicuro? / Così non smisi più di passeggiare / davanti alla botteguccia del tatuatore. / Mezzo secolo dopo, sono ancora indeciso: / potrei tatuarmi qualcuno che passeggia. // Mi è veramente ritornata in mente di colpo, a 50 anni di distanza, questa stupida immagine, del tutto insignificante. E tuttavia, nel suo ricordo c'è qualcosa di profondamente vero e di profondamente mio, come un autentico emblema dell'indecisione. Ah, come lo capisco bene, l'asino di Buridano! Sono io che passeggio tra due mucchi

(Roma, Italia, 1957). Su libro más reciente es *Exfanzia* (Einaudi, 2022).

Realmente me vino a la mente de repente, a cincuenta años de distancia, esta estúpida imagen, totalmente insignificante. Y sin embargo, en su recuerdo hay algo profundamente verdadero y profundamente mío, como un auténtico emblema de la indecisión. ¡Ah, cómo entiendo al burro de Buridán! Soy yo quien camina entre dos montones de heno imaginarios: ¿tatuarme o no? Pienso en una película de Bergman que termina con el protagonista yendo y viniendo, infinitamente. Mi amigo escritor tenía razón: el acto de elegir es una de las experiencias personales más violentas.

V.

No hay mucho que hacer:
las cuotas no dejan de fascinarme.
Trabajan tu cerebro ininterrumpidamente.
Su manera de enlazar tiempo y dinero
tiene algo atroz,
algo sacrificial y resbaladizo.
Ya he pagado 11, me siento aliviado,
pero todavía me faltan 229,
susurro tristemente.
No puedo esperar a terminarlas, ansío,

di fieno immaginari: tatuarmi o meno? Penso ad un film di Bergman che termina con il protagonista intento a fare avanti e indietro, all'infinito. Diceva bene un mio amico scrittore: l'atto di scegliere è una tra le più violente esperienze personali.

V.

C'è poco da fare: le rate / non smettono di affascinarmi. / Ti lavorano il cervello ininterrottamente. / Il loro modo di annodare tempo e denaro / ha qualcosa di atroce, / di sacrificale e scorsoio. / Ne ho già pagate 11, mi sento sollevato, ma me ne mancano ancora 229, / sussurro tristemente. / Non vedo l'ora di averle finite, smanio, / e in quell'istante capisco che sto augurandomi / di avere vent'anni di più. / È un dio malvagio, il solito dio malvagio, / che promette felicità solo nella tomba / facendoci addirittura desiderare / di rag-

y en ese momento entiendo que estoy deseando
tener veinte años más.
Es un dios malvado, el mismo dios malvado de siempre,
que promete felicidad sólo en la tumba,
haciéndonos incluso desear alcanzarla pronto,
incluso muy pronto, sólo para terminar con las cuotas.

Ya me había pasado hace algunos años escribir un poema sobre las cuotas, y ahora he vuelto al mismo tema, para resaltar el sentido de hechizo que surge de semejante uso del dinero. Aquí, el adelanto lo es todo, y con él su contraparte, el vencimiento, que aparece distante para brillar en el horizonte de nuestro futuro. ¿Por qué? Porque las cuotas son la vida al revés, el reloj de arena de un tiempo envenenado, que mientras creces, se desvanece, y que mientras se desvanece, creces. Esta relación inversamente proporcional entre nuestra existencia y nuestras deudas me parece que simboliza algo poderoso, aunque desconozco qué. A esto se suma que, en el habla popular de Roma, «fa rate» significa «es desagradable». Y en realidad es desagradable, a decir verdad, la idea de colocar en el futuro la liberación de la obligación, tanto como para desear consumirlo de inmediato, el futuro, sólo para obtener la absolución.

Versiones del italiano de Andrea Muriel.

giungerla presto, anzi prestissimo, / pur di finire le rate. // Mi era già capitato qualche anno fa di scrivere una poesia sulle rate, e adesso sono tornato sullo stesso tema, per sottolineare il senso di sortilegio scaturito da un simile impiego del denaro. Qui, l'anticipo è tutto, e con lui la sua controparte, la scadenza, che compare lontana per brillare all'orizzonte del nostro avvenire. Come mai? Perché le rate sono la vita alla rovescia, la clessidra di un tempo avvelenato, che mentre cresci, sfuma – che mentre sfuma, cresci. Questo rapporto inversamente proporzionale tra la nostra esistenza e i nostri debiti, mi pare simboleggiare qualcosa di potente, anche se ignoro cosa. A ciò si aggiunga che, nella parlata popolare di Roma, «fa rate» significa «fa schifo». E fa davvero schifo, a ben vedere, l'idea di collocare nel futuro la liberazione dall'obbligo, tanto da desiderare di consumarlo subito, il futuro, pur di ottenere l'assoluzione.

Escribir en el exilio

Walid Nabhan

Primero pierdes familia, amigos, lugares, recuerdos, y después de un tiempo enfrentas la gran pregunta: ¿Quién soy? A partir de aquí comienza la búsqueda por desmantelar las difíciles preguntas. El viaje con frecuencia acaba sin obtener las respuestas, ni para la cuestión de la identidad ni sobre las mayores preguntas sobre la existencia misma. Sea un exilio voluntario o involuntario, la sensación de pérdida del exilio hace que nos sintamos fuera del círculo íntimo de la pertenencia humana.

El exilio es extrañamente persuasivo pero terrible de experimentar. Es una fisura incurable entre un ser humano y su tierra natal, entre el ser y el verdadero ser. Es «el más triste de los destinos», como lo describió Edward Said, porque no es fácil reconciliarse con el exilio, no importa qué tan cómoda esté la persona, ni siquiera después de regresar a la patria. Es casi imposible recuperar todas las memorias previas que se desvanecieron con el tiempo. A partir de aquí uno se vuelve tenso, esquizofrénico, sospechoso contra la identidad.

El término *exilio* aflige y confunde extremadamente. Como muchos otros, cuando dejé mi país natal creí que la alienación sería por un número limitado de años, pero la residencia duró décadas, y el exilio se convirtió en un lugar de residencia permanente. En el pasado el fenómeno de alineación era temporal, pero ahora casi se ha convertido en una migración permanente.

Si el exilio se ha definido de forma idiomática como un lugar en el cual buscar refugio, entonces hay diferentes tipos. Este concepto no se restringe a aspectos espaciales, sino que incluye numerosas fases de la vida. Un escritor puede no estar sometido al exilio, sino más bien

(Amán, Jordania, 1966). En 2017 recibió el Premio de Literatura de la Unión Europea por su novela *Exodus of the Storks* (Peter Owen Publishers, 2022).

La relación del exilio con la escritura ha sido la columna vertebral de muchos escritores que han probado la amargura del exilio, sea forzado o voluntario, ambos con sus rituales y manifestaciones. La historia de la literatura está repleta de textos sobre el exilio.

a la esencia de la creatividad del exilio. Cuando sólo un hilo separa la vida y la muerte, el renacimiento viene del vientre de la muerte misma. Ésta es una experiencia que tiene un efecto poderoso en el alma y hace que una persona vea las cosas de manera diferente. La existencia misma se vuelve la más grande motivación para escribir.

¿Quién es el escritor exiliado? No es necesariamente la persona que vaga en otros países, más bien aquella que ronda su tierra natal sin deshacerse del sentimiento de alienación mientras vaga por las esquinas de su patria. El escritor exiliado es aquel que busca una manera de acomodar la ansiedad de pertenencia en su vida, es el eterno buscador de paz sabiendo que la paz puede ser imposible, y que su país natal quizá se convierta en una mercancía hecha por fronteras de seguridad o partidos nacionales, en aras de la ilusión de que el individuo es hijo de determinado lugar. El escritor exiliado es aquel que se rehúsa a ver la patria meramente como un pedazo de tierra en el cual las almas están ceñidas, o como mera fidelidad a valores inventados por la autoridad para ejercer su poder coercitivo sobre sus llamados ciudadanos.

También hay una confusión entre el concepto de exilio y asilo, y esto es, en mi opinión, un asunto reciente. Históricamente ha habido una separación entre los dos conceptos. El primero refiere a un exilio personal que por lo regular le sucede a intelectuales de forma individual por razones políticas, mientras que el segundo le ocurre a colectivos de personas por razones de seguridad o guerras. Ha existido una separación intelectual entre los dos conceptos, y lo que ahora vemos es el uso de ambos de modo intercambiable. Esto es de señalarse y genera cuestionamientos sobre la similitud entre el exilio y el asilo, y su relación con los temas de pérdida y escritura.

Escribir en el exilio es una forma de protesta y resistencia contra situaciones de diáspora y pérdida, un estado de confrontación,

reformación del presente según la visión del mundo del autor. El exilio le provee a una persona un espacio de autocontemplación. Es un espejo que refleja el pasado, presente y futuro. El exilio necesariamente provoca nostalgia y anhelo de memorias y días pasados, acaso también activa herramientas para cambiar y acercarnos a la realidad desde una nueva perspectiva, especialmente cuando ser errante con frecuencia se describe como «invadir el mundo». Un viajero exiliado quizá sea un invasor.

En el exilio, una persona siempre está en un estado de ansiedad constante. Yo le llamo «ansiedad benigna», porque enciende una chispa de creatividad. Cuando los caminos de vuelta a la tierra natal se estrecharon para mí, encontré en la escritura algo más que una patria.

Escribir en el exilio deriva su sustancia de la alienación y el extrañamiento, y el conflicto entre dos distintas identidades; aun así es una escritura reveladora basada en la premisa de desmontar la identidad propia, proponiendo una identidad gris compuesta de muchos elementos. Es una escritura producida por seres humanos para seres humanos. Este tipo de escritura cruza fronteras culturales, geográficas, históricas y religiosas, y trasciende la trivialidad expandiendo las circunstancias del exilio con crudeza y franqueza, sea para los desplazados o para los locales; pero por otra parte es una escritura que se distancia del odio, el aborrecimiento y la intolerancia.

El exilio fue un ingrediente importante de muchas experiencias literarias renombradas y grandes obras poéticas. Inspiró autores con muchas paradojas para mantenerse en el borde peligroso, el borde del anhelo, el borde de la locura, el borde de la muerte, el borde de la vida.

La relación del exilio con la escritura ha sido la columna vertebral de muchos escritores que han probado la amargura del exilio, sea forzado o voluntario, ambos con sus rituales y manifestaciones. La historia de la literatura está repleta de textos sobre el exilio. Escritores y pensadores se han esforzado por analizar qué significa el exilio y diseccionar su realidad, la diáspora y la alienación, y cómo el exilio continúa siendo un castigo renovado, tal vez a veces más duro que el encarcelamiento, porque el exiliado se encuentra como un extraño alejado de su tierra y de su entorno social, de modo que nada puede compensar lo que ha perdido. Cualquier consuelo de la belleza de la naturaleza o de la bondad de las personas es sólo una especie de paliativo, motivo de perseverancia y necesidad de continuidad.

Muchos estarían de acuerdo en que la escritura en sí misma es un estado de alienación y un distanciamiento de lo ordinario y lo familiar. Un viaje por mundos distantes menos ruidosos y turbulentos de los fallos de la realidad. No es sorprendente ver a escritores que escriben desde su tierra y expresan el exilio en su obra. Esto confirma que el extrañamiento es espiritual y no sólo espacial. El exilio del escritor es, por tanto, espacial tanto como espiritual y emocional.

La escritura, en general, suele plantear preguntas, pero no tiene por qué responderlas. Nadie puede afirmar que su obra literaria esté completa. Me gustaría creer que no existe una obra literaria completa, ya que las deficiencias son características humanas conocidas, y la perfección sigue siendo un requisito perdido en un paraíso inalcanzable.

De pronto surge espontáneamente una gran pregunta: ¿Por qué escribimos, en principio? ¿Para escapar de la realidad distópica y miserable? ¿O para refugiarnos en mundos lejanos menos estridentes y agitados? ¿Para vencer a la muerte? ¿O para aliviar el peso de la vida y gritarle como grita el recién nacido por primera vez? No sé si el miedo y la muerte son la mayor motivación para escribir. Siempre me he preguntado qué puede decir la literatura de cara a la destrucción y el caos en que vive la humanidad. Por otra parte, si los escritores no expresan este dolor, ¿entonces quién? No cabe duda de que, por lo general, escribir no es un placer ni un lujo, sino más bien una obligación que parece fácil pero a la vez reticente.

El exilio también es volátil, una bomba de tiempo que podría matar al exiliado. Los escritores se esfuerzan por determinar el momento y el alcance de la explosión, y a menudo no consiguen captar sus articulaciones ni controlar sus partes, lo que los convierte en arriesgados en el peligroso juego de la vida. La constante ansiedad y nerviosismo se renuevan según el tiempo y lugar.

La escritura del exilio es un tipo de autoanálisis, aunque se caracteriza por la ansiedad existencial, el descontento generalizado y la disidencia rebelde. El exiliado no está integrado en la nueva sociedad en pleno, ni es capaz de cortar la conexión con su sociedad original.

Hay escritores que eligen el exilio como lugar para respirar, para crear su obra. Lo encuentran más misericordioso que su patria, que no podía acogerlos ni aceptar su opinión, con gobernantes que trataban de encarcelarlos, combatirlos o restringirlos, empujándolos al exilio elegido. La amenaza que se les impone alcanza a veces el peligro

de liquidación o asesinato. La historia, cercana y lejana, fue testigo de casos de escritores que pagaron con la vida su posición, y quizá por su «buena fe» en su asesino.

Las revoluciones árabes, por ejemplo, pusieron en evidencia a la escritura y a los escritores y demostraron que el verdadero exilio se mide por la distancia que los autores toman de sus compatriotas y qué tanto son solidarios con el asesino. Alejarse de los miedos, el dolor, las esperanzas, los sueños y los delirios de la gente constituye la paradoja más cruel del exilio, un exilio que aprieta la escritura hasta asfixiarla y despojarla de su aura y sus valores anticipados. Cualquier escritura que no se acerque a lo que está sucediendo en términos de devastación y tragedias se convierte en marginal y sospechosa. Las obras de ficción ya no se procuran en el mundo árabe ante las actuales devastadoras circunstancias. El arte en general tiene el papel de ser la conciencia de la sociedad y de ser su honesto espejo. Se espera que los escritores reflejen este penar. Resulta inconcebible escribir sobre flores y amor mientras las escenas de sangre dominan por doquier.

Desde mi humilde punto de vista, el exilio me permitió abrir más de una puerta, producir mis mejores escritos, porque brotaban de la magia de las profundidades, llegar a miles de lectores en los países árabes y en todo el mundo, pasar por el tamiz de la traducción sin pasaporte ni visa, y entrar en las capitales más bellas del mundo.

El exilio me permitió ver ciudades hechas por la vida y soñar cientos de sueños en los que las pesadillas no eran más que acciones fugaces. El exilio me enseñó que no hay nada como sentarse en un balcón de cualquier ciudad del mundo, tomar un café sin pensar lo más mínimo en lo que te rodea contemplando una puesta de sol que se desvanece en un índigo mar, que recuerda tu mundo lingüístico que nunca muere. La felicidad no requiere mucho, sólo amor, generosidad y un poco de libertad. Es verdad que perdí una tierra que hirió gravemente mi memoria, pero gané una gran patria, que es la patria de la escritura. Mi única y última tierra ✖

Traducción del inglés de Jorge Alberto Pérez.

Dos

Elena Alexieva

Dios tenía la extraña peculiaridad de desaparecer y aparecer cuando le apetecía, y Primero de ningún modo podía aceptar eso. Él siempre notaba cuando Dios se disponía a desaparecer y hacía todo lo posible para seguirle, pero Dios no se lo permitía. A veces, incluso, si se mostraba demasiado insistente a pesar de las amenazas y advertencias, Él se enfadaba horriblemente y Primero no tenía otra salida que obedecer. Su ocupación principal mientras Dios no estaba era quedarse esperando a que Él apareciera de nuevo. En algunos casos la espera absorbía su atención hasta tal punto que Primero no tenía ganas de hacer nada más. Sin embargo, no pocas veces se dedicaba a ocupaciones de su gusto sin que, por supuesto, dejara de esperar.

Primero no tenía ni idea de que era Primero. Es más, en aquella época Dios tampoco sabía que Primero era Primero. Lo supo mucho más tarde, cuando aparecieron Segundo y Tercero y tras ellos, también Cuarto.

Por lo general, Dios llamaba a Primero «Roger». Primero no entendía muy claramente qué era «Roger», pero se había dado cuenta de que cuando Dios decía «Roger» era precisamente a él, a Primero, a quien Él se refería. Dios afirmaba que «Roger» era un nombre y que el nombre de Primero era justamente Roger. Primero no tenía objeciones, pero aun si las tuviera era poco probable que Dios las escuchara. Le bastaba con que Él le llamaba y Primero podía ponerse de pie ante Él llevando en el corazón toda la turbia mezcla de amor y miedo que Dios le infundía.

No había manera de que Primero explicara a Dios que no necesitaba nombre porque, aun si Éste se dirigiera a él con «eh, tú», Pri-

(Bulgaria, 1975). Su libro más reciente es *Vulcan* (Janet-45 Print and Publishing, 2023).

mero acudiría sin la menor duda. En general, Dios estaba sumido en un montón de equivocaciones y prejuicios acerca de Primero, que éste no tenía modo de disipar. Además, constantemente sospechaba que él hacía algunas cosas, sobre todo malas. Pero Primero no le guardaba rencor. Prefería obedecerle, porque cuando Primero obedecía a Dios ambos estaban felices.

Primero a menudo sentía la necesidad de hablar con Dios, pero Éste se negaba a escucharle, bien porque estaba ocupado, bien porque simplemente no le apetecía escuchar. Primero se extrañaba, puesto que no tenía intención de quejarse a Dios ni de pedirle algo. Por lo general, esa necesidad surgía en él en exactamente dos casos: a) cuando deseaba compartir algo con Dios (alegría) y b) cuando urgentemente tenía que informarle de algo (peligro). Dios, sin embargo, con toda franqueza no le entendía, y por eso cada vez que trataba de hablarle, reprendía a Primero, y Primero se sentía culpable. En su opinión, a Dios no le gustaba su voz porque la voz de Primero era mucho más fuerte y brusca que la suya y, por consiguiente, se oía más lejos. Dios, por su parte, estaba convencido de que Primero no sabía hablar sólo porque Él no le entendía. A veces, incluso, decía sentirse apenado por ello, pero Primero percibía que la pena de Dios de ningún modo era sincera.

Así como ni Dios ni Primero sabían que Primero era Primero, ninguno tenía ni idea de que Dios era Dios. Tal vez Dios tuviera alguna sospecha al respecto —no había manera de comprobarlo con seguridad—, pero Primero definitivamente no tenía ni idea. Él estaba convencido de la naturaleza divina de Dios y creía incondicionalmente que Dios era eterno y único. Sentía su presencia en lo más íntimo de su ser y en todas partes del mundo circundante.

Se esforzaba en actuar siempre de acuerdo con su voluntad porque, de lo contrario, Dios se enojaba y vertía su ira sobre la infeliz cabeza de Primero, quien solamente podía bajarse y esperar a que pasara la tormenta.[1] Por añadidura, Dios cuidaba de que Primero estuviera saciado, curaba sus dolencias si algo le dolía, le dejaba divertirse e incluso le animaba, le protegía, dentro de Sus posibilidades, del calor y del frío excesivos, y, en suma, era un Dios bueno y justo. Pero Primero nunca le llamaba

1. Aquí se hace alusión a la expresión «bajarnos y esperar a que pase la tormenta» que el exdictador comunista búlgaro Todor Zhivkov usaba para describir el comportamiento de Bulgaria respecto a los procesos de perestroika en los países socialistas. (Nota de la traductora).

Dios, ni siquiera en sus pensamientos. Él simplemente sabía que Dios era Dios porque como tal lo sentía con todo su ser. Pero si alguien se hubiera plantado frente a Primero, hubiera señalado a Dios y hubiera dicho: «Éste es Dios», Primero no habría entendido nada y sólo se habría confundido tremendamente.

Naturalmente, Dios y Primero no vivían solos en el mundo, a pesar de que, si ése fuera el caso, Primero no tendría nada en contra. El mundo estaba lleno de todo tipo de maravillas y Primero nunca se cansaba de explorarlas y admirarlas. A él, por ejemplo, le gustaba muchísimo la nieve. La nieve aparecía raramente y entre dos apariciones suyas Primero disponía de bastante tiempo para olvidar que en principio existía nieve. Luego, cuando por fin una mañana Dios abría las puertas ante él y Primero, con una alegría desenfrenada, se lanzaba fuera, hallaba, sorprendido, la nieve que había aparecido como por arte de magia y había convertido el mundo en un lugar desconocido. Además de ser blanda y fría, la nieve olía de un modo insólito y sabía a agua. Primero adoraba revolcarse en ella y comerla. En tales momentos, Dios también estaba de buen humor y no reprendía a Primero, sino que le hablaba benévolamente y se regocijaba junto con él.

Además, el mundo estaba lleno de dioses, pero ninguno de ellos era Dios. Primero ni siquiera pensaba en ellos como en dioses, pese a que se parecían mucho más a Dios que a Primero. Los dioses eran muy diversos, grandes y pequeños, de sexo masculino y femenino y, en efecto, infinitos. Primero no tenía especial miedo de ellos, pero a veces ocurría que algún dios se asustaba de él, aunque la mayoría se mostraba bien dispuesta o simplemente indiferente hacia su presencia. Incluso le gustaban algunos y les tenía cariño, pero esos sentimientos suyos de ningún modo se podían comparar con lo que experimentaba hacia Dios.

Primero vivía así con Dios desde el mismo origen. Su mayor temor era que algún día Dios pudiera desaparecer para no volver más. Ante esta idea, el corazón de Primero se encogía alarmado. Y aunque siempre sabía si Dios estaba cerca o lejos, la alarma raras veces lo abandonaba por completo. No es que no le creyera, pero siempre tenía algo entre ceja y ceja.

A veces, cuando Dios no estaba, Primero se ponía a reordenar el mundo a su manera. Trabajaba asidua y ansiosamente. Derrumbaba y trasladaba, escondía y exponía. En su opinión, el mundo tal y como

lo había ordenado Dios no era tan interesante y práctico como podía ser. Por eso, Primero se afanaba en demostrarle cómo, con un poco de esfuerzo, este mismo mundo podía mejorarse. Dios, no obstante, raramente quedaba satisfecho de las ideas de Primero. Muy al contrario, a menudo se ponía furioso, y Primero tenía que quedarse quieto hasta que a Dios se le pasara. Pero a pesar de eso, no se cansaba de experimentar. Estaba seguro de que tarde o temprano Dios llegaría a entenderle y a recompensarle.

A diferencia de Dios, que no le entendía muy bien, Primero siempre entendía a Dios, incluso cuando simulaba no entenderle del todo. Cuando Él le decía: «¡Ve allí!», Primero iba al lugar señalado. Cuando Él le decía: «Traeme no-sé-qué-cosa», Primero llevaba lo pedido. En tales momentos, Dios no se ahorraba las alabanzas y Primero se llenaba de una dicha indecible. Por lo general, aprovechaba la ocasión para solicitarle a Dios algo precioso, un bocado de pan o un pedazo de carne, o cualquier otra cosa que Él decidiera, siempre según su voluntad. Dios, por su parte, se alegraba al ver el entusiasmo con que sus dones eran invariablemente recibidos. Y Primero, al sentir su alegría, volvía a dirigirse a Él solicitando más, no por sí mismo, sino para hacer que la satisfacción de Dios no se agotara. Eso se repetía hasta que Dios se hartaba y reprendía a Primero por su voracidad inconmensurable. Y Primero se sentía de nuevo incomprendido.

Una vez, Dios tiró algo al lago y Primero, sin ni siquiera esperar a que Él se lo ordenara, se arrojó al agua, lo encontró, llegó nadando a la orilla y, mojado como estaba, lo colocó a los pies de Dios. Dios le elogió, e, incluso, antes de que Primero hubiera vuelto en sí, volvió a soltar el objeto en el lago. Primero se arrojó de nuevo al agua, lo encontró y lo colocó a los pies de Dios, y Dios le elogió. Primero estaba a punto de tumbarse al sol para secarse bien cuando Él, por tercera vez, volvió a tirarlo y Primero tuvo que buscarlo. Eso se repitió muchas más veces. Primero sospechaba que para Dios era un juego y por eso intentaba mostrarse feliz y asiduo y jugarlo según sus reglas. Y a lo mejor era, de hecho, un juego, porque en caso contrario Primero tendría que llegar a pensar que Dios era tan torpe que soltaba constantemente el objeto en el lago por no poder retenerlo en su mano ni un instante. Y Primero no tenía ni la más mínima gana de creer en tal suposición. Sin embargo, y a pesar de eso, acabó cansándose mucho y al final se tumbó en la orilla, negándose a buscarlo. Estaba dispuesto a soportar su

ira por muy terrible que fuera. No obstante, esta vez, en contra de las expectativas, Dios no se enfadó. Simplemente se encogió de hombros y se sentó junto a Primero con la mirada fija en la orilla lejana del lago.

Luego, un día ocurrió lo más terrible: Dios desapareció sin aparecer más. Por más que Primero lo esperara, por más que intentara divisarlo con la mirada y por más que aguzara el oído, por más alarmantes que fueran sus sueños y por más vaga que fuese la esperanza con que se despertaba de ellos, Dios no volvía. Primero cayó en la desesperación. Dejó de comer y entre los demoledores asaltos de tristeza se puso a pensar qué hacer. Ni por un momento se le pasó por la cabeza que Dios pudiera haberle abandonado: Primero sabía que eso era imposible. Era más probable que Él se hubiera perdido y no pudiera encontrar el camino de regreso o que le hubiera pasado algo malo, tan malo que Primero ni siquiera osaba imaginar qué. Por eso decidió que su deber era ir a buscar a Dios.

Al principio, Primero vagaba por las calles sin rumbo. Recordaba con claridad todos los lugares a los que Dios le había llevado a menudo, así que los recorrió uno a uno, pero de Él no había ni rastro. La tristeza volvió a invadirle, pero Primero no se dejó vencer. Seguía sintiendo la presencia de Dios, aunque de manera lejana e indefinida. Primero se puso en camino tras ella prestando atención para no desviarse. Dios estaba en alguna parte y él, tarde o temprano, iba a encontrarle y a salvarle.

El viaje de Primero fue largo y agotador. Se extenuó hasta volverse irreconocible. El cansancio se apoderó de todo su cuerpo y ya no lo abandonó. Hallaba muy poca comida. Para colmo, constató que el mundo era mucho más grande de lo que había creído. Se extendía por todas partes y no conducía a ningún lugar determinado. Adondequiera que llegara Primero, el mundo no terminaba. Además, estaba lleno de peligros que no siempre podía prever. Ahora que Dios había desaparecido, Primero tenía que vencerlos solo. A veces no lo lograba. Entonces, simplemente huía y se escondía.

Por fin, tras miles de peripecias, Primero llegó a encontrar a Dios. Cuando apareció ante Él, Dios se asombró muchísimo. «¡Roger!» dijo Él, y Primero se dio cuenta de que Dios no le había olvidado y le hablaba a él. Primero también le habló y, en medio de la excitación y el regocijo por haberle encontrado, le preguntó varias veces: «¿Dónde estabas? ¿Por qué desapareciste?». Dios no le respondió, pero tampoco

le reprendió por el inusual volumen de su voz. Quizá porque la voz de Primero había cambiado y ya no era tan fuerte. Dios le escuchó pacientemente, le dio de comer y beber y le colocó a su lado. Desde aquel día, Dios y Primero volvieron a ser inseparables.

No sólo la voz de Primero había cambiado. Todo su ser era el mismo y a la vez no lo era. Su sueño no era tan profundo como antes. El cansancio lo vencía con más facilidad. Ahora prefería estar tumbado en algún lugar y observar a su alrededor. Por supuesto, tenía la mirada fija sobre todo en Dios. Dios seguía desapareciendo y apareciendo cuando le apetecía, pero Primero ya no tenía tanto miedo. Sabía que Él no podía escapársele. El mundo era realmente enorme, pero no tan grande como para que Primero no lograra atravesarlo para encontrar a Dios.

Primero no sabía qué era el tiempo, sólo lo sentía. El tiempo era una parte inseparable de él, así que no era necesario prestarle ninguna atención. Notaba los cambios, pero no sospechaba de dónde venían ni adónde iban. Su debilidad se hacía cada vez más evidente y cuanto más decaía Primero, más preocupado y amable se volvía Dios. A los ojos de Primero, Él no había cambiado en absoluto. Era el mismo Dios, único y eterno.

La noche en que Primero murió, Dios se sentó junto a él y le colocó la cabeza en su regazo. Primero se alegró mucho, pero estaba tan débil que no pudo demostrarle a Dios lo mucho que se alegraba. Desde luego, Primero no sabía que se estaba muriendo, aunque suponía que se avecinaba algún cambio radical. En su largo camino en busca de Dios, más de una vez había visto animales muertos y recordaba con claridad la fuerza de lo no vivo que se desprendía de ellos. Primero se había detenido ante cada uno de los animales muertos, se había agachado junto a ellos y había meditado sobre cómo era posible que algo que había estado vivo ya no lo estuviera. Pero como tenía prisa, había seguido adelante sin hallar respuesta.

Primero agonizó lentamente, durante toda la noche, hasta la mañana. Dios no se separó de él ni por un momento. Primero se iba cada vez más lejos y aunque esta vez viajaba absolutamente solo, no tenía miedo. Sabía que Dios no podía acompañarle y no estaba enfadado con Él. Dios estaba sentado en silencio, aún con la cabeza de Primero en su regazo. De vez en cuando, le decía algo, pero Primero ya no podía oírle.

No vio las lágrimas de Dios cuando éstas corrieron por su cara. Si las hubiera visto, seguramente se habría extrañado muchísimo. Primero no se imaginaba que de los ojos de Dios pudiera manar agua, y además salada. Pero Dios sabía hacer muchas cosas que asombraban a Primero.

Por la mañana, Dios ya no era Dios porque Primero ya no estaba. Por más que lo abrazaba y pasaba la cara por su piel, Primero se había ido definitivamente. Dios, que ya no era ningún Dios, sentía cómo el cuerpo de Primero se iba enfriando rápidamente en sus brazos, y se puso a pensar en dónde enterrarlo.

Desde entonces, pasó mucho tiempo y Dios, que hacía mucho que ya no era ningún Dios, sentía a todas horas la ausencia de Primero. Estaba solo, tenía la necesidad de ser amado tal y como lo había amado Primero. El vacío en él no se cerraba y resonaba sordamente, cuando hasta sus oídos llegaba por azar el ladrido de un perro. Pero quizá había algo más. Quizá le había gustado ser el Dios de alguien y, a pesar de la tristeza que sentía por Primero, tenía ganas de intentarlo de nuevo. Mas quizá había una tercera posibilidad: quizá él fuese de verdad tan solitario y torpe que necesitaba que, cada vez que tirara algo al lago, alguien se arrojara al agua y se lo llevara. Fuese cual fuese la verdad, Dios, que hacía mucho tiempo que ya no era ningún Dios, sólo veía una salida. Vaciló un poco, ya que seguía sintiendo pena por Primero, y por fin se decidió. Así, en su vida apareció Segundo ✖

Traducción del búlgaro de Teodora Tzankova.

Una taza de té verde

Kallia Papadaki

Hierve el agua para el té en un cazo. La cocina es relativamente nueva, de última tecnología, con vitrocerámica. Le han comprado un hervidor eléctrico, pero no lo usa, no se fía. Hay casas en llamas, inquilinos quemados vivos. Retira el cazo del fuego antes de que hierva el agua. Han pasado veinte años y, sin embargo, parece que fue ayer. El pasado se cuela en los pequeños y acostumbrados movimientos de sus manos, en los hábitos, en una taza de té verde.

Debían volar a Nueva York a la mañana siguiente. Tenía dos lavadoras puestas, la ropa se estaba secando en el tendedero, ponía la casa en orden. Por la tarde, ella y Stéfanos habían quedado para ver a una pareja de amigos que vivían en París y que no se veían desde hacía más de un año. Sus hijos habían salido en el vuelo de la mañana. El mayor volvía en segundo año a la Universidad de Boston, el mediano tenía a su novia esperándolo, el pequeño se quejaba porque quería quedarse con ellos. No consiguieron billete en su vuelo, estaba lleno, lo metieron en el avión con sus hermanos.

Busca la caja de sobres en el armario de los alimentos envasados. No está en su sitio habitual, con las especias y el café. Por un momento está perdida, sus ojos recorren las estanterías, la encimera de la cocina, la mesa, siente una punzada en el corazón; sus certezas se desmoronan. Aquella tarde, Stéfanos tenía una cita importante con un colega en Kifisiá. Charlaban sobre las perspectivas de una apertura en el mercado del noreste de Europa. Era principios de septiembre, llovía a ratos y salió a recoger la ropa. Con las prisas, tropezó y se torció el tobillo. El dolor era insoportable, apretó los dientes, no prestó atención,

(Didimótico, Grecia, 1978). Su libro más reciente es *Roots of Cotton* (Nefeli Publishers, 2022).

era muy fuerte. Abre el congelador, más por curiosidad, quizás incluso por incredulidad, junto a la carne y los guisantes congelados, encuentra la caja de sobres verde.

Incluso hoy, tantos años después, no recuerda si llamó primero el teléfono fijo o vio la mala noticia en el diario de la noche. Stéfanos insistió en que la llamó al móvil, pero ya no está con ella para confirmarlo. Rara vez veía la televisión, prefería la radio y el cine. Pero aquella tarde de septiembre sintió un malestar que le revolvió el estómago, la dejó sin aliento. Viajaban a la mañana siguiente, la lluvia no amainaba, la ropa no se secaba, no había hecho la maleta. Encendió la televisión porque no sabía qué hacer, no tenía nada que hacer. Tuvo que esperar. El agua del cazo ya se había enfriado. Encendió el fuego para volver a calentar el agua. Doscientos veintinueve muertos. ¿O eran doscientos veintitrés? El aparato cayó mar adentro en el Atlántico. A medio camino. Y entre ellos, sus tres hijos; Stratos de veintipocos años, Miguel que no llegaba a los quince y Vasilis de ocho. No guardó ni una sola foto de ellos, no podía, después se arrepintió. Le quedan los titulares de los periódicos.

No quiere pensar, y, cuanto más no quiere, más llegan a su mente, llaman a su ventana, tiran guijarros, arañan las puertas, pisotean los suelos de madera, rompen las mosquiteras, embarran el mosaico de la cocina, su casa es un campo de batalla lleno de trampas. Stéfanos se dio cuenta en un año y si vivían, vivirían separados. No la soportaba, sus hijos tenían su cara, ella era insoportable para él. Ya no le guardaba rencor. Cuando los echaba de menos se pasaba horas mirando su cara en el espejo, les hablaba y, si tenía suerte, le contestaban. Sólo el menor no la perdona, todos estos años después sigue reprochándola. Pone el sobre en la taza blanca que está ligeramente amarillenta por dentro. Vierte el agua que hierve, quema de más. Aquel septiembre habría cumplido cuarenta y ocho años. No lo parecía, parecía más joven. Estaba contenta.

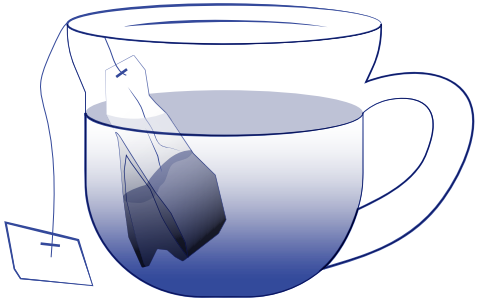
Los primeros cuarenta y ocho años de su vida fueron despreocupados, sin muertes repentinas, sus padres vivían, su hermana hacía carrera en el Banco Europeo y acababa de conocer a Christian, sus hijos crecían muy bien en un apartamento de una planta en el este de Manhattan, sus finanzas estaban en alza. No tenían necesidad de grandes pasiones ni de excesivas emociones, sólo en un momento de locura habían comprado aquel verano la casa de campo de dos plantas

en Patmos y habían hecho planes para los veranos en que sus hijos llevarían a sus nietos a Grecia. Se olvidó y dejó el sobre en el agua una hora más. Ella lo probó, le calentó la boca, la punta de la lengua; así pasaron los siguientes veinte años, en un abrir y cerrar de ojos. Stéfanos la abandonó, sus padres murieron con cerca de noventa años, su hermana se divorció de Christian y se instaló definitivamente en Frankfurt, vendieron la casa de Patmos que se caía a pedazos y ella se jubiló.

Toma su té en la cocina a sorbos lentos. Sus sobrinos la convencieron de renovar el apartamento, ella no quería, al final les dio el gusto para que no se enfadaran las dos veces que la visitan al año. Como si la tristeza sólo residiera en los objetos viejos y carcomidos. Ahora vive en una casa vieja que parece nueva y no le recuerda a nada. Se ha quedado sin miel y no quiere echar azúcar. Toma dos sorbos más. A Stéfanos nunca le ha gustado el té; ni siquiera cuando estaba enfermo. Mira por la ventana. Las nubes se acumulan en el cielo. Le duelen las articulaciones, le molesta el tobillo, incluso los huesos tienen memoria.

Stéfanos consiguió rehacer su vida en Estados Unidos, criando a dos hijas rubias en California. Ella nunca regresó, no pudo, se convirtió en la madre de sus padres. Stéfanos se quedó con su apartamento en Manhattan y ella con su casa en Nea Erithrea. Al menos aquí, en la casa paterna, habita con los fantasmas de sus padres; con el fantasma de sí misma, lo que queda de ella. Empieza a llover. Es un chaparrón, ya pasará. Queda un sorbo más. Es el último y el más amargo ✖

Traducción del griego de Panagiota Papadopoulou.



Nathalie Ronvaux

Mi tierra

penetra en los secretos
y los abismos del olvido

Crea
como puede
como le parece

Ni bien
ni mal

Frustra
a los repartidores de ilusiones
y sus ¡tú sigue durmiendo!

Bebe
como puede
como le place

Ni bien
ni mal

Reúne
estatuillas
de confesiones de papel

Ama
como puede
como le parece
Ni bien

Ni mal.

Ma terre / pénètre les secrets / et les gouffres de l'oubli // Elle crée / comme elle peut / comme elle l'entend // Ni bien / ni mal // Elle contrarie / les livreurs d'illusions / et leur dors-toujours! // Elle s'abreuve / comme elle peut / comme elle l'entend // Ni bien / ni mal // Elle assemble / des statuettes / de confessions en papier // Elle aime / comme elle peut / comme elle l'entend / Ni bien / Ni mal.

(Luxemburgo, 1977). En 2013 ganó el primer premio del Concurso Nacional de Literatura de Luxemburgo por su obra *La Vérité m'appartient* (Hidre Éditions, 2014).

Las temporadas están sujetas a tasa

Impuestos y abandono
de espíritus
de matices
de sentido devengado

Visiones borrosas
precipitan cuerpos de almas

Cuerpos precipitados de almas
Cuerpos
caracteres autónomos
en las encogidas fosas
de los recaudadores

Y los unánimes
dicen a los cuerpos
que ya no miren
dicen a los cuerpos
que miren
en el iris
de los ojos
difuminados

Reliquias
invernales

Las pieles de sus palabras desalojadas
se hacen fragmentos
se hacen fragmentos secuestrados

Les saisons sont frappées de cens

Redevances et abandon / des esprits / des nuances / des sens pour le cens // Les visions floutées / précipitent des corps d'âmes // Précipitent des corps d'âmes / *Corps* / *caractères autonomes* / dans les fosses rétrécies / des censeurs // Et les unanimes / disent aux corps / de ne plus voir / disent aux corps / de regarder / dans l'iris / des yeux / floutés // Reliques / hivernales // Les peaux de leurs mots délogés / deviennent fragments / deviennent fragments

Y los ojos difuminados
Mirada unánime
reducen las pieles
Cuerpos exóticos
singulares
al silencio

Desmiembran
las inflexiones

Cuelgan los jirones
de colores
de espíritu y de sentido
en tendederos sin ropa

Pelotón aéreo

Palabras
pinzadas

Las pieles
desgarradas de sus palabras
Sábanas de cuerpos de alma vaciados
observan los orígenes
espían a los unánimes

En la superficie de los globos
los vientos y epitafios
se alzan
Abordando
diámetros
infinitos

séquestrés // Et les yeux floutés / *Regard unanime* / réduisent les peaux / *Corps exotiques* / *singuliers* / au silence // Ils démembrent / les inflexions // Suspendent les lambeaux / de couleurs / d'esprit et de sens / à des cordes sans linge // Peloton aérien // Paroles / clampées // Les peaux / déchirées de leurs mots / *Draps de corps d'âmes évidés* / observent les origines / épient les unanimes // À la surface des globes / les vents et épitaphes / se lèvent / Empruntent / les diamètres / infinis // S'incarnent / blizzard / Crachats / de

Se encarnan
ventisca
Granizo
escupido

Fustigados
los cuerpos de palabras
exhiben al viento
siluetas
Sábanas fantasmas
Irreales navíos

Y los difuminados
unánimes
gritan que se hiendan las aguas
gritan a la carne de las palabras
que ya no miren
gritan a las palabras
a las palabras sin carne
que sean el iris
de los ojos difuminados

En lo tendederos sin ropa
Suspiros
suspiran
las lenguas cortadas

Y en la fosas
En la fosas
encogidas
En las fosas
encogidas
de los estrechos

grésil // Fustigés / les corps de mots / arborent aux vents / des silhouettes / *Draps fantômes* / navires irréels // Et les floutés / *unanimes* / crient à fendre les flots / crient aux chairs des mots / de ne plus voir / crient aux mots / aux mots sans chair / d'être l'iris / des yeux floutés // À des cordes sans linge / *Soupirs* / soupirent / les langues tranchées // Et dans les fosses / Dans les fosses

Estalactitas
pinzadas

Palabras
invernales

Puestas insalubres
de matices
a silencios.

Cuando
nuestros ojos encuentran
la blancura de los bocetos

Cuando
sólo los niños
entienden nuestras fugas

Cuando nuestro descaro
nos muerde los labios hasta sangrar

y nuestros hombros
son badenes
que ralentizan el tiempo

Entonces
viajamos
sobre la tierra
de los trituradores de luz.

/ rétrécies / Dans les fosses / rétrécies / des étroits // *Stalactites* / *clampées* // Paroles / hivernales // Mises insalubres / des nuances / à silence.

Quand / nos yeux retrouvent / la blancheur des ébauches // Quand / seuls les enfants / comprennent nos fugues // Quand nos impudences / mordent vos lèvres jusqu'au sang // et que nos épaules / sont des dos d'âne / qui ralentissent le temps // Alors / nous voyageons / sur la terre / des croqueurs de lumière.

Para acampar en la espalda de los porteadores del recogimiento

los receptáculos sonoros huyen de los reflejos coagulados de los vientos locuaces
se arrojan a las hendiduras talladas por el silencio
se aferran a las venas que absorben ahogadas e imperecederas risas
Se agarran a las lustrosas clorofilas.

En los lugares paralelos a los lugares poblados

los rebordes carentes de vida sonora se convierten en
tubérculos receptivos a la vibración de
las luces que atraviesan
la tinta de una corona de hojas
el dorado de la torrija
el crepitar de la glotis que se callaron

¿De cuántos pliegues está hecho el silencio antes de pasar a la zona de sombra?

Pour camper sur le dos des porteurs du recueillement / les réceptacles sonores échappent aux reflets coagulés des vents loquaces / se jettent dans les entailles creusées par le silence / se cramponnent aux veines qui absorbent d'impérissables gloussements / Ils s'agrippent aux chlorophylles luisantes.

Dans les lieux parallèles aux lieux peuplés / les ourlets dépourvus de vie sonore deviennent tubercules réceptifs aux vibrations des / lumières qui traversent / l'encre d'une couronne de feuilles / le toast doré d'un pain perdu / le crépitement des glottes qui se sont tues // Avant sa mise à l'ombre de combien de plis le silence est-il fait?

Eso es, los ojos se cierran

Descanso temporal apretado bajo los párpados de una ciudad
Una ciudad cuyas voces en movimiento clavan la quietud, los amores, las intimidades, los piensa en mí, en un asfalto prelluvioso
un asfalto con los tímpanos perforados por los mordiscos de los tacones a horcajadas
de nombres de historias desposeídas
Eso es, los párpados se niegan
Se niegan
a las zancadas
niebla de pasos cautivos.

Entre los sucesivos sonidos

un latido desnudo de bajeles inesperados
Lugar a contratiempo
Oscilación inerte en posición de equilibrio.

Voilà, les yeux se ferment / Repos temporaire tassé sous les paupières d'une ville / Ville dont les voix en mouvement clouent la quiétude les amours les intimes les pense-à-moi sur un bitume d'avant-pluie / bitume au tympan perforé troué par les morsures des talons qui chevauchent / des noms des histoires dépossédés / Voilà, les paupières se refusent / Se refusent / aux foulées / brouillard de pas captifs.

Entre les sons successifs / un battement dénudé de vaisseaux infatigables / Lieu à contretemps / oscillation inerte en position d'équilibre.

De un lado al otro

los tentáculos pueblan el cruce de los mundos
Al alba voces atónitas
de hostiles prolongaciones trazan las madrigueras de bronquios
aterrorizados.

En las magulladuras

las manos enterradoras tejen cercados
filamentos
de sabia afónica.

Cuando Dios

llame a mi puerta
mi casa
se derrumbará

Los amigos tienen llaves de repuesto.

Versiones del francés de J. M. Lacruz.

De part en part / les tentacules peuplent le croisement des mondes / À l'aube des voix abasourdies / d'hostiles prolongements tracent les terriers des bronches épouvantées.

Dans les meurtrissures / les mains fossoyeuses tissent des enclos / filaments / de sèves aphones.

Lorsque Dieu / frappera à ma porte / ma maison / s'écroulera // Les amis possèdent un double des clefs.

Celia
[fragmento]
Berta Dávila

Aunque todas las demás teníamos catorce o quince años, Celia ya había cumplido dieciséis y repetía un curso. Había llegado a nuestras vidas en septiembre. Esas dos circunstancias la convertían en una extraña, pero también en una autoridad. Allí, sobre la rampa, una tarde de primavera, nos contó que había conocido a un tipo por internet y que ahora era su novio, y lo primero que pensé fue que a mí aún no me había bajado la regla, como si esas dos cosas, tener novio y tener la regla, estuviesen relacionadas igual que una semilla y su árbol.

Tumbadas al sol, antes de las clases de la tarde, el tiempo se dilataba como el asfalto de la carretera general que pasaba a apenas doscientos metros de distancia del patio del colegio. La espera es ese lugar en el que caben cosas infinitas porque, cuando una está esperando algo, no siente la urgencia de hacer nada. En ese momento de cada jornada permanecíamos en calma tensa, acomodadas unas al lado de las otras, observándonos, compartiendo a veces deseos sobre el futuro, tratando de adivinar cómo sería todo lo que estaba por llegar, como si la vida fuese algo que todavía no había ocurrido.

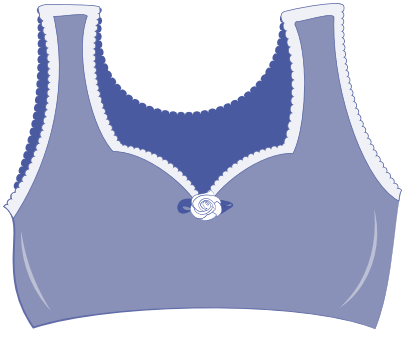
Celia no hablaba mucho de sí misma y, si lo hacía, parecía reservarse lo importante. Había vivido en ciudades grandes, al menos dos, a las que se refería con desapego, como si fuese una experiencia común. Creo que esa era su manera de hablar de todo y, aunque entonces a mí no me daba la impresión de que lo hiciese para que admirásemos su sofisticación, probablemente fuese así. Pronunciaba mal algunas letras. Arrastraba la lengua hasta la parte de atrás de los dientes cada vez que tenía que decir la ce de su nombre y el resultado,

(La Coruña, España, 1987). Éste es un capítulo de su novela más reciente, *Os seres queridos* (Xerais, 2022; Destino, 2022).

en mis oídos, sonaba muy refinado. Me recordaba un poco a las protagonistas de las telenovelas venezolanas. Cada vez que la escuchaba, me fijaba en aquellas ces.

Yo no consideraba a Celia guapa en especial, pero lo era. Me gustaba, eso sí, su pelo rubio y enredado y las caracolas que se le formaban sobre la frente. También sus ojos grises, que le conferían una expresión inteligente. Sus pechos y sus caderas tenían formas que la hacían parecer mayor que yo y mayor que las demás. Me intimidaban igual que los cambios en mi cuerpo. A la vuelta de las vacaciones, el profesor de matemáticas me había dicho, sin venir a cuento, que me faltaba un verano para convertirme en una mujer. Me pareció algo espantoso: una promesa de cambio indeseada. Y algo más. Me pareció que aquellas palabras en la boca del profesor de matemáticas eran restos de pasta de dientes en la lengua que una tiene que tragar con desagrado y sin darles importancia, a pesar de sentir asco.

Algún tiempo antes, mi madre me había llevado al ginecólogo por primera vez. El ginecólogo era el mismo médico que me había traído al mundo, un hombre amable de quien no recuerdo nada más. Le dijo a mi madre que, a mi edad, debía comprarme sujetadores para que el pecho no creciese deformado, y mi madre me compró algunos en una mercería del barrio. No eran como los que llevaba Celia, con tirantes estrechos que se le adivinaban sobre los hombros. Parecían iguales a las camisetas interiores que yo había llevado siempre, piezas enteras que me ponía por la cabeza, sólo que cortadas por encima del ombligo. Todos mis sujetadores eran blancos y de algodón, con una leve forma de corazón a modo de escote y una florecita de satén en el centro o sobre la goma del contorno. Los detestaba tanto que solía esconderlos en el fondo del armario, junto a las sábanas de muñecos de mi cama de niña.



Una tarde, de camino a la fuente del patio de atrás del colegio, nosotras dos solas, Celia me dijo que mi manera de vestir disimulaba el verdadero potencial que yo tenía. Se refirió así a mi cuerpo, como algo potencial, como si el cuerpo infantil no fuese aún nada, excepto todo aquello que, a lo mejor, podía llegar a ser. Me preguntó si era buena guardando secretos, y yo lo interpreté como una prueba de que se interesaba por mí y quería que fuésemos amigas.

Mientras caminábamos, censuró mis pantalones deportivos y mi camiseta y me detalló el tipo de ropa que debía ponerme para ser como ella. Los pantalones de campana alargaban las piernas y creaban la ilusión de una silueta en forma de reloj de arena. Las botas de plataforma, cubiertas por el bajo del pantalón, harían que ganase los centímetros que me faltaban para parecer una chica alta. Un top, necesariamente corto, que dejase ver parte del abdomen y con el escote en forma de pico —y esto me lo dijo cogiéndome del brazo— completaría el conjunto perfecto.

En el conjunto perfecto pensaba yo mientras ponía las manos en forma de cuenco para beber. Celia lo había hecho antes, directamente de la fuente, recogiéndose la coleta y aproximando peligrosamente el labio al grifo metálico, contra el que tropezó uno de sus pendientes de aro. Cuando las dos acabamos de beber sacó del bolsillo del pantalón vaquero un panfleto de color violeta que le habían dado en el centro de salud y me mostró una cajita blanca de píldoras redondas y amarillas: «Son para no quedarse», dijo. Debí de mirarla como si fuese un fantasma. «Embarazada, ya sabes», añadió. Dos galaxias en colisión no producirían un choque tan violento como mi mundo contra el suyo.

Celia tenía un cerco de salsa de tomate alrededor de la boca, oscura. Oscura la boca y oscura la salsa de tomate. Su manera de comer espaguetis en el comedor escolar era asombrosa, sin envolverlos con el tenedor, sólo capturándolos en el plato para llevárselos a la boca de cualquier forma y después sorber cada uno de principio a fin. Por eso alrededor de su boca se formaba un cerco, que ella limpiaba más tarde con un pañuelo de papel, nunca del todo. Y durante las clases de la tarde permanecía en su rostro. Así la recuerdo en aquel momento preciso. Parecían marcas de pintalabios.

Se decían todo tipo de cosas sobre Celia. Se decía, por ejemplo, que Celia era un poco esa palabra con pe que termina en a —siempre

he tenido amigas cursis—, que se veía con un tipo mayor que ella, que iba con él en su coche al aparcamiento de la piscina municipal por las noches, que usaba maquillaje porque en realidad era fea, que su madre o que su padre —dependía de la versión— estaban muertos, que la habían encontrado vomitando en el cuarto de baño del gimnasio y que eso era una señal inequívoca de que estaba preñada. Nunca supe si alguna de esas cosas que se decían era verdad. El día que terminaban las clases me dio una bolsa pequeña que llevaba dentro un trozo de tela púrpura y brillante. Era un top de licra, corto, con escote en forma de pico, sin etiqueta: «Es un regalo, para que te lo pongas», me dijo. Y también me guiñó un ojo. Yo nunca antes había tenido un top. Nunca antes, a ninguna otra blusa o camiseta, le había llamado así.

Lo cierto es que después de aquel curso nunca volví a saber de ella y que alguien me contó que tuvo un hijo al poco tiempo, y me juró que la había visto por la calle con el bebé en brazos. Me dijeron también que se había marchado a Tenerife a trabajar en un hotel, pero nunca fui capaz de confirmarlo. No consigo explicarme por qué el recuerdo de Celia regresa a mí en los momentos oscuros, como una flor que surge en un lugar extraño, sin que exista ninguna relación entre la causa de mi oscuridad y lo que ella representa, que es luminoso. No comprendo qué es lo que la trae a mí de vuelta únicamente en esas ocasiones y por qué la olvido en todas las demás.

Durante los últimos años la he buscado muchas veces, por su nombre y por el apellido que recuerdo, aunque no estoy segura de recordarlo bien. Quiero saber más sobre ella, sobre todo si ese niño que me dijeron que tuvo existe o no. Si existe, calculo que ahora tendrá catorce o quince años, los mismos que tenía yo cuando conocí a Celia. Les pregunto por ella en ocasiones a algunas amigas de aquella época, pero para ninguna significa casi nada. A veces veo a una mujer que se le parece en la calle, en el dentista o en los informativos, en un plano de una avenida concurrida el primer día de rebajas o en una secuencia de imágenes que se repiten en bucle con personas que caminan de un lado a otro después de un atentado en una ciudad europea.

El fin de semana que pasó entre mi primera consulta en la clínica y la fecha marcada para someterme a un aborto quirúrgico fui a casa de mi madre. No le hablé del aborto aquellos días, pero le pregunté por Celia de manera más insistente que otras veces. De cualquier forma, no me

dijo casi nada nuevo. Que era bonita —comentó—, que tenía los ojos grises, peculiares —creía—, que era distinta a todas nosotras. Que le parecía recordar que alguien le había contado alguna vez que Celia trabajaba ahora en un bar de la ciudad que se llamaba igual que un lugar de Norteamérica, a lo mejor Texas, a lo mejor Alabama, pero que había pasado tanto tiempo de eso que, tal vez, ni siquiera recordase bien. «Quién sabe lo que ha sido de ella», dijo finalmente, y cambió de tema.

Se me ocurrió revisar el armario de mi antigua habitación. Quedaban pocas de mis cosas de adolescente, me he ido desprendiendo de ellas con el paso del tiempo, pero en la parte alta, dentro de una caja —sabía que no me había querido deshacer de él— encontré aquel top púrpura que Celia me había regalado, cubierto, eso sí, de una película verde y mohosa de humedad. Imaginé su cuerpo dentro de la prenda, la imaginé hablando de cualquier tema y pronunciando sus ces extrañas y seductoras. La imaginé también a ella cubierta de una capa de olvido que casi se podía palpar, igual que el moho sobre la tela.

Estaban allí también mis diarios infantiles y otros cuadernos escolares. Mi amiga Mónica me había sugerido poco antes, cuando le conté que había concertado una cita para abortar, que podía escribir, de alguna manera, sobre las sensaciones que estaba experimentando. Mis amigas, en concreto las que no escriben, parecen concederle a la escritura un poder sanador. Sin embargo, la escritura nunca repara nada, no cauteriza herida alguna y tampoco la abre decididamente. A lo mejor sólo trata de adivinarles el brillo propio.

La única escritura que me parece útil es hacer listas. Pensé en todos los partos que me habían contado alguna vez y anoté en la última hoja de uno de aquellos cuadernos el nombre de todas las madres que conocía, unas detrás de las otras, en vertical: mi abuela María, mamá, mis tías, Belinda, una víbora común, yo. Y Celia. El punto de la i me quedó parecido a un acento y traté de corregirlo con el bolígrafo, agrandándole el diámetro hasta hacerlo grueso y circular, para que cubriese la marca inicial. Después taché la palabra entera y la escribí de nuevo: Celia ✖

Traducción del gallego de la autora.

Llanto por Michal Velisek

[fragmento]

La princesa

En la plaza de Carlos
A las cinco de la tarde
Pasea con unos libros y aire inocente
Pasea haciendo tiempo para un examen y nadie lo sabe
¿Cuánto tiempo tarda en elegir un banco a la vista del mundo,
sacar los apuntes y dar el último repaso?
(Qué nervios en la vida del estudiante,
el futuro tiene forma de número en una hoja de papel.)

La bestia

En la plaza de Carlos
A las cinco de la tarde
Pasea con un arma en el bolsillo y nadie lo sabe
Pasea con rabia en el pecho y nadie lo sabe
Pasea con odio en el costado y nadie lo sabe
¿Cuánto tiempo tarda en elegir una víctima,
en apuntar con el cañón a una niña que repasa su examen?
O te vienes conmigo o te meto una bala entre las costillas
(Qué difícil el rostro de la desesperación)
¿Qué siente ella cuando sabe que la vida descarrila y va
[a estrellarse?
Y el futuro ya no está escrito en una hoja de papel.

(Murcia, España 1969). Este fragmento es parte del poema *Llanto por la muerte de Michal Velisek*, que en 2016 fue finalista del premio internacional Jovellanos.

El caballero

En la plaza de Carlos
A las cinco de la tarde
Va a morir un hombre y nadie lo sabe
Pasea con afán de deshacer entuertos y nadie lo sabe
Va a rescatar a una princesa y nadie lo sabe
Porque no lleva armadura ni corcel
sino un cochecito de niño (de ruedas neumáticas y superplegable)
Pasea hablando a su hija como hizo ayer
como no hará mañana pero él no lo sabe.

La tragedia

En la plaza de Carlos
A las cinco de la tarde
El caballero pasa junto a un banco
en el que hay una víctima y un bellaco
¿Cuánto tiempo tarda en dejar el cochecito
y acercarse a salvar a la estudiante?
¿Y cómo se rescatan princesas en el siglo XXI?
Acercándose y llamando la atención del cobarde
Perdone que le interrumpa pero secuestrar no está bien visto
Recogiendo el odio y las balas destinadas a otro cuerpo

En la plaza de Carlos
A las cinco de la tarde
Hay una huérfana en un cochecito (todavía no lo sabe)
Y llora
Que alguien le explique que no existe el destino
Sólo las míseras casualidades.

El grito

Karmele Jaio

Escribo por las noches. Cuando mi marido y mis hijos duermen, enciendo el ordenador portátil en el salón, en un rincón donde he montado una especie de escritorio —los metros de mi piso no dan para una habitación propia—, y allí escribo. Pero antes de que llegue ese momento también estoy escribiendo, porque en las horas previas a que se acueste mi familia mi mente ya está pensando en lo que voy a crear por la noche. Así, escribiendo sin escribir, he tomado muchas decisiones estratégicas para mis obras. Hace dos años, por ejemplo, di con la clave de mi siguiente novela mientras enjabonaba la cabeza de mi hijo, de rodillas, junto a la bañera: decidí entonces que el protagonista tendría una pasión oculta, la pintura, que cambiaría su vida; y en más de una ocasión he decidido si matar o no a algún personaje al tiempo que preparaba la cena. Puedo decir que hay vidas en juego mientras bato huevos.

No vivo de escribir. Trabajo en la biblioteca del Museo de Bellas Artes, por lo que no es casualidad que en mi última novela haya tomado protagonismo la pasión por la pintura. La vida de quien escribe se cuela en sus ficciones como una lagartija entre las piedras.

No puedo decir que tenga un mal trabajo, no está mal pasar el día rodeada de libros de arte, sobre todo si amas la pintura, pero pasaría a gusto las ocho horas de mi jornada escribiendo, en lugar de tener que hacerlo por las noches.

Sin embargo, ha ocurrido algo en el último año que ha trastocado totalmente mi manera de crear, algo que me ha puesto difícil quedarme a solas por la noche en el salón para poder escribir.

Mi marido es un gran aficionado al fútbol. Bueno, no. Más que aficionado es creyente. Es un apasionado de su equipo, el Athletic de Bilbao, pero su pasión no se limita a un escudo o a los colores de una camiseta, porque vive

(Victoria-Gasteiz, España, 1970). Su libro más reciente es *No soy yo* (Destino, 2022).

y ama el fútbol en general, el fútbol en mayúsculas. Le gusta el fútbol como quien ama la pintura y le gusta Monet pero ello no le impide disfrutar con Cézanne, Zuloaga, Gal, Zumeta o Kahlo.

Pues eso le ocurre a mi marido. No pestañea viendo los partidos del Barcelona o del Bayern de Múnich, pero alimenta también su pasión viendo un partido del Eibar o del Lemoa; disfruta con los goles, los pases y los lanzamientos de falta de las estrellas del Real Madrid, Manchester United y Chelsea, pero también con un contraataque del Alavés o una parada del portero del Bermeo Fútbol Club, el equipo del pueblo de sus padres. Y qué decir de las selecciones nacionales. Cuando suenan los himnos y los jugadores se alinean y miran al infinito, le crece el cuello como si fuese uno de ellos. En los mundiales, sobra decirlo, me quedo sin marido.

Lo que nunca pensé es que el fútbol fuera a convertirse en el culpable de la transformación de mi manera de escribir, aunque, más que el propio deporte, los culpables han sido quienes han decidido que los partidos se pueden programar también los días de labor y en horario de noche. Desde que los partidos se juegan a la hora de irse a dormir, ya no me quedo sola en el salón por las noches. Ahora comparto mi reino nocturno con mi marido. Y no es lo mismo.

Durante un tiempo he sido incapaz de escribir una sola línea, e incluso por las noches he deseado que llegara la mañana siguiente para volver al trabajo. Por lo menos allí puedo alimentar mi inspiración con los libros de arte. Así, durante un tiempo me he dedicado a buscar escritos de pintores sobre sus obras, quizá con la intención de encontrar una pista para entender qué busco yo en la literatura o un aliciente que me anime a seguir.

Recuerdo haber leído a Edvard Munch contar que la inspiración para pintar la conocida obra *El grito* le llegó mientras presenciaba una puesta de sol en la que las nubes se pusieron tan rojas como la sangre. «Los colores gritaban», escribió el pintor recordando aquel momento.

«Los colores gritaban», leí en uno de aquellos libros.

Nuestro salón es grande, y el rincón en el que escribo está un poco apartado, de espaldas al televisor. Mi marido se pone los auriculares para no molestarme.

—Tú a lo tuyo, como si yo no estuviera —me dice mientras se prepara ansioso para ver el partido de turno.

Pero no se da cuenta de que oigo sus:

—Uyy...

Oigo sus:

—Ayy...

Oigo:

—No, hombre, no... Cómo va a ser eso falta...

Estoy convencida de que no se da cuenta. Sé que intenta no hacer ruido y que se muerde la lengua cuando marcan. No grita nunca gol. Pero es igual, porque sé cuándo meten gol. De repente, tras de mí siento una especie de hipo, un grito contenido que mueve unos milímetros los cuadros de la pared y un suspiro que se alarga. Y miro hacia atrás y veo a mi marido más estirado de lo normal: las piernas rectas, los ojos bien abiertos y los dedos separados unos de otros como si con las manos sujetara dos lámparas de araña. Aunque no abra la boca, su cuerpo grita gol sin que él se dé cuenta.

Desde que escribo mientras mi marido ve el fútbol, he pensado muchas veces que si consiguiera emocionar a alguien con mi escritura la mitad de lo que se emociona él viendo un partido, me daría por satisfecha. No creo que nunca nadie se haya puesto así leyendo mis libros. A veces me pregunto para qué escribo y para quién, y si mis palabras son realmente capaces de remover a alguien por dentro. Si no son capaces de emocionar más que un balón de fútbol rodando por el césped, me pregunto si merece la pena seguir escribiendo. Quizá por eso busco últimamente en los escritos de famosos pintores una razón, una pista que me permita seguir creyendo en el arte, en la creación.

La afición que mi marido siente por el fútbol no la siente por la literatura ni por lo que yo escribo, eso lo he tenido claro desde el primer libro que publiqué. Me lee, o, mejor dicho, comienza a leerme, pero sé que no termina mis libros. Cuando publico uno nuevo, lo toma entre sus manos con interés, me hace algún comentario sobre la portada, o sobre mi foto en la solapa, y me dice:

—Tiene buena pinta.

O les pregunta a los niños, señalando la foto en la solapa:

—A ver, chicos, ¿quién es ésta?

O tras leer el primer párrafo, me dice:

—Empieza bien, ¿no?

Pero yo sé que no va a pasar de la página diez. Noche tras noche, veo que el marcapáginas se ha quedado anclado en el mismo lugar.

Desde que comencé a escribir mientras mi marido ve el fútbol, hay una idea que ha llegado a obsesionarme. Miro a la pantalla, miro después a mi marido con los ojos pegados al televisor, y me pregunto una y otra vez qué tiene ese deporte que enciende pasiones. Y, lo más importante para mí, ¿es posible trasladar esa misma pasión a la literatura?

Así que, con esa pregunta en la cabeza, hace un año comencé a experimentar. Comencé a escribir mirando a mi marido mientras ve el fútbol

con sus auriculares, como intentando trasladar la pasión que inunda el aire del salón a la pantalla del ordenador, como si quisiera chuparle la sangre a la manera de un vampiro. Escribo unas líneas y miro a mi marido, escribo un párrafo y miro a mi marido, al igual que un pintor que mira al horizonte para inspirarse. Lo veo removerse en el sofá cuando están a punto de lanzar una falta peligrosa y pienso: «¿Cómo, con qué adjetivos, con qué historia, puedo conseguir que a un lector le tiemble el labio inferior de emoción al igual que le ocurre a mi marido segundos antes del disparo?».

Pero en los últimos meses ha ocurrido algo sorprendente. Me he dado cuenta de que mirar a mi marido emocionado —nunca me había fijado en que se emocionara tanto— me inspira para escribir. Desde que escribo mirando a mi marido mientras ve el fútbol escribo mejor, escribo con más pasión, las letras parecen fijarse con uñas a la página en blanco, las palabras parece que muerden cuando las lees. Y los párrafos nacen uno detrás de otro, sin parar, hasta que he conseguido terminar la novela en la que estaba atascada desde hacía dos años. Mirar a mi marido emocionado viendo el fútbol ha soltado un nudo que desde hace tiempo tenía dentro, y, por fin, el protagonista de mi novela se rebela y lo deja todo para dedicarse a lo que realmente le apasiona, la pintura. Y llora al terminar sus cuadros, de emoción y de satisfacción; llora de gozo, sintiendo que la sangre corre por sus venas otra vez. Lo escribo todo sin pausa, como un río que fluye sin parar.

Cuando mi editor terminó de leer el original me llamó para decirme que nada de lo que había escrito antes le había impactado y emocionado tanto, había algo magnético en aquellas palabras, en aquellas frases.

Desde que la novela se publicó hace un mes, las críticas publicadas han coincidido en destacar la emoción por encima de todo. Recibo *mails* emocionados de lectores, muchos de ellos me agradecen que haya escrito la novela porque los ha animado a desatar su auténtica pasión: hay quien ha encontrado la valentía para empezar a escribir o para empezar a estudiar lo que siempre quiso, hay quien ha conseguido destapar la atracción que siente por las personas de su mismo sexo. Confiesan que la novela les ha dado el impulso que necesitaban para liberar sus pasiones e intentar hacerlas realidad.

Pero no sólo en los lectores. La novela también ha tenido efectos inesperados en mi marido. Hace tiempo que ha pasado de la página diez, y esta última semana lo veo por casa con el libro en la mano para aquí y para allá. No parece que para él éste sea un libro más. Si le hablo mientras lee, no me responde, igual que cuando ve los partidos del mundial.

Y yo, agradecida con el fútbol como nunca pensé que iba a estarlo, sigo escribiendo mientras miro a mi marido, aunque, a decir verdad, cada vez le miro más y escribo menos, porque he descubierto que me enloquece ver esos ojos llorosos cuando su equipo falla un penalti, me vuelve loca ese grito contenido cuando llega el gol, esa forma de tragar saliva antes de una falta directa.

Hoy me he sentado junto a él. Tiene mi novela a su lado, sobre el sofá. Según el marcapáginas le falta poco para terminarla. Le he pedido que se quite si quiere los auriculares, que voy a descansar un poco y podemos ver juntos el partido. He leído en la prensa que se trata de una eliminatoria importante (desde que escribo mirando a mi marido he empezado a leer las páginas de deportes). Y junto a él, me he sentido bien por un instante, como hacía años que no me sentía, los dos sentados mirando al mismo lugar. Me ha recordado al tiempo en que íbamos juntos al cine cuando éramos novios.

Pero en un momento dado, mi marido ha levantado la vista del televisor, ha tomado entre sus manos el libro y ha comenzado a leer. No me lo puedo creer. No le miro directamente, no quiero que perciba mi sorpresa, así que sigo mirando a la pantalla, al partido de fútbol, y veo un balón que rueda sobre el verde y cuatro jugadores que corren sudorosos hacia él.

El de la camiseta roja toca la pelota con la pierna derecha y el resto le sigue por detrás, con urgencia, como si dentro de aquel balón se escapara rodando su propio corazón. El comentarista dice que el equipo blanco está presionando muy arriba, lo que provoca que los contraataques del equipo rojo sean muy peligrosos; el jugador rojo controla el balón, chuta con fuerza, un jugador se desmarca, lo recoge, sigue adelante, corre, tiene enfrente al portero, sólo al portero, el comentarista habla más alto, más rápido, los espectadores se levantan, el portero se adelanta, los brazos extendidos, las piernas extendidas, el jugador rojo chuta y...

—Gol.

Mi marido me mira asombrado.

—¿Has gritado gol?

—¿Yo?

—Sí, acabas de gritar gol.

—No digas tonterías, es tu imaginación.

—¿Te importa ponerte los cascos? Tu libro está interesante.

Iba a responderle que no necesito los cascos, que a mí no me interesa el fútbol realmente, pero lo veo tan concentrado en mi libro que me pongo los auriculares, y ahora oigo a los comentaristas como si estuvieran en mi interior, como si me hablaran al oído, y mis latidos se aceleran.

Mi marido, tras ver la repetición del gol, sigue leyendo. Es increíble lo que está pasando. Podría apagar el televisor y ponerme a escribir, pero no tengo ganas. Y ahora empiezo a temer que no voy a ser capaz de escribir nada si no observo a mi marido emocionado viendo un partido de fútbol. Pero no mira a la pantalla, sino a mi novela.

Ahí está. Leyendo sin parpadear una página tras otra. Con empate en el marcador y a cinco minutos de terminar el partido.

Sin quitarme los auriculares, le miro de reojo, compruebo que está en las últimas dos páginas de la novela y entonces percibo un brillo especial en sus ojos. Aspira fuerte el aire, lo contiene dentro unos segundos y lo expulsa en un suspiro. No puede ser. Mi marido está a punto de llorar con mi novela.

Vuelvo a mirar al televisor.

Está ocurriendo un milagro.

Una paleta de colores toma la pantalla: camisetas rojas y blancas sobre el verde, el público multicolor, los anuncios que se encienden y se apagan... y sobre la paleta, los pases de los jugadores como rotundas pinceladas blancas, *dribblings* de trazo retorcido, hay una plasticidad que da volumen a la pantalla, una intensidad de luz impresionista, y sobre ella, en el momento en que las voces de los comentaristas se elevan, el portero del equipo blanco estira el brazo como el Adán de Miguel Ángel hacia Dios. Pero no llega.

Gol.

Camisetas rojas saltan y se abrazan, el público zarandea banderas rojas, una bengala enciende la pantalla. Y en medio de todo, el delantero que ha metido el gol, arrodillado sobre el césped mirando al cielo, grita exultante.

Mis lágrimas le dan un efecto *sfumato* a la imagen, difuminándolo todo y dándole unidad.

No puedo dejar de llorar.

Los colores gritan en la pantalla de mi televisor y mis ojos no soportan tanta belleza ✖

Traducción del euskera de la autora.

Las siete canciones de mí mismo

Maurice Riordan

No un dolce affettuoso remilgado yo

1

Cada mañana me levanto de la cama.
Cada mañana me refriego, me afeito, le doy brillo a mis dientes.
Checo el correo, el Twitter, el clima dentro y fuera.
Me tomo mi té, echo una mirada al jardín, lanzo bolitas a los peces.
Tomo siete pastillas. Hago mis estiramientos. Corro.
Y pienso en mis amigos, los vivos y los muertos.
Cada mañana le llamo a uno o al otro de mis hijos.

The seven songs of myself

1 / Every morning I get myself out of bed. / Every morning I scrub, I shave, I shine my teeth. / I check mail, Twitter, inner and outer weather. / I sip tea, look in the garden, throw pellets to the fish. / I swallow seven pills. I do my stretches. I run. / And think of friends, the living and the dead. / Every morning I phone one or other of my kids. // **2** // Every week I regret some portion of my life. / Every week I dream about my sainted mother. / I check over my skin. Step on the scales. Clean out the bins. / In spring I tape birdsong and trap snails in plastic containers. / In autumn I photograph spider webs on the rhododendron. / In winter I observe the constellations of the heavens. / I google remedies, Antarctic cruises, Tibetan hikes. / I contemplate a course in Mandarin or medieval French. / I google porn sites and download more Bugs Bunnies. / I go over my boyhood deeds or nurse my grievances. / Every week I either call my sister or forget to. // **3** // Every so often I revise my position

(Lisgoold, Irlanda, 1953). Uno de sus libros más recientes es *Shoulder Tap* (Faber, 2021).

2

Cada semana me arrepiento de alguna porción de mi vida.
Cada semana sueño con mi santa madre.
Me reviso la piel. Subo a la báscula. Saco la basura.
En primavera grabo el canto de los pájaros y meto caracoles en recipientes [de plástico.
En otoño le tomo fotos a las telarañas del rododendro.
En invierno observo las constelaciones de los cielos.
Googleo remedios, cruceros antárticos, escaladas tibetanas.
Contemplo un curso de mandarín o de francés medieval.
Googleo sitios porno y descargo más Bugs Bunnies.
Repaso los hechos de mi infancia y alimento mis reproches.
Cada semana o llamo a mi hermana o se me olvida llamarla.

3

Cada tanto reviso mi posición en el alma.
Cada tanto imagino una larva en la avena de mi cerebro.
O veo a mi alma luchar como la mosca en la mermelada.
La veo convertirse en una criatura arrastrada por el viento en la opaca luz matinal.
Veo que la suma de la vida es un turbulento océano sin nada a la vista.
Y ahí no soy más (ni peor) que un agitado ion.
Veo que el rizado océano es en sí la bestia que se muerde la cola.
La brecha entre nuestros yos y —como lo vio Erígena y quizás Hart Crane— [lo Divino.
Reviso diarios y libretas viejas.
Hago una lista de nombres de mascotas, veleros, compañeros de escuela.
Recuerdo el lago. O recuerdo la granja.

on the soul. / Every so often I imagine a maggot in the porridge of my brain. / Or I see my soul struggle like the fly in marmalade. / I see it change to a wind-borne creature in the sullen morning light. / I see the aggregate of life is a turbulent landless ocean. / And therein I am no more (no worse) than an agitated ion. / I see the coiling ocean is itself the beast biting its tail. / The divide between our selves and —as Eriugena saw and maybe Hart Crane— the Divine. / I read back over old copybooks and diaries. / I write down the names of pets, sailboats, schoolmates. / I remember the lake. Or I remember the farm. / I veer between Vedic calm and occidental strife. / I re-read the *Inferno* or I listen to *The Book of Job*. / Every so often I declare a change of mind or heart. // **4** // Elsewhere the mutagen at large in the biochemical ocean.

Oscilo entre la calma védica y la lucha occidental.
Releo el Inferno o escucho el Libro de Job.
Cada tanto doy aviso de un cambio de actitud o de talante.

4

En algún otro lado el mutágeno en general en el océano bioquímico.
En algún otro lado el texto mutilado y la muestra doctorada.
La célula tóxica escurriendo por la conurbación pacificada.
La vida fantasma de la glándula, sinapsis. El morse persistente del pulmón.
El latido reflejo, el crujir mental, el claxon estruendoso de la fiebre.
Las penas en el albañal que corre por debajo del baipás.
Mientras los ojos se dilatan. Mientras los oídos siguen atentos. La piel asume [el calor o el frío.
En algún otro lado la convulsión se enfurruña — o se pega a la camiseta.
En algún otro lado las claves sibilinas están escritas en ácido.
Todo en algún otro lado junto en las granulosas manadas de renos. Las viejas [migraciones.

5

Algunas mañanas despierto química y desapegadamente contento.
Algunas mañanas despierto gracias a Dios con un palo.
Despierto con una canción en el corazón y un brinquito al pisar.
Me despierto y a zancadas avanzo a la regadera con una melodía en la cabeza.
Óró mo bháidín… ¡*Sólo soy una rosa de montaña!*
Allí canturreo como si fuera Dolly o Sinéad.

Elsewhere the mutilated text and the doctored sample. / The toxic cell slipping through the pacified conurbation. / The ghost life of gland, synapse. The lung's persistent Morse. / The reflex thump, the mental snap, the horn-blare of fever. / The sorrows in the culvert that runs beneath the bypass. / As eyes dilate. As ears stay open. Skin assumes the heat or cold. / Elsewhere the seizure sulks – or is strapping on a vest. / Elsewhere the sibylline codes are writ on acid. / Altogether elsewhere the grainy herds of reindeer. The old migrations. // **5** // Some mornings I wake chemically selflessly content. / Some mornings I wake god bless me with a bone. / I wake with a song in my heart and a skip in my step. / I wake and to the shower I stride with a tune in my head. / *Óró mo bháidín… I'm just a wild mountain rose!* / There I am belting it out like I'm Dolly or Sinéad. / *As the swan in the evening moves over the lake…* / There I am with the soapy tears down my face. / There I am longing for the streets of Laredo. / For the two turtledoves or the six pretty maidens. / Once more *con*

Como el cisne en la tarde se mueve sobre el lago...
Ahí me tienen con lagrimas de jabón escurriendo por la cara.
Ahí me tienen anhelando las calles de Laredo.
Las dos tórtolas las seis bellas mozas.
¡Una vez más *con affeto* ahora que mis desolados días han pasado!
Las alas de la luz al amanecer. La vista de mi amor verdadero.
Y esta mañana estoy chiflando *Possente spirto*.
Le ruego al apuesto barquero que me lleve al otro lado.
Óró esta mañana *Orfeo son io...* ¡Yo soy Orfeo!
Quien fracasó no por su música sino por un momento de duda.

6

(*laudation*)
De todas las vistas, una luna nueva. De todos los olores, el pan. De todas las [superficies, la piel.
De todos los dulces sonidos, la tórtola huilota y un niño durmiendo.
De todos mis recorridos, el atajo a la escuela por la cañada de Buckley.
De todos los demás recorridos, el Greyhound entrando de noche a Manhattan.
De todas las ciudades, Jerusalén. De medios de transporte, el pony y el coche.
De las despreciadas virtudes, la timidez. De las celebradas, la hospitalidad.
De los vicios inofensivos... quedarme en cama, las uñas pintadas, los *souvenires*.
De los vicios solitarios, la noche de fiesta y hacer pis bajo la luna.
De los pasatiempos sociales, el chismorreo entre amigos cultivados.
De los cultivares, ya sea la uva, o la manzana.
De las manzanas, la Wyken Pippin. De los cultos, el eleusino.

affeto now my lonesome days are over! / The wings of the dawn light. The sight of my true love. / And this morning I am whistling *Possente spirto.* / I'm begging the handsome boatman to ferry me over. / Óró this morning *Orfeo son io...* I am Orpheus! / Who failed not for his music but for a moment of doubt. // **6** // (*laudation)* / Of all sights, a new moon. Of all smells, bread. Of all surfaces, skin. / Of all sweet sounds, the mourning dove and the sleeping child. / Of all my journeys, the shortcut from school through Buckley's Glen. / Of all other journeys, the Greyhound bus at night into Manhattan. / Of cities, Jerusalem. Of modes of transport, the pony and car. / Of the neglected virtues, shyness. Of the celebrated, hospitality. / Of harmless vices... the lie-in, the painted toe, the keepsake. / Of solitary vices, the night out and a piss in moonlight. / Of the social pastimes, gossip among cultivated friends. / Of the cultivars, either the grape or the apple. / Of the apples, the Wyken Pippin. Of cults, the Eleusinian. / Of all that delights the cultivated mind, letter-writing.

De todo lo que disfruta una mente cultivada, escribir cartas.
De todos los chistes, el de los dos ladrones.
De las bromas, el tocar el hombro (la más vieja y cruel).
De todas las aflicciones de Job, puede que los furúnculos.
De palabras denigrantes, *hypocrite*. De palabras laudatorias, *musical*.
De las bebidas, el té. De todo lo que curte el paladar, comer carne.
De los artefactos ingeniosos, los buscadores y el *zipper*.
De todo lo que medra entre la ruidosa progenie de Satán, el taladro y el mosquito.
De las pruebas del amor de Dios, el cuervo.
De todo lo que atestigua la atracción del mal, la mentira piadosa.
De los pecados olvidados, la calumnia (que medra).
De los placeres eróticos tangenciales, la sonrisa. Y el texto.
De los sabores raros y elusivos, la dulce mirra y el níscalo.
De las criaturas domésticas, el cerdo o el ganso.
De todos los momentos, la hora antes de que salga el sol. De todos los miedos, [un bulto.
De todos los lugares, aquí y ahora. De los dulces sonidos con que despertar, [la huilota.

7

Bendiciones de Pentecostés para el reventón a todo volumen en la Legión Británica.
Bendiciones de la lluvia para las cacas de perro en los adoquines.
Para los tordos estocando caracoles en los bordillos del lodo.
Para las *hoodies* en las bajoneadas motos sobre la banqueta.
Para el traficante y para el *dealer* y para el cliente.

/ Of all jokes, the one about the two thieves. / Of practical jokes, the shoulder-tap (oldest and most cruel). / Of all of Job's afflictions, maybe the boils. / Of terms of abuse *hypocrite*. Of terms of praise *musical*. / Of beverages, tea. Of all that coarsens the palate, eating beef. / Of ingenious devices, the search engine and the zipper. / Of all that thrives among Satan's noisome progeny, the rock drill and mosquito. / Of the proofs of God's love, the crow. / Of all that testifies to the sway of evil, the white lie. / Of the forgotten sins, calumny (which thrives). / Of the erotic side-pleasures, the smile. And the text. / Of rare and elusive flavours, sweet cicely and the chanterelle. / Of domesticated creatures, the pig or goose. / Of all times, the hour before sunrise. Of all fears, the lump. / Of all places, here and now. Of sweet sounds to wake to, the mourning dove. // **7** // Blessings of Whitsun on the bash at full blast at the British Legion. / Blessings of the rain on the dog turds on the cobbles. / On the thrushes stabbing the snails on the mud-verges. / On the hoodies on

Para el comerciante que se atora al agricultor que se atora a los migrantes.
Bendiciones para los ego-comerciantes de Facebook, etc.
Para el trol que trolea al lobo solitario y a los cazadores en manada.
Para la turba con ojos de Argos —los detractores del carácter.
Para aquellos que proclaman el camino y la preminencia del Camino.
Para las hordas bajando a los puertos y a los aeropuertos.
Para las multitudes reunidas en las montañas o en los valles.
Para el polvo del valle y el viento de la montaña infranqueable.
Benditos sean aquellos que maldicen la hora en que fuimos traídos a tal puerto.
Malditos sean los rectos. Malditos los sepulcros blanqueados. Maldito sea el justo.
Bendiciones para mi vecino. Para los niños de la calle. Para los barrenderos.
Bendiciones de Pentecostés para la boda o velorio que aún continúa en la Legión.

Versión del inglés de Pedro Serrano.

Notas: La cita del epígrafe está tomada de *Hojas de hierba* de Walt Whitman y la traducción es mía. «Óró mo bháidín» es una canción de cuna tradicional irlandesa y su traducción es: «Oh mi pequeña barca». «Sólo soy una rosa de montaña» es un verso de «Wild Flowers», una canción de Tom Petty popularizada por Dolly Parton. «Como el cisne en la tarde se mueve sobre el lago» es un verso de «She moved through the fair», canción tradicional irlandesa popularizada por Sinéad O'Connor. Las «seis bellas mozas» aparecen en «Streets of Laredo», una balada tradicional vaquera. «Las dos tórtolas» aparecen en «On the Twelve Days of Christmas», canción tradicional de Navidad. *A Detractor and Other Characters* es un libro de John Searle formado por pequeños retratos de personajes de carácter y publicado en 1628. *La vista de mi amor verdadero. Possente spirto* es un aria perteneciente a la ópera Orfeo de Claudio Monteverdi. «The Whitéd Sepulcre» es una pieza del compositor estadounidense Chase Jordan (N. del T).

the mopeds moping on the pavements. / On the trafficker and on the dealer and on the punter. / On the merchant screwing the farmer screwing the migrants. / Blessings on the online ego-merchants on Facebook etc. / On the troll trolling the lone wolf or the pack-hunters. / On the mob with Argus eyes – the detractors of character. / On those proclaiming the way and the supremacy of the Way. / On the hordes descending on the ports and on the airports. / On the multitudes gathered on the mountains and on the plains. / On the dust of the plain and the wind of the impassable mountain. / Blest be those who curse the hour we were borne to such a pass. / Curst be the righteous. Curst be the whitéd sepulchres. Curst be the Just. / Blessings on my neighbour. On her streetwise kids. On the streetcleaner. / Blessings of Whitsun on the wedding or wake still on at the Legion.

Destellos sobre el agua. *La luz es diferente vista desde la profundidad*

[fragmento]

Nora Ikstena

dedicado a S. y V.

El Ojo se había elevado *hasta muy por encima de las nubes. El extraordinario resplandor del sol iluminaba una enorme extensión de agua. Jirones de nubes flotaban dispersos sobre el prodigio de los destellos sobre el agua.*

Así es el paisaje visto desde las alturas. Cuando uno se eleva o es elevado. Cuando se alcanza esa libertad con la que tanto cuesta convivir. Cuando no hay nada que perder y todo que ganar. Imaginaciones absurdas. Impresiones sobre nuestra propia existencia. Que perdemos para ganar y ganamos para perder. Que a un trazo blanco siempre le sigue uno negro. Que todo se encuentra en equilibrio. Que es posible saber de antemano. Que nuestro destino depende de nosotros mismos. Pero no es así. Todo sucede al azar, por casualidad. Como los destellos sobre el agua. Nunca se sabe en qué momento la luz descenderá sobre la superficie del agua, provocando esos destellos. No puede saberse, es impredecible. Apenas un instante y el destello desaparece. A veces, los instantes se suceden y los destellos perduran. Sin importar que haya o no quien los contemple.

(Riga, Letonia, 1969). Éste es un fragmento de su novela más reciente, *Destellos sobre el agua* (Vaso Roto, 2023).

Al Ojo le parece que, de repente, todo lo ve. El orden del mundo, su regularidad. Que es capaz de distinguir entre lo esencial y lo prescindible, separar el trigo de la paja.

Ve que somos criaturas insignificantes, habitantes de este mundo que nos parece tan enorme, un mundo que flota en un universo que desconocemos, como un diminuto adorno colgado de un enorme abeto cósmico. Un precioso y singular adorno, atesorado durante muchísimo tiempo.

Llegará el día en que se rompa el equilibrio y el adorno caiga, haciéndose añicos. Y nosotros, o nuestros hijos, o los hijos de nuestros hijos, todos nos disolveremos en el substrato cósmico. Pero por ahora estamos vivos. Vivimos. Y nuestros ojos ven cosas atroces, prodigiosas, sublimes, retorcidas, dolorosas, apasionadas, inimaginables. Cosas sobre las que no se escriben libros. Porque lo imaginario es ficción. Y la vida es más grande que la literatura.

Isla de Phuket

La barca oscila sobre el agua azul turquesa. Se acerca a la bahía de los Monos. El cielo es de un azul penetrante. Un pescador nativo ayuda a Marija a pasar de esta barca a otra más pequeña. Es la única forma de atracar en la bahía. El pescador le promete que allí podrá bañarse en aguas completamente transparentes porque en el islote sólo viven monos y los monos no nadan. Pero debe tener cuidado, la isla les pertenece a ellos, no a las personas. Los humanos son meros invitados y deben aceptar las leyes de los monos. Si quieren robar algo, están en su derecho. Sería mejor considerarlo como un donativo. Es lo que suele hacer la gente, dice el pescador a través de su sonrisa desdentada. Es un pescador de perlas que vive en un palafito cerca de la isla de Phuket. Le cuenta a Marija que en algún lugar lejano sus perlas se venden a precios muy altos. Pero él está bien aquí, tiene pescado fresco para las comidas, sol y su cama de madera de caucho.

Marija desciende de la barquita y camina por el agua hasta la orilla. ¿Cómo es posible crear algo tan hermoso?, se pregunta. Los colores son tan nítidos que es posible ver otros a través de ellos: la blanca arena de la orilla punteada por el dorso de rocas grises. Marija siente entre las piernas el roce de una nube multicolor de pececillos.

No hay mucha gente en la bahía de los Monos. Dispersos, sentados en la arena o metidos en el agua, todos contemplan el maravilloso paisaje.

Marija se quita la camisola y la deja hecha un ovillo en la arena, bajo una piedra. El agua está templada y el sol es agradable. La luz satura el paisaje. No hay ni una brizna de oscuridad y, por tanto, no puede haber

destellos. Marija recuerda el consejo del pescador: no debe despistarse ni adentrarse demasiado en el agua. La calma de este lugar es engañosa. En cualquier instante, el cielo puede transfigurarse, convertirse en torbellino y oscuridad, y arrastrarla a las profundidades. Pero la luz es diferente vista desde la profundidad. Marija, con los pies firmes sobre la arena blanca, no se aleja demasiado de la orilla. De repente, se le ocurre algo: ¿habrá pagado ya por este baño o es algo por lo que aún tendrá que pagar? Sabe que en esta vida todo tiene un precio.

Al volver a la orilla, no encuentra su camisola. Un mono enorme descansa sobre una roca, a la sombra de un arbusto de vivos colores. A Marija le parece, por un momento, que es una persona. Pero no, es un animal. En una mano sostiene un fruto a medio comer y, en la otra, su camisola. El mono contempla a Marija y lanza un grito triunfal. Deja caer el fruto y se golpea el pecho. Marija, en una de las muchas lenguas humanas, le pide al amo de la isla que le devuelva su camisola. No conoce ninguna lengua animal con la que comunicarse. El mono despliega la camisola y la enarbola como una bandera de la victoria. Ésta es su isla.

Marija se acuclilla en la arena frente al vencedor. Intuye que no recuperará su camisola. Temerosa de los instintos del animal, se mantiene alejada de él. Mientras medie entre ellos cierta distancia y cada uno respete las normas del otro, todo irá bien. ¿Debería intentar entenderse con él? ¿Rogarle? ¿Convencerle de que lo mío es mío y lo tuyo es tuyo, que no se debe robar? ¿O quizá mentirle, engañarle, ser más astuta que él?

Marija coloca unas conchas de mar alrededor de sí. Dispuestas sobre la arena blanca, las conchas no tientan al vencedor: son las monedas de su isla y las hay a espuertas. Entonces Marija encuentra algo entre la arena. Es un trozo bastante grande de papel de aluminio, arrugado, dejado atrás por otro visitante. Marija deshace con parsimonia la bola metálica. Bajo el sol resplandeciente, el aluminio relumbra como plata bruñida.

El mono se pone alerta sobre la piedra. Fascinado, su mirada sigue cada movimiento de la mujer, que va rasgando el papel de aluminio en trocitos y lanzándolos al aire. El vencedor abandona la camisola y corretea por toda la orilla persiguiendo esos destellos, insólitos hasta ahora en su isla. Marija se apresura a recoger su camisola, se la pone y vuelve a sentarse junto a la orilla. El pescador le ha prometido traerle una perla. Así, sin más, sin que le vaya a costar nada.

Marija contempla aún cómo el mono, antes vencedor, recoge pedacitos del resplandeciente papel de aluminio. El animal vuelve a sentirse ven-

cedor y a chillar ufano. La luz del día comienza a declinar. Un delgado reflejo horizontal asoma sobre el agua. Marija ya ve la barca del pescador. Se acerca.

El Ojo observa las olas *a orillas de la bahía, apenas perceptibles, engañosas. Las olas obedecen a su propio ser: en un momento dado todo está en calma, y acto seguido alzan su cresta y rompen, provocando una enorme turbulencia. Quedar atrapado en la cresta de la ola. Verse arrastrado al seno de la turbulencia, junto al agua y la arena. Hasta que los ojos ven sólo oscuridad. Salir a rastras de entre la arena. Alcanzar la orilla. Hay quienes no serán arrastrados mar adentro, y quienes sí lo serán. Porque cada uno tiene su propio Ojo. Sin embargo, en la orilla todo seguirá igual: el vendedor de mangos ganará sus monedas diarias cortando la fruta en pequeños dados, los visitantes se abandonarán al sol y al letargo, pasando con desgana las páginas de un libro, se amarán a la sombra tenue de los arbustos en flor, comerán calamares fritos, nadarán entre el tibio oleaje, que tan inofensivo parece desde la orilla. El Ojo puede leer sus pensamientos: Sí, sé lo que puede pasar, pero a mí no me pasará nada. Por eso nadan entre las olas y después regresan a la orilla.*

Isla de Phuket, Bangla Road

Ensartada en un sedal, Marija viste la perla que el pescador le ha regalado. Le servirá como adorno. Ahora debe regresar de la isla de los Monos a la isla de las personas.

Allí todo es diferente. Luces deslumbrantes y chillonas iluminan en la oscuridad al gentío atolondrado por el júbilo del carnaval. Lo que se oye no es una algarabía triunfal, sino el berreo absurdo de los humanos.

Haciendo gala de sus impulsos más bajos, con sus almas embutidas en el trasero, una muchedumbre hipócrita deambula por las calles. Son los prósperos padres de familia y educados santurrones que gobiernan el mundo. Aquí son sus propios miembros quienes los gobiernan a ellos. Qué transgresores.

En los bares aguardan los travestis, auténticas obras de arte. Sus cuerpos transformados para ganarse la vida. Para que el cliente pueda disfrutar de un hombre y una mujer al mismo tiempo. Sus cuerpos bien moldeados y sus pieles suaves son en sí mismos una perfección que puede comprarse con dinero.

Callejeando, Marija encuentra una sala de espectáculos y entra en ella. Los sillones, tapizados de terciopelo púrpura, hieden a alcohol, a marihuana y a colillas. En cuanto se abre el telón, una burda multitud rompe

a chillar, a emitir silbidos y cacareos. Suena una música. El suntuoso espectáculo da comienzo. Las *katoey*, con sus adornos de plumas y lentejuelas, resplandecen sobre el escenario. Las *ladyboys* bailan como diosas para deleite del rebaño humano. Su baile transmite belleza y un sublime desapego. Conocen bien la situación y mantienen sus distancias; el rebaño humano no alcanzará a probar sus cuerpos. Pero podrá saciar su sed en muchísimos otros: a la vuelta de la esquina, en cualquier parte, tras un biombo o una cortina, en una habitación de hotel, donde más le convenga. Y encontrará para todos los gustos: jovencitas y jovencitos, putitas y putitos bien entrenados, de todas las edades y de todo tipo, hasta que la muerte les separe.

El rebaño tomará asiento junto a la barra, beberá y rugirá, excitado por el espectáculo del pimpón. Jóvenes tailandesas subirán al escenario y extraerán de sus partes pudendas objetos varios: pelotas de pimpón, barras de labios, llaves y cuchillas. Todo para deleite y regocijo de la manada. Porque disfrutan haciendo eso: viviendo en el primer mundo y enseñándoles a quienes viven en el tercer mundo, como ellos lo llaman, cómo vivir su vida. Volverán a sus hogares, junto a sus esposas e hijos, y se llamarán los unos a los otros a hurtadillas para intercambiar chistes picantes y contarse cómo les ha ido en su viaje de negocios. Las chicas del pimpón regresarán a sus casuchas, junto a sus hijos. No necesitan mucho: un poco de arroz, mangos y una cama. Hace buen clima y no se está mal. Al menos no hay guerra. Y siempre pueden conseguir comida: sus partes íntimas no son como una pastilla de jabón, no se gastan.

Marija sale de la sala completamente aturdida. Deambula por la calle, atestada de gente, en dirección al océano. Nadie le presta atención. Si acaso, la miran con lástima, como si se encontrara en el lugar equivocado.

La playa está desierta y en calma. Todo el mundo se agolpa en las calles y junto a los puestos de carne. Corre una suave brisa cálida y el cielo está cubierto de estrellas. La luna brilla como una diminuta pelota de pimpón sobre la superficie del océano, extraordinariamente sereno, trazando un estrecho sendero resplandeciente a través de las aguas oscuras. Sí, en estos momentos, el océano se encuentra en calma, pero en ocasiones, también él se enoja y se rebela. Entonces lo arrastra todo a su paso: árboles, casas, personas y animales. Los humanos lo llamarán «tragedia». Pero para el océano es simplemente su movimiento vital. Quizá sólo está dándose la vuelta mientras duerme o enderezando su espinazo insondable. O quizá simplemente bosteza.

Todos estamos aquí y todos tenemos los mismos derechos.

Marija, no juzgues lo que acabas de presenciar. Todos vemos de for-

ma diferente. Es diferente la mirada de la luz y la mirada de la oscuridad. Son diferentes las miradas del amanecer, la mañana, la tarde y la noche. Es diferente la mirada de la experiencia de la mirada de la fe. Lo que para ti significa amor y Dios, para otros significa sumisión y hostilidad. Lo que para otros es Dios, para ti es un asesino. Lo que para ti es perdón, para otros es cobardía. Lo que para otros es perdón, para ti es crueldad. Lo que para ti es muerte, para otro es vida. Lo que para ti es vida, para otro es muerte.

Marija siente que hay alguien de pie a sus espaldas. Al girarse, ve a la *katoey*, engalanada aún como durante el espectáculo. Un olor a marihuana flota en el aire templado. Es una criatura tan hermosa. Casi la perfección misma. Algo que es verdadero en su más profunda esencia se revela como un error inadmisible. ¿Dos mitades de una manzana? ¿Mi otra mitad?

La bola de pimpón que es la luna brilla más intensamente todavía. Será una noche serena. Marija aún no sabe dónde la encontrará el amanecer.

El Ojo está empañado. *Todo se ve de forma diferente. No hay contornos nítidos ni posibilidad de entrever el porvenir. Sólo presentimientos, premoniciones. Lo deseado deviene realidad. La realidad se desvanece.*

Su clarividencia está envuelta en bruma. El Ojo observa lo hermosa que es la niebla, sus muchos matices, colores y formas. Lo fácil que es perderse en ella, extraviarse. El Ojo ve cómo la niebla se arremolina en torno a una carretera de montaña, ocultándola casi por completo. Las luces tenues de los coches apenas la rasgan. Sólo los mugidos de las vacas que deambulan por la carretera revelan que hay un mundo más allá de este mundo de niebla: el mundo real. Los viajeros están paralizados por el miedo: un movimiento en falso podría terminar en accidente. No saben qué hacer: ¿resignarse y esperar envueltos en la niebla o escapar de su abrazo?

El Ojo es un mero testigo, son los viajeros quienes deben decidir. El Ojo sabe que tarde o temprano la niebla se disolverá, como es costumbre en las montañas. Apenas un instante y desaparece.

La luz del sol disipa la niebla. A lo largo de la carretera aparecen varios coches abollados por vacas despeñadas. Amanece soleado en las majestuosas montañas. Deslumbrado, el Ojo contempla el claro resplandor que desciende sobre el valle. Qué fragantes se alzan hacia el cielo las huertas por la mañana. Hay sólo luz, ninguna sombra. Deslumbrado, el Ojo contempla la belleza infinita de la vida.

Monasterio de Kozipa

El sendero hasta el monasterio es como el lecho seco de un río. En los tramos más accidentados hay rimeros de piedras por los que es difícil andar. Hay que trepar por ellos.

Marija camina lentamente, sin prisa. Hace calor y debe ahorrar fuerzas. Le han prometido una bendición. Las dificultades del camino son un obstáculo insignificante. Y, sin embargo, resulta difícil avanzar. La tibia mañana de otoño va caldeándose. Los árboles lucen aún verdes, aunque marchitos tras el caluroso verano. Los arroyos de montaña fluyen serenos.

Marija se sienta a mitad del trayecto para recuperar el aliento. Desenvuelve el pan que ha traído. Se refresca la cara y el cuello con agua del arroyo. Saber que recibirá una bendición en el monasterio le hace sentir un cierto privilegio. Es algo que no ocurre a menudo. Por el camino, ya ha entrevisto las cuevas de los monjes, a las que no está permitido acercarse. Los monjes se refugian del mundo en el silencio de las montañas salvajes para poder llevar una vida diferente. Marija no querría vivir esa vida, pero siente que la bendición le será de ayuda en su viaje, siempre impredecible.

¿Es posible esconderse del pecado en una cueva si se ha nacido con él? ¿Es posible abandonarse a una misma si una abandona el mundo? ¿Acaso comer pan seco y beber agua de manantial le acercan a una a la verdad más que sentarse a una mesa ricamente dispuesta?

La mañana de otoño es benigna y agradable en este paraje montañoso. No necesita agobiarse. No necesita hacerse preguntas y, menos aún, encontrarles respuesta.

Tras un descanso, Marija siente sus fuerzas renovadas. Ya no le queda mucho y el camino es ahora más llano. Las piernas se le enredan en el pañolón que viste sobre los pantalones. Se acerca a un territorio de hombres creyentes y exiliados del mundo donde hay ciertas normas que debe respetar. Ya que es ella quien entrará en sus casas, tendrá que acatar sus preceptos. Serán ellos quienes impongan las reglas, y no ella.

Marija queda sobrecogida por la vista que descubre al final del sendero: una iglesia humilde, algunas cabañas y un enorme árbol de la vida que apunta al cielo. Silencio y luz. Quizá no necesite otra bendición que ésta. Quizá el camino, el árbol de la vida y el cielo ya se la han otorgado.

Un monje sale de una de las cabañas y se acerca a Marija. Tiene el rostro picado de viruela, pero sonríe e invita a Marija a acercarse. Junto a la cabaña, sobre una mesa, hay unas manzanas, un poco de pan y agua. El Padre llegará pronto para dar comienzo a la bendición.

Marija contempla el árbol de la vida: le parece que debe de ser milenario. Existió sin duda mucho antes que ella y existirá mucho después. Ella apenas es más que una invitada pasajera en la existencia del árbol de la vida. Pero será una invitada honesta y humilde. Tiene intención de fregar sus propios platos y no abusar de la amabilidad de sus anfitriones. Se esforzará por no ofender ni causar mala impresión. Aunque lo intenta, no siempre lo consigue. Le ocurre a menudo en el mundo de abajo. Así que ha emprendido este viaje para estar en el mundo de arriba durante un tiempo.

El Padre sale de la iglesia y se acerca a Marija. Todo está preparado. Marija se disculpa y responde que irá enseguida, que, después de la caminata, necesita orinar. El Padre palidece a ojos vista. Balbuciendo, intenta explicarle a Marija que las mujeres no pueden hacer eso en este lugar.

Marija le pregunta si quiere que se orine durante la bendición. Con expresión desencajada, el Padre no sabe qué responder. Marija se pone en pie, sube por un sendero pedregoso y hace lo que debe hacer en el interior de una casetilla de madera con un corazón en la puerta.

Al regresar, ve al Padre santiguándose junto a la iglesia. Le pregunta a Marija si desea la bendición, si la acepta sin dudas ni reservas. Marija responde que sí, que la desea y la acepta, pero que seguirá dudando toda su vida.

Sólo Marija, el Padre y el monje del rostro picado de viruela están presentes durante el rito de la bendición. Este último sostiene unas velas encendidas, cuyas llamas se agitan en la brisa que entra por la ventana abierta de la iglesia. Las manos del monje, grandes y ásperas, están salpicadas de cera perfumada. Insiste en volver a encender las velas cuando éstas se apagan.

Descalza, Marija se encuentra de pie frente al Padre, que entona la bendición y vierte agua sobre su cabeza. Marija contempla sus propios pies descalzos y ve a una abeja trepando por su pulgar. No está pensando en Dios, sino en la abeja. ¿Cómo ha llegado hasta aquí esta criatura tan viva, receptáculo diminuto de cera y miel? Le ha traído a Marija la bendición de las flores.

Justo después de la breve bendición, el Padre se marcha sin despedirse. Marija cree que el Padre se arrepiente de haberse dejado convencer. Pero el monje invita alegremente a Marija a sentarse a la mesa. De su mochila, Marija saca una cantimplora con vino y una pieza de carne ahumada. La alegría del monje es indescriptible.

Sirven el vino, cortan el pan y la carne en finas lonchas y ambos comienzan el festín. ¿Acaso no es esto otra bendición más? Están vivos, el vino y la comida son deliciosos, el cielo esplende de azul y el árbol de la vida vela por ellos. Quedan, además, la bendición y la abeja.

El Ojo ve desde las alturas *el paisaje a sus pies, el sendero pedregoso por el que Marija va hasta la casetilla del corazón para cometer su pecado. Así, como un pecado, es como la consideran los hombres refugiados en este retiro diminuto. Igual que una mujer con el pelo descubierto o vistiendo pantalones. Pero el Ojo ve que en realidad tienen miedo del pecado en ellos mismos. Proscriben el mundo de las mujeres para no sentir la tentación de reconocer cómo llegaron a este mundo, para poder confesar sus propios pecados y exiliarse de él. Salieron del cuerpo de una mujer entre dolor, sangre, orina y lágrimas de gozo. Después vivieron su vida y se embarcaron en una búsqueda a través del espíritu y la devoción, hasta alcanzar este lugar remoto entre montañas, pensando que habían encontrado la verdad a la sombra del árbol de la vida. Apartados de las tentaciones de este mundo: los placeres del tacto, el amor y el éxtasis.*

El Ojo ve al Padre, quien, tras bendecir a Marija, se flagela en señal de penitencia. Lo había hecho a pesar de que ella, desobediente, había afirmado que seguiría dudando. Sólo tres personas en ese lugar remoto y, aun así, el mundo vaciló un instante. El Ojo sabe que así es como suceden las cosas, en pequeños lugares recónditos habitados por las personas. En ellos se suceden las grandes revoluciones, las guerras, los cataclismos y el rodar de cabezas. De todo ello debe rendirse cuentas en esta vida y no en la siguiente. En esos lugares caben todas las alturas y todas las bajezas, a la sombra del árbol de la vida.

Valencia

A primera hora de la mañana, Marija camina junto al mar hasta el mercado de Ruzafa para comprar naranjas. La costa está despertándose todavía. El ojo de un faro parpadea al final de un pequeño espigón rocoso. Todo está aún desierto y en silencio. Las gentes de aquí se animan al llegar la tarde y, sobre todo, por la noche.

Todo será diferente a partir del mediodía. Es época de Fallas y, a mediodía, tronará la *mascletà*. El ruido de los petardos surcará la ciudad y los oídos. Hace ya días que Marija intenta superar su miedo. Miedo al ruido y a pisar alguno de los petardos desperdigados sobre el pavimento de mármol de las calles.

El silencio de su paseo matinal por la orilla del mar la reconforta. Cerca del mercado, Marija se detiene frente a una figura enorme. Es una de las muchas que se erigen por la ciudad con el único fin de ser quemadas en la celebración con la que culminan las Fallas. Este *ninot* representa a la Madre Miedo rodeada de personajillos con muecas ridículas: aterrados, intimidados o indecisos entre el desasosiego y la risa que su propio miedo

les produce. Y la Madre Miedo es, en sí misma, una figura más cómica que trágica. Fingiendo tener miedo de esta fantasía, todos aprenden a escapar del miedo a lo real.

El mercado ya ha cobrado vida. Es época de naranjas. Las fragantes pirámides de fruta se elevan como murallones de vida. Han absorbido la luz y la fuerza del sol. Marija sólo siente la alegría de existir, ajena a temores y presentimientos. Se entiende bien con los tenderos del mercado sin necesidad de muchas palabras: basta con un «¡hola!» y una sonrisa. La cosecha ha sido abundante y la vida es hermosa. Los festejos continuarán durante al menos una semana más. Los alegres vendedores casi regalan las naranjas. Grandes, dulces y jugosas unas, pequeñas y rojizas otras, con gajos del color de la sangre. Quien las coma vivirá mucho y vivirá feliz.

La bolsa de naranjas que lleva es pesada. Marija se sienta al sol en un jardincito frente a una iglesia. Una chica de pelo oscuro le trae un zumo de naranja y un cenicero. Algunos sintecho y una pareja de enamorados descansan sobre los escalones de la iglesia, exhaustos de celebraciones. Deben recuperar fuerzas para los festejos de esa misma tarde y noche.

Cuando las campanas de la iglesia anuncien el mediodía, comenzará la primera *mascletà*. El estruendo de una guerra jubilosa retumbará en el cielo. Marija se prepara para ese momento. Tiene costumbre de expresar su alegría en silencio, a escondidas, temiendo que tras la alegría llegue la tristeza. Pero la alegría en este lugar es tan enorme y omnipresente, tan ruidosa, que no hay momento para pensar en lo que pasará mañana o al día siguiente. Sólo existe el hoy y el ahora: la luz del sol, los pinos piñoneros, el mar, la majestuosa ciudad de mármol con sus iglesias y edificios desde donde el ojo perspicaz de la humanidad contempla al viajero. Tardes cálidas con calles abarrotadas de gente que celebra la vida, come montañas de paella y bebe ríos de vino.

Marija estará aquí sólo unos días, un breve instante, pero un instante que es extraordinario. Con su bolsa de naranjas a cuestas, pasea de regreso junto a la orilla del mar.

Los jóvenes lugareños pululan por las calles. Adivinando que Marija es extranjera, lanzan petardos a sus pies. Marija da pequeños saltos entre los petardos, como un conejo asustado. Los jóvenes chillan y ríen. Menos mal que esto no es un campo de batalla, piensa Marija. Menos mal que es sólo ruido, ruido que en realidad no puede destruir nada. Menos mal que la única víctima es su propio miedo ridículo a pisar un petardo y que éste estalle bajo sus pies. Menos mal que el estruendo sobre el mármol blanco es un

estruendo alegre, no de terror. Y menos mal que, en lugar de gritos, lamentos y sufrimiento, sólo se oye la risa sonora de los chicos.

A mediodía, tras la primera *mascletà*, comienza el desfile de Fallas. Muchachas extraordinariamente bellas, vestidas de seda y encaje, avanzan por las calles como un río fecundo y brillante a través de la ciudad. Las siguen las miradas de la gente y de los *ninots*. Rodeada por la multitud, Marija intenta grabar toda esta belleza en su mente. Le gustaría tocar a las falleras para cerciorarse de que es real lo que ve, no sólo apariencia. Las jóvenes llevan claveles rojos en las manos para adornar con ellos el manto de la Virgen María, la Virgen de los Desamparados, cuando lleguen a la Plaza Mayor. María es su tocaya. Ella misma, Marija, es sólo una persona, pero la Virgen María es mucho más que eso. Es una advocación, la imagen de alguien que seguramente fue persona alguna vez.

Frente al enorme manto de claveles de la Virgen, Marija se siente diminuta. Sin embargo, atesora en sí una inmensa fuerza vital, algo inefable, una fuerza que en ese momento quizá sea mayor que la de la esplendorosa imagen. La fuerza vital de este instante. La fuerza para superar el miedo al ruido y el miedo a vivir. Sin saber si el petardo a la vuelta de la próxima esquina será sólo un susto y unas risas o si será algo diferente.

Al atardecer, las fallas comienzan a arder. Toda la ciudad es una gran hoguera. Marija se encuentra en la Plaza del Mercado, frente a la Madre Miedo en llamas. El fuego le susurra que todo dura sólo un instante. La vida es breve y el arte no es eterno. Un instante lo transforma todo. El miedo se convierte en cenizas. Y éstas se mezclan con la tierra que abonará los naranjales, donde los frutos del sol brotan, florecen y toman cuerpo, absorbiendo en sí la luz del sol y de la vida.

Abierto de par en par, *el Ojo del Miedo miró a los ojos que deseaban, más que nada, vivir sin miedo. Despertarse con alegría por la mañana y dormir tranquilos por la noche. Pero el Ojo sabe que no siempre será así. Habrá también mañanas tristes y noches de insomnio. Habrá temor al día que llega y al rescoldo del temor del día que ya fue. El miedo a ver, a abrir los ojos. Y también el miedo a no ver y a cerrarlos.*

El Ojo sabe que el miedo irá desapareciendo y que sólo entonces será posible volver a ver. Diminutos destellos sobre las aguas tranquilas, que no hace mucho fueron torbellino, cuando tierra y cielo giraban a la par. Desaparecerá el miedo y aparecerán los destellos sobre el agua. Apenas un instante. Será difícil recordarlo y describirlo. Pero será fácil vivirlo.

Ostsee

La viajera se detiene un momento a orillas del Ostsee, el mar Báltico. Aquí todo es diferente: la luz es opaca y el sol es un visitante poco frecuente. Los charranes corretean quedamente por la playa, donde la gente se protege del viento arenoso en casetas de madera.

Todo es tan extraño que Marija saca su cuaderno e intenta dibujar, porque pensar acerca de este lugar le resulta difícil. El mundo parece estar patas arriba: ahora son los cuerpos de los europeos los que están tatuados de pies a cabeza. Hay algo escalofriante en ellos, una especie de culpa reprimida que se exterioriza de forma agresiva en situaciones inusitadas. En este mismo instante, en plena playa, dos chicas jóvenes tatuadas y de carnes abundantes increpan a una mendiga de tez oscura. Un escalofrío recorre el cuerpo de Marija.

En la calle principal, donde se reúnen los turistas de los cruceros que recalan constantemente en el puerto, Marija encuentra a un retratista. El artista se ofrece a dibujarla. Marija rehúsa su oferta, pero al día siguiente una fuerza invisible la arrastra poco a poco hacia el mismo lugar. Al acercarse, se parapeta tras unos árboles y observa al retratista desde una cierta distancia. Es atractivo. El sombrero blanco que lleva contrasta con su pelo oscuro, entrecano, y una piel morena curtida por el sol.

Marija sigue la mano del retratista según éste traza a lápiz, sobre una hoja en blanco, los rasgos de un modelo. Tras un momento de indecisión, Marija se incorpora a la multitud de personas reunidas a espaldas del retratista para observar cómo va componiendo el retrato. Dibuja a una chica con su perrito, sentado apaciblemente sobre el regazo de su dueña.

A Marija le fascina la precisión con la que el artista capta los rasgos del rostro de la chica. No parece la obra de un artista callejero cualquiera, es algo diferente.

Marija permanece entre la multitud de curiosos hasta bien entrada la tarde. Los modelos van llegando al azar: el retratista invita él mismo a algunos, mientras que otros toman asiento en su banquillo por iniciativa propia. Hay un poco de todo: parejas enamoradas, familias con hijos y jóvenes solitarias que, sin duda, esperan obtener del artista algo más que un retrato. El hombre apenas habla mientras dibuja. Aunque reservado, su gesto resulta amable. Marija contempla, como hechizada, cada línea que el hombre traza. Y se alegra junto a los demás espectadores cuando, uno tras otro, los retratos van quedando terminados, siempre a gusto de cada modelo.

Al caer la tarde, Marija vuelve a su hogar pasajero. Hojea su cuaderno de dibujo y repasa los bocetos: el muelle, el faro, las embarcaciones en el

muelle, los charranes, los cuerpos tatuados en la playa, las flores. Todo lo que ve en su cuaderno le resulta banal en comparación a los retratos en blanco y negro del artista. ¿Está pensando sólo en la forma en que el hombre dibuja o tal vez en el hombre mismo?

La noche de agosto promete ser cálida; una brisa leve sopla desde mar adentro. Marija abre la puerta de la terraza y se sirve un poco de vino. El suave efecto de la bebida la va ganando lentamente y la adormece.

El sueño que tiene es algo inusual. Marija se encuentra en un lugar desconocido, un campamento de niños abandonados por sus padres. Intenta animar a los niños contándoles historias y dibujando, pero ellos chillan y corretean sin prestarle atención. Finalmente, harta de este barullo, sale de la ruidosa habitación al exterior.

Es pleno verano y el olor de los prados flota en el aire. No es el olor de los alrededores del mar Báltico. Es un olor diferente, a prados verdaderos, salvajes y en flor, sin segar aún. No lejos de allí, advierte un antiguo granero. Marija avanza hacia él. En el prado, junto al granero, avista a una cigüeña aturdida, que se tiene en pie sobre una sola pata. Tiene rota la otra pata; dos segmentos apenas unidos por un delgado ligamento. El cuerpo de Marija se contrae de dolor, como si se tratase de su propia pierna. Es consciente de su impotencia. No puede ayudar a la cigüeña, pero tampoco se ve capaz de abandonarla.

De vez en cuando, la cigüeña cae por tierra, quedando tendida con las alas plegadas. Con mucho esfuerzo, consigue volver a incorporarse, pero es obvio que le fallan las fuerzas. Es una espeluznante lucha por vivir, aun a sabiendas de cuál será el desenlace.

De repente, Marija oye un batir de alas en el aire. Una pareja de cigüeñas vuela en círculos sobre ella y la pobre ave. La pareja decide posarse junto a su hermana malherida.

Marija alza la vista y descubre un nido sobre el granero. En su interior dormitan los cigoñinos. Marija observa a la pareja de cigüeñas que ha llegado para intentar socorrer a su desdichada hermana. Y entonces ocurre algo increíble.

Las cigüeñas se abalanzan sobre el ave malherida con sus picos afilados, picoteándola sin piedad. Por un instante, Marija considera la posibilidad de interponerse entre ellas, pero la cigüeña macho le muestra a las claras que no debe acercarse. Llorando, Marija observa impotente cómo la pareja de cigüeñas ataca a la extraña que, desamparada, se ha acercado a su territorio, a su nido y a sus polluelos.

La intrusa, ajusticiada a picotazos, se retuerce agonizante aún unos segundos, hasta que termina por desplomarse. La pareja de cigüeñas permanece un momento en el lugar y después parte de nuevo a cazar para poder alimentar a sus cigoñinos hambrientos.

Marija se acerca hasta la víctima. Sí, ya no respira.

El Ojo contempla a Marija en su sueño. *El Ojo ama a esta intrépida viajera. Pero tú, Marija, no debes amar a quien ya ama a otra persona. O sí, ama y conviértete en una cigüeña intrusa y ajusticiada. Aunque así sea, puede que después las cigüeñas se vayan cada una volando en su propia dirección. Es algo que ocurre a menudo. Todos sufrirán los picotazos.*

El Ojo sabe que el amor es multiforme. Tan frágil y poderoso a la vez. Capaz de mejorar el mundo, pero también de destruirlo. Cada ojo ve el amor de forma diferente: sacrificio, deber, egoísmo, fidelidad, infidelidad, adicción, pasión, dependencia. Y no hay hoja de ruta, sólo un mirar, una contemplación desinhibida que puede conducir tanto al paraíso como a un infierno en la tierra. En ocasiones puede ser simplemente el nido de la vida, habitado y custodiado a veces, vacío otras. Seguro y tranquilo en las ramas altas de un árbol a veces y destruido sobre el musgo del bosque otras.

El Ojo contempla a Marija en su sueño: duerme, caminante, trotamundos, sueña, porque pronto despertarás y continuarás tu camino.

Traducción del letón de Rafael Martín Calvo.

Vaciar la casa

Care Santos

I

Me pasé años buscando una mantequillera. Yo, que siempre dudo de todo, sabía muy bien cómo la quería: de cristal, no de plástico; resistente, ni enorme ni diminuta, con tapa lisa o decorada (me gustan más con dibujos), con cierre hermético o sólo sin él (ninguna preferencia clara). Me la imaginé mil veces sobre la mesa del desayuno que dispongo los domingos, que yo vivo como un tributo a la familia y al tiempo que compartimos. Aquella escena dominical con mantequillera daba importancia al objeto y multiplicaba la urgencia de encontrarlo.

Pero no había forma. Un vendedor con corbata de la planta de menaje del hogar de unos grandes almacenes me sugirió que metiera la mantequilla en otra parte y renunciara a mi capricho. Me enseñó cajas, fiambreras, boles, platos... todos podían servir, según dijo. Me aseguró que hoy día nadie tiene cuidado de dónde mete la mantequilla, porque nadie tiene tiempo de desayunar con calma. Al fin, sentenció:

—Ese cachivache que buscas es un animal extinto.

Hace poco tuve que vaciar la casa de mi madre, que acababa de morir. En uno de los gigantescos armarios de la cocina encontré tres mantequilleras de cristal, decoradas, con tapa, robustas y del tamaño exacto que yo buscaba. Cualquiera de las tres cumplía mis expectativas sobre cómo debe ser una mantequillera. Las tres habrían completado la escena de la mesa dominical del desayuno. Si no fuera que sólo unos meses antes, cuando comenzaba a dar el asunto por imposible, encontré una mantequillera de mi agrado en un bazar de barrio.

Así fue mi relación con mi madre. Ella siempre tuvo aquello que yo buscaba con afán, pero nunca supo cómo dármelo. O tal vez yo no supe

(Mataró, España, 1970). Uno de sus libros más recientes es la novela *Todo el bien y todo el mal* (Destino, 2019).

cómo pedírselo y ella nunca fue muy ducha en las sutilezas de la generosidad. Mi madre tenía un egocéntrico sentido de la propiedad, que la llevaba a reclamar regalos que ya te había hecho o a enojarse al recibir un regalo que no le satisfacía lo bastante. Además, las mantequilleras eran suyas, podía hacer con ellas lo que le viniera en gana, ya fuera tenerlas todas en uso al mismo tiempo o dejar que acumularan polvo amontonadas en un armario. Acaso sea hora de admitir que si me hubiera regalado la mantequillera yo le habría asegurado que no me hacía falta o que no me agradaba. En cambio, desde que está muerta me gusta cada plato y cada cucharita, cada libro y cada pañuelo, porque son bonitos, pero sobre todo porque eran suyos. Las cosas diminutas y sin valor más que las grandes y valiosas, ése es mi patrimonio, el que estimo y ambiciono. Ése es, y también lo que nunca le dije, como que buscaba una mantequillera de cristal con tapa y dibujos.

Ésta es la verdad: mamá tenía tres mantequilleras exactamente iguales a la que yo deseaba. Nuestros gustos son parecidos. Otras cosas también. Por mucho que haya querido negarlo durante tanto tiempo, me parezco a ella en un sinfín de cosas, insignificantes o importantes. Sólo ahora que lleva unos cuantos meses muerta estoy dispuesta a admitirlo. Tal vez por eso escribo estas líneas. La mantequillera al fin y al cabo es la evidencia primera de una historia de amor y de familia que no sé si alguna vez sabré o me atreveré a escribir. Una historia que duele y que no termina bien.

II

Los lugares son como las personas que los han construido. El piso de mi madre tenía una personalidad fuerte. Era cabezota, elegante, barroco, imprevisible. En los primeros días tras su muerte me dolía imaginarlo: una escenografía vacía y sin sentido. La ropa dentro de la lavadora, los tarros de caldo del congelador, la cama aún desecha, la botellita de agua a medio beber —a medio beber para siempre— sobre la mesa de la salita. Cuando la vida se detiene deja a su paso un montón de naderías que no sabes cómo resolver.

Lo primero, pensé que debía hacer la cama. No me atreví (todavía) a deshacerla. Me esforcé mucho. Alisé con cuidado la sábana bajera, hasta dejarla tensa y sin una arruga, como a mi madre le gustaba (ella hacía la cama con rigor científico). Lo mismo con la sábana encimera —el doblez, sobre todo, debía quedar simétrico y como planchado— y con el cobertor y la mantita de lana que siempre tenía a sus pies. Los almohadones, tres, los sacudí antes de dejarlos de nuevo en su lugar. Como si aún la esperaran. Ahora sé que quien aún la esperaba era yo.

Después, la invasión de extraños. Compradores de Wallapop que se sentaban en las butacas y abrían los cajones arrugando el ceño. Los operarios del servicio de recogida de trastos viejos del ayuntamiento que protestaban porque había más muebles de los que les habíamos dicho. Anticuarios que negaban con la cabeza y decían: Esto no tiene ninguna salida, no lo va a querer nadie.

No hay nada peor que enfrentarse a las pertenencias de un muerto, dice Paul Auster en *La invención de la soledad*. Y añade que la muerte es una evasión, la última huida. Del mismo modo, un piso es una metáfora de la vida de quien lo ha habitado. Una especie de resumen de todo. Un retrato.

La casa de mi madre opuso mucha resistencia y dio muchas sorpresas. Siempre quedaba un armario por mirar, un altillo por abrir, un estante por investigar. Y todo estaba lleno hasta el extremo. Un sinfín de naderías por resolver: la vida.

Hasta que un día, de súbito, fui consciente de que empezaba a estar vacío y que me quedaba poco trabajo. En las habitaciones donde crecí había ecos. Los muebles habían dejado sombras como fantasmas en las paredes. Una de las últimas cosas que se llevaron los muchachos del ayuntamiento —sólo porque hasta el último instante estuve intentando regalársela a alguien que la apreciara— fue la *Gran Enciclopedia Espasa,* el orgullo del salón, ciento dos volúmenes de ostentosos lomos dorados que pesaban como un mundo. Mamá la había comprado, ya viuda, y la había pagado a plazos durante muchos años. Cada vez que llegaba un tomo nuevo con una *actualización* —eran otros tiempos— lo celebraba con alegría.

La misma noche en que se llevaron la enciclopedia soñé con mi madre. Paseaba por las estancias vacías de su casa, estaba muy enfadada.

—Quiero que me devuelvas todas mis cosas —dijo, y a continuación reparó en las estanterías del salón e inquirió—. ¿Dónde está la Espasa?

Ni siquiera en sueños me atreví a confesárselo.

III

De pronto, un cajón lleno de gafas. Las hay de pasta, doradas, amplias como pantallas, con vidrios de fondo de botella, ahumadas, horrorosas, aprovechables, pasadas de moda. Los cajones de casa de mi madre son como los almacenes de un gran museo: aquello que esconden es tan importante o puede que más que lo conocido y mostrado. Reconozco las manías y las convicciones de mi madre hasta tal extremo que me parece normal que mamá guardara las gafas de todos. De todos los que se iban muriendo, quiero decir.

Las gafas me observan. Treinta pares de miradas esperando a que haga algo. Lo hago: me entretengo en identificarlas. Una por una. Las del abuelo, que murió cuando yo tenía cuatro años, las del hermano que no debería haber muerto tan joven, las últimas que llevó mi madre —las añado a la colección, las conmino a mirar a las otras— y, claro, las de papá. Varias: mi padre era miope y para él las gafas, como me pasó a mí cuando heredé sus dioptrías, eran una necesidad de la que nunca pudo desprenderse.

Busco las fotografías familiares. Es raro tener frente a mí este fragmento de la fisiología de tanta gente querida. La montura dorada de las gafas de papá la reconozco enseguida en una foto que se repite sobre los muebles del piso vacío. Muestra a mi padre con una expresión tan severa que parece enfadado. Me parece curioso que mamá, que pasó toda la juventud regañando a mi padre porque no sabía sonreír en las fotos, escogiera justamente ésta para recordarle. Es una imagen con su propia historia: formó parte de un cartel electoral de UCD aquel año en que mi padre decidió presentarse en las listas municipales. La democracia era nueva a estrenar y él tenía casi cincuenta años. UCD no ganó y todo se quedó como estaba.

Salvo la foto. A mi padre le divertía ver su cara colgada por los muros de nuestra ciudad. En algunos carteles alguien le había pintado bigotes retorcidos, barbas de profeta o un parche de pirata. Los señalaba y se reía. Le divertían aquellas transformaciones. Cuando ahora veo su rostro tan serio me entran ganas también de pintarle bigotes, barbas o complementos de pirata. Para reírme y para verlo reír.

Algunas gafas, a pesar de mis esfuerzos, permanecen anónimas. Por más que busco entre las fotografías no sé a quiénes pertenecieron. Gente que no se dejó retratar o que llegó demasiado pronto a los tiempos de la imagen. Son las primeras que echo a la basura. Lo hago con convicción. Prefiero la memoria a los cachivaches. He decidido escribir para retener. Pienso todo esto mientras lleno de gafas una bolsa de basura que huele a lavanda. Debería regalarlas a alguna ONG de esas que envían material óptico a quien lo necesita, pero no me gusta la idea de que las expresiones de mis parientes se instalen en otros rostros, por lejanos que estén. Hago mal siguiendo el imperativo de los sentimientos. Hoy mis sentimientos me ordenan deshacerme de todo.

Las últimas que introduzco en la bolsa son las de mi padre y mi madre. Por un instante me planteo conservarlas. Me las pruebo ante el espejo, un par detrás de otro. Me observo con cuidado, me interrogo. No sé qué esperaba, pero no ocurre nada. Sólo soy yo con las gafas de mi padre y de mi madre. Y las dos me quedan fatal ✖

Poemas de Vinegar Hill

[selección]

Colm Tóibín

Mysterium Lunae

Anoche
la luna
era un vacío en el cielo.

Las estrellas circundantes
hacían lo de siempre.
Estar

a millones de kilómetros
lejos,
o a millones de años luz,

y estar del todo exhaustas.
Pero la luna es un vacío,
un mero espacio indicativo

Mysterium Lunae

Last night / I saw that the moon / Was empty in the sky. // The stars around did / What they do. / They are // Millions of miles / Away / Or millions of years, // And are totally exhausted. / But the moon is blank, / Just a space to show / Where it might have / Been. We will tell / Whoever will attend // That the moon used to catch / Light from the sun / And waxed and waned: // Full, sickle, half / Moon.

(Enniscorthy, Irlanda, 1955). Estos textos forman parte de su primer libro de poesía *Vinegar Hill* (Beacon Press, 2022).

de donde hubiera estado.
Contaremos
a quien quiera que nos escuche

que la luna solía reflejar
la luz del sol
y cumplir todos sus ciclos:

llena, creciente, menguante.
Y se le escribían canciones:
Blue Moon, La canción de la luna

(de «Rusalka»),
Moon River, The Dark
Side of the Moon.

The Moon and the Melodies.
Estuvo de moda, en un tiempo,
la luna.

Ha dado un gran paso,
un paso triste,
la humanidad toda.

Pronto, al sol se le acabará
el hidrógeno.
Y llegaremos

al final.
La desaparición
de la luna

And the songs: / *Blue Moon, Song to the Moon* // (From «Rusalka»), / *Moon River, The Dark* / *Side of the Moon*, // *The Moon and the Melodies*. / It was all the rage, once, / The moon. // It was a large step, / A sad step, / For mankind. // Soon, the sun will run / Out of hydrogen / And it will all // Be gone. / The disappearance / Of the moon // Is just the start. / I am working day and night / On my book, //

es sólo el principio.
Trabajo noche y día
en mi libro,

a sabiendas de que será
lo último
sobre el tema.

Compondré,
ayudado por científicos,
una descripción concisa

de las cosas antes de la explosión,
ese vacío magnífico,
la sopa preastral,

la gravedad bailando
como una sardina
en la parrilla.

Y la astuta preexistencia
de átomos y partículas,
y lo que tardó un neutrón

en estar seguro
de que no era un protón,
y la guerra

Knowing it will / Be the final word / On the matter. // I will compose, / With aid from scientists, / A description in concise // Prose, of the time before the bang, / The gorgeous vacancy / The pre-astral soup, // Gravity dancing like / A herring / On the griddle-oh, // And the sly almostness / Of atoms and particles, / And how long a neutron // Took to be certain / That it was not a proton, / And the war // Between infinity and / Eternity that would have / Gone on for ever / Had the world, / Oozing immanence, / Not begun to roll, // With its built-in / Obsolescence, /

entre el infinito
y la eternidad
que hubiera existido siempre

si el mundo,
exudando inmanencia,
no hubiera comenzado a caer,

con su obsolescencia
dentro,
su fecha de caducidad,

su brío y sus oh la lás,
todo
lo que importaba.

Hay una gran calma aquí
y ahora. Las olas,
por supuesto, se han detenido.

El mar está liso,
pronto será
sólo un sitio sin interés.

No hay nada
que fuerce
las mareas.

Si en alguna reunión se lee
el poema de Matthew Arnold
todos se maravillan

Its sell-by date, // Its oomph, its ooh-la-la, / Its everything that / Is the case. // It is calm here / Now. Waves have / Stopped, of course. // The sea has settled / Down; soon it will / Be a fly-over state. // There is / Nothing to compel / Its tides. // At gatherings, they read / Matthew Arnold's poem / And marvel // At the lines about the / Sea being calm tonight. / What else is there? // But it wasn't always calm. / I can swear to that. / I remember // Redondo Beach / And the waves high /

ante los versos que describen
el mar en calma esa noche.
¿Qué otra cosa hay?

Pero no siempre estuvo calmo.
Puedo jurarlo.
Recuerdo

Redondo Beach
y sus olas altas
y el sol

poniéndose
en el horizonte.
Es extraño, pero no

me acuerdo de la luna.
Aunque tendría que haber estado allí
en algún lugar.

Pero ya puedes buscarla
todo el tiempo que quieres,
la luna es algo del pasado,

como lo analógico,
o la costa occidental,
o la biblioteca de Alejandría,

o *Sic transil gloria*
Mundi, un bello
y viejo dicho.

And the sun // Going down / Over the horizon. / Strange, I have // No memory of the moon. / But it must have been there / Somewhere. // But, no matter what, you can / Look all you want, / The moon is in the past, // Like analogue, / Or the western seaboard, / Or the library at Alexandria, // Or *Sic transit gloria / Mundi*, a lovely / Old saying // Long eclipsed / By more fashionable / Tongues that yet are // Speechless at / The vacancy / In the night sky. // They are / Howling at the / Thing not there // That we want back / Now, or at least / Soon.

Eclipsados hace mucho
por voces más modernas
que aun así no encuentran

palabras para referirse
al vacío
en el cielo nocturno.

Están
aullando
a lo que ya no está allí

y que queremos que reaparezca
ahora,
o pronto al menos.

Anton webern en barcelona

19 de abril de 1936

Alguien consumido se acerca a este lugar improbable,
Sin buscar refugio, ni nuevas sobre sus amigos,
Pero revelando tentativamente a quien quiera que tenga el control
Que el director, aunque triste, conoce bien la partitura,

Ha caminado por las calles, escuchando los ruidos de abril,
Los vencejos en la ciudad de nuevo, nadando por el aire,
Las tropas congregándose, como si fueran convocadas por la nueva
[estación,
Los músicos esperando instrucciones, el público en la calle todavía.

Anton Webern in Barcelona

19 April 1936 // Some who have faded approach this uncertain place, / Asking not for shelter, or news of friends, / But tentatively telling whoever is in control / That the conductor, in sadness, knows the score, // Has walked the streets, listening to April noises, / The swifts back in the city, swimming in the air, / Troops gathering, as though summoned by the season, / Players awaiting command, the audience still outside.

Arafat en Túnez

«Estate listo tan pronto como suene el teléfono.
En ese mismo instante baja las escaleras. No te retrases».
Organizado por los franceses antes de replegarse,
la luz sobre el mar era algodonosa.
Las palmeras se alineaban en los bulevares, el aire
era dulce; todo era tranquilidad, orden y comodidad.

Mis guardianes despertaron la ciudad dormida.
La joven me gritó que entrara
en el coche. El chófer estaba allí,
tenso, alerta, mirando a su alrededor con desconfianza.
Y entonces fuimos a gran velocidad, siguiendo una ruta
absurda, hasta llegar al campamento.

Tomé notas, y después escribí sobre
lo que Arafat había dicho. Yo era el periodista.
Pero, después de los años, lo que más recuerdo
es la luz tenue de la sala de espera,
y tal vez una docena de hombres jóvenes con chaquetas de cuero
y *jeans* ajustados, sus guardaespaldas,

Arafat in Tunis

«As soon as the phone rings, you be ready / Come downstairs that instant. Don't delay» / Arranged by the French before they cleared out, / The light over the sea was soft cotton. / Palm trees lined the boulevards, the air / Was sweet; all was quietness, order, ease. // My minders cut the sleepy city open. / The young woman screamed at me to get / Into the car. The driver stood by, / Tense, alert, looking warily around him. / And then we drove at speed, using a route / That made no sense, to the compound. // I took notes, and later I wrote about / What Arafat said. I was the journalist. / But, after all the years, what I recall most is the

sentados o apoyados contra la pared, estudiándome
perezosos, con los ojos velados, sin revelar nada.
Me pregunté lo que harían por la noche.
¿Comerían todos en una mesa larga como los discípulos?
¿Dormirían obedientes en una hilera de camas?
¿Sería uno de ellos un favorito, o tal vez dos?

Me gustaron las poses adoptadas por esos hombres.
Al mirarles uno a uno, estoy seguro
que miré más de la cuenta, de una forma que no dejó duda alguna.
Algunos me devolvieron la mirada, cautelosos, antes de retirarla.
Y justo cuando me llevaban al lugar de la entrevista,
unos pocos me miraron otra vez, imperturbables y aburridos.

Versiones del inglés de Enrique Juncosa.

dim light in an ante-room, / And maybe a dozen young men in leather jackets / And tight jeans, his bodyguards, // Sitting or leaning against the wall, studying / Me lazily, eyes hooded, giving nothing away. / I wondered what they did when darkness fell. / Did they eat at a long table, like disciples? / Did they sleep in a row of beds, obedient? / Was one of them a favourite, maybe two? // I liked the poses struck by those men. / In checking each one out, I am sure that / I gazed too much, too unmistakably. / Some glanced back, guarded, then looked away. / And just as I was ushered towards the interview, / A few of them took me in again, unbothered, bored.

Madame Lazare

[fragmento]

Tadhg Mac Dhonnagáin

Hana, París, 1995

Aunque había tranquilidad durante el día mientras Levana estaba en el colegio, la cosa empeoró en lo relativo al sueño de Hana por la noche. Un par de semanas después de que Levana volviera a la escuela, Hana tuvo una pesadilla que le dio un susto tremendo. La trasladó en el tiempo a un momento en el que aún no vivía en Francia, mucho antes de que nadie la llamara Hana. La imagen que recuperó era muy vívida y clara, cada piedra y cada brizna de hierba tan limpia y brillante, cada extensión de musgo de color tan abigarrado, cada destello de sol sobre la mar tan vivo, tan vívido que quedó completamente conmocionada durante días.

Estaba en Aran, en la playa de Cill Mhuirbhigh. Era un día luminoso de verano y la playa se veía tan grande, tan larga y tan ancha como jamás la había visto.

Estaba acompañada. Bid estaba a su lado, a los ocho o nueve años de edad.

Era extraño que Bid estuviese en la playa. Ella no era de playas, ni conchas, ni pájaros, ni nada por el estilo.

Pero las dos estaban allí de pie, hombro con hombro. Las dos hermanas, Bid y Muraed, como si nunca hubieran abandonado el lugar. Sus pies descalzos acariciados por la arena de Cill Mhuirbhigh, mirando al este a través de la Bahía de Galway, hacia la isla principal de Irlanda. No había más que una flor blanca en el jardín del pescador. El agua azul era una tabla lisa que llegaba hasta la costa de Conemara. El olor salobre y el olor a algas estimulaba sus fosas nasales.

(Aghamore, Irlanda, 1961). Éste es un fragmento de su novela *Madame Lazare* (Barzaz, 2021).

En brinco de algún ser a través de la arena, un pequeño pájaro corriendo a toda velocidad cerca de donde estaba plantada una gran gaviota argéntea. Una de las alas le colgaba del costado.

—¡Mira, Bid! —gritó ella—. ¡Un chorlitejo!

Deduciendo que el pajarito tenía rota el ala, trató de explicárselo a Bid, la gaviota. La gran gaviota hambrienta que perseguía al chorlitejo con avidez que ardía en sus ojos amarillos. Temía el chorlitejito que la gaviota fuera adonde estaban sus huevos. Por eso usaba la artimaña del ala. Trataba de engatusar al ave grande para que fuera donde ella, tan lejos como fuera posible de sus huevos.

—¿Huevos? —dijo Bid, la glotonería inundaba ahora sus ojos azules—. ¿Qué huevos?

Se dio cuenta de que Bid era más peligrosa que cualquier gaviota. Pero en el sueño no tuvo más remedio que obedecer. No pudo evitar dar una respuesta honrada.

—Están un poco más allá —dijo, siguiendo el camino emprendido por el chorlitejo, que corría en dirección oeste por la playa. Bid la siguió.

En medio de las piedras que se alzaban sobre la playa se detuvieron. Se agacharon. Había cuatro huevos, del mismo color gris moteado que las piedras lisas que tenían a su alrededor. Se puso en cuclillas para verlos bien. Eran preciosos.

—No pasará mucho tiempo antes de que los pollos rompan la cáscara desde dentro —dijo con un susurro, mirando a Bid.

Su hermana hizo una mueca.

—Mira —dijo—. ¡Otro huevo!

Bid se inclinó y agarró una guija. Le encantaban las guijas. Las recogía de la playa y se las llevaba a casa para jugar con ellas. Ésta que Bid tenía ahora era bonita, jaspeada con pequeñas marcas resplandecientes.

Bid estaba ahora sobre el nido del chorlitejo. Extendió las dos manos, con la piedra pesada descansando sobre sus palmas.

—Llévatela —dijo.

En ese momento Muraed supo demasiado bien lo que iba a suceder. No quería tener parte en ello. Sea como fuere, no tenía elección. Agarró la piedra con sus propias manos y estiró sus extremidades, la masa lisa suspensa sobre el nido del chorlitejo.

—¡Suéltala! —exclamó Bid.

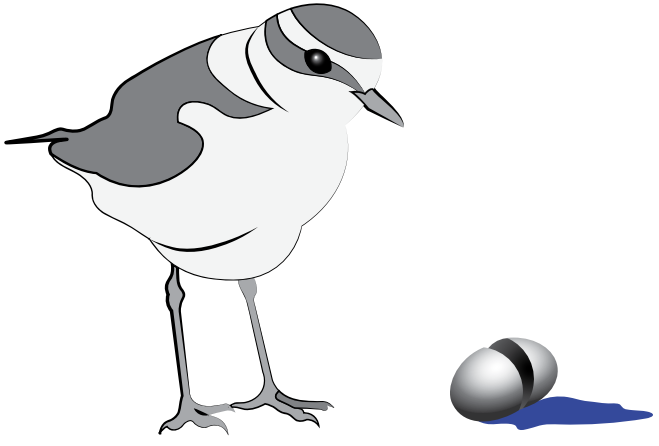
Dejó de agarrar la piedra. Notó que la superficie frotaba sus dos manos y cómo el duro bulto empezaba a caer.

Entonces, se diría que Dios había puesto su mano sobre el mundo de alguna manera, como si quisiera retardarlo todo durante unos instantes. La piedra siguió cayendo, pero despacio, despacio, dando ahora vueltas en el aire a mitad de camino entre las manos de Muraed y el suelo a sus pies. Se diría que la piedra se pasó todo el día haciendo ese trecho, sin prisa, apuntando a su destino. Muraed vio de nuevo que el atisbo de una sonrisa se extendía por la cara de Bid, como un parche de oscuridad que se viese cernir tras una colina, un día soleado.

Finalmente, la piedra golpeó el nido del chorlitejo. Las paredes moteadas de los huevos cedieron lentamente a la presión repentina. Estallaron la yema y la clara y los añicos de la cáscara saltaron por todas partes, volando en todas direcciones. Un salpicón viscoso le impactó en la falda, goteando en el suelo la yema embadurnándolo.

Se despertó de un sobresalto. Se enderezó en la cama, su pulso como si fuera un tambor en el oído. Samuel se movió a su lado y se apartó de ella.

Volvió a tenderse lenta y morosamente sobre la columna vertebral. Escuchó su propia respiración al inhalar aire, al exhalarlo. Trató de acompasarse a ese ritmo. Fuera, dentro, fuera, dentro. Inhalar, exhalar. Como harían las olas sobre la arena.



Sobre la playa de Cill Mhuirbigh.

Volvió a dar un respingo.

A un lado de la calle un coche bajaba murmurando la Rue du Chemin Vert. El corazón de ella golpeaba su caja torácica. Se levantó y se dirigió a la cocina.

La luz iluminaba la sala y la puerta del dormitorio de Levana, abierto de par en par. Fue hacia ella, pacíficamente acostada hecha un ovillo, exactamente igual a como su madre había descansado en esa habitación cuarenta años antes que ella.

Hana entró en la cocina.

Abrió la nevera y sacó un cartón de leche. Llenó una taza y la metió en el microondas.

Entonces se le ocurrió una cosa: la gente acude a una en sueños para pedir que rece por ella. Bueno, al menos así venían los habitantes de Aran hacía mucho, si necesitaban auxilio para abandonar el Purgatorio y poder entrar en el Paraíso.

¿Siempre vendrían de noche? Hana no había escuchado nunca que los habitantes de París regresaran a los suyos para hacerles peticiones de esa clase. Pero nunca tuvo mucho trato con los católicos de París.

Sacó la leche caliente y fue con ella a la mesa. Si Bid buscara oraciones, eso sería porque estaba perdida. ¿Pero había muerto recientemente? Su hermana le llevaba dos años, lo que significaba que cumpliría sesenta y nueve en septiembre. No era mucha edad, especialmente en América, un lugar en el que todo el mundo vivía muchos años. Ojalá.

¿Pero vendría Bid a ella nuevamente, a rogarle que dijera una oración por su alma? Se imaginó haciendo esa pregunta en voz alta entre los amigos de Samuel en la sinagoga.

Si aquello era malo, las cosas que turbaban de noche su sueño todavía podían empeorar. Y eso era algo que iba a suceder. Si Bid estaba regresando de algún rincón oscuro en el fondo de su cabeza, también lo haría Páraic tarde o temprano ✖

Traducción del irlandés de Antonio Rivero Taravillo.

El refugiado
[fragmento]
Arnon Grunberg

«La niña pájaro está enferma». La mujer de Christian Beck lo despierta con estas palabras temprano una mañana de ambiente bochornoso debido al calor que se ha acumulado durante semanas en la vivienda. Lleva puesto el camisón blanco que ya tenía cuando era una niña de doce años.

Beck teme que aceche el peligro y, como no sabe exactamente de qué lado vendrá, tiene el sueño ligero. Su mujer no ha tenido que esforzarse mucho para despertarlo, ha bastado con su voz susurrante y la palabra *enferma*. Beck sabe que la muerte ataca donde menos lo esperas; así que, para ganarle la partida, ha decidido esperar a la muerte siempre y en todas partes. Algo en él ha muerto y él aguarda a que lo demás también muera para que así todas las partes de su cuerpo sean iguales o —claro está, eso también es posible— hasta que la parte muerta reviva, como un brazo paralizado que se mueve inesperadamente. No pierde la esperanza, pues no sabría cómo hacerlo. Si hay algo demencial en él es su esperanza, por ello ha decidido reprimirla, pues tener demasiada resulta sumamente peligroso. Aunque, por supuesto, su esperanza no se ha desvanecido del todo. Le pasa lo mismo que a la madre cuyo hijo ha desaparecido y que le dice al periodista: «Escriba que creo que está vivo, escriba que sé que está vivo».

Beck sabe que vive. Se incorpora, recuerda vagamente que ha soñado con la agencia de traducciones donde trabaja. No es la primera vez que sueña con ella. La palabra *enferma* no se le va de la cabeza. *Enferma* es como el golpe en la puerta que esperaba hace meses, y por eso le asombra que sólo ahora vengan a arrestarle. Consigue mantener la apariencia de despreocupación. «Han tardado ustedes mucho, caballeros».

Ve el rostro atemorizado de su mujer, ella aprieta su nariz contra la de él; conoce bien ese rostro, mejor que el suyo propio, ¿cuántas veces no lo

(Ámsterdam, Holanda, 1971). Éste es un fragmento de la novela *El refugiado* (Tusquets, 2009).

habrá mirado?, ¿mejor dicho, estudiado? Igual de bien conoce su camisón, su cabello. Como otras veces a esta hora del día, su mujer lleva todavía un resto de crema de noche en la aleta de la nariz, pero el miedo es nuevo. El miedo parece deformarle la cara.

Christian Beck traduce manuales del inglés al alemán, instrucciones de uso para aspiradoras, automóviles, impresoras, fotocopiadoras, patinetes eléctricos. Es un traductor muy apreciado por su exactitud y su amabilidad. En la agencia de traducciones trabajan seis personas, incluida la coordinadora.

A veces, un traductor dice: «Hoy es mi cumpleaños, hay una tarta en la cocina». Entre manual y manual, Beck va a la pequeña cocina, corta un pedazo de tarta, aunque no le apetezca, y acto seguido felicita cordialmente al que cumple años. Casi siempre se toma la molestia de hacerle preguntas personales que no puedan herir los sentimientos de nadie. Y cuando llega su cumpleaños anuncia: «Hoy es mi cumpleaños, he dejado una tarta en la cocina».

En la agencia, los traductores van y vienen, la mayoría no se queda más de un año, a lo sumo año y medio, pues para ellos, traducir manuales es un trabajo temporal. Beck lleva más de diez años trabajando allí. En una ocasión le propusieron el puesto de coordinador, pero eso significaba que tendría que hacer jornadas más largas y que tendría que asumir más responsabilidades, aunque claro está que también ganaría más. Declinó amablemente la oferta.

Todos los traductores han tenido que firmar un formulario en el que asumen la responsabilidad por los accidentes que puedan producirse a consecuencia de sus errores de traducción, pero ésta no es la razón de la meticulosidad de Beck. Él considera que la gente tiene derecho a un aparato con un buen manual de instrucciones. Si se percata de que un traductor nuevo es descuidado, le dice: «Tómate tu tiempo, nos pagan por hora, no por palabra».

El hecho de que nunca hable de sí mismo no llama la atención a nadie ni le hace parecer un hombre misterioso ni enigmático, puesto que él es lo que aparenta ser: una persona feliz, feliz con poco. Al igual que jugar tenis o billar, ser feliz con poco es una cuestión de práctica. Beck ha practicado mucho y por fin lo ha conseguido sin recurrir a Dios ni a la meditación ni a ninguna infusión rara. Beck considera que semejantes remedios sólo están reservados a los tramposos y él no es ningún tramposo, él es de los que se encaran al abismo sin red de seguridad.

De vez en cuando, al salir del trabajo, se va con algunos colegas a beber una cerveza. Entonces es menos serio de lo que cabría sospechar al verle inclinado sobre los manuales de instrucciones. Sobre todo es una persona poco llamativa, pero lo es por elección propia. Cierta dosis de invisibilidad es una condición para la felicidad.

Beck observa el rostro de su mujer, sus cejas negras, su piel; es un hombre al que le gusta la piel, las manchas, los granitos, las escamas, el vello y también la suavidad, el calor, el sudor, los poros que se abren con el calor. Entonces, su mano derecha se desliza sobre el pequeño escritorio que hay junto a la cama, en busca de sus gafas, como si ya no viera bastante, como si quisiera ver más. Olisquea a su mujer, huele su desodorante que tiene un perfume bastante intenso, en los días de calor ese perfume le resulta casi excesivo, pero él nunca dice nada. No tiene sentido decir en voz alta todo lo que uno piensa, pues con ello sólo se consigue engendrar opiniones que no habrían tenido que nacer nunca. Peleas que degeneran, una palabra provoca la siguiente, alguien coge un tenedor o un destornillador, y ¿por qué? No hay nada que ganar.

El horario de la agencia de traducciones es agradable, de doce a cinco. Pero Beck sale de casa ya a las nueve y media. Su mujer se dedica a la investigación científica, y desde hace unos años trabaja en casa. Él no quiere molestarla, por eso se pasea, lee algo en una biblioteca pública, y si hace buen tiempo, en un parque. Al principio, su mujer tenía un pequeño despacho en la universidad, pero era demasiado ruidoso, y en el departamento había personas que ella no soportaba. Mujeres superficiales que armaban alboroto, eso aún tenía un pase, pero es que encima no paraban de quejarse en todo el día. Por eso decidió completar su tarea investigadora en casa.

Su investigación tiene que ver con experimentos acerca de la adquisición del lenguaje en los animales; raras veces hablan de ello. Como tampoco hablan de los manuales de instrucciones. Tienen otras cosas de las que hablar. No comparten el trabajo, comparten el olor del otro, su pasado, su cama, su soledad, esto último quizá más que todo lo demás. La soledad se comparte en silencio, implica cierta resignación, pues uno sabe que esas cuantas fisuras serán las únicas que podrán abrirse en el aislamiento, sabe que ha alcanzado los límites de lo que puede llamarse «encuentro» y que no podrá acercarse más al otro. Acercarse al otro es una quimera, acercarse todavía más es peligroso.

A menudo, la gente espera injustificadamente que su pareja o su amante pongan fin a la soledad. Beck y su mujer no lo esperan, en realidad

esperan poco el uno del otro, incluso comparten eso. Lo que Beck busca en una mujer es que lo conmueva, aunque es algo que tardó bastante en descubrir. No busca satisfacción ni amor expresado de forma visible y exagerada; tampoco busca confirmación —además, confirmación de qué, ¿de sí mismo?—. No, ya no la busca y el misterio tampoco es que le interese demasiado. Todo eso está bien para pasar un rato, pero a la larga sólo se puede aguantar si le conmueven a uno. Quizá lo que Beck busca es inocencia, y no sólo en la mujer. Es la inocencia lo que le conmueve, y a veces tanto, que ha de luchar contra las lágrimas, aunque nadie vea la lucha ni las lágrimas. Al igual que las opiniones que se expresan y que así adquieren vida propia, Beck sabe que las emociones que se hacen públicas pueden acabar siendo más intensas de lo que les conviene a los implicados. El amor es disciplina pura y dura, como puede serlo el asesinato en masa o el trabajo en una fábrica; el amor no es ceder a las emociones sino luchar contra ellas. Las personas que no logran dominar sus emociones son imprevisibles y muy peligrosas. Christian Beck es lo que podría llamarse un buscador de inocencia, un coleccionista de inocencia, como quien colecciona mariposas. Se alimenta de la inocencia de otros y siente melancolía porque sabe que su alimento está en vías de extinción y que él contribuye a ese proceso.

Mientras observa el rostro asustado de su mujer, y con la mano izquierda le sostiene la cabeza sudorosa, no puede reprimir la idea de que es él quien la ha hecho enfermar. Igual que se hizo enfermar a sí mismo en otro tiempo. Una enfermedad tiene que venir de algún lado; las enfermedades salen arrastrándose de él, como gusanos de abajo de una piedra.

Beck llama *niña pájaro* a su mujer, y a veces *pajarillo*, desde hace años, en realidad desde que se conocieron. En un momento dado ella adquirió la costumbre de referirse a sí misma en tercera persona. Sobre todo en los momentos más felices e íntimos. Por ejemplo podía decir: «La niña pájaro se va a comprar agua». Una costumbre que conmueve tanto a Beck como el hecho de que sea tan cuidadosa con sus cosas, que siga poniéndose el camisón que llevaba cuando tenía doce años. Raras veces tira algo, lo arregla todo una y otra vez: zapatos, camisas, vestidos, sábanas, calcetines, despertadores.

Mientras sostiene su cabeza sudorosa, sabe que debería preguntarle: «¿Qué te pasa?», pero el miedo pintado en el rostro de su mu-

jer como gruesas capas de maquillaje parece contagiarle, le quita el aliento, hace que su lengua se vuelva pastosa y lenta. Sólo consigue pensar: «La he hecho enfermar». Esta idea no le asombra ni le preocupa. Nunca la pronunciará en voz alta, pero no se la puede quitar de la cabeza. Los reproches que uno se hace a sí mismo son los recuerdos con los que se duerme y con los que se despierta.

La cabeza de ella está más bañada en sudor que nunca. Tiene la parte posterior de la cabeza redonda porque, según le contó en una ocasión, de bebé siempre dormía boca abajo. Ahora eso está prohibido, debido al síndrome de la muerte súbita. Ella sigue durmiendo boca abajo, con los brazos medio estirados hacia arriba, como si un sueño profundo y reparador se hubiese apoderado de ella mientras nadaba a braza.

Hace calor en la vivienda, llevan años hablando de comprarse un aparato de aire acondicionado, pero cada año dicen que en esta parte de Europa los veranos no son tan calurosos, que sería tirar el dinero y que también pueden vivir sin aire acondicionado. Y sin embargo, año tras año hay días —y este año incluso semanas— en los que repiten el ritual. Acuden a las tiendas, toman medidas y cuando por fin llega el momento en que piensan: «Sí, vamos a comprarnos uno», se acaba la ola de calor.

Ayer, un periódico sensacionalista sacó en primera página: EUROPA SUCUMBE A LA OLA DE CALOR. En la cocina de la agencia de traducciones hay una pila de periódicos sensacionalistas recién salidos de la prensa cuyo objetivo es ofrecer tranquilidad y distracción a los traductores durante la pausa.

Con las gafas puestas, Beck sonríe a su mujer, pero ella no le devuelve la sonrisa. Él ve sus mofletes de hámster y su naricita. Le limpia la crema que la noche anterior no extendió bien y se acuerda de que hoy tenía previsto comprar una maceta para una planta. La había puesto en su lista, y por si acaso había añadido: «Mirar aparatos de aire acondicionado». Quizás este verano lo consigan.

La investigación científica no aporta dinero, es más: salvo contadas excepciones cuesta dinero. Y aunque la agencia de traducciones le paga bastante bien por realizar un trabajo que en realidad no es muy complicado, siempre tienen que aplazar la compra de determinados aparatos. Viven como si fueran estudiantes, quizá como si volvieran a serlo. Beck ha abolido la idea de que en la vida es preciso avanzar. Esa idea de que hay que progresar le supera. Nada tiene que progresar, salvo quizá la investigación de su mujer, pero el resto no, nada.

Su colección de inocencia sí que progresa.

El trabajo de Beck es insignificante, el de su mujer no. La investigación es uno de los muchos objetivos que se ha fijado ella. Beck apoya sus proyectos. Y la aspiración de Beck es bastante clara: quiere hacer feliz a su mujer. Cualquiera diría que eso es un ideal viable. La felicidad no puede ser tan imposible, sobre todo la de los demás.

Durante años, Beck intentó hacerse feliz a sí mismo, pero era un callejón sin salida. Quien intenta hacerse feliz a sí mismo acaba en una vía muerta y oxidada; aspirar a la felicidad propia equivale a entrar en el infierno.

Un buen día, diez años antes, decidió que haría feliz a su esposa, aunque eso significase que debía obrar en contra de sus propios deseos. De todas formas esos deseos le parecían cada vez más ridículos, eran como insectos, absurdos en su insaciabilidad, infatigables como hormigas, una plaga, eso habían sido para él esos deseos. Y así va él por la vida, como una persona que ha resistido una plaga, alguien que durante días, semanas y años ha estado rodeado de un enjambre de abejas y que, a pesar de haber recibido algunas picaduras, ha salido relativamente indemne.

Al principio, experimentaba un placer sardónico violando sus propios deseos, aunque el verbo «violar» podría evocar asociaciones equivocadas. No es que violara sus deseos, sino que los ignoraba, había renunciado a ellos como se renuncia a un mal hábito.

De eso hacía ya diez años. Cada vez le cuesta más recordar su vida anterior, incluso la llama su otra vida, aunque es consciente de que se trata de una falacia, pues es imposible levantar un muro de Berlín entre uno mismo y su pasado. Sin embargo, el regusto que le dejó la plaga en la boca va desapareciendo, y eso no es ninguna falacia.

En el trabajo, los colegas le preguntan a veces por esa pequeña felicidad suya, con la suspicacia de las personas que creen que es un error, pero que por si acaso preguntan. Beck siempre contesta lo mismo: «La gran felicidad no existe, sólo el sufrimiento es grande, la felicidad nunca». Y luego baja rápidamente la vista y mira sus manuales de instrucciones, porque sabe que esa respuesta es demasiado simple, está demasiado orientada a poner fin a la discusión. No quiere imponer su vida a otros, ellos no han tenido que soportar la plaga, miran de otra manera las cosas cotidianas, no sienten la necesidad de mantener el mundo a distancia, porque no han experimentado lo amenazador que puede ser el mundo. Beck sabe que los demonios que le sedujeron siguen merodeando ahí fuera, y por ello le cierra la puerta al mundo, para proteger su felicidad.

Las personas no tienen que intentar sorprenderle, pues para él una sorpresa equivale a una amenaza, una violación del estricto orden de su jornada, un ataque contra su sistema que, aunque funciona, puede tambalearse, y él lo sabe. Para alguien que se ha dado cuenta de que vivir ya es pedir demasiado, resulta difícil —y quizás imposible— regresar a un mundo donde la vida es algo que se da por sentado. Beck teme el momento en que vuelva a abrumarle la idea de que está vivo. Por ello ha ideado reglas y leyes. Es un hombre que elabora listas de las cosas que hay que hacer a lo largo del día y que luego pueden tacharse. Todavía está luchando, pero prácticamente ha ganado: es feliz con poco, en realidad con mucho, pues cada vez más a menudo, ese poco le parece mucho.

Los grandes ojos de su mujer son ahora aun más grandes que de costumbre, y repite las palabras con las que lo despertó hace apenas un minuto: «La niña pájaro está enferma».

Beck quiere abrir la boca para decir algo, pero como teme que sus preguntas no tengan respuesta, se limita a apretar contra sí la cabeza sudorosa de su mujer. Se siente invadido por una rabia que descarga en ella —la inocente—, puesto que no hay nadie más con quien enfurecerse. Todo aquello con lo que podría estar enfadado está allí, lo que sostiene en la mano es su vida, y él la nota húmeda, caliente, viva, y temblorosa.

El miedo de su mujer es realmente insoportable, pues ese miedo lo convierte a él en culpable. Beck ha podido eliminar gran parte del dolor, se ha reído de él hasta hacerlo desaparecer, se lo ha quitado de encima como un efecto secundario insignificante, pero en este caso no. Aquí se acaba, pues aquí de nada sirven las palabras de alivio.

La rabia es cuestión de explotar y él explota. Una vez más. Ya ha explotado tantas veces, que sus explosiones se han convertido en implosiones.

Ella se lo lleva sin decir nada al cuarto de baño, lo lleva a rastras. Él se deja llevar. El camisón blanco revolotea a su alrededor, parece una niña disfrazada de fantasma.

Sólo entonces ve la sangre seca en la parte interior de los muslos de ella; en algunos lugares sigue goteando. «¿Por qué no tienes más cuidado?», querría gritarle. «¡Ten más cuidado!» Pero ¿de qué ha de tener cuidado? El destino no retrocede porque uno preste más atención.

Beck se sienta sobre la alfombra de baño, sólo lleva unos calzoncillos, ni siquiera en pleno invierno le gustan los pijamas. La coge de los pies.

—No tengas miedo, niña pájaro —le dice—, no tengas miedo.

Pero mientras lo dice, comprende que conjura más su propio miedo que el de su mujer.

Ella se suelta los pies. —Es la regla que se me ha adelantado —le oye decir. Y él le pregunta, no, más bien exclama —¡¿Tan intensa?! —. Cuando quiere, Beck es capaz de desconectar, entonces sus respuestas salen automáticamente, igual que sus movimientos. Puede vivir como una máquina. Todo en la casa de Beck se adelanta, también las reglas.

Se levanta, llama al médico, después deja un mensaje en el contestador automático de la agencia de traducciones diciendo que, hoy, seguramente llegará más tarde.

Con una esponja natural, recuerdo de unas vacaciones, limpia las piernas de su mujer y luego la ayuda a vestirse. Le habla de la noche anterior, de un conocido común pero lejano y del calor: son ejercicios de despreocupación.

Su rabia, una constante en su vida, va en aumento. Antes apretaba el puño, pero en vista de que su puño no le importaba a nadie, dejó de hacerlo. Ése fue también un motivo para apartarse del mundo, ya no quiere vivir en medio de él, sino al margen. Es imposible ser feliz y a la vez estar en medio del mundo.

—Llama a un taxi —le ordena su mujer.

Volverá a ser un día caluroso. Beck enciende el ventilador y llama a un taxi. El camisón de su mujer está sobre la cama, bien plegado.

Su despreocupación es una pose, pero es buena; detrás de ella se esconde el peso de la violencia. Por supuesto, uno puede optar por tomarse la violencia con despreocupación, pero ¿de qué le sirve si su cuerpo piensa lo contrario?

Esperan al taxi de pie junto a la puerta principal. La cabeza de su mujer sigue empapada. Él le hace cosquillas en la nuca, pero ella aparta la cabeza. Lo que sucede ahora no puede compartirse, ni siquiera una mínima parte puede compartirse.

—¡Cuánto tarda! —exclama él. Y ella contesta: —Mira, hay niebla—. —Seguro que no es nada —dice él. Ella se hurga en el oído.

—No lo hagas —le reprocha él—, así sólo consigues taponártelo más.

—Tengo que sacar algo. Está pálida y sigue hurgando hasta que llega el taxi.

En el taxi, Beck ve el espanto dibujado en el rostro de su mujer. Le ofrece un chicle. En otro tiempo, Beck habría hecho algún comentario acerca de su aliento, pero hace mucho que dejó de lado su sinceridad agresiva. Ahora considera la amabilidad como una virtud, aunque esa amabilidad sea una falacia.

Ella masca y, dado que él se niega a conformarse con el espanto que ve dibujado en su cara, le aprieta la mano suave y rítmicamente.

La sala de espera es cómoda, casi acogedora. Beck se sienta entre una mujer mayor y una embarazada, y adopta una actitud: la de un futuro padre. Las señoras le sonríen, la secretaria les pregunta si quieren té. ¡Qué amables son aquí!

El ginecólogo está a medio camino entre un forense y un bombero voluntario. Pero irradia confianza. Si alguien puede salvarte, es este hombre.

La mujer de Beck tarda mucho en salir del consultorio, mientras tanto, él intenta imaginarse lo que sucede detrás de la puerta. Las imágenes que evoca no tienen nada que ver con el placer, más bien con la tortura, la humillación, un juego desagradable que no tiene fin. Las mujeres a su lado entablan conversación.

—¿Cuándo sale usted de cuentas? —oye preguntar a una de ellas.

Él nunca quiso tener hijos. Sus instintos biológicos no funcionan o están demasiado ocupados con otras cosas. Alguna que otra vez jugó con la idea —¡y quién no!—, pero esas fantasías acababan siempre con imágenes de niños que morían en sus manos, entre sus manos, y a menudo también por sus propias manos. Para escapar a sus presentimientos, no ha tenido hijos. No es que tenga visiones, está muy lejos de creer en ovnis y criaturas extraterrestres, pero es capaz de imaginarse cualquier cosa. Un hombre no es sólo lo que hace, sino también lo que es capaz de imaginarse que hace. Beck sabe lo fácil que es traspasar el límite entre fantasía y realidad, y que, una vez cruzado, no se regresa tan fácilmente. Por eso no tiene hijos.

—¿Y usted? ¿Ya sabe algo más?

La mujer mayor lo mira expectante. Sin duda espera oír algo acerca de una nueva vida, pues si no, ¿qué hace un hombre en la sala de espera de un ginecólogo? Él decide no decepcionarla.

—No lo sabemos —le contesta—, esperamos a ver.

Hará unos diez años, más o menos en la época en que decidió renegar de su propia felicidad, Beck dejó definitivamente la escritura. Su decisión se basaba en razones prácticas y menos prácticas. Habían insistido en que escribiera algo reconocible, algo accesible, algo desenfadado. Pero por mucho que se esforzaba en escribir algo desenfadado —pues incluso en la época en que aspiraba a su propia felicidad estaba dispuesto a hacerles un favor a los demás—, lo desenfadado se le escapaba de las manos.

—¿Es el primero? —inquiere la vecina, la mujer mayor con un bolso en el regazo.

Hay preguntas que es preferible no formular delante de Beck. Ésta es una de ellas, y su sonrisa se transforma en mueca.

—El primero —asevera—. El primogénito.

—Yo sólo he venido a que me hicieran un frotis —aclara ella, como si por un solo instante él hubiese podido pensar que lo que la había traído hasta aquí era una nueva vida, como si su edad no hubiese reducido drásticamente las probabilidades a este respecto.

—Sí —asiente él—, conviene hacerlo una vez al año.

—Una vez cada cinco años —le corrige ella en tono severo y maternal. Luego saca un pañuelo del bolso. Beck cree haber oído gritar a su mujer. Quizás haya sido su imaginación, a veces oye gritos nunca emitidos.

Tiempo atrás Beck destapó algo que hubiese sido mejor no destapar, una rabia, quizás habría que llamarlo odio ciego, seguramente infundado y volcánico. Por ello decidió dejar de escribir. Christian Beck era lo bastante inteligente como para poder ser peligroso, eso era algo que sabía de sí mismo. Pero quizá no fuera una cuestión de inteligencia, quizás él, que aspiraba a mirarse a sí mismo sin ilusiones, desnudo y frío como un congelador, se hubiese visto arrastrado momentáneamente por el autoengaño. «La oscuridad, aunque tenga talento, sigue siendo oscuridad, y yo no quiero envenenar a nadie con ella», dijo en una ocasión. Ya no recuerda a quién, pues no tiene contacto con la gente de su pasado. No por antipatía, tampoco por indiferencia, sino como medida de precaución. Uno debe protegerse. La decisión tampoco le resultó difícil, pues de todas formas hacía tiempo que la mayoría de los lectores había cerrado los ojos a la oscuridad dotada de talento. Y al margen de la oscuridad, le parecía que escribir se había convertido en una ocupación irrelevante, casi absurda.

La ambición, al igual que la felicidad propia, era una plaga, una nube de insectos que revoloteaba alrededor de la cabeza y al final todos esos deseos, todas esas ambiciones, salían de la misma fuente envenenada que él había intentado cegar con tanto esfuerzo.

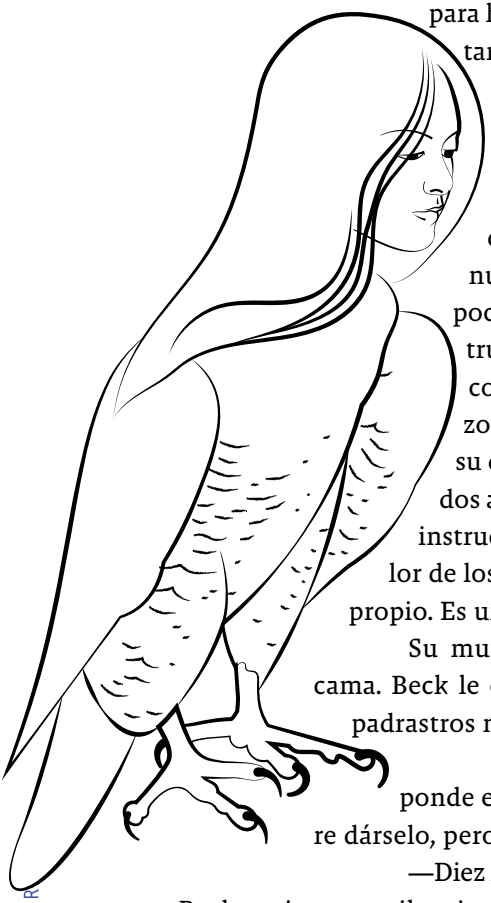
El ginecólogo abre la puerta de la sala de espera.

—Acompáñeme —le ordena a Christian Beck. Su voz suena amenazadora, pero bien podrían ser imaginaciones suyas.

Beck advierte que las mujeres lo miran con ansia, casi con entusiasmo. No pueden evitarlo; las debilidades ajenas, y por consiguiente, el dolor ajeno, nos confirman nuestra propia fuerza. Cuanto más se

debilite la vitalidad de los demás, más fuerte será la vitalidad propia. Lo mismo sucede con la voluntad de vivir, por ello a menudo parece que un perfume erótico envuelve el sufrimiento ajeno. Lo bueno de condolerse es que nunca tiene que ver con uno mismo, cuando todo ha acabado, uno puede seguir con su vivo, fresco, alegre, y también aliviado, por todo el sufrimiento que ha podido contemplar de cerca, pero que apenas le incumbe.

—Su esposa se está recuperando —le dice el ginecólogo. Su tono es formal, a la par que cordial y comprensivo. Parece capaz de comprender muy bien un dolor que no siente—. He tenido que extirpar un trocito de tejido para hacer un análisis. Lo enviaré al laboratorio, tardará cerca de una semana.



Beck envidia al ginecólogo. Él mismo inició tiempo atrás un proyecto para intentar sentir el dolor ajeno. Bueno, decir proyecto es exagerado, son más bien ideas que asaltan a Beck mientras traduce manuales de instrucciones. Por ejemplo, hace poco estaba traduciendo un manual de instrucciones de una sierra de cadena y pensó: cometo un error y un hombre se corta el brazo a causa de ese error, ¿cómo podré sentir su dolor, como podré sentirlo nunca? O quizá dos a su hijo, debido a un error en el manual de instrucciones». Tal vez Beck quiera sentir el dolor de los demás porque ya no puede sentir el suyo propio. Es una posibilidad, pero él la rechaza.

Su mujer yace sobre algo que podría llamarse cama. Beck le coge la mano, la pequeña mano llena de padrastros mordisqueados.

—¿Qué tal? —le pregunta. —Bien —responde ella. A su lado hay un vaso de agua, él quiere dárselo, pero ella niega con la cabeza.

—Diez minutos más —le dice—, y nos podremos ir.

Beck se sienta en silencio al lado de su mujer. Le ha soltado la mano, los dos tienen demasiado calor y sus manos están pegajosas.

Han llegado más personas a la sala de espera, y ahora les llega el alboroto de unas mujeres que conversan, suenan alegres, como una gran promesa.

—Ha ido bastante rápido —dice él.

Ella asiente. Ha entrado y la han atendido enseguida; la rapidez es importante.

—El espéculo me hizo daño.

Él querría hacer algo para que ella se riera, pero no sabe qué. Entonces decide arrodillarse.

—¿Qué haces? —le pregunta su mujer. —Me arrodillo. —Déjate de tonterías, que va a entrar el médico. —No hago nada malo —protesta él, aún arrodillado junto a la cama—, me arrodillo ante ti. La fuente envenenada ha sido cegada y, arrodillado en el consultorio de un ginecólogo donde las mujeres se recuperan después de una intervención, comprende que idolatra a su mujer. Pero como ella prefiere que no lo haga, Beck se arrodilla en silencio.

Transcurre una semana. La hemorragia se detuvo al cabo de un día, ya no hablan de eso, parecen haberlo olvidado. Beck ha reanudado sus actividades en la agencia de traducciones y su mujer vuelve a trabajar en su investigación. En sus conversaciones hay silencios que no parecen molestarles especialmente. Cuando regresa a casa por la noche, Beck se sienta delante de la ventana y lee. Cuando uno ha dejado de escribir, tiene todo el tiempo del mundo para leer. Ser lector es menos respetable que ser escritor, apenas aporta dinero, pero, aun así, es útil. En una ocasión se lo dijo a alguien, aunque ya no recuerda a quién.

Su mujer escribe en el ordenador hasta bien entrada la noche. —¿Qué haces? —le pregunta él. —Contesto los correos electrónicos —le dice ella sin levantar la vista del teclado—, tengo que mantener el contacto con el mundo, ¿no?

Debido a las tareas de investigación de su mujer, se mudaron a Gotinga, una ciudad de provincias no lejos de Hannover, suficientemente pintoresca como para atraer a unos cuantos turistas al año. Y muy alejada del centro del mundo. Eso cuadra con la vida que ha elegido Beck, lo más lejos posible del centro. Él se limita a hojear los periódicos; antes leía cuatro periódicos al día, además de todo tipo de revistas. Ahora ha decidido pasar el resto de sus días sin noticias, o al menos sin establecer una conexión entre una noticia y otra. Lee el parte meteorológico, y en la puerta de la entrada hay colgado un barómetro; a Beck le gusta darle de vez en cuando un golpecito. «La presión atmosférica está bajando», proclama entonces. Los rituales de la pequeña felicidad. Para mayor seguridad empezó a hablar alemán también en casa. La invisibilidad es una cuestión de asimilación completa.

Beck está delante de la ventana, junto a la única planta que tienen en casa, y espera a que llegue la tormenta, pero duda que vaya a acabar realmente con el calor. El viento sigue soplando del sureste.

—¿A quién escribes tanto? —le pregunta a su mujer.

Su relación sexual se apagó hace tiempo, pero no es ninguna calamidad. Nada que le haga perder el sueño. En la cama, se abrazan alguna vez, y cuando su mujer está dormida, él le da besitos, a veces también cuando no está dormida.

La vida sexual no da la felicidad, sino que la quita. Alguna que otra vez, él aprovecha que su mujer está concentrada en su investigación para masturbarse en el cuarto de baño. Después se lava las manos y sigue leyendo. De vez en cuando pasa delante del burdel local, sin entrar en él, y hace cuatro años tuvo contacto físico con una colaboradora de la agencia de traducciones. Primero en el lavabo, después en la pequeña cocina. Eso no hizo más que confirmar sus sospechas. Fue placentero, aunque ni siquiera de eso estaba seguro, debido a las interferencias de otros sentimientos; en cualquier caso, no contribuyó a su felicidad ni a la de otros, como mucho le produjo un aturdimiento muy transitorio.

Beck ve a otras mujeres, repara en ellas, pero no pasa de ahí. No tiene ni idea de con quién se relaciona su mujer. No hay que querer saberlo todo; querer saberlo todo es para las personas inseguras.

—He recibido una carta de Holanda —dice él.

Ella deja de teclear y él le pasa la mano por el hombro para quitarle la caspa.

—¿De quién? —pregunta ella sin levantar la vista. Reanuda el tecleado, aunque con más lentitud.

Ella conoce a mucha gente, por fuerza, pues el tipo de investigación que realiza exige tener una red de contactos sociales. Además, ella es de esa clase de personas que mantienen una red de contactos sociales, más o menos como otras mantienen un huerto. Para traducir manuales de instrucciones no hace falta conocer a nadie.

—Una revista que quiere publicar un relato que escribí hace tiempo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Ni idea de por qué. Por lo visto encaja en la edición especial.

—«Edición especial».

Detecta cierto sarcasmo en la voz de su mujer. Un eco de su propio sarcasmo, que también ha desechado. Ahora ya no tiene que asesinar a nadie con su escritura, ni siquiera a sí mismo.

Ella cierra el correo electrónico.

—No sería muy coherente que ahora diera mi consentimiento. Lo dejé porque la fuente de la cual sacaba mi inspiración estaba envenenada.

Su mujer sólo lleva bragas y está sentada sobre una toalla para evitar quedarse pegada a la silla. Suspira. Le traen sin cuidado las fuentes envenenadas.

—Aunque pagan bastante bien —añade él. —¿Qué relato? —«Los hijos del Yab Yum»—. Ella se levanta. Escribe algo en la agenda, hay papelitos revoloteando por su escritorio, apuntes, números de teléfono, nombres, direcciones.

—Hazlo —le dice ella—. Ya va siendo hora de que nos refresquemos un poco y que compremos un aparato de aire acondicionado.

Se quedan un momento delante de la ventana esperando la tormenta como hacen a menudo; a sus espaldas sopla el viento del ventilador. Luego, su mujer se da un baño, pues debido al calor le ha entrado picor, y él escribe una carta a la revista dando su consentimiento para que publiquen el relato y preguntando si pueden transferir el dinero a vuelta de correo a su cuenta bancaria de Gotinga.

Examina la planta y poda algunas hojas muertas, su mujer lee una revista sobre política internacional, la espuma de baño huele a pomelo. Cuando suena el teléfono, todavía tiene las tijeras en la mano. En contra de su costumbre descuelga, y en voz baja, casi susurrante dice:

—Diga.

Es la ayudante del ginecólogo que pregunta si la mujer de Beck puede pasar por la consulta, a eso de las nueve, quizás un poco antes, a las ocho y media si es posible.

Beck le dice: —A las ocho y media va bien. —¿Le dará el recado? —Le daré el recado—. En el cuarto de baño, la niña pájaro se ha puesto una mascarilla azul. —Pareces un pitufo —le dice él—. Que si mañana podemos pasar por la consulta del ginecólogo. Beck observa las diferentes mascarillas, las cremas, los frascos de jabón líquido. —Esto me pone mala— dice ella levantando la revista sobre política internacional. Él asiente, prefiere evitar las discusiones. Prefiere evitar todo lo que pueda desembocar en groserías. Cierra el botiquín que estaba abierto, y después regresa junto a la planta. El ventilador hace circular aire caliente. El ordenador de su mujer todavía está encendido, Beck lo apaga. Toda su vida se ha esforzado por ser independiente y, en consecuencia, por estar solo. Cuando alcanzó los límites de esa independencia, volvió a una forma de convivencia que le parecía soportable, puesto que los límites estaban bien definidos. Nadie sabe

que Beck comparte su casa con una mujer. Christian Beck considera que si otros supieran que vive con alguien, ya sabrían demasiado. En el trabajo lo llaman el «eterno soltero». En una ciudad pequeña se habla mucho, pero no sobre él.

A la mañana siguiente, la sala de espera del ginecólogo está vacía.

—¿Quieres que entre contigo? —pregunta Beck. —No —le contesta la niña pájaro—, tú quédate aquí—. Beck se sienta junto a una pila de revistas. También esta vez, la ayudante le trae té. —Con un terrón, ¿no? —Sonríe satisfecha de su infalible memoria. Mientras deposita una taza de té delante de él, Beck le devuelve la sonrisa. Le gusta que las mujeres le presten atención, aunque sólo sea durante una fracción de segundo; eso le da la sensación de que él todavía cuenta teóricamente. Beck no quiere contar más que eso: teóricamente basta.

A veces es como si estuviera haciendo una prueba. ¿De cuántas cosas puede uno despedirse antes de que la vida deje de ser vida?

Hojea una revista para embarazadas. De vez en cuando, la ayudante viene a verle. Él intenta descifrar algo en su mirada, compasión quizás, preocupación, interés amable o simple aburrimiento. Al cambiar de posición en la silla, se ve reflejado durante una fracción de segundo en el espejo que han colgado en la sala de espera para dar a las pacientes la oportunidad de arreglarse rápidamente antes de entrar en el consultorio. ¿Qué verá la gente cuando le ve? Entonces se acuerda de que la gente no le ve. No tienen ningún motivo para verle. No es que no tenga rasgos llamativos, según la policía unas gafas ya son un rasgo llamativo, pero nada en él es lo suficientemente llamativo como para ser visto realmente. En una ocasión arrestaron a Beck, aunque nunca llegaron a condenarle, y por ello sabe unas cuantas cosas sobre lo que piensa la policía acerca de los rasgos llamativos.

Recuerda haber estado sentado en la misma sala de espera una semana antes, recuerda el miedo de la niña pájaro; ahora no ha visto miedo en su rostro. Se la veía segura de sí misma, alegre, despreocupada. Aunque no lo estés, tienes que parecerlo. Se había llevado algo para bordar por si tenían que esperar, pero no tuvieron que esperar.

Su mujer sale del consultorio, lleva consigo el bolso en el que guarda todas sus cosas. Agenda, móvil, peine, dinero, bordado. No hay pintalabios, casi nunca se pinta los labios. Sólo en ocasiones especiales.

Él devuelve la taza vacía a la ayudante, que le lanza de nuevo una sonrisa seductora.

—¿Volvemos a casa caminando, niña pájaro? —pregunta él. Deciden

volver a casa caminando. —¿Y? —pregunta él cuando están fuera, debajo de un árbol. —Me muero —dice ella.

Él se echa a reír. Hay comunicados de los que uno sólo puede reírse. Se ríen los dos. Se ríen a carcajadas, hasta que él dice:

—No digas tonterías. Vale, algún día, pero no ahora. —Siguen caminando en silencio. —¿Te lo ha dicho el médico? —pregunta mientras esperan en un semáforo. —No, claro que no, los médicos no dicen nunca eso, los médicos lo dicen de otra manera, hablan de estadísticas, de experiencias, de expectativas que no tienen por qué cumplirse.

Compran un par de helados.

—Pasado mañana tengo que ir al hospital para que me hagan un examen detallado.

—Tú llegarás a los ciento tres años —le asegura Beck—, ciento cuatro y quizá ciento cinco: tú nos enterrarás a todos.

Pero mientras caminan con los cucuruchos de los helados en la mano, Christian Beck no puede evitar pensar que él tiene la culpa de que ella haya enfermado. Que no sólo le ha robado la inocencia, sino también la vida, como si la vida estuviera contenida en esa inocencia.

En casa, ella toma un baño y después contesta correos electrónicos, sentada sobre una toalla.

Beck se tumba en el suelo sobre una manta para así poder sujetar los pies descalzos de su mujer, y luego quedarse dormido lentamente.

—No me hagas cosquillas —protesta ella.

Mientras uno persigue la felicidad propia, lo que hace es esperar, y ésa es una de las cosas que desagradaban a Beck de la felicidad: el tener que esperar a más, mejor, más profunda, más intensa, más perfecta, más garantizada, más duradera y más verdadera felicidad. No querría perderse esta tristeza, tan entrañable y liviana a la vez. Eso de no ser nadie, de ya no pintar nada, tiene sus ventajas, es casi un alivio. Le ahorra a uno conversaciones sin sentido, eso para empezar, y también muchos disgustos.

Mientras sujeta el pie de su mujer, siente que ya ha empezado a compartirla con los doctores, las camas de hospital y las enfermeras. Un futuro del cual él formará parte cada vez menos.

En la sala de espera del hospital no le ofrecen té. Tampoco hay nadie que le sonría seductoramente.

—¿Cuánto cree que tardarán aún? —pregunta Beck a una enfermera o a una secretaria. Eso allí no está claro, hay muchas cosas que no están claras en el hospital.

—No podría decírselo —responde la mujer sin levantar la vista.

Las personas en esta sala de espera son menos atractivas que las del ginecólogo, y además están menos animadas y más enfermas, como si aquí uno ya estuviera un paso más cerca de la muerte.

Beck se queda hasta las seis esperando en la sala de espera. Ha llamado unas cuantas veces a la agencia de traducciones. Por supuesto, no ha mencionado el motivo de su ausencia, pero la coordinadora le ha asegurado que no pasa nada si falta un día al trabajo, pueden arreglárselas un día sin él. Si fuera sincero, admitiría que eso le decepciona un poco, pero él no es tan sincero. También la sinceridad tiene sus límites.

A las siete la dejan marchar. Beck la está esperando fuera, delante del hospital, pues dentro ya no aguantaba más. Los exámenes la han agotado; en la parte interior del brazo tiene un moratón: la enfermera no era muy hábil con la jeringuilla.

—Todavía tiene que practicar —le dice su mujer—, pero ¿por qué conmigo?

—¿Te apetece beber algo?

—Quiero ducharme —contesta ella. Tiene mal aspecto, como si la hubiesen violado.

Mientras ella se quita de encima la suciedad del hospital, Beck lee una carta de la revista diciéndole que les complace poder publicar su relato y que no tardarán en transferir el dinero a su cuenta de Gotinga. Después pone música árabe. Música para la danza del vientre.

Los resultados del segundo examen detallado también son positivos. Más positivos no podían ser.

—¡Qué mierda! —dice su mujer. Está tranquila, más tranquila que antes. El nerviosismo parece haber desaparecido de repente. En los aviones, a veces se volvía loca pensando en un accidente, pero ahora que ha ocurrido ese accidente, ahora que es tan concreto como un bloque de hormigón, ya no hay nada por lo que volverse loco. Están en una heladería regentada por una pareja de turcos.

—Necesitamos una segunda opinión —dice Beck. —¿Y de qué sirve eso? —Los médicos cometen errores, los laboratorios se equivocan, confunden tubos, nombres, direcciones, números de teléfono. Sucede a diario. Quizá todo se base en un malentendido.

Ella no está convencida. —Tú te sientes bien, ¿no? —Sí, estupendamente —contesta ella. —Quieres vivir, ¿no? —Cómo no. Cómo no. La vida no es una taza de té sobre la cual puedas decir: «Cómo no». La pregunta exige

un «sí» helado y animal, y no un tibio «cómo no». Y a partir de ese momento, él sabe que ya la comparte con la muerte, pero no quiere admitir que lo sabe. Inventa malentendidos, errores que todavía pueden rectificarse, siempre y cuando se intervenga a tiempo. Confía en los milagros, ahora que no queda nada más en qué confiar.

Con lo que le paguen por *Los hijos del Yab Yum* tiene pensado comprar un aparato de aire acondicionado, pero el dinero no llega. La ola de calor desaparece sin que tengan aparato de aire acondicionado, tal como viene sucediendo desde hace años.

Un tercer examen, la llamada segunda opinión, confirma los resultados de los dos primeros exámenes, aunque éste último es un poco peor. Como si después de apelar uno oyera que le han caído diez años más de condena.

En el rostro de su mujer ya no detecta espanto, ahora el espanto se le ha metido dentro. Sin duda, lo que viene después de esta vida no es nada, pero no es eso lo que la espanta. Lo que vio Beck en el rostro de la niña pájaro, aquella mañana en el taxi, fue la sospecha de que lo que hay ahora tampoco es nada, que éste es un viaje de una nada a la siguiente.

Pero la niña pájaro es algo, la niña pájaro es inocente.

Apenas catorce días después del tercer examen, la niña pájaro empieza a adelgazar a ojos vistas. Beck compra todo tipo de preparados vitamínicos en tiendas naturistas e incluso solicita un crédito permanente para costearlos. Todo en el marco de la elaboración del malentendido: «Se han equivocado de puerta, se ha cometido un error en el padrón, todo acabará aclarándose». Y además le quedan los milagros con los que uno puede soñar cuando la casa se queda a oscuras.

Beck empieza a hacer zumos de fruta, sobre todo zumo de fresa, porque a ella le encanta. A veces tiene que viajar durante una hora en tren para conseguir las fresas, pues la temporada de fresas acabó hace tiempo. Al menos los viajes le mantienen ocupado, lo distraen, alimentan su ilusión de que ganará la batalla que ha entablado contra la muerte.

Su mujer tiene algunos años más que él, pero eso nunca ha molestado a Beck ni a ella tampoco; sin embargo, ahora que su cuerpo alimenta poco a poco el abismo de la nada, Beck tiene la impresión de que está perdiendo a una niña.

—Estoy dispuesto a compartirte con todo el mundo —le dice él—, pero ¿cómo se puede compartir algo con la muerte? Nadie lo ha conseguido aún.

—«Todo el mundo», vaya, vaya —responde ella—, casi nada: «todo el mundo».

Les entra la risa tonta. Luego ella dice: —Según el médico, el tratamiento es pura formalidad, las posibilidades de éxito son nulas. Lo hago por ti, porque la terapia no es que digamos agradable.

—¡Una formalidad! —exclama él—. ¡No es en absoluto una formalidad! ¿Es que se han vuelto locos? ¿Cómo pueden decir algo semejante? ¿Acaso son funcionarios? «Formalidad», ¿de qué están hablando?

Su sistema, su dominio se está desmoronando. Mezcla perlas de ajo, preparados vitamínicos y jengibre con el zumo de fresa. A veces, cuando ella por fin se queda dormida —algo que le cuesta cada vez más—, él se arrodilla junto a la cama y lanza un grito silencioso para no despertarla.

El hospital les hace llegar una silla de ruedas, porque cada vez le cuesta más andar. El repartidor pregunta que cuánto tiempo creen que necesitarán la silla de ruedas. Beck compra un montón de frascos del jabón líquido que más le gusta a la niña pájaro, y mascarillas faciales en grandes cantidades, sobre todo la de color azul. La batalla contra la muerte se libra ahora a nivel de mascarilla facial, porque los demás niveles han fracasado ✖

Traducción del neerlandés de Catalina Girard Féron.

Tres poemas

Franc Ducros

Franc Ducros disfrutaba repitiendo la opinión de Pierre Reverdy acerca de *Las flores del mal*: «Baudelaire sólo escribió un libro de poemas, pero es a lo que yo llamo un libro». Los borradores, los manuscritos, los poemas inconclusos o descartados, los poemas dispersos, los poemarios que van apareciendo al paso de los años, todo, en suma, en el trabajo de un poeta, según esta idea, se dirige a un mismo destino: ese libro definitivo, «arquitectónico y premeditado» que Mallarmé anunció alguna vez como propósito alquímico de su vida. Sobra decir que también lo que *desaparece* de la obra de un poeta, por corrección o eliminación, incluso por abandono, negligencia u olvido, existe como fantasma o reverso inmaterial del edificio que su creador, acaso ilusoriamente, intenta construir.

Nacido en 1936 en el pueblecito de Moulézan, cerca de Nîmes, Ducros publicó su primer libro de poemas (*Les yeux, la terre*, de 1992) a la edad ya no tan juvenil de 56 años. Más adelante fueron apareciendo *S'ouvrant, l'arbre* (1997), *Du noir cela* (2000), *Ici partagé, disparaissant* (2006) y *Évanouie la parole* (2016), además de una cifra considerable de poemas en ediciones de artista. Con todo ello, enmendándolo y ajustándolo, dándole un orden muy diferente al cronológico y, por encima de todo, ciñéndolo a un propósito de austeridad y sumo rigor, Ducros formó un libro, su libro definitivo, en 2019, titulado *L'oubli l'éclat*. En las brevísimas y valiosas notas que dan término a ese volumen, Ducros apuntó que hay dos formas de olvido. Por un lado, el olvido es «esa parte de la memoria que ya no conocemos» y que, al mismo tiempo, «nos mueve sin que nos demos cuenta». Por otro lado, el olvido es la condición de toda poesía en el mundo actual, pero también, y sobre

(Moulézan, Francia, 1936-2023, Saint-Jean-de-Védas, Francia). Su último libro publicado en español es *Desapariciones* (Bonobos, 2017).

todo, el ámbito en el que Ducros aceptaba que su obra existiera, dando por hecho que sus contemporáneos la ignorarían.

Los tres poemas que aquí se presentan son secciones de *L'oubli l'éclat*. «Toros» acompañó, en su origen, una serie de acuarelas de Jean Azémard. «Tres olivos» y «Las estaciones del pájaro» habían aparecido por primera vez en *Évanouie la parole*.

Hoy, quienes alguna vez fuimos contemporáneos de Ducros hemos dejado de serlo, puesto que murió el 6 de agosto de 2023 en Saint-Jean-de-Védas, a las afueras de Montpellier. Nuestro tiempo ya no es el suyo. Acaso habrá comenzado, con ello, una edad en la que, sepultado en su época, el aliento de Ducros renacerá y nos moverá sin que nos demos cuenta.

toros

en torno
a esta herida
roja, lo negro

se yergue

✖

arrojado, negro, el
rejón rojo
lo ha
traspasado

✖

pero lo negro
que por meandros atraviesa
la roja
herida va

a morirse
en lo blanco

✖

el animal
negro que se tuerce
traspasado se

yergue por su peso

✖

hasta
el fondo de la carne
se hunde esta herida
y atraviesa la tierra

✖

del
suelo se levantan
el animal y
la herida

✖

chorro
de sangre
atraviesa el animal
y la tierra

taureaux // autour / de cette plaie / rouge, le noir // se dresse // lancé, noir, il s'étale, la / lance rouge / l'a / transpercé // mais le noir / qui sinue, que traverse / la rouge / plaie, dans // le blanc va / mourir // la bête / noire qui se tord / traver-

✖

al atravesar la tierra
estalla azul
la
sangre

✖

el animal

negro

en

el aire azul

tres olivos

desgarrando
la redondez del viento, entrelazando
el oro blanco del aire

multitud
de hojas a la inversa
de tierra oscura
salidas

sée, sa // pesanteur la dresse // jusqu' / au fond de la chair / s'enfonce cette plaie / et traverse la terre // de / la terre montées / la bête et / la plaie // jet / de sang / traverse la bête / et la terre // traversée la terre / éclate bleu / le / sang // la bête // noire // dans // l'air bleu

trois oliviers // déchirant / la rondeur du vent, enchevêtrant / l'or blanc de l'air // foule / de feuilles à l'envers / issues de terre / obscure // par / tronc rugueux

✖

por
tronco rugoso y ramas
retorcidas
se eleva hasta lo azul
como temblor de hojas
el trabajo
oscuro de la tierra

✖

a través
de lo azul: oro
del día, hojas grises

alcanzar
eso invisible

entre el ojo y la tierra

las estaciones del pájaro

de arbusto en
arbusto

él

conoce la muerte
por la tibieza del aire

et branches / torses / s'élève jusqu'au bleu / en tremblement de feuilles / le travail / obscur de la terre // à travers / le bleu: or / du jour, feuilles grises // atteindre / invisible cela // entre l'œil et la terre

✖

tan fría
como la tierra la madera del árbol

él

canta en el árbol
pese a todo en el mundo blanco

✖

la
ramita arrancada

él

trata de plantarla
en el cemento del muro

✖

y para terminar
solo

él

desaparece
en la luz

Versiones del francés y nota de Luis Vicente de Aguinaga.

les saisons de l'oiseau // de buisson en / buisson // il // sait la mort / dans la tiédeur de l'air // · aussi froid / que la terre le bois de l'arbre // il // y chante / quand même dans le monde blanc // · la / brindille arrachée // il // tente de la planter / dans le ciment du mur // · et pour finir / tout seul // il // disparaît / dans la lumière

Postales
[selección]
Adda Djørup

el niño viene y el amanecer
viene tan quieto como pasos sobre musgo
no lo vi pues estaba
echado en la luz y la lluvia caía por doquier.

te digo estuvimos en una ciudad bella ¡tan bella!
había arcadas llenas de lujo luz y piedra de todos colores
los muros resplandecían amarillo rosa rojo las hojas resplandecían
en cada plaza conociste una vida que pudiste haber vivido
el niño agarraba todo y balbuceaba en verdad
no nos perdimos nada todo brillaba y no había nada debajo.

barnet kom og morgengryet / kom så stille som fodtrin på mos / jeg så det ikke før jeg / lå i lyset og regnen faldt overalt.

jeg siger dig vi var i en smuk by så smuk! / der var arkader fyldt med luksus lys og sten i alle farver / murene lyste gule rosa røde bladene lyste / på hver piazza mødte man et liv man kunne have levet / barnet greb efter alt og pludrede virkelig / vi savnede intet alting glitrede og der var intet underneden.

(Aarhus, Dinamarca, 1972). Estos poemas son parte del libro *37 Postkort* (Samleren, 2011).

es un poco sencillo engañar a la pena
una mantita una caricia que estremezca pero mira:

pronto ya no es dolor
pronto la imagen se desvanece el rostro se borra eres libre

y el nostálgico verano lame tus pies
vendrá de nuevo vendrá

cuando el niño cante en el asiento trasero tú sin
pensarlo no pasas de largo

es domingo por la tarde el día estaba tan claro
como fue largo conduces a casa

a través de los bosques a casa por estruendosos
túneles verdes un ciervo cruza el camino

y el volante es aire entre tus manos.

Versiones del danés de Jorge Alberto Pérez.

det er nemt at fralokke sorgen lidt / en sutteklud et gysende kærtegn
men se: // snart er den jo ikke sorg længere / snart blegner billedet ansigtet
viskes ud du er fri // og vemodig sommeren slikker dine fødder / den
kommer igen den kommer // når barnet synger på bagsædet du uden /
at tænke over det ikke lige lægger vejen forbi // det er søndag aften dagen
var så blank / som den var lang du kører hjem // gennem skoven hjem
ad brusende / grønne tunneller en hjort krydser vejen // og rattet er luft
mellem dine hænder.

Que ese recuerdo

Coral Bracho

Que ese recuerdo que te arraiga a la noche

y su callada orfandad,

que ese recuerdo por el que olvidas,

por el que cruzas como un navío que gira

desde las altas horas

sobre sí mismo. Por el que viertes tu reflejo

como se vierte al pozo una leche oscura,

un agua lenta y honda

entre espejos callados. Que ese recuerdo discordante

y su opresivo cristal se rompa,

se desvanezca.

(Ciudad de México, 1951). Su libro más reciente es *Poesía reunida 1977-2018* (Ediciones Era, 2019).

Raúl Padilla, un hombre preclaro

Marisol Schulz Manaut

Mucho se ha escrito y se seguirá escribiendo sobre Raúl Padilla López, fundador y presidente de la FIL Guadalajara y fundador y hacedor de muchísimos proyectos.

Desde aquel fatídico domingo de abril en que nos enteramos de su fallecimiento, poco a poco hemos tenido que asimilar la idea de su ausencia y seguiremos aquilatando el valor inconmensurable de su legado. En el curso de la vida, son pocas las personas que uno conoce cuyas decisiones y proyectos hayan cambiado para bien la vida de miles de personas. Es el caso de Raúl Padilla López, a quien tuve el privilegio de conocer durante más de tres décadas, la mitad de las cuales lo traté de manera muy directa.

En noviembre de 1987, gracias a una invitación de la entonces codirectora de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, Maricarmen Canales, acudí con curiosidad e interés a esa primera edición de la FIL —así se le conoció desde el principio y así la denominamos todavía—. Aunque era una feria completamente austera, casi rudimentaria, que en poco se parece a la que tenemos hoy día, mi recuerdo es haber pensado, primero, en la osadía de organizar un evento de esa magnitud en una ciudad de provincia, siendo que México es un país lamentablemente centralista, y segundo, en su magnitud, porque desde ese primer año vi que se organizaba con dedicación y profesionalismo, con el respaldo de toda la comunidad de la Universidad de Guadalajara, y eso le imprimía un halo muy particular.

La Feria fue concebida para realizarse el fin de semana siguiente al Día de Acción de Gracias, que se celebra en Estados Unidos a finales

(Ciudad de México, 1957). Directora general de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara y de la Feria del Libro en Español y Festival Literario de Los Ángeles LéaLA.

de noviembre, pues para muchos profesionales del libro resultaba más conveniente viajar en esos días, y la importancia y el crecimiento de ese mercado —el del libro en español en la unión americana— fueron vislumbrados por Raúl Padilla, quien también observó el valor de cada uno de los proyectos que se fueron sumando año con año en la que pronto se convertiría en la feria del libro más importante en idioma español y la segunda del mundo en importancia por el monto de negocio. En sus casi cuatro décadas de existencia, la FIL ha tenido diferentes directoras (sí, siempre mujeres), pero detrás y por encima de todo siempre estuvo la guía y el trabajo directo de su presidente, Raúl Padilla, quien llevó a buen rumbo los destinos de este magno evento.

Desde su primera edición, la FIL Guadalajara fue una feria mixta; es decir, se dirigía por un lado al mundo de los profesionales del libro —un gran *trade show*, como se diría en inglés—, pero fundamentalmente al gran público de Guadalajara y sitios aledaños al estado de Jalisco, en el Occidente de México, con una vocación muy clara, la de formar lectores y promover la lectura, que nunca ha dejado de ser una labor tan urgente como quijotesca. También se convirtió, muy pronto, en el espacio libre y plural que es hasta la fecha para el debate de las ideas, de todos los puntos de vista, capaz de congregar voluntades y esfuerzos alrededor de la cultura y los libros.

Como señalé en el homenaje de cuerpo presente que la Universidad de Guadalajara le ofreció el pasado 4 de abril, entre todas aquellas mesas y mamparas tambaleantes, en medio de la locura que representaba iniciar una feria del libro en un país y en una ciudad como eran México y Guadalajara a finales de los años ochenta, y en un entorno económico muy incierto, había alguien que tenía claros los alcances que tendría la FIL. Esa persona era, en efecto, Raúl Padilla López, quien años más tarde se convirtió en mi jefe cuando me llamó a dirigir otro proyecto pionero, la Feria del Libro en Español de Los Ángeles, conocida como LéaLA. Era agosto de 2010 cuando me preguntó sobre la pertinencia de organizar un evento de esas características en el sur de California. Yo le aseveré que era completamente necesario realizarlo y, además, que él lo encabezara. «No estoy acostumbrado al fracaso, los proyectos que inicio deben triunfar», me respondió, y en sus palabras sólo había convicción sin ningún atisbo de soberbia.

Aquella frase retumbó siempre en mi cabeza desde que acepté el reto, y ha seguido resonando desde entonces, porque creo que defi-

ne en mucho la personalidad de Raúl: inició —y lo escribo sin exagerar— decenas, quizás cientos de proyectos, la mayoría dedicados a la promoción cultural. Todos continúan exitosamente y han puesto los nombres de Guadalajara, de Jalisco y de México en la palestra internacional. Por sus obras, afirma la paremia, los conoceréis.

En cuanto a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, quizás su proyecto consentido y más ambicioso, a casi 37 años de su fundación se ha consolidado, sin duda alguna, como una institución cultural de largo alcance, con grandes reconocimientos internacionales, como el que recibió en 2020, el Premio Princesa de Asturias en Comunicación y Humanidades. En aquella ocasión, el jurado señaló que otorgaba el Premio *ex aequo* «a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara y al Hay Festival of Literature & Arts, por representar los más importantes puntos de encuentro del libro, los escritores, los lectores y la cultura en el mundo». Y agregó: «La Feria Internacional [del Libro] de Guadalajara, impulsada en 1987 por la universidad de esa ciudad mexicana, se ha convertido en un fenómeno literario universal. Con una enorme resonancia popular y una participación masiva, constituye un gran foco de proyección de la lengua española».

Ése es el nivel de triunfo de los proyectos que ideó y puso en marcha Raúl Padilla López, a quien todos consideramos un visionario, un líder nato.

La vida de Raúl Padilla López llegó a su fin el aciago primer domingo de abril de 2023. ¿Quién lo iba a decir? Apenas en febrero estuvimos juntos en Bélgica con la encomienda de visitar a las altas autoridades de la Unión Europea, Invitada de Honor de la FIL Guadalajara este año, en uno de los múltiples viajes que pude realizar con quien fue, sin lugar a duda, el mejor representante de la diplomacia cultural de mi país.

Raúl Padilla era un hombre preclaro: sabía el momento exacto para iniciar cada uno de los proyectos cuyo legado permanecerá para el goce de las siguientes generaciones. Con habilidad supo conjuntar voluntades para lograrlos y ponerlos en marcha. Entendió todo lo que se requería para triunfar y supo, también, cuándo poner fin a ese gran proyecto que fue su propia vida.

A nosotros nos toca honrar su memoria ✖

La biblioteca de tu padre

Luis Jorge Aguilera

para Jessica Padilla

La galaxia de Andrómeda flota en el vacío a una distancia aproximada de 2.5 millones de años luz de la Tierra.

Dos días a la semana te veo desde la ventana mientras atraviesas el jardín. Te pierdo de vista un momento; escucho luego tus pasos por la escalera hasta que apareces en la puerta interrumpiendo la luz del mediodía. No sé bien qué leerte en nuestro primer encuentro, quiero interesarte, provocarte. Resuelvo que ese soneto de sor Juana sobre poner riquezas en el entendimiento y no el entendimiento en las riquezas es buen maridaje para este cuento de Clarice Lispector sobre una monja peluda que luego tiene hijos igual de peludos. Ríes con estridencia. Hablamos del destino.

Con el paso de las semanas la biblioteca de tu casa, sitio de nuestros encuentros, va apareciendo poco a poco. El primer dato sensible que la proyecta con solidez en la conciencia es su olor. No es ese olor de página joven de las librerías; éste viene con esos matices amaderados y robustos, túneles de la sensación híbrida en los que se intuyen las esencias de una personalidad que habita las hojas desde hace tiempo. Me cuentas que tienes presente *Crimen y castigo*, que él te lo dio a leer una vez que estabas triste. En efecto, hay consuelo en los clásicos, me digo, y ¿quién mejor entre ellos que Dostoievski para describir la angustia de lo que somos ahora? Sólo los trágedas griegos. Hablamos entonces de teatro, de Antígona y Edipo.

(Guadalajara, 1989). Es profesor investigador del Departamento de Letras de la UdeG. Fue profesor de literatura de la hija de Raúl Padilla López, Jessica.

A simple vista, Andrómeda aparece como una mancha difusa en el cielo.

Este día tardas un poco más de lo habitual. Mientras te espero me decido a recorrer los estantes de los libreros. Había visto de reojo los volúmenes del *Infierno* y el *Purgatorio* de Dante recientemente editados por Galaxia Gutenberg, me acerco a ellos. Avanzo sin entretenerme mucho. Se nota el interés por las biografías. Aquí está *El príncipe* de Maquiavelo. En el extremo derecho llego a un fonógrafo. Acá, en el centro, un par de retratos de Chabela Vargas. Unos peldaños más arriba veo el título de Caballero de la Orden de la Legión de Francia con el que el gobierno de ese país distinguió a tu papá. Cerca está el título universitario que proveería el sustantivo con el que muchos se referirían a tu padre durante años: «licenciado». Tú no, para ti es «papá».

Leemos *El expediente de Anna Ajmátova* de Alberto Ruy-Sánchez. Nos interesamos por la sofisticada, inteligente resistencia de la poeta de Odessa a una de las maquinarias de poder más espeluznantes y desvergonzadas que conoció el siglo xx. Leemos el poema de Anna a un sauce con el que se hermana en su encierro. Qué sutileza en la desobediencia, en el desacato sostenido. Ríes y esta vez la luz ríe contigo. Ha detonado tu humor la pobre estatura de Stalin que pensó que podía corregir los poemas de Anna. Vas conociéndola y yo voy conociéndote a ti. Has devenido una misión del corazón. Me convenzo de que la literatura hace preguntas parecidas a las que tú tienes, que a veces, sólo a veces, da respuestas. Busco poemas que puedan describir y enseñarnos más sobre lo complejo y también lo sencillo de la vida. Vista desde dentro, la biblioteca es una constelación. Los lunes y los miércoles ensayamos el diseño de telescopios que sirvan para ver fuera pero también para ver dentro.

Quieres saber de historia, una ordenación cronológica desde el inicio de la humanidad. Me pones entonces a estudiar. Logro acercar tus inquietudes a los temas que ocupan mi investigación. Desenterramos diosas de la Antigüedad esculpidas en pequeñas piedras. Vamos a Sumer y hablamos de Enheduanna, hija de Sargón. Nos quedamos muchos días en Egipto, aquí encontramos a Hatshepsut, a Cleopatra. Planeo que lleguemos a Hipatia. ¿Era bonita? Me preguntas una vez que hemos visitado a Nefertiti y su misteriosa desaparición. Vamos, también, enamorados los dos, hacia Alejandro Magno y esta vez eres tú

quien trae el poema. Uno en que Diógenes le dice que se quite porque le está bloqueando la luz del sol. Desafiamos la *damnatio memoriae* en la que nos han transmitido a Cleopatra. Con todo, nos interesamos por Octavio Augusto y su hija Julia.

> ***Andrómeda se aproxima a la Vía Láctea a una velocidad de 420,000 kilómetros por hora. Es probable que colisionen en 5,860 millones de años.***

Hoy leemos algo diferente. Con dificultad leemos esquelas e *in memoriam*. Hace tan sólo unos días estábamos hablando de Cleopatra, del sacrificio por sus hijos, por no rendir su dignidad de monarca ptolomea a los advenedizos romanos. «Mi papá es una energía constante», me dices con los ojos nublados. Procuro acompañarte como he intentado hacerlo: desde el murmullo de los libros. «¿Por qué Roma era una idea?», me preguntas. Recreamos con Suetonio el retrato de Julio César. Leemos con tropiezos *La biblioteca de mi padre*, estamos conmovidos por la descripción de la habitación, por el progresivo encuentro de la voz que detalla su llegada a las letras a través del astrolabio paterno. Me cuentas entonces de su lugar, del sillón donde te encontrabas con él, donde caías en sus brazos y él también en los tuyos cuando se necesitaban. Donde había risa, donde había lágrimas, donde había películas y conversaciones sustanciales.

No llegué a conocer a tu padre, lo vi cuando me pidió que te diera clases de literatura. Brevemente lo saludé alguna vez al llegar a tu casa. Tuve la fortuna de atestiguar en este tiempo la hermosa relación hija-padre que era tan suya. Hermosa por compleja, por honesta, por radical en su amor, en su cuidado, en su entrega. Te conocí a ti, estrella más luminosa de la constelación de tu padre. En ti veo su legado: su generosidad, su radical entrega a quienes aman. «Era capaz de hacer cosas por mucho tiempo, aunque no le gustaran, sabiendo que era necesario hacerlas». Aspiro a esa disciplina, a ese trabajo que no rinde lo más grande a los vientos del momento.

> ***Vista desde Andrómeda, nuestra galaxia se parece a Andrómeda, aunque con un ángulo más abierto y menos brillante*** ✖

Lo cultural es político: una semblanza de Raúl Padilla

Nubia Macías Navarro

Raúl Padilla López vivió su vida profesional entre dos mundos muy distantes: la política y la gestión cultural. Lo primero le dio poder local y nacional y una fama desigual. Por lo segundo ganó reconocimiento nacional e internacional. Padilla ha pasado a la historia gracias a los proyectos culturales visionarios que impulsó y cuyo impacto es valorado en diferentes latitudes. En particular la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, un proyecto cultural que mimó, cuidó, impulsó y capitalizó al máximo, que se ha convertido en un referente de investigadores y gestores a nivel internacional.

Conocí a Raúl en marzo de 1987, justo cuando acababa de anunciar la primera edición de la FIL. En ese momento él dirigía el Departamento de Investigación Científica y Superación Académica de la Universidad de Guadalajara (DICSA), después sería el rector general de esa casa de estudios. Llegué como asistente de Margarita Sierra, quien con Maricarmen Canales era la fuerza y el impulso de la feria, además de una decena de funcionarios universitarios. Entre todos impulsábamos las ideas de Raúl. Juntos conformamos el comité fundador de lo que con los años se convertiría en el referente de la promoción del libro en español y un proyecto cultural de impacto mundial.

Desde que empezó a planear esa primera edición, Raúl nos hablaba con entusiasmo (siempre lo hacía con todos los proyectos culturales que comenzaba, y no se cansaba de hablar de ellos) de las tres columnas que deberían sostener la feria: la difusión cultural para el Occidente de México, el impulso del mercado del libro entre los editores del sur y los compradores del norte, así como un espacio para la promoción y el acercamiento académico del máximo nivel para la UdeG. Esos tres ejes fueron los objetivos y se convirtieron en un sello

(San José de Gracia, Jalisco, 1966). Trabajó cerca de veinte años en la FIL Guadalajara, desempeñando los puestos de asistente de la coordinadora de relaciones internacionales y promoción cultural, jefa de prensa, subdirectora operativa y directora general.

de distinción frente a las ferias de Buenos Aires, la de Minería en México, la de Fráncfort en Alemania y *LIBER* en Madrid. Raúl sabía cuáles eran las fortalezas y debilidades de esas ferias y por eso enfatizaba la especificidad y la personalidad que debía tener la de Guadalajara. El tiempo, el esfuerzo y la creatividad de todas las personas que hemos trabajado para la FIL han hecho el resto.

Los claroscuros de un líder

La dualidad profesional en la que siempre se movió Raúl se puede rastrear desde su adolescencia. Al tiempo que creó un cineclub de arte, una revista, una librería y una incipiente feria del libro (que fue la simiente de lo que años después sería la FIL), dirigía la temida Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG), que posteriormente borró para crear una organización política conocida como la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), de donde han salido los nuevos dirigentes de la UdeG.

En la medida en que Raúl ganaba fuerza en la parte política al convertirse en el líder indiscutible de la UdeG, de ser su rector y luego convertirse en diputado, también crecía su trabajo como gestor cultural. De la mano del prestigioso investigador de cine Emilio García-Riera creó la Muestra de Cine Mexicano (1986), que se convirtió en el Festival de Cine de Guadalajara. Creó el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, hoy Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, asociado a doce empresas e instituciones públicas. Impulsó, junto a los escritores Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar.

Después vendrían festivales creativos como Papirolas y la Calle 2, la feria de la música y su ambicioso proyecto de crear un espacio cultural que aglutinara todas las bellas artes. Comenzó salvando el emblemático teatro Diana, que se dedicó a expresiones populares. Luego llegó la construcción de un auditorio para grandes conciertos, el nuevo edificio de la Biblioteca del estado Juan José Arreola, la Cineteca Guillermo del Toro, el Centro de Artes Escénicas y la Librería Carlos Fuentes. Dejó avanzado el Museo de Ciencias Ambientales, un ambicioso proyecto interrumpido por diferencias políticas con el actual gobernador del estado de Jalisco.

Mirada con perspectiva, fidelidad sin fisuras

Raúl siempre fue un visionario y lo controlaba todo. Los que dirigíamos los proyectos teníamos el margen y el espacio para crecer e impulsar lo que estábamos trabajando; eso sí, lo único que exigía era que le informáramos de todos los detalles. Su capacidad de recordar hasta el mínimo detalle nos impedía brincarnos procesos.

De todos los proyectos que impulsó, algunos tuvieron más éxito que otros, pero eso no lo paraba, ni tampoco las crisis económicas del país. Sus habilidades como negociador político le permitieron conseguir fondos para casi todos los proyectos, sobre todo para los que tenían menos posibilidades de sobrevivir. Los mantenía contra viento y marea y la lealtad exigida a los líderes de los proyectos era innegociable.

La FIL Guadalajara ha sido exitosa y autosuficiente al grado que durante muchos años le entregó ganancias a la universidad y fue la plataforma que más puertas le abrió para otros proyectos. Conforme la feria crecía en calidad y cantidad, más propuestas surgían y más ideas y proyectos se acumulaban en su cabeza y en la propia universidad.

Raúl siempre fue juzgado por su papel en la política local y por el control férreo que ejercía sobre la universidad. Los enemigos políticos se acumularon con los años. Del otro lado de la moneda, su trabajo como promotor cultural le brindó halagos y reconocimientos. En los últimos veinte años recibió en España el Premio Princesa de Asturias en Comunicación y Humanidades 2020, la Orden de Rio Branco 2022 en Brasil, la condecoración como Caballero de la Legión de Honor del Gobierno de Francia, la Cruz de Saint Jordi de la Generalitat de Cataluña, el reconocimiento del Ayuntamiento de Guadalajara y el Congreso de Jalisco como promotor cultural, la condecoración Isabel la Católica otorgada por Juan Carlos I, el nombramiento como patrono de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, entre otros premios, distinciones y homenajes.

Sin duda su legado, representado en todos estos proyectos culturales, fue posible gracias a las mujeres y hombres, con nombre y apellido, que han trabajado para sumar, mejorar y crecer. Gracias a su visionario empeño y al trabajo colectivo de decenas y decenas de trabajadores, y al respaldo de toda la UdeG, Raúl Padilla López deja como herencia a los ciudadanos una infraestructura cultural monumental y unos proyectos que nos toca cuidar entre todos. El patrimonio creado ya es nuestro y de nosotros depende que siga y se mantenga para que tanto nuestra universidad como los jaliscienses sigamos sintiéndonos orgullosos de ser los anfitriones de las mejores citas culturales y literarias.

Es difícil saber lo que hará el tiempo con la imagen del político Raúl Padilla, pero su legado cultural es incuestionable. Parafraseando al pensador italiano Nuccio Ordine, Raúl entendió como pocos «la utilidad de lo inútil». La aparente inutilidad de la cultura se convirtió en sus manos en un trampolín desde el que construyó su legado. Lo que sigue es que la UdeG siga tutelando y ampliando el proyecto cultural que nació de la ambición y del poder que siempre habitaron a Raúl, por el que hemos trabajado cientos de profesionales y que ha beneficiado a millones de personas ✖

Raúl Padilla, el librero

Verónica Mendoza

«Yo fui librero», le escuché decir a Raúl Padilla varias veces, en distintos contextos, diversos tonos y ante diferentes públicos, pero siempre con el mismo orgullo y entusiasmo. Desde hace más de veinte años, una parte de mi vida pertenece a este mundo de los libros, las librerías, las editoriales y de todos aquellos que trabajamos convencidos de que esta industria es valiosa, y conozco la inquietud constante de los libreros sobre una profesión considerada por algunos, a veces, tediosa y poco rentable, pero en la misma proporción llena de historias de éxito cargadas de romanticismo, lucha y humanidad. Creo que Raúl fue presa de lo primero y lo segundo; entendió el valor del libro, un objeto que proporciona placer al mismo tiempo que nutre y transforma, pero muy pronto avizoró algo mucho más allá del espacio y el ámbito de la librería. Es así como este gran gestor cultural disfrutó de El Quijote, ese pequeño rincón en el centro de Guadalajara, una librería creada por él y sus hermanos en los años setenta, que fue, en sus palabras, «la mejor y la más maravillosa experiencia cultural y empresarial que tuve, pero principalmente fue el lugar en donde se incubó la idea de una gran feria del libro como un instrumento promotor de la difusión de la lectura». A través de sus recuerdos puedo imaginar a ese joven emprendedor cargado de energía, de firmes ideales y sin límites visibles, tejiendo ideas y redes de personas que compartirían su sueño.

Durante mi paso por la FIL Guadalajara tuve claro, por todo lo que hicimos, que para Raúl lo más importante era crear; nos impulsaba a hacer cosas de la nada, como actos de magia. Fueron dieciséis años

(Tijuana, 1977). Es directora de la Librería Carlos Fuentes de la UdeG.

en los que nuestros proyectos siempre estuvieron cargados de imaginación, rigor y pasión por sacar adelante una minuciosa agenda de trabajo que marcara una diferencia para el mundo del libro. La primera vez que tuvimos una charla más cercana fue justo cuando me fui de la Feria. Hablamos de muchas cosas, se interesó no sólo por saber por qué quería cambiar de rumbo sino a dónde iría, aprecié su interés y recuerdo con gratitud cómo enumeró, una a una, las cosas que habíamos creado en la FIL y que él había notado y apreciaba. Sin imaginar que a partir de ese día vendrían más creaciones por compartir.

Como presidente del Fideicomiso del Centro Cultural, Raúl impulsó la creación de una librería que desde antes de existir ya tenía nombre debido a la gran amistad, respeto y admiración que sentía por Carlos Fuentes. Quería un espacio único que brindara un servicio de alta calidad y acercara los libros tanto a la comunidad universitaria como a la sociedad. Un lugar generoso, en una ubicación privilegiada —dentro de la Biblioteca Pública del Estado Juan José Arreola—, se dispuso para ser remodelado y recibir este océano de letras y libros que hoy dan vida a la Librería Carlos Fuentes.

Fue justo en la presentación del proyecto de la Carlos Fuentes cuando escuché, por primera vez, sobre El Quijote. Antes de iniciar una serie de comentarios sobre la propuesta, Raúl me advirtió que él había sido librero y que sabía bien lo que significaba echar a andar y sostener un proyecto como éste. Y sí que lo sabía: no dejó un cabo suelto. Enlistó puntualmente todos los aspectos que se debían considerar, sin errar y sin titubear. Yo desconocía esa etapa profesional de Raúl y me causó una gran admiración su conocimiento, a la vez que una sensación de nerviosismo. Atesoro esos momentos en los que pude ver cómo él escuchaba y analizaba cada idea presentada casi tan rápido como estructuraba las que venían a su mente. Era necesario volcar toda la atención posible. Había que estar serena, preparada para brindar respuestas, dar argumentos, pero también para compartir de manera auténtica el entusiasmo y los propios sueños sobre el proyecto. Un compromiso que, creo, siempre apreció. Quizás en ese momento el Quijote rondaba en el ambiente con su porte, su espada y sus libros listos para cualquier afrenta. Al igual que en esta obra de Cervantes, dos elementos coexistían siempre en el ánimo de Raúl como motores para que la magia sucediera: el realismo y el idealismo. «Si vamos a tener esta librería, adelante», dijo, y así comenzó la historia de su último proyecto librero.

Raúl creó bibliotecas y librerías, tenía una fascinación por la historia y una prisa constante hacia el futuro.

Jorge Carrión, en su ensayo *Librerías*, refiriéndose a la diferencia entre la librería y la biblioteca, dice: «La biblioteca está siempre un paso por atrás: mirando hacia el pasado. La librería, en cambio, está atada al nervio del presente, sufre con él pero también se excita con su adicción a los cambios». Raúl creó bibliotecas y librerías, tenía una fascinación por la historia y una prisa constante hacia el futuro.

Dos veces más lo oí mencionar su origen librero. Una, durante la fiesta que ofrecemos cada año el primer domingo de la FIL en la librería, en donde expresó su emoción de tener en el salón de la planta baja a Irene Vallejo —quien acababa de realizar el diálogo de apertura del Foro Internacional de Libreros y firmaba libros sin parar—. Habló de lo feliz que lo hacía ver la librería viva y cumpliendo el papel para el que había sido creada: ser un gran centro cultural, que es uno de los compromisos que refrendamos mes a mes con las diferentes actividades que realizamos, entre ellas la visita de autores nacionales e internacionales de primer nivel. La última vez fue a principios de este año en el discurso que brindó en la apertura de la Librería Sándor Márai, en Chihuahua. Se refirió, entonces, a las dificultades cotidianas, a la falta de librerías en México, a la ausencia de compromiso de los gobiernos por la lectura, y celebró la iniciativa y resistencia de Javier, su amigo, librero y dueño de la Sándor Márai, y le mostró su cariño, recordándonos así a todos que hablaba desde su propia experiencia, «porque yo fui librero», nos dijo. El Quijote encontraría su lugar en la vida profesional de Raúl, que nunca olvidó sus días entre libros ✖

A la memoria de Raúl Padilla, universitario ejemplar

José Manuel Jurado Parres

Al hablar de Raúl Padilla desde cualquier arista, ya sea como amigo, compañero, universitario, líder, gestor cultural o político, todos podemos coincidir en que era un hombre estructurado, visionario, disciplinado y objetivo. En su vida tuvo dos compromisos esenciales inobjetables: su Universidad y su pasión por la cultura y la educación. En ello, su pensamiento estratégico jugó un papel central en las decisiones que tomó para plantear una «refundación» universitaria, con un nuevo proyecto integral que impactara en el desarrollo de nuestro estado y su población.

Y hablo de una «refundación» sin que me tiemble la voz, porque si bien Padilla tuvo presentes las grandes etapas históricas por las que atravesó nuestra Universidad de Guadalajara: su creación en 1792, su refundación en 1925 y su reapertura y rescate de nombre en 1937; en el año de 1994, nuestro compañero, como rector, inició una serie de cambios esenciales, de fondo, que significaron la transformación del modelo histórico napoleónico con el que se venía desempeñando la Universidad, a uno moderno departamentalizado y en red, que vino a impulsar el desarrollo social, político, económico y cultural en las diversas regiones del estado, potencializando la formación académica de la población jalisciense. Igualmente, Padilla supo propiciar e impulsar la investigación científica, que antaño era casi inexistente, a través del apoyo de diversos cuerpos de estudio que al día de hoy suman a más de mil seiscientos investigadores, cuyos trabajos han favorecido no sólo a Jalisco, sino a la humanidad, en múltiples disciplinas.

En su pensamiento e ideario estructuró planes con los que se comprometió hasta la concreción total de los mismos, pese a enfrentar dificultades y adversidades, incomprensiones que permanentemente afrontó en todos los ámbitos. Siempre fue tenaz y perseverante y nunca descansó hasta ver realizados

(Guadalajara, 1947). Es director de la Preparatoria 5 de la UdeG. Fue amigo y colaborador de Raúl Padilla López.

proyectos como la Feria Internacional del Libro o el Festival Internacional de Cine en Guadalajara, dos referentes de la cultura de gran envergadura en Jalisco. Para llevar a cabo estas encomiendas, en todo momento supo integrar a los expertos más brillantes que configuraron equipos de trabajo de excelencia, que permitieron el alcance de las metas propuestas. A la par, erigió el centro cultural universitario más importante del occidente mexicano, con escenarios de calidad donde se presentan las más altas manifestaciones artísticas. Academia y cultura fueron las piedras angulares de esta nueva «refundación».

La comunidad universitaria es, sin duda, depositaria del legado más valioso que se ha construido en el último medio siglo. Si bien implicó una obra material y cultural de amplio desarrollo y visión, los hechos de nuestra historia reciente nos han demostrado los intereses francamente atentatorios que ese gran patrimonio universitario ha vivido cuando, desde el poder público, se ha buscado escindir al Sistema de Educación Media Superior de la propia estructura universitaria, con supuestos beneficios económicos, pero sin advertir la trascendencia y significación que tiene como cimiento de la vida institucional. Por otra parte, también ha habido intentos por enajenar los espacios culturales generados por el magno proyecto para que sean separados y entregados a un Estado que no ha sabido incentivar la cultura ni mantener sus propios escenarios artísticos, que están olvidados. Por esto y mucho más, frente al portentoso legado, los que integramos la comunidad universitaria debemos mantenernos en alerta permanente para cuidar, preservar y acrecentar, en perspectiva del futuro generacional, la siempre inconmensurable tarea educativa universitaria.

Raúl Padilla fue líder y político, un hombre que aglutinaba voluntades y lograba consensos, propiciando acuerdos trascendentales. Convocaba a diversos y variados liderazgos y asumía compromisos contra viento y marea. Firme de convicciones, pero sensible para la construcción de caminos y puentes que él mismo transitaba en compañía de quienes, convencidos, contribuíamos y seguimos contribuyendo en solidaridad, reflexión y objetivos por la causa de trabajar en pos de una educación que mejore a la juventud y la sociedad. A través de su trabajo tangible y sus resultados concretos, Padilla se construyó la imagen de un hombre fuerte que se ganó el reconocimiento de propios y extraños, que trascendió a sexenios, y como referente, como estadista, su opinión era consultada y escuchada. Así pues, Raúl supo aportar sus talentos en beneficio de la sociedad. Hoy, Raúl puede estar seguro de que su herencia y su legado son abrazados por una comunidad universitaria fortalecida y unida. Su pensamiento y su obra incuestionable le trascienden y forman parte de la grandeza de la Universidad de Guadalajara ✖

Mi amigo Raúl

Eduardo Santana Castellón

Don't it always seem to go,
that you don't know what you've got 'til it's gone
Joni Mitchell

Cuando mi amigo Raúl se quitó la vida publiqué varios resúmenes de su legado, pero no compartí mi historia personal con él. La manera en que dio fin a su vida me tocó de cerca: mi abuelo paterno también se suicidó. Lloré la muerte de Raúl como lloré la de mi hijo recién nacido y la de mis padres. Eso me sorprendió. Después de su fallecimiento, personas muy cercanas a él me manifestaron lo mucho que él valoraba mi amistad. También me sorprendió. La muerte puede sacar a la luz lo desconocido.

Conocí a Raúl en 1985 en la recepción que en su honor organizó el reconocido botánico de la Universidad de Wisconsin Hugh Iltis, en su casa en el bosque del Arboretum universitario. Entonces Raúl impulsaba desde el Departamento de Investigación Científica y Superación Académica (DICSA) de la UdeG, la protección de la Sierra de Manantlán y un programa académico sobre la conservación de la naturaleza. Él aprendió mucho de Iltis para crear no sólo el Laboratorio Natural Las Joyas en Manantlán, sino también los laboratorios de Limnología en Chapala, del Bosque La Primavera y otras dependencias. El sistema universitario de Wisconsin fue uno de sus modelos para diseñar la Red Universitaria. Durante esa fiesta me invitó a trabajar en la universidad para crear una reserva de la biósfera. Como en muchas de sus invitaciones posteriores, le dije que no. Tenía que concluir mi tesis de maestría y no la podía interrumpir. Creí que él blofeaba (*Este joven habla*

(Placetas, Cuba, 1956). Es director del Museo de Ciencias Ambientales de la UdeG. Fue colaborador de Raúl Padilla López en proyectos de conservación de la naturaleza desde 1985.

como si tuviera tanta autoridad, pensé). Con la capacidad que él tenía para leer a las personas se percató de mi incredulidad y, mirándome a los ojos, me dijo: «De veras... de veras... éste es un trabajo seguro». Me olvidé de esa conversación hasta que varios meses después me llamaron de Washington D.C. para ofrecerme el mismo puesto. De forma independiente, el World Wildlife Fund, que apoyaba al proyecto de Manantlán, conoció mi trabajo previo en América Central y el Caribe, y consideró que mi perfil era adecuado. En julio de 1985 tuve mi primera entrevista formal con Raúl en Guadalajara, y en octubre, una vez titulado, me contrató con un compromiso laboral de dos años... que se ha extendido a casi cuatro décadas.

En la universidad me tocó participar en el momento histórico de 1986 cuando nacieron en Casa Jalisco la Feria Internacional del Libro, la restauración del ex-Convento de Santo Tomás (ahora Biblioteca Iberoamericana Octavio Paz) y la Reserva de la Biósfera Sierra de Manantlán. Ese día Raúl le presentó los tres proyectos al entonces gobernador Enrique Álvarez del Castillo. Conjuntó un grupo de trabajo dentro y fuera de la UdeG, a nivel nacional e internacional, y recaudó financiamiento externo para lograr que, en apenas dos años, se decretara la primera reserva de la biósfera en el Occidente de México. Colaboradores de Raúl de aquellos tiempos me explicaron que, si bien el decreto de Manantlán tuvo su relevancia científico-educativa, también tuvo repercusión política al demostrar la capacidad del joven funcionario para convocar a un presidente de México (Miguel de la Madrid Hurtado) y a un gobernador de Jalisco en torno a la universidad para iniciar un proyecto académico.

El proyecto de Manantlán volvió a ser símbolo de coyunturas políticas a las que era ajeno. En 1989, durante momentos tensos en la transición de la Rectoría, Manantlán fue seleccionada como la carta de presentación universitaria en la primera reunión pública entre Raúl y el gobernador electo, Guillermo Cosío Vidaurri. En 1994, fue símbolo de fortaleza universitaria, cuando otro gobernador, Carlos Rivera Aceves, se vio «obligado» a asistir a un congreso académico con Raúl, justo un día después de la gran marcha de protesta universitaria del 7 de junio. Fue también botín académico en 1994, en la disputa durante el proceso de descentralización y sucesión en la Rectoría General de la universidad. En 2007 el recién nombrado rector general, Carlos Briseño, escogió la Sierra de Manantlán como sede de su primer acuerdo público con el gobernador Emilio González Márquez; símbolo de una nueva alianza política. En 2021, otro proyecto de Raúl vinculado a Manantlán, el Museo de Ciencias Ambientales, fue utilizado por el entonces gobernador de Jalisco en turno para asestar un golpe político a la universidad.

Con el tiempo empecé a medio comprender a Jalisco, la región entre La tierra pródiga y el Llano en llamas donde yo trabajaba, y a la UdeG. Apoyé a Raúl en los análisis sobre las ciencias ambientales para el diseño de la reforma universitaria y de las políticas públicas que él impulsaba desde el Centro de Estudios Estratégicos para el Desarrollo. Nuestra amistad se había afianzado cuando en 1992 me casé con Marichuy Hernández Real. Ella había trabajado en los proyectos de Raúl durante catorce años: primero en Desarrollo de la Comunidad en Belenes, luego en DICSA y en la Rectoría. Marichuy estaba a su lado, con una grabadora escondida, cuando en 1989 integrantes de la Federación de Estudiantes de Guadalajara irrumpieron en su oficina durante la toma del edificio. Posteriormente, Raúl fue testigo en nuestra boda civil y de nuevo en nuestra renovación de votos treinta años después.

Él sabía lo que me motivaba. Durante décadas no acepté altos puestos que me ofrecieron en la administración central y en varios centros universitarios. De hecho, me tardé cuatro años en aceptar su invitación para dirigir el Museo de Ciencias Ambientales. Cuando cinco universidades, dependencias de gobierno y asociaciones internacionales me ofrecieron en diferentes momentos que abandonara la Universidad de Guadalajara para irme a trabajar con ellos, fueron los significativos proyectos en los que colaboraba con Raúl los que me retuvieron. Él defendió esos proyectos (me defendió a mí) de intereses madereros, mineros, ganaderos, de funcionarios gubernamentales y hasta de rectores y de gobernadores. Nunca me he arrepentido de haberme quedado.

No siempre estuvimos de acuerdo. Recuerdo una desavenencia cuando me pidió que no publicara una columna periodística criticando la construcción de un centro universitario en el Cerro del Cuatro. Intercambiamos razones y, a pesar de su objeción, la publiqué. El proyecto se canceló. Años después aporté para que se reiniciara dicho centro colaborando con Raúl y con el rector general, Ricardo Villanueva, corrigiendo el planteamiento original para asegurar el respeto a los derechos humanos y la conservación de la naturaleza.

Raúl pugnó para que Jalisco y su amada ciudad de Guadalajara tuvieran una infraestructura y un clima educativo-cultural-ambiental acorde a su importancia y necesidades. Cuando él falleció trabajábamos juntos en cuatro proyectos: el Museo de Ciencias Ambientales, el Jardín Botánico en la Barranca de Huentitán, la Maestría en Salud Global y el Premio Nacional de Periodismo Ambiental. Honrando su compromiso de hacer de México un mejor lugar para vivir y evocando las palabras que dejó para que sus seres queridos las leyeran después de su muerte —«sirvo más yéndome»—, confío que su decisión de «irse» sirva para que estos proyectos, al igual que los anteriores, finalmente beneficien a todos los mexicanos ✖

«¡Yasmin! ¿Y tu tesis?»

Cecilia Fernández

a Raúl Padilla López

Pocas personas en la Universidad me llaman por mi segundo nombre y Raúl era una de ellas. «¡Yasmin! ¿Y tu tesis?» fue su favorita durante un tiempo, la decía sí o sí, cada que me veía, cada que coincidíamos en algún evento, ¡y vaya que di margen para que la dijera varias veces, hasta que finalmente me titulé!

Yo, por aquellas fechas de juventud, andaba de un querer vivir la vida y no saber nada de la escuela, pero hubo una voz, la de Raúl, que me hizo retomar el camino académico y seguir adelante. Mi tema de investigación no tenía demasiada bibliografía, fue complejo. Se había documentado poco y debía realizar entrevistas para reunir material. Terminaban los tiempos de Vicente Fox y requería hablar con Jorge Castañeda sobre su propuesta de enviar intelectuales a las agregadurías culturales. Raúl me dijo que él podría ser el contacto, pero nunca se concretó. Lo que sí pasó con el ofrecimiento fue que hizo real en mí la posibilidad de diálogo con el excanciller para citarlo. Así que persistí en la búsqueda y a Castañeda lo contacté por otra vía.

Cuando terminé la tesis, pedí a Raúl ser uno de mis sinodales. Él aceptó. Semanas enteras padecí la intriga sobre si iría o no a mi examen profesional; pocos días antes me convencí de que por supuesto no iría. Efectivamente así sucedió, pero envió sus comentarios. La doctora Mara Robles, quien también fuera mi sinodal, llevó el texto y dio lectura. Nunca sabré si él la leyó o sí alguien más lo hizo, pero tampoco deseo saberlo, prefiero seguir en la creencia de que las palabras

(Guadalajara, 1978). Es productora y conductora en Radio UdeG. Fue amiga de Raúl Padilla López.

de aliento y la revisión positiva a mi trabajo fueron suyas. En el ajetreo y éxtasis de convertirme, por fin, en una profesionista titulada, olvidé pedir el documento con sus visiones. Semanas después intenté conseguirlo pero fue imposible. Así que sólo me queda un vago recuerdo de aquellas palabras y el orgullo de su ausente presencia.

Tiempo después de mi titulación me debatí profundamente si debía o no solicitar su apoyo de nuevo. Y sí me animé. Armada de valor regresé a su oficina a pedir trabajo. La respuesta fue inmediata, rotunda y negativa: me dijo que no. Que si me apoyaba con un puesto dejaría de estudiar y de crecer, que aún era joven y debía prepararme. Me instó a estudiar en el extranjero, cosa que yo deseaba, pero que no pude concretar por temas personales. Años después continué la maestría en casa, en la Universidad.

Guardo con cariño recuerdos del día que le regalé un cuadro, una fotografía tomada por mí. En una visita que hice a su oficina la sorpresa fue enorme: sobre la repisa de un librero descansaba la pequeña imagen en blanco y negro, aquello me llenó de alegría. Otro día le compartí mi tristeza por el cambio de la Radio del piso doce hacia Belenes, allá en la lejanía del Telmex. Él me escuchó paciente y sólo me miró. Me aventuré a decirlo sabiendo que no conseguiría nada, pero quería decírselo. La siguiente vez que nos encontramos me saludó y pidió a su asistente que me invitará a la fiesta por andar de quejumbrosa. Sólo me reí y moví la cabeza, me di cuenta de que mi drama sólo alcanzó para una fiesta. O el día que a las tres de la tarde, sol a plomo, esperaba el camión mientras en silencio pedía al destino pasara algún conocido y me diera *raite*. De pronto, una Suburban blanca hace alto en el semáforo. Se baja el cristal del copiloto, alguien asoma la cabeza y me llama por mi nombre, «¡Yasmin!». Frunzo el entrecejo, agudizo la mirada. Me habla y con la mano pide que me acerque. Con extrañeza comprendo que es él. Me dice que me llevan. Él se bajó a las dos cuadras pero pidió que me llevaran. Llegué a casa sorprendida de aquellas coincidencias. Los instantes con Raúl siempre eran impredecibles e inesperados y siempre versaron sobre temas personales, fueron paternalistas; donde él guiaba, sugería.

Desde mi trinchera fui testigo de la fuerza con la que Raúl edificó toda una época de la cultura en nuestro estado. Como comunicadora estuve presente en la inauguración de varios recintos, además he participado y hecho cobertura de toda la gran infraestructura cul-

tural universitaria: la FIL, el FICG, Papirolas, FIMPro, Día Mundial del Libro, las actividades del Conjunto Santander, Teatro Diana, Auditorio Telmex, Teatro Experimental, Teatro Vivian Blumenthal, Casa Vallarta, Casa Escorza, la Cátedra Julio Cortázar, las múltiples exposiciones del Museo de las Artes y los encuentros, congresos, bienales, etc. He estado en todo, crecí en la Universidad de Guadalajara y sigo en ella. Raúl, a mi oficio, le dio una abundante y rica realidad cultural, también por ello mi pensamiento lo admira, lo honra.

Me provoca una gran extrañeza su ausencia y más pensar en el futuro, pero deseo que aquellos que son semilla, por justicia y homenaje, crezcan. Y que cada árbol que sembró extienda su fronda y cree un bosque tupido, sano y resistente para los nuevos tiempos de nuestra casa de estudios.

Mientras, su voz seguirá resonando: «¡Yasmin! ¿Y tu tesis?», y así detendré un poco el tiempo, en esa eterna juventud universitaria, territorio de todas las posibilidades ✖

Instantáneas con Raúl

Maj Lindström

1.

Intento escribir sobre el amor más profundo de mi vida, sólo cinco meses después de que él decidió ausentarse para siempre.

Sin ser demasiado personal, quiero describir el íntimo acto de amar, y lo hermoso de nuestro amor, sin sonar cursi. Después de su muerte yo estaba en un hoyo negro y quería dejar de existir. Ahora estoy sobre el fino hielo que cubre el mar. Me siento libre, con esperanza y hasta contenta a ratos. Otras veces llego a donde el hielo todavía es demasiado fino. Y se rompe. Y caigo en lo más profundo de la tristeza.

2.

Hablo con él en mi mente. Se repiten los te amo, los cómo pudiste, los te extraño, por qué te fuiste, gracias por dejarme amarte y por amarme.

Iniciamos nuestra relación después de un par de años de amistad y proyectos de trabajo, unos meses antes de la pandemia. Libres y abiertos. Sin compromisos. Los primeros años casi no veíamos a nadie más, así que construimos un universo de amistad, complicidad, cine, vino, música —mucha música— y largas conversaciones.

3.

El tiempo fue pasando y me empecé a enamorar de ese hombre sensible, dulce, inteligente, creativo y atento. Pero ése no había sido nuestro trato. No era mi plan, y ninguno de los dos queríamos novio o novia. Él no creía en el amor, o eso decía. Yo no confesaba mis emociones, y empezaba a notar cambios en su persona.

(Estocolmo, 1973). Es fotógrafa independiente. Fue pareja de Raúl Padilla López.

Iniciamos un proceso muy lento y hermoso. Nos abrimos al amor divino y llegamos a la conclusión de que nos amábamos y no queríamos compartirnos con nadie más. La exclusividad en los tiempos del poliamor; puede sonar retrógrada, pero para nosotros fue bella y mágica.

4.

Alcanzamos a hacer varios viajes juntos. Disfrutábamos descubrir lugares nuevos o ya conocidos. En los viajes él se relajaba. En la cotidianidad trabajaba siempre. El verano de 2022, fueron las vacaciones más largas de su vida. Para los dos fue un verano inolvidable. Estuvimos en Estocolmo, la ciudad donde nací. Se desconectó del trabajo, casi no veía su celular; tomó clases de inglés y conoció a mi familia y a mis amigos y amigas.

5.

Después de su muerte, alguien me dijo: «No apreciamos lo que tenemos hasta que lo perdemos». No es mi caso. No fue nuestro caso. Nos apreciamos muchísimo, nos lo decíamos a cada momento y lo vivimos con plenitud.

Me siento muy agradecida con él —contigo—, con la vida, y por haber construido juntos un universo tan profundo, tan grande, tan hermoso. Gracias ✖

Raúl Padilla: *visionario promotor cultural, empresario y amigo*

Dulce María Zúñiga

Su vida fue venturosa. Su imaginación era tan productiva que generó grandes proyectos en prácticamente todas las áreas de la cultura. Lo sustancial es que no sólo concebía las ideas, también encontraba la manera de llevarlas a cabo: sabía componer equipos de trabajo, rodearse de personas talentosas bajo su liderazgo. En la Universidad de Guadalajara, antes de ser rector (1989-1995), implantó el germen de la investigación y una ambición irrefrenable de mejoramiento académico que llevaría a la creación de la Red universitaria de Jalisco (1994): la expansión de la educación media superior y superior en el estado, con todos los beneficios en desarrollo perdurable, que se ha consolidado en los últimos treinta años.

Tuve la fortuna de conocerlo en 1977, cuando yo estudiaba en la secundaria 3 para Señoritas y él era presidente de la FEG. Durante su visita a la secundaria era difícil contener el entusiasmo de las jóvenes «jericallas», como nos llamaban por la blusa rotundamente amarilla del uniforme. Desde el balcón del segundo piso dio un discurso con intenciones políticas, insistiendo en la importancia de que las jóvenes estudiantes nos involucráramos en los asuntos sociales, que señaláramos los problemas de la ciudad, de la escuela. Que no nos calláramos ante las injusticias. Pero para hacerlo bien, teníamos que prepararnos, estudiar y formarnos como ciudadanas, aprender todo lo posible, remarcó. Logró pasarme su mensaje: hay que estudiar. Aún tengo la imagen muy nítida de aquella mañana en el patio de la Secundaria 3, frente al histórico parque Morelos.

(Culiacán, 1961). Es directora de la División de Estudios de la Cultura en CUCSH. Fue amiga y colaboradora de Raúl Padilla López desde 1987, cuando se creó la FIL Guadalajara.

No imaginé entonces que tres años después lo volvería a encontrar como director del Departamento de Intercambio Académico, oficina universitaria encargada de promover la formación de estudiantes y profesores en otras instituciones nacionales y extranjeras. Sin mucha esperanza, pero con ilusión, recién egresada de la Preparatoria 4, fui a solicitar una beca para estudiar una licenciatura en Estudios italianos en Francia. La beca se me concedió y cinco años después regresé a Guadalajara con una maestría en estudios italianos. No fui la única: desde aquella oficina, Raúl Padilla tuvo la visión de apoyar a muchos jóvenes que regresaríamos a la universidad con formación académica superior para conformar el incipiente núcleo de investigadores universitarios. Como muchos jóvenes de entonces, seguí su consejo: «hay que estudiar», sin educación no hay libertad.

Otro hecho venturoso en el que tengo el privilegio de haber participado: el nacimiento de la Feria Internacional del Libro en 1986. Raúl Padilla, junto con Margarita Sierra y Mary Carmen Canales, logró reunir en una Expo Guadalajara recién inaugurada, a un reducido grupo de editores y algunos autores de México y del extranjero. Se organizaron varias mesas redondas y un homenaje a Juan José Arreola. Muchos se mostraron incrédulos ante la convicción de Padilla de que un día la FIL Guadalajara llegaría a ser la más importante del mundo hispánico. En 2023 constatamos que su visión fue más que acertada.

Otra fecha crucial: en 1994 se crea la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar con los auspicios económicos y personales de Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez. Una cátedra de alto nivel internacional, que treinta años después de su fundación se ha consolidado como un espacio académico para la reflexión y la exposición de ideas innovadoras.

La vida de Raúl Padilla fue venturosa, insisto. Es imposible mencionar aquí todas las obras que encabezó. Se ganó el aprecio y el respeto internacional por su solidez y la dimensión de sus empresas culturales y educativas.

Por mi parte, agradezco su amistad, su apoyo en muchos momentos de mi vida, la confianza que depositó en mí para coordinar la Cátedra Julio Cortázar y dirigir el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. Gracias, Raúl ✖

Carta a Raúl

Gabriela Botti

En mi memoria no dejan de dar vuelta y vuelo estos recuerdos como lo hacen gorriones y petirrojos del otro lado de mi ventana.

El corazón se me enciende como una bombilla cuando pienso en nuestro viaje a Irlanda. Me habías invitado a acompañarte al viaje oficial para proponer a Irlanda como el país invitado a la FIL. Iban también la entonces directora Nubia Macias, Laura Niembro y Miriam Vidriales.

Recuerdo nuestra llegada a la Embajada de México en Dublín, donde fuimos amigablemente recibidos por el embajador Carlos García de Alba. Antes de partir yo había empacado con ilusión un libro, una antología de poesía irlandesa. Y ahí estábamos con Carlos, charlando y comentando los pormenores de las citas de trabajo que se llevarían a cabo los siguientes días. De pronto, una llamada telefónica y Carlos diciendo: viene para acá el poeta, el Premio Nobel de Literatura Seamus Heaney. La bombilla de mi corazón casi estallaba. Seamus Heaney era, de esa antología que llevaba en mi bolso, lo más preciado. Tenía incluso subrayado el poema de San Kevin y el mirlo.

Minutos después llegaría Heaney y se sentaría a charlar con el grupo. Tú, Raúl, siempre cálido y prudente, lo saludaste y le hacías preguntas. Yo daba saltitos de emoción en la silla. Seamus Heaney nos contaba de su anterior visita a México y trataba de recordar el nombre de un artista neerlandés que había conocido en ese viaje. ¡Jan Hendrix!, exclamé. ¡Sí! Sí, respondió el poeta, y así inició una plática amable y cálida en torno a la obra de Hendrix. Tú me observabas complacido sabiendo que yo estaba feliz. Te pregunté al oído si era prudente

(Ciudad de México, 1964). Su libro más reciente es *Preámbulo de la luz* (Literalia Editores, 2003). Fue amiga de Raúl Padilla López.

sacar de mi bolso el libro para que el poeta me lo firmara y con tu inigualable voz dijiste Por supuesto, linda, e hiciste una seña a Carlos para, con todo protocolo, pedirle a Heaney que me firmara el libro. El poeta, sonriente y paternal me preguntó que dónde quería la dedicatoria y le respondí sin dudar: ¡En el poema de San Kevin y el mirlo!, le dije, es mi favorito. Él respondió cariñoso: Es mi favorito también.

No te era ajeno que yo admiraba a Heaney, lo habíamos comentado cuando me extendiste la invitación a ese viaje. Pero no me dijiste nada sobre la presencia del poeta en aquella reunión. Veo ahora a la distancia que muy probablemente lo habías comentado con el embajador.

Finalmente Irlanda declinó la invitación por motivos de economía. El milagro para mí se había cumplido. Lo que hiciste para mí en lo exiguo lo has hecho para tu familia y para tu ciudad de forma descomunal. Nunca supe si yo te lo había agradecido lo suficiente.

Desde el dos de abril, Raúl, no hay día que mi corazón no se encienda y parpadee como una triste bombilla vieja ✖

Testimonio y piezas de recuerdos para armar

Julieta Marón

Conocí a Raúl Padilla López cuando estudiaba en la Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara. Yo era concejal de grupo y él era candidato a la presidencia de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG) con la premisa y promesa de una nueva escuela racionalista, inspirada en las ideas de la Revolución mexicana. Educación socialista. Es lo que guardo en mi memoria.

Recuerdo también lo que me llegaron a contar. Una gran amiga había acompañado a Raúl a la Feria del Libro de Fráncfort y le dijo: «Algún día haré una feria como ésta en Guadalajara». Me comentaron también que hablaba de «luchar» por cada meta.

Años más tarde ingresé a Radio Universidad y recuerdo cómo era renombrado el Departamento de Investigación Científica y Superación Académica (DICSA), el piso 8 y el nombre de Raúl, proyectos y más proyectos gestándose.

Me tocó ser partícipe de la organización de la Primera Muestra de Cine Mexicano, hoy FICG, y de ahí, del piso 8, surgió también en ese entonces la primera FIL, para la que el mismo Raúl llegó a hacer antesalas de horas para que lo recibiera uno que otro magnate y posible financiador de esa primera feria. Poco después se convirtió en rector. El resto, por lo general, ya se sabe.

«Por sus frutos los conoceréis», y así son los hechos los que definen a cada ser humano. Los hechos hablan por sí solos. Son poderosos. El legado de Raúl radica en los trascendentes resultados, tangibles, que han quedado en nuestra ciudad cambiándola para siempre: Auditorio

(Guadalajara, 1967). Es subdirectora regional de radio UdeG Ameca. Fue amiga y colaboradora de Raúl Padilla López.

Telmex, Conjunto Santander, Teatro Diana y muchos más.

El mundo pertenece a aquellos que hacen las cosas, a aquellos que se atreven a actuar con determinación y valentía. A los hacedores. Hombres y mujeres de metas. Emprendedores, luchadores; por mencionar sólo algunos adjetivos.

El licenciado, como muchos le decían, fue valiente para perseguir nuevas oportunidades e iniciar nuevos proyectos. Se convirtió en una versión mejorada de sí mismo, siempre con una actitud positiva y una disposición y posición necesarias para enfrentar los desafíos que se presentaban a diario.

Raúl tuvo una conexión profunda con lo que realizaba, misma que lo impulsó a dar lo mejor de él en cada tarea o proyecto. La energía y la resiliencia necesarias para superar los obstáculos que le surgían en el camino. Cada experiencia la convirtió en una oportunidad de aprendizaje y crecimiento personal para él y todos quienes lo rodeamos. Se sumergía en sus labores, las horas pasaban volando y él jamás tenía horario.

Raúl Padilla siguió su pasión, siguió su corazón y sin duda disfrutó el imperioso viaje que fue su vida, de la que pudimos ser testigos y beneficiarios, sin lugar a duda. Pragmático y valiente, regresó a donde todos regresaremos; en sus propios términos.

Defectos y lado obscuro, como todos. Obras y resultados, como nadie.

Ahora, Raúl es libre e inmortal ✖

Marzo, 1989

Maribel Arteaga Garibay

Hay encuentros que propician un cambio en el destino de las personas, el mío transmutó el día que conocí a Raúl Padilla López.

Este acontecimiento tan representativo en mi vida ocurrió en 1989, un mes antes de que él tomara posesión como rector de la Universidad de Guadalajara. Nuestras primeras interacciones se fundamentaron en el respeto y la sinceridad, valores que prevalecieron a lo largo de los treinta y cuatro años en los que, tanto en el aspecto profesional como en el personal, pudimos ayudarnos en nuestro crecimiento. Con orgullo, puedo decir que desde entonces tuve la oportunidad de acompañarlo y apoyarlo en el camino que recorrió. Y mucho de lo que he logrado es gracias a su impulso y aliento.

Destaco y recuerdo su gran sensibilidad para trabajar con mujeres. Siempre procuró darnos un entorno seguro, un ambiente en el que pudieramos sobresalir por nuestras ideas para convertirnos en lideresas. Este atributo fue revolucionario en una época en que nuestra voz buscaba ser escuchada y él la escuchó.

Hablar de él sin duda conlleva implícito el reconocimiento a su dedicación y a su capacidad de liderazgo, pero también es reconocer entrañables cualidades que lo hicieron destacar como un ser humano cálido y comprensivo que compartía momentos de cercanía y de amistad con quienes lo rodeábamos y tuvimos la fortuna de convivir de cerca con él; recordaremos su firmeza y determinación, pero también está latente su naturaleza bromista y alegre que lo hacía un ser sumamente carismático y magnético, era imposible no reír a su lado.

(Coalcomán de Vázquez Pallares, Michoacán, 1960). Es directora del Museo de las Artes de la UdeG. Fue amiga y colaboradora de Raúl Padilla López durante treinta y cuatro años.

Quiero, además, hacer énfasis en su esencia sensible que le permitía escuchar, apoyar y resolver los problemas de quienes se acercaban a él, era realmente generoso. En ese sentido y, personalmente, agradezco los grandes momentos de empatía y de cariño que tuvo conmigo. Más allá de que se convirtió en un mentor, siempre lo sentí como un hermano mayor; su complicidad, su guía y su amistad serán sin duda los grandes tesoros que acompañarán su recuerdo en mi memoria.

Siempre valoró el conocimiento y tuvo muy presente la importancia de las relaciones humanas. El cuidado del protocolo y la cortesía en el trato hacia las personas son, quizá, las más grandes lecciones que le pude aprender y que, hoy, continúan siendo factores que determinan mi vocación como trabajadora de la Universidad de Guadalajara. Gracias a la confianza que depositó en mí y al amor que me transmitió por esta institución, he podido desempeñar diversas labores dentro de esta comunidad a lo largo de casi cuatro décadas.

Sin duda, la ausencia de su figura es difícil de llevar, se echa en falta su afecto; pero su memoria será eterna en mi historia. Si el cruce de nuestros caminos cambió el rumbo de mi vida, su partida vuelve a hacerlo de nuevo.

La determinación que se requiere para convertir un sueño en realidad es inherente a los grandes espíritus humanos. Raúl Padilla López fue, sin duda alguna, un ejemplo de ello.

—Marigüel... Ayúdame con eso.

—Con gusto, Jefe ✖

Memoria de mi padre

Jessica Padilla

Mi *daddy*, mi «Huevito», mi máximo, mi protector, mi compañero, mi papá, mi todo. Mi mejor amigo, mi más grande héroe, el más inteligente y el más paciente y el más simpático y el más honesto. Para mí siempre serás el más bonito amor. Yo aquí quiero hablar de lo magnífico que eras como ser humano. ¡Ya todos sabemos todo lo que lograste!, pero ¿cuántos saben de ese ser humano tan extraordinario que eres? Porque tu energía sigue y seguirá entre nosotros; porque vives dentro de mí. Una luz brillante y siempre luz en la oscuridad.

Padre de muchos, te caracterizaba tu instinto protector. Fuiste padre de tu mamá y de tu papá y de tus hermanos ¡y mío, mío para siempre! Eras el balance entre valentía y templanza, con una paciencia infinita. He llegado a pensar que no sabía lo que tenía; pero sí lo sabía y temía tanto tu ausencia. Sabio padre mío, la persona más sabia e inteligente que yo he conocido, qué manera de aguantarme y ayudarme a controlar mi carácter. Siempre con sabiduría, amabilidad, respeto y esa forma tan tuya de todo hacerlo con finura. Qué hermoso era ser la niña de tus ojos. Ese brillo en tu mirada siempre al verme. Sé que frenabas el mundo por mí. Me enseñaste que nadie está realmente muy ocupado cuando ama a alguien. Agradezco cada momento que pasamos juntos, cada enseñanza. Agradezco ese amor incondicional que tuve el privilegio de conocer. No creo que nadie en este mundo se pueda sentir más amado que yo por ti.

Descansaba en la certeza de que nada nunca podría pasarme porque mi «Huevito» estaba para protegerme y para cacharme siempre. Sabía que siempre tendría un lugar en tu casa. Tu corazón es mío. Una

(Guadalajara, 1987). Es hija de Raúl Padilla López.

vez alguien me dijo que las hijas son una cosa que se te mete por los ojos y te roba el alma. Así era. Yo sé que podías estar enojadísimo y, si te entraba una llamada mía, sólo conmigo se te endulzaba la voz de inmediato. *Daddy*, me compartiste todo de ti y me hiciste una extensión de todo lo tuyo. Creo que nadie se puede sentir más querido de lo que yo me sentía por ti. Tu princesa. Amaba que me echaras carrilla y me molestaras, así eras cuando más de buenas estabas.

Me enseñaste que la verdadera belleza emana del interior y se refleja al exterior. Qué fan eras de *Los Miserables.* Sobre todo de ese pasaje donde Victor Hugo explica esto en voz de Cosette. Me enseñaste también a amar el teatro, contigo lo disfruté tanto. En mis cumpleaños íbamos a Nueva York y veíamos una obra por día, ¡tanto nos gustaba! Casi siempre llorábamos y nos reíamos. En tu dedicatoria en *Crimen y castigo,* que leí gracias a ti, me pones que es un libro que en tu adolescencia te enseñó que la vida vale la pena y que hay que vencer la adversidad. Tú eres el mejor ejemplo de vencedor y el ser más valiente. Cómo llorabas al contar la historia del Rey Lear y sus tres hijas. Que no te quiere quien te dice que más te quiere, sino quien realmente te quiere. Y se quiere como se quiere, se ama de verdad como se ama de verdad, ni más ni menos. Tú sabías amar tan sinceramente. Sabías tanto de la naturaleza humana, la comprendías, aunque te dolía la entendías. El pasado te dolía pero siempre supiste darle su lugar, fue tu maestro pero no vivías en él. Estabas absolutamente consciente de que no se podía hacer nada para cambiarlo, pero ponías todo de ti para hacer un mejor futuro. Qué frase más sabia la tuya de «los rencores que no sirven déjalos ir». Utilizabas todo para aprender, pero no te enganchabas con nada ni con nadie, eras demasiado inteligente para eso.

No necesitabas exaltarte para demostrar autoridad, no imponías. Quien realmente te conocía sabía lo bondadoso que eras. Yo que estuve tan cerca de ti, me consta cómo se hicieron tantos mitos en torno a tu persona. Eso sí, eras hermético y no dejabas entrar a todos a tu corazón, para que no te lastimaran, porque habías sido muy lastimado. Sin embargo no te quejabas de esto, mejor eras precavido; una vez que se cruzaba esa línea de tu cautela se podía descubrir que eras el más bueno y noble. Siempre tratabas a todo el mundo con educación y respeto, y tenías un humor tan tuyo de reírte de las cosas. No te gustaba desilusionar a nadie. Si la comida estaba mala en

un restaurante preferías no decir nada aunque no conocieras al chef. Dabas sin esperar nada a cambio y estabas consciente de que la gente no era agradecida, pero eso no quitaba tu buena voluntad. Papá... siempre pensando en todos. Siempre pensando en mí hasta el último momento. No eras religioso pero creías en principios y no entendías por qué las personas no podían basar su vida en éstos. Porque «los mochis», decías, eran los más peligrosos. En el nombre de Dios hacían las peores atrocidades, como en toda la historia. Fuiste el mejor hijo que yo he visto. Tuviste a tu mami viviendo contigo los últimos quince años o más. No sólo le diste una casa, le dabas también tu tiempo. Te sentabas a ver las noticias con ella e incluso hacías todo lo posible por regresar de tus viajes para comer con ella los domingos.

Sí, aunque suene trillado para mí, tu hija, ¡tú eres el mejor de todos! Éstas son las memorias de mi padre. ¡Nunca acabaría de escribir sobre ti! ¡Te amo y te extraño todos los días, mi «Huevito» de mi corazón! ¡Hasta Andrómeda! ✖

El nacimiento de Europa

ANDREA COCHIUS

Europa, moldeada por una historia rica y diversa, ha estado en constante cambio a lo largo de los siglos. Ante los numerosos conflictos y guerras que han marcado a sus países y pueblos, surgió en el corazón y la mente de los visionarios el deseo urgente de una Europa unida, una comunidad que promueva la paz, la cooperación y los valores compartidos.

Andrea Cochius se ha propuesto representar visualmente las historias y los ideales que han dado forma a Europa. Con un profundo conocimiento de la naturaleza humana y un buen ojo para los detalles, se ha embarcado en un viaje artístico para retratar a las personas que idearon y realizaron el sueño de una Europa unida. Su exposición *El nacimiento de Europa. Los autores intelectuales políticos y nuestros valores compartidos* no es sólo un homenaje a estos visionarios, sino también un recordatorio de los valores que encarnan.

Página I
Erasmus (Erasmo de Róterdam), 2022
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1466-1536). Holandés. Teólogo, sacerdote, canónigo agustino, filólogo y autor de numerosos libros. Se le consideraba uno de los primeros «europeos».

Simone Veil, 2021
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1927-2017). Francesa. Política. Sobreviviente del Holocausto. Fue ministra de Salud en Francia y presidenta del Parlamento Europeo.

Stefan Zweig, 2021
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1881-1942). Británico-austriaco. Escritor, traductor y pacifista. Uno de los narradores de lengua alemana más importantes de principios del siglo XX.

Magdalene Hoff, 2021
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1940-2017). Alemana. Fue vicepresidenta del Parlamento Europeo y principal responsable de la ampliación de la Unión Europea hacia el Este.

Willy Brandt, 2021
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1913-1992). Alemán. Fue el cuarto canciller de la República Federal de Alemania.

Alcide de Gasperi, 2022
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1881-1954). Italiano. Estadista. Fue primer ministro italiano. Padre fundador de la Comunidad Europea.

Nilde Lotti, 2021
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1920-1999). Italiana. Política. Fue miembro del Parlamento Europeo.

Robert Schuman, 2021
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1886-1963). Francés. Estadista. Fue primer ministro. Publicó la explicación histórica de la reconstrucción de Europa.

Katarina Barley, 2022
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1968). Germano-británica. Desde 2019 es miembro del IX Parlamento Europeo y su vicepresidenta.

Escultora y artista en general, siempre se ha inspirado en las historias y los rostros de las personas. Sus viajes la han llevado a los rincones más remotos del mundo, desde las calles de la India hasta las metrópolis de Europa. En cada retrato, en cada dibujo, busca la belleza y el espíritu de lo humano. Su obra no es sólo una representación de personas, sino también una reflexión sobre los valores e ideales que encarnan estas personalidades.

«El arte es un puente que nos conecta a través de fronteras, culturas y tiempos. Nos recuerda que a pesar de nuestras diferencias, tenemos más en común de lo que pensamos. En cada obra de arte existe la posibilidad de descubrir nuevas perspectivas y forjar conexiones más profundas con nuestra humanidad común», reflexiona Cochius.

Jacques Delors, 2021
Acrílico sobre tela
100 x 120 cm

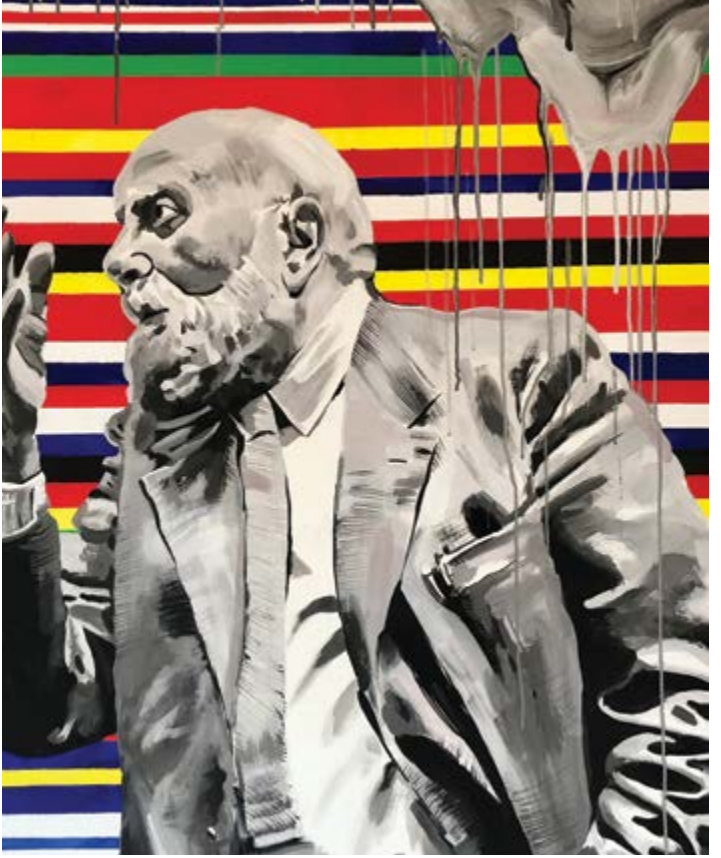
(1925). Francés. Economista y político. Presidente de la Comisión Europea.

Margrethe Vestager, 2022
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1968). Danesa. Política del partido liberal de izquierda. Comisaria de Competencia de la Unión Europea.

Altiero Spinelli, 2022
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1907-1986). Italiano. Político comunista. Fue miembro de la Comisión Europea y eurodiputado del Partido Comunista Italiano en la Unión Europea.



Konrad Adenauer, 2021
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1876-1967). Alemán. Fue primer canciller de la República Federal de Alemania. Hizo campaña por una Europa unida para garantizar la paz.

Desde Konrad Adenauer hasta Simone Veil y Stefan Zweig, las pinceladas de Cochius capturan la esencia de estas personalidades y les dan vida. «Europa no es sólo un lugar, sino también un sentimiento, una herencia que llevamos dentro y transmitimos a las generaciones futuras. Es un mosaico de culturas, historias y sueños que se juntan con el tiempo para formar un todo único», dice Cochius.

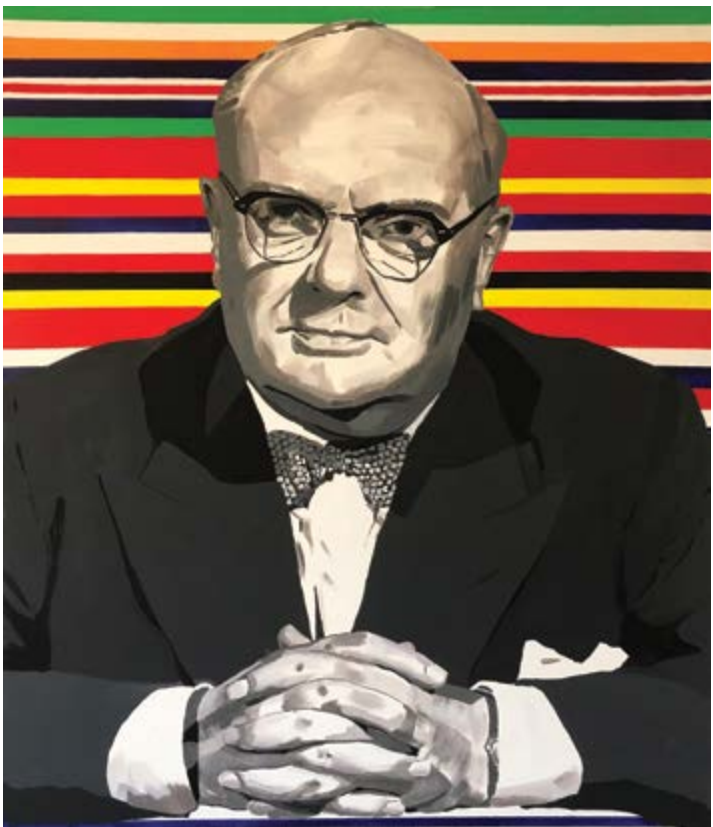
Pero la obra de Cochius va más allá de la mera representación. Nos desafía a reflexionar sobre el significado de Europa en nuestras propias vidas. En un momento en que el mundo a menudo parece dividido y la guerra nos muestra la fragilidad de nuestros valores, su arte es un rayo de esperanza. Nos recuerda que Europa es más que la suma de sus partes y que los ideales de tolerancia, unidad y cooperación son tan relevantes hoy como lo fueron entonces.

Herman Van Rompuy, 2022
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1947). Belga. Político. Primer presidente permanente del Consejo Europeo.

Petra Kelly, 2022
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1947-1992). Alemana. Política y activista por la paz, el medio ambiente y los derechos humanos. Trabajó para la Comisión Europea.



Paul-Henry Spaak, 2022
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1899-1972). Belga. Político y estadista. Se le considera uno de los padres fundadores de la Unión Europea.

Ursula Hirschmann, 2021
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1913-1991). Alemana. Activista antifascista. Defensora del federalismo europeo. Fundó la asociación Femmes pour l'Europe.

Walter Hallstein, 2021
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1901-1982). Alemán. Abogado. Profesor universitario y político. Fue el primer presidente de la Comunidad Económica Europea.

Página XV ❱
Václav Havel, 2022
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1936-2011). Checo. Dramaturgo, ensayista, activista de derechos humanos y político. Disidente durante el gobierno del Partido Comunista.

Jean Monnet, 2021
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1888-1979). Francés. Empresario. Pionero de los esfuerzos de unificación europea. Se le conoce como el Padre de Europa.

Robert Menasse, 2022
Acrílico sobre tela
120 x 100 cm

(1954). Austriaco. Escritor y ensayista político. Argumenta a favor de una república europea basada en una Europa de las regiones.

Andrea Cochius es escultora en piedra de formación, artista con estudios, gestora de proyectos y licenciada en magisterio de arte y alemán. Trabaja de tiempo completo como artista enfocada en la pintura. Sus pinturas y dibujos se han exhibido ampliamente.

Textos: *Luvina*

ENTREVISTA A GERARDO DENIZ (1934-2014)*

❍

Myriam Moscona

A sus dos años, en 1936, salió de Madrid hacia Ginebra. Ahí empezó el primer año de primaria, pero nunca lo terminó. Sus estudios «están llenos de baches: no terminé el primero, jamás hice el segundo, no hice ni dos meses de quinto y así sucesivamente, hasta acabar la prepa a título de suficiencia. Más veinte de asco universitario y adiós pedagogía». En la primaria fue «deplorablemente» aplicado.

«En secundaria me saqué la espina: diez en biología, cero en literatura».

Duras son las bancas, y
el profesor tampoco tan
[lúcido.
Con frecuencia se nota que
[improvisa.
Que falsea tradiciones,
[anatomías,
para salir del paso.

Tal vez era una sofocante tarde azul cuando Juan Almela eligió llamarse Gerardo Deniz. «Es un pseudónimo para simplificar mi vida». Durante su infancia vivió en muchas casas con pocos libros. «Los libros son caros». Su padre fue restaurador («aunque pudo haber sido un bibliófilo, sólo que jamás tuvo un centavo»). Con su madre tuvo una relación «abominable. Hace tres meses logré enterrarla».

lo infecta todo,
lo amarga todo,
se cuela por debajo de los
[muebles.
Es un asco.

Deniz cultiva su escritura «muy seriamente», pero sin ninguna disciplina. Cuando empezó a escribir, entre los ocho y nueve años, pergeñó «dos pseudorredondillas de octosílabos rimados en el centro y con los extremos sueltos. Perfectamente medidos. Recuerdo siete de los ocho. La última palabra es un neologismo consciente. Jamás me he atrevido a enseñar esta creación a nadie. Quizá sea la única cosa que no he contado a alguien siquiera una vez».

Pasaron diez años. Le vinieron a la pluma «media docena de chácharas. Lo terrible es que recuerdo grandes fragmentos».

A partir de 1956, a sus veintiún años, escribió «muchas docenas» de textos poéticos. Algunos se recogieron en *Adrede.* «Hoy en día me es inexplicable por qué sobrevivieron precisamente los que figuran en ese libro. Tal vez debí suprimir, de plano, todo. En cualquier caso, el mundo se salvó casi por completo de una primera época mía, que existió, pero tiré».

El nudo se ha deshecho, la
[amarra se soltó:
nunca antes sucedió de esta
[manera.

Escribe con lo que sea y en cualquier lugar. Los materiales de escritura le dan lo mismo. «Cierto poema lo escribí en gran parte en el Metro, en un paquete de cigarros que había ido a comprar a Tacuba». Sus lecturas, en cambio, son menos azarosas. Desecha la sola idea de acercarse a «la teoría de los modos de producción», «a García Márquez» o a cualquier libro en torno al cual se hable mucho. Esos le repugnan. No leyó *Bonjour tristesse*, prefería *Derivados naturales del fenantreno*.

* Esta semblanza está basada en la publicada en el libro *De frente y de perfil: semblanzas de poetas* (DDF, 1994), que constituye, quizá, la primera entrevista que dio el poeta sobre su quehacer literario.

(Ciudad de México, 1955). Su libro más reciente es *León de Lidia* (Tusquets, 2022).

El tiempo es deseo y
[erección: pasa

Autor de siete libros de poesía y de innumerables traducciones, pone cada cosa en su lugar: «Escribir me ha sido siempre muy agradable. Traducir (y demás idioteces editoriales) comenzó siendo la lata indispensable para vivir, pero hoy, después de cuarenta años en ello, me hace vomitar; indispensable aún, es algo repugnante, aborrecible. A estas alturas, casi tanto como otras aversiones innatas (y causa de que no sea yo gerente de una editorial, o algo así), mis repulsiones supremas: vender, manejar gente».

A lo largo de sus hábitos, la única disciplina que ejerció sin darse cuenta de que lo era fue «devorar infinitos artículos de química orgánica, entonces que los tenía a mi alcance. No hablo, por supuesto, de treinta años checando tarjeta a las ocho de la mañana y calentando silla ocho horas: para mí aquello no era disciplina, sino una violencia diaria que la sociedad me infligía».

Suena una marcha de Sousa,
desde el portalón arrojan
[puñados de caramelos
[chupados a la plebe
Abro la boca y emito un
aullido tradicional en la
[familia.
Memorable ésa es la
[palabra.
Yo he nacido.
Adentro, la vida iba en
[calzoncillos.

Con lo que su memoria conserva del tiempo en que llegó a México «podría escribir un libro». A cambio, ha publicado *Verano de 1942*, poema donde recoge algunos aspectos de sus primeros días en esta ciudad. Desarrollado con el triángulo «asumido» del erotismo, del sarcasmo y de la erudición, suspende el poema con estas líneas:

Mi infancia, como la
mayoría, no fue feliz.
Interesante sí lo era

A pesar de que México fue su tercer lugar de residencia, no se siente exiliado. «Las problemáticas de quienes sí, me joroban prodigiosamente». Su poema toca, sin embargo, el encuentro:

Por calles de jepúblicas del
[centro,
frente a ostionerías
[socialistas o cristeras,
tocan
—red cúbica
centrada en las caras—
el guitarrista,
el saxofón ciego,
la tambora.

Lector y relector de Eliot, Paz, Pessoa, Chumacero, Perse, Baudelaire, López Velarde y Góngora, evita otros contactos con la poesía. A sus contemporáneos los lee «lo menos posible, sin excesiva descortesía. Ahora bien, a quienes no son mis contemporáneos, tampoco los leo casi. Escribir me encanta, pero la literatura apenas me interesa. Paradójico, sin duda. Es que yo no vine al mundo para escritor. Escribo porque es la única posibilidad que me queda de hacer algo mío». En ese sentido, su «muletilla favorita» es repetir: «si lo que yo escribo lo escribiera otro, yo dejaría de leerlo a las pocas líneas para siempre».

Vamos pues; no era para tanto. Al fin y al cabo mi poesía no aborda grandes asuntos.

La inspiración, tema al que Octavio Paz dedicó todo un capítulo en *El arco y la lira*, suscita en Deniz una ironía matizada por la frase: «la inspiración existe; me canso, ganso». Habría que añadir que en él «no se manifiesta escribiendo con los ojos en blanco, una frondosa pluma de ave y emitiendo alaridos sensibles para impresionar a los profanos». Su inspiración transcurre mientras platica con su familia, anotando a hurtadillas algunas palabras o por la calle. «¡Guerra a muerte a la despreciable

mitología estereotipada del genio peculiar! Ojalá abunde la peculiaridad, pero que esté en los productos, no en representar farsas». La inspiración llega sin avisar «y se siente sabroso porque trae consigo líneas decisivas. Pero rara vez le salen a uno del cacumen, seguidos, tres o cuatro renglones intachables. Quiero decir: a la inspiración le basta un rato, pero luego tiene que llegar la revisión, el repaso, la autocrítica, una y cien veces. Para esta labor no hace falta esperar ningún "estado de gracia"; es una actividad que puede emprenderse casi en cualquier momento disponible». Orientado, exfumador («ahora es urgente que beba menos»), tiene, salvo contadas excepciones, aversión por la novela. Con voz suave, que contrasta con «cierta inclinación a la agresión (sólo verbal, pero aun así es algo muy feo)», no teme en absoluto la trivialización. «Nunca me ocupo de nada grande y profundo, y si lo hago es en un tono de pitorreo insufrible. En una palabra: el sentirme trivial es, para mí y para lo que escribo, un ingrediente básico y delicioso del sentirme vivo».

y la Poesía
un mercado de sustancias
pegajosas |

APUNTES SOBRE ALGUNAS COSAS QUE, COMO BAILAR, NO SIRVEN PARA NADA*

❍

Ronit Guttman

Dice Jean-Luc Nancy, en su conferencia «¿Qué significa partir?», que «bailar no sirve para nada, pero todos los pueblos humanos siempre bailaron y todavía bailan [...] bailar es partir un poco (61)». Bailar, afortunadamente, no sirve para nada.

¿Qué tiene que ver la danza con la historia, con la ficción, con la literatura y con el psicoanálisis? ¿Por qué empiezo reflexionando en torno a la danza? Bueno, respondo primero lo segundo y después lo primero, a lo *nachträglich*[1]: empiezo por la danza porque no sé de qué otro modo hacerlo, quiero decir, ¿qué no ha empezado por la danza, partiendo de que ella es lenguaje? ¿Qué de lo humano no ha empezado con el lenguaje y a través suyo? Me parece que ya se alcanza a asomar cómo es que mi respuesta a la segunda pregunta convoca a la primera. A través de la danza, el canto, la pintura, los textiles, los pueblos han dejado y siguen dejando testimonio de sus historias en diferentes superficies; a través de la danza, el canto, la pintura, los textiles,

* Este texto fue escrito para el encuentro «Historias de la mente: medicina, psicoanálisis, ideas y narrativa», parte del seminario «Historia y ficción», organizado por la División de Historia del CIDE, en el que participé el 17 de septiembre de 2019 por invitación de David Miklos. La versión presente ha sido editada.

1. *Nachträglich* se refiere a un tiempo retroactivo. Freud proponía una lógica de tiempo no lineal, no cronológica. En psicoanálisis nos enfrentamos a momentos cronológicamente posteriores que despiertan, convocan o significan a otros cronológicamente previos, pero que sólo retroactivamente cobran sentido, al menos, en esa dirección. Entonces decimos que los segundos momentos cronológicamente, aquellos que convocan, son los primeros.

(Ciudad de México, 1989). Practica psicoanálisis. Su publicación más reciente es *Ominoso | osonim0* (*Revista de la Universidad de México*, 2021, CDMX).

los pueblos se han escrito y siguen escribiéndose. Coreo*grafía* es, no sólo etimológicamente, la escritura de una danza. Además empiezo por la danza porque, siguiendo a Nancy, bailar es partir un poco y partir también es dividir, fraccionar, separar y analizar. Por lo tanto parto desde la danza, desde la partitura del movimiento, es decir, de la vida. Si pensamos en movimiento no podemos prescindir de la duración en el tiempo que éste tendrá, así como tampoco del lugar en el espacio donde sucederá y la materialidad que lo encarnará. Esa materialidad es cuerpo, ya sea que se trate del cuerpo de brazos y piernas con el que bailamos, de otro cuerpo del lenguaje como algún sonido o grafo o, específicamente, del cuerpo de este texto dividido por sus notas al pie de página.[2] Lo segundo, que es la primera pregunta cronológicamente, apunta a la relación entre danza, historia, ficción, literatura y psicoanálisis. Ya adelantaba que la danza es, como la pintura o los textiles, escritura: el registro, la huella de que allí hubo cuerpo vivo en un espacio y en un tiempo. Bailando tenemos cuerpo en tensión, cuerpo que marca y es marcado; bailando escribimos, producimos el texto de un recorrido, una coreografía, incluso si no anotamos y olvidamos.

Hablamos entonces de escrituras, de textos, de tejidos. Si bien no toda escritura es literatura, me parece que estamos autorizados a decir que toda escritura es ficción; si bien no toda coreografía es arte, podemos decir que toda coreografía es ficción. No hay producción humana que no sea ficción, pero no toda ficción es arte. Analicemos: toda producción es ficción en el sentido de que es artificial, inventada; producción en el y del lenguaje; invención porque, en tanto producción humana, no ha estado en la naturaleza. Las preguntas por la ficción apuntan hacia la fantasía y por lo tanto hacia la realidad, asuntos con los que se las tiene que ver el psicoanálisis.

El diccionario de la RAE define *ficción* como «acción y efecto de fingir».[3] Según la RAE, entonces, toda producción humana es fingida: las matemáticas, la física, la química, el mercado, los Estados nación, entre otras cosas, entre casi cualquier cosa. ¿Cómo decir a los feligreses de la RAE y otros

2. Insertar notas al pie de página, para mí, no es solamente un señalamiento a una referencia externa al texto. Insertar notas al pie es un ejercicio ético en varios sentidos: en principio porque amenaza la linealidad, con todas sus consecuencias, y, pareciéndose tantito a la asociación libre, da lugar también a movimientos en diagonal o en espiral, incluso tal vez en reversa; enseguida porque son saltos, como pasos de baile, son partidas –despedidas y bienvenidas– en las que se juega algo en el movimiento mismo, en la forma, más allá de sus contenidos; además me dan oportunidad de anotar otras inquietudes que asoman al camino principal; finalmente, porque explicitan el rol activo de les lectores, les invitan a moverse, a saltar, a bailar, a partir un poco. Nuestro proceder en la vida es más hipertextual que recto (con todas las connotaciones morales que la rectitud arrastra), ¿por qué, entonces, insistir en que nuestros textos sean exclusiva o mayoritariamente lineales?

3. El diccionario de la RAE y varios diccionarios (el DSM incluidísimo en esta lista) definen y, en esa medida, clausuran, atrapan y terminan por destruir, porque la fijación, la inmovilidad, la inorganicidad son muerte.

diccionarios, que creen en la autoridad incuestionable de la definición y de la fijación, que la ficción es todo el quehacer humano, que la ficción es el resultado de la causa de nuestra humanidad y de la que estamos y somos sujetos: el lenguaje? Que los diccionarios también son ficción. Que, si bien existen diccionarios críticos cuyos esfuerzos apuntan a la tarea insoslayable de conocer y explicar las palabras que crean y sostienen el mundo[4] sin anular la singularidad y la multiplicidad de cada palabra, a muchos ejercicios de clasificación se les resbalan inadvertidamente las diferencias y, en esa medida, lo suyo sí es acción y efecto de fingir cuando los sinónimos aparecen pensados como intercambiables, sin más. No es posible, excepto fingiendo, decir igual lo diferente, no es posible canjear una cosa por otra sin consecuencias. Por ejemplo: *ira* y *rabia* podrían parecernos sinónimos, no obstante, si cambio *ira* por *rabia*, pierdo la posibilidad significante de referir al Ejército Republicano Irlandés, en inglés Irish Republican Army. Movimientos, danzas, no poco comunes en psicoanálisis.[5]

Ficción no es fingir ni mentir —o concedamos que no solamente—[6], la ficción es una invención que contiene verdad y esa verdad, en tanto subjetiva, apunta al deseo. Cuando Freud se refería a las narraciones de sus pacientes, las llamaba novelas familiares o novela del neurótico. Aunque inicialmente sí corroboraba con terceros, cuartos o a saber, las ocurrencias de sus pacientes, después abandonó esta práctica porque se dio cuenta de que la realidad psíquica —la única realidad, digo yo—[7] tiene efectos, sin importar si está o no verificada (¿verificada? ¿Quién podría verificar semejante cosa y bajo qué criterios? *Verificar*, además, cuya raíz nos acerca a *verdad*, no a *realidad*). La ficción es verdadera si sus efectos son verdaderos, independientemente de cuán verosímiles o inverosímiles nos parezcan éstos. Así,

4. Quiero agradecer a mi amadísima y admiradísima Denisse Gotlib por su lectura e intervenciones agudas, en general, y por llamar mi atención sobre la posibilidad fecunda y vitalista de pensar los diccionarios como una herramienta de creación, en particular; ahí donde la que restringía, reducía, clausuraba y fijaba era yo, reproduciendo exactamente lo que condenaba. Comparto un fragmento de nuestro intercambio:

   «Pensé en la última palabra que busqué en el diccionario de la RAE, jaja. *Bayoneta*. La primera definición dice:

   1. f. Cuchillo o arma blanca de los soldados de infantería, que se acopla a la boca del fusil.

   Aunque dice *cuchillo*, también dice todo lo demás. No me imagino sólo un cuchillo. Me voy haciendo una imagen en mi cabeza. ¿De qué otros modos podríamos describir con palabras una palabra nueva a alguien que no la conoce?».

5. En *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*, Derrida dice que «la "destinerrancia", la posibilidad que tiene un gesto de no llegar nunca a su destino, es la condición del movimiento de deseo».

6. Recuerda Derrida, también en *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*, que «todo acto de palabra promete la verdad (incluso y sobre todo, si miento)».

7. Cuando digo que la realidad psíquica es la única realidad, digo que cada sujeto se sujeta a su realidad psíquica, no que todos nos sometemos a una única realidad.

alcanzamos a ver algo del vínculo asociación libre-realidad psíquica-ficción-literatura.

Como decíamos, la danza o cualquier otra escritura es una ficción en tanto artificio. Pensemos, por ejemplo, en los síntomas en el cuerpo, ¿no es su despliegue una puesta en escena, un guion? Aquí lo importante, ya se trate de un caso de posesión demoníaca en el siglo XVII o de la gastritis que padecí el fin de semana anterior, es que los síntomas condicionan al cuerpo, lo hacen bailar de determinada manera. ¿De qué determinada manera?, pregunta une psicoanalista, porque los síntomas no son fingidos, por más ficcionales que sean, asunto que tampoco los vuelve circunstanciales; hay *algo* suyo determinando. Los síntomas, como explica Freud sobre los sueños en *La interpretación de los sueños*, son del sujeto y éste habrá de responsabilizarse de ellos y, como cualquier formación inconsciente, ya anuncian la dirección de su deseo, de su falta. Es fácil y a veces cómodo creer que cuando una elección no es consciente no es elección y, por lo tanto, el sujeto, de eso aparentemente azaroso, no es responsable; la posibilidad de asumir lo que de mi deseo emana es, ni más ni menos, la posibilidad de emancipación. El psicoanálisis conduce un proceso emancipatorio de reafirmación subjetiva y singular de la vida, pero no sirve para nada, como bailar tampoco sirve para nada, si pensamos *servir* dentro de los límites del sistema neoliberal. Hacernos cargo de nuestras formaciones inconscientes (errores, olvidos, lapsus, chistes, sueños, síntomas), sin embargo, no es poca cosa, como tampoco lo es asumir que la ficción no es mentira ni fingimiento ni lo opuesto a verdad. Nuestros síntomas, de los que participamos y tenemos que hacernos cargo, son una danza también y consiguen, en el mejor de los casos, crear algo: *poiesis*.

Cuando Vicente Huidobro, en su manifiesto *NON SERVIAM*, declara su independencia de «la madre Natura», lo hace con el propósito de crear otras realidades, realidades artísticas, realidades psíquicas —tomémonos la licencia de pensarlo así—, otros mundos:

> El poeta, en plena conciencia de su pasado y de su futuro, lanzaba al mundo la declaración de su independencia frente a la Naturaleza.
>
> Ya no quiere servirla más en calidad de esclavo.
>
> El poeta dice a sus hermanos: «Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que imitar al mundo en sus aspectos, no hemos creado nada. ¿Qué ha salido de nosotros que no estuviera antes parado ante nosotros, rodeando nuestros ojos, desafiando nuestros pies o nuestras manos?
>
> Hemos cantado a la Naturaleza (cosa que a ella bien poco le importa). Nunca hemos creado realidades propias, como ella lo hace o lo hizo en tiempos pasados, cuando era joven y llena de impulsos creadores.
>
> Hemos aceptado, sin mayor reflexión, el hecho de que no puede haber otras realidades que las que nos rodean, y no hemos pensado que nosotros también podemos crear realidades en un mundo nuestro, en un mundo que espera su fauna y su flora propias. Flora y fauna que sólo el poeta puede crear, por ese don especial que le dio la misma madre Naturaleza a él y únicamente a él».
>
> *Non serviam*. No he de ser tu esclavo, madre Natura; seré tu amo. Te servirás de mí; está bien. No quiero y no puedo evitarlo; pero yo también me serviré de ti. Yo tendré mis árboles que

no serán como los tuyos,
tendré mis montañas,
tendré mis ríos y mis mares,
tendré mi cielo y mis
estrellas.

Y ya no podrás decirme:
«Ese árbol está mal, no me
gusta ese cielo.... los míos
son mejores».

Yo te responderé que mis
cielos y mis árboles son los
míos y no los tuyos y que no
tienen por qué parecerse.
Ya no podrás aplastar a
nadie con tus pretensiones
exageradas de vieja
chocha y regalona. Ya nos
escapamos de tu trampa.

Adiós, viejecita
encantadora; adiós, madre
y madrastra, no reniego ni
te maldigo por los años de
esclavitud a tu servicio.
Ellos fueron la más preciosa
enseñanza. Lo único que
deseo es no olvidar nunca
tus lecciones, pero ya tengo
edad para andar solo por
estos mundos. Por los tuyos
y por los míos.

Crear algo es plantar un árbol pero también lo es cantar mi árbol independientemente de la Realidad Objetiva. Mi árbol que escapará a las definiciones, categorías y significados; mi árbol que funcionará como significante, como cuerpo y sólo significará en función de su posición en el espacio y sus relaciones de contigüidad con otros cuerpos, con otros significantes; como I, R, A, que significan rabia y Ejército Republicano Irlandés y, quizás, algunas otras cosas. Mi árbol, como cuerpo, y mi cuerpo que componen mi realidad psíquica y a través de los cuales escribo mi *novela neurótica*, en tanto significantes y no en tanto significados previamente fijados e impuestos.[8]

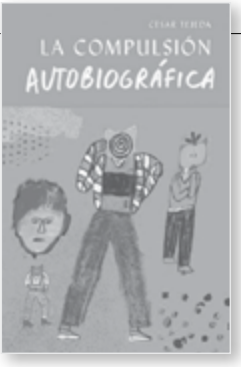
Cantar mi árbol, transitar por notas al pie de página abriendo caminos, bailar síntomas, escribir *novelas neuróticas* son partir un poco, son gestos que movilizan; significantes capaces de crear otra cosa, capaces, en el mejor de los casos, de *poiesis*, de arte y, en el menos afortunado de los casos, significantes que se resisten al dominio de la Realidad Objetiva porque ¡otro mundo es posible! ¡No es tan poco afortunado el menos afortunado de los casos! Cantar mi árbol, transitar por notas al pie de página, *poiesis* efectiva y afortunadamente no sirven para nada, no se someten a las lógicas de servidumbre, son una apuesta de emancipación como el psicoanálisis, que es ficción |

8. Comparto otro fragmento de mi intercambio con Denisse Gotlib porque considero que su reflexión no sólo habilita vías de conciliación, sino que articula una aparente paradoja, plataforma desde la que, me parece, se lanza Huidobro en *NON SERVIAM*, probablemente con todo y el paracaídas de *Altazor*. «Esto me hizo pensar en algo quizás paradójico: que tal vez sin esos significados previamente fijados e impuestos no habría cómo construir los propios... ¿Cómo haríamos "lo nuestro" si primero no hubiera habido "lo de antes"? Tal vez suene raro, pero pensé: si nuestros padres o el mundo no nos hubieran transmitido los significados previos, ¿cómo podríamos revelarnos ante ellos o transformarlos, o hacer los nuestros, diferenciarnos?».

● *El color favorito,* de Valeria Tentoni. Gris Tormenta, México, 2023.

EL PODER DE LAS PREGUNTAS

«No es tan simple comprender de dónde salen las preguntas. Irremisibles, incluso las más calculadas operan con resortes misteriosos». En este ensayo, Valeria Tentoni reflexiona sobre su relación con las preguntas y la relación de éstas con el quehacer literario. «¿Es posible aprender a escribir simplemente leyendo? ¿O conversando durante horas y horas sobre libros? ¿Entrevistar es escribir? ¿Quién se convirtió alguna vez en un buen jinete por hablar de caballos?». Antes de ser entrevistadora del medio cultural, interrogó a médicos, *vedettes*, coleccionistas, comerciantes, víctimas de violencia. Comenzaba preguntándoles por el color más hermoso que hubieran visto. Y formulando preguntas se construyó a sí misma como escritora en las respuestas de otros ●



● *La compulsión autobiográfica*, de César Tejeda. Alacraña / Bookmate / UANL, México, 2022.

LA COMPULSIÓN ANTIAUTOBIOGRÁFICA

César Tejeda demuestra en este ensayo paradójico y adictivo que es posible hacer autobiografía utilizando la vida de los demás. Usar, por ejemplo, las de Tito Monterroso, Malcolm X, Mary Karr, Lucía Berlín, Robert Holbrook Smith para hacer autobiografía de César Tejeda. Se puede hacer autobiografía de César Tejeda escribiendo sobre escribir autobiografía en general. Sobre las narrativas confesionales de quienes asisten a una reunión de AA. César Tejeda demuestra, en este peculiar manual para futuros autobiógrafos, que incluso es posible hacer autobiografía sin hacerla en absoluto ●

● *La necesidad de las cosas de allá*, de Mario Heredia. Atípica Editorial, 2023.

CIUDAD DE FANTASMAS

Aina Peterson, una incansable pintora de fantasmas, es la médium que utiliza Mario Heredia en esta novela épica para invocar y reinventar su Orizaba natal, una ciudad rodeada de montañas que en los siglos XIX y XX fue invadida por inmigrantes europeos que llegaron a ella guiados por extrañas casualidades. Relojeros, mayordomos imperiales, exiliados o exploradores que le dieron un aura única a ese lugar que sólo se puede describir por sus historias. Orizaba es lo que pasó cuando se mezclaron las cosas de acá con las de más allá, las europeas con las mexicanas, las de la ficción con las de la verdad ●

● *Encaminador de almas*, de Ernesto Lumbreras. Tedium Vitae, Guadalajara, 2023.

DESDOBLAMIENTO POÉTICO

Treinta años de poesía se concentran en *Encaminador de almas*, de Ernesto Lumbreras. La antología incluye poemas de cinco libros, comenzando por *Espuela para demorar el viaje* (1993). Nadia Escalante, en el prólogo, afirma que «reunir una obra poética y preparar una antología personal implica un ejercicio de desdoblamiento para el autor»: Lumbreras fue lector de su obra y, al armar la recopilación, de nuevo, autor. Se incluyen también *El cielo*, *Numerosas bandas*, *Lo que dijeron las estrellas en el ojo de un sapo* y *Tablas de restar*. Además, traducciones de poemas de autores italianos y los «Polizones en el furgón de cola»: un ensayo y un cuestionario que contienen reflexiones que completan una poética ●

● *La cabeza de mi padre*, de Alma Delia Murillo. Alfaguara, Ciudad de México, 2022.

BUSCAR LA VIDA

El tono con el que escribe Alma Delia Murillo *La cabeza de mi padre* va creando una suerte de vínculo, una especie de intimidad, de amistad instantánea que logra que escritora y lectores se unan en la búsqueda de una vida. Y es que en esta aventura en la que se va tras la figura de un progenitor esfumado, lo que se encuentra es la brillante creación de una autobiografía, que bien puede ser una crónica, una novela o un ensayo; también poesía, y su música. Este libro denuncia mientras en él se narran los acontecimientos del trayecto vital. Está escrito por alguien que sabe bien que «ser mujer y crecer en un país donde asesinan a once mujeres cada día es sobrevivir». Sobrevivir para contarlo todo ●

● *Isla Negra*, de Elsa Cross. ERA, Ciudad de México, 2023.

ALREDEDOR DE LA ISLA

En el centro de la nueva aventura poética de Elsa Cross está la Isla Negra, ese lugar rodeado de mar, de un mar de palabras y sus cadencias. Para llegar a este sitio desde el cual todo emana, se pasa por «Sibila», primer apartado, donde el lector escuchará las profecías de diosas y mujeres sabias, entre ellas María Sabina. Ya en «Isla Negra», la poeta entabla conversaciones con amigos y poetas alrededor del mundo, como Neruda: «lobo de bar / traes el mar a tu casa, / ebrio de gaviotas y goletas». Luego de la visita al poeta, se llega a «El paraíso de los ahogados» con poemas dedicados a la memoria de los muertos. «Visitaciones» y «Disolución» cierran este poemario de estructura y música perfectas ●

TODOS TUS MUERTOS

❍

María Negroni

Asistí hace unos días a la función de *Resurrección*, la 2ª Sinfonía de Mahler que el Teatro Colón puso en escena en el predio de la Sociedad Rural. El espectáculo me pareció de una belleza compleja, despojada de banalidades barrocas, casi una lección de tinieblas sobre la que surgía, mientras la música ascendía desde el foso, una acción mínima y atroz.

Resumo el argumento; en un descampado, un hermoso caballo blanco encuentra un hueso, al parecer, humano. Su dueña comprende la situación y se comunica de inmediato con las autoridades. Llegan muchas personas, todas con delantales blancos en ambulancias que también entran al escenario. En silencio, empiezan a exhumar cuerpos, uno tras otro, de distintos tamaños, interminablemente. Los depositan sobre sábanas blancas en el terreno irregular, hasta que ya no quedan cuerpos en la fosa común ni espacio libre en el escenario. Luego, los trasladan a las ambulancias y se los llevan, mientras una de las jóvenes del equipo médico sigue excavando frenética la tierra.

Me llamó la atención que, en ninguna de las reseñas periodísticas que leí, se hiciera ninguna alusión a nuestros desaparecidos. Ninguna quiere decir *ninguna*.

Uno de los diarios hizo hincapié, casi con saña, en el costo que seguramente esta producción debió costarle al Gobierno de la Ciudad, y apuntó contra los países centrales colonialistas que supuestamente vienen a lavar sus culpas por haber enterrado como N.N. a tantos miembros de pueblos originarios. Otro se quejó de la monotonía de la acción, y aseguró que el público se había «aburrido».

Me pregunto: ¿esos críticos no hicieron la conexión con la historia argentina? ¿No pensaron, al ver a los médicos de ACNUR, en el Equipo Argentino de Antropología Forense? Es cierto que la desaparición de personas y el entierro en fosas comunes no es un privilegio exclusivo de nuestro país. También es cierto que el escenógrafo italiano que estuvo a cargo de la puesta pudo haber tenido en mente el final siniestro de tantos refugiados en el Viejo Continente. Pero eso no borra el hecho innegable de que todo texto (literario, teatral o cinematográfico) se resignifica cada vez que varía el espacio, el tiempo y la audiencia ante la cual se muestra. A eso le llamamos, justamente, resurrección, a esa tarea de interpretación cambiante que se produce cada vez que los textos son leídos o interpretados. Borges lo probó para siempre con su célebre cuento «Pierre Menard».

La idea de dar justa sepultura a los muertos, por su parte, recorre la historia del arte y de la condición humana. El caso de Antígona (que Leopoldo Marechal retomó en 1950 en su *Antígona Vélez*) es apenas un ejemplo. Allí se nos recuerda la terrible y muchas veces siniestra complejidad de lo humano, no para darnos una lección moral, sino para acrecentar el escalofrío ante la magnitud de nuestra propia violencia. Durante la obra, tuve la impresión de escuchar la voz de Néstor Perlongher repitiendo sesenta veces, como en su poema de 1981, la frase «hay cadáveres».

(Rosario, Argentina, 1951). Uno de sus libros más recientes es *Oratorio* (Vaso Roto, 2021).

Esa frase lo dice todo. Nos recuerda que fracasamos, y también que es posible que nuestro fracaso se repita en el futuro una y otra vez, pero quizá aún sea posible la victoria de tomar conciencia de lo que somos y elegir un poco mejor el modo en que nos enfrentamos, entre la depredación y la gracia, a los atolladeros de la historia |

LAPA SINTÁCTICA

❍

Gabriel Wolfson

El díptero e himenóptero desastre. El límpido tequila de Jalisco. Estas dos frases, que ya he transcrito en otro lugar, no tienen nada en común excepto una cosa. La primera es de Goytisolo, de alguna página de su gran trilogía; con la otra, Azuela abre la segunda parte de *Los de abajo*. Empiezan con artículo y son frases nominales, ajá. Pero no es eso. Mucho tiempo he estado obsesionado con los versos ocultos en párrafos de prosa, como este último, alejandrino idiota e indeliberado. No digamos obsesión, palabra gastada. Hace veinte años empecé a usar palabras como *obsesión* o *delirio* como elogios: intentos para sustraerme a lo *interesante* y contra la redacción cumplidora. Ya no sé si seguir. Pienso que hay quienes experimentan delirios, y sólo entonces creo que hemos de seguir connotando hacia arriba lo delirante, para no dejarse. Pero, fuera de eso, las palabras cansan, esas pequeñitas audacias. Según Ratliff según Renzi según Piglia, *Moby Dick* es una novela sobre la adicción a la cocaína; según Renzi, es decir un Piglia adolescente de ficción, Ratliff sufría una obsesión y las obsesiones tienen la misma estructura que las adicciones. La idea me llevó a pensar que la anorexia también comparte esa estructura. Ahora veo que la fácil calidez, el encanto grumoso de la obsesión rechina menos en la adolescencia. No en la adolescencia como subgénero de la vida adulta: en los retratos de artistas jóvenes. Y luego a otra cosa: el día común y callejero.

Un Piglia adolescente de ficción. Ya no importa qué siga, qué dice eso, qué hizo Ricardo Emilio Piglia. La frase posee los mismos acentos que las dos con que abre este escrito: segunda, sexta y décima, la estructura del endecasílabo heroico puro, según constato en una tablita donde también confirmo algo que ya sabía: la anomalía del endecasílabo acentuado en quinta: entre los modernos, sólo Darío. Por eso Darío me sigue gustando, por adicto.

Sada, amigos míos, no inventó la prosa rítmica, aunque la llevó a fantasmagóricos oasis: cachivaches, dulzuras areniscas. Nadie la inventó, vamos a suponer. Pero hubo una época de afición adictiva y necesaria, de Gutiérrez Nájera a Efrén Hernández pasando por Tablada, un monstruo de varias y adictas cabezas. Hablo de México, ese corto terreno donde no me pierdo. Gente que requería deslizar tiradas de versos donde el ojo filisteo viera sólo bloques de prosa periodística: el oído sensible y sensitivo, pensarían, se desenfoca en cambio como ante un estereograma para captar, entre la maleza informativa y el zacate gramatical, la baja modulación de un heptasílabo.

He querido pensar, no obstante, que no la obsesión

(Puebla, 1976). Su libro más reciente es *No sé lo que soy pero sé de lo que huyo: crítica de una literatura mexicana* (Fondo Editorial Universidad Autónoma de Querétaro, 2023).

ni la adicción: este tic, este breve vicio de faz paralizada, no se logra sino en el verso involuntario. ¿Pero quién dice involuntario? Alguien lo dice, no importa quién o qué, para calmar nuestra vanidad o nuestra temblorina cuando leemos algo a suficiente conciencia y creemos distinguir voluntarismos y tropiezos. Un raptito de hondura, pues, en donde se fantasea con capturar insospechados hemistiquios. Mejor, mucho mejor: endecasílabos tijereteados que corren contra el significado. Corren o cojean, lo mismo da, pero zafándose de la lapa sintáctica. También medio reciclados, estos pocos ejemplos, puro cascajo: cuerpo largo y bronceado de un hindú / decir cualquier beocio o filisteo / regaban flores y decían ingenuas / el tapiz con las cabras filológicas / pez empuñada cuando penetramos.

Hay aquí Lezama Lima, Darío y Arreola, según yo. No sé qué tan confiable sea esto, esta memoria. A veces confío más al leer desfasado del mundo. Una música áspera, un imán para niños-mosca, esa especie de agudo bajo continuo, ese rumor rítmico y químico, de insectiada tónica, que, frente a los esplendores del mensaje, hace que refuljan baratijas. Musiquita de sololoy, esto es, de celuloide mexicanizado |

LA SÉPTIMA CRUZ DE ANNA SEGHERS: LA GUERRA EN TIEMPO REAL, 80 AÑOS ATRÁS

❍

Carlos Rodríguez

En *La séptima cruz* (1942) se menciona el nombre de Greta Garbo. De minucioso detallismo visual, el ensamblaje de la novela de Anna Seghers da cuenta de una narrativa paralela que ya remite al cine. Aunque al principio no es evidente, la escritora alemana cuenta de manera simultánea las aventuras e infortunios que, durante siete días, viven siete prisioneros que escaparon de un campo de concentración en Westhofen, municipio en el estado alemán de Renania, en 1936. Uno de los pasajes más emocionantes es en el que Franz Marnet cita en una sala de cine a Elli, la chica que lo dejó para casarse con su antiguo amigo Georg, uno de los fugitivos. Instalada en la oscuridad, ella ignora por qué la amiga que supuestamente la invitó no llega. Seghers no lo dice, pero se deduce por un pasaje anterior, en apariencia sin importancia, que aunque están separados en la sala, ambos están viendo *La reina Cristina* (1933) de Rouben Mamoulian. Uno se puede imaginar la emoción de ver a Garbo cabalgando en un paisaje nevado, y también la turbación de Franz de volver a estar cerca de la mujer que no ha podido olvidar, vigilada por la policía secreta. Igual que la divina Greta, que jamás volvió a los sets después de la guerra, *La séptima cruz* apunta y previene: la Segunda Guerra va a modificarlo todo. Eso es irrebatible ahora, lo curioso es que Seghers escribió la novela durante el viaje que finalmente la trajo a México en 1941, según cuenta su bisnieta, es decir, casi en tiempo real. En la novela, Seghers narra lo que ocurre antes de que se hiciera evidente la cruel y brutal maquinaria de la Alemania nazi.

SUEÑOS DE UN SEDUCTOR

Dice Paul Virilio que los artistas son víctimas porque anuncian lo que viene, una especie de videntes destinados al sacrificio,

(Ciudad de México, 1984). Es periodista cultural, crítico de cine y traductor literario. Actualmente trabaja en la traducción de una obra de la cineasta Chantal Akerman, producto de una residencia en Seneffe, Bélgica.

personas que con su talento se exponen y ofrecen a un grave riesgo en obsequio de otras. *La séptima cruz* es menos biográfica que *Tránsito* (1944), novela en la que Seghers reflexiona y ficcionaliza su experiencia y la de tantos otros en Marsella para conseguir los visados y abandonar Europa antes de tiempo. Gilberto Bosques, cónsul mexicano en Francia, emitió cuarenta mil visas que permitieron la fértil experiencia de los exilios español y alemán en México. En *La séptima cruz*, que publicó en su día El Libro Libre —importante esfuerzo editorial que convirtió a México en el centro del exilio alemán antifascista—, Seghers toma prestadas historias que probablemente escuchó o le contaron, vivencias de quienes ya eran objeto de persecución por diversos motivos. Comenta Claudia Cabrera, la traductora a cargo del proyecto de traducción que recupera las novelas de Seghers relacionadas con su exilio en México, que lo que desembocó en la guerra comenzó a gestarse mucho tiempo antes. A diferencia de otras obras literarias sobre el tema, *La séptima cruz* no se enfoca en la persecución de los judíos sino de los comunistas. La misma Seghers, criada como judía, renunció a la religión por su afinidad ideológica con el comunismo. El protagonista de su novela es Georg Heisler, un seductor que gracias a su amigo Franz desarrolla ideales de justicia laboral y social. Como les sucede a muy pocos, el compromiso y la conciencia para reconocer los problemas y hacer lo posible para cambiar la realidad sobreviven en Georg aun pasada la rebeldía natural de la juventud; a diferencia de él, la actitud combatiente y justiciera se añeja en Franz.

DELIRIOS Y PESADILLAS

Seghers se empeñó en crear múltiples narrativas que dan cuenta de un clima barrial y vecinal en el que hay sospechas, rumores, chismes, cuchicheos, frases *sotto voce*, alertas sobre personas que están siendo investigadas por sus convicciones políticas. Se trata, por supuesto, de una atmósfera ambigua que pone a prueba la bondad, la camaradería y que descubre el miedo de quienes niegan o delatan, y también la valentía de los que protegen y apoyan a los que son motivo de especulaciones. Hay ecos de *La séptima cruz* en obras contemporáneas, por ejemplo, el filme de Michael Haneke *La cinta blanca* (2009), que hace una lectura a contrapelo del clima social de rabia, murmuraciones, envidias, mentiras y ocultamientos en un pueblo alemán en el período anterior inmediato a la Primera Guerra, que se enfoca en los niños que van a ser adultos en la Alemania nazi. En Seghers aparecen las juventudes hitlerianas que celebran la humillación de los traidores, y también niños, como se lee en este pasaje: «casi sin su participación, Georg se vio rodeado por la manada de niños. Ni siquiera había tenido que tocar una flauta,

como el de Hamelin. Toda la manada presentía, con una sagacidad inquebrantable, que este hombre llevaba algo dentro de sí, una aventura o una desgracia singular o un destino. Aunque todo eso, por supuesto, les resultaba nebuloso. Sólo se acercaron mucho a Georg y platicaron y le echaron miradas de reojo a su mano vendada».

LA TRADUCCIÓN: UN SUEÑO POSIBLE

Poco atendido, el exilio alemán en México tuvo una veta cultural de altos vuelos. No sólo Seghers, también destacan el fotógrafo y cineasta Walter Reuter, la escritora Mariana Frenk, que tradujo al alemán a Rulfo, y su segundo esposo, el crítico e historiador Paul Westheim, pionero en el estudio del arte mesoamericano. De igual manera las actrices Steffie Spira y Brigitte Alexander y las escritoras Alice Rühle-Gerstel y Lenka Reinerova, que llegaron por intermediación del cónsul Bosques. Gracias a su investigación para traducir *El hacha de Wandsbek* (2019) de Arnold Zweig, Claudia Cabrera estudió la terminología nazi que abunda en *La séptima cruz*, cuya portada original, con diseño del grabador Leopoldo Méndez, muestra a un oficial nazi con uniforme militar detrás de un árbol cortado a la mitad, tal como se alude al inicio de la novela. Coeditada por La Cifra y Elefanta, la nueva edición incluye un anexo con múltiples referencias a hechos, conmemoraciones y usos y costumbres que ayuda a entender a cabalidad la obra; la decisión de incluir el apéndice responde a palabras o frases que remiten a un lenguaje y periodo que poco o nada le dice al lector de hoy. Por ejemplo, el «domingo de guisado único», una campaña de propaganda introducida por el régimen nazi en la que de octubre a marzo, una vez al mes, se debía comer un único guisado en todos los hogares alemanes; el dinero que se ahorraban las familias era recaudado puerta a puerta y destinado a personas de escasos recursos.

La traducción de Cabrera de *La séptima cruz* es un trabajo colosal al verter en español una novela capital de la literatura sobre la Segunda Guerra y la angustia colectiva en la Alemania nazi. Es también una obra importante de la literatura mexicana del exilio alemán. Para la traductora es imprescindible que las obras de Seghers producto de su exilio en México —ya sea inspiradas o gestadas desde aquí— se lean en español mexicano. De manera feliz se puede anticipar que el plan de Cabrera continúa. Pronto *La séptima cruz* tendrá una versión en formato de novela gráfica. Además Cabrera ya trabaja en la traducción del libro *La excursión de las niñas muertas*, así como en la de los relatos «Crisanta» y «El verdadero azul» (inédito en español), que Seghers escribió al volver a Alemania. Se trata de un proyecto muy importante que va tras las huellas del exilio alemán y que intenta pagar la deuda con los escritores y artistas que encontraron libertad creativa en México y que hoy siguen olvidados de manera injusta. La apuesta de la traductora ha abierto la puerta para redescubrir el exilio y sus frutos dorados |

● *La séptima cruz*, de Anna Seghers, traducción de Claudia Cabrera. La cifra editorial / Elefanta Editorial, 2023.

ALEXANDER PUSHKIN Y MIKHAIL LERMONTOV: UN MÁGICO PASADIZO ENTRE PAISAJES*

Verónica Grossi

Las estrofas que Alexander Pushkin extrajo de su poema *Eugenio Onegin*, a pesar de la sugerencia de un amigo, el poeta P. A. Katenin, de incluirlas, son un eslabón insospechado entre esta obra magistral y la de su discípulo Mikhail Lermontov, quien escribe una novela en capítulos o cuentos que por su soltura y atrevimiento experimental establece un nuevo hito en la narrativa rusa. En ellas se menciona el Cáucaso. Pushkin no da mayores explicaciones sobre su recorte de estas estrofas digresivas que hablan del viaje que realiza Onegin de Moscú a Nizhni Novgorod.

Eugenio Onegin es una obra innovadora, de naturaleza «híbrida», como explica James E. Falen, traductor al inglés en verso del poema mayor de Pushkin, pues realiza un puente entre la poesía que predominaba en Rusia hasta entonces hacia el género narrativo de la novela en creciente boga.[1] La novela en verso del bardo ruso retrata un amplio panorama social desde una lente realista pero en diálogo crítico y creativo con el romanticismo que tanto influyó al gigante poeta, sobre todo por su fascinación hacia Byron (Falen: XVI). Hay mucho que decir sobre esta obra seminal que tanto influyó en otras obras maestras, como las novelas *Un héroe de nuestro tiempo* de Mikhail Lermontov y *Padres e hijos* de Ivan Turguenev, además de inspirar la magnífica ópera de Tchaikovsky (1878), pero me quiero detener brevemente en el espacio marginal de las estrofas suprimidas en donde la voz narrativa del autor predomina, quedando en segundo plano la del protagonista.

Guardando las debidas distancias, al leer la primera estrofa en la que se describe el mercado Makáriev, situado más al norte de Rusia, punto de encuentro cultural y comercial entre oriente y occidente, «donde el comercio reina en todas las calles» (217), se me vinieron a la mente los tercetos encadenados del capítulo V de *Grandeza Mexicana* (1604) de Bernardo de Balbuena, «Ocasiones de contento», ya en tan temprana época urbe colorida y cosmopolita por su cultura, sus oficios, sus artes y su bullicioso comercio, una cornucopia de tesoros culturales y naturales, reinventada desde una óptica moderna por Salvador Novo en su crónica en prosa del mismo nombre. La literatura rusa decimonónica se revela así como una vibrante arborescencia de lenguas, culturas, religiones y sociedades cercanas y remotas, incluyendo a las orientalizadas, asediadas, subyugadas o violentadas por la expansión militar imperial hasta nuestros días que nutren la amplitud de registros culturales y estéticos de grandes obras. Para dar un ejemplo, el Cáucaso fue también retratado por León Tolstói en su novela corta *Los*

* Agradezco a Jason Tyler Haithcock los penetrantes diálogos, impregnados de sensibilidad poética, que alimentaron estas divagaciones.

1. James E. Falen, introducción y traducción de *Eugene Onegin*, de Alexander Pushkin, Oxford-Nueva York: Oxford University Classics, 1995.

(Guadalajara, 1965). Autora de *Sigilosos v(u)elos epistemológicos en Sor Juana Inés de la Cruz* (Iberoamericana / Veruvert, 2007).

cosacos (1863), basada en las campañas militares imperiales de Rusia en esa zona fronteriza.[2]

En las siguientes estrofas excluidas del texto principal del poema de Pushkin, aunque publicadas separadamente, algunos de los puntos geográficos referidos forman parte de la trayectoria que realizan los personajes de la novela de Lermontov *Un héroe de nuestro tiempo*, salida a la luz tres años después de la muerte de Pushkin: los montes Mashúk y Beshtú, los ríos Terek, Arágva, Kura. El espacio marginal de la novela en verso de Alexander Pushkin pasa a ser el centro de la acción de la novela de Mikhail Lermontov. En ella juegan un protagonismo no sólo los personajes sino los espléndidos paisajes del Cáucaso. Como apunta el traductor Paul Foote en su excelente introducción a la novela rusa, además de ser un escritor genial, Lermontov era un pintor notable. Dejó un número considerable de paisajes del Cáucaso de gran finura, así como bosquejos de la vida local. De manera que su ojo artístico avivó las pinturas verbales de su novela excéntrica, abierta, fragmentaria pero encaramada sólidamente, con el brío o nervio de su poesía, en esos panoramas cuya extrañeza y belleza inconmensurables, sus abismos y sus cúspides caben bajo la definición de lo sublime en la naturaleza según Immanuel Kant.[3]

Pushkin fue arrestado y exiliado a realizar servicio militar al sur de Rusia a causa de sus escritos «liberales» de 1820 a 1824, como el poema «Oda a la libertad». Recorrió en esos años el Cáucaso, Crimea y Besarabia (Falen: XXXIV), lugares que fueron fuente de inspiración de poemas como «El cautivo del Cáucaso» (1820-1821) y «La fuente de Bajchisarái» (1823). Fue también durante esos años de exilio, el 9 de mayo de 1823, que el genio de las letras rusas comenzó su obra cumbre, *Eugenio Onegin*, dándole fin en 1831, es decir, ocho años después. Pushkin, fallecido en 1837 a los treinta y siete años en un duelo, es objeto ese mismo año de un poema homenaje titulado «Muerte de un poeta» por el joven Mikhail Lermontov. A causa de ese homenaje, Lermontov sufre igualmente el castigo de servicio militar en el exilio del Cáucaso por parte de Nicolás I. Tres años después, Lermontov publica su obra maestra por la que gana celebridad literaria, *Un héroe de nuestro tiempo*. La brillante carrera de Lermontov termina de tajo en 1841, a la tierna edad de veintisiete años, en un duelo, al igual que su maestro.

Lermontov, con su novela experimental, de una audacia y originalidad inusitadas, se montó sobre los hombros del coloso de Pushkin. Lo que me recuerda también el caso del pintor Tintoretto, lanzado en el aire, en los abismos incendiados de sus tintes rojizos, azules y dorados nacidos de su oficio familiar en el taller de Cannaregio, Venecia —a dos pasos de la residencia de mi prima pintora Sabrina Grossi—, trasmutando en *eros, dynamismós, kallos* supremos, su descenso arriesgado y ascendente, como sus ángeles. Su mentor fue nada menos que el titán de Tiziano, sin embargo Tintoretto abre una nueva frontera para la pintura de todos los tiempos, influyendo en grandes pintores, empezando por El Greco, revolucionando con un desparpajo vigoroso, con un libre y lúdico afán, los límites prescritos por la tradición. Pero ése es un tema para otro ensayo |

2. Alexander Nazaraya, «Blood and Tragedy: The Caucasus in the Literary Imagination», *New Yorker*, 19 de abril de 2013. https://www.newyorker.com/books/page-turner/blood-and-tragedy-the-caucasus-in-the-literary-imagination

3. Paul Foote, introducción de *A Hero of Our Time*, de Mikhail Lermotov, edición revisada. Londres: Penguin Books, 2001.

UNIVERSOS PARALELOS

❍

Vonne Lara

De entre las muchas cosas que nos da la literatura, hay una muy entrañable: conocer los lugares reales en donde se desarrollan las historias que amamos. Así, en los canales del Sena buscaremos con la mirada a la Maga, por la costa de Nápoles los paisajes que compartieron Lila y Lenú, y en las calles de Ciudad de México podemos seguir el rastro de dos detectives, Héctor Belascoarán Shayne y Filiberto García, sólo por nombrar un par de ejemplos (aunque también podríamos ir tras las huellas de ciertos detectives salvajes por la colonia Condesa). En otros lugares hay que encontrar, no calles, cruces o barrios, sino la esencia de lo que leímos en las historias, como en Hannibal, Missouri, ciudad que inspiró la San Petersburgo de *Tom Sawyer*. O la zona de San Gabriel, Jalisco, y pueblos aledaños para reconocer al Llano Grande y la mítica Comala rulfiana. O la igualmente mítica Aracataca, en donde se pueden encontrar reminiscencias de Macondo (aunque tal vez sea al revés). Claro que hay otros a los que *sólo* podemos ir con nuestra imaginación, y eso también es entrañable. Otra delicia que nos da la literatura.

Dichos lugares se han convertido en universos paralelos. La vida real y todas las historias ubicadas en ellos están sucediendo a la vez que visitamos aquellas casas, parques, ríos y cafés. Muchas ciudades del mundo han capitalizado ese entrañable legado que otorga la literatura a la vida real y han establecido rutas literarias que nos ponen en el centro de esos universos.

En la Unión Europea, por ejemplo, hay una gran variedad, que incluyen no sólo las casas y ciudades propias de los autores sino de sus personajes. Tal es el caso de la ruta de don Quijote, que además de ser muy extensa (2500 km de longitud) está debidamente trazada. Fue declarada itinerario cultural europeo por el Consejo de Europa y está compuesta por las tres salidas que hizo nuestro caballero andante. Recorre caminos de La Mancha, así como de Aragón y Cataluña, y consta de diez tramos en total.

En Francia también se pueden visitar lugares en los que ocurrieron historias inolvidables de la literatura. Un lugar obvio es la catedral de Notre Dame, pero también se pueden visitar los alrededores de los Jardines de Luxemburgo para descubrir las casa de *Los tres mosqueteros*. Aunque lo que queremos destacar aquí son los lugares reales en donde se desarrollan las historias de ficción, también vale la pena señalar que en el barrio de Montmartre se puede seguir los pasos a los poetas Rimbaud, Verlaine, Baudelaire y Céline.

Otro recorrido literario se puede hacer en Estocolmo, Suecia, para seguir el rastro de la peculiar Lisbeth de la saga *Millennium* de Stieg Larsson. Este universo paralelo se ubica principalmente en la zona de Södermalm y hasta se puede beber algo en el Kvarnen, lugar frecuentado por la protagonista de estas novelas negras. En el Museo de Estocolmo se ofrecen visitas guiadas (en español) de la ruta Millennium.

(Guadalajara, 1979). En 2021 apareció su libro *Los peores vecinos del mundo* (Notas sin Pauta).

Por supuesto no son las únicas. Ciudades de la Unión Europea como París, Venecia, Roma, Madrid y muchas otras han sido escenario de historias que tenemos grabadas a fuego en la memoria y en el corazón. Si ya de por sí viajar tiene su propio encanto, recorrer alguna ruta literaria puede ser una gran experiencia. No se necesita ir lejos para ello, como vimos, hay rutas muy especiales en todas partes. Porque es innegable que hay algo de fundamental en la presencialidad, en poder ver, tocar, oler, en definitiva, en sentir. Sin embargo, y de forma paradójica, la literatura es la única capaz de transmitirnos esas sensaciones sin necesidad de salir de casa. Arrellanados en cobijas y con una almohada en la espalda podemos atravesar la Plaza España o ver el atardecer en Berlín. Podemos caminar en la Plaza de Mayo y estremecernos mientras vamos a bordo de un bote que navega el río Congo. Quizá las rutas literarias están en nuestra biblioteca y no en la vida real, o quizá la vida real no puede ser la misma desde lo ocurrido en la ficción, o quizá, simplemente, la vida real necesita de la literatura para existir |

UN ÁRBOL PODEROSO

❍

José Acévez

La antología de cuento gay mexicano seleccionada por Sergio Téllez-Pon (Ciudad de México, 1981) inicia con un epígrafe de Marcel Jouhandeau que hace referencia a un poderoso árbol, del cual se ignora si «pertenece más a la tierra donde está arraigado o al cielo en el que se expande». Si ese árbol fuera la narrativa gay mexicana, Téllez-Pon nos asegura que se expande en el cielo. En esta colección nos damos cuenta de por qué ese árbol es poderoso y ha sabido encontrar cabida en la literatura mexicana, muchas veces inflexible, exenta de feminidad exacerbada y deseos manifiestos.

A lo largo de diecisiete relatos, nos encontramos con un panorama claro y definitivo de la narrativa gay en México desde inicios del siglo XX hasta principios del XXI. Aunque árido, tal panorama también resulta alentador al darnos cuenta de que la homosexualidad ha estado presente todo ese tiempo logrando trascender las limitantes del tabú en escuetas y veladas publicaciones, para insertarlo explícitamente en la machista literatura mexicana con una mayor producción y diversidad de historias. La selección de los cuentos obedece a tres razones: 1) las historias reunidas fueron escritas por gays y otras minorías sexuales (Téllez-Pon nos recuerda que en la primera mitad del siglo XX, los relatos homófilos mexicanos eran escritos en su mayoría por heterosexuales); 2) no se incluyeron cuentos muy conocidos y que han sido objeto de revisión tanto académica como de otras antologías (entre ellos «Doña Herlinda y su hijo» de López Páez, y, en el caso de autores como José Joaquín Blanco, Luis Zapata, Enrique Serna y Luis Martín Ulloa, se optó por piezas de su producción literaria más reciente); y 3) los cuentos son una muestra clara del estilo de cada autor, así, si el lector quiere ahondar en la obra de algún escritor en particular, encontrará varios rasgos característicos del cuento seleccionado.

(Guadalajara, 1989). Sus publicaciones más recientes son «Pablo Diego: destellos en la masa» (mayo de 2023) y «Silencios sonoros: un proceso» (noviembre de 2022), ambas en la revista *Cream*.

La antología fue publicada por Egales, una editorial española especializada en libros de temática sobre y para la diversidad sexual fundada por Mili Hernández, con presencia en Madrid y en Barcelona. Este tipo de antologías, nos recuerda Téllez-Pon, son muy comunes en el mundo anglosajón; sin embargo, en la lengua española son recientes los compilados de estas historias que «nos cuentan a nosotros mismos». Así, una de las virtudes del volumen es que está editado para el público en general, «está hecho para disfrutarse, para disfrutar incluso las varias aristas que el tema presenta», nos dice el compilador, alejándose de la rigidez crítica y del puntillismo académico. Otra virtud a reconocer es el viaje cronológico por el que nos guía la selección, ya que comienza con un cuento de Salvador Novo de la década de 1920, en el que recurre a un «travestismo literario» en donde, a partir de la voz de una muchacha adolescente que habla de su despertar sexual, el autor nos deja ver su claro deseo por la masculinidad más viril, jovial y popular; para continuar por las siguientes generaciones recopilando una pluralidad de voces que nos muestran «lo amplia que es ya la vida gay en el México actual». La antología es al mismo tiempo un recorrido y un caleidoscopio que nos permite no sólo conocer los contextos, los espacios y las historias de la narrativa gay mexicana, sino sus voces y evoluciones, una jerga que hila fino entre la sátira y lo mordaz, la ignominia y la emancipación: el mayate, la mustia, el *Alarma!*, la loca, el puto, el bicho, la placera... un diccionario entero de la jotería que, además, en años recientes se ha colado en el habla popular mexicana sin importar preferencia o identidad.

Dentro de la polifonía que nos presenta el volumen, ubico tres características recurrentes que si bien no son un patrón, sí representan puntos de encuentro en la multiplicidad de voces. El primero es un tratado sobre el deseo por la masculinidad a ultranza. En varios cuentos nos adentramos en una exploración muy profunda, a veces soez, a veces violenta, pero siempre honesta y profundamente hermosa, sobre aquellas cosas que en México hacen a los hombres, muy hombres: «bienvenida la muerte si con eso me hundía para siempre en el abismo de sus pupilas», dice Serna; «nomás le faltaba ser mudo para ser un objeto sexual perfecto», apunta Zapata; «no importa, patéame otra vez», ruega uno de los personajes del cuento de Wenceslao Bruciaga; «sentía hambre de abrazos, de golpes, de contactos», concluye Novo. Descripciones que remiten a ese cuento de Lucía Berlín donde declara: «Los olores feos tienen su encanto. El rastro de un zorrillo en el bosque. Estiércol de caballo en las carreras. Una de las mejores cosas de los tigres en el zoológico es ese hedor salvaje. En las corridas de toros siempre me gustaba sentarme en las gradas más altas para verlo todo, como en la ópera, pero si te quedas junto a la barrera puedes oler al toro». También en la narrativa gay mexicana resuena el eco de la belleza en lo más rústico, en lo más elemental, en la falta de oropel, en lo inhóspito de lo agreste.

El segundo punto es la ruptura de aquellas cosas que distinguen a las clases sociales. En la mayoría de los cuentos, los autores intercalan su deseo por la masculinidad con hombres de clases más bajas, que hacen oficios, que son cargadores, que no le temen a la muerte, que se alejan lo más posible del estereotipo delicado y refinado del gay. «A su lado me sentía ridículo de estudiar tanto», confiesa José Joaquín Blanco y continúa su

elogio: «Lo curioso es que a su asco y a su nihilismo intelectuales correspondía una salud salvaje, un vigor vital esplendoroso». En el cuento de Luis Gonzáles de Alba, el deseo y la ficción se intercalan: «Vine a comprar un tráiler», miente un estudiante de posgrado para ligar con un parisino desde la hombría áspera y no desde la seducción intelectual. También hay voces contrarias. En el exquisito y absurdo cuento de Jesús Flores, un cholo gana una batalla campal en la pista de baile de un tugurio gay, pero se lo arrebata Juan la Mucha, el líder de una banda de «Profesionistas treintones [...] todos jotos, todos con carro, todos creídos, todos pudientes y emprendedores», ante lo cual, emancipado, el cholo concluye: «Sin ningún problema acepté la derrota; supe que yo era más grande que Juan la Mucha porque esa noche había perdido la vergüenza. Podía ser como él, podía ser más que él, podía ser peor que él».

La tercera característica, más que una cualidad, es una declaración: la narrativa gay mexicana es todo menos monolítica. Los gays que aparecen en los cuentos de la antología son tan vulnerables como contradictorios, tan masculinos como afeminados, tan bravucones como temerosos; tal vaivén dificulta establecer una categoría política única de lo gay. Ya sea en México o en cualquier parte del mundo occidental: lo que nos une a los gays es un hilo sutil e irreverente; cuestión indudable que ocurre en el cuento de la propia autoría del compilador, donde una anécdota que sucede en San Francisco bien podría ocurrir en cualquier esquina apropiada por el ligue gay, esos espacios accesibles, públicos, presentes... pero siempre velados por la clandestinidad.

Sobre esta última declaración descansa otra de las grandes potencias literarias de la antología: es una invitación a los gays de México y del mundo a escribir, a contar nuestras historias, nuestros deseos, nuestros miedos, nuestros amores, nuestros fracasos y nuestras esperanzas |

- *Un árbol se expande en el cielo. Antología de cuento gay mexicano*, de varios autores. Selección y nota de Sergio Téllez-Pon. Editorial Egales, Barcelona, 2022.

LÍNEAS IMAGINARIAS

❍

Abril Posas

Cuando me invitaron a participar en esta presentación, lo primero que pensé fue «yei, nuevo libro», no voy a negarlo. Lo segundo que pasó por mi mente es que siempre es una buena noticia cuando se abren espacios para compartir la escritura y que tienen el superpoder de recordarnos que la publicación de nuevas voces no tiene que estar limitada a los espacios Editoriales, con e mayúscula, sino que también puede ser una forma de rebeldía, de disidencia, de resistencia. De fe en la palabra y en el entusiasmo de crear nuevos puentes entre quien escribe y quien lee. Es un esfuerzo que siempre vale la pena y que debemos mantener vivo.

Así que después de que el libro de Roberto Ramírez Flores llegó a mis manos, me sumergí en los confines de sus *Líneas imaginarias.*

Hace poco alguien compartió en sus redes sociales un decálogo del cuento, escrito por Julio Ramón Ribeyro, y el primero

(Guadalajara, 1982). Su libro más reciente es *Esto no es una canción de amor* (Paraíso Perdido, 2020).

de los mandamientos es que el cuento debe contar una historia. Suena muy obvio, pero en el fondo intuyo que en realidad quiere decir que la historia que narra debe valer la pena contarse, y si lo pensamos desde ese punto de vista ponemos a quien escribe en un embrollo bastante difícil, porque cómo se justifica contar una historia. Yo voy a intentar hacer eso con *Líneas imaginarias*.

Los cuentos de este libro me dejaron un sabor de boca muy familiar.

Me recordaron a esos acontecimientos clave de la vida de cualquier persona que la empujan a dar un volantazo o que marcan la línea que divide una época de otra, ya sea por el cambio de edad, la pérdida de la inocencia —que es también un poco como perder la esperanza en que algo será mucho mejor de lo que es ahora— o el inicio de una nueva forma de felicidad o miseria.

Lo curioso es que esos acontecimientos no son necesariamente dignos de aparecer en la biografía autorizada de nadie, porque algo sucede entre el momento en que ocurren y la oportunidad de contárselo a alguien más. En la biografía de una persona, el texto diría que el acontecimiento que marcó la vida del protagonista fue, digamos, el abandono de su madre. Ahí se hace la marca: Con la Madre, o CM, y Sin la Madre, SM. Sin embargo, quienes hemos sufrido cualquier pérdida sabemos que el mundo se derrumba no en el momento en que pasa la pérdida (no cuando se da el último aliento en la cama, cuando se dice adiós para siempre en el marco de la puerta o al ver el cadáver descender a la tumba) sino mucho tiempo después —o incluso desde antes. Hay gente que comienza el duelo con anticipación al conocer el diagnóstico pesimista o cuando descubre que ya no ama a su pareja—, en el instante en que quisimos hacer algo que siempre hacíamos con esa persona y nos dimos cuenta que ya no podíamos, por ejemplo. O cuando nos vuelve a decepcionar, por décima ocasión, de la forma menos dramática posible.

Explicarle eso a otra persona que no se abruma de tristeza no siempre es fácil. No es lo mismo decir «Mi madre me rompió el corazón el día que me abandonó» a «Mi madre me rompió el corazón cuando, por enésima ocasión y sin que me sorprendiera, no le cumplió a mi hermana». Ese momento clave no podría contagiar el peso, el dolor o la amargura que invade a quien lo cuenta y a su interlocutor, a menos que hubiera estado ahí.

Otro caso: si les dijera que a mi padre se lo llevó la policía un día que estaba conmigo en el parque, se pondrían en modo reportero de inmediato: por qué, cuándo, dónde, quiénes más estaban ahí, cómo me di cuenta, qué me dijeron, cuál fue su despedida, cuántos policías eran, ¿hubo disparos?, ¿muchas patrullas? Pero lo que yo recuerdo es lo que ocurrió alrededor de ese momento: las resbaladillas altas, el metal caliente de los columpios, la niña que me enseñó a balancearme por mí misma porque a partir de ese día mi papá no iba a poder hacerlo. Seguro perdería la mitad del auditorio, los escuchas del podcast, los retuits del hilo. Pero es que para entenderlo bien tendrían que haber estado ahí.

Leer los cuentos de Roberto es eso: estar ahí, saborear, oler, padecer los instantes que les dan a estos personajes la certeza de que algo está cambiando. Y quizá no es un cambio dramático, como ganarse la lotería, encontrar el amor verdadero y eterno o tener una venganza estrepitosa y catártica. Pero rara vez los cambios son así de dramáticos, lo que no les quita lo significativo. Lograrlo en la narrativa no es cosa sencilla. No cualquiera puede contar una historia, como decía Ribeyro, pero

cuando encontramos a alguien que sí lo hace vamos a querer seguirle la pista.

Las historias de *Líneas imaginarias* son más que verdaderas ventanas a las soledades más agridulces de sus protagonistas, que por lo que nos dice ya han atravesado muchas o están por conocer otras más grandes, pero esas que eligió para los cuentos son las más devastadoras. Es poner las manos en los estribos de una máquina de toques que nos permite sentir, con toda su fuerza, lo que su autor quiere. Así que quizá estos protagonistas ya no están tan solos, ya no estamos tan solos. Tenemos, pues, un asiento privilegiado para asomarnos a lo que nos define como humanos y, sobre todo, agradezco que aparezcan personajes femeninos que no piensan en sus senos turgentes o lo húmedo de su sexo aun si están sintiendo deseo, ya no hablemos de cuando tienen miedo, urgencia o cansancio. Es bueno saber que sí hay escritores que se esfuerzan.

Así que, si se lo preguntaban: sí, las historias de Roberto están justificadas y Veinti6 Veinti8 está en lo correcto al sentirse orgullosa de compartir sus cuentos con nosotros |

Leído el 29 de junio de 2023, durante la presentación de *Líneas imaginarias*, de Roberto Ramírez Flores. Editorial Veinti6 Veinti8, Guadalajara, 2023.

FRONTERA INTERIOR

❍

Mariana Riestra

¿Qué sucede cuando el cuerpo es también nuestra casa y prisión, cuando las polifonías que retumban contra nuestras entrañas y nuestra celda de piel hablan en verso, cuando no podemos taparnos los oídos, enunciar palabra alguna ni salir? El cuerpo se vuelve recipiente de recuerdos, de libros, de coplas al aire, de lugares que hemos —o no— habitado; se hace de mapas políticos, tierras de nadie y fronteras que no podemos cruzar.

En su primer libro publicado, Astrid López Méndez aborda la relación entre la lengua, la memoria, el cuerpo y la poesía mediante un ensayo autobiográfico que, en un punto, se alterna con un cuaderno de ejercicios, y que conversa con la obra de distintos autores —mayoritariamente mujeres— que van desde Sor Juana hasta Claudia Rankine. De este modo, la autora crea líneas imaginarias entre el factor descifrable de la poesía y su propia experiencia, ambos como sucesos repletos de anotaciones y simbolismos; en ese sentido, la dualidad entre el arte y la vida existe gracias al pasado.

El texto abre con una reflexión sobre la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz y parte no desde el acercamiento biografista que caracteriza a mucha de la crítica alrededor de la autora, sino a partir de la manera en que los versos fungen como vehículo de comunicación para la lengua madre. «Hombres necios», una redondilla con la que muchos de nosotros estamos probablemente familiarizados, es el medio por el cual puede decirse lo indecible, por el que se expresa la rabia femenina que ha sido histórica y sistemáticamente enjuiciada y cancelada.

> Recitar esos versos en voz alta era su manera de calmar los enojos. Yo trataba de adivinar qué había sucedido. Ninguna de las dos pensaba en la poesía y era la única forma que teníamos para decirnos algo.

(Ciudad Victoria, Tamaulipas, 1998). Un texto suyo apareció antologado en el segundo volumen de *Ellipsis* (British Council México / Fundación Hay Festival de México, 2020).

Las menciones a la poesía y a las palabras de autores y autoras de distintas épocas fungen como motor para el habla, aunque sea fragmentada. Así, la poesía se muestra como un lugar de articulación que va más allá de las corporalidades y sus limitantes.

El ensayo se define por su interés en retratar el dolor que atraviesa al cuerpo y que lo aleja de su entorno y, con ello, cuestiona el problema mente-cuerpo como agentes separados el uno del otro. El libro muestra la manera en que la mente y el cuerpo se alimentan mutuamente por medio del pasado y el dolor que los une. A través de su escritura, López Méndez recobra la voz que le fue quitada desde antes de nacer, debido al silencio hereditario.

> Hay familias en las que cada generación va perdiendo poco a poco el habla. A veces hablar es lastimarse. Los hermanos de mi madre se volvieron mudos y los hijos de mis tías no soportan las palabras.
>
> Yo estoy aprendiendo a hablar.

Las narrativas personales, los secretos de familia, el dolor que se pasa de una generación a otra son aquello que el ensayo elige recordar; esta remembranza rebelde diferencia al texto. Las palabras son armas y heridas, pero exponerlas lleva a reconocer por dónde hay que empezar a sanar.

Así como Sor Juana y su poesía son un motivo constante a lo largo del ensayo, el enojo y la voz de las mujeres también lo son; para ello, López Méndez toma prestados fragmentos de textos y biografías de otras escritoras. Es así que el ensayo honra la tradición femenina y que la voz de la autora se intercala con las palabras de muchas de las mujeres que vinieron antes que ella y cuyas voces abrieron los canales desde los cuales escribimos. Elena Garro, Marianne Moore y Maya Angelou son algunos de los perfiles a los que recurre el texto para evidenciar cómo es que se le puede buscar sentido a la existencia propia por medio de la apropiación de letras y narrativas ajenas. El yo fragmentado, resguardado y alterado gracias a la lectura en *Frontera interior* aboga por encontrar su voz en medio de la polifonía.

Más allá de esto, el texto representa temáticas sobre violencia y memoria en el cuerpo femenino, y señala —mediante el cruce entre personas reales y personajes históricos— tanto las agresiones sufridas como las ejercidas. Esto asemeja al proceso de pensamiento y a las telarañas mentales con las que asimilamos al mundo. La memoria en el ensayo funge como una de las formas constantes que enmarcan a los fragmentos. *Frontera interior* inicia con un recuerdo, pero se vuelve prontamente un manifiesto testimonial sobre la infancia, la adolescencia y la juventud femenina que ejemplifica las experiencias como hija, compañera de trabajo, amiga, pareja y lectora que nos atraviesan a tantas de nosotras.

> Ahora que mi madre y yo estamos aprendiendo a relacionarnos, de vez en cuando nos rasguñamos. Ninguna de las dos se altera, así confirmamos que se va acortando nuestra distancia.

El intercalado entre fragmentos que asemejan a apuntes históricos, datos llamativos sobre los procesos de escritura y la vida de diversos poetas junto con fragmentos analépticos sobre la vida de la autora, expone a una memoria corporeizada. Roberta Culbertson[1] sostiene que los eventos relacionados con el dolor pueden aparecer de formas sorpresivas e inconexas, aparentemente independientes de los deseos y de la consciencia de las individuas (p. 169). Es así

como los recuerdos aparecen en *Frontera interior*, introducidos repentinamente al mismo tiempo que fungen como el hilo conductor del ensayo: el enojo y el dolor se manifiestan en el cuerpo y el pasado se vincula con el presente.

Este libro de Astrid López Méndez plantea un puente entre lo cotidiano y lo histórico, entre los recuerdos y la poesía; el arte y la vida no se imitan ni se diferencian, pero crean una amalgama desde la cual podemos preguntarnos sobre nuestro origen y nuestro futuro. El lazo que evidencia la autora entre la lengua madre y la poesía provoca una colisión desde la que nace un nuevo espacio de enunciación: ¿qué somos sino el resultado de un montón de choques cósmicos?

Ya desde su trabajo como socia fundadora de Ediciones Antílope, como editora, como tallerista y como escritora, López Méndez se distingue por buscar la creación de espacios nuevos conscientes del pasado y de los procesos que lo limitaron; este primer libro, editado por la UNAM y Alacraña, es ejemplo de esto. La obra de López Méndez conversa con el trabajo de otras autoras contemporáneas que exploran la memoria y el cuerpo como lugar de enunciación. Textos como *Cuarto de azotea*, de Cristina Pacheco; *Entre los rotos*, de Alaíde Ventura; *Línea Nigra*, de Jazmina Barrera, así como *Frontera interior* capturan la urgencia por el rescate de las narrativas personales femeninas, por hablar del dolor y del cuerpo, por nombrar lo doméstico y lo sencillo, por recordar y articular sin que nunca más se nos interrumpa |

REFERENCIAS

1. Roberta Culbertson, «Embodied Memory, Transcendence, and Telling: Recounting Trauma, Re-establishing the Self», en *New Literary History, Vol. 26, No. 1, Narratives of Literature, the Arts, and Memory* (invierno, 1995), pp. 169-195.

- *Frontera Interior*, de Astrid López Méndez. UNAM / Alacraña, Ciudad de México, 2020.

¿BUENO?, ¿QUIÉN HABLA?

❍

Alfredo Sánchez Gutiérrez

La obsoleta aventura de levantar un auricular y escuchar la voz de alguien lejano o lejanísimo: *¿Bueno?, ¿quién habla?* Aquellas palabras cifradas que todo mundo entiende. La voz no es exactamente como la recordábamos, hay una distorsión, es metálica pero aun así reconocible, *¡Hola, tía, qué gusto escucharte!* Aquellos viejos aparatos telefónicos ya se usan poco, los modos han cambiado pero el ritual sigue intacto: los sonidos viajan en el éter y llegan de manera misteriosa. Nos imaginamos la cara, los gestos, la ropa, la habitación desde la que llama la tía, una ciudad remota nos habla al oído. La voz es sinónimo de la persona, sin que la miremos nos comunica su emoción, sus pesares y alegrías.

Recuerdo la voz de mi padre, grave y con personalidad, casi como de actor de cine o teatro. Nació en México pero nunca perdió el ceceo gachupín por culpa de sus padres españoles. Sus hijos nos burlábamos de él obligándolo a pronunciar palabras como *calcetín* a la manera mexicana. Lo intentaba inútilmente, nos reíamos, él se encogía de hombros, así soy y ni modo.

(Ciudad de México, 1956). Autor de *La música de acá. Crónicas de la Guadalajara que suena* (Universidad de Guadalajara, 2018).

Un conocido necesitó un acento español para una grabación y pensó en mi padre. Me dicen que llegó nervioso a la cita, era novedad para él. Pero ya no supe si salió bien, no me contaron. Nunca explotó esa voz, tampoco lo escuché cantar más allá de pequeñas frases de canciones de moda que entonaba con cautela, tratando de contagiar un poco de humor y optimismo:

> Ju-Ju-Julia, qué bonita estás, Ju-Ju-Julia, qué elegante vas...
> Santos Dumont Santos Dumont inventó un globo, que pensaba dirigir con aire sólo...
> Tequila con limón y un poco de ron...

Sospecho que no lo habría hecho tan mal, pero era tímido. Se dedicó a otras cosas: la contabilidad, la administración, trabajo de oficina. Era más bien callado.

A mí me gustaba el futbol y de niño soñaba con ser cronista deportivo. La televisión de los años sesenta era dominada por personajes de voces engoladas y dicción perfecta. Algunos de cierta cultura, como Fernando Marcos, y otros con ingenio y ocurrencias verbales, como Ángel Fernández. En la soledad de mi cuarto jugaba a narrar los partidos sin ninguna gracia, acaso imitando lo que les escuchaba a aquellos personajes. Ser locutor era una profesión respetada.

Cuando empecé a estudiar comunicación mis compañeros me decían que tenía «buena voz». Alguna vez hice una prueba y el ingeniero dijo que «registraba bien en el micrófono». Fui requerido cada vez más. Me gustaba la cabina de grabación, decir textos de otros aunque no siempre estuvieran bien escritos. Al principio era raro: a casi nadie le gusta escuchar su propia voz, suena ajena, lejana, como si fuera de otro. Supongo que me fui acostumbrando. En aquellos tiempos hablar frente a un micrófono era cosa de elegidos, había que *«registrar bien»* pero tener también otras cualidades: dicción, articulación, intención, lectura. Yo leía bien, eso ayudaba. Con el tiempo todo eso fue quedando de lado. Empezó a importar más el qué se decía por encima del cómo se decía.

Antes, hasta había que tener una licencia especial para ser locutor de radio y televisión, pasar un examen engorrosísimo y difícil que para colmo se realizaba solamente en la Ciudad de México. Ahí íbamos los provincianos a una oficina de la Secretaría de Educación luego de estudiar trabajosamente la guía que nos enviaban, pagábamos nuestro camión y el hospedaje pues la prueba duraba dos días. Muchos no pasaban y había que solicitar de nuevo. Meses después, la misma cosa. A mí me fue bien, para qué negarlo: primero el examen escrito, de cultura general y asuntos gramaticales, que había que aprobar para pasar a las pruebas del día siguiente. Lo conseguí con calificación de apenitas. Al otro día un juez intimidante te preguntaba sobre la ley de radio y televisión, luego te ponían a pronunciar palabras extranjeras en inglés, francés y hasta alemán, te metían a una cabina a leer noticias y anuncios comerciales y a improvisar sobre algún tema. Era septiembre, acababa de pasar un informe del presidente José López Portillo. Me dijeron que hablara sobre ello. De casualidad había escuchado una parte donde JLP, elocuente y demagogo como siempre fue, hablaba del «espejo negro de Tezcatlipoca» como símbolo de un pesimismo nacional que había que erradicar de una vez y para siempre. No sé si en ese mismo informe fue donde prometió defender al peso como un perro. O si fue en

el que soltó unos lagrimones con los que se quejaba de la evasión de capitales para inmediatamente después anunciar la nacionalización de la banca, que tanta controversia trajo al país. Quien me examinó, acaso sorprendido de que un mocoso como yo usara esa frase —«dejar de mirarnos en el espejo negro de Tezcatlipoca»—, me aprobó de inmediato. Quizá también pensó que quedaría mal si no aprobaba a quien citaba al presidente en turno. Eran los tiempos de la aplanadora priísta.

Obtuve, pues, aquella licencia que aún conservo y que en realidad no me sirvió de nada. Nadie me la pidió nunca.

No sé de dónde me salió el gusto. De mi padre no, claro está. Mi abuelo paterno, muy bajo de estatura y de origen andaluz, tenía una voz débil, casi frágil, muy bajita como él y al hablar se comía algunas letras como todos los oriundos del sur español; el materno, asturiano, lo tenía fuerte, hablaba a gritos y manoteaba, era expresivo, exagerado y discutidor pero no particularmente elocuente. Ahora que lo pienso, mi madre tenía voz agradable. Le gustaba cantar, pero lo hacía poco y con una voz más bien desentonada. En sus últimos años me sorprendía de pronto pues recordaba completitas viejas canciones que yo no le había escuchado:

> Vámonos al parque Céfira,
> para ver si encuentras
> cónyuge...

Nunca se puso delante de un micrófono ni entró a un estudio de grabación. Tal vez habría «registrado bien», quizás podría haber sido locutora o cantante, le gustaba hablar, era ocurrente y de palabra pronta, no se dejaba intimidar y sus opiniones las expresaba con firmeza y a veces con temeridad. Pero también se dedicó a otras cosas: su casa, sus hijos.

Mi primera experiencia en vivo fue aterradora. El director de la emisora, un viejo periodista de esos que alababan sin tregua al gobernador en turno, me dijo: «Mañana haces el noticiero de las ocho conmigo». Dormí mal. Llegué temprano y el hombrón aquel, de voz estentórea y modales bruscos, me puso enfrente el periódico del día, *El Occidental*. Con un plumón circuló varias notas de la primera plana: «Ésta tú y ésta yo; ésta otra vez tú y aquélla de nuevo yo, lo hacemos al alimón», me ordenó con su vocezota. Aquello consistiría, pues, en leer las noticias del periódico, poner nuestras voces al servicio de la matutina información. Nos sentamos y el hombre aquel desenfundó un revólver que traía escondido en las ropas y lo colocó sobre la mesa. «Es que me estorba», aclaró. Siempre sospeché que lo hizo con la clara intención de intimidar, de manifestar su poder y su virilidad. Lo logró. Yo leí con la mejor voz que tenía, un poco titubeante pero supongo que casi no me equivoqué. Miraba alternativamente el periódico, la cara enfurruñada del director y el arma que descansaba, amenazante, cerca de mí. A partir de aquel día leímos juntos durante varias semanas el periódico ante los micrófonos de la radio. Con pistola o sin ella.

Ejercer como locutor tiene sus inconvenientes. Uno se siente utilizado. Alguna vez me contrataron para hacer campañas de políticos seguramente impresentables, otras para grabar anuncios vergonzosos de productos para la disfunción eréctil, comerciales de comida chatarra, restaurantes de dudosa calidad, almacenes dentro de los que nunca puse un pie y que vendían ropa y electrodomésticos, servicios telefónicos, productos farmacéuticos, videos de motivación empresarial. Yo me autoconvencía: *No soy yo,*

es sólo mi voz, pero igual me sentía un poco prostituido. Y las grabaciones, si bien con frecuencia divertidas, a veces también eran incómodas, con publicistas que daban instrucciones absurdas acerca de las intenciones que la voz debería comunicar y parecían nunca quedar del todo satisfechos: «¡más promocional!», «¡menos vendedor!», «¡un poco institucional!».

Hace unos años me quedé sin voz, justo cuando iniciaba la pandemia de covid. De manera inexplicable amanecí afónico, las palabras salían con dificultad, incomprensibles. Mis esfuerzos por hablar eran inútiles pero no había más síntomas, ningún malestar en otra parte del cuerpo, me hice una prueba y no era covid. Recordé entonces un libro del poeta Jorge Esquinca: *El cardo en la voz.* ¡Eso!, algo que no la imposibilita por completo pero la incomoda, la altera.

> Cuando el cardo es raíz ensombrecida, la voz se consume en la vorágine de su quemadura terrenal. Víctima propicia de una voluntariosa levitación —abrir la garganta, nido del ánima— la voz gira sola en la órbita del incendio [...] hay que afinar yunque y martillo, la plata nunca es pura en las fraguas de la voz.
> Hay que templar cada cuerda en el agua lustral, hay que recorrer con tacto minucioso los laberintos del diapasón [...]
> nada sería la voz sin el misterio del cardo.

Fui con uno de esos médicos de especialidad impronunciable: otorrinolaringólogo. Me revisó, me dijo que no tenía el equipo adecuado para diagnosticarme bien. Me envió con un colega suyo, muy lejos y muy caro. Nunca le vi la cara: usaba encima del tapabocas una mascarilla de acrílico que me dificultaba comprender lo que decía. Comenzaba la pandemia —apenas epidemia entonces— y muchos actuábamos con cautela y temor. Escuchábamos de la saturación en hospitales, de las numerosas muertes, de los casos graves que ocurrían alrededor. Las vacunas aún estaban muy lejos, pero no así los obligados botes de gel antibacterial, los tapetitos sanitizantes a la entrada de los negocios, los cubrebocas de rigor.

No sin dificultad pude entenderle que una de mis cuerdas vocales se había quedado paralizada. La razón era incierta. Podría haber sido un golpe —yo no me había golpeado— o un virus o sabrá Dios qué. Los médicos parecen tener pocas certezas. Me pidió que me hiciera una tomografía. Yo, pesimista como suelo ser, me imaginaba un quiste o, peor aún, un tumor maligno, pero los resultados no arrojaron nada alarmante. El médico me recetó un esteroide antiinflamatorio inyectado y un complejo de vitamina B. Me derivó con una foniatra. Era necesaria la rehabilitación vocal. Fui a la primera cita, era abril de 2020. Me dio un plan de ejercicios diarios: emisión de la voz con mucho aire, abundantes trompetillas, soplidos con un popote dentro de una botella de agua, escalas ascendentes y descendentes medio cantadas, casi me sentía tenor de ópera al practicar, pero la voz no salía o salía débil y turbia. Fui persistente, temía no poder hablar ya nunca con normalidad, me ejercitaba todos los días y asistía regularmente a consulta, le mandaba semanalmente una grabación en el celular donde recitaba el abecedario o los números del uno al diez. La doctora trataba de tranquilizarme, todo iba bien, debía ser paciente —eso era: su paciente—, me mostraba grabaciones de otros a quienes había curado, yo le quería creer. Al final lo logró, ¿lo logramos? Hoy ya puedo hablar y hasta ejercer decorosamente como locutor,

recuperé la voz. Fue cosa de dos meses de rehabilitación, casi nada. Pero algo cambió: hay una cierta opacidad, una inseguridad en la emisión que trato de vencer a fuerza de mañas. Mi voz ya no es la misma, hay un cardo que parece haber anidado en ella. Pero acaso sólo yo me doy cuenta, acaso hasta ha resultado beneficiada.

En aquellos días pandémicos llegó a mi oficina un hombre de sesenta y tantos años, corpulento y platicador. Me dijo que era actor de teatro y que desde ese día había sido asignado a la radio donde yo trabajaba. Podría ser locutor, actor de radionovelas, leer poemas al aire, grabar comerciales, me dijo. Yo lo escuchaba con suspicacia, sin saber bien qué responder. Era miércoles. «Hagamos una prueba de grabación la próxima semana», le dije. Días después, el domingo, leí en Twitter el nombre de aquel señor: era una esquela que anunciaba su muerte. De covid. El día que me fue a ver ya estaba infectado sin saberlo. Sufrí una paranoia terrible, creí que, además de mi problema vocal aún no resuelto, ahora debería cargar con el gravísimo contagio de covid y acaso moriría como el actor. Me hice una prueba que resultó negativa pero aun así viví en la incertidumbre algunos días, hasta que un médico me tranquilizó: «No te preocupes, si no ha habido ningún síntoma es poco probable que te hayas contagiado». Nunca pudimos hacer la prueba de grabación de aquel infeliz que murió. No pude escuchar su voz grabada.

El encanto de la radio, hoy un medio en crisis por los nuevos hábitos digitales, viene en parte de la voz, y de la posibilidad de hablar sin interlocutor visible. ¿Hay alguien ahí? Algún radioescucha llamaba por teléfono para hacerse notar con quejas o felicitaciones. Algo era algo. Pero muchas veces uno hablaba y hablaba sin saber si del otro lado había tres pares de orejas o veinte mil o ninguna. Uno se formaba una imagen mental del auditorio, su edad, identidad sexual, color de pelo, lugar de residencia. ¿Cuántos serían y de qué había que hablarles? Del otro lado ocurría algo similar: quien escuchaba una voz imaginaba cara y cuerpo. Recuerdo un cuento de Julio Cortázar, «Cambio de luces»: una mujer escucha fascinada a un actor de radionovelas y se crea una imagen visual de él. Le manda recados, le propone una cita. Él se hace un retrato mental de ella. Cuando se conocen ninguna imagen corresponde con la real. Se hacen amantes, cada uno trata de cambiar al otro para convertirlo en aquello que imaginó al principio. Algo así. Supe de varios casos en los que el radioescucha se decepcionó al conocer físicamente al poseedor de aquella voz seductora.

Yo mismo me encandilé más de una vez con la voz de algún locutor, me hice una imagen visual, me inventé su peinado, el tipo de armazón que usaba en los anteojos, si tenía o no bigote y barba, su complexión, el corte de su camisa, el color y la forma de sus ojos. Leía seguramente cosas escritas por alguien más pero yo estaba seguro de que esa sapiencia provenía de él, de esa voz única, poderosa y convincente.

Me gusta pensar que la aventura empieza ahí: la seducción que provoca una voz en la imaginación de otro. Por eso me gustó hablar sin saber quién estaba del otro lado. Hablar con público, en cambio, me parece dificultoso, hasta atemorizante. Pero frente al micrófono, en la cabina, con los audífonos puestos y la voz propia en el interior me siento seguro, es un placer acaso egocéntrico, lo sé, pero que al final, con un poco de suerte, puede provocar en otros un efecto, una reacción, una emoción.

Hablar así es también como desnudarse, dirigirse a la intimidad desde la intimidad, desde el misterio.

Pero hoy hay cámaras en las cabinas y se transmite por internet todo lo que ocurre ahí.

Lo común es ver las facciones de quien habla, los gestos que hace al expresar una idea, el modo como sonríe, los movimientos de sus manos al hablar.

Y acaso con un romanticismo tardío me veo obligado a preguntar: ¿será que aquel misterio es cosa del pasado? En las calles hay tanta gente hipnotizada por la pantalla de su teléfono, caminan sin mirar al frente, conectados con un video, un meme, una red social, hasta una película... aun sin ponerle sonido se quedan ahí, atrapados y seducidos. ¿Es el triunfo indiscutible de la imagen? La respuesta podría ser: sí. Pero quizás no tanto: he escuchado por ahí que lo que entra inicialmente por el oído difícilmente se olvida. Me gusta pensar así.

Es entonces cuando la vibración del celular me avisa: ¿alguien quiere decirme algo? Dudo, meto la mano al bolsillo izquierdo del pantalón, decido tomar la llamada sin mirar el identificador: «¿Bueno?, ¿quién habla?» |

PREMIO DE ARQUITECTURA CONTEMPORÁNEA DE LA UNIÓN EUROPEA / PREMIOS MIES VAN DER ROHE 2022

❍

Luvina

El Premio de Arquitectura Contemporánea de la Unión Europea / Premios Mies van der Rohe (EUmies Awards), fundados en 1988 en Barcelona por la Fundació Mies van der Rohe y el programa de apoyo a los sectores cultural y creativo de la Unión Europea, reconocen la excelencia en obras construidas de arquitectura en Europa y abren el debate sobre los retos más pertinentes.

Esta exposición muestra las cuarenta obras que Tatiana Bilbao, Francesca Ferguson, Mia Hägg, Triin Ojari, Georg Pendl, Spiros Pengas y Marcel Smets seleccionaron entre las quinientas treinta y dos nominadas para los EUmies Awards 2022 después de un intenso viaje por Europa y muchas horas de deliberación.

Los miembros del jurado acordaron iniciar sus conversaciones sin una agenda previamente establecida y, en su lugar, desarrollar una actitud abierta, activa e implicada, basada en el diálogo y el debate entre las diferentes posiciones de cada uno.

La vocación compartida desde el inicio fue la de transmitir un mensaje a la comunidad arquitectónica y más allá de ella, a través del grupo de obras seleccionadas. Su visión no se basó en cumplir estándares comparativos sino en la agrupación de diversidades complementarias con un alto valor añadido como aportaciones extraordinarias en diferentes contextos.

Todas las obras incluidas son el resultado de procesos complejos que implicaron a múltiples agentes y contextos diferentes. Abiertas como libros gigantescos, las estructuras que forman esta exposición sostienen fotografías, dibujos, videos, escritos y maquetas que narran arquitecturas, una colección de fragmentos abiertos para ser observados, leídos y escuchados.

El ganador del Premio de Arquitectura 2022 es Grafton Architects, de Dublín, por el proyecto Town House-Kingston University en Londres. El edificio tiene una notable calidad ambiental que crea un excelente lugar donde estudiar, bailar,

reunirse y estar juntos. Esta es la primera vez que un edificio universitario gana este premio.

El ganador del Premio Emergente 2022 es la vivienda cooperativa La Borda de Lacol en Barcelona. Este proyecto cooperativo es transgresor en su contexto porque si bien la producción de vivienda está dominada principalmente por intereses macroeconómicos, en este caso, el modelo se basa en la copropiedad y la cogestión de recursos y capacidades compartidas |

Página 11
Town House – Kingston University, Londres.
Grafton Architects, Dublín.
Ganador Premio de Arquitectura 2022.
Imagen: ©Ed Reeve

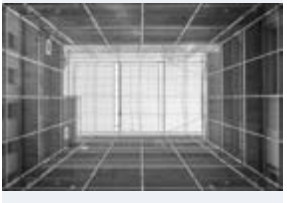
Página 32
Town House – Kingston University, Londres.
Grafton Architects, Dublín.
Ganador Premio de Arquitectura 2022.
Imagen: ©Dennis Gilbert

Página 102
Town House – Kingston University, Londres.
Grafton Architects, Dublín.
Ganador Premio de Arquitectura 2022.
Imagen: ©Ed Reeve

Página 110
Town House – Kingston University, Londres.
Grafton Architects, Dublín.
Ganador Premio de Arquitectura 2022.
Imagen: ©Dennis Gilbert

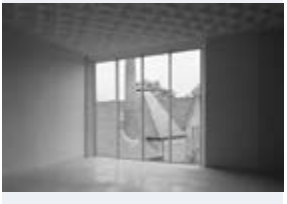
Página 115
Town House – Kingston University, Londres.
Grafton Architects, Dublín.
Ganador Premio de Arquitectura 2022.
Imagen: ©Ed Reeve

Página 126-127
La Borda Vivienda Cooperativa, Barcelona.
Lacol Arquitectura Cooperativa, Barcelona.
Ganador Premio Emergente 2022.
Imagen: © Institut Municipal de l'Habitatge i Rehabilitació de Barcelona



Página 273
La Borda Vivienda Cooperativa, Barcelona.
Lacol Arquitectura Cooperativa, Barcelona.
Ganador Premio Emergente 2022.
Imagen: ©Lluc Miralles

Página 322
Z33 Casa de Arte Contemporáneo, Diseño y Arquitectura, Hasselt, Bélgica.
Francesca Torzo, Génova.
Finalista Premio de Arquitectura 2022.
Imagen: ©Gion Von Albertini



Página 335
Z33 Casa de Arte Contemporáneo, Diseño y Arquitectura, Hasselt, Bélgica.
Francesca Torzo, Génova.
Finalista Premio de Arquitectura 2022.
Imagen: ©Gion Von Albertini

Página 346
Z33 Casa de Arte Contemporáneo, Diseño y Arquitectura, Hasselt, Bélgica.
Francesca Torzo, Génova.
Finalista Premio de Arquitectura 2022.
Imagen: ©Gion Von Albertini

EL ORNITORRINCO TACHADO

REVISTA DE LA FACULTAD DE ARTES, UAEMéx

Núm. 17 2023

Dibujo-Magia. Reflexiones sobre la relación del dibujo con el pensamiento mágico desde una mirada antropológica
Evelia Paulina Rodríguez Ayala

Erotismo a la mexicana. Reapropiación, crítica y materialidades pos-pornográficas
Mariana Martínez Bonilla

Pandemia, Arte y sentido(s) de vida
Rubén Darío Vegas

El self, constructo performativo de la identidad contemporánea
Martha Gutiérrez Miranda

El Drag como signo de deconstrucción y significación en la propuesta artística de Vermelha Noir
María del Mar Marcos Contreras

Novena Bienal Internacional de Arte Visual Universitario
José Luis Vera Jiménez

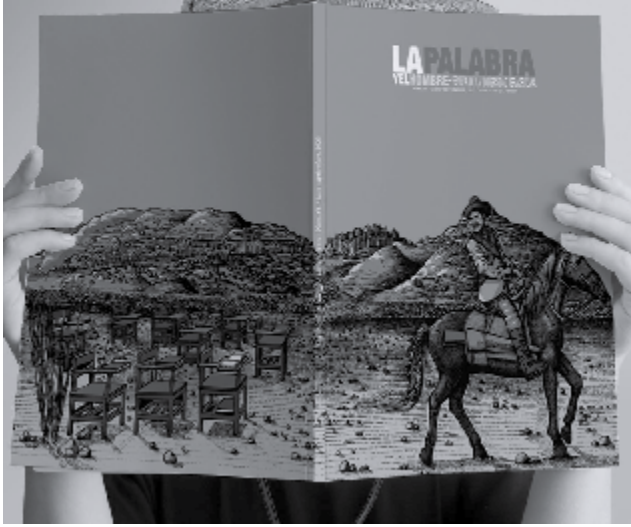
ornitorrincotachado.uaemex.mx

Universidad Veracruzana

65

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA



Número dedicado a Francisco Villa, en el marco del centenario de su aniversario luctuoso, y la Revolución mexicana
Dossier de obra plástica
Las ánimas de la Revolución, de Gerardo Vargas

PASODEGATO

REVISTA MEXICANA DE TEATRO

número

92

DOSSIER:

Víctor Hugo Rascón Banda: un legado

PERFIL:

Edeberto "Pilo" Galindo

ESTRENO DE PAPEL:

***Los locos de Alcalá*, de Valeria Loera**

ENCUÉNTRALA EN LA **LIBRERÍA PASO DE GATO**

LLAMANDO O ESCRIBIENDO A:

libreriapaso.degato01@gmail.com • 55 5981 6993

www.pasodegato.com